OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA

VOLUMEN XX

BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS

SERIE B.–TOMO X

EL VELO DE ISIS

LAS MIL Y UNA NOCHES OCULTISTAS

Madrid

Editorial Pueyo

Calle del Arenal, 6

A mi nobilísimo amigo Don Luis Brunet, testimonio fraternal de la consideración y afecto en que le tiene

MARIO ROSO DE LUNA.

Carácter histórico al par que
fabuloso de Las Mil y Una Noches.

"La tradición no ha desfigurado los hechos hasta el punto de no ser ellos recognoscibles. Entre las leyendas de Egipto y Grecia, de una parte, y de la Persia, por otra, hay demasiada semejanza de figuras y de números para que pueda achacarse a simple casualidad, como ha sido archiprobado por el astrónomo y orientalista Bailly. Estas leyendas han pasado a ser ahora cuentos populares persas, que ya han encontrado su sitio en la Historia Universal. También las hazañas del Rey Arthús y de sus Caballeros de la Tabla Redonda son cuentos de hadas, a juzgar por las apariencias, y, sin embargo, encierran hechos muy reales de la historia de Inglaterra. ¿Por qué, pues, la tradición popular del Irán no ha de ser, a su vez, parte integrante de los sucesos prehistóricos de la perdida Atlántida…? Antes de la aparición de Adán (el hombre de la quinta Raza), nos hablan dichas tradiciones de los Devs o Devas, fuertes y perversos gigantes que reinaron siete mil años, y los Peris o Izeds, más pequeños, pero mejores y más inteligentes, que sólo reinaron dos mil años. Aquellos fueron los atlantes, los râkshasas del "Ramayana", estos últimos, los arios o moradores del Bharata-varsha, es decir, de la Gran India… Lo desfigurado de repetidas leyendas no nos impide el poderlas identificar con las caldeas, egipcias, griegas y aun hebreas, como asimismo con las profundas enseñanzas contenidas en libros tales como el "Critias" o el "Timeo", de Platón… Nosotros, en nuestra *Doctrina Secreta,* presentamos en compendio lo que está esparcido por cientos de volúmenes en lenguas asiáticas y europeas, tales como la *Collection of Persian Legends,* en ruso, georgiano, armenio y persa; las *Leyendes Persanes de la Bibliothèque Orientale,* de Herbelot, etc., etc."

(H. P. Blavatsky, *Las más antiguas tradiciones persas.* Estancia XII, tomo II de su obra inmortal).

Las Mil y Una Noches, el
Panchatantra y el Quijote.

Hay otro libro oriental que corre parejas con *Las Mil y Una Noches,* de las que viene a constituir casi el reverso, y es el *Panchatantra* o *Cinco Series* de cuentos, en los que los personajes no son ya hombres, hadas y genios, como en aquélla, sino animales que razonan … como los conspicuos hombres de nuestra época, orientados siempre hacia la utilidad, *lo contante y sonante,* LO POSITIVO. Diríase también que entrambos libros están compendiados en uno por el genio inmortal de Cervantes. *Las Mil y Una Noches,* en efecto, con su idealismo sublime –salvando los pasajes intercalados por el semitismo árabe, su transmisor– son el prototipo del sublime Caballero de la Mancha, mientras que el *Panchatantra* es al modo del groserote *Sancho Panza,* del que hasta tiene una especie de resonancia fonética, y así como toda la literatura caballeresca deriva de aquéllas, toda nuestra mal llamada literatura didáctica, sobre todo la de las fábulas *petites phrases, pensamientos,* etc., deriva del segundo, por lo que Phedro, Esopo, Lafontaine, Samaniego y demás fabulistas, no son sino pálidos reflejos del moralismo de este último libro: libro admirable para comerciantes, parias y sudras orientales u occidentales; pero detestable y falso para sacerdotes y guerreros, pues, dígase lo que se quiera, la ley de castas existe y existirá siempre, aunque no físicamente o en sociedad, sino en la infinita gamma o escala de las almas.

Don José Alemany y Bolufer nos ha dado una traducción castellana del *Panchatantra* sánscrito, que también se puede llamar *Hitopadesa* o *Instrucción provechosa,* en cuyo prólogo diserta acerca del *Libro de Califa y Dymna,* que en el siglo VI fué traducido al pehlevi y de allí al persa y al árabe en el VIII y IX o sea en la época de mayor esplendor de los califatos de Damasco y Córdoba, por lo cual este libro y el de *Las Mil y Una Noches,* que ahora se traducen con interés por los pueblos de Europa, han sido conocidos desde la Edad Media en España, constituyendo esa copiosa literatura necia en unas ocasiones, sapientísima en otras, de los llamados *pliegos de cordel,* la más genuina fuente de inspiración del Príncipe de los Ingenios, de Calderón y, en general, de todos los escritores clásicos y del siglo de oro.

PRÓLOGO

H. P. B.[1], nuestra Maestra en Ocultismo teórico –vulgo Teosofía–, después de constituir la Sociedad Teosófica y de escribir su admirable libro *Isis sin Velo, clave de los Misterios antiguos y modernos,* se dedicó, hacia el fin de sus días, a levantar ese ciclópeo monumento de nuestra época que lleva por título *La Doctrina Secreta, síntesis de la Ciencia, Religión y Sabiduría,* a base de extensos comentarios a un antiquísimo libro iniciático tibetano conocido por el nombre de *Las Estancias de Dzyan,* poema primitivo en el que se compendian las más puras enseñanzas arias sobre Cosmología y Antropología.

Emulando noblemente nosotros tamaña gallardía, aunque sin soñar siquiera en igualarla, hace tiempo que venimos pensando en realizar, hasta donde nuestras débiles fuerzas lo permitan, una labor análoga con el también libro iniciático parsi o ario que lleva por título *Las mil y una noches,* o bien *Las mil noches y una noche,* según el poco aceptable pleonasmo con el que nos le ha dado traducido al francés más recientemente el médico sirio doctor J. C. Mardrús.

¿Libro iniciático llamáis –nos dirá sorprendido el culto lector– a una abigarrada colección de viejos cuentos de niños, célebres no más que por lo absurdo de sus relatos maravillosos, donde campea sin freno alguno la exuberante fantasía oriental? ¿Libro iniciático a unos relatos que, en su traducción literal de Payne y de Burton, como en la de Mardrús reproducida en castellano por Blasco Ibáñez, son capaces de sonrojar al hombre más mundano por sus crudezas y libertades de lenguaje en lo que al sexo y al no sexo se refiere…?

Y, sin embargo, pese a todo esto, que es cierto, *Las mil y una noches* encierran una profunda revelación ocultista que no se debe desdeñar, y que seguramente no habrán de desdeñar los imparciales así que se internen en las páginas que subsiguen.

Desde luego las frases del prefacio de los editores de la referida versión española indican acertadamente que "la moral de los árabes –nuestros actuales transmisores del gran libro– es distinta de la nuestra; sus costumbres son otras y su carácter primitivo les hace ver como cosas naturales lo que para otros pueblos es motivo de escándalo. Al amor lo cubren de pocos velos y su vida social está basada en la poligamia. Además, este libro es un libro antiguo, y los escrúpulos morales cambian con los siglos. Sirva de ejemplo nuestra propia literatura, en la que los más grandes autores del Siglo de Oro aparecen usando con naturalidad palabras que hoy se consideran inmorales y nadie se atreve a repetir."

"Los pueblos primitivos –dice el Sabio– llaman las cosas por su nombre y no encuentran nunca condenable lo que es natural, ni a la expresión sencilla de lo natural la llaman licenciosa –añade, a su vez, Mardrús al darnos la versión francesa–. La literatura árabe ignora totalmente ese producto odioso de la vejez espiritual que se llama intención pornográfica, ella ríe de todo corazón allí donde un puritano gemiría de escándalo… El árabe, ante una melodía de cañas y flautas, ante un lamento de *kanun,* un canto de mezzin o de almea, un cuento de subido color, un poema de aliteraciones en cascadas, un perfume de azahar o de jazmín, una danza de flor movida por la brisa, un vuelo de pájaro o la desnudez de una cortesana…, responde no con ese gesto bárbaro e inarmónico, vestigio indiscutible de las razas ancestrales antropófagas que danzaban en torno del poste de colores de la víctima, y del cual ha hecho Europa un signo de alegría burguesa…, sino con un ¡ah…! largo, sabiamente modulado y estático, porque el árabe es un instintivo exquisito que…, parco en palabras, sólo sabe soñar…"

Por fortuna, como nuestro intento en este estudio es muy otro que el de los citados traductores, y aun que el del texto árabe vertido, no necesitamos, en efecto, decir tanto. Podríamos, sí, de pasada, recordar las crudezas análogas y aun peores de la *Biblia,* libro sagrado de hebreos, cristianos y árabes en pasajes como los de *El cantar de los cantares,* Lot, Thamar, Ruth, judit, etc.; podríamos insistir en que la inmoralidad no está tanto en las cosas llamadas inmorales, como en los pecadores ojos de los que con reprensible delectación las miran. Hizo, pues, muy bien Mardrús en ser *traduttore* y no *tradittore* con su versión literal –literal hasta en el pleonástico título–, que es garantía de verdad, "cautivando en su desnudez de estatua con el aroma primitivo que así cristaliza". Hizo aún mejor el viejo Galland del siglo XVIII en darnos el texto expurgado de tales cosas, si es que el original de donde tradujo, más puro en sí, quizá, que esotro texto árabe, las contenía; pero a nosotros, en nuestro más alto propósito comentador, nada de ello nos afecta, pues que desde luego no tratamos sino de meditar y hacer meditar en las purísimas doctrinas arias veladas más o menos, no tanto bajo el primitivo texto, que se dice perdido, cuanto bajo esotro "velo cruel de la carne corruptible", que nos impide ver, según la universal leyenda, las excelsas realidades suprasensibles que están por encima del sexo mismo y que, como tales, no son reveladas sino con la iniciación ocultista durante esta vida, o con la muerte cuando con la carne desaparece el sexo y sus torturas –esas torturas que nos parecen aquí abajo delicias–, gracias precisamente a ese *Velo del Sexo* que asegura aquí abajo la continuidad de la especie; pero que no debe ni puede continuar allí donde la reproducción animal del hombre ya no continúa.

Porque en punto a "revelaciones", como en todo, el buen ocultista debe atenerse estrictamente a la etimología, y si "velare" es echar un velo ocultador, "revelare", "volver a velar", es echar un segundo velo más tupido que el anterior, con lo cual, a vuelta de unas cuantas "revelaciones", la verdad queda, al fin, *enmascarada, personificada* (del *persona, personae,* que significa en latín *máscara* o *caricatura),* es decir, sepultada, caricaturizada, vuelta al revés, cuando no absolutamente perdida e invisible, cual el tesoro que ha sido sepultado en las entrañas de la tierra o cual el rutilante sol de los cielos cuando se ve encapotado por negrísima nube tempestuosa, y al par eclipsado, allá arriba mismo, por la súbita interposición de la opaca luna… La tarea del ocultista, pues, al pretender alzar una punta del simbólico *Velo de Isis,* es decir, al buscar la Verdad sin Velos de Mentira, tiene que ir franca y derechamente contra todas las dichas Revelaciones", y, considerándolas, como son, efectivas fábulas, o sean "verdades con ropaje de mentiras", ir despojándolas, con paciente labor, de los múltiples velos con los que la encubren.

Siguiendo dicha ley, vemos, en efecto, que la traducción literal de Mardrús en el siglo XIX[2], echa un velo reciente a la anterior de Galland en el siglo XVIII, y aquél ve en "el viejo libro" "una novela humana exuberante de pasión y con el lenguaje franco, juvenil y sonoro de esas muchachas sanas y morenas nacidas en las tiendas del Desierto que ya no existen; el sentido erótico, que sólo conduce a la alegría, sentido bien conocido de cuantos han vagabundeado por Oriente y cultivado amorosamente los adorables cafetines árabes donde se fuma el haschich, último regalo de Alah a los hombres", mientras que la pureza de Galland, según el propio prologuista de Mardrús-Blasco Ibáñez, el genial y equivocado Gómez Carrillo, "le llevó a darnos dorados cuentos de niños", que no son, como habremos de demostrar con nuestros comentarios, sino enseñanzas sublimes, por encima de las religiones vulgares y de la infatuada ciencia contemporánea. Si, pues, un solo siglo ha bastado para hacer más tupido el *velo* caído sobre aquel gran libro primitivo, ¿cuántos no serán los que desde los buenos tiempos de los *parís* y los *devas* parsis, de los que data, habrán caído también sobre el prodigioso libro?

Una exégesis detenida de los orígenes de *Las mil y una noches,* en lo que alcanzar pueda nuestra falta casi absoluta de datos históricos, se hace, pues, indispensable desde el comienzo mismo de la tarea que nos hemos impuesto como ocultistas, es decir, como *desveladores* de lo que yace archivelado, oculto y como perdido.

Empecemos por lo que nos enseñan los editores de la obra de Mardrús, siguiendo, no el orden histórico, sino el inverso del que va levantando los antedichos *velos* de los siglos.

"El doctor J. C. Mardrús –nos dicen– acometió hace algunos años la empresa de dar a conocer al público europeo la magna obra con toda su frescura original. Mardrús era árabe de nacimiento y francés de nacionalidad. Nació en Siria, hijo de una noble familia de musulmanes del Cáucaso que, por haberse opuesto a la dominación rusa, tuvieron que trasladarse a Egipto. Muchos de los cuentos que años después habría de fijar para siempre con su pluma de traductor artista los escuchó de niño en el regazo de las domésticas mahometanas o en las calles estrechas y sombreadas del Cairo. Después de haber estudiado la Medicina y viajado mucho por los mares Pérsico e Índico como médico de navío, sintió el propósito de condensar para siempre la grande obra literaria de su raza, conocida sólo en fragmentos y con irritantes amputaciones. A esta empresa enorme ha dedicado gran parte de su vida, escribiendo los relatos oídos en las plazas del Cairo, los cafés de Damasco y de Bagdad o los aduares del Yemen, joyas literarias mantenidas únicamente por la tradición oral y que podían perderse. Como los poemas de los rapsodas que después figuraron bajo el nombre de Homero; como el Romancero del Cid y como todas las epopeyas populares, el gran poema árabe es de diversos autores, según ya hemos dicho, y distintos pueblos han colaborado en él a través de los siglos. Los cuentos sobrevivían sueltos, guardados por la memoria de los cuentistas populares y la pluma de los escribas públicos. El doctor Mardrús tuvo que peregrinar por todo el Oriente (Egipto, Asia Menor, Persia, Indostán), anotando viejos relatos y adquiriendo manuscritos, hasta completar en sus menores detalles la célebre obra. La frescura original, la ingenuidad de los primeros autores, han sido respetadas por Mardrús, pero realzándolas y adornándolas con su maestría de artista moderno. El doctor Mardrús es un notable escritor, y la celebridad literaria le acompaña doblemente en su hogar, pues está casado con la exquisita novelista francesa Lucía Delarne-Mardrús. Para su trabajo le han servido de base las ediciones egipcias más ricas en expresiones de árabe popular, pero las ha enriquecido considerablemente con nuevos cuentos y escenas, sacados de la tradición oral y de los valiosos manuscritos adquiridos en sus viajes."

Por confesión propia sabemos, pues: *a)* Que Mardrús, si bien por su abolengo era montañés parsi (hoy diríamos *armenio,* no persa), por su nacimiento, educación y tendencias era egipcio y sirio, cosa muy importante para nuestra creencia de que *Las mil y una noches* son arias o parsis en su origen, habiéndolas envilecido luego los semitas con su sexualismo a través de muchos siglos. *b)* Que fué médico, con la natural propensión ideológica, pues, hacía el positivismo científico y el sensualismo poético también de que toda su labor aparece tocada. *c)* Que viajó por los mares y tierras del Océano Índico, poniéndose en contacto así con todas las leyendas populares de aquellos pueblos sensualistas, tan diferentes de la pureza prístina que tremola en todos los grandes libros religiosos del pasado –como lo fueron *Las mil y una*

noches en su origen– sin excluir ni aun la moderna de Jesús, que en los *Evangelios* resplandece, y que era aria también, o sea *por encima del sexo. d)* Que domésticas, cafés-fumaderos, plazas y caravaneros rudísimos le suministraron *tradiciones orales* derivadas del perdido libro y adornadas, como es natural, con los sensuales fantaseos y gráfica fraseología propia de tales lugares y gentes. *e)* Que aun a los viejos manuscritos que recabó aquí y allá ha realzado su fresca ingenuidad, *adornándolas con su maestría de artista moderno,* es decir glosándolas al uso sexual de tanta lamentable literatura francesa que parece sólo hecha por el sexo y para el sexo. *f)* Que ha consultado las ediciones egipcias más ricas en expresiones de árabe popular, cuando las ediciones egipcias, en punto al problema del sexo, son las más *semitas* y las menos *arias,* e influenciadas además por los rigores excitantes del clima del trópico. *g)* Que la protagonista Schahrazada es muy otra en esta versión que en la de Galland, como veremos a su tiempo. *h)* Que todo ello hacen buena, contra el prologuista español, la opinión de los entusiastas de la tradición clásica de este último, quienes, según Gómez Carrillo, oponen que "en la versión nueva de Mardrús hay más detalles, más literatura, más pecado y más lujo, pero no más poesía ni más prodigio. Por cantar más, los árboles no cantan mejor, y por hablar con superior elocuencia, el agua no habla con mayor gracia. Todo lo estupendo que aquí vemos: las pedrerías animadas, las rocas que oyen, las odres llenas de ladrones, los muros que se abren, los pájaros que dan consejos, las princesas que se transforman, los leones domésticos, los ídolos que se hacen invisibles, todo lo *feétique,* en fin, estaba ya en el viejo e ingenuo libro. Lo único que el doctor Mardrús ha aumentado es la parte humana –es decir, la pasión, los refinamientos y el dolor–. La nueva Schahrazada es más artista. También es más psicóloga. Con detalles infinitos, explica las sensaciones de los mercaderes sanguinarios durante las noches de rapto, y las locuras de los sultanes en los días de orgía. Pero no agrega un solo metro al salto del caballo de bronce, ni hace mayores las alas del águila Roc, ni da mejores talismanes a los príncipes amorosos, ni pone más pingues riquezas en las cavernas de la montaña, en fin… De lo que es la palpitación formidable de la vida, Galland hizo unes cuantos apólogos morales."

Convenimos con Mardrús en que sólo existe un método honrado y lógico de traducción: "la traducción literal" –y en tal sentido nos libraremos muy bien de censurarle–; pero los partidarios de su traducción literal no pueden ver ya en la clásica obra sino una obra más de literatura al uso, siquiera sea la primera en mérito y en tiempo, donde aparece el Oriente "con sus fantasías exuberantes, con sus orgías sanguinarias, con sus pompas inverosímiles, en las que se respira el perfume de los jazmines de Persia y de las rosas de Babilonia, mezclado con el aroma de los besos morenos, como un sueño de opio"… Todo menos el dulce y santo apólogo que nos aportó Galland, y tras el cual, como tras el ropaje embustero de toda fábula,

hay que buscar una Verdad perdida. Pasar, pues, de la nueva versión de Mardrús a la anterior de Galland, por muy incompleta que ésta parezca comparada con aquélla, es ya quitarla un velo, el velo de la última degradación sexual-oriental semítica y de la última degeneración europea, tenida, ¡oh dolor, y oh envilecimiento de gustos!, por la suprema palabra de la literatura sin belleza y sin humanos objetivos: ¡una degeneración, en fin, en la que el polo negativo del sexo se ha subido a la cabeza y a nublado al polo positivo de la mente en daño mismo del sexo y de la especie!

El pensamiento no tiene sexo; el alma humana, tampoco, y aun el verdadero amor que lleva a la unión santa del hombre y la mujer para constituir esa mónada social que se llama la familia, no es genuinamente sexual en su principio, sino que es algo más puro, pues que empieza por la simpatía y la fantasía a alturas verdaderamente excelsas que, si bien acaban en lógica unión física, es *por mera y natural caída* de la rueda del progreso en sus ciclos, como de la nieve pura cuando pasa a agua, el agua pura cuando pasa a cieno y el fecundo cieno, en fin, del que las rosas brotan en el curso, ascendente ya de nuevo, de todo ciclo… ¿Acaso cuando el astro rutilante se eleva en los cielos del lago no es cuando parece sepultarse más y más en las ondas del lago mismo?

Pero Mardrús se equivoca y con él cuantos le siguen. *Las mil y una noches,* en efecto, no son, como él dice, "la gran obra imaginativa de los cuentistas semitas", sino *un destrozado resto de la obra iniciática de los arios de Bactriana o de Armenia, mejor o peor reflejado ya en el Hazar Afsanah persa, que se cree perdido,* como éste lo fué a su vez en el *Muraf Al Dahab Va Djanhar,* del siglo IX, atribuido al historiador del Califato Abul Hanan Ali Al Marudi, y en el *Kitab Al Fihrist* de Mohamed ben Ishak Al Nadim, del siglo X, a base de cuyas obras han formado los semitas posteriores el libro que conocemos tan plagado de sensualismo coránico y bíblico y tan alejado, por consiguiente, ya de la pureza prístina de los jainos, parsis, hindúes, buddhistas, esenios y demás instituciones iniciáticas que ya le conocían *más que en su letra en su espíritu.* Sólo, sí, tienen razón aquellos en que tal y conforme hoy se nos da, no es una obra consciente, reflexiva y de uno o varios autores sucesivos, sino que es un libro como de aluvión, en cuya formación –o desintegración lenta, más bien– abarca en sí, pese a su origen persa, toda la demopedia o *folk-lore* islamita, "copiada y recopiada mil veces por escritos dispuestos a hacer intervenir su dialecto natal en el dialecto de los manuscritos que les servían de originales, acabando por ser así un receptáculo confuso de todas las formas del árabe, desde las más antiguas hasta las más recientes"[3].

Los autores nos llevan, como vemos, hasta el siglo X o el IX en su excursión retrospectiva para encontrar en dicha época los orígenes del gran libro. Pero esta época que con más o menos se corresponde la de los esplendores del califato árabe de Damasco, Bagdad y Córdoba, no es la que viera nacer a dicha obra iniciativa, y la razón es bien sencilla: sus protagonistas no son árabes, sino persas, hindúes y tártaros; no aparecen huríes coránicas, sino *paris* y *devas* persas; no se usan nombres árabes genuinos, sino nombres más o menos sánscritos arabizados y en los que el del Sol, la Luna, los jinas, los devas, los afrites juegan el principal papel, como iremos notando oportunamente.

Además, el repetido libro es pariente muy próximo de otras dos obras maestras o sánscritas de los arios: el *Hítopadesa* o "Instrucción provechosa", y el libro de *Califa* y *Dymna,* que hacia el siglo VI fueron traducidos al pelhevi y de allí al persa y al árabe en los siglos VIII y IX, o sea en la época en que la cultura mahometana llegó a su máximo esplendor. Nuestro filósofo don José Alemany y Bolufer, al damos la versión castellana del *Panchatantra* sánscrito o "Libro de las cinco series de cuentos", hace de los dos nombres de *Kalila* y *Dymna* meros antecesores de los de *Schahrazada* y *Dinarzada,* protagonistas de *las mil y una noches,* por cuanto los nombres sánscritos *Karata-ka* y *Damana-ka* (o *Karata* y *Damana,* sin el subfijo *ka* diminutivo) equivalen, el uno al de "domadora o triunfadora" (bien adecuado, pues que dominó con su inteligencia de iniciada, al lúbrico y sanguinario *Shah-kariar,* "el sacrificador") y el otro al de "corneja o astuta" (la célebre corneja o abubilla confidente tan célebre en muchos suras del Corán), con todo lo cual, la filiación aria del consabido libro queda ya establecida, sin que tengamos necesidad de internamos en difíciles etimologías. No estará demás, sin embargo, que, para ulteriores investigaciones de los doctos, apuntemos que el título persa con el que empezamos a conocer *Las mil y una noches* es el de *Hazar-Afsanah (¿azahar,* perfume de los *Asanidas, esenios* o "curadores"?) y en los otros títulos, árabes ya, de *Al-Dahab-ua-djanbar* y de *Al-Kitab-al-Fihrist,* aparece el inevitable nombre de los *djanhaur, djainos, djins, janos* o *jinas,* como en el de *Alf-lailah–ua–lailah,* aparece a su vez el típico nombre de *Ka-lailah* o *Kalila* de aquel otro libro ario más primitivo.

Porque hay qúe decirlo sin ambages, aunque nuestros doctos actuales de la gran novela *humana,* exuberante de pasión y de "sangre", se escandalicen. El velo de la obra empieza en su título mismo, compuesto de un jeroglífico, el de "mil y una" y de un nombre simbólico de "noche", equivalente al de "ocultación o velo", y dicho jeroglífico, en sí, es una clave más antigua y más preciosa que cualquier otra. "Mil y una", en simbología numérica, se escribe, en efecto, así: **IOOI**, y deshaciendo el jeroglífico se pasa a este otro que, soldado luego en uno, nos lleva al *signo lingual védico* , última e incomprendida *letra* de las cuarenta y

nueve del alfabeto sánscrito de los arios, del que se pasa con entera facilidad *(Bibl. de las Marav.,* t. II, pág. 293) al caduceo de Mercurio a la "serpiente buena y mala", o *Agatho-daimon* y *Kaco-daimon* de la célebre *Tau* de Moisés y de los sacerdotes de faraón *(Génesis,* Éxodo, cap. VII) y, en fin, con una nueva descomposición por notaricón, al conocido jeroglífico o *Isis*. "Mil y una noches" fonéticamente equivale, pues, a VELO DE ISIS, o sea a "Libro en que ciertas verdades iniciáticas yacen ocultas".

Concordando con estos asertos, nos dice por eso la Maestra H. P. B. que "en medio de los fantásticos desatinos de *Las mil y una noches,* mucho podría encontrarse digno de atención si lo relacionásemos con el desenvolvimiento de alguna verdad histórica. La *Odisea* de Homero, por ejemplo, sobrepuja en aparente falta de sentido común a todos los dichos cuentos juntos, y, a pesar de ello, está probado que algunos de sus mitos son mucho más que la creación imaginativa del viejo bardo, porque, como dijo Platón, los mitos son vestiduras poéticas envolventes de grandes verdades bien dignas de ser meditadas".

Digamos, ante todo, que los precedentes del admirable libro están muy obscuros, por ser ellos verdaderas "agadas" tradicionales de una edad más feliz en que los jinas, dioses o ángeles, convivían con los hombres. La crítica histórica, para hallar las verdaderas fuentes de él, tendría, pues, que remontarse a los más antiguos tiempos pelasgos o arios de Persia, buceando entre la inextricable selva de sus narraciones algo de lo que constituyese la raigambre popular y bárdica de la que siglos más tarde hiciesen los primeros poetas épico-eruditos sus admiradas producciones. En efecto, aunque los positivistas escépticos que van quedando, rezagados ya del creciente renacimiento espiritualista de la *post-guerra,* nos digan autoritariamente que ello no prueba sino que son "ensueños de la imaginación, tan felizmente combinados, que gozan del envidiable privilegio de sugestionar por igual con su belleza a los grandes como a los chicos". Para el crítico serio, sin embargo, semejantes repeticiones de hechos extraños, inexplicables, producidas en puntos inmensamente alejados unos de otros en tiempo y en espacio, toman todos los caracteres que asigna la lógica a la tradición o constante testimonio de los siglos. Muchos menos testimonios contestes de hechos han bastado, en efecto, para tener por indudables no pocas de nuestras cosas deputadas como científicas.

Además, ello nos llevaría a tropezar de manos a boca con un descubrimiento pasmoso: el de que *la activa o creadora imaginación del hombre,* que aquellos ciegos confunden intencionadamente con la pasiva y alocada fantasía, *corre siempre por los mismos cauces desde que el mundo es mundo, como respondiendo, por tanto, a leyes inmutables que no son sino las entrevistas leyes del mundo de los jinas*. Para que el lector pueda apreciar, pues, en todo cuanto valen semejantes concomitancias, no estará de más, como hemos dicho en otro

libro, el que haga con nosotros una excursión ligera por el campo de aquellos preciosos "cuentos de niños", que no son sino "altísimas verdades de viejos" en su incomprendido simbolismo de fábulas efectivas. Está tan maleada, por desgracia, nuestra presente Humanidad y la Historia tan llena de errores (no digamos *patrañas,* porque al tenor de la etimología, "patrañas" es "cosa de los padres" o santa tradición), que siempre nos sería licito, por vía de asepsia moral, el buscar la Verdad en esas poderosas fuentes de Belleza pristina que se llaman "las fábulas" y "los niños".

"¿Quien, por ejemplo, como hemos dicho en otro lugar, no recuerda la leyenda de *Aladín,* o *Alah-djin,* el jina bueno, "el jina de Alah"? Ella sola bastaría para probar el intento de este capítulo. En efecto, un sér puro, un *niño* (que niños se llaman en el lenguaje iniciático a todos los que empiezan a recorrer el Sendero), hijo de un "sastre", quiere decir de un santo hombre conocedor de los "shastras" o versículos sagrados védicos, conoce a un hechicero, quien trata utilizarle en el proyecto de robar cierta lámpara maravillosa (la del Conocimiento iniciático) escondida allá en las grutas de lejanísimas montañas. Llegados al sitio, tras el más penoso viaje, el niño, por la virtud del anillo del mago levanta una gran losa blanca y penetra animoso en el subterráneo, donde, a vuelta de mil prodigios, como los que el coronel Olcott nos narra en otro lugar de esta *Biblioteca* (t. II, cap. I) y referentes a otro niño de Bombay que también logra bajar de igual modo al mundo de los jinas, se ve rodeado de un verdadero paraíso al modo de los que anteriormente van descriptos. Allí ve "al pájaro que habla" (como le viese y oyese el Sigfredo de Wagner bajo el tilo), "a la fuente que mana oro" y al "árbol que canta". Por fin roba la lámpara maravillosa y por ella conoce las perversas intenciones del hechicero a quien, astuto, logra dejar encerrado en el subterráneo, mientras que él, gracias a la lámpara y al anillo, logra mágicamente cuantas riquezas pueden apetecerse en este mundo y los tremebundos poderes de la Magia Negra?

¿Quién no recuerda asimismo las aventuras de *Simbad el Marino?* El *Ave-roc* que le lleva raudo por la región de los aires hasta hacerle conquistar un verdadero *Vellocino de oro,* no es sino la famosa *Ave-Fénix* de los griegos; el Pájaro Garuna de los parsis; el *Ave-Li* del gran poema chino del *Li-sao* (t. IV, pág. 210) y en la que el poeta pre-cristiano visita las recónditas soledades iniciáticas del Tíbet, tornando luego a este bajo mundo de los hombres tan rico de bienes como de espíritu, porque es sabido que la miseria física de éstos no es sino el karma, reflejo o consecuencia de su miseria moral, y por eso, como dice el Evangelio, "debemos tan sólo buscar el Reino de Dios y su Justicia (mundo jina, del Ideal), que lo demás nos será dado por añadidura". Si las riquezas físicas viniesen, en efecto, siempre a la par que las morales, y no después (ora en este mundo, ora en el de los jinas), seríamos virtuosos… por egoísmo, es

decir, careceríamos de toda virtud efectiva y basada en la renunciación del sacrificio. Y cuento tras cuento del gran libro, en todos ellos aparecen los nombres *jinas,* sus jardines encantados, sus tesoros inauditos y su perfecta liberación *ene-dimensional* de esta nuestra triste cárcel de materia física, impenetrable para nosotros como tal, pero perfectamente penetrable para ellos, como seres hiperfísicos, y desde la que pueden establecer sus espirituales protecciones sobre los justos, *de quienes es tal mundo."*

Por eso la influencia científica y literaria de *Las mil* y *una noches,* en esta nuestra época de egoísmos groseros, ha trascendido en toda su integridad hasta el teatro mismo.

Véase si no lo que acerca de la resonante adaptación a la escena, hecha por Maurice Verne, dice en una de sus Crónicas de *El Liberal* el genial Gómez Carrillo:

"Hasta hoy, casi todos se habían contentado, cuando de adaptar las *Mil noches* tratábase, de estilizar teatralmente una historia determinada. Habíamos visto, en los bailes rusos, en las pantomimas alemanas, en las comedias francesas y en las operetas inglesas, las aventuras del rey Schariar y de su hermano Schazaman, las del visir Nureddin y de su hermano Chamsedin, las del Príncipe Diamante, las de la Dulce Amiga y hasta las de Fairuz y su esposa. ¡Son tan ricos los afrites que de cualquiera de sus boscajes o de sus cavernas pueden sacar, en un segundo, el oro, el ámbar y la púrpura que para embellecer una velada necesitan los mortales! Mas al mismo tiempo que ricos, son recelosos. Y si al que les pide ensueños, por el amor de Alá, con suave humildad, le dan sin contar, al que pretende despojarlos de sus tesoros filosóficos, con orgullo de conquistadores, lo castigan convirtiendo su oro en oropel y sus pedrerías en pedruscos obscuros. Maurice Verne, seguro de su gran talento, se propuso no sólo encerrar en unas cuantas escenas simbólicas todo el espíritu de las *Mil noches y una noche,* sino también sacar de ese conjunto instintivo, sensual y alegre una especie de austera lección filosófica. Para él Scherazada es algo así como un ser superhembra, que tiene la misión de salvar de la muerte a todas sus hermanas amenazadas por la sanguinaria desconfianza del rey Schariar y también de convertir a su tirano en un monarca suave, piadoso, algo débil, algo tembloroso, muy humano y muy poco oriental. ¿Es, acaso, que en el original no existe nada de esto? Sí; sí existe. La verdadera contadora de cuentos es la más sutil, la más bella, la más fuerte, la más sabia entre las doncellas de Sassan, en las islas de la India y de la China. Cuando su padre, el visir, la dice que el rey, después de haber sido engañado por sus favoritas, se propone no tener sino esposas de una noche, para hacerlas degollar, una por una, al día siguiente, lejos de esconderse cual las demás vírgenes del lugar, exclama: "¡Por Alá!, padre, cásame con el rey, pues si no me mata, seré yo la causa del rescate de las hijas de los muslemines y podré salvarlas de entre las manos del verdugo." Y al

oír las naturales protestas del visir, agrega: "Es imprescindible que lo hagas." Así, nada más exacto que la misión voluntaria y providencial de la heroína. Sólo que Maurice Verne no se contenta con presentarla fuerte, sutil y apostólica. Quiere, asimismo, conservarla pura e inmaculada durante las mil noches, y hacerla tan seductora, que a sus plantas el monarca olvida sus deberes, hasta el punto de que sus súbditos llegan a creer que ha muerto. Esto es tan falso, que basta para quitar al poema su sabor y su significación secretas… Maurice Verne nos ha dicho que su intención no es vaga, sino precisa. "Adaptar un solo cuento –escribe– es tal vez ofrecer algunas bellas imágenes. No veo que sea necesario. Los cuentos existen y se hallan al alcance de la mano de todos los que poseen el libro. Lo preciso era representar la intensidad espiritual del conjunto, hacer la síntesis y destinar la savia pura de las deliciosas ficciones." Es, pues, una obra escrupulosa y leal, una obra de sabiduría exacta, una obra casi científica, la que el dramaturgo parisiense nos promete en esas líneas."

Ahora bien; lo que Maurice Verne se propuso hacer en el teatro, y mucho más si ello nos fuera dable, es lo que ahora nos proponemos nosotros con el presente libro: Representar, sacar a la luz del día la teosófica intensidad espiritual de conjunto que a raudales brota del clásico libro cuando, con las claves de nuestra alta doctrina, empezamos a leerle entre líneas, despojándole de los velos con que la fábula secular los ha revestido, y con el piadosísimo fin redentor que entrañan estas frases del texto:

"Para que las leyendas de los antiguos sirvan de lección a los modernos y aprenda en ellas el hombre sucesos y enseñanzas de otros que no son él. Comparando así las palabras de los pueblos pasados y sus prósperos o adversos sucesos, según se hayan conducido en la vida, escarmentarán, en cabeza ajena, de estos últimos, y se reprimirán … ¡Gloria, pues, a quien guarda los relatos de los primeros como lección dedicada a los segundos!.

Esta es la Historia derivando de la Novela y de la fábula para bien del mundo, en vez de la fábula hecha Historia para desgracia de la Humanidad y que llevamos padeciendo desde Herodoto y Eusebio de Césares hasta nuestros días. Esta es la más pura, la más arcaica de las enseñanzas y cuyo origen está en la misma Religión-Sabiduría de los primeros lemures y atlantes, o Teosofía de las Edades. Este es, en fin, el tronco místico-religioso de todas las Escrituras Sagradas, fábulas prodigiosas en sus ficciones y parábolas, ciencia, y, más que ciencia, en su "moraleja" o enseñanza interior esotérica que primero ha sido velada en los nombres de los personajes *Elohim, Jehovah, Adán, Noé, Abraham, Sahara,* etc., en los que sus letras respectivas no son sino valores geométricos de relaciones secretas entre las letras y los números, y luego hase vuelto a velar, o sea a "re-velar", haciendo de estos nombres personajes de una admirable y sabrosa fábula, ni más ni menos que aun en nuestros días hizo

con su *Ponos* la luminosa inteligencia de nuestro Melitón Martín, o como se ve en el alto teatro de Wagner con *Parsifal* "el puro", "el parsi"; con *Sigmundo,* "boca de paz"; *Fridmundo,* "el amigo de todos"; *Welso,* "el lobo"; *Urwala, Walkyria, Norna,* etc., medio el más hermoso, si no el único, de escribir entre líneas, y que reaparece periódicamente en las épocas de persecución del pensamiento humano en esos "lenguajes convenidos" del espionaje moderno, o de la jerga misteriosa de masones, rosacruces y alquimistas…

¿Lo dudáis, lectores? Pues adentraos por las páginas de este libro y en él veréis, desde la Introducción misma, aparecer la trama de una interesantísima fábula o novela; tras ella unos nombres, simbólicos siempre, y tras los nombres unos valores fonéticos, numéricos, geométricos, emblemáticos o históricos, según los casos, los mismos siempre en todos los libros religiosos dentro del respectivo lenguaje en el que están escritos, fábulas y nombres que no son sino los hilos del clásico VELO DE ISIS.

CAPÍTULO PRIMERO

La actual "Introducción de Las mil y una noches"

El *Shah-Arino* y el *Shah-Shamano* de las viejas crónicas de los sasanios.–Enlace de estos nombres con el Shamanismo, o primitiva Religión del Espíritu.–La Mente Inferior y la Superior del Hombre, o *Shahra-zada* y *Doniazada*.–La leyenda de la eterna infidelidad.–La ley universal del Sacrificio. Relaciones con la leyenda tristánica y con el célebre "Tributo de las cien doncellas".Reminiscencias de *Las mil y una noches:* la Alcaldesa de Hontanares.–Saturnales y Fiestas de locos.–Las dos Fuerzas contrarias que mantienen el equilibrio del mundo.–Un recuerdo del Mahabharata.

Cuentan las crónicas de los Sasanios que uno de los más poderosos reyes de la Persia antigua tenía dos hijos de inmenso mérito: *Schahrirar* y *Schahzenán.* Schahrirar, el primogénito, subió al trono a la muerte de su padre, y para premiar las virtudes de su hermano Schahzenán le dió el reino de la Oran Tartaria, con *Samarcanda,* su capital[4].

Pasados muchos años, aquél deseaba vivamente volver a abrazar a su hermano, por lo que le rogó fuese a visitarle, cosa que Schahzemán se dispuso a realizar con el mayor placer. Se despidió, pues, de la reina, su esposa, salió al anochecer, con el fin de incorporarse a la embajada que le esperaba en las proximidades de la capital para acompañarle a la corte de Persia, y estuvo conversando con el visir enviado de su hermano hasta bien entrada la noche. Pero, deseando dar un nuevo abrazo a la reina, antes de alejarse por tanto tiempo, se volvió solo y secretamente a su palacio, yéndose, sin ser notado, hasta la cámara de aquélla, quien, confiada en la impunidad, había recibido en su lecho a uno de los últimos dependientes. ¡Cuál no sería el asombro y la rabia del rey al verse así tan pronta y villanamente sustituido! Quedóse inmóvil unos instantes, sin atreverse a dar crédito a lo que veía. Luego, sin poder refrenar su ira, sacó su yagatán, se acercó al lecho de los culpables, bien ajenos a lo que les esperaba, y después de decapitar a entrambos, arrojó sus cuerpos por la ventana.

Un momento más tarde el rey Schahzenán regresaba a las tiendas de su séquito, tan inadvertido como había salido, y daba la orden de partir. A los pocos días se vió ya en los amantes brazos de su hermano, que le aguardaba ansioso y había dispuesto los mayores festejos en su honor. Cenaron juntos los dos reyes y se retiraron a descansar, no sin que el rey de Persia advirtiese en el recién llegado una fúnebre tristeza que en vano pretendía ocultar, por lo que, cediendo a los ruegos de aquél, que pretextó hallarse algo cansado del camino, al

día siguiente partió solo para la montería organizada, dejando al recién llegado Schahzenán en sus habitaciones. Viéndose, pues, a solas el rey de Tartaria, se sentó junto a la ventana que daba al jardín, y se puso a considerar una y mil veces su desgracia.

Sin embargo, en medio de su ensimismamiento, no dejó denotar una cosa bien extraña: el que de repente se abrió una puerta secreta que daba acceso a los jardines saliendo por ella la reina con veinte mujeres de su Corte, y creyendo que el rey de Tartaria se había ido también de montería, bien pronto se adelantó tranquila hasta debajo de la ventana del huésped, quien, para observarla por curiosidad, se colocó de modo que no pudiera ser visto. Así, advirtió pronto Schahzenán lleno de asombro, al descubrirse los rostros las del séquito, que de las veinte mujeres, diez no eran sino diez negrazos, que se apresuraron a ocultarse entre los macizos del jardín, cada uno con su amante pareja. La sultana no estuvo tampoco mucho tiempo sin compañía, sino que dando una palmada y gritando "¡Masud!, ¡Masud!", hizo se presentase al punto otro negrazo gigantesco cayendo igualmente en sus brazos.

Inútil es añadir que Schahzenán vió lo suficiente para comprender que su hermano era tan desgraciado como él. "¡Este es, sin duda –se dijo–, el destino de no pocos maridos, cuando el sultán mi hermano, el soberano mayor del mundo, no se ha podido eximir de él!", y desde aquel momento dejó de afligirse, recobrando su buen humor.

–Hermano mío –le dijo el sultán al regresar–, doy gracias al cielo por la feliz mudanza que se ha operado en ti. Pero tengo que hacerte una súplica, y es la de que me digas la causa.

El bueno del rey Schahzenán se resistió cuanto pudo a responder; mas, estrechado por las insistentes preguntas de su hermano, le contó la infidelidad de su reina al dejar sus Estados de Tartaria, callándose, como era natural, lo que acababa de ver, y que hacía al sultán igualmente desgraciado que a él mismo.

Pero éste le dijo:

–No creo, hermano mío, que pueda acontecerle a nadie cosa semejante. En cuanto a mí bien seguro estoy de mi sultana, que se dejaría matar antes que traicionarme así, porque de suceder tal, alguien de los míos lo vería, y sería el más traidor de los hombres si no me lo revelase.

Semejante frase fue un puñal para Schahzenán, porque se acrecentó en su pecho la lucha entre la caballeresca reserva que se había propuesto y los dobles deberes de fraternidad y de hospitalidad. Estrechada además por nuevas preguntas de su hermano, quien había notado cierta perplejidad en él, acabó por contárselo todo cuanto había presenciado desde la ventana de su aposento, con lo que no es para descrito el furor que se apoderó al punto del sultán. Aquél, para que se convenciese por sí mismo, le propuso la estratagema de fingir una nueva

ausencia, como, en efecto, se hizo por ambos, repitiéndose punto por punto la escena de los negros y la de la sultana con Masud.

–¡Oh, cielo santo! –exclamó al fin el sultán–. Después de tales cosas, ¿qué príncipe podrá gloriarse de ser perfectamente dichoso…? ¡Ah, hermano mío! Abandonemos nuestros Estados con todas sus vanidades fastuosas y retirémonos del mundo, ocultando nuestra desgracia en la más obscura de las vidas.

–Hermano –le replicó el rey de Tartaria–, yo no tengo más voluntad que la tuya; pero prométeme, al menos, que nos volveremos si en nuestro viaje tropezamos con alguien que sea más desgraciado aún que nosotros.

Convinieron en ello. Disfrazados, salieron silenciosamente de palacio, sin ser vistos; no cesaron de andar en el resto del día, pasando la noche bajo los árboles, y levantándose al amanecer siguieron caminando hasta llegar a una hermosa pradera a orillas del mar, rodeada de frondoso boscaje. Bajo uno de los árboles se echaron a reposar y a tornar a su conversación acerca de la infidelidad de todas las mujeres.

No llevaban mucho rato allí cuando por el lado del mar oyeron un ruido formidable y un grito que les llenó de pavor. Al mismo tiempo vieron espantados que el mar se abría elevándose de él una gruesa columna que se perdía en los cielos; esto les aterró aún más; pero lo que acabó de acobardarles fué la aparición en el seno de la columna de un horrible y gigantesco genio, quien, sobre su cabeza, que tocaba a las nubes, llevaba una gran caja cerrada con cuatro candados de fino acero. El genio se sentó en la ribera junto a la caja, y abriéndola con las cuatro llaves que colgaban de su cintura, salió de ella una dama lujosamente vestida y de prodigiosa hermosura. El monstruo la hizo sentar a su lado, y mirándola amorosamente, la dijo que le permitiese reposar un momento en su regazo.

Al decir esto, dejó el genio caer su abultada cabeza sobre las rodillas de la dama y no tardó en dormirse, dando unos ronquidos que estremecían la playa.

Entonces la dama alzó los ojos, y viendo a los príncipes refugiados en la copa del árbol les hizo señas para que bajasen sin ruido. Ellos, por señas, la suplicaron les dispensase; pero la dama, en voz baja, les dijo que si no la obedecían despertaría al genio, a quien haría que les matase. Bajaron entonces cautelosamente, y la dama, alejándose un poco con ellos, bajo los árboles, les dijo que en el mismo día de sus bodas había sido robada por el genio, y les hizo con la mayor desenvoltura la propuesta más insinuante, que ellos no tuvieron más remedio que aceptar, resignándose además a que la dama les despojase luego de sus anillos para juntarlos a los 98 que mostró llevar en la cajita de sus adornos y pertenecientes a otros tantos

amantes que del mismo modo había ido teniendo, a pesar de la estrechísima vigilancia del celoso genio, quien la tenía encerrada en aquella caja y oculta en el mismo fondo del mar.

–Ya ven –terminó la dama, alejándose– que cuando una mujer ha formado un mal deseo, nadie puede estorbarle su ejecución. Mejor harían, pues, los hombres en no sujetar demasiado a las mujeres, con lo que las harían más juiciosas, acaso.

–¡Oh, hermano mío! –añadió el rey de Tartaria cuando hubieron quedado solos–. Has visto que ese genio es aún más desgraciado que nosotros. Volvamos, por tanto, a nuestros reinos. Yo ya he ideado el medio de que me sea guardada la fe debida y algún día te diré cómo.

Regresaron entonces a la corte de Persia los dos reyes. El sultán se apresuró a castigar con la muerte a los culpables, y para prevenir ulteriores infidelidades en su nueva esposa, resolvió casarse cada día con una, haciéndola ahogar al día siguiente. En cuanto al de Tartaria, de allí a poco regresó a sus Estados, no sabiéndose bien qué hizo para remediar las traiciones de sus mujeres.

La fama de la inhumanidad del sultán conmovió bien pronto a toda Persia. Jóvenes hijas de generales, ministros, sabios, comerciantes, etc., fueron sucesivamente inmoladas después de compartir una sola noche cada una el tálamo regio, y nadie acertaba con el medio de atajar semejante calamidad nacional.

El ministro ejecutor de tamañas órdenes tenía dos hijas: la mayor se llamaba Scheherazada y Dinarzada la más pequeña. Esta última era joven de gran mérito; pero aquélla gozaba de un extraordinario talento muy superior a su sexo, amén de una hermosura sobrehumana. Había leído mucho, y era su memoria tan feliz, que conservaba fielmente todo cuanto leyese. Además, dominaba los secretos de la filosofía, la medicina, la historia y las artes, componiendo los mejores versos de su tiempo, y su virtud era de una firmeza a toda prueba.

–Padre mío –dijo Scheherazada al visir, un día–, le suplico encarecidamente me conceda una gracia que le quiero pedir.

–Cualquiera que ella sea, la tienes de antemano concedida con tal que sea justa –respondióla el padre.

–Como justa, no puede serlo más. He formado el designio de atajar por siempre la barbarie del sultán y salvar a miles de jóvenes del triste destino que les amenaza. Al efecto, ved mi plan. Le suplico encarecidamente, por el tierno afecto que le profeso, me procure del sultán el honor de su lecho.

El visir no pudo oír sin horrorizarse la propuesta de su hija, diciéndola:

–¿Has perdido el juicio, hija mía? ¿Ignoras que el sultán ha hecho el juramento de inmolar al día siguiente a aquella con la que cada noche se desposa?

–Lo sé –replicó Scheherazada–. Conozco el peligro que corro; pero nada me espanta. Si sucumbo, mi muerte será gloriosa, y si triunfo, haré a mi pueblo el mayor de los servicios.

La amante porfía entre padre e hija continuó largo rato; mas era tanta la sabiduría de ésta y tan fiel a su palabra dada el visir, que cedió por fin, aunque con la inmensa pena de ver que así firmaba la sentencia de muerte para su hija[5].

Vencido el triste padre y resignado a su destino fué personalmente a ofrecer su hija al sultán, quien quedó pasmado ante el sacrificio que le hacía su visir.

–¿Cómo has podido resolverte a entregarme así a tu propia hija, sabiendo que mañana tendrás que quitarla por tu propia mano la vida, al tenor de mi juramento? –le dijo.

–Señor –respondió éste–, ella misma es quien se ha ofrecido. El fin que le aguarda no ha sido parte a espantarla ni a disuadirla, prefiriendo sin duda a todo el honor de ser una sola noche esposa de vuestra majestad.

El sultán aceptó para aquella noche mismo, y el visir corrió a comunicarlo a su hija, quien, para consolarle, le dijo que confiaba que ello, en lugar de penas, no habría de traerle sino dichas para el resto de su vida.

Después Scheherazada no pensó sino en ponerse en estado de presentarse al sultán; pero antes, llamó a solas a su hermana Dinarzada, diciéndola:

–Hermana querida, tengo necesidad de tu auxilio. Nuestro padre me va a conducir al palacio del sultán para ser su esposa; pero no te espantes. Yo pienso suplicar a éste que te permita acostarte cerca para que mañana puedas despertarme antes del alba, diciéndome que cuente, mientras amanece, uno de aquellos sublimes cuentos que yo sé. Al momento te narraré uno, y por este medio me lisonjeo de poder librar a todo el pueblo de la consternación que siente con tanta y tanta muerte de las jóvenes nuestras compañeras.

Dinarzada, como era natural, se puso incondicionalmente a las órdenes de su hermana.

Llegada ya la hora, el visir condujo a Scheherazada a palacio, retirándose en seguida con el corazón traspasado de dolor, y el sultán, así que se halló a solas con ella, la mandó se descubriese el rostro, quedando encantado de ella; pero al notar que lloraba la preguntó el motivo, a lo que la hermosa respondió:

–Señor, tengo una hermana, a quien amo con singular ternura, y desearía que pasase la noche junto al aposento para verla y darla el último adiós. ¿Me otorgaríais, señor, el placer de poder darle este último testimonio de amistad?

El sultán accedió al ruego; se condujo hasta junto a la regia estancia a la pequeña Dinarzada y, una hora antes de amanecer, como se le había exigido por su hermana, la despertó diciendo:

–Hermana queridísima. Si no duermes, te suplico que, antes que amanezca, me cuentes alguno de aquellos dulces cuentos que tú sabes. Acaso ¡ay! sea esta la última vez que los escuche, y también a tu amada voz.

–Señor –suplicó Scheherazada al sultán–, ¿me otorgaríais la dicha de poder complacer a mi hermana en su inocente ruego?

–Con mucho gusto –respondió el sultán.

Entonces Scheherazada comenzó su pasmosa narración, asombro de los siglos pasados y futuros. Este relato, mejor o peor conservado, ha llegado hasta nosotros, bajo el título de *Las mil y una noches,* es decir, *El velo de Isis,* como podrá apreciar por si mismo el virtuoso y sensato lector.

* * *

En el anterior relato de los dos sultanes, zares o *shahs* de la Introducción del divino libro, se caracterizan, respectivamente, las "dos humanidades" que comparten el señorío del planeta, a saber: la Humanidad propiamente dicha, única que conocemos, y otra Humanidad superior y legendaria, renunciadora o redentora, que irá saliendo poco a poco de estos comentarios mismos.

Las representantes de esta última son las dos hermanas Scheherazada y Dinazarda, o *Keherata* y *Dinarza,* que el Dr. Alemany quiere enlazar filológicamente con los de *Karata* y *Damana* del primitivo poema oriental de *Kalila* y *Dymna,* por supuesto sin el subfijo ka de "diminutivo, desprecio o ternura", cosa muy dentro del universal parentesco que los recientes estudios "teosóficos" o de Religiones Comparadas van ya esclareciendo[6]. Para el filólogo-teósofo, en fin, las dos hermanas del gran libro no son sino *Kákara* y *Dákara,* dos místicas letras del sánscrito alfabeto.

Estas dos hermanas, símbolos respectivos de la Mente Inferior y la Superior del Hombre, se sacrifican, físicamente la una y moralmente la otra, para la redención de sus hermanas, las mujeres del reino, amenazadas de caer, como todas las pobres almas en el mundo, bajo las fieras garras de Schahariar o *Zacarias* "el Sacrificador", nombre que aparece hasta para

designar, en libros tan recientes como los *Evangelios,* al esposo de Isa-bel (¿Isis la Hermosa?), inofensivo inmolador de las víctimas propiciatorias ante el Tabernáculo hebreo. Y su sacrificio no es de un día, ni de un año, sino de "mil y una noches", es decir, casi indefinido, al tenor de lo que entre pueblos como el nuestro mismo significa la vaga frase de "mil y uno". Y semejante sacrificio, como todas aquellas cosas en las que el sexo aparece, tiene también una significación dual: la necromante de "la letra que mata" y la sublime de "el espíritu qué vivifica".

En efecto, y por de pronto, el problema del sexo, al que antes aludíamos, aparece vigoroso ya en la *Introducción* del libro: Los dos hermanos sultanes descubren la infidelidad de sus sultanas respectivas, a quienes decapitan, y, exasperados, creen que todas las demás mujeres son infieles también, por ley de su naturaleza, merced a lo cual Schahariar o *Zacarlas* –el siempre mudo sacrificador del Templo– se decide a sacrificar, como el famoso monstruo irlandés y gallego del *Tributo de las cien doncellas,* todas las noches a una mujer, después que ha compartido con ella su regio lecho. Tras tan horrenda carnicería, que tiene aterrado a todo el imperio, aparece una heroína, *Scheherazada,* la hija del visir, quien, como la Judith de Holofernes, o la Iseo del mito de Tristán, se resuelve a libertar a su pueblo de semejante oprobio y resueltamente se ofrece en holocausto al monstruo, al Sir Morold parsi, compartiendo su lecho.

Viene aquí entonces el símbolo de la acción de la Magia en el mundo y en la vida: *la humana Scheherazada* se hace despertar por su hermana *Dinalzada* "antes del amanecer". (hora de la iniciación), y ésta le ruega que le cuente una de aquellas divinas parábolas que debía a sus profundos estudios. Scheherazada aprovecha esa hora augusta que precede al alba, y en la que el hombre comienza a salir del mundo misterioso del sueño penetrando en el de los ensueños más dulces, ensueños *jinas* que acaso son la única verdad de nuestra existencia, y comienza su relato con la historia del comerciante y el ogro, que no es sino el símbolo del triste destino de la Humanidad post-atlante destinada a desaparecer, como destinado estaba a morir el pobre comerciante del cuento bajo la espada del genio del mal o *magia negra* y como destinada estaba también a morir la pobre Scheherazada si en aquel momento no se hubiesen presentado tres extraños personajes, dignos de especial mención. Personajes a quienes veremos aparecer en el epígrafe siguiente.

Porque, a bien decir, la Humanidad doliente, a diario sacrificada por las Potencias del Mal, que hoy son señoras de la Tierra, sólo puede salvarse de su triste destino, que es el de la muerte moral al par que física, con el ejercicio de sus poderes mentales redentores, es a saber: el de la Mente Inferior, discursiva o razonadora, que nos ha dado a la ciencia como elemento

esencial de todas nuestras emancipaciones –mente representada por la imaginación creadora de la sabia Scheherazada–, y el de la Mente Superior, pura e intuitiva, la del genio del hombre, despierta siempre para las altas verdades, como lo estaba la *jina* de *Dinarzada, Djinar-zada* o *Diana-shada,* con ese eterno velar del Inconsciente humano desde su augusto trono de misterio, esa "Voz Interior y Divina", *Sophia* o "Atmâ-Buddhi-Manas", en fin, que es, en suma, el "Christo en el Hombre", que diría San Pablo[7].

Y gracias a la proverbial misión de estas dos Mujeres-Símbolo, la sentencia de muerte formulada contra la Humanidad en la mística cabeza de "las cien doncellas" parsis se difiere uno y otro día, como se difieren o desvanecen todas las miserias humanas bajo la enriquecedora magia de la Mente, como se alejan y desvanecen también las tinieblas de la noche ante la luz esplendorosa del astro del día, ya que no en vano la Luz de la Idea y la Magia de la *Imaginación –¿Imago–jina–actio?,* ¿Creación imaginativa o "jina"?– ha sido siempre comparada en el mundo de lo espiritual a la del Sol fecundando con sus energías a todo el mundo visible.

Y ha sido tan poderoso el alcance sublime de la redención operada por aquellas dos abnegadas "hermanas", que nuestra misma historia demopédica ha conservado memoria de ella en costumbres originalísimas, tales como la del segoviano pueblo de Hontanares, cosa importantísima.

Según el simpático Sr. Rincón Lazcano, autor de la novelita teatral que lleva por título *La Alcaldesa de Hontanares,* el día de Santa Agueda, es decir, el día de la leyenda, el día de la *Agada* semítico-mediterránea de la "Santa Tradición", o sea el 4 de Febrero, se elige alcaldesa y árbitra de los destinos del pueblo a la mujer a quien de ello se cree digna; "para que durante veinticuatro horas, tierna, compasiva y libre de impurezas, gobierne y apaciente a todos sus convecinos". La alcaldesa, en recuerdo sin duda de aquella redentora Scheherazada, hace justicia seca sin otro código que el de su generosa abnegación, esclareciendo el error, desenmascarando a la perfidia, otorgando, al par también, misericordia en algún que otro caso, sin embargo, ni más ni menos que la heroína de las "mil noches". Cosa es ésta, además, recordada igualmente en las célebres *Saturnales* romanas, en las que los esclavos tenían derecho a decir la verdad desnuda a sus señores, y asimismo en las famosas "Fiestas de Locos" y "Carnestolendas" inmortalizadas en *Nuestra Señora de Paris* por el genio de Víctor Hugo. Por último, hasta las simpáticas promovedoras actuales de "La Cruzada de las Mujeres Españolas", clamando en justicia a las Cortes y a la opinión contra el absurdo régimen legal que las oprime colocándolas en condiciones de inferioridad respecto de hombres que son las más de las veces inferiores a ellas, acaso, acaso, remontando en la inacabable cadena de los

tiempos, podrían encontrar el origen de sus nobles rebeldías en aquellas dos heroínas o "parsis mujeres fuertes" de Scheherazada y Dinarzada que supieron dominar al Monstruo, al precursor parsi del "Minotauro cretense", con las armas de la vigilancia constante o la imaginación creadora y el sacrificio altruista, armas que son las empleadas siempre por la Humanidad rebelde contra todas las negras fuerzas que secularmente la tiranizan…

Ya en la propia escena paradisíaca con la que se inicia el *Génesis,* vemos la misma amenaza de muerte si se "come de la fruta del Árbol del Conocimiento", o sea si se emplea la Ciencia para otra cosa que no sea Renunciación, Obsequio en aras de la Humanidad y Sacrificio, porque escrito está, como dice Bulwer Litton en su *Zanoni,* que sólo puede redimir el que se sacrifica, y que esos Hermanos Mayores, Guías o Conductores de hombres y pueblos a quienes los teósofos llamamos "Grandes Almas" *(Maha-atmas)* o "Maestros", prototipos abnegados de cuantas Scheherazadas y Dinarzadas ha habido en el mundo, son el eterno *Muro de diamante* contra el que se estrella el mar de la Pasión y del Mal en sus embates, como la fiera ola contra el escollo inconmovible.

Y semejante acción redentora de los hombres-jinas no se limita, no, a operar la redención de sus contemporáneos infelices, sino que se dilata ella más y más a través de los tiempos todos, como la mágica seducción imaginativa de la hija del visir parsi se extiende hasta nuestros tiempos mismos y a los que tras de ellos hayan de venir, al estudiar a su vez las mismas enseñanzas sabias suyas, ya que, si un *milenio* de noches pudieron detener la loca espada de un iracundo sultán, varios milenios efectivos de años y aun de siglos pueden seguir deteniendo próvidas la terrible acción de la ignorancia en el mundo, ignorancia que es la causa de todas nuestras desdichas.

El mito de Scheherazada, en fin, es un mito genuinamente *tristánico,* por cuanto en ésta vemos a una verdadera *Iseo, Isolda, Isis la Antigua* o *Io,* como en el de la leyenda occidental de este título que ha movido a través de los siglos a tantas plumas, inspirado a tantos pinceles y hecho vibrar a tantas liras.

Pero, a bien decir, entrambos mitos de Redención tienen como origen común el de la Primitiva Religión de la Naturaleza, o Sabiduría de las Edades, de donde todos los mitos religiosos más santos y sublimes derivan, por cuanto en aquella Religión, dada a nuestra Humanidad Infantil por otra Humanidad Superior –la de los Reyes divinos u hombres solares, lunares y venustos–, su antecesora, no pudieron menos de personificarse de algún modo las dos grandes Fuerzas o "Serpientes de la Luz Astral" que rigen al mundo, siendo tan necesarias, dentro de sus papeles respectivos, la una como la otra, a saber: la Fuerza de Inercia, de Caída, de Dolor, de Mal, de Negación, de Tiniebla, de Destrucción, representada

en el viejo sultán Shahrirar, y la Fuerza de Progreso, de Redención, de Bien, de Felicidad, de Creación y de Luz, por Scheherazada representada. Sin la una, el argumento entero de la Vida, el gran Drama de la Humanidad sobre la Tierra, carecería de impulso, de estímulo o de protagonista; sin el otro, sin el contraprotagonista, símbolo del mal, el tal Drama acabaría instantáneamente. Entrambos además están representados de un modo simbólico en el gran jeroglífico de la **Y** con sus dos "ramas de bien y de mal" o de *la Diestra* y de *la Siniestra,* la eterna *Dúada pitagórica,* origen del Mundo entero como Manifestación, que diría Schopenhauer, y cuyo tronco o *Mónada inicial* no es buena ni mala, blanca ni negra, sino *lo Inmóvil en lo Móvil,* que diría el cardenal Jerónimo de Cusa, o sea *Ello,* lo Neutro, lo Indefinible, lo Incognoscible spenceriano, incognoscible precisamente porque nuestra capacidad mental no puede actuar sin el contraste, sin la ley de los contrarios conjugados, o sea, en cada caso, sin *el opuesto,* como no popemos ver absolutamente nada en parte alguna si el algo que ha de verse, por su color o índice de refracción correspondiente, no varía poco o mucho del del ambiente que le circunda.

De aquí, en fin, la doctrina de los *Logoi* y de sus respectivos *Adversarios,* entre los gnósticos, o sean el *Agathodaemon* y el *Kakodemon* del doble caduceo de Mercurio-Hermes, emblema de la doble Sabiduría; de aquí la eterna ley de la oposición y la lucha que al mundo rige; de aquí también aquellas celebérrimas palabras con las que *Krishna,* el gran Hierofante iniciador de Arjuna en el *Mahabharata,* revela a este último su verdadera Naturaleza Dual, diciéndole:

"Yo soy el Espíritu entronizado en el corazón de todos los seres: su Principio, su Medio y su Fin; de las armas, yo soy el Rayo, el Viento, el Trueno… Sin Mí nada animado puede existir, porque soy el Origen de todo ser y de Mí ha emanado el Universo… En este mundo hay dos principios: perecedero o divisible el uno, imperecedero o indivisible el otro. Aquél es la totalidad de los seres vivientes, éste lo inmutable e indiferenciado; pero hay aún otro Principio más elevado, el Espíritu Supremo del Universo (la *Nada-Todo* de la escuela *advaitia),* que llena y sostiene a los tres mundos": el del cuerpo, el del alma y el del espíritu…"

Una última observación nuestra para ligar este notable "cuento" con el que subsigue: sospechamos, en efecto, que esta "Introducción de las actuales *Mil y una noches"* no es la primitiva, pues que en ella, al fin, se hace jugar al sexo y a la terrible y tan semítica pasión de los celos. La verdadera "Introducción" originaria, no debió ser ésta, sino la del extraño relato que subsigue en todos los textos que conocemos, y con el que Scheherazada comienza su inaudita narración.

CAPÍTULO II

¿La primitiva "Introducción de Las mil y una noches"?

HISTORIA DEL COMERCIANTE, EL EFRIT Y LOS TRES VIEJOS JEIQUES

El comerciante y el ogro.–¡Por comer aquél unos dátiles y tirar los huesos ha dado muerte al hijo de éste, nada menos!–Un año de plazo y de esperanza.–La vuelta del hombre, fiel a su palabra.–Aparición del efrit y de los tres venerables jeiques de blanca barba.–Cómo y de qué manera van obteniendo por terceras partes el perdón de aquella fiera astral y aérea.–El doble sentido exotérico y esotérico de todos estos cuentos.–No se trata de "dátiles", sino de "misterios de los dáctilos".–La condena del efrit y la del Génesis.–Aparece triunfal la idea del Sacrificio, igual que en la anterior "Introducción del libro", pero más primitiva, o sea sin el elemento del sexo.–Quiénes eran la Vaca y la Ternera del primer jeique y quiénes los Perros negros del segundo.–Conexiones mitopeicas de los simbolismos encerrados en estos dos relatos con los de la Tradición Universal.–Entronque en este cuento de otros varios del maravilloso libro.–Juder, el pescador, y su saco prodigioso.–El tema de la eterna envidia.–Conclusiones.

La perspicaz mirada de todo buen intuitivo dotado de ese "ojo clínico" tan ansiado para el diagnóstico médico, sorprende siempre, al lado de cada realidad viviente, a la realidad antecesora que la diera origen, como, llenos de artístico asombro, nos sorprende al lado de la egregia catedral salmantina del siglo XIV, su minúscula y deliciosa *abuelita* la catedral del siglo XI adosándose a sus muros y como amparándose en ellos, a la manera de cual la vejez se ampara a la juventud, que la debe el sér.

Del mismo modo, al lado de la emocionante Introducción de *Las mil y una noches* que acabamos de ver en el capítulo I, aparece otra más modesta, menos aparatosa, más confusa y absurda si se quiere, pero, por lo mismo, acaso más primitiva y más velada, o sea más digna aún de atención para el verdadero ocultista. Es la *Historia del comerciante y el genio,* que comienza así:

Scheherazada, dirigiéndose al sultán Schahrirar y rogando a su hermana Dinarzada que la escuchase atenta, dió principio a su relato de esta manera[8]:

–Señor, había antaño un comerciante muy rico, que necesitó hacer un largo viaje a través del desierto. Al cuarto día de su marcha se sintió fatigado, echó pie a tierra junto a un nogal, donde brotaba un manantial delicioso, y se puso allí a comer galleta y dátiles, cuyos huesos

iba arrojando a derecha e izquierda. Aún no había concluido su comida, cuando vió surgir del suelo un genio enteramente blanco de puro viejo y de una enorme estatura, quien, blandiendo su yatagán y profiriendo un grito espantoso, le dijo con voz de trueno:

–Voy a matarte ahora mismo, de igual manera que tú acabas de dar muerte a mi hijo.

–¿Cómo es posible esto? –respondió, atónito, el viajero.

–¿No te has puesto a descansar aquí? ¿No has comido dátiles y echado sus huesos a derecha e izquierda? Pues, dando con ellos a mi hijo en el ojo, le has muerto –insistió el genio, al par que le derribaba en tierra para decapitarle.

–Deteneos al punto, señor –imploró acobardado el buen hombre–. Al menos dadme tiempo a que vuelva a mi casa a poner en orden mis negocios y despedirme de los míos, que yo prometo luego volver aquí mismo para que cumpláis vuestra voluntad conmigo. Tal día como hoy del año que viene, me tendréis aquí.

El genio, entonces, aceptó la palabra y le dejó que regresase a su hogar, como había pedido.

Ya en casa, el comerciante contó lo sucedido. Después se puso a arreglar todos sus asuntos; pagó sus deudas; libertó a sus esclavos; emancipó a los hijos, y despidiéndose, anegado en lágrimas, de ellos, de su mujer y de sus amigos, al cumplirse el año ya estaba en el lugar de antaño y a disposición del genio, según lo prometido.

Mientras se consumía en cruel espera al lado de la fuente y bajo el árbol, he aquí que, de improviso, se le presentó un buen viejo que llevaba sujeta con una cadena a cierta corza blanca, y que le preguntó al punto:

–Hermano mío, ¿se puede saber qué causa os ha movido a venir a este espantoso desierto, en donde no hay seguridad alguna para el hombre, pues que está todo él plagado de espíritus malignos?

El comerciante entonces contó al viejo sus desdichas. El viejo, asombrado, repuso:

–Pues he aquí que yo quiero ser testigo de vuestra entrevista con el genio –y se sentó a su lado; mas, en aquel mismo momento, llegó otro buen viejo atraillando dos perros formidables y negrísimos, con el que medió un diálogo semejante. Por fin, llegó un tercer anciano, quien igualmente se quedó con ellos.

No se hizo esperar más el genio, quien, llegando en el seno de espantoso torbellino de arena, se dispuso *in continenti* a ejecutar la sentencia cruel. El comerciante y los tres viejos, espantados, comenzaron a llorar a gritos… Uno de éstos, prosternándose ante el genio, se atrevió a decirle:

–Príncipe de los espíritus del aire, os suplico humildemente que suspendáis vuestra cólera y me otorguéis la gracia de escucharme. Voy a contaros mi historia y la de esta corza, y si os parece más maravillosa que la aventura de este infeliz al que vais a inmolar, ¿podría esperar de vos el que perdonaseis a este desgraciado la tercera parte de su delito?

El genio vaciló un instante, pero al fin condescendió con lo que el viejo le pedía. Éste, entonces, comenzó su narración en los siguientes términos:

–Esta corza que aquí veis es mi mujer y además mi prima[9]. No tenía casi doce años cuando me casé con ella, y hemos vivido treinta años juntos sin tener familia; pero, no obstante su esterilidad, la he tratado con amor siempre. El mero deseo de tener quien me sucediese me llevó a tomar una esclava, de quien tuve un hijo de grandes esperanzas; pero mi mujer concibió tal odio contra ambos, que, habiéndome yo alejado unos días de casa, se dedicó a la hechicería, y mediante este arte perverso convirtió a la madre en vaca y al hijo en ternerillo. Cuando, al año, regresé, me dijo:

–Tu esclava ha muerto y tu hijo ha desaparecido.

No tengo por qué describir la inmensa pena que se apoderó de mí. Llegó meses más tarde la fiesta del gran Bairán, y para celebrarla según rito, mandé se me trajese una vaca para el sacrificio expiatorio. Pero el animal era tan hermoso y me miraba de un modo tan singular y tierno, tan… humano, que no me atreví a inmolarla, antes bien pedí se me trajera otra, a lo que mi mujer se opuso de modo tan terminante, que no tuve más remedio que entregarla a mi mayordomo para que él la sacrificase, como lo hizo. Contra lo que se esperaba, la vaca no tenía sino huesos y pellejo, y pedí en su lugar un ternero.

Pronto el mayordomo me trajo uno, que no era otro que mi transformado hijo. El animalito, al punto que me vió, y como si fuese un ser humano, rompió de un tirón la cuerda y se prosternó ante mí, despertando en mi pecho gran compasión, como si adivinase bajo aquella metamorfosis que el ternero no era sino mi mismo hijo. Convencido de ello, decidí no sacrificarle, pese a toda la oposición que mi mujer hiciese. Mas, fueron tantas las súplicas y aun amenazas de ésta, que me decidí a cumplir su mandato. Tomé, pues, el fatal cuchillo e iba a descargar el golpe, cuando éste se me cayó de las manos, y, teniéndolo a presagio, aplacé para el año siguiente el sacrificio, sustituyendo por otro al ternerillo, en medio de la exasperación de mi mujer.

Al otro día, muy de mañana, se me presentó mi mayordomo diciéndome:

–Tengo, señor, una hija que posee algún conocimiento de la magia. Ayer, al volver a mi casa con el ternero que me entregasteis por no quererle sacrificar, noté que se rió al verlo y que un

momento después se puso a llorar, y como yo le preguntase a mi hija por qué hacía dos cosas tan opuestas a la vez, me contestó:

–Padre mío, este ternero que usted trae, es el hijo de nuestro amo. Me río de gozo porque aún le veo vivo, y he llorado acordándome del sacrificio que de su madre se hizo ayer y que había sido convertida en vaca, ambas cosas por los encantamientos de la mujer de nuestro amo, que odiaba a la madre y al hijo.

–Al oír estas palabras, señor –dijo el viejo al genio–, partí inmediatamente al lado de la hija de mi mayordomo, prometiéndole todos mis bienes si lograba restituir a mi pobre hijo a su estado prístino, a lo que ella repuso:

–Puedo hacerlo, pero con dos condiciones: la primera, que me le dé luego por esposo, y la segunda, que me permita castigar a la persona que le transformase en ternero.

Aceptadas por mí entrambas condiciones, la joven tomó una escudilla de agua y, pronunciando ciertas palabras misteriosas que no entendí, exclamó, dirigiéndose al ternero, al par que le rociaba con el agua:

–¡Oh, tú, ternerillo! Si has sido criado tal como apareces, permanece en tu presente forma; pero si, por el contrario, eres hombre, bajo algún mal ensalmo, torna a tu sér primero, con permiso del Todopoderoso.

El ternerillo, entonces, con asombro de todos, recobró su primitiva forma y se echó en mis brazos. En cuanto a mi mujer, con otra ceremonia mágica, la transformó en corza, que es la corza que aquí veis, y que, para que no se me escape y vuelva a hacer de las suyas, llevo encadenada mientras busco por el mundo a mi hijo, quien, a raíz de la muerte de su mujer, de allí a poco, partió de viaje, sin que sepamos su paradero.

–Convengo –replicó el genio, así que el primer viejo hubo terminado su relato–, en otorgar a este mísero comerciante el perdón de la tercera parte de su delito.

–También espero de vos, señor genio –interrumpió respetuosamente el segundo viejo de los perros negros–, que le perdonéis otra tercera parte del delito, si es que, asimismo, os place mi historia.

Y como el genio viniese en ello, el viejo comenzó de esta manera:

–Sabed, príncipe de los genios, que estos dos perros son mis dos hermanos mayores, quienes, como yo, se dedicaron al comercio; pero con suerte tan distinta de la mía, que ellos se arruinaron, mientras que yo vi prosperar mi capital, que luego partí con ellos. Deseosos de probar de nuevo fortuna, me porfiaron durante cinco años para que les acompañase a una

segunda expedición, hasta que al fin cedí, enterrando en casa la mitad de mi capital, por si salía mal, como anteriormente. Tras una navegación de un mes, arribamos a un gran puerto de mar, donde gané diez por uno, y cuando regresaba con otros géneros encontré en la orilla una mujer distinguidísima, aunque pobremente vestida, que me pidió me desposase con ella, como lo hice. Ella, agradecida, y llevándome a una isla, me hizo saber más tarde que era un hada y que, conocedora de la maldad de mis hermanos conmigo, pues pretendían matarme por envidia, iba a castigarlos, transformándolos en perros durante diez años. El hada, pese a mis súplicas, los cambió, según había prometido, desapareciendo después, y por eso heme aquí con estos dos perros, mis hermanos, en busca del hada, por si, terminado el plazo, quiere ya restituirlos a su estado prístino…

–Esta es mi historia, ¡oh príncipe del aire! –terminó diciendo el segundo viejo–, y por ella espero que perdonéis a este infeliz que vais a matar, otra tercera parte de su delito.

–Convengo en ello –contestó contrariado el ogro.

Entonces el tercer viejo tomó la palabra solemnemente, y haciendo propuesta al genio de que, en honor de la historia extraordinaria que le iba a contar, a su vez, perdonase también la tercera parte que faltaba del dicho delito.

–No es posible que sea más maravillosa que las otras dos –dijo el genio–. Pero, en fin, accedo a lo que me pides.

–Señor –terminó diciendo Scheherazada al sultán–, la historia que el viejo tercero contó, debió ser estupenda cual ninguna, pero ella no ha llegado a mi noticia, acaso por su misma sublimidad. Sólo sí sé que, pasmado el genio, otorgó el perdón al pobre comerciante, quien, después de prosternarse agradecido ante los tres ancianos y sin volver la vista atrás, regresó feliz entre los suyos.

* * *

A nuestro juicio, el relato que antecede, como todos los del gran libro, y en general cuantas "parábolas o fábulas" contienen todos los libros arcaicos de su índole, tienen un sentido exotérico, infantil o vulgar, que es el que naturalmente se desprende de su narración –"la letra que mata"– y otro esotérico, filosófico y trascendente –"el espíritu que vivifica"–, cosa que precisamente acontece, de un lado, con los niños, quienes toman al pie de la letra, verbigracia, las fábulas de La Fontaine o de Samaniego, y de otro, con los hombres maduros, quienes saben sorprender, tras el relato, siempre absurdo, de la fábula –fábula en la que hablan los animales, las plantas y hasta las piedras–, la enseñanza emblemática y moral en ella oculta. Deseosos nosotros de investigar en este último sentido, aunque repitiendo de una vez para

siempre que no damos a nuestras interpretaciones carácter alguno objetivo, empezamos diciendo que la inverosímil aventura del buen comerciante con el *genn, jina* o *efrite* [10], no es sino el triste simbolismo de la Humanidad sobre la Tierra, representada aquélla por el pobre hombre que "en su peregrinación por el mundo", o sea por la vida, está siempre amenazado de muerte "por haber comido *dátiles* y arrojado sus huesos a derecha e izquierda, matando así al hijo del jina o genio", cosa que exige alguna explicación previa.

Se dice del Maestro Pitágoras (Chaignet, *Pilhagoras; sa vie et son oeuvre),* que en uno de sus viajes se inició en los sagrados Misterios de los *Dáctilos,* es decir, "en los del *Diez* o de *Io".* Estos misterios iniciáticos eran puramente matemáticos como aquellos que se enseñaban en el templo de Délos, en cuyo frontispicio se leía "¡nadie entre que no sepa Geometría!", en suma, sin tener los conocimientos de la Cábala o Tradición primitiva. No es tan violento, pues, como a primera vista se puede creer, el ligar la palabra "dátiles" con la palabra "dáctilos" o "dedos", tanto porque los dedos (Eduardo Benot, *Aritmética Universal)* son la base originaria de toda contabilidad y también en lo antiguo los huesos de dátiles y de otras frutas, cuanto porque la palmera, de la que aquéllos son semilla, es, por sus hojas, el simbolismo de la numeración y de todas esas escrituras atlantes y arias primitivas que se llaman "claves ogámicas, mágicas o rúnicas", claves de las que hemos esbozado algo en el capítulo VII de nuestra obra *De gentes del otro mundo* [11]. La fábula, pues, quiere veladamente expresar que, por haber comido indebidamente el cuitado el iniciático fruto de los dáctilos o de los *dátiles,* profanándole, se había hecho acreedor a la pena de muerte, cosa que, bajo otra forma, vemos reproducida nada menos que en el capítulo del *Génesis,* cuando la primera pareja, desobedeciendo a Jehovah, que aquí está representado por el *genn,* come del fruto *dáctilo* o "manzana" del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal (es decir, usa de su razón bajo las insinuaciones del Rebelde) y es condenado por aquél "a morir de muerte". ¿Quién puede dudar, en efecto, que, desde el primer instante en que venimos a este bajo mundo, ya estamos, ipso facto, condenados a muerte, en una u otra forma?

Pero lo que hay es que, por especial misericordia del aparentemente inexorable Destino, nuestra muerte se aplaza días tras días como la del comerciante de marras, y se aplaza "para que, como él, pongamos en orden nuestros negocios y nos preparemos serenos para el supremo momento de la partida". Y se aplaza de un modo más o menos indefinido, precisamente por la salvadora intervención de ciertos ancianos, Maestros o "jinas", que nos han dado como Mahatmas o "grandes almas", que ellos son, sus sapientísimas enseñanzas, no para ellos salvamos, "sino para que con estas últimas nos salvemos". "Tales ancianos son los "tres venerables viejos" que "al cuarto día de marcha a través del desierto" –el terrible

desierto de la Vida, o "valle con soledad y llanto", que dijo el místico vate salmantino– y "junto al torrente de donde manaba agua" –el Agua "salvadora de la Vida– son quienes, bajo el velo simbólico de los respectivos cuentos que narran, consiguen que el genio –¡El Genio de la Historia que dirige aquí abajo todos los acontecimientos humanos!– otorgue por terceras e indivisibles partes el perdón de la pena impuesta al cuitado que, fiel a su palabra (como Régulo el caudillo romano prisionero de los cartagineses en la primera guerra púnica), volvía al año justo para ser inmolado por la atroz guadaña o cuchilla.

Y en esta escena precisamente estriba nuestra opinión de que nos hallamos, con este extraño cuento, ante la primitiva introducción del parsi libro. En el cuento, la idea fundamental es la misma que ya llevamos visto en el anterior de Scheherazada y el sultán: UNA IDEA DE REDENCIÓN y DE SACRIFICIO, pero mientras que en este último interviene ya el sexo con todo su cortejo de celos, venganzas y rencores, en el del comerciante que nos ocupa no interviene otro elemento que el de la profanación de un conocimiento iniciático, que es justamente lo que todas las tradiciones orientales, *Biblia* inclusive cuando la leemos entre líneas, nos enseñan respecto de la Atlántida y el consiguiente castigo infligido por tal causa a la pobre Humanidad.

Y la idea del sacrificio no está tanto en la acción de los viejos, al así interponerse para torcer un inexorable destino, cuanto en el relato que éstos hacen de sus respectivas aventuras, cosa sobre la que conviene nos fijemos.

La peregrina historia, contada al ogro por el primer viejo de la corza (para arrancarle con ella su víctima al modo de como Scheherazada hace también con el fiero sultán), no es sino el relato alegórico de lo acaecido con el culto luni-solar primitivo en los últimos tiempos de la Atlántida, cosa confirmada por otros muchos cuentos, como más tarde habremos de ver.

En efecto, el viejo se casa "con la hija de su tío", es decir, del hermano de su padre[12], pero, como la Sarai esposa de Abraham, resulta estéril. Entonces, para lograr la indispensable sucesión salvadora del oprobio entre los pueblos semitas que hacen cifrar todo en el sexo, el viejo toma, como Abraham también toma a Agar *(Agra,* la Luna), en calidad de concubina, y de ella tiene un hijo, a quien aquella Juno o Fricka inexorable, trata por todos los medios de sacrificar, tanto que, dedicándose a malas artes mágicas, consigue al fin, en ausencia del esposo, transformar a la madre en Vaca y al hijo en Ternero[13], y llegada la fiesta pascual, exige de su esposo que los sacrifique a entrambos del mismo modo a como A-braham (el "no-brahmán"), se dispone a sacrificar también a su hijo.

Este viejo (émulo del Wotan wagneriano, al par que sus siempre amados al par que con sus odiados hijos, los welsungos, y, en general, de todos los dioses exotéricos júpiter, jehovah, Saturno, etc.), sacrifica, aunque con indecible repugnancia, a "la Vaca", pero le falta valor para hacer otro tanto con su hijo "el Ternero", quiero decir, inmola, por exigencias de la mala magia de su mujer, a la Religión primitiva de la Vaca (Io, Isis o "la Luna"), dejando viva la religión vulgar o terrestre, representada por el ternerillo de Parvadi, su hijo. Pero, pasan los tiempos, y al año justo de aquel necromante sacrificio, cuándo va al fin a ceder y degollar también sobre el ara a su unigénito hijo, símbolo asimismo de toda la Humanidad terrestre, he aquí que se interpone la hija del arrendatario, maga buena de profesión, quien, al informarse del increíble suceso, apela a su arte poderosa y restituye a aquél a su estado prístino, castigando, al par, a la perversa madrastra con transformarla a su vez en una corza: la misma corza que, a la sazón, conducía el buen viejo cual los sadhús indostánicos adoradores de Vishnú conducen también a su "vaca", o, en fin, como el propio Maestro de Kapilavastu, después de residir dos años en el Desierto "alimentándose sólo con la leche de la Vaca" (Sabiduría Primitiva, perdida), se presentó al mundo conduciendo asimismo a "su Vaca Sagrada", por lo que fué denominado desde entonces *Gau-tama,* "el Conductor de la Vaca", según muy al por menor referimos en la página 9 *De gentes del otro mundo.*

No hay para qué añadir que esta corza representativa de la Mala magia de la impía madrastra, es la misma que anda en tantos cuentos conocidos, tales como aquel de *La corza blanca* de las inmortales leyendas de Bécquer, en prueba del hecho, que veremos prodigarse enormemente a lo largo de estas páginas, de que el libro de *Las mil y una noches* es el precedente quizá más antiguo de toda la literatura universal, pues Apuleyo, Cervantes y Calderón bebieron, sin duda, la inspiración en esos peregrinos relatos, dotados del maravilloso don de sugestionar por igual a los sabios que a los ignorantes y a los hombres que a los niños.

¿Tendrá, en fin, la famosa *corza* mágica del viejo jeique salvador, sus homólogas en la demopedia religiosa ibérica? Creemos que sí; mas, en la imposibilidad de detenernos a hacer sobre ello las oportunas consideraciones, damos aquí el facsímile de una de estas "corzas" o "cabras", hermanas gemelas del *Capricornio* celeste y también de la cabra Amaltea, nodriza o "madrastra" de Júpiter cuando fue dado a luz por su madre Opis o Rhea (la Tierra) en la isla de Creta, isla famosísima asimismo por el temible *Mino-tauro* de su laberinto. Dicha lámina ilustra, en efecto, un excelente avance de estudio, hecho por el profesor señor Mélida en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* con cargo a sus excavaciones en las ruinas ibero-

romanas de Mérida, la gran metrópoli peninsular, célebre, entre otras cosas, por sus cultos iniciáticos, trasuntos fieles de los de los parsis, griegos, romanos y aborígenes.

"Príncipe de los espíritus del aire –le dice finalmente el *jina* o jeique de la corza al fiero y sanguinario genio sacrificador–, si por ventura os parece más maravillosa la historia de mi corza que la de este infeliz, ¿le perdonarías a este último la tercera parte de su delito?"

Al terminar con estas palabras su relato, el viejo nos da, de pasada, una clave de otras frases análogas de San Pablo, el gran iniciado cristiano, cuando, encarándose con todos los hombres verdaderamente grandes –cual lo era, sin duda, el comerciante de marras al volver puntualmente al cabo del año a purgar sumiso su discutible delito–, les dice *(Epistala I a los de Efeso,* capítulo V, v. 12): "Porque nosotros –es decir, los Iniciados, los Perfectos– no tenemos ya que luchar contra la carne ni la sangre– contra las pasiones animales–, sino contra los Arcontes, los Gobernadores de las tinieblas de este mundo; contra los Espíritus de maldad en los aires"; palabras que, con cortas variantes, se reproducen en los versículos 11 al 15 de la *Epístola a los Colossenses,* y también en el capítulo II de aquella *Epístola,* cuando les dice a los hombres: "Vosotros estabais muertos por vuestros pecados, en los que andabais en otro tiempo conforme a los hábitos de este mundo y a la tiranía del Príncipe de las Potestades del aire, que es el espíritu que ahora reina sobre los hijos de la infidelidad…" Prueba clara de esa terrible ley que nos encadena aquí abajo a nosotros, cuyo reino, según Jesús, no es de este mundo, como hijos que somos, por nuestra alma, del Cielo, y no de la Tierra. Tal ley nos obliga, según el profundo sentido esotérico del poema de *Las Aves,* de Aristófanes, a estar aquí, en este valle de lágrimas, unos largos años (que son meramente un día para la eternidad), en lucha constante con las Potestades –potestades que aparecen continuamente en *Las mil y una noches,* como iremos viendo–, por lo que nuestra ley aquí es, no la de la paz, sino la de la guerra, según nos repiten múltiples sentencias del Evangelio, tales como las de "no vine aquí a traer la paz, sino la espada", la de "milicia es la vida del hombre sobre la Tierra" y, en fin, aquella luminosísima escuela de las más rebeldes gallardías que arranca de la frase todavía incomprendida de que "tenemos que reconquistar el Cielo por la violencia"…

Viniendo ya al segundo de los tres venerabilísimos jeiques que se presentan para salvar al cuitado comerciante en "aquel desierto de la Tierra, plagados de espíritus malignos", diremos que su historia, y las de sus dos hermanos, guarda analogía con la del anterior, enlazándose

asimismo con otra, mucho más extensa, omitida en el texto de Galland, pero hermosamente desarrollada en el de Mardrús, o sea la de *Juder, el pescador*[14], y también con la de *Las dos hermanas envidiosas de la otra menor,* base de la tan conocida leyenda española de *La Cenicienta.* En esencia, el argumento es el mismo que el de la bíblica de Caín y Abel, y, hasta cierto punto, la de Esaú y Jacob, Remo y Rómulo, José con sus hermanos, y demás inacabables prototipos literarios del eterno, del más cruel de los dramas humanos: ¡el Drama de la Humanidad que *fraternalmente* se destroza a sí propia, en lugar de establecer una cooperación leal para vencer a la *Luz Astral,* o "Espíritus de Maldad en la Naturaleza", a los que acabamos de referirnos! Esta transformación, además, de los dos malos hermanos en *perros* (al tenor de las consabidas frases: cristiana de "¡perros judíos!"– y mahometana de "¡perros cristianos!") es una de tantas y tan extrañas metempsicosis como aquí iremos viendo, metempsicosis que, sin duda, sirvieran al propio Lucio Apuleyo para su divina fábula de *El Asno de oro,* base, como diría nuestro Bonilla San Martín, de tantas obras literarias en prosa y verso… ¡Perros, y bien negros fueran, en efecto, esos sacerdotes y guerreros antiguos que, como diría Maeterlink, "sepultasen el *Templo iniciático",* de la misma manera que los hermanos del segundo jeique de nuestro cuento trataron de sepultar en el mar a éste y a su *jaina* o mágica esposa, la cual, para castigarlos, los transformó en perros "durante diez años", o séase durante un largo período de tiempo, porque en *Las mil y una noches* todas las penas son *temporales,* aunque a veces sean *eternas,* al tenor del verdadero significado hebreo de la palabra *oulang* o "eternidad", que no equivale a nuestro absurdo "siempre", como se viene creyendo, sino a "un período de tiempo cuya duración es indefinida",

Por último, el texto constantinopolitano de Galland, más puro en esto, a nuestro juicio, que el de Mardrús, omite la historia que contara el tercer jeique al ogro, porque ella era tal y tan sublimemente misteriosa (como efectiva historia mágica o iniciática), "que el libro la tiene que callar…", y la calla, efectivamente, por cuanto la que figura en este último texto sirio no merece los honores de tal, sino que, antes bien, resulta, en opinión nuestra, un postizo, una mala interpolación anónima de fragmentos inconexos de otros cuentos para llenar el inquietante vacío que de otro modo quedaba y tenía que quedar.

Libre así, en fin, el buen comerciante del cuento, como libre, verdaderamente libre y glorificada habrá de quedar la Humanidad en el último día de los tiempos, el día de la *Celestial Jerusalén* que, parafraseando al viejo *Libro etíope de Enoch,* diría *El Apocalipsis,* pudo cantar triunfante, agradecido a los tres viejos jeiques, aquello que también se lee en otro lugar del texto sirio:

"¡Me has cubierto con los beneficios de tu generosidad, como la nube próvida y bienhechora cubre a la colina…!"

" …Porque he cumplido fielmente con la sentencia que dice: "Si te oprime el insensato, sopórtale con paciencia, y para que se realice sola tu venganza (karma) no cuentes sino con el tiempo, que hará pasar ante ti, sentado en la puerta de tu tienda de viajero, el impotente cadáver de tu enemigo… ¡De tu enemigo vencido, no por ti, sino por su propia y mala obra, que contra él automáticamente se vuelve siempre…!"

***

Mardrús-Blasco Ibáñez (t. XVII, p. 74), consignan en la *Historia de los dos tragadores de hachich,* el caso de un pescador que en pleno delirio de su embriaguez sale de noche a pescar junto al río, y en pleno camino iluminado por la luna, creyendo que está junto al agua, pesca con el anzuelo un enorme perro. Después, en unión del kaid, que era otro tal ,como él, realiza otra porción de locuras graciosas que allí pueden leerse. Llevado, en fin, por sus extravagancias a la presencia del propio sultán, le cuenta a éste varias peregrinas historias, tales como la de "Historia del sucio Kadí; del pollino Kadí; del Kadí astuto" y, por fin, dicta como visir del Sultán una famosísima sentencia en "El pleito del hombre de la Vaca y el de la yegua" (el culto iniciático de la Derecha y el de la Izquierda), pleito que se resume así:

Cierto hombre –seguramente era el primer jeique de marras– iba por su camino con su hermosa vaca y su hermosísimo ternero. En el camino hubo de cruzarse con otro que traía una horrible yegua y una potranca desmedrada y enclenque. Pónense a jugar las dos crías y entonces el de la yegua se apodera del ternerillo diciendo: "¡Es el hijo de mi yegua!" El otro, indignado ante el atropello, le lleva ante el kadí al embustero, el cual, reconvenido por éste sobre lo absurdo de su pretensión, dijo: "¿Pues qué, hay algo aquí abajo que sea imposible para el Altísimo?" El juez se mordió los labios y, sin replicar, mandó que le trajesen en el acto un ratón y un enorme costal de trigo y que fuera cargado el costal a lomos del ratón por el dueño de la yegua. "¡Señor, esto es imposible!" "¿Y por qué esto sí y no lo de que tu yegua tenga un ternero por hijo?"… Y mandó darle cien palos como a impío.

Detalles como los transcriptos, y que se irán ampliando en el curso de este libro, revelan que el mito fundamental de un relato delicioso, imaginativo o "jina" como es el de Scheherezada y el de los tres jeiques deteniendo una sentencia inapelable e injusta, se repite como "leit motif", simbolizando siempre el eterno sacrificio de los grandes por los pequeños y de los padres por los hijos.

CAPÍTULO III

Comienza el libro de "El Pescador", y sus múltiples versiones en los textos de "Las mil y una noches"

Los numerosos cuentos de *Las mil y una noches* entroncan en sólo diez o doce cuentos fundamentales, que son como otras tantas obras distintas y que daremos, para mayor claridad, en libros separados.–Disposición genuinamente "arbórea" de los relatos.–Un detalle concordante acerca de las producciones artísticas de los grandes maestros.–La separación entre noche y noche, es arbitraria en los textos que conocemos, pero no debió ser así "originariamente".–"Historia del pescador" en el texto de Galland.–Anécdotas de "El rey griego con el médico Dubán" y de "El loro y el papagayo" y "El principe y la vampiresa".–"Los cuatro peces de colores y la Dama Blanca".– "Historias de Califa y el califa", y de "Los doce capitanes de policía".

La más simple ojeada que echemos sobre las actuales versiones de *Las mil y una noches* basta para hacemos comprender que la disposición de sus textos dista hoy enormemente de lo que ser pudo el texto primitivo. La versión constantinopolitana de Galland, la siria de Mardrús y la española fragmentaria que corre, ora en "Pliegos de Cordel", ora en desfigurados cuentos que nos ha conservado la tradición popular arábigo-española, por no hablar de otras, tienen, sí, la esencia, el perfume de aquel texto primitivo, hoy perdido, pero su disposición y enlace, sus detalles variadísimos, su alcance filosófico y su moralidad o inmoralidad respectiva, cambia hasta lo infinito del modo más notable, siendo necesario, por tanto, introducir algún orden en semejante caos, si se quiere penetrar en la entraña ocultista del maravilloso libro.

Hay, en efecto, en *Las mil y una noches,* determinados cuentos fundamentales, troncales, por decirlo así, y de los que, con tropical exuberancia, brotan todos los demás, a la manera como de las ramas principales de un árbol corpulento van arrancando y diversificándose otras ramas menores, las que se ramifican, a su vez, hasta acabar en pequeñas ramitas y en hojas, cada una de las cuales es, en sí, una fábula o un cuento independiente en el libro que nos ocupa.

Esta disposición arbórea, eminentemente científica, como la de las tablas clasificadoras de la Historia Natural, es propia y característica de los grandes libros del pasado, porque el hombre ario, a diferencia del moderno, tiene un espíritu de orden que armoniza siempre la unidad de la idea fundamental con la multiplicidad prodigiosa de los desarrollos a los que la idea es sometida, a la manera de como hoy lo vemos en las obras musicales de los grandes maestros,

quienes han sabido imprimir a temas sencillísimos, triviales a veces, desenvolvimientos que nos pasman, sin que se borre jamás por ello la idea temática básica, la cual aparece siempre en el fondo de tales desenvolvimientos, a los que centra y coordina. Con ello se prueba, una vez más, la unidad esencial del verdadero Arte, ora en su expresión musical, ora en la pictórica, ora en la literaria, en la escultórica, en la arquitectónica, en la coreográfica, etc., etc., expresiones que no son en el fondo sino la manifestación de una Idea única, abstracta, indefinible y Divina.

Ya, al tratar de la Introducción de la obra, vimos cuál era el tronco de esta última: *a)* una sentencia cruel, inhumana, símbolo de la sentencia de muerte que la Naturaleza pronuncia contra todos los seres desde el momento mismo en que ella los trae al mundo; *b)* un acto de sacrificio heroico que, para dilatar indefinidamente la sentencia, es interpuesto entre el sacrificador y sus víctimas, y *c)* un elemento de sublimidad ultraterrestre sirviendo de instrumento liberador, y que no es otro que la Imaginación Humana sembrando de rosas de ilusión una senda que es de espinas y que serpea siempre por el borde de un abismo… Tal es, pues, la obra que los relatos de Scheherazada forman, obra que se desarrolla en una serie prodigiosa de cuentos, sucediéndose unos a otros durante mil noches sucesivas, y cuyos cuentos, sin duda, tuvieron otra ilación que la desarticulada de los textos actuales, en las que ellos aparecen arbitrariamente interrumpidos con los cortes necesarios de noche a noche, para imitar artificiosamente el millar de cuentos que sin duda tuvo el primitivo libro.

Pero entre estos cuentos hay diez o doce grandes relatos, distintos entre sí e irreductibles uno en otro; tan distintos como que, probablemente, se trata de diez grandes novelas, que hoy diríamos, a saber: la "Historia del pescador", la de "Los tres calendas y las tres princesas de Bagdad", la de "Aladino, o la Lámpara maravillosa", la de "Sindbad el Marino", la de "El jorobadito y los siete barberos", la de "Camaralzamán y Badura", la de "Yamlika, princesa subterránea", la de "Beder, rey de Persia, y Giauhara, princesa marítima", la de "El príncipe Seif Almuluk y la hija del rey de los Genios del aire", la de "Nureddhin Alí y Bedreddhin Hassan" y alguna otra. Todos los demás cuentos –acaso agrupados antaño de diez en diez, también, respectivamente– les están subordinados, como en toda obra lo están los capítulos al respectivo libro del que forman parte. Ellos luego, a su vez, se diversifican en varias fábulas, episodios e incidentes hasta componer en conjunto el número de diez por diez y por diez, o sea un millar entre todos y "a uno por noche", como corresponde a otra de las significaciones del emblemático título de "mil y una noches", que la obra entera lleva[15].

El primer ejemplo de ello nos le da "La historia del pescador", que es también el primero de los cuentos de Scheherazada en todos los textos, y el primero que vamos a examinar nosotros,

por referirse a la discutida Atlántida y a su catástrofe, como punto de partida de toda la historia persa, al tenor de las frases de la Maestra H. P. B. que estampamos al comienzo de nuestro estudio. El cuento en cuestión contiene, en efecto, las diez historietas que subsiguen, y de cuyos textos de referencia se dan asimismo las oportunas indicaciones. De aquí el título *El libro del pescador,* que nos hemos permitido asignar a todo el conjunto de este primer "libro",

El primero de estos diez cuentos de "El libro del pescador" dice, en efecto, así:

VERSIÓN PRIMERA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR", EN EL TEXTO DE GALLAND[16]

–Señor –continuó diciendo Scheberazada antes de apuntar el alba–, en aquel tiempo había un anciano pescador que apenas ganaba en su oficio lo preciso para alimentar a su mujer y a sus tres hijitos. Todos los días al amanecer se iba a la ribera, y sólo echaba las redes cuatro veces por día. Una madrugada, a la luz de la Luna, echó al mar las redes, y al punto sintió gran resistencia en ella, señal que prometía una pesca espléndida; pero cuál sería su desilusión viendo salir preso en las redes el esqueleto de un enorme jumento. Echólas segunda vez, y halló gran resistencia de nuevo; mas sólo era una gran cesta llena de fango y cascajo. En el tercer lance de pesca, en fin, sólo sacó taramones y basuras del río vecino.

Entonces oró al Señor, pidiéndole que le hiciese acertar la cuarta y última vez, pues, de lo contrario, él y los suyos no comerían aquel día. Sin embargo, lleno de fe, tiró su postrer lance y vió con asombro que las redes sacaban al fin un gran vaso amarillo de cobre, cerrado con tapa de plomo, y en ésta un sello de seis puntas o Sello de Salomón.

–Se lo venderé a un fundidor, y con el precio compraré una fanega de trigo –se dijo el buen hombre, y se puso a examinar atentamente el vaso, notando que sonaba a vacío. Abrióle con gran trabajo mediante su cuchillo, mas en el mismo instante salió del vaso una espesa columna de negro humo que lo anubló todo, mar, tierra y cielo[17], condensándose después en un monstruoso gigante, quien le dijo:

–Vas a morir ahora mismo, por castigo de lo que has hecho. Sólo te dejo el arbitrio de que elijas el género de muerte que te sea preferible. No puedo tratarte de otro modo por lo que vas a saber:

–Yo soy uno de los antiquísimos genios, rebeldes al poder del sabio rey Salomón. Sácar, fué el otro, por lo que aquél encargó a Assaf, hijo de Barachia, su visir, que me encerrase y sellase dentro de este vaso y me arrojase al mar. Hecho ello así, juré que si alguien, en el término de

cien años, me libertaba, le haría rico en el cielo después de su muerte; pero nadie durante un siglo me hizo tal beneficio. Durante el segundo siglo juré otorgar a mi libertador todos los tesoros de la tierra, del mar y del abismo, pero me ocurrió lo que la otra vez. Durante todo el tercer siglo prometí hacer a mi libertador el monarca más poderoso de la Tierra, estar junto a él siempre en espíritu para guiarle por la noble senda, y concederle cada día tres peticiones que me hiciese, mas nada conseguí. Rabioso entonces contra una Humanidad tan necia, y por ver si así tenía mejor suerte, juré que si alguno me libertaba en lo sucesivo, le mataría sin piedad, dándole únicamente el derecho de elegir la clase de muerte. Elígela, pues, tú, mi necio libertador.

–Si es así –exclamó el pobre pescador aterrado, viendo que no valían lágrimas, súplicas ni proposiciones astutas de ningún género–, contéstame al menos, en nombre del Señor Supremo, a una sola pregunta.

–Hazla pronto –rugió el gigante, obligado por el sagrado conjuro.

–Yo querría saber, no más, si efectivamente estabas encerrado en este vaso, como dices, porque él es demasiado chico y tú demasiado grande para caber en él.

–Sí lo estaba –repuso el gigante.

–Pero –insistió el pescador–, ¡si no cabe en él siquiera un dedo de tus enormes pies! Necesitaría verlo para creerlo.

–Pues ¡míralo! –dijo el gigante volviéndose a meter en la vasija.

El pícaro pescador, entonces, en vez de responder, se apresuró a cerrar el vaso como antes, dejándole al genio encerrado de nuevo.

–¡Abre el vaso y déjame libre –decía desde dentro el genio–, que no habrá de pesarte mi generosidad!

–De ningún modo –insistió el pescador–. Tú no te compadeciste de mí, y yo debo ser también inexorable contigo, echándote de nuevo al fondo del mar y avisando a todos los navegantes y pescadores para que nadie vuelva a sacarte por siglos de siglos[18].

–Amigo mío, no seas así. Considera que no es honroso el vengarse, y que no hay en el mundo acción más grande que la de devolver el bien por el mal.

–Júrame, pues, por el Gran Nombre de Alah que cumplirás exactamente lo que dices, y entonces te libertaré.

–Te lo juro. Nada temas. Toma tus redes y sígueme –dijo el gigante, añadiendo, así que se vió libertado: –Echa aquí tus redes al punto, en el estanque de este jardín.

Echadas las redes, el pescador vió que del estanque de aquel jardín encantado sólo salieron cuatro peces, cada cual de su color: uno blanco, otro azul, otro encarnado y otro amarillo. No se cansaba de admirar la suprema belleza de los peces; pero no sabia qué partido mejor sacar de ellos, hasta que el gigante le ordenó:

–Coge estos peces, llévalos a tu sultán, quien te dará más dinero del que has podido soñar en tu vida. Además, siempre que quieras podrás venir al jardín y al estanque, pero no pesques en él más que una vez por día, pues, de lo contrario, te sobrevendrá una gran desgracia. Y diciendo esto, el gigante golpeó con el pie en el suelo, que se abrió al momento y se cerró sobre él.

El pescador, maravillado de cuanto había visto, tomó el camino de la ciudad y se fué en derechura hacia el palacio del sultán para ofrecerle los extraños peces, como el gigante le había dicho.

–Dejo a la consideración de vuestra majestad, señor –continuó Scheherazada–, cuál sería la sorpresa del sultán cuando vió los cuatro peces aquellos; tanto, que dijo a su visir:

–Toma esos peces y llévalos a la cocinera griega para que me los prepare con el mejor de sus guisos. Dale, además, al pescador de ellos cuatrocientos denarios de oro.

Luego que la cocinera hubo puesto en la sartén los peces, los dió la vuelta con la paleta, mas, ¡oh prodigio!, a través del muro apareció una dama blanca ataviada como una diosa egipcia, la cual, acercándose a los peces y tocándolos con su mágica varita de mirto, les dijo:

–Peces, ¡cumplid con vuestro deber!

Entonces los cuatro peces, como si fuesen cuatro seres humanos, levantaron la cabeza respondiendo:

–Si usted diese sus cuentas, nosotros daríamos las nuestras; si usted pagase sus deudas, también nosotros pagaríamos; si usted desapareciese, nosotros venceríamos y quedaríamos contentos.

A estas palabras la dama echó a rodar la cacerola, desapareciendo a través del muro como había venido, y la cocinera advirtió, con espanto, que los peces estaban carbonizados, cosa que se apresuró a noticiar al visir, quien nada dijo al sultán, inventando un pretexto cualquiera para que el pescador le trajese del estanque de marras otros cuatro peces de colores como aquellos.

Pero no contaban la cocinera y el visir con que el caso se repitió punto por punto, y los nuevos peces, a la aparición de la dama, quedaban carbonizados como los antiguos. El visir creyó de su deber noticiar del caso a su majestad, quien, maravillado, quiso intentar personalmente la experiencia, encargando, al efecto, nuevos peces al pescador.

Cuando éste los hubo pescado en el sitio consabido, se procedió como con los anteriores y con resultado idéntico, salvo que en vez de la dama egipcia se presentó un espantoso negro. El sultán preguntó al pescador por el sitio en que se pescaban semejantes peces, a lo que él respondió que el lugar estaba situado del otro lado de la montaña frontera, entre cuatro colinas que le rodeaban con su vegetación paradisíaca, y como a las tres horas de la corte en que se hallaban.

El sultán entonces, lleno de curiosidad, preguntó al visir:

–¿Conoces tú ese lago que el pescador dice?

A lo que, todo humilde y turbado, respo~dió el visir:

–Señor, yo soy un hombre que camina hacia la vejez y, aunque en esta ciudad he nacido, jamás he visto semejante lugar, ni nunca oí hablar de él, a pesar de mis frecuentes cacerías por las faldas de esa montaña que el pescador dice.

El sultán, asombrado, se hizo conducir allá, como se verá más adelante, en subsiguiente capítulo, después que demos las demás versiones del cuento que nos ocupa.

VERSIÓN SEGUNDA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR", EN EL TEXTO DE MARDRÚS

El texto sirio de *Las mil y una noches,* aparte del que antecede de Galland, nos da otras varias versiones, más o menos desfiguradas, del típico cuento y que conviene puntualizar. Una de estas versiones es la que lleva el título de "Historia de Califa y del califa" (tomo XIII de la traducción Mardrús-Blasco Ibáñez), y en el que aparece también un pobre pescador de aquel nombre, quien cierto día arrojó diez veces sus redes sin sacar nada. A la undécima extrajo del fondo un feo mono cojo y tuerto. Al ir el pescador Califa a matarle, el mono habló, diciéndole que echase otro lance más, y, en efecto, esta vez sacó con precauciones a otro hermosísimo y atildado mono, adornado de oro y vestido de azul, ¡el dios de los monos, sin duda!, quien le dijo:

–Yo soy el mono a quien debe toda su fortuna Abu-Saada, el judío, porque soy la primera persona cuyo rostro mira él por la mañana y la última que ve antes de dormirse. Y te digo más: que arrojes otra vez las redes y verás lo que sacas.

En efecto, obediente Califa al guapo mono, esta vez sacó del fondo un pez magnífico con áureos ojos y escamas diamantinas, y por consejo de aquél se le llevó al judío, rechazando, al mostrársele, todo estipendio que no fuera el de *dos simples palabras,* a saber: "¡Consiento en cambiar el mono de Califa por mi mono, y su suerte por la mía!" El mono viejo y lisiado fue desde entonces patrimonio del judío y el mono hermoso que tal revelación salvadora le hiciese, el mono de Califa y el causante subsiguiente de cuantas dichas le acaecieron a éste en el curso de su vida.

Por supuesto que estos dos monos, el feo y el hermoso, constituyen, respectivamente, en la Mitología comparada: el uno el patrimonio degradado y siniestro de una Humanidad vulgar o perversa que tiene más de mono que de hombre, y el otro nada menos que el célebre *Hanu-man* o "dios de los monos", que figura en el *Rama-yana* como el más eficaz y abnegado auxiliar de Rama, el gran guerrero solar conductor del joven pueblo ario en la conquista de la Aria-vartha o Gran India en el comienzo de los tiempos históricos. Hanu-man, en efecto, construye con su enorme cola un puente entre la India y la isla de Lanka (Ceilán), por el que pasa todo el ejército del héroe. En otros textos, como en el de *Los Vedas,* Hanu-man es "el Manú, o prototipo de los hombres-monos", o sea de los antecesores simiescos del hombre actual, que diría un darwinista, así como se habla también en aquéllos de otros "Manús y Avataras" todavía más antiguos, tales como el "Manú-Pez" (Mastya-Avatar), o "pez siluriano" que hoy diríamos; el "Manú-Tortuga; (Shukma-Avatar); el "Manú-León" (Nara-Sing); el expresado "Manú-Mono" (Hanu-man, u "hombre-lunar") y los dos "Manús-Hombres" (Rama y Krishna, Avatares últimos del Vishnú terrestre).

Como se ve, la doctrina moderna de la Evolución de las formas en la Naturaleza también tiene sus precedentes entre los arios, como más al pormenor consignamos en los comentarios al capítulo VI de *Por las grutas y selvas del Indostán* y en el de "Física y Metafísica" de nuestras *Conferencias teosóficas* (tomo II).

En una variante de esta versión del texto sirio (una de las muchas inéditas que aparecen en la traducción de Blasco Ibáñez en los tomos IV al XII), entusiasmado el sultán ante el pez que ha pescado Califa, le da cuatro mil dracmas de oro. Ante tamaña prodigalidad, la reina Schirin le reprende al sultán, y hace llamar al pescador, bajo pretexto de preguntarle si es macho o es hembra el pez en cuestión, a lo que el astuto responde que es hermafrodita (como lo son todos los Manús y Reyes Divinos de las primeras Dinastías). Por cierto que el pescador, al contar

los cuatro mil dracmas, deja, inadvertidamente, caer uno al suelo, apresurándose a cogerle, y como el sultán o califa le reprendiese por tamaña tacañería, él se apresura a contestar con desenfado: "Señor, es que el dracma lleva la efigie de vuestra majestad, y yo no puedo consentir que ella se vea por los suelos ni que nadie la pisotee".

En el texto, en fin, se ven perlas de dicción como ésta en "que se alude a los vanos desvelos de los hombres buscando afanosos unas riquezas que han de dejar aquí, temprano o tarde: "¡Oh, tú, buzo que ciego te debates en la noche de tu perdición: abandona ese estéril trabajo!", o, como diría el Evangelio: "¡Quien ama su tesoro, perecerá con él… !

VERSIONES TERCERA Y CUARTA DEL CLÁSICO CUENTO DE "EL PESCADOR", EN EL TEXTO DE MARDRÚS

Estas versiones aparecen entremezcladas con otros insulsos cuentos, algunos de un naturalismo que espanta, y que deja muy atrás a los famosos libros del Aretino, al *Decamerón,* de Bocacio; al *Heptamerón,* de la reina de Navarra; a las *Damas galantes,* de Brantôme, o a la moderna literatura de nuestro Felipe Trigo siguiendo a la tan tristemente célebre escuela francesa del siglo XIX, que hoy quisiéramos ver muerta y definitivamente enterrada después de la catástrofe guerrera, catástrofe qué se diría lógico karma de tan lamentable literatura directamente encaminada ésta a llevar el polo negativo del sexo al polo positivo de la imaginación, cegando así ,y desnaturalizando aquella santa Fuente de Vida que el sexo constituye cuando no se le desnaturaliza…

Las indicadas versiones entroncan en el extenso cuento que lleva por titulo "Historia de Baibars y de los doce capitanes de policía[19], y aparecen narradas por los dichos capitanes tercero y cuarto, en términos muy extensos, que en esencia dicen así:

Versión tercera.– Un infeliz pescador casó con cierta hermosísima mujer, de la que el sultán se enamoró perdidamente, como David de la mujer de Urías, tanto que, para poder poseerla legalmente, mandó matar al esposo. Este último, haciendo honor a su nombre de Mohamad el Avispado, se percata a tiempo y huye, en convivencia con su mujer. El hijo de ellos va a la escuela con el hijo del sultán, y por cierta travesura que le arma a éste, es condenado a azotes, por lo que huye de la escuela, haciéndose pescador como su padre. En un lance de pesca, después de muchos otros infructuosos, saca un pintado salmonetito que le dice: "¡No me ases; échame al agua, y te protegeré contra el sultán y hasta te casaré con la hija de un rey!" Para conquistar a ésta, le hace construir una dahabieh o barquilla de oro, en la que, río arriba y guiado desde dentro por el pez, ha de caminar hacia la Tierra Verde, en siete años de viaje.

Llega, en efecto, y logra robar a la princesa huyendo en la barquilla. La joven, solicitada por multitud de pretendientes en el reino del sultán, tira una sortija al río diciendo que sólo se casará con aquel que acierte a sacarla del fondo[20], cosa que todos intentan inútilmente, ahogándose, pero que logra con facilidad el joven Mohamad, gracias al consabido auxilio de su pez, quien le aporta la sortija. El visir del reino, contrariado, se opone al matrimonio, porque quiere casar a la joven princesa con el hijo del sultán. Ella finge acceder, pero poniendo por condición la de que se sigan en los desposorios las costumbres de su país, consistente una de ellas en abrir un largo foso desde la casa de la novia hasta el mar y llenarle de leña, a la que ha de prenderse fuego para que luego el novio y sus padrinos le atraviesen incólumes[21]. Al intentarlo, arden los tres perversos, pero no arde Mohamad el joven. gracias al dominio que sobre las aguas tiene el misterios o pececillo protector del pescador.

Versión cuarta.– En cuanto a la mujer del pescador, en el cuento del capitán cuarto, diríase que, por sus argucias era una anticipación de la Penélope griega, esposa del astuto Ulises, por cuanto el rey, por resistirse a sus seducciones como esta última a la de sus numerosos amantes, la manda matar a menos que teja una alfombra de una sola pieza y de una fanega de superficie. Ella, gracias a la protección consabida de un hada, consigue tejer la alfombra, empleando, al efecto, un huso mágico que la proporciona el hada del pozo en el que tira su propio huso. Segunda vez el rey la ordena realice otro imposible, como lo es el traerle un niño de ocho días que no sólo ha de hablar, sino que ha de contarle una historia que sea verdad, y sea, al par, mentira, cosa que, valiéndose de la magia del hada del pozo, consigue también[22]. Por último le exige otras cosas, tales como hacer salir polluelos de unos huevos, después de rotos y de bien batidos, y contarle detalles exactos relativos a una gran ciudad y sus habitantes, vistos nada menos que en el interior de una sandía …

Por descontado, en la versión precedente se diseña algo relativo al gran mito caldeo de Oanes o Dagón, el pez-hombre que, tras la catástrofe del diluvio atlante, instruye desde la playa a los hombres posteriores, o séase a los "adamitas" de tantos y tan variados cuentos. Tampoco es ajena a esta versión la bíblica de todos conocida relativa a Tobías, otro "pescador", quien, por consejo de un ángel, pesca un enorme pez, según el relato siguiente, que extractamos del canónico *libro de Tobias:*

Tobías, deseando ya morir, quiso enviar antes a su hijo a la ciudad de Rages a cobrarle ciertos dineros que había prestado a uno de sus moradores. Púsose el joven Tobías inmediatamente en camino, y a poco se le incorporó, ofreciéndose a acompañarle, un gallardo mancebo, que no era sino el propio arcángel Rafael, uno de los siete Espíritus de Presencia ante el trono del Señor, sin revelar, por supuesto, su verdadera naturaleza angélica.

Llegados ambos viajeros al Tigris, he aquí que asaltó a Tobías un enorme pez, pronto a devorarle. El arcángel, tranquilizando al joven en sus naturales terrores a la vista de aquel monstruo, le dijo que se lanzase valientemente contra él, y, cogiéndole por las agallas, le destripase para arrancarle el corazón, el hígado y la hiel, que en manos de Tobías habían de constituir salvadoras medicinas[23]. Con la carne, convenientemente salada, tuvieron, además, para el resto del camino. "Si pusieres sobre las brasas –le dice el arcángel– un pedazo del corazón y del hígado del pez, verás que su humo ahuyenta todo género de demonios; la hiel puede servirte para ungir los ojos de tu padre, quitándole las cataratas de ellos… Prepárate, pues, para cuando lleguemos a la ciudad donde mora Raquel, pariente tuyo, que tiene una sola hija, llamada Sara, a quien conviene tomes por mujer, después de haber ahuyentado de ella, con aquellas medicinas y con la oración, los demonios que le llevan muerto ya a sus siete maridos."

Llegados a Rages entrambos, todo sucedió como el arcángel había dicho. Raquellos recibió con grandísimo contento; los colmó de obsequios, y, recibida la pretensión del joven, le opuso la gran desgracia que aquejaba a su hija; pero el arcángel tranquilizóle diciendo: "No temas el darle tu hija a éste, porque a él, que teme a Dios, es a quien le es debida tu hija por mujer, y por esta razón no ha podido tenerla otro".

Acabado el banquete e introducidos los consortes en la cámara nupcial, quemó Tobías las entrañas del pez, como aquél le había dicho, y con su esposa se puso en oración, al par que el arcángel apresaba al demonio obsesor, llevándosele a la Tebaida para que no dañase más a nadie. Grande fué la sorpresa de los padres cuando, preparada ya hasta la sepultura del nuevo marido, como los otros siete ya fenecidos" los vieron salir sanos y salvos al siguiente día.

Finalmente, tras los festejos de boda y el cobro de los dineros prestados, regresaron los dos esposos y el arcángel aliado del viejo Tobías, a quien curaron las cataratas untándole en los ojos con la hiel y bendiciendo todos a Dios, que les había deparado tamaña felicidad, tras de probarles, como a Job, con tal cúmulo de adversidades. El arcángel, revelándose en toda su celeste naturaleza, se despidió de ellos, dejándolos asombrados, no sólo por los dones de él recibidos, sino de que un ser de tan elevada naturaleza hubiese comido y bebido aparentemente con ellos, "cuando –dice el texto– los ángeles usan de un manjar invisible y de una bebida –el Soma– que tampoco puede ser vista de los hombres…"

En estas dos típicas versiones aparecen elementos de altísimo valor mitopeico.

En el "anillo" simbólico se cifra, en efecto, el misterio de lo que hoy llamamos "cuarta dimensión", y por eso le vemos aparecer siempre en los momentos más culminantes o

"astrales" de nuestra vida: desposorios, sellos de autoridades en sendos anillos, cadenas, etc., etc., porque *annulus* o "anillo" no es sino el diminutivo latino de *annus,* "el año", o sea el período típico en el que nuestro esferoidal planeta, girando en torno del Sol, describe su masa en los cielos un efectivo aunque invisible anillo, ya que si un punto de una recta que gira en torno de otro fijo de ella describe un círculo, y un círculo girando en torno de uno de sus diámetros describe una esfera, la esfera girando igualmente, describe, repetimos, un anillo.

En cuanto a la versión cuarta del pececillo-guía en la vida de un joven puro, desde el "fondo de las aguas astrales", que resplandece en el mito de Tobías o "Tau-bios", o bien del "Ángel de la Guarda" que le muestra semejante misterio, bástenos decir que merecería por sí solo un capítulo, pues que la ciudad de Ramoth de Galaad o Ramaces, que aparece también en el capítulo IX del bíblico "Libro IV de los Reyes", no es como la propia "Roma. o "Rouma" clásica de Italia, sino una de tantas ciudades primitivas consagradas al Avatar Ra, Rama, héroe del Mahabharata, libro troncal o de enlace de todos los demás del mundo conocido. De aquí el que en dicha Ragés, Ramoth o Ramaces, como tal ciudad iniciática, sea consagrado como rey de Israel Jehú, el hijo de Josafat (Io-Sapho, o "Sabiduría de Io"), por el propio profeta Eliseo, el sublime discípulo de Elías el Jina, para que este Jehú pueda luego acabar con las hechicerías de Jezabel (IV Reyes, IX, 22) y con toda "la impía casa de Achab", "Acab" o "Baca", es decir, con su culto iniciático.

Es, pues, el arcadiano y admirable "Libro de Tobías" una versión más del mito fundamental del Pescador, o sea de la leyenda caldea de Dagón, "el Hombre-Pez" o dios Ith, según más al pormenor puede verse en el capítulo último de nuestra obra *De gentes del otro mundo,* y en el que en *El libro que mata a la Muerte* consagramos a "Elías el Jina" y sus leyendas concordantes bíblicas.

CAPÍTULO IV

Prosigue el libro de “El Pescador”, y sus múltiples versiones en los textos de “Las mil y una noches”

Versiones quinta a la novena del mito del Pescador.–“La princesa Dalal y su insecto monstruoso”. –”El sello maravilloso de la reina Jazmina”.–“Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar”.–“El saco encantado de Juder”.–Juanillo “el Pescador”.–Interpretaciones ocultistas acerca de todos estos cuentos.

Continuando nuestras anteriores investigaciones, tócales ahora su turno a las

VERSIONES QUINTA Y SEXTA DEL MITO EN EL TEXTO SIRIO

Versión quinta.– En la “Historia de Baibars y de los doce capitanes de policía”, el relato del capitán sexto se refiere a la princesa Dalal, quien, encontrándose un día en la cabeza cierto insecto que no hay para qué nombrar, le depositó en una zafra de aceite, de donde, al cabo de diez años, le sacó hecho un verdadero monstruo, cuya piel cuelga su padre a la puerta haciendo anunciar que al que acierte a saber a qué animal pertenece le concederá la mano de su hija, y al que no, le cortará la cabeza. Así perdieron la vida treinta y nueve pretendientes, pues unos decían que era piel de búfalo, otros que de elefante, etc., etc. Por último, se presenta un extraño joven, quien reconoce en la piel la del parásito en cuestión; pero la reconoce porque el supuesto joven no era un ser humano de los de los hijos de Adán, sino un infame ghul de la montaña vecina, un sembrador de espantos, un productor de muertes, tinieblas, llantos y ruinas, que se lleva a la joven hacia el Mar de Esmeralda, mar así llamado porque su agua era completamente verde, tanto, que la joven, al introducir la mano para coger una simple escudilla de agua con la que hacer tomar al ghul su verdadera forma, pudo ver que al punto se le volvía verde también. Un pescador encargado de vigilar el mar para ver si menguaban o no las verdes aguas, nota la falta de la sacada escudilla, descubriendo así a la joven y llevándola a su padre el sultán, que con él la casa.

Antes de dejar a los consabidos interlocutores de Baibars diremos que las historias narradas por los capitanes séptimo y noveno son tan insulsas, que no merecen ni mención, pero la del octavo es un verdadero precedente de la conocida fábula de la gallina de los huevos de oro. Se trata de un pobre músico a quien un genio le da para que viva una gallina que todos los días le

ponía un macizo huevo de oro. Un judío, sospechando la cosa, quiere comprar la gallina; el marido se opone, pero la mujer la mata y guisa. El hijo de ellos se come la corcusilla, y el judío, para sacársela del vientre, le quiere abrir en canal, pero el niño huye, y al volver luego a su casa, se extravía, yendo a parar a un palacio donde yacían colgadas a la puerta treinta y nueve cabezas cortadas de otros tantos jóvenes que habían pretendido medir sus fuerzas con la hija del señor del palacio. Fortalecido el muchacho con el vigor debido a la corcusilla que tenía dentro, lucha con la joven. Entonces le narcotizan y le extraen la dichosa corcusilla con suprema pericia que envidiarían los modernos operadores médicos, dejándole débil y a merced de su rival. Anda que te andarás, ve él a tres hombres luchando por la posesión de una alfombra mágica con la que se podía volar por los aires. El chico, percatándose de ello, se puso de un salto sobre ella, y ahuyentando a pedradas a los hombres aquellos, vuela a la cumbre de la Montaña de Kaf, donde la hija del genio de la Naturaleza le roba la alfombra. Allí ve una palmera con dátiles rojos y amarillos. Come de estos últimos, y le sale un cuerno en la frente que le deja incrustado en el tronco de la palmera, pero come un dátil rojo, y el cuerno e desaparece. Después se llena los bolsillos de las dos clases de dátiles, comiendo sólo de los rojos y ofreciendo de los amarillos a su adversaria. Ésta se come hasta 16 de ellos y se ve sujeta a la palmera por otros tantos cuernos, con gran espanto del padre, quien hace proponer que casará a su hija con aquel que acierte a libertarla, como lo hace nuestro héroe dándole a comer durante diez y seis días un dátil rojo cada mañana. Una vez así libre, se casan, en efecto, y fueron dichosos[24].

Versión sexta[25].– "Hazme un sello tal y tan maravilloso –dijo cierto día el sultán de Bagdad a su visir–, que si estoy alegre, me enfade, y si enfadado, me alegre. Para ello tienes el término de un año; al cabo de cuyo tiempo, si no me le traes, te haré cortar la cabeza". El visir, aterrado, va a buscar a un anciano jeique para que le saque de tamaño apuro. Este último se vale al efecto de su hija Jazmina, que era maga de profesión, y ella, por toda contestación, le da al visir una bandeja con treinta huevos y ocho panecillos, haciéndole emprender un viaje. El visir, enhambrecido, se come en el primer día uno de los huevos y uno de los panecillos, exclamado: "¡Al mes le hace falta un día, y la semana sólo consta ya de siete días!", porque, en efecto, los treinta huevos en la bandeja representaban los días del mes y los de la semana los ocho panecillos, lo cual, en la simbología propia del caso, quiere decir que la joven inició al visir en los misterios mágicos de la cábala de los tiempos, tiempos regidos por el Sol, pero que el visir reduce a cómputos lunares de a veintinueve días por mes y a siete por semana. En una palabra, que gracias a tamaña enseñanza, logra el visir dos cosas: una la de enterarse de la verdadera rueda de los tiempos, gráficamente representada en la bandeja y en su contenido, y otra la de poder construir así el sello mágico que el sultán le pedía, porque es

indudable que aquel que llega a conocer a fondo los ciclos de los años, meses, semanas y días, goza de una prudente alegría en medio de las mayores desgracias y experimenta cierto deje de tristeza en las más grandes venturas, sabiendo la inconstancia de los tiempos, en los que andan siempre alternados los dolores y las dichas...

Entusiasmado el sultán, premia al visir y se casa con la maravillosa joven que de tan extraño modo le ha salvado la vida[26], "haciéndola pesar en oro", según la frase del texto; pero a poco de casados, la joven dió en adelgazar del modo más alarmante. Cierto día que, entristecida, contemplaba el río Eufrates corriendo bajo la misma ventana de su aposento en palacio, ve Jazmina a un pobre pescador que ha echado varios lances in fructuosos.

"¡Echa las redes ahora en honor mío!", le dice ella, y, en efecto, en las redes sale envuelta una gran redoma de cobre rojo, por la que la joven quiere darle un dinar, que el pescador con toda dignidad rechaza, pidiéndola sólo un beso, que ella le da. Viendo aquello el rey, manda matar y echar al río al pescador, repudiando al par a la reina Jasmina o "Jazmina", quien, falta así de todo auxilio humano, camina dos días a la ventura sin despojarse de su querido frasco. Un compasivo mercader la acoge en su albergue; pero su mujer, llena de celos, la deja sin comida ni bebida. Felizmente ella abre el frasco mágico, donde encuentra, no sólo todo género de deliciosas provisiones, sino diez jóvenes esclavas que la sirven los menores pensamientos y cada una con diez bolsas de oro por día, con lo cual no hay que decir que el desván quedó bien pronto lleno de oro hasta el techo. La joven pudo así volver secretamente a la corte y alzar en breves días un palacio frente al del sultán, palacio que, al lado de aquél, no era sino un tugurio. El sultán, sorprendido ante tamaño prodigio mágico, quiere visitarlo y conocer a su dueña, y cuál no sería su sorpresa viendo que esta última era su propia esposa Jazmina, quien le perdona, reconciliándose así los dos esposos, que fueron felicísimos el resto de sus días…

VERSIÓN SÉPTIMA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR", EN EL TEXTO DE MARDRÚS

En el texto sirio que ahora vamos examinando, vuelve a aparecer el cuento del Pescador en una nueva forma, bajo el titulo de "Historia de Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar", o sea los dos hombres buenos de uno y otro elemento.

Es muy digno de leerse el lindo cuento, que, en esencia, nos describe cómo y de qué manera, al oxidarse por la acción de las aguas del mar uno de tantos vasos de cobre en los que antaño encerrase el rey Salomón a los efrites atlantes, el efrit que en el vaso yacía aprisionado

tantísimos siglos, escapa, y es pescado por Abdalah de la Tierra, sorprendiéndose éste en alto grado al ver la cola de pez del efrit. "Soy un sér humano como tú, sólo que he nacido en el mar y en él tengo mi elemento", le dice, y después cambia amistosamente con el terrícola joyas del seno del mar por frutas producidas por la tierra[27]. En el cuento aparece también un tercer personaje, igualmente santo que Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar, y es un panadero, compasivo hacia la miseria de aquél en los tiempos anteriores, y a quien, llegados estos últimos tiempos de bonanza, le enriquece con toda clase de joyas de las aportadas por Abdalah del Mar. Como el panadero da la casualidad que lleva igual nombre que los otros dos, bien merece ser llamado "Abdalah del Cielo", aunque ello, en las versiones actuales, no aparezca, completando la idea filosófica de que la cualidad de la bondad, como su contraria la de la maldad, existe por igual en cielos, mares y tierras.

Sucedió, pues, en el caso del cuento, lo que siempre acontece en casos tales, o sea que la riqueza impensada de Abdalah de la Tierra llamó la atención a todos sus convecinos, quienes acabaron por denunciarle ante el rey como ladrón, y lo habría pasado muy mal, a no tropezar con un rey justo y conocedor de los grandes misterios que el vulgo necio ignora, rey que no sólo le colma de honores, sino que le casa con su propia hija, haciendo además al panadero, su visir.

Una vez rey, Abdalah de la Tierra es invitado por su tocayo Abdalah del Mar a visitar aquellos sus extensos dominios acuáticos, para lo cual le unge con cierto unto que le permite penetrar en ellos sin ahogarse. Por cierto que en todas las ciudades marinas que visita ve un mundo semejante al de aquí arriba, donde se vive en el más perfecto comunismo y donde rigen los mismos prejuicios que entre los terrícolas, como lo prueba el asombro, que las gentes aquellas experimentan al ver un sér humano ¡tristemente desprovisto de cola!, cosa que les produce, naturalmente, una hilaridad sin límites…

Esta cuarta versión recibe un desarrollo verdaderamente admirable en uno de los cuentos más clásicos de *Las mil y una noches,* que es el de "El príncipe persa Beder y la princesa marítima Giauhara", que habremos de ver en su día.

VERSIÓN OCTAVA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR", EN EL TEXTO SIRIO

Finalmente, la completísima obra de Mardrús-Blasco Ibáñez, da una versión más del célebre cuento, en el tomo XI, bajo el título de e "Historia de Juder el Pescador, o el saco encantado", historia cuya segunda parte ya fue dada por nosotros en la nota de la página 44, tocándole ahora el turno a la primera parte, donde se nos cuenta que Omár, el pobre mercader de El

Cairo, tenía tres hijos: Salem, Salim y Juder. Temiendo el odio que mostraban a este último sus otros dos hermanos, antes de morir; hizo cuatro partes de su hacienda, dando tres a los tres hijos, y la cuarta, a su mujer. Salem *y* Salim, que eran muy perversos, pronto se gastaron su herencia y pusieron pleito a Juder su hermano, hasta despojarle injustamente de todo su haber. No contentos con la hazaña, maltrataron y despojaron también a la madre, quedando así todos igualados en la miseria.

Juder, para alimentarse y alimentar a la anciana, se hizo pescador, y esta última, como madre al fin, todavía continuó alimentando a los dos malvados aquellos, con gran gusto por parte del compasivo Juder.

Cierto día en el que Juder no había podido pescar nada, tropezó con un panadero compasivo que le prestó pan para que comiesen él y los suyos, e igual le aconteció en los siete días siguientes. Al octavo día se dijo para sí:

–¡Hoy iré a pescar al lago Karún, donde acaso esté mi Destino!

En efecto; ya en la orilla del misterioso lago, se le acerco en su mula moghrebín con su regio traje, quien le dijo:

–Si quieres alcanzar ventajas inmensas, obedéceme, y, atándome atrás los brazos, échame de cabeza al lago. Si ves luego aparecer una mano mía fuera del agua, sácame; pero si ves aparecer mi pie, déjame por muerto, y, sin inquietarte lo más mínimo, coge mi mula y alforjas y vete al judío Sha-mayâ, quien te dará cien dinares por ellas, si sabes guardar el secreto.

Juder obedeció; el moghrebín fue echado por él de cabeza al lago, sin que volviese a aparecer. Cogió, pues, la mula y la vendió al judío, regresando a su casa feliz por poder llevar aquella riqueza a los suyos, sin reservarse lo más mínimo.

Torna Juder al otro día al lago y se le reproduce, punto por punto, la escena anterior con un segundo moghrebín, hermano del primero. Al regresar Juder a su casa con sus otros cien dinares, la madre, alarmada ante tanta riqueza, le obligó a revelarla todo, por lo que ella le prohibió que volviese al lago Karún; pero él volvió al otro día, aconteciéndole idéntica aventura con un tercer moghrebín, y con enorme sorpresa vió esta vez que, en lugar de asomar los pies del ahogado, como los de sus dos hermanos anteriores, asomaron entrambas manos, y Juder, con sus redes, le sacó a la orilla. En las manos del hombre vió dos peces rojos como el coral, que se apresuró a meter en los dos botes de cristal que aquél trajera antes, y con muestras de grandísima alegría empezó a besar y a abrazar a su salvador, con inmensa sorpresa de Juder, que no sabía cómo explicarse todo aquello. El moghrebín le sacó pronto de dudas, diciéndole:

–¡Oh, salvador Juder! Sabe que los dos hermanos micos que se ahogaron se llamaban Abd Al-Salam y Abd Al-Ahad, y yo me llamo Abd Al-Samad[28]. EI judío, no es tal judío tampoco, sino otro hermano nuestro. Sabe, además, que nuestro padre Abd Al-Wadud era un inmenso mago que enseñó a sus cuatro hijos la Gran Ciencia y el arte de descubrir los tesoros ocultos, con lo cual logramos someter a nuestras órdenes a los genni, a los mareds, y a los efrites. Al morir nuestro padre, dejándonos tesoros infinitos, reñimos por la posesión de sus preciados manuscritos, especialmente por el inapreciable de los *Anales de los Antiguos,* que resuelve todos los enigmas de la tierra, mar y cielo y donde nuestro padre hubo de agotar su ciencia prodigiosa. Evitando el que llegásemos a las manos, se nos presentó de repente el jeique Cohén "el Cainita", el cual, incautándose del libro, nos dijo:

–Hijos míos, yo no puedo favorecer con nada a uno de vosotros en daño de los otros tres. Así que, el que haya de ganar su posesión ha de traerme antes el tesoro de Al-Schamardal, consistente en una esfera celeste, con la que se puede, sin cambiar de sitio, visitar todos los puntos del Universo, para lo que basta tocar con el dedo el punto al que se desea volar; una redomita llena de kohl, con cuyo líquido basta frotarse los párpados para ver el sitio donde yacen los tesoros ocultos; un alfanje o espada mágica de la que brotan llamas que abrasan al punto al enemigo; y, por último, un anillo con el que todo lo creado se somete dócil a la voluntad de su afortunado poseedor. Ya 10 sabéis, pues; quien triunfe será el amo del libro, y el que fracase nada podrá reclamar. ¿Aceptáis el trato? Pues sabed entonces que el tesoro de Schamardal se halla hoy detentado por los dos hijos del rey Rojo. Vuestro padre quiso poseer aquellos tesoros; pero, en el momento de ir a apoderarse de aquéllos, se le escaparon en forma de peces al fondo del lago Karún, no lejos de El Cairo, sin que aquel santo, por estar también encantado el lago, pudiese coger a los dos peces. Yo, al oír sus quejas, hice mis cálculos astrológicos, de los que deduje que el tesoro codiciado sólo podía obtenerse por cierto pescador llamado Juder ben Omar, quien había de echaras de cabeza al lago Karún, para luchar con los dos hijos del rey Rojo, y alli vencer o morir.

–Ya lo sabes todo, Juder –terminó Abd Al-Samad–. Los dos hermanos nuestros perecieron; el cuarto, que no quiso intentar la aventura, es el supuesto mercader judío. En cuanto a mi, ya me ves triunfante, gracias a cierto conjuro mental que me permitió desembarazarme de mis ligaduras. en el momento supremo y apoderarme de los dos hombres-peces que acabo de encerrar y sellar con el gran sello. Así, he reducido a la impotencia a aquellos dos malvados, que son dos efrites poderosos. ¡Me pertenece, pues, al fin, el maravilloso tesoro de Schamardal! Si quieres, puedo llevarte conmigo. Es más, eres indispensable, al tenor de la

profecía del sapientísimo Cohén, y debes acompañarme para ello al Moghreb en el sitio llamado de fas y de Miknás y seremos como hermanos en Alah.

Juder aceptó la oferta con júbilo. Despidióse de su madre y hermanos y en unión de Al-Samad partió para el Moghreb. Así que partieron, el buen joven sintió hambre y vió, sorprendido, que Al-Samad le decía:

–No te quedes corto. Pide lo que quieras comer, por raro y regalado que sea.

–¿Cómo tal –replicó Juder– si no te he visto proveerte de manjar alguno?

–Porque no es necesario. Pide lo que desees, repito, que el saco encantado proveerá.

Y, en efecto, el joven empezó a enumerar hasta veinticuatro platos, los más de su gusto, viendo, con asombro, que uno a uno, en fuentes de oro, los iba sacando Al-Samad.

–No te extrañe –añadió–. A este encantado saco le sirve un efrite poderoso. Si lo deseásemos, en el acto nos serviría mil manjares chinos, hindúes, egipcios, sirios, etcétera. De igual modo nos puede proporcionar todo género de bebidas, ya que el Arte Mágico es omnipotente. Otra cosa: ¿Sabes el camino que llevamos recorrido de El Cairo a aquí?

–No. Pero presumo que muy poco, pues no hace dos horas que caminamos –respondió juder.

–Pues te equivocas–contestó Al-Samad, dando a sus palabras la entonación más solemne–: esta mula en la que cabalgamos es una gennia poderosa que en dos horas nos ha hecho recorrer el camino de dos meses, pues que en un día suele hacer un año de camino.

Así continuó el viaje. Al anochecer llegaron los dos viajeros a una linda casita, en la que salió a abrirles una joven más hermosa que la Luna y grácil cual gacela, quien miraba al guía con la veneración que a un maestro. Por dentro la casita era más rica y suntuosa que el mejor de los palacios de los reyes. El anciano Al-Samad cogió el saco, dió dos palmaditas a la mula en el anca y ésta desapareció bajo la tierra. No hay que añadir que, gracias al saco encantado, la cena y el lecho fueron suntuosísimos.

Juder y Al-Samad gozaron de aquellas delicias durante veinte días. Al amanecer el día veintiuno, éste le dijo a aquél que era llegado el momento de conseguir el tesoro de Shamardal. Fueron, pues, a extramuros de la ciudad, en los que, al punto, se les presentaron dos mulas y dos esclavos negros. Caminaron hasta el mediodía. A la orilla de un río echaron pie a tierra, los negros aportaron y armaron una gran tienda, que el saco encantado se encargó de alhajar suntuosísimamente. El moghrebín puso ante sí los dos botes con los peces, y después de recitar ciertos conjuros mágicos, hasta que los dos peces se hartaron de gritar pidiendo, compasión. Saltando en pedazos los dos botes, aparecieron los peces transformados

en humildes personajes a los pies de Al-Samad. Éste les exigió el inmediato cumplimiento de la entrega del tesoro y, después que lo hubieron jurado, ambos desaparecieron en las aguas del río. El moghrebín encendió fuego, con sólo soplar una vez sobre los fríos carbones. Sobre el fuego quemó incienso, y antes de proceder a la consiguiente operación mágica que no se podía interrumpir, instruyó de este modo al joven:

–Bajo la acción de las mágicas fórmulas, el río comenzará a disminuir hasta quedar en seco completamente su cauce. Entonces verás en el talud una gran puerta de oro. Llamarás suavemente a ella y al tercer aldabonazo, diciendo que eres Juder ben Ornar, el pescador de El Cairo, te abrirá la puerta un fiero personaje, que, para probarte, te dirá que consientas en dejarte cortar la cabeza. Si sientes miedo te la cortará en efecto, pero si te prestas dócil a ello, él será, por el contrario, quien caerá muerto a tus pies. Luego de esto, llamarás con un solo y fuerte aldabonazo a la segunda puerta, donde un jinete amenazará ir a traspasarte con su lanza. Preséntale el pecho sin temor, y él caerá muerto a tus pies. Ya entonces en la tercera puerta te acontecerá igual con un arquero. Más adelante, en la cuarta puerta, un león saltará sobre ti en actitud de devorarte; en la quinta te asaltará también un formidable negrazo; en la sexta, dos enormes dragones de fuego tratarán de detenerte por el terror. Si vences, unos tras otros, a estos enemigos mostrándote impávido y pronto al sacrificio, tras la séptima y última puerta verás que en persona te aguarda, al parecer, tu propia madre y te dará la bienvenida. No lo creas, sin embargo, y, por el contrario, hazla desnudar, pese a sus protestas, y entonces la verás esfumarse cual vana sombra contrahecha. Tras la puerta séptima hallarás montones de oro y pedrería, a los que no prestarás la menor atención, dirigiéndote derechamente a un camarín tras cuya cortina verás aposentado en soberbio trono de oro al gran mago Schamardal, dueño del tesoro. Sobre su cabeza brillará la esfera celeste, en su cintura el alfanje maravilloso, en su dedo el amillo yen su cuello la redomita de kohl. Apodérate al punto, sin vacilar, de esos cuatro objetos preciosos y date prisa a salir con ellos. Te prevengo, por último, que si olvidas alguna de mis indicaciones te expones de un modo increíble. Los personajes que te saldrán al paso no son sino vanos fantasmas a quienes daría vida tu propio temor.

Dicho esto, Al-Samad comenzó sus operaciones mágicas, y se verificó lo que había predicho. Puerta tras puerta, fue Juder venciendo todos los obstáculos, hasta llegar a la séptima, en la que apareció el fantasma de su madre, despojándose bajo la orden de Juder de todas sus prendas de ropa, salvo las más íntimas. Y aquí fue el engaño del joven, pues que, al transigir en aquello que parecía una cosa hija del natural respeto, fracasó; desobedeciendo a su Maestro. Después de ser cruelmente apaleado por la contrahecha arpía, tuvo que salir por

pies y esperar un año entero en la ciudad de Fas y al lado de Al-Samad la ocasión de tentar de nuevo las pruebas a aquellas. Sin embargo, al año justo dióles cima a todas y, tal y como el sabio Al-Samad había predicho, rescató las cuatro grandes joyas mágicas del tesoro de Schamardal. Al-Samad, agradecido, le ofreció al joven que tomase de estas últimas las que quisiese, pero él, como hombre al fin, se hubo de limitar a pedir el saco mágico de donde había visto extraer durante más de un año las más inverosímiles y estupendas maravillas.

En cuanto a este saco prodigioso y las cosas que con él logra el buen Juder, nos remitimos a lo que sobre él llevamos dicho en la página 44 de este libro. Por supuesto que, como todas las cosas de la Magia, el saco en cuestión se esfuma y desvanece ante la mísera realidad de aquí abajo entre los mortales, como se esfuman y borran todas las riquezas del Hada-Imaginación bajo el hálito deletéreo de nuestras animales impurezas, cosa harto relatada también en diversos pasajes de *Las mil y una noches,* tales como aquel del texto de Mardrús en que otro saco semejante es robado por un kurdo a un comerciante, y cuando, en la disputa, comparecen ante el kadí diciendo que contiene toda clase de tesoros y hasta ciudades opulentas, abierto a la presencia judicial resulta encerrar tan sólo unas cáscaras de naranja y unos huesos de aceitunas…

VERSIÓN NOVENA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR" EN LOS "PLIEGOS DE CORDEL" ESPAÑOLES

La notabilísima y poco estudiada literatura popular española llamada de las "historietas de ciegos" o "pliegos de cordel" (que no son sino versiones demopédicas de *Las mil y una noches,* ora de la Edad Media y bajo la influencia de la cultura árabe, ora acaso muchísimo más antigua y con cargo a la discutida época antehistórica en que los parsis vivieran en nuestra Península[29], contiene la deliciosa versión siguiente, que no es para dejada inadvertida:

Juan el Pescador vivía sólo con los rendimientos de su oficio: los productos del *agua.* Cierto día experimentó singular asombro al pescar un enorme pez, y su asombro subió de punto al advertir que el tal pez le comenzó a hablar de las cosas más extrañas del mundo. Acobardado ante semejante prodigio que no podía entrañar cosa buena, se apresuró a devolver el pez al río; pero su hijo Juanillo, experimentando la atracción de lo desconocido tan natural en la edad juvenil, arrojose sin titubear en pos del misterioso habitante de las aguas, quien en un abrir y cerrar de ojos se le engulló entero[30].

Aturdido Juanillo, no se pudo dar cuenta entonces de su situación, ni menos calcular luego el tiempo que en el vientre del animal estuvo. Cuando pudo volver en sí de su desmayo hallóse completamente solo en un encantado y cristalino palacio. Las maravillas que al palacio exornaban eran tantas y tales, que no son para descritas. Pero ellas no fueron bastantes, con todas sus delicias encantadoras, para calmar la honda tristeza del mancebo al verse así aislado de todo trato de gentes y de todo cuanto él conociera del mundo.

Un amable gigante le asistía y trataba a cuerpo de príncipe. Servíale los manjares mejores, los vinos más aromáticos y generosos, y, en una palabra, cuanto apetecer pudiesen sus más refinados gustos y sentidos. También andaban por allí tres hermosas palomas, que al parecer eran nada menos que tres ilustres damas, quienes yacían allí encantadas quién sabe cuantos milenios. El gigante las infundía pavor inmenso y le huían a más no poder.

La vida de Juanillo se deslizó monótona, aunque no infecunda, en aquel elocuente aislamiento por tiempo que él no acertara a medir, ya que dicho encantado mundo estaba harto más lejos de lo que humanamente puede concebirse.

El gigante, pese a su severa traza, era bueno, compasivo, y la tristeza de Juanillo, principalmente al acordarse de su pobre padre que quedara desamparado en el mundo, hubo de hacer mella al fin en su corazón. Cierto día, pues, concedió a Juanillo permiso para tornar al mundo de los mortales y consolar a su anciano progenitor. Sin embargo, dentro del severo régimen de aquella prisión dorada, el permiso era corto. Los autores cuentan que no excedió de un par de días.

Para facilitarle el viaje de ida y vuelta, el gigante le deparó un ágil cuanto dócil caballo blanco, de lo más inteligente que darse puede entre solípedos. Juanillo, alegre, tranquilo y hasta agradecido, emprendió como Dios le dió a entender el camino de su casa, diz que guiado más que nada por el instinto singular del noble bruto. Tan íntima solidaridad hubo de establecerse durante el viaje entre caballo y jinete, que parecían formar una sola pieza. Así, cuando tuvieron que pasar un caudaloso río, a cuya otra orilla parece ser comenzaba el mundo de los mortales, Juanillo, sin desmontar siquiera, penetró en una barcaza que la casualidad oportunamente le deparase. El barquero, es fama les saludó con todo respeto luego que les hubo desembarcado.

No le trataron igual al pobre Juanillo no bien pisó en firme en la otra orilla. Alguien que le vigilara, le prendió inmediatamente por sospechoso.

Juanillo gritó, pidió auxilio contra tamaña injusticia; pero cuál no sería su sorpresa al ver que su padre, su querido padre, a quien buscaba anhelante, le oyó y se restituyó a la libertad

en seguida. La natural emoción de padre e hijo al verse de nuevo unidos excedió a cuanto puede ponderarse. La alegría de entrambos trascendió muy pronto a todos, y el pueblecillo ribereño fué al instante una viva fiesta de danzas, juegos y festines.

Tales y tan sugestivas resultaron, en efecto, aquellas fiestas, que el cuitado mancebo, pese a sus anteriores propósitos, fue infiel a sus compromisos, y la última hora del plazo del permiso sonó sin que el incauto lo advirtiera.

Cuando cayó en la cuenta, el plazo era ya pasado. Acobardado, se apresuró a dar a su padre el abrazo de despedida, y retornó al lugar donde antes dejase a su caballo. Su primera contrariedad fué hallarle convertido en manso y tardo buey, que, en lugar de llevarle rápido al palacio, aún le hizo retrasarse otro buen par de días. La fatalidad más cruel parecía castigar al olvidadizo mancebo. La barcaza, antes tan adornada de flores y preseas, hallóla toda cubierta de luto. Al llegar al palacio sufrió también una horrible caída.

El castigo no se hizo esperar por falta, al parecer, tan nimia. Enfurecido el gigante, le desterró de aquel misterioso paraíso, convirtiéndole en un oso rapaz y sanguinario.

Así vagó por selvas, montes y precipicios, días y días, hasta que de repente –la historia no dice cómo, pero es probable que a costa de sufrimiento– se vió restituido a su estado prístino, con el gozo que es de presumir.

Al par que recobraba su antiguo estado, tres horribles fieras le salieron al encuentro: un tigre, una pantera y un león, que acababan de devorar un tímido corderillo.

Quiso Juanillo huir, más en vano. El león se le tragó en una pieza.

Juanillo era, por lo que se ve, un hombre de recursos extremos, y ya dentro de la fiera, consiguió, no sin trabajo, darla un colosal mordisco en el corazón, con lo que la alimaña pronto quedó sin vida. Juanillo no tuvo necesidad luego de esperar otra cosa que a que el cuerpo de la fiera se pudriese.

La alegría con que, ya libre, se dirigiera a su hogar, la puede el lector colegir.

Pero el lugar estaba lejos, y tras las penurias de una jornada inacabable, el hambre y la fatiga le rindieron, por último. Las aves del cielo hicieron presa en sus despojos. Sin embargo –y aquí está el toque de tan parado fin de Juanillo– es fama que uno de aquellos fúnebres pajarracos le arrebató por los aires, sin que desde entonces se haya vuelto a saber su paradero.

La historia sólo cuenta que el pobre Juan, el viejo, murió de pena al ver de tal modo arrebatado a su hijo hacia una región desconocida, natural consecuencia de los temerarios atrevimientos del mancebo…

Juan el pescador, como todos los seres del Planeta, vivía sólo *del agua* y sus productos, porque es fácil demostrar, dentro del más estricto criterio positivista, que el agua, prototipo de la vida terrestre, es la clave fundamental de todos los vitales proteísmos.

El anciano pescador y su hijo son el símbolo sempiterno de las edades humanas; el contraste fiel de lo viejo y rutinario con lo nuevo e innovador. Así, que al pescar del fondo del río al extraño animálculo parlante, el viejo le arroja a su elemento, lleno de terror ante sus prodigios; pero el joven, sugestionado por el horizonte de misterios que el prodigio solapa; cierra los ojos a la inerte prudencia, e irreflexivo, atraído por seducción inexplicable se lanza en su seguimiento… Tal es la realidad de la vida: lo que las limitadas fórmulas de cada tiempo rechazan a título de una razón fría, no animada de los cálidos impulsos de la imaginación del sentimiento, eso mismo es lo que el progreso de los tiempos exige. Pero las pasiones más nobles nada son en definitiva, ni significan nada sin el raciocinio, hijo unigénito de la experiencia, y de aquí la inextricable contextura de pruebas y dolores que a la pasión se siguen, sacrificios encaminados todos a la depuración final de las pasionales escorias, una vez cumplida su misión impulsora de los progresos de la razón hacia la Verdad Suprema, que es su meta inasequible.

El extraño habitante de las aguas –pez o ballena– guarda en el mito que nos ocupa un perfecto paralelismo con aquella ballena que tragara al profeta Jonás para iniciarle en los más altos misterios, cosa que nos enseña, dicho sea de paso, de qué modo debemos considerar el gran monumento judaico de la Biblia, objeto durante siglos infantiles, de ciega credulidad *ad pedem literae,* con carnales interpretaciones que la denigran, y blanco, luego, de aceradas sátiras, harto justificadas por estas interpretaciones groseras, que, sin embargo, tan lejos se hallan en verdad de su honda filosofía, envuelta en los ropajes del mito. La Biblia simboliza, en efecto, para el pueblo de Israel un conjunto de mitos inexplicados, análogos en el fondo a los que ahora estudiamos, y, en general, a los de todos los pueblos, como emanados de una Revelación, una Síntesis científico-religiosa arcaica, que el cretinismo de aquellas edades infantiles de nuestra quinta raza se encargará de corromper más y más hasta el momento en que la sacase del fango la crítica filosófica de nuestras edades más cultas. El desarrollo de nuestra fábula se encarga de ir demostrando lo que decimos. El paralelo ibero-judaico, en efecto, continúa.

La sugestión de lo desconocido, que atrae a la Humanidad allende las limitaciones de *lo prohibido,* hace que Juanillo se arroje al mar, ni más ni menos que lanzase a Adán y Eva a comer de la prohibida fruta de un árbol paradisíaco, tesoro de la ciencia de lo malo y de lo

bueno, de lo grato al paladar y de lo que luego al vientre amarga, según la frase del Apocalipsis.

Lo que busca Juanillo con seguir al animálculo del misterio no le es fácil colegirlo; pero él, sin duda, busca algo en el fondo de aquel mar donde su pasional inconsciente le precipita, y este algo no es otra cosa que los salomónicos tesoros del saber oculto, encerrados todos en el símbolo hexagonal de su anillo, y con el anillo perdidos cuando alguien arrojase al mar semejante joya mágica, a la muerte del rey del matemático símbolo. Y he aquí cómo nuestros propios mitos se entrelazan también entre sí, gracias a la más perfecta clave judaica que los explicó. Puede verse, efectivamente, que una de las pruebas, en el mito de Blanca-flor, fué la de que extrajese el príncipe del fondo del mar el anillo de los prodigios que malvadamente usufructuase el ogro, el mago negro.

Ruanillo se halla de manos a boca con un palacio idéntico al de nuestros inestudiados libros de Caballería, con tanta ligereza tratados por el gran Cervantes en su *Don Quijote,* y análogo al del encantado de Psiquis cuando seres invisibles la servían los manjares más exquisitos.

La parte en que Juanillo regresa a sus lares gozando de un corto permiso, es alusión muy clara a la contextura especial de nuestro mecanismo órgano psíquico, que exige ser integralmente atendido en todo su complejo funcionamiento para lograr esa armonía de gran conjunto que en ciencia se llama proceso fisiológico, y que harto bien se enseña en filosofia Yoga al recomendarse por igual el cumplimiento de los grandes y los pequeños deberes: los del vigor de la mente y los de la higidez del instrumento corpóreo; algo, en fin, de esa higiene integral, moderadamente entrevista ya, que nos salva de morbosidades deprimentes, cuanto de teratológicos crecimientos sólo conducentes a la ruina del humano conjunto, según nos lo demuestran los recientes estudios positivistas de las enfermedades de la razón, de la memoria, de la fantasía… He aquí por qué el sabio gigante permite el retorno, *la reencarnación, por decirlo así,* del simpático Juanillo. Debe él volver al pequeño mundo por meros días, pues que desde su proeza su verdadero reino no es ya sino temporalmente de aquel ínfimo valle de dolor y de destierro.

No digamos nada, por no ser necesario, de las analogías del gran río pasado por Juanillo, con aquel Aqueronte que el viejo Carón atravesaba llevando en su barcaza a las almas de una a otra orilla, ni de las analogías del mancebo y su caballo con aquellos famosísimos centauros hombre y caballo en una pieza, que la tradición nos ha legado como símbolo perfecto del ser humano, hombre y animal a un tiempo mismo. La seducción que ejerce sobre Juanillo el retorno a la vida entre los suyos es idéntica a la de todas las leyendas o poemas: la de Ulises, por Circe; la de Telémaco, por Calipso; la de las Sirenas, la de Scila y Caribdis, la de todas las

Capuas afeminadoras de más o menos legendarios Aníbales. El mito expresa muy bien las pérdidas de las oportunidades de progreso que de ello subsiguen y la redención por un mayor sacrificio.

No bien recupera Juanillo su prístina condición humana, tres fieras, las mismas que quisiesen atajar el paso del Dante en su genial visita alas regiones eternas, las mismas de todos los castillos encantados, pretenden detenerle en su marcha progresiva con cuantos terrores y engaños al astral caracterizan. El más noble de aquellos brutos, el león, se le traga como símbolo de nueva encarnación, que reviste a Juanillo de carne animal nueva; pero las luces recibidas en sus iniciaciones anteriores esclarecen su mente, sugiriéndole el medio de romper sus prisiones groseras, hiriendo al animal en el mismo corazón, esto es, matando el egoísmo, con lo cual la definitiva transfiguración de *Juanillo* no se retrasa ya más que el tiempo necesario para la putrefacción de las viejas vestiduras, finalizado el cual es arrebatado triunfalmente por las aves celestes a moradas más excelsas, como Enoch y como Elías.

CAPÍTULO V

Culmina el libro de "El Pescador", y sus múltiples versiones en los textos de "Las mil y una noches"

Mágica "historia de Nureddín y de Beddredín".–La acción inexorable del Destino o Karma en la humana vida.–"La mujer-tortuga y sus cuñadas envidiosas".–"El Marqués de Villena; su gorro mágico y su alquimia".–Noticias históricas de este famoso prócer castellano.–Karín y su iniciático lago Karún.–Qué es lo que representan efectivamente los famosas peces de colores.–El Pez en astronomía, historia y filología.–Otros comentarios que establecen el nexo con la "Historia de la atlante Ciudad del Bronce", del próximo capítulo.

La *Versión décima* del cuento del Pescador en el texto constantinopolitano de Galland, igual que en el sirio de Mardrús, es la que lleva el título de

"HISTORIA DE MUREDDIN ALÍ Y DE BEDREDDIN HASSÁN"[31]

"Cierta noche en que el califa Harún-al-Raschid recorría secretamente las calles de Balsora en unión del visir Giafar y de Mesnur, jefe de los eunucos, vió, a la luz de la Luna, a un pobre pescador que se retiraba a su hogar sin haber pescado nada. Compadecido el califa, le rogó que echase de nuevo las redes, pues le daría cien cequíes por lo que pescase. En efecto, el buen hombre sacó del Tigris un objeto muy pesado, que resultó un cofre con el cadáver de una mujer dentro. El califa se encolerizó entonces con el visir al ver que tales delitos quedaban impunes en su reino, y, bajo pena de muerte, le dió el término de tres días para que descubriese al malvado que tal había hecho. Pero todas las diligencias resultaron inútiles, e iba a ejecutarse la sentencia, cuando se abrió paso ante la multitud un sujeto que, declarándose autor del crimen, se explicó de esta manera:

–Comendador de los creyentes, sepa vuestra majestad que la dama asesinada era mi mujer, quien, cierto día, fingiendo que tenía gran deseo de comer manzanas, me hizo salir a buscarlas pagándolas a peso de oro. A mi regreso, se las mostré, pero las dejó a un lado diciendo que ya se le había pasado la gana. Días más tarde me tropecé con un esclavo que llevaba una manzana, y preguntándole que quién se la había dado me dijo ufano que su querida. Llegué a

casa lleno de ira, porque sabía bien que no había en el país más manzanas que las que yo había llevado, y, en efecto, en casa sólo encontré dos de las tres manzanas, diciéndome que no sabía el paradero de la tercera. Los celos me cegaron entonces, y descuarticé a la infeliz, metiendo los restos en un cofre, que eché al río; pero mi desesperación luego fue espantosa, porque se averiguó que el negrazo había mentido, y le que había hecho era quitarle la manzana a uno de mis niños[32].

–La acción tuya es excusable –respondió el califa–; hay, pues, que buscar al negro, verdadero causante de tal crimen.

Y le dió al visir otro plazo de tres días para que le encontrase.

Ya iba a expirar el término cuando, al despedirse el visir de su hija pequeña, antes de ser ahorcado, advirtió que la niña tenía oculta en su seno una manzana con el nombre del califa, y que un esclavo le había vendido. El visir hizo llevar al culpable a la presencia de Harún, y éste, al informarse del caso, decreto le fuese aplicado un castigo ejemplar. Pero el visir, inclinado a la misericordia, le prometió a su señor contarle la maravillosa historia de Nuredín Alí y de Bedreddin Hassán, con la condición de que si resultaba del agrado del califa éste perdonaría al reo. Otorgada la licencia, el visir se expresó de esta manera[33]:

–Un sultán de Egipto, gran protector de los sabios, tenía un visir que era consumado maestro en ciencias y letras. El visir contaba con dos hijos que seguían las huellas de su padre; el uno se llamaba Schemseddín Mohamed, y el segundo Nureddín Alí. A la muerte de éste, el sultán los nombró a entrambos visires suyos. Los hermanos, para no separarse nunca, acordaron casarse en el mismo día con dos hermanas, y luego casar entre sí al hijo e hija que cada matrimonio respectivamente tuviese. Pero, ¡oh triste condición la condición humana! Los dos acabaron regañando por si el hijo del uno dotaría o no a la hija del otro en su día. A tanto llegó la disputa, que aquella noche Nureddín se alejó secretamente de El Cairo en dirección a Balsora, donde el anciano visir le tomó bajo su protección una vez que pudo apreciar su calidad y sus méritos y le casó con su hija, nombrándole su sucesor en el cargo de visir, con el beneplácito del califa.

Nureddín Alí tuvo luego un hijo, a quien puso por nombre Bedreddín Hassán, quien bien pronto mostró las más brillantes cualidades. Cuando ya llegó a hombre, le entregó su padre un extenso manuscrito donde constaba toda la famosa historia que ya conocemos; pero, a la muerte de éste, Bedreddín cayó en desgracia con el sultán, quien le hizo confiscar todos los bienes y le mandó prender. Escapó el joven, refugiándose en el cementerio, donde, al llegar, hubo de encontrarle un rico judío llamado lsaac. Éste, ignorante del caso, le propuso

comprarle todo el cargamento de los navíos de su padre que estaban para arribar, y con cuya compra, cerrada al punto, vióse Nureddín poseedor otra vez de una gran fortuna; pero no por eso dejó de ir al sepulcro de su padre, como proyectaba, para darle un postrer adiós. Allí hubo de verle un genio que solía pasar el día entre las tumbas, quien quedó prendado de su hermosura y le dijo a un hada que jamás un joven semejante había nacido entre los mortales[34].

–Te engañas –replicóle el hada–, que hay en Egipto una joven de la misma edad, hija del visir Schemseddín Mohamed, muy superior a tu príncipe, y que hasta ha rechazado la mano del propio hijo del sultán, fundándose en que su padre, antes de nacer ella, se había comprometido con su hermano, Nureddín Alí, a casarla con el hijo que éste tuviese. –Y aquí agregó el hada toda la historia que ya conocemos relativa al matrimonio de aquellos dos hermanos, Schemseddín y Nureddín, con otras dos hermanas, y a la disputa estúpida que entrambos habían tenido por la futura dote del hijo y de la hija, sin olvidar el consignar que, lleno de ira el sultán de Egipto, había decretado por fuerza su casamiento con la hija del visir con el más horrible y perverso de sus esclavos.

–Haríamos, pues, bien, amigo mío –terminó el hada–, si entrambos, con nuestros irresistibles poderes, nos opusiésemos a la injusticia del sultán de Egipto y sustituyésemos, en lugar del contrahecho esclavo, desposado en estos momentos mismos con la joven, a este hermosísimo Bedreddín. Así haremos fracasar la venganza infame del sultán de Egipto, consolaremos a un padre afligido, tan merecedor de ello como lo es Schemseddín Mohamed, y haremos tan feliz a su hija como desgraciada la ha querido hacer aquél. Yo me encargo de llevar por los aires a Bedreddín al Cairo, sin que se despierte, y le pondré si es preciso en el lecho mismo de la desposada.

En efecto, el hada arrebató por los aires a Bedreddín, depositándole blandamente en la puerta de una posada de El Cairo, próxima al baño de donde iba a salir el esclavo jorobado con su comitiva, camino del tálamo nupcial. Le puso también un hachón encendido en la mano, tranquilizándole de la sorpresa y recomendándole silencio, diciéndole:

–Mézclate con la comitiva que va a salir, y penetra en la sala donde va a celebrarse la boda. El novio es un repugnante jorobado, fácil de reconocer. Saca cuantos cequíes necesites de esta bolsa, y muéstrate rumboso con todos, que la bolsa se volverá a llenar las veces que preciséis, o sea, pues que un poder superior velará siempre por ti.

Así lo realizó el joven, llegando a la puerta del visir Schemseddín Hassán, quien estaba harto ajeno a pensar que su sobrino se hallase tan cerca. Penetró en la sala, y todos al ver su distinción le juzgaron un extranjero ilustre que venía a las bodas, y le sentaron a la derecha

del jorobado, junto a la novia, hija del visir. El contraste levantó murmullos en toda la concurrencia, en protesta contra la locura del sultán. Luego de la fiesta entró la novia en la cámara nupcial seguida de las doncellas que habían de desnudarla. El jorobado quedó con unos cuantos concurrentes, presa de un irresistible odio hacia Bedreddín. Éste se dispuso a salir, pero el hada y el genio le detuvieron, diciéndole que, aprovechando la salida del jorobado para cierta necesidad, penetrase resueltamente en la alcoba de la novia y, una vez allí, la dijese que todo lo ocurrido no había sido sino una broma del sultán para divertirse con el jorobado, pues que él era el verdadero esposo, como le sería fácil convencer a la novia. Para completar su obra, el genio tomó la forma de un gatazo espantoso, que comenzó a maullar junto al jorobado de una manera horrible. Luego se transformó en fiero búfalo y amenazó al jorobado, diciéndole que le iba a matar porque se había casado con su querida. Acobardado así el jorobado, se rindió a partido y el genio le impuso la condición de que se estuviese quietecito y cabeza abajo en la sala durante toda la noche.

Excusado es pintar la sorpresa de la novia al verse frente a frente no de un monstruoso jorobado, sino de un joven hermosísimo que se apresuró a darla las muestras mayores de cariño después de haberla informado que él era su verdadero esposo y no el otro de la broma del sultán. En resumen, que al amanecer, tras aquella noche, el hada arrebató de nuevo en camisa y calzoncillos a Bedreddín, transportándole hasta las puertas de una desconocida ciudad, que resultó la de Damasco, donde las gentes, al verle así, le tomaron por loco, y lo habría pasado mal a no acogerle bajo su protección un piadoso pastelero, a quien informó con toda lealtad de las increíbles aventuras que le habían acaecido. El pastelero, al cabo de los años, murió, dejándole su tienda por herencia.

Mientras aquello le aconteciera a Bedreddín, el visir Schemseddín Mohamed había ido a la cámara de su hija al siguiente día, encontrándose con la sorpresa de verla feliz, libre de la amenaza de unirse con el feo jorobado. El buen padre no daba crédito a lo que oía; pero, al fin, hubo de convencerse al ver aliado del lecho los vestidos y el turbante de Bedreddín y cosido dentro del turbante el pergamino que a éste le diese su padre Nureddín Alí al morir y también el papel relativo a la compra de los géneros por el judío lsaac. Al ver así el dedo de la Providencia, el pobre viejo visir besó la letra de su hermano y se desmayó.

Al volver Schemseddín de su desmayo y ver tan puntualmente consignadas en el pergamino las fechas del arribo de su hermano a Balsora, de su matrimonio y del nacimiento de Bedreddín, se llenó de júbilo y se propuso buscar a su yerno, no sólo por el país, sino por otros reinos. Pero sus pesquisas durante siete años fueron inútiles.

Al cabo de estos siete años, el joven Agib, hijo nacido de la unión de Beldad y de Bedreddín, se agregó a las gentes de su abuelo que con él habían ido a Damasco a continuar en demanda del desaparecido, para dar un mentís a los jóvenes de su edad, quienes le echaban en cara que era hijo, no de padre humano, sino de un traidor genio que había usurpado a éste sus derechos conyugales. Ya en dicha ciudad, Agib, acompañando a su abuelo Schemseddín, acertó a pasar por delante de la pastelería de su padre, sin que ni uno ni otro se reconociesen. Pero, sintiendo recíprocamente la atracción de la sangre, el chico penetró en la tienda y Bedreddín le obsequió con sus más ricos pasteles, por cuyos pasteles, que nadie fabricaba mejor que Bedreddín y su anciana madre la viuda de Nureddín Alí, Schemseddín Mohamed vino a encontrar a su yerno y sobrino, al tenor de la predicción del Destino, tras mil peripecias que, en honor a la brevedad, se omiten, tales como la de que Schemseddín, antes de darse a conocer a este último, le hizo prender y traer en una caja o jaula hasta Egipto, amenazándole con la horca… ¡por no haber echado pimienta en la célebre torta o pastel que había sido la causa de su reconocimiento! ¿Cuál no sería, pues, la sorpresa del acongojado Bedreddin al verse inopinadamente trasladado, cuando no esperaba sino la muerte, aliado de su esposa Beldad, y en la misma cámara nupcial de la que antaño fuera arrebatado por el hada, como si todas las cosas acaecidas desde entonces y en los muchos años transcurridos no hubiesen sido sino un ensueño de pesadilla?

Resta, pues, el decir que todos aquellos prodigios causaron la admiración del reino, y el sultán de Egipto los mandó escribir a sus cronistas para asombro y enseñanza de las edades futuras, decretando con tal motivo las fiestas más espléndidas en todo el reino… y siendo todos de allí en adelante muy felices.”

Tal fué la historia de Nureddín Alí y de su hijo Bedreddin Hassán, con cuyo relato consiguió el visir Giafar que el califa Harún-al-Raschid perdonase la vida al pobre esclavo que iba a morir. En cuanto a los naturales comentarios ocultistas que esta interesante historia sugiere, se harán después, al ocuparnos de Kamaral-shamán y Badura.

VERSIÓN UNDÉCIMA DEL CUENTO DE “EL PESCADOR”, EN EL TEXTO SIRIO

De intento hemos dejado para el último lugar entre las variantes del mito de “El pescador” la lindísima de Mardrús que lleva por título (tomo XX de Blasco Ibáñez) “Historia del hijo del rey que se desposa con la mujer tortuga”, y que, en extracto, dice:

"Un sultán de los tiempos pretéritos tenía tres hijos: Scha-ter-Alí, Scha-ter-Hossein y Scha-ter-Mohamed, a quienes desea casar, dejando la elección de esposas al arbitrio del Destino. Al efecto, suben los tres jóvenes a la terraza más alta del palacio y desde allí arroja cada uno, con los ojos vendados, una flecha, bajo promesa de casarse con las hijas de los vecinos sobre cuyo tejado caigan las tres flechas. La del hijo primero cae cerca, o sea sobre el techo de uno de los mayores dignatarios de palacio; la del segundo desciende sobre el hogar del Oficial Mayor, al que lleva la consiguiente dicha; pero la del hijo más pequeño se aleja tanto, que va a caer junto a la última y ruinosa casa del pueblo más inmediata al río, habitada sólo por una gigantesca tortuga. El rey, espantado de aquello, hace intentar dos veces más la suerte, pero las dos con idéntico resultado, por lo cual, teniendo el hecho como evidente signo celeste, el hijo pequeño celebra sus desposorios con la tortuga, en medio del escándalo y las burlas, no ya de la corte, sino de sus hermanos y sus cuñadas, quienes no se hartaban de hacer desprecios a los dos consortes. No hay que añadir que lo de la tortuga era un mero artificio mágico de la hermosísima esposa que le había así cabido en suerte al hijo tercero.

Pero aconteció, de allí a poco, que el buen sultán quedó completamente ciego y al cuidado de sus tres nueras. "¡Que me preparen el mejor plato que sepan mis tres hijas para que lo saboree antes de morir!", dijo, y al punto se pusieron en faena las tres esposas. Sin embargo, como las de los dos mayores habían pensado siempre, más en vanidades cortesanas de lujo y desprecios a su cuñada, la mujer-tortuga, que en estos tan indispensables menesteres de la felicidad del hogar, resultó que no sabían guisar, por lo que, ante el apuro, no vacilaron en ir a avistarse con aquélla, que ya tenía conquistada fama de experta cocinera, preguntándola taimadas qué era lo que ella iba a guisar. La mujer-tortuga, percatándose de la intención, les dijo que un arroz con grajeas de excrementos de ratones, cosa que las dos envidiosas[35] se apresuraron a hacer, incurriendo, como era de esperar, en las iras del anciano, quien halló, en cambio, deliciosísimo el plato preparado por las habilísimas manos de la tercera, hasta el punto que ya no quiso le cocinase nadie sino ella.

De allí a pocos días se decreta una gran fiesta de Corte. Las hermanas, desmañadas, preguntan a la otra que cómo se va a presentar en el salón, y ella les dice a la una que montada sobre un ganso, y a la otra que sobre un macho cabrío para llamar más la atención de todos, cosa que ejecutan al pie de la letra, siendo la irrisión de la concurrencia, mientras que, llena de asombro, se prosterna ante la mujer-tortuga, quien, renunciando a sus ilusorias apariencias de tal que, para más sorprender, tomase antaño, se presenta con todos los esplendores mágicos de una reina entre las reinas y una hermosa entre las hermosas, transformando por su arte los

granos de arroz del banquete en perlas, y en esmeraldas y otras piedras preciosas las salsas y rellenos más diversos.

VERSIÓN DUODÉCIMA DEL CUENTO DE "EL PESCADOR"

Terminaremos estas inacabables versiones copiando de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur* la conocida leyenda del Marqués de Villena y de su alquimia, lejano eco de las redomas con peces-hombres que llevamos vistas, y cuya leyenda dice así:

"El Marqués de Villena era un hombre muy dado a la cábala, a la nigromancia y a la alquimia; esto es, un brujo completo. Su sabiduría le proporcionó el medio de volver al mundo después de su muerte. Era, además, uno de los caballeros de más preciara nobleza de los tiempos de Enrique III.

Leía en las estrellas, por su mucha ciencia, como en un libro abierto. Se sabía de memoria todas las conjunciones, trinos y oposiciones de los planetas; se comunicaba con los habitantes de la Luna; sabia que la Tierra tiene muchos más años de los que las Escrituras calculan. No temía a las tempestades que, en pequeño, era árbitro de producir; manejaba la electricidad, entonces desconocida, dominaba los venenos y sortilegios de toda índole, y adivinaba, en fin, lo pasado y lo futuro.

Dicen las crónicas que tan extraordinario saber provenía de tener firmado con su sangre un estrecho pacto con el Príncipe de las Tinieblas, y por virtud del cual había de entregarle su alma al tiempo de su muerte. El punto más delicado de su saber cifraba, pues, en hacerse inmortal, engañando así al diablo mismo.

Tenía el Marqués cierto negro a quien profesaba gran cariño. De él se acompañaba doquiera, viniendo a constituir su *daimon* familiar, que Sócrates diría. Tenía también un sombrero o gorro mágico, llamado a desempeñar en nuestra historia un papel importante.

Don Enrique de Villena dijo a su fámulo un día: "Querido Alí: cuando veas que voy a morir, no te apartes un momento de mi lecho ni permitas que nadie entre a visitarme. No quiero médicos, porque me matarían antes de tiempo; ni quiero criados, que a mi muerte sólo en robarme pensarían. Deseo que tampoco mi mujer venga, porque al momento pensaría en mi sustituto. No te mando más en aquel trance sino que te pongas mi sombrero mágico y quedes así transfigurado en mi propia persona. Jamás le quites luego de tu cabeza, porque entrambos nos perderíamos. Cogerás seguidamente mi cuerpo, añadió el Marqués, y, desnudo, le colocarás sobre el mármol de mi laboratorio, de cuya sola llave nunca te despojarás. Harásme menudísimos pedazos, sin desperdiciar de mí lo más mínimo, mezclando perfectamente

carnes, huesos y tripas, y todo lo introducirás en la gran redoma que te dejo detrás de mi sillón verde. Luego esconderás la redoma en un montón de estiércol, en sitio de la casa al que no pueda llegar mortal alguno."

Pasaron los años; vino al viejo sabio su hora postrimera, y el fiel criado ejecutó con puntualidad las órdenes de su señor, ocultando la redoma atiborrada con el menudillo de sus restos corpóreos. Tal fue el sigilo del negrito, que nadie advirtió la transmutación, ni a enterarse llegó siquiera el diablo mismo. Así, mientras que aquél gozaba como el auténtico Marqués, de todos sus bienes y derechos, es fama que éste, en cuerpo aromal invisible, continuó con más ardor y libertad que nunca sus portentosas alquimias y astrologías.

Jamás caía de la cabeza del supuesto Marqués el gorro del sortilegio, ni siquiera cuando cierto día se encontró de manos a boca con el Santo Viático, pero tal desacato a Su Divina Majestad indignó a los fieles en términos de que uno le dió un manotón, haciendo rodar por el suelo la endiablada prenda, con lo que al punto quedó el cuitado negrito restituido a su primitivo sér. La justicia tomó cartas en el asunto, y, llevado el infeliz al tormento, tuvo que cantar paladinamente el secreto todo de sus transmutaciones.

El severo tribunal se personó en el basurero y, con grandes precauciones, extrajo de él la misteriosa redoma, que contenía un líquido oleaginoso, amarillento, en cuyo seno se dibujaban con toda claridad las líneas de un feto de ocho meses; sólo faltaba uno, pues, para que el brujo Marqués tornase al mundo de los vivos. Inútil es añadir que el negro fué quemado y hecha mil pedazos la redoma, por manos del verdugo[36].

COMENTARIOS

En la versión primera de las que hemos dado acerca de "El Pescador", saltan ciertos detalles eminentemente ocultistas que no son para pasados de ligera.

Es el primero el relativo al protagonista Karim, prototipo de cuantos "pescadores" ha habido en el mundo, desde los discípulos parsis del misterioso Instructor Oanes o Dagón del mito caldeo, hasta aquellos infelices del lago de Genezareth o de Tiberiades a quien Jesús, en el Evangelio, les hace abandonar las redes de su modesto oficio para transformarlos en "pescadores de hombres".

Por eso mismo nos conviene ahondar en este mito de *Las mil y una noches,* y ver qué clase de raigambre ocultista puede tener el asunto.

Por de pronto los "peces" de los cuentos en cuestión no son los vulgares vertebrados habitantes de mares y ríos[37], sino los representantes genuinos de un simbolismo a la vez astronómico, histórico y filológico, es a saber; los "hombres peces" u hombres sumergidos cuando la catástrofe atlante; los "hombres cainitas" anegados, según la Biblia, por las aguas del Diluvio merced a su perversidad incorregible; las cuatro razas, en fin, de hombres "blancos, azules, rojos y amarillos" predecesores de la raza actual pos-atlante de los "adamitas" o "arios". Esto en lo histórico, pues que en lo astronómico no son sino los "peces" del signo astrológico de *Piscis,* cosa que requiere alguna explicación.

Sabido es que el llamado "punto vernal" o signo zodiacal de la primavera se halla ahora coincidiendo con la constelación de "Los Peces", pero antaño no ha sucedido así, sino que hace dos mil y pico de años coincidía con el signo de "Tauro" (y de aquí las religiones más antiguas de "El Toro" y "La Vaca" sagrados) y hace cerca de cinco mil años coincidía con el signo de "Los Gemelos", hasta descubrir un ciclo completo en el período que se llama de la "precesión equinoccial" al cabo de 25.920 años. Por eso, a las religiones simbolizadas en "la Vaca", han seguido, hace cerca de dos mil años, "las de los Peces", es decir, el Cristianismo en sus diversas ramas, quien adoptó por eso como el más preciado de sus símbolos el de "Los Peces" consabidos, llenando con él las Catacumbas romanas, y hasta llevándole al "Anillo del Pescador", la más preciada y simbólica de las joyas pontificias[38].

En cuanto al aspecto filológico, en fin, de la cuestión basta con recordar que la letra *Aleph,* primera y más preminente del "alefato" o alfabeto sirio-hebraico, es, en sí, el más notable de los jeroglíficos de los peces, pues que consta de dos figuras de peces unidas por las colas. Por eso es el Aleph o letra A, como enseña H. P. B., la primera letra en la casi totalidad de los alfabetos arios o de la quinta Raza-Raíz, semitas inclusive, pero no en los de los de origen atlante o lemur, tales como el tibetano, mogol, japonés, etíope y algunos otros, y su valor fue siempre el de la Unidad (Mónada, o Uno Único), frente al cero u O (símbolo de la Nada-Todo originaría). Es el "alpha" de los griegos, el "as" de los escandinavos y el aleph de hebreos y cristianos.

Este último nombre proviene de que al crearse la escritura hebrea, *aleph,* el Toro o Vaca, era el primer signo de los doce del Zodiaco, lo cual, dada la preccesión equinoccial que atrasa el punto de la primavera un signo cada 2.160 años aproximadamente, adjudica a dicha escritura una antigüedad de 4 a 6 mil años… Es la letra, por decirlo así, de la conciencia psicológica, porque su nombre ha equivalido siempre al pronombre personal *Yo,* como integradora con la O, del inefable nombre de IAO e IO (Véanse estas palabras), a través de la doble A, en esta forma: 1.°, el cero u O; 2.°, la Mónada o I; 3.°, la Dúada o ^; la Tríada o Δ; 4.°, la

Manifestación o IO; 5.°, el primitivo fuego A; 6.°, las Aguas del Caos, en las que nace o se manifiesta el Ascua de Oro (Wagner, Eddas) o Logos, o AA, es decir, la A larga de las lenguas sabias (Véase la palabra); 7.º, el *primer* signo (Tauro), de la primera Realidad Manifestada en el Cosmos (Logos, Buddha y Cristo gnóstico). El color místico de la A es el *blanco* de la Manifestación y el *amarillo* del Sol Manifestado, por contraposición al negro de las Tinieblas Insondables (Caos, Tiamat, Gran Abismo) *Cero* u *0*, de donde ha emanado en el Primer día cosmogónico de los Tiempos. La propia forma hebrea del aleph data del jeroglífico del Toro o Vaca Sagrada (IO) por estar compuesta de dos *iods,* uno descendente (Fuego) y otro ascendente (Agua), unidos por un guión, al modo de una Z tendida o N… Como toda Manifestación es una efectiva crucifixión en las limitaciones de la existencia, de aquí que a dicho nexo de la Mónada y la Nada o AO, se la suela anteponer el jeroglífico de la *te* o *tau,* T, en esta forma: TAO, nombre en muchas lenguas del Logos o la Divinidad Manifestada. La Cruz de San Andrés está, pues, ocultamente relacionada con esta letra (Kenneth Mackenzie; *Royal Masonic Cyclopedia),* y también *Ahih,* raíz sánscrita, de donde deriva el pronombre primero: Yo o *Aham.* Es la A una especie de símbolo del *Insonoro Sonido Inefable,* puesto que se pronuncia con la boca completamente abierta, sin necesidad de articulaciones bucales, y también la primera de las Siete Vocales sagradas de! Nombre Impronunciable. El ocupar en etíope el lugar 13.^{0} (= 12 + 1), hace alusión a todo un ciclo de preccesión equinoccial (25.920 años) antes de las actuales escrituras semíticas. Significa el hombre. En griego a a, = 1 y a = 1.000; en Roma A valió 500 antes de la adopción de la D, sin duda porque expresaba al Manú u hombre pensador o número “cinco”, y los dos ciclos macro y microcósmico en los que se desenvuelve, y 5.000 si llevaba tilde Ã. Es el nivel y la plomada. Entre los alquimistas era sinónimo de piedra filosofal[39]. Entre los egipcios representaba a Ibis. La A taquígrafa (o de notáricon), aparece ya en las notas de Ennio y fue mantenido por Séneca, y de allí pasó a Bright, Taylor y la inglesa, en cuanto a la *AA.* Como la A breve es *Fuego* en simbología, la doble AA o A larga es *Agua* en todos los idiomas célticos y nórticos, del antiguo alemán en el que las dos aes se muestran separadas por una hache *Aha,* y de aquí acaso *Ea aven Ahwa, acqua, agoa* y *agua.* Así ha quedado como nombre propio de más de 30 ríos y ciudades centroeuropeas, a la manera de nuestro *guada,* derivado del árabe en palabras tales como Guadalete, Guadalquivir, Guadiana. Al escribirse tras la primera A, no una segunda A, sino la B como segunda letra, tenemos el Ab persa e hindú con idéntica significación de agua, verbigracia: *Do-ab* (dos ríos); *Penel-jab* (cinco ríos)… La triple AAA se ve invertida en ciertas monedas romanas, y su equivalente *Aah,* la Luna, el *Deus Lunus* egipcio, unas veces bajo la forma de un niño con dísco y media luna en la cabeza (Khons-luno), o de un dios con cabeza de Ibis y media luna (Thot-Luno), Lucina, Diana, Isis. Preside a la renovación de las

cosas y a la resurrección. Khons, es el dios Heros de los tebanos. (Paul Pierret, Panthéon egiptien).

No paran aquí los detalles ocultistas. En efecto, Karim aparece pescando, no en un río o mar cualquiera, sino en el iniciático y misterioso de "Karún", o más bien de "Katun", lago en el que un conocedor de la simbología matemática de los Códices Mayas[40] no vería sino a los "katunes" o "ábacos mágicos, matemáticos", base de toda la iniciación pitagórica o cabalista. Por eso la madre de Juder, el otro "pescador", le encarece "que no vaya a pescar a semejante lago", es decir, que no se salga de la adocenada vulgaridad de los que huyen del Ocultismo por sus consabidos peligros. Por eso también el vulgar visir de la versión primera dice no conocer a dicho "lago iniciático", a pesar de ser ya viejo y no haber salido del país.

Por último, los famosos vasos, compañeros del sacado del fondo del lago por el "pescador" y en el que se albergaba un genio del pasado, al modo de como se encerrase nuestro Marqués de Villena en su redoma, no son sino las retortas alquímicas en las que se encierra aun hoy el gran secreto de esa ciencia de la Química antaño conocida por parsis y egipcios y que hoy ha revolucionado al planeta en poco más de un siglo. Y que ello es genuinamente atlante en sus orígenes lo prueba este delicioso cuento de Mardrús que lleva por título "Historia prodigiosa de la ciudad de bronce", cuento que por su excepcional importancia capítulo aparte merece.

CAPÍTULO VI

La "historia prodigiosa de la Ciudad de Bronce" y su relación con el mito de "el Pescador"

El mito del pescador y la tradición de la Atlántida.–El viajero Taleb y el omniada Abdalmalek.–Las revelaciones del jeique Abdos-samad, el shamano.–En viaje para la Ciudad de Bronce.–¡Muerte y desolación!–El Palacio de Oro y sus inscripciones jeremíacas.–"Pulvis, cinis et nihil".–El mito de "Las llaves del Destino".–Al-char, el alquimista, y su gran libro.–El Arana de las Columnas y sus maravillas jinas.–Datos históricos del jinete de Bronce de la isla del Cuervo, en las Azores.–El Rey del Mar.–La épica lucha que precediese a la catástrofe atlante.–A la vista de la gran ciudad y de sus canales.–La ciudad muerta, contemplada a la luz del menguante de la luna.–Un detalle de unas *Mil y una noches* modernas.–Pasajes concordantes de Platón y de otros autores.–Los threnos de Verdaguer.

En el fondo de las versiones que anteceden del cuento del Pescador y en otras varias que se podrían agregar aún, late viva la leyenda o tradición de la Atlántida, cuya pavorosa catástrofe dejó huella indeleble en la mente de los pueblos que a ella sobrevivieron. Pero en ninguna está tan vivo y tan definido este recuerdo como en la "Historia prodigiosa de la ciudad de bronce (o de la Edad del bronce)" y en el final del repetidísimo cuento del Pescador, como vamos a ver, empezando por aquélla, omitida en el texto de Galland, y consignada en el texto sirio de Mardrús.

El califa omniada Abdalmalek ben Merwán gustaba de departir con los sabios de su reino acerca de los efrites que pueblan las soledades de la tierra, las regiones subterráneas y las del aire y del mar, dominadas antaño por el saber mágico de Soleimán ben Daúd, y también acerca de los vasos de cobre en que éste los encerró bajo su sello, echándoles luego al fondo del mar, de donde, si se sacan los vasos y se abren, escapan sus almas allí condensadas, esparciéndose en forma de negros humos que acaban por volver a formar su cuerpo como antaño[41].

Y como el famoso viajero Taleb le dijese que era cierto lo de los vasos, y que ellos yacían en los confines occidentales del Moghreb, al punto el califa envió a Taleb con cartas al efecto, dirigidas a Muza, emir del Moghreb. Este último, obediente a su califa, informó a Taleb de que el único que podría conocer tales cosas era el jeique Abdos-samad, hombre que, después

de haber recorrido toda la tierra, se dedicaba en soledad a consignar en libros cuanto llevara visto. Preguntado el jeique, éste, después de reflexionar durante una hora, contestó:

–¡Oh, emir Muza ben-Nossair! No le son desconocidos a mi memoria ese mar ni esa montaña por la que me preguntáis, pero, no obstante mis deseos, jamás pude llegar hasta allí. El camino que allá conduce, es penosísimo, porque le falta agua en las cisternas, y para llegar hasta el sitio se necesitan dos años y medio, y mucho más aún para volver. Los habitantes, quienes jamás dieron la menor señal de su existencia, viven, se dice, en una ciudad situada en la propia cima de la montaña, llamada la Ciudad de Bronce, en la que nadie, hasta ahora, penetró. Te repito, pues, que el tal camino está vedado a los hijos de los hombres y erizado de espantos y peligros; es un desierto poblado de efrites y otros espantosos genios, guardianes de aquellas tierras, vírgenes de la planta humana desde la remota antigüedad. Sólo dos seres humanos han podido atravesar desde entonces tales regiones: Soleimán ben-Daúd e Iskandar el de los Dos Cuernos. En fin, si deseas absolutamente obedecer al califa, sin otra guía que este servidor tuyo que te habla, manda cargar mil camellos con odres repletas de agua, y otros mil con provisiones; lleva la menos escolta posible de gente experimentada y sin bélicos alardes. Antes de que partamos, en fin, haz tu testamento y despídete de la vida.

El emir Muza, el jeique Abdos-samad y Taleb, el cuñado del califa, partieron, pues, con una corta escolta. Durante meses y meses caminaron por llanuras solitarias, sin encontrar un sér viviente, ni un animal, árbol o planta que interrumpiese aquella monotonía, aquel silencio infinito de muerte y de desolación, hasta que, al cabo, percibieron en el lejano horizonte una como brillante nube, llegando hasta un enorme edificio con altas murallas de acero chino, de cuatro mil pasos de perímetro, y sostenido por cuatro filas de columnas de oro. La cúpula de aquel palacio era de oro, y servía de albergue a millares y millares de cuervos, únicos habitantes de la desolación aquella. En la gran muralla, donde se abría la puerta principal, de ébano macizo incrustada de oro, aparecía una placa inmensa de metal rojo, en la cual, en caracteres jónicos que descifró el jeique, se decía: *¡Entra aquí para saber la historia de los dominadores! ¡Todos pasaron ya! Y apenas tuvieron tiempo para descansar a la sombra de mis torres. ¡La muerte los dispersó como a la paja el viento; como si sombras fuesen, los ahuyentó!*

Cuando penetraron en el recinto amurallado, entre nubes de negros pajarracos, vieron alzarse una torre tan alta que se perdía de vista en el cielo, y, alineados a su pie, cuatro filas de a cien sepulcros cada una en torno de un monumental sarcófago, donde, en caracteres jónicos, formados por piedras preciosas, se leía:

"¡Pasó, cual delirio de las fiebres, nuestra embriaguez de triunfo! ¿De cuántos

acontecimientos memorables no hube de ser testigo? ¿De qué brillante fama no gocé en los días de gloria? ¿Cuántas capitales de reino no retemblaron bajo el casco de mi caballo? ¿Cuántos países no saqueé, entrando por ellos cual el simum destructor? ¿Cuántos imperios, impetuoso como el trueno, no destruí? ¿Qué de leyes no dicté en el universo… ? ¿Qué de potentados no arrastré a la zaga de mi carro?

Y, sin embargo, ¡ya lo véis! ¡La embriaguez de mi triunfo pasó cual espectro de calentura, sin dejar otra huella que la que en la arena pueda dejar la espuma! ¡La muerte me sorprendió sin que la detuviese mi poderío, ni lograran mis cortesanos defenderme de ella! Por tanto, ¡oh viajero!, escucha estas palabras que, mientras estuve vivo, jamás pronunciaron mis labios:

–¡Conserva tu alma y no la pierdas! ¡Goza en paz la calma de la vida, la belleza, que es la vida misma, ya que mañana la muerte se ha de apoderar de ti…! Un día, la tierra responderá a quien te llame: "¡Murió ya! ¡Nunca mi celoso seno devolvió a los que guarda para la eternidad!"

Al oír leer estas palabras, el emir y sus acompañantes no pudieron menos de llorar. Luego, sobre la entrada de la torre, vieron escrito de igual modo:

"¡En el nombre del Eterno e Inmutable Dueño de todo poder! ¡Aprende, oh viajero, a no enorgullecerte con las apariencias! ¡Mi ejemplo te enseñará a no dejarte llevar por las deslumbradoras ilusiones que te precipitarían en el abismo! ¡Quiero hablarte de mi poderío!

"¡En mis cuadras de mármol, cuidadas por los reyes a quienes antes venciesen mis armas, tenía yo diez mil caballos generosos! ¡En mis estancias reservadas tenía yo, como concubinas, mil vírgenes descendientes de sangre real y otras mil escogidas entre aquellas cuya belleza hace palidecer al brillo de la luna llena! ¡Mis esposas me dieron una posteridad de mil príncipes reales, valientes como leones! ¡Poseía inmensos tesoros, y bajo mi dominio abatíanse pueblos y reyes, desde Oriente hasta Occidente, sojuzgados por mis invencibles ejércitos! ¡Y creí eterno mi poderío y afianzada por los siglos de los siglos la duración de mi vida, cuando de pronto se hizo oír la voz que me anunciaba los irrevocables decretos del que no muere jamás!

"¡Entonces reflexioné acerca de mi destino! ¡Congregué a mis millones de guerreros, a mis jefes y a mis reyes tributarios, y haciendo traer ante ellos todos mis tesoros, les dije: ¡Os doy estas riquezas, estas arrobas de oro y de plata, si lográis prolongar un solo día mi vida sobre la tierra! Pero ellos se mantuvieron con los ojos bajos y en silencio. ¡Morí entonces, y mi Palacio de palacios se tornó en asilo de la Muerte! ¡Si deseas, viajero, conocer mi nombre, sabe que me llamé en vida Kusch ben-Scheddad ben-Aad el Magnífico!"

Y ya dentro de la torre, de salones y más salones, fríos, mudos y solitarios, el asombro del emir Muza no tuvo límites al penetrar en una estancia más regia, aún con una admirable mesa de madera de sándalo, maravillosamente tallada y en la que se leía en caracteres análogos a los anteriores: "¡Mil reyes tuertos, y otros mil que conservaban bien sus ojos, se sentaron aquí en remotos días… ! ¡Ahora son ciegos todos, dentro de su tumba!"

Deshechos en lágrimas, abandonaron el palacio y siguieron su camino hacia la Ciudad de Bronce, caminando así tres días. A la caída de la tarde del último, vieron que a los rayos del rojo sol poniente se destacaba sobre alto pedestal la silueta de un jinete que inmóvil blandía una lanza de larga punta, semejante a una llama, incandescente como la del sol. Cuando se hallaron más cerca de la estatua, advirtieron que pedestal y estatua eran todo de bronce, y que el palo de la lanza llevaba escrito en caracteres de fuego[42]:

"¡Audaces viajeros, que pudisteis llegar hasta estas vedadas tierras, ya os será imposible volver sobre vuestros pasos! ¡Si buscáis el camino de la gran ciudad, movedme sobre mi pedestal con toda la fuerza de vuestros brazos, y encaminaos hacia el lugar donde yo vuelva el rostro una vez que torne a quedar quieto!"

Entonces el emir Muza se acercó al jinete y le empujó con la mano. El jinete, con la rapidez del relámpago, giró sobre sí mismo y se paró con el rostro vuelto en dirección completamente opuesta a la que habían seguido los viajeros. El jeique Abdos-samad reconoció que, efectivamente, habíanse equivocado, y que la nueva ruta era la verdadera. Rectificado así el rumbo, prosiguió el viaje días y días, hasta que una noche llegaron los viajeros ante una columna de piedra negra, a la cual estaba encadenado un sér extraño, del que no se veía más que medio cuerpo, pues el otro medio yacía enterrado en el cieno. Era un engendro monstruoso, que se diría arrojado allí por las potencias infernales: negro, corpulento, con dos enormes alas de murciélago; cuatro manos, dos de ellas semejantes a garras de leones.

En su cráneo, espantoso, se agitaba una áspera crin formada de serpientes, y su cola era la de un asno silvestre. Dos pupilas rojas llameaban en las hundidas cuencas de sus ojos, y en la frente, exornada por retorcidos y dobles cuernos de macho cabrío, aparecía el agujero de un solo ojo vertical, fijo e inmóvil, de verdosos fulgores más que de tigre. Dando gritos y rugidos estentóreos quería lanzarse sobre los viajeros tan luego como los divisó.

–¡Esto supera a mi entendimiento –exclamó el jeique. Y luego, haciendo un inaudito esfuerzo, le conjuró, diciéndole:

–¡En el nombre del Señor de todo lo creado, te conjuro para que me digas quién eres y por qué estás así castigado!

El busto, lanzando un espantoso baladro, respondió:

–¡Soy un efrit de la posteridad de Eblis, padre de los genn. Me llamo Daesch-ben-Alaemasch y estoy aquí encadenado por la fuerza Invisible hasta la consumación de los siglos!– Y continuó: –Antaño, en este país, existía en calidad de protector de la Ciudad de Bronce un ídolo de ágata roja, del cual yo era guardián y habitante al propio tiempo, porque me aposenté dentro de él, y de todos los países venían muchedumbres a consultar por mi conducto sus destinos y a escuchar los oráculos y predicciones augurales que hacía yo.

"El rey del Mar, de quien yo mismo era vasallo, tenía bajo su mando supremo al ejército de los genios que se había rebelado contra Soleimán-ben-Daúd, y me había nombrado jefe de ese ejército para la guerra que no tardó en estallar, cuando Soleimán, deseoso de contarla entre sus esposas, solicitó la mano de la hermosísima hija de nuestro rey, exigiendo al par que se hiciese pedazos mi ídolo y se abandonase mi culto.

"El ejército de Soleimán consistía en genios, hombres, pájaros y cuadrúpedos. Al frente de los guerreros humanos venía Assaf-ben-Barkhia, y el rey Domriat al de los efrites y genios, que, ascendiendo a sesenta millones, no era, sin embargo, como el de los animales, reclutado en todos los lugares de la tierra. El Universo entero tembló ante la rudeza del primer choque, que lo decidió todo, pues caían sobre nosotros verdaderas montañas inflamadas… En mi fuga por los aires, que duró tres meses, fuí al fin apresado y atado a esta columna, mientras que a todos los genios que me seguían los transformaron en negras humaredas, encerrándolas en vasos de cobre, sellados con el sello de Soleimán, y luego arrojados al fondo del mar que baña las murallas de la Ciudad de Bronce. En cuanto a los que habitaban ésta, no sé qué ha sido de ellos, pero, si vais a dicha Ciudad, acaso encontréis de ellos huellas y lleguéis a saber su historia."

Cuando acabó de hablar, el monstruo se agitó de un modo frenético para soltarse contra ellos, por lo que se dieron prisa a proseguir hacia la ciudad cuyas torres y murallas se divisaban en lontananza; mas, como se acercaba la noche y las cosas tomaban un aspecto hostil, prefirieron esperar al amanecer para acercarse a las puertas. Al otro día se llegaron a la ciudad, pero por más que la fueron rodeando, no acertaron a hallar puerta ni entrada alguna, pues toda la muralla era de metal liso y tan alta como una de las primeras cadenas de montes que la rodeaban. Tampoco se oía, dentro ni fuera, ni el menor rumor ni la menor señal de vida. Ante aquel problema optaron por subir a una de las altas montañas vecinas para desde allí siquiera contemplarla. Al principio caminaron entre las tinieblas de las primeras horas de la noche, pero, de pronto, apareció por Oriente la luna iluminándolo todo con sus esplendores, y a las plantas de los viajeros desplegóse un espectáculo que les contuvo la respiración.

¡Estaban viendo una ciudad de ensueño!

Bajo el blanco cendal que caía de la altura, en cuanta extensión abarcaba la mirada, aparecían, dentro del recinto de bronce, cúpulas de palacios, terrazas de casas y jardines apacibles. A la sombra de los macizos brillaban los canales que iban a morir en un mar de metal, cuyo seno frío reflejaba las luces del cielo. Y el bronce de las murallas, las pedrerías encendidas de las cúpulas, las nítidas terrazas, los canales y el mar entero, así como las sombras proyectadas por Occidente, amalgamábanse bajo la brisa nocturna y los mágicos efluvios de la reina de la noche.

Sin embargo, aquella inmensidad estaba sepultada como una gigantesca tumba en el solemne silencio de la noche luminosa. Ni el menor vestigio de vida humana había allí dentro. Pero he aquí que, con el mismo gesto hierático, de quietud infinita y eterna, se alzaban, sobre monumentales zócalos, altas figuras de bronce, enormes jinetes tallados en mármol, animales alados petrificados en un vuelo estéril, y los únicos seres dotados de movimiento en aquella ciudad de la quietud absoluta eran millares de inmensos vampiros que revoloteaban en torno de aquellos edificios, mientras que invisibles búhos turbaban el estático silencio con sus lamentos fúnebres en las terrazas solitarias y los palacios muertos…

Al bajar luego de la montaña vieron en el muro broncíneo esta inscripción:

"¡Oh hijo de los hombres y cuán vanos son todos tus cálculos…! ¿Dónde están los reyes que cimentaron los imperios? ¿Dónde los conquistadores, los dueños del Irak, Ispahán y Khorassán? ¡Pasaron como verdura de las eras! ¡Como si nunca hubieran existido, en verdad…! ¡Los hombres llenos de vanas esperanzas y efímeros proyectos, cambiaron por la tumba los palacios donde ahora sólo habitan los búhos…!"

Al otro día Muza y sus compañeros construyeron una escala de madera y ramaje para poder ascender hasta la muralla. Ya arriba, llegaron al fin ante dos torres unidas entre sí por una puerta de bronce, cuyas dos hojas encajaban tan perfectamente que no se hubiera podido introducir por su intersticio la punta de una aguja. Sobre aquella puerta aparecía grabada en relieve la imagen de un jinete de oro, y en la palma de su mano abierta, esta inscripción:

"Frotad la puerta doce veces con el clavo de oro que en mi ombligo hay". Hiciéronlo así, y a la duodécima vuelta se abrieron las puertas, dejando ver una escalera de granito rojo que descendía en caracol. El emir y los suyos bajaron por ella hasta una vasta sala de armas llena de guerreros en todas las actitudes y a quienes hablaron en todas las lenguas conocidas, sin que respondiesen, ni siquiera por señas.

–¡Por Alah que nunca viese cosa igual de unos vivos muertos o unos muertos vivos! –

exclamó asombrado el jeique Abdos-samad.

Del mismo modo visitaron el zoco, las calles, los palacios, las casas, sin encontrar más que actitudes hieráticas, como si el soplo de lo Desconocido les hubiese cristalizado en un instante, como el agua corriente bajo la acción se un frío intensísimo.

Por último visitaron el Palacio central, y allí, una tras otras, sin que nadie se moviese de cuantos infinitos servidores yacían en actitud de recorrerlas o guerreros armados para guardarlas, vieron siete recintos llenos con las mayores preciosidades del mundo en joyas, alhajas, oro, telas, armas, libros, etc., a cuya descripción renunciamos, porque ocuparía, a bien decir, gruesos volúmenes …[43]

Cuando hubieron admirado todo aquello pensaron en volver sobre sus pasos, pero no sin sentir la tentación de arrancar y llevarse un inmenso tapiz de seda y oro que cubría una de las paredes de la última sala. Cuál no sería su sorpresa al advertir detrás una finísima puerta de marfil y ébano, cerrada herméticamente y sin la menor traza de cerradura ni de llave. Abdos-samad se puso, sin embargo, a estudiar el mecanismo de aquellos cerrojos, tropezando al fin con un resorte oculto, que hizo abrirse de par en par la puerta, dejando ver la maravilla de un oratorio como nunca se ha visto ni puede imaginarse en medio del más delicioso de los conjuntos de arte. Allí, entre los vivos resplandores de mil luces y millones de piedras preciosas, bajo un dosel de terciopelo salpicado de gemas y diamantes, y en medio de amplio lecho de sedas y terciopelos, yacía una joven de tez brillante, párpados entornados por el sueño, con una belleza verdaderamente sobrehumana. A sus dos lados, con los alfanjes desenvainadas, yacían dormidos dos esclavos, sus guardianes, y en la mesa de a los pies del lecho se leía esta inscripción:

"¡Soy la virgen Tadmor, hija del rey de los Amalecitas, y esta ciudad es mi ciudad! Puedes llevarte, ¡oh!, tú, intrépido viajero, que hasta aquí has podido llegar por tu esfuerzo, todo cuanto te plazca; pero ¡ten cuidado con poner sobre mí una mano violadora, porque tu castigo excedería a todo cuanto se puede pensar!"

Taleb, sin hacer caso de la advertencia y pensando obsequiar con aquel regalo al califa, quiso, sin embargo, llevarse a la joven; pero en el acto cayó muerto por las picas y alfanjes de los esclavos. Los demás no quisieron permanecer ni un momento más allí, y por los mismos pasos emprendieron el regreso hacia el mar.

Ya en la playa, encontraron a unos cuantos pescadores negros, a quienes el emir les expuso su deseo, contestándole el más anciano de ellos.

–Ante todo, hijo mío, has de saber que cuantos pescadores nos hallamos en esta playa

creemos en las palabras de Alah y en las de sus Enviados; pero cuantos se encuentran en la Ciudad de Bronce están aquí encantados desde la más remota antigüedad, y así seguirán hasta el último día de los tiempos en el que todas las cosas han de ser aclaradas. Respecto de los vasos que contienen efrites, nada más fácil que el procurároslos. Poseemos una porción de ellos que, una vez destapados, nos sirven para cocer pescado. Os daremos, pues, los que queráis. ¡Solamente es necesario que los hagáis resonar antes de destaparlos, golpeándolos hasta obtener de quienes los habitan el juramento de nuestra profesión de fe! También os daremos para el Emir de los Creyentes, dos hijas del mar que hemos pescado hoy mismo y que son más bellas que todas las hijas de los hombres.

Agradecidos abrazaron todos al anciano y le invitaron a seguirles con los suyos a su país, cosa que ellos hicieron con el mayor gusto; emprendieron juntos el camino de regreso a Damasco, donde llegaron con toda felicidad, depositando los vasos de cobre con frites a los pies del califa poderoso.

* * *

La leyenda de "La ciudad de Bronce", como su homóloga de "La ciudad atlante de las Puertas de Oro", es universal en la antigüedad, y siempre refiriéndose al Mogreb y a sus costas occidentales. El Edrisri, El Andalus y otros cronistas árabes medioevales nos hablan de ella más o menos claramente, y la magna discusión acerca del verdadero emplazamiento de la *Cerne* atlántica, que se cita en los Periplos cartagineses de Hamnon y de Xilax, y que tanto preocupan a nuestro Costa en sus estudios ibero-marroquíes. Los mismos conocidísimos diálogos platónicos, *El Timeo* y el *Critias,* que hemos reproducido por extenso en *De Sevilla al Yucatán, Viaje ocultista por la Atlántida,* nos dan pormenores históricos, siquiera nuestra necedad los siga teniendo por fabulosos, acerca de la Gran Ciudad Atlante, metrópoli de cien gnomos o reinos tributarios, cada uno tan espléndido como el mayor de los imperios históricos, con mil detalles acerca de su organización social, costumbres y hasta fiestas en las que no es temerario el ver el origen de nuestras propias corridas de toros. La célebre y agotada *Historia* del Dr. Huerta y Vega, de la que tantos pasajes reproducimos en nuestra citada obra, nos habla, además, con cargo a documentos persas, hoy ya perdidos, acerca de ese "Rey del Mar", al que alude la leyenda transcripta cuyo nombre parsi de "Neptuno" fue luego ehumerizado o deificado por el mito griego de Hesiodo y de sus sucesores.

En cuanto a los líricos lamentos de aquel Jeremías atlante, que escribiese las *ió-nicas* inscripciones que los viajeros se iban encontrando en su peligrosísimo camino, los vemos también reproducidos por el sublime Verdaguer en los párrafos de su Atlántida, que dicen, puestos en labios de los druidas o sacerdotes del canto segundo: "¡Húndase nuestro imperio,

que ha derribado a tantos otros. Aquel que despertó a nuestro paso hacia Oriente, animado por el espíritu de una nueva vida, dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestra historia. Los cláperes y los dólmenes, alzados por nuestras manos cual hijos espúreos, no sabrán mañana pronunciar nuestros nombres, y responderán tan sólo a los viajeros: "–¡Rastros somos, no más, de unos gigantes que fueron!" Los siglos olvidarán nuestro origen y aun nuestra propia existencia como pueblo, y, al hablar de sabios esforzados y diestros guerreros, volverán sus ojos hacia donde nace el sol; y haciendo gala de inspiración los nuevos maestros, olvidarán de intento que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente … Mas, no, que los mares que nos sepultan proclamarán un día, con irrefutable lenguaje, la gloria de los que dejamos establecidos en Egipto con la misión del magisterio del mundo; pues ya éramos nosotros gigantes, antes de que la propia Grecia existiera."

Y si a entrar fuésemos en la correspondiente disquisición histórica sobre particular de tamaña importancia como es éste, necesitaríamos recordar a Solón, cuando el sacerdote de Sais le narraba el tremebundo ataque sufrido heroicamente por la Atenas de hace once mil años, de parte de innumerables huestes atlántidas venidas de Occidente pocos años antes de la última catástrofe que sepultó los últimos restos de aquel antiguo continente "mayor que Asia y Libia juntas"; huestes atlantes que también invadieron el valle del Nilo, según nos asegura Anquetil Du Perron, y a las que tan hermosa elegía consagra la leyenda histórica que queda transcripta, leyenda relativa también a ese Kush ben Aad el Magnífico, que no es sino uno de esos príncipes cainitas, camitas, cusitas o "in-cas", a los que se alude en no pocos pasajes de la Biblia, sin olvidar el tan velado y desnaturalizado de su sumersión bajo las aguas del "Mar Rojo", mar que no es, por supuesto, el actual de entre Egipto y Arabia, como se cree, sino el Mar occidental Erithreo, Siluro o Atlántico, que decimos hoy; como tampoco semejante "Egipto" es el actual del Nilo, sino el de los atlantes antecesores de los egipcios históricos que pasasen a su actual emplazamiento africano de este último río, arrancando del país atlante a través de múltiples países en itinerario maravilloso al que los informados en estas cuestiones, nada tratadas todavía por nuestra prehistoria oficial, denominan "Itinerario de Io o del Culto de la Sagrada Vaca", es decir, del Culto lunisolar o primitivo, al que tantas referencias llevamos hechas en el curso de nuestras obras teosóficas.

Y la empresa emprendida por los tres personajes mahometanos es idéntica a la que sus homólogos los dignatarios de Moctezuma emprenden al País de sus Antecesores o "mundo de los jinas", según el relato que, con cargo al P. Durán, trascribimos al final del capítulo VII de *De gentes del otro mundo,* con el particular curioso de que la salomónica "mesa" que los viajeros encuentran, aparece luego en nuestras propias crónicas de los primeros tiempos de la

invasión árabe de nuestra península siendo objeto de terrible discusión entre los caudillos Muza y Tarik (Lafuente, *Historia de España),* como también el monstruo encadenado a la salida de los subterráneos que conducían a la Ciudad del Bronce[44], traen a la memoria aquellos dos terribles monstruos diabólicos de Gog y Magog, que el Antecristo lanza para devorar a sus elegidos, en el complicado e ininteligible texto del *Apocalipsis,* pobre glosa del viejo *Libro de Enoch* de los primitivos etíopes. En cuanto a las terribles batallas de las que el monstruo en cuestión hace relato a los viajeros, no son ellas sino las horribles que durante varios lustros antes de la gran catástrofe ensangrentaron todas las regiones occidentales atlantes y arias, narradas también en el Mahabharata. Los "cuervos" que aquí aparecen son hermanos legendarios de esotros "cuervos" de Remo y Rómulo, de Sigfredo, de San Pablo, primer ermitaño, y hasta de los que guiaron misteriosamente a través del desierto líbico, según los biógrafos de Alejandro, al héroe macedónico cuando fué a destruir el maravilloso templo cirenaico de Júpiter Amnon.

Por relacionarse asimismo con otras leyendas que vendrán después, omitimos todo lo relativo a las manipulaciones de los visitantes de la ciudad para hallar los invisibles resortes de las puertas secretas de aquesta, como el coronel Olcott refiere le acaeciese a él mismo en su visita con H. P. B. a las célebres cuevas hindúes de Karli, y también lo relativo a esos "príncipes tuertos", "calendas" o iniciados a los que se alude de pasada en el texto, mas relacionado todo ello, como veremos, con el gran mito de Aladino y de su maravillosa "Lámpara", que vendrá después de este del Pescador y de sus "vasos" con efrites perversos…

Porque hay que decirlo de una vez para siempre: todos los grandes mitos del pasado no son sino otros tantos "velos de Isis" echados sobre ese mundo superior "de los jinas", que nos aguarda allende la tumba, mundo en el que viven su cuerpo astral o etéreo nuestros muertos queridos, y que es morada habitual además de seres superhumanos "Maestros o Protectores Invisibles", invisibles tan sólo para la Humanidad desde que allá, con la atrofia de la glándula pineal o "tercer ojo de los Cíclopes", perdió la facultad de ver normalmente en semejante mundo, al mismo tiempo que adquiría el sexo, la responsabilidad y la mente, según nos enseña la constante tradición occidental en numerosísimos pasajes y mitos.

CAPÍTULO VII

Termina el cuento de "El Pescador" con la descripción del palacio encantado del príncipe de las Islas Negras

El sultán visita el mágico lago Karún, el gran lago de las cuatro montañas, desconocido de todos los hombres.–Una equivocada opinión del Barón Silvestre de Sacy en el prólogo de la obra de Gustavo Well.–En marcha hacia las Islas Negras.–El triste habitante encantado del "Palacio de las Lágrimas".–Una Maga Negra.–"¡Vivo entre los muertos y muerto entre los vivos!"–E1 sultán consuma su proeza redentora.–Todos los encantados de las Islas Negras recobran su primitivo sér.–La deliciosa historieta de Saad y Saadí, el filósofo metafísico y el filósofo positivista.–Paralelo entre el mito de *El Pescador* y los del *Parsifal,* de Wágner.–El sultán es Epimeteo-Parsifal, Amfortas y el Príncipe de las Islas Negras.–El sexo, "la terrible herida que nunca querrá sanar".–La Kundry eterna.–Las cuentas pedidas y rendidas por los "peces de colores" del mito.–La clave de todas estas cosas, como siempre, se encuentra en *La Doctrina Secreta* de H. P. B. y en las Estancias del *Poema de Dzyan,* que comenta dicho libro.–Conclusiones.

Reanudando el texto de Galland el relato de los extraños sucesos acaecidos a Karim, el pescador, y a sus cuatro peces de colores, símbolos de otras tantas razas fenecidas y que recuerdan también a los cuatro jinetes del Apocalipsis[45], dice así:

Después del extraño suceso de los cuatro pececillos de colores, quiso el soberano visitar aquel extraño lago Karún, que llevamos dicho. En efecto, el sultán, el visir y el pescador, seguidos de toda la corte, subieron a la montaña, y al bajar del otro lado se vieron, con asombro y pasmo, ante una dilatada llanura que jamás sospechasen siquiera. Al final de ella estaba, en efecto, el lago encuadrado entre las cuatro colinas, y en sus transparentes aguas pululaban, bajo los rayos del sol, millones de pececillos blancos, azules, rojos y amarillos, como los que acababan de causar estupefacción anteriormente. Además, lo raro del caso era que nadie de entre los de la comitiva había visto ni tenido la menor noticia de tal lago, no obstante hallarse aliado mismo de la capital.

–Pues que convenimos todos en que jamás se ha sabido de este lago hasta hoy, decido no regresar a mi palacio hasta que haya averiguado el misterio de este lago y el de sus pececitos de colores –dicho lo cual mandó instalar allí su campamento, y llamando aquella noche a solas al visir le añadió:

–Voy yo solo a internarme en este país de misterio, y es preciso que tú te encargues de

ocultar mi ausencia al pueblo hasta mi regreso.

Y sin atender las súplicas del visir para que no emprendiese una aventura tal que podía resultar harto peligrosa, tomó un traje cómodo de montero, se armó de un alfanje y, en medio del silencio de la noche, emprendió a solas por la senda de una de las colinas. Luego, a lo largo de la llanura del otro lado, caminó hasta ponerse el sol, hora en que divisó a lo lejos un gran palacio-castillo, todo de mármol negro y cubierto de finísimo acero como la luna de un espejo. Llegóse a una de las puertas, que estaba abierta, y como llamase hasta tres veces sin que nadie, sin embargo, le respondiese, se internó por el patio, y luego por varios salones tan suntuosos como desiertos, y cuyas magnificencias renunciamos a describir. Sedas, plata, oro, pedrería, rivalizaban maravillosamente en los decorados aquellos, ante los cuales el propio palacio del sultán era menos que una choza. El jardín que rodeaba al palacio era aún más admirable, pues que parecía un efectivo paraíso.

Largo rato estuvo el sultán mirando y admirándose, y cuando estaba ya cansado de vagar de aquí para allá por aquel encantador laberinto, se reclinó en un sofá para coordinar sus temores y sus ideas. De repente creyó oír en el salón de al lado una voz muy lastimera que decía.

–¿Es posible que todavía viva después de tanto y tan inacabable tormento? ¡Oh fortuna, fortuna, cesa ya de perseguirme y pon fin a mis dolores, aunque sea con la muerte!

Movido el sultán por tan amargas quejas, se dirigió presuroso al sitio de donde salían, encontrándose en un trono a un joven bien constituido y vestido fastuosamente, cuyo rostro era la tristeza misma, según estaba de pálido, demacrado y dolorido[46].

El sultán le saludó con la mayor reverencia, y él correspondió a su saludo diciendo:

–Señor, por vuestro aspecto todo, juzgo que sois acreedor a que yo me levante para recibiros; pero no puedo haceros el debido homenaje porque a ello se opone una poderosa causa que, como veréis, me inmoviliza.

Y diciendo esto se alzó el manto de púrpura, haciendo ver que, si bien de cintura arriba era de carne, de cintura abajo todo era de mármol negro…

–Sabed, señor –continuó el rey infeliz–, que mi padre Mahmud era el soberano de este reino, que se llama de las Islas Negras por las cuatro montañas que en torno del lago habéis visto, y que hoy ocupa el sitio mismo de nuestra capital sepultada bajo sus ondas. Al heredar la corona, me casé con una prima mía, quien me dió durante cinco años las mayores pruebas de amor que darse pueden; pero al cabo de este tiempo descubrí que la reina me era infiel con un deforme negro a quien ocultaba en este palacio en el que me veis. Para lograr sus propósitos, todas las noches me daba, sin que lo notase, un narcótico, y ella se iba con su amante hasta la

mañana, en que, haciéndome aspirar cierta esencia, me despertaba. Pero, prevenido ya una noche, arrojé por la ventana el narcótico, y fingiéndome dormido como de costumbre, pude seguirla y sorprenderla en brazos de aquél en el jardín, oyendo que le decía amorosamente al negro:

–No me reconvengáis más de que no os tengo ciego amor, y si las pruebas que os he dado no bastasen, heme aquí dispuesta, si lo deseáis, a cambiar por mi arte mágico, antes que el sol salga, toda esta ciudad y su palacio en espantosa ruina.

Lleno de ira, no pude oír más, y dándole una gran estocada al negrazo, le dejé por muerto, no atreviéndome a hacer otro tanto con la infiel por ser de mi sangre, o más bien por el ciego amor que la tenía. La infiel no me vió, pero con sus malas artes se dió trazas a conservar las pocas fuerzas que le dejara a su amante, quien desde entonces no se puede decir que esté muerto ni tampoco que esté vivo. Ella, pretextando que había recibido noticias de la muerte de sus padres y hermanos, vistió de riguroso luto, y hasta me hizo alzar para mausoleo de ellos un *Palacio* que se llamó *de las lágrimas,* en el que escondió a su favorito, al que desde entonces conserva la vida gracias a ciertas pócimas mágicas que todos los días le lleva solícitamente y en secreto al Palacio de las lágrimas. Sin embargo, la fué imposible el curar a aquel desgraciado, quien no sólo estaba sin poder moverse, sino que había perdido el uso de la palabra, y ni aun con los ojos daba la menor señal de vida. La reina, ciega en su loco amor, no dejaba de hacerle dos visitas bastante largas cada día, por espacio de tres años enteros, a aquel indio negro y aborrecible, hasta que, ya cansado de aquella infamia, no pude menos de exclamar:

–¡Oh, tumbal ¿Por qué no te tragas ya a este monstruo de la Naturaleza, juntamente con su querida?

Pero no bien hube dicho esto, cuando la reina, hecha una furia, rugió:

–¡Ah, cruel! Tú eres la causa de mi dolor. Tu mano criminal es la que ha puesto a mi amante así.

Y, recurriendo arteramente a sus encantos mágicos, añadió:

–Por la virtud de mi ciencia, te mando, en castigo del mal que has hecho, que te conviertas en frío mármol de medio cuerpo abajo y sigas hombre de medio cuerpo arriba.

Al punto, por la virtud del conjuro, hálleme como hoy me veis: vivo entre los muertos y muerto entre los vivos…

El desgraciado rey de las Islas Negras, cuyo cuerpo había quedado así mitad hombre, mitad

mármol por el resto de sus días, continuó relatando al sultán sus desventuras de este modo:

–Después que la desalmada maga, indigna del titulo que llevaba de reina, me hubo así transformado y hecho traer a esta sala en la que me veis, por medio de otro encanto análogo destruyó hasta los cimientos mi opulenta capital, que era muy floreciente y populosa. Aniquiló las casas, las plazas, los mercados… ¡todo, todo! y redujo a este estanque y esta antes fertilísima campiña al triste estado de desierto en que ahora la veis. Los peces de colores que hay en el estanque son las cuatro clases de habitantes de cuatro diferentes religiones que los componían: los blancos, musulmanes; los encarnados, parsis; los azules, cristianos, y los amarillos, judíos. Las cuatro colinas eran otras tantas islas que daban el nombre a este mi reino. Todo ello, por supuesto, yo no alcancé a poderlo ver, pero cuidó bien de decírmelo la maga para mi mayor tormento.

–Y no es esto sólo –continuó–, sino que todos los días, para saciar sus rencores, viene la infame a darme sobre mis desnudas espaldas cien latigazos, hasta bañármelas en sangre, y después de tamaño suplicio, me cubre con una tosca túnica de pelo de cabra y me echa encima este manto de brocado, no por honrarme, sino para más burlarse de mí.

Al llegar aquí en su discurso el príncipe de las Islas Negras, derramó un torrente de lágrimas, que oprimieron cruelmente al sensible corazón del sultán, quien, lleno de noble indignación, pidió al príncipe que le informase del retiro de la pérfida y de su amante para de ellos tomar venganza al punto.

–¡Señor, prémieos Alah vuestro deseo santo! –repuso el príncipe, queriéndole besar las manos, agradecido–. El amante ya os he dicho que está en el Palacio de las lágrimas, en una tumba en forma de opulenta cúpula y que comunica, por una puerta secreta, con este castillo. En cuanto a la infame no puedo informaros a punto fijo cuál sea su retiro, pero todos los días, después de propinarme los azotes, va a visitar a su amante al salir el sol y llevarle la pócima que le preserva de morir.

El sultán, entonces, después de informar al príncipe acerca de quién él era y por qué había llegado hasta allí, trazó su plan de venganza, que mereció la aprobación de este último, seguido de sus más fervientes votos para que el éxito le acompañase en su empresa. De común acuerdo se fijó la ejecución para el siguiente día.

Aquella noche el sultán tomóse algún descanso para contar con fuerzas en la empresa, mientras que el desdichadísimo príncipe hubo de pasarla en su acostumbrada agonía.

No bien apuntó el alba, el sultán ocultó su ropa exterior, que le habría embarazado, y, con su sable al cinto, se encaminó en derechura del Palacio de las lágrimas, que halló alumbrado con

infinidad de blandones y perfumado por el delicioso aroma que brotaba de un centenar de pebeteros de oro fino. Así que descubrió el regio lecho en que yacía el negro, sacó su sable y de un solo tajo decapitó a aquel miserable, arrastrando su cuerpo fuera hasta arrojarle en una honda cisterna. Verificado esto se acostó sin hacer el menor ruido en el propio lecho del negrazo, ocultando el yagatán desenvainado bajo las ropas, en espera de finalizar del mismo modo con la malvada reina la aventura.

La malvada, como de costumbre, no se hizo esperar. Después de azotar al príncipe tan duramente o más que de ordinario, haciéndole lanzar estentóreos gritos de dolor que conmovían hasta las paredes del palacio, se fué llegando amorosísimamente al lecho donde pensaba hallar como siempre a su amado, diciéndole:

–¡Sol mío; alma mía; vida de mi vida misma! ¿Estás resuelto a dejarme morir, sin darme el consuelo de decirme que me amas todavía…? Dime una palabra amante, siquiera: ¡Te lo suplico de rodillas!

Entonces el sultán, fingiendo como que despertaba de un largo y profundo sueño, y haciendo por remedar el lenguaje de los negros, con grave tono dijo:

–Las causas del silencio que guardo y del que tú te quejas son, por castigo de Alah, los llantos y las maldiciones de tu marido, a quien tratas con tan excesiva crueldad. Hace largo tiempo que estaría curado y que habría recobrado el uso de la palabra, si a él le hubieses desencantado.

–Entonces, ¿deseas que, para apaciguarte y complacerte, ¡luz de mis ojos!, restituya a su primitiva forma al príncipe? –interrogó, sin darse bien cuenta de todo aquello la perversa.

–Sí –replicó el fingido negro, en el mismo tono–, Alah, el Todopoderoso, no permite que recobre yo mi antigua vida y lozanía hasta que a él no le tornes su libertad y su forma de hombre, para que no me incomode más con sus gritos.

No necesitó más la maga. Salió como una flecha del Palacio de las lágrimas. Tomó una taza con agua; pronunció ciertas palabras misteriosas sobre ella, que la hicieron hervir como si fuesen fuego, y rociando con ella al marido, dijo solemnemente:

–Si el Criador de todas las cosas te ha formado tal como estás al presente y él te tiene castigado así, ¡permanece en este estado por siempre!; pero si así te hallas por la virtud de mi encantamiento, ¡vuélvete a tu forma natural, al punto!

No bien la maga hubo dicho y hecho esto, el príncipe retornó a tomar instantáneamente su antiguo ser y estado, con el júbilo que se puede imaginar. Su primer cuidado fué prosternarse

y dar gracias al Señor por la merced que le hacía.

–¡Vete, aléjate al instante de este palacio; no vuelvas jamás a él, si no quieres que te cueste la vida!

No necesitaba más el príncipe para escapar, y huyendo hasta un lugar algo distante, se puso a esperar con impaciencia el resultado del designio que le había comunicado el sultán. Mientras tanto la maga le había apresurado a entrar de vuelta al Palacio de las lágrimas para recibir del negro amante el premio de su forzada acción. Pero antes de que se acercase al lecho, el sultán, que tan a maravilla fingía su papel, añadió:

–Lo que acabas de hacer no basta para curarme, puesto que el mal que hiciste no has acabado de arrancarle de raíz, tornando a su ser también a la ciudad entera y a los habitantes todos de esas cuatro islas que por tus negras artes, destruiste. Todos los días, las víctimas de tamaño desastre, transformados en peces, no dejan de levantar sus cabezas fuera del estanque pidiendo al Señor venganza contra ti y contra mí. ¿Cómo quieres, pues, que logre curarme mientras obres de tal modo…? ¡Vuelve sobre tus pasos, restableciendo las cosas en su prístino ser y estado! ¡A tu regreso el Señor bendito hará que pueda darte la mano para que me ayudes a levantar de aquí!

Llena la maga de ciega esperanza, exclamó transportada de júbilo:

–¡Si es por eso, alma mía, corazón mío, poco habrás de esperar para recobrar la salud!

Y partiendo al momento, operando de igual modo que antes con el príncipe, hizo la consiguiente aspersión con el agua mágica sobre el estanque, sus peces y las islas, cuando, súbito, los peces volvieron a su ser de hombres, mujeres y niños, cuál mahometanos, cuál persas, cristianos y judíos…; las islas se vieron transformadas en la tierra firme de siempre, con sus casas, tiendas, mercados y jardines, ni más ni menos que de antaño, y la numerosa comitiva que acompañando al sultán había acampado por orden de éste en la plaza mayor del castillo del príncipe de las Islas Negras quedó no poco maravillada de verse en un instante en medio de una ciudad hermosa, poblada y vastísima, surgiendo por encanto allí donde antes sólo viesen un triste lago, unas pobres islas y un palacio solitario.

La maga, después de haber realizado, bien sin voluntad suya, tamañas mudanzas, retornó ansiosa al lado de su amante esperando recibir con ello el premio de su amor, pero al acercarse al lecho, ocupado por el sultán, no por el doliente negro, el sultán, empuñando el sable a dos manos, la rajó de arriba a abajo a la infame, sin darle ni tiempo a que se repusiera de su sorpresa al verle surgir del lecho, donde esperaba ver a su criminal amante.

Hecho esto, el sultán, de dos saltos, se vió al lado del libertado príncipe, y, cayendo en los

brazos de éste, le dijo, lleno de alegría:

–¡Príncipe: la cruel enemiga que os atormentaba no existe ya, mientras que vos os veis libre y rodeado de todos vuestros fieles vasallos, en vuestro antiguo reino como si nada hubiese ya acaecido! Yo, cumplida mi misión, para la que veo me trajo aquí, sin saberlo, el Destino, sólo os pido permiso y consejo, para volverme a mi país, a menos que queráis honrarle acompañándome a él.

–Poderoso monarca y hombre sabio y bueno, a quien jamás olvidaré –dijo el príncipe, agradecido–; ¿creé estar muy próximo a vuestro reino?

–¡Si! –replicó el sultán–; como que sólo dista cuatro o cinco horas de camino, que son las mismas horas invertidas por mí y por los míos para llegar a este territorio. Sólo nos separa a nuestros reinos esa montañita que veis allí hacia el Oriente. Estoy de ello bien seguro.

–¡Pero olvidáis la excelsa Mano que para sus inescrutables Designios os ha conducido hasta aquí! –objetó aquél–. Como que por los medios naturales y humanos, yo sé bien que hay un año entero de viaje desde este mi reino al vuestro. Sea de ello lo que fuere –añadió–, es tal mi gratitud por lo que habéis hecho que yo no os dejaré, aunque hubiese que ir al confín del mundo. Sois mi libertador, y para mostraros toda mi vida mi reconocimiento, pretendo acompañaros, abandonando mi reino sin el menor disgusto.

Quedó el sultán asombradísimo por cuanto oía y cuanto había visto, sin podérselo explicar poco ni mucho; pero tanto se lo aseguró el príncipe de las Islas Negras que no dudó, antes bien, dijo:

–Nada importa que mi reino diste de aquí poco o mucho. Yo me doy por harto recompensado con la satisfacción de haberos sido útil en un acto de Suprema justicia, y de haber adquirido en vuestra persona un verdadero hijo. Vais a hacerme el honor de acompañarme, y como yo carezco de sucesores en mi reino, desde ahora os nombro mi hijo y sucesor.

Hechos, pues, los preparativos del viaje, de allí a pocos días, tras las naturales fiestas y regocijos, el sultán y el rey, su hijo adoptivo, se pusieron en camino cargados de inestimables riquezas y tesoros del saber, sacados de aquellos antiquísimos archivos. Tuvieron el viaje más feliz, y una vez de regreso, se celebró éste por todos los súbditos del sultán con todo entusiasmo, porque a la dicha de ver a su rey de regreso, se unió la aún mayor de ver que traía de sucesor a un noble príncipe digno de ello, ya que, por amor hacia su libertador, había renunciado a un reino en el cual sucediesen tantas y tan inexplicables maravillas.

Por lo que toca al pescador, causante inconsciente de todo aquello, y factor primero de la

libertad del príncipe, éste y el sultán le colmaron de honra y de bienes, siendo feliz con su familia el resto de sus días[47].

* * *

Como es fácil de ver, hay un inquietante paralelo entre la última parte del mito del pescador y las leyendas nórticas y parsis que sirvieron a Wagner para la concepción de su gigantesco *Parsifal,* siendo el mismo el argumento de entrambos dramas simbólicos que abarcan todo el ciclo de la Humanidad primitiva, pura y excelsa, sin conocer los dolores del sexo; la Humanidad ulterior, caída más y más en el sexo durante los últimos tiempos de la Lemuria y de la Atlántida, y la Humanidad futura, de nuevo redimida de la fatal cadena por el esfuerzo de *Epimeteo-Parsifal.*

El argumento en cuestión no puede ser más sencillo: bajo la revelación del genio al dulce pescador y de este último al noble sultán, el sultán se decide a intentar la aventura de penetrar en un lejano e inaccesible mundo de hombres antecesores no adamitas, hombres no materialmente sepultados bajo las aguas de un lago, como el positivismo decadente de los actuales textos quiere decir, sino ocultos o como "sepultados" tras el misterio del lago Karún, o sea tras ese sempiterno "lago de las iniciaciones", que, como decimos en los capitulas correspondientes de *El libro de los Jinas,* aparecen en todas las religiones, incluso la cristiana, y en todos los templos de ellas, lagos cuyas "saludables aguas renovadoras" dan la iniciación en los Misterios, ya que es sabido que las escenas de estos últimos tenían lugar, de noche siempre, proyectadas sobre las aguas, cual hoy proyectamos escenas lejanas en las pantallas de nuestros cines.

El abnegado y heroico sultán, sin medir la distancia ni el peligro, se lanza solo a la empresa y, errando a la aventura, llega, como el joven Parsifal wagneriano, hasta el santo *Palacio del Grial,* palacio transformado desde la atlante catástrofe del sexo en efectivo *Palacio de las lágrimas,* que es lo que hoy es también este nuestro mundo. Allí, por edades y edades, gime "encantado" el más hermoso de los príncipes, quejándose eternamente, como el Durandarte también de la leyenda cervantina y el Amfortas de la wagneriana, de "la terrible herida que nunca quería sanar", herida producida por la pasión de una Kundry, una Aspari, una tentadora, en fin, de la estirpe bíblica de esas "hijas de los hombres", o del mal, que hiciesen apostatar a "los hijos de Dios", acarreando el Diluvio, como kármica consecuencia.

Y el resultado, ¡ay!, fué y será siempre el de que el hombre quede, como el Príncipe de las Islas Negras, "postrado y hecho de mármol de medio cuerpo abajo", que es como, por desgracia, al cumplir la triste ley natural animal del sexo, estamos todos, hombres y mujeres,

si no es que acontece cosa aún peor, y es la de que el sexo, como hoy sucede infelizmente con tantas lecturas y espectáculos malsanos, no se sube también a la cabeza, perturbando el equilibrio fisiológico, el social, el económico, etcétera.

Y esta "llaga de Amfortas", esta "cadena de Prometeo", esta "fruta y agua de Tántalo", esta "manzana de la Discordia", "de las Hespérides" o "del Paraíso terrenal", no cesarán de producir sus frutos de dolor, de sangre y de muerte, hasta que el "Parsifal", el "Elegido de las Edades", el divino "Epimeteo", "hijo amado de un padre enemigo", como dice la Trilogía de Esquilo, no recobre "la sagrada lanza", la "lanza del rayo solar" o "lanza quiritaria" de las primitivas tradiciones patriciales, y con ella nos cure nuestra "lunar" o sexual herida, como le curase el sultán al príncipe después de matar a aquella impía representante de la Magia Negra de la Atlántida, que en el texto de Mardrús hechiza diariamente a su víctima con el bebedizo de sus pérfidos encantos, más que con el de banj, beleño, aschisch o "buza" que rezan los textos, simbolismo de la caída de nuestra Alma pura en las bajas tenebrosidades de los vicios, vicios que, cual al príncipe del cuento, hacen de nosotros verdaderos "muertos-vivos"…

He aquí, pues, las "cuentas que pedían al hombre" los "peces de colores" consabidos, antes de ellos dar a su vez las suyas en el momento del juicio definitivo, o sea de su "fritura y carbonización de muerte", a la que el texto metafóricamente alude. He aquí también todo el "Misterio del lago Karún", o sea de la Historia del Pescador, que abre marcha con sus "cuentos atlantes" a todas las versiones del gran libro parsi que comentamos, historia que tantas conexiones tiene con el mito tristánico, como puede verse comparándola con el capitulo de "Tristán e Iseo" en nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista,* como asimismo con la leyenda etíope de "Clareo y Florisea", que allí también se da. El monstruo del "Palacio de las Lágrimas" es el Sir Morold del mito caballeresco, o nuestro no menos mitológico Mauregato astur, el del famoso tributo de las cien doncellas, de raigambre oriental, como creemos haber demostrado en otro lugar.

Pero no cerraremos este admirable mito de *El Pescador* sin dar de sus "peces de colores" un texto probablemente más antiguo aún que el de *Las mil y una noches.* En efecto, los últimos pasajes del gran mito de "El Pescador", referentes al príncipe de las "Islas Negras" tras las cuatro "montañas" o "épocas" de la inmensa Atlántida sepultada con todas sus cuatro razas que se simbolizan en los respectivos cuatro peces de colores: negro, rojo, amarillo y azul, tienen su clave explicativa en el antiquísimo *Poema ario-tibetano de Dzyan,* a cuyo comentario, como es sabido, se consagra *La Doctrina Secreta,* de la maestra H. P. B. No se trata, pues, de peces transformados en los hombres de las cuatro grandes religiones, merced a la redentora obra del sultán, como suelen decir los textos, sino de las cuatro grandes razas

sepultadas a las que poéticamente aluden las Estancias X, XI y XII de dicho libro en estos términos *D. S.,* t. II):

"38 … La Tercera Raza dió nacimiento a la Cuarta: los Suras (dioses, hombres divinos), dieron nacimiento a los Asuras (demonios, hombres perversos). 39. La Primera raza, en cada zona, era del color de la luna; la Segunda, amarilla como el oro; la Tercera, roja, y la Cuarta de color castaño, que se tornó negra por el pecado. Los siete retoños humanos –los pueblos primeros de la Lemuria y de la Atlántida– eran todos de una complexión o color; los siete siguientes principiaron a mezclarse. 40. Entonces la Tercera y Cuarta razas crecieron en orgullo y en poder. "¡Somos reyes, somos dioses!", se dijeron a sí propios. 41. Tomaron esposas de hermosa apariencia. Esposas de entre "los sin mente" –o sin discernimiento–; los seres de cabeza estrecha, engendrando monstruos, demonios maléficos, machos y hembras con mentes pobres y también Khado o "hechiceros". 42. Construyen templos para glorificar el cuerpo humano. Rendían culto a varones y a hembras –culto fálico–. Entonces el Tercer Ojo –el Ojo de la Intuición o de Dagma– cesó de funcionar. 43. Construyeron enormes ciudades. Con tierras y metales raros ellos construían –raza camita–. De los fuegos vomitados por la Tierra, de la piedra blanca de las montañas y de la piedra negra, labraron sus propias imágenes, según su tamaño y semejanza, adorándolas. 44. Construyeron grandes imágenes de nueve yatis de alto, que era la estatura de sus cuerpos. fuegos internos habían destruido la tierra de sus padres. El agua les amenazaba ya, a ellos los de la Cuarta Raza. 45. Las primeras grandes aguas vinieron. Sumergieron las siete grandes islas. 46. Los buenos fueron todos salvados y los malos destruidos. 47. Pocos hombres quedaron. Algunos amarillos, algunos de color castaño y negro y algunos rojos quedaron. Los del color de la Luna habrán desaparecido para siempre. 48. La Quinta Raza –los adamitas o arios–, producida del Tronco Santo, quedó, y fué gobernada por Reyes Divinos. 49 …Las Serpientes –Dragones de la Sabiduría Iniciática– volvieron a descender sobre la Tierra e hicieron la paz con los de la Quinta Raza, a quienes educaron e instruyeron…"

Tales son, según el antiquísimo Poema de Dzyan, los misterios sepultados en el mar con la gran catástrofe atlante, misterios que también se enseñaron durante las iniciaciones en los lagos sagrados, "pistas" o "piscinas" de todos los templos por los sacerdotes de cien cultos ya extinguidos pero cuyo recuerdo nos han conservado, corno sucede siempre, la etimología y la Historia al hablarnos de los desconocidos ritos iniciáticos de "Júpiter-Pistio", y de "Diana-Pistia", cuanto de los correspondientes sacerdotes iniciadores "Pistacos, pistacius o písticos" venidos a Roma y a Etruria, según se lee el Diccionario Calepino en la voz correspondiente a "Piscis", desde Alejandría, Egipto y Siria, gentes que también se llamaron "pistores" o

divinos "panaderos", porque daban "el pan del alma", y que, ¡cosa admirable!, aún siguen llamándose hoy así en los desconocidos ritos secretos de México y de América del Sur…

A la luz, pues, del Ocultismo el gran mito del Pescador nos conduce a las siguientes conclusiones:

a) Que desde tiempo inmemorial ha existido en Persia y Ario-India la creencia, o más bien el adulterado recuerdo, de una cultura, un mundo como el de la Atlántida, antaño floreciente, y hoy sepultado en el fondo del mar.

b) Que el emplazamiento de dicho país sepultado era allende el Mogreb o Marruecos actual, como hemos visto en el viaje allí del jeique Taleb (versión del capítulo VI), todo de acuerdo con los conocidos relatos de Platón y de otros clásicos y con las presunciones de nuestra ciencia actual.

c) Que el recuerdo de semejante país sepultado estaba reservado o vedado al vulgo (relato de los "Vasos sellados" de Salomón) y oculto, naturalmente, en el fondo del mar, bajo las más severas penas contra sus reveladores.

ch) Que del mar no podía ser sacado "el secreto" sino por un honrado "pescador", o sea un iniciado en los "Misterios Pistios" de la antigüedad, misterios de los "peces" o de la Atlántida.

d) Que sólo los hombres esforzados y puros, como el sultán del cuento y a costa de mil trabajos y tribulaciones, podían esclarecer por completo el misterio, con arreglo también a aquel dicho de Proclo de que "las almas grandes se inician por sí mismas, sin necesidad de que nadie las inicie, y tales almas se salvan, según el Oráculo de Delfos".

e) Que toda la catástrofe de aquel gran país se debió al abuso del sexo, tanto en el sentido meramente físico como en el más hondo sentido simbólico, a saber, la infidelidad de una mujer (base también del mito bíblico del Paraíso Terrenal) a las divinas leyes de la Naturaleza, abandonando por un infame negro ("raza inferior", "necromancia", etc., según el sentido en que tomemos al símbolo) a su legítimo esposo, o bien trabando este "Hijo de Dios" o "príncipe de las Islas Verdes, que se tornaron Islas Negras por el pecado", relaciones ilícitas y de mala magia con una de "las Hijas de los Hombres"; según el lenguaje de aquel texto semítico, que no parece sino que está calcado, como tantos otros, en el inagotable texto de *Las mil y una noches.*

f) Que en la lucha fatal de las dos magias atlantes: la buena representada por el hermoso príncipe, y la mala, de la que era símbolo el perverso negro, entrambas quedaron heridas, digámoslo así, porque aquel protegido de la primera "ya no fué más hombre de cintura abajo, sino mármol negro", por la herida del sexo, y también quedó "malherida" la magia negra por

cuanto estaba y en efecto está (Mito apocalíptico de Gog y Magog, tomado del *Libro de Enoch* etíope, como es sabido) encadenada al "lecho del dolor" y confinada a límites más estrechos que antaño, cual hemos ido viendo acaecer en nuestros días a otras instituciones necromantes similares (Inquisición, derechos feudales, prohibiciones contra la ciencia, etc.).

g) Que este estado de cosas no será eterno, dado que eterno no significa "siempre" en la lengua hebrea originaria, sino "oulang", es decir, un período de tiempo inmenso, sí, pero no indefinido, al cabo del cual las cosas retornarán a su anterior estado o modo de ser, con el restablecimiento de la justicia perturbada y la vuelta a los primitivos esplendores atlantes y aun con la geológica reaparición algún día de tamaño continente sepultado como, según la ciencia europea y la tradición, ha acaecido con otros lugares, antes lechos de mar, tales como el actual Desierto del Gobbi, el de Sahara y tantos otros. La reconciliación parsi operada en el último día de los tiempos entre Ormuzd (Genio del Bien) y Arimán (Genio del Mal), no quiere, en el fondo, significar otra cosa.

h) Que todos los iniciados y todas las iniciaciones ocultistas, sea cual fuere el país y la época, se han basado en semejante enseñanza fundamental, guardada bajo sigilo o "sello salomónico", y expuesta, sin embargo, bajo mil fábulas y alegorías, de las que hemos dado aquí varias muestras, sin agotar, por supuesto, el extraordinario tema.

i) Que los "pescadores", "pistacos" o "pistios" de tan diversos cuentos se han sucedido de la Atlántida acá, ocultos, sí, para el vulgo, pero siempre asequibles a los hombres de selección a quienes en forma teatral y de noche les daban tamañas enseñanzas, mediante vívidas escenas en las "piscinas" o "lagos sagrados", *pistas* que, desnaturalizadas luego, pasaron a nuestros circos y teatros, a través, por ejemplo, de los Autos Sacramentales, como más al pormenor llevamos demostrado en nuestro libro sobre *Wagner, mitólogo y ocultista,* donde, así como en *De Sevilla al Yucatán,* puede hallar el lector curioso, cual el sultán del cuento allende el lago Karún, la verdadera "pista" o senda para hallar por sí mismo la verdad de todas estas tan estupendas revelaciones…

CAPÍTULO VIII

El libro de los “mareds”, o Habitantes de las Aguas

Enlace de este libro con el del Pescador.–Beder o Bedreddhin, rey de Persia, y Giauhara, princesa de Saman-dal.–Gulnara, la “lunar”, hija de las aguas.–La revelación de la hermosa reina.–¡Un hijo de la tierra y del mar!–La evocación de los seres de las aguas.–Beder se enamora de oídas de la princesa Giauhara.–Saman-dal el rey de los genios aéreos.–Hombres transformados en bestias.–El viejo Abdallah.–Perfidias hechiceriles de la reina Laba en la Ciudad de los Encantos.–Dos obras modernas acerca de este tema.–La mujer-yegua.–El triunfo de Beder.–Comentarios acerca del hermoso libro de los Mareds.–Beder “el hombre solar” o “el héroe”.–Gulnara, el alma divina del hombre.–Entronque de este mito con el general del libro de *Las mil y una noches*.–Beder–Olinos.–El Saleh parsi y el Saleh bíblico.–Concordancias del libro del Génesis.–Labán y Labana, o sea típica concordancia del mito parsi con el mito hebreo en el tema que nos ocupa.–Otras concordancias mitopeicas del libro de los Mareds.

En el “Libro del Pescador” que hemos desarrollado en los capítulos precedentes, hemos visto en acción a los genios o efrites del mal encerrados luengos siglos hacía en mágicos vasos de cobre por el poder de la Magia buena o “Solar” del sabio Solimán o Salomón. Un verdadero apéndice de las múltiples versiones de aquel libro se nos presenta naturalísimamente ahora, con la contraparte de tales genios perversos y sumergidos, o sean los genios buenos del mar, a quienes los textos denominan “los mareds” y cuyo reino poderoso acaba contrayendo estrecha alianza de sangre con los hombres buenos de la remota época en que la Persia alcanzara todo su esplendor.

El himno en prosa de semejante alianza está contenido en el precioso cuento que lleva por título *Historia de Beder, príncipe de Persia y de Giauhara, princesa del reino de Samandal,* que comenzaremos por transcribir. Dice así:

“No en vano se dió a los antiguos reyes de Persia el soberbio título de Rey de reyes y Señor de señores, porque tenían bajo sus órdenes tantos soberanos tributarios como provincias componían aquel vasto Imperio. Sin embargo, el rey de tamaño Imperio no era feliz, por cuanto ninguna de sus cien mujeres le había Podido dar sucesión. Tampoco alcanzaran a dársela las mil mujeres hermosas que le traían como esclavas de los más remotos confines del universo.

Cierto día en que el rey departía altamente con su corte de ciencias, artes, historia, literatura y demás cosas del espíritu, entró un eunuco anunciando a un comerciante portador de una esclava traída de misterioso país. Ver el rey a la esclava y quedar prendado ciegamente de ella, todo fué uno. Dió al comerciante, pues, diez mil monedas de oro, amén de ricos vestidos, y la hizo instalar en un palacio magnífico cuyas ventanas daban al mar. La misteriosa esclava vió llegar al soberano a su lado con la indiferencia mayor del mundo, y aunque éste y la servidumbre la colmaron de atenciones y ternuras, no llegaron ni siquiera a hacerla desplegar los labios, por lo que todos temieron que la hermosa fuese muda. Fue tanta, sin embargo, la pasión que por ella concibió el rey que se consagró a ella sólo y despidió a todas las demás mujeres que tenía.

Así pasó todo un año sin que el rey ni nadie la hiciese, no ya hablar, sino ni levantar los ojos siquiera, hasta que cierto día, tras infinitos transportes de amor, el rey consiguió al fin, lleno de júbilo, hacerla hablar de esta manera:

–Señor, me llamo Gulnara[48] y tengo tanto que decir al romper mi silencio, que no sé por dónde comenzar. Ante todo le rindo las más sinceras gracias por cuantas atenciones habéis tenido para conmigo. Dios se las premie con largos y felices años. Debo anunciarle también que estoy embarazada. Sin este evento jamás habría roto mi silencio, como hoy lo hago para decirle que el verme ahora como esclava no quita para que mi linaje ceda en nada ante el vuestro. El despecho al verme separada de mis regios deudos me había decidido a no hablar jamás ya. –Y luego, cobrando bríos, añadió: –Mi nombre es Gulnara; mi difunto padre era uno de los más poderosos reyes del mar, y, al morir, dejó su reino a mi hermano Saleh, bajo la tutela de mi madre, hija también de otro poderoso rey del mar. Libres e independientes, vivíamos en la paz más profunda cuando un enemigo cruel invadió nuestros Estados, se adueñó de nuestra capital, sin darnos tiempo sino para salvarnos con nuestros fieles en un impenetrable retiro. Ya en él, mi hermano me dijo que a fin de evitar mayores males en lo futuro desearía casarme, ya que no con un príncipe marítimo de mi altura, con algún rey poderoso de la tierra. Mi hermano, para vencer mis resistencias, añadióme que había en esta última reyes que no cedían en categoría a los del mar, pero no me rendí a partido y, desesperada, me arrojé al fondo del mar, yendo a caer en la isla de la Luna, donde un hombre de cierta distinción se apoderó de mí, pretendiendo con dulzura hacerme su esposa, y cuando vió que por este camino nada conseguía, quiso apelar a la fuerza. Pronto le hice arrepentirse de su insolencia, y él, exasperado, me hizo vender como esclava, viniendo así a parar a manos de vuestra majestad, para quien hoy sólo tengo elogio y gratitud. Le confieso, sin embargo, que en mi altanero carácter, si otra cosa hubiere hecho y no me hubiese dado la inmensa

prueba de amor de despachar a todas vuestras demás mujeres, un día u otro me habría arrojado al mar en demanda de mis deudos y no me habríais vuelto a ver.

Asombrado hasta lo indecible el rey de Persia con semejantes revelaciones, dijo a la hermosa, preso del mayor entusiasmo:

–Amada esposa mía: lo que acabáis de decirme excede a toda humana imaginación. Yo no soy ya, pues, vuestro esposo y vuestro rey, sino vuestro esclavo más humilde. Disponed, pues, a vuestro antojo, y si queréis que vuestros parientes vengan a honrarme en la corte, no tenéis sino decírmelo. Sólo veo en todo esto una dificultad. No comprendo, en efecto, cómo podéis vivir bajo las aguas sin ahogaros.

–Nosotros –respondió Gulnara– caminamos por el fondo o por la superficie de las aguas como vosotros marcháis sobre la tierra. El agua ni siquiera moja nuestras vestiduras ni nos impide el uso de nuestros sentidos, y nuestro idioma es el mismo que campea en el sello del gran rey Salomón, hijo de David. Además, como el mar es mucho más espacioso que la tierra, hay allí muchísimos más reinos y más poderosos también, con pueblos de mil diferentes usos y costumbres. Los palacios son suntuosos, como aquí nunca se han visto; manejamos el oro, las perlas y demás piedras preciosas como vosotros aquí el trigo o el maíz. Nos podemos transportar de un lugar a otro muy distante, sin carruajes ni cabalgaduras. Paso, en fin, por alto otras muchas particularidades que, si las conocieseis, os pasmarían. Así, pues, como el acto de dar a luz es muy diferente entre nosotros que entre los terrícolas, desearía llamar a la reina mi madre para reconciliarme con ella y que me asista. Ya se dará ella por muy feliz al verme desposada con el muy poderoso rey de Persia.

–Señora –respondió el rey–, podéis hacer como os viniere en gana. Yo sabré recibir a los vuestros con todos los honores que le son debidos a su elevadísima categoría. Decidme tan sólo qué es lo que debo hacer para que se los avise.

–No hay necesidad de nada sino de lo que vais a ver si esperáis tras esa celosía –replicó la reina Gulnara, y haciéndose llevar un pebetero con perfumes, en el que quemó luego polvos de madera de áloe, pronunció en medio del humo palabras desconocidas para el rey de Persia, y al punto, frente a las ventanas aquellas que daban al mar, empezaron a enturbiarse y como a hervir las aguas, hasta dar paso a un joven alto, gallardo e inteligente, de bigotes verde-mar, quien, con la mayor majestad, se fue elevando del fondo, seguido por una señora venerabilísima y cinco damas jóvenes que en hermosura no cedían a la de la reina Gulnara. Esta reconoció en seguida a su hermano, madre y primas, que suavemente se acercaron a la barandilla, andando sobre las aguas, y entre una y otros se desarrolló la tierna escena que, tras

la ausencia, es de suponer, y en la que Gulnara les informó de todas sus aventuras y su desposorio con el más poderoso de los reyes entonces de la tierra, cosa que aprobaron ellos, mostrando su emoción del modo que les era habitual, es a saber: echando fuego por boca, narices y ojos.

El rey, desde su escondite, temía de un momento a otro que los parientes, sin contar él con medio alguno de evitarlo, se llevasen a Gulnara, y sólo respiró a sus anchas cuando ésta, haciéndose servir la comida para todos, fue por él para presentarle a su familia, quienes se prosternaron respetuosos hasta que éste les levantó, abrazándoles. Entonces Saleh, el rey del mar y hermano de Gulnara, dijo al de Persia:

–Señor, nosotros, que siempre hicimos resistencia a desposar a mi hermana con ninguno de los más poderosos príncipes marítimos, nos sentimos hoy dichosos al verla enlazada con el más excelso de los monarcas de la tierra. –Y, después de las más corteses y entusiastas palabras de contestación del rey de Persia, se celebró el banquete de familia que así sellaba por siempre la alianza entre la tierra y el mar.

Como ya se avecindaba el alumbramiento de la reina, los parientes de ella continuaron a su lado, con gran contento del monarca persa y de todo su reino. Para colmo de la felicidad, Gulnara dió a luz un hijo hermosísimo sobre todo cuanto hay de hermoso en el mundo, y a quien por tal causa se le puso por nombre Beder. La ciudad entera se deshizo en fiestas y el rey colmó de liberalidades a su pueblo.

Restablecida prontamente la reina, cierto día en que se hallaba toda la familia reunida en torno de la criatura, el rey Saleh, su tío, la cogió en los brazos, comenzó a dar con ella vueltas por la estancia, y en un transporte de júbilo se arrojó con ella al mar. El padre, al verlo, dió un espantoso grito creyendo que Saleh iba a ahogar al hermoso niño; pero cuál no sería su sorpresa al ver salir de allí a poco al tío con el sobrino en los brazos sin que ni se hubiese mojado siquiera. Conviene al efecto saber que, a más de las relevantes dotes heredadas de su padre, tenía el niño Beder, como heredada de su madre, la facultad de poder andar sobre el mar y sumergirse en él igualmente que todos sus parientes maternos. Júzguese con esto sólo las ventajas que sobre los demás humanos tenía desde su nacimiento el futuro heredero de las dos coronas del mar y de la tierra. El viaje rápido que Saleh durante su inmersión realizara con su sobrino no fué tampoco a humo de pajas, pues que volvía con una caja aportada de su palacio conteniendo trescientos sesenta y cinco diamantes como huevos de paloma, amén de otras piedras preciosas enormes y de extraordinario valor, que Saleh presentaba respetuoso al rey de Persia como regalo de natalicio.

–Señor –replicó Saleh, ante las muestras de gratitud con que le abrumaba el rey–, a vuestra majestad le parece extraordinario el presente que me honro en hacerle porque aquí en la tierra las gentes no están acostumbradas a ver piedras tamañas ni en tal abundancia, pero para nosotros, que poseemos los yacimientos de sus filones, son meras bagatelas y juguetes infantiles.

Llegó, al fin, el día de la separación, lamentándose el rey de no contar con cualidades adecuadas para devolver a sus deudos la visita en el seno profundo de los mares, pero rogándoles vivamente que viniesen de cuando en cuando ellos, y añadiendo:

–Antes de ver las cosas tan asombrosas que llevo vistas, yo hubiera mirado a quien se hubiese atrevido a contármelas como un hombre falto de juicio o que pretendía abusar de mi credulidad; pero hoy, que he sido testigo de ellas, no cesaré de bendecir al cielo que me las ha mostrado y hecho disfrutar.

En cuanto al joven príncipe Beder, no hay que decir la educación tan esmerada que fue recibiendo, tanto por su familia marítima como por su familia terrestre. Los más sabios maestros le aleccionaron a porfía, hasta el punto de hacerle aún más admirable por sus dotes intelectuales y morales que por su extraordinaria hermosura física, por lo que el rey de Persia renunció en obsequio suyo la corona, que él supo ostentar con más gloria y provecho de sus súbditos que todos sus antecesores. Muerto su padre más tarde, su tío Saleh, viniendo desde el fondo de su reino submarino a pasar unos días con, él y con la reina madre, empezó a hablar con esta última acerca del matrimonio que él proyectaba de Beder con una de las hermosas del mar, la princesa Giauhara, hija del rey Samandal, bien ajeno a pensar que el propio Beder, a quien creían a la sazón dormido, les estaba escuchando.

–Por desgracia –terminó Saleh–, este rey Samandal está tan persuadido de su linaje excelso, que se niega a contraer todo enlace tanto con príncipes de la tierra como del mar. Por eso no conviene que nuestro querido Beder sepa nada de nuestros designios hasta que no hayamos tratado de orillar semejante dificultad y pedido y obtenido para él la mano de la gentilísima Giauhara.

Pero no contaban madre y tío con que el joven rey no había perdido palabra de su conversación y que desde aquel instante mismo se había inflamado su corazón de tal modo por esta última princesa, que a hurtadillas de su madre obligó a su tío Saleh a que se le llevase consigo. Éste no tuvo más remedio que complacerle, entregándole previamente, para que pudiese moverse a su arbitrio en el seno del húmedo elemento, una sortija de oro, en cuya piedra aparecía grabado el misterioso y omnipotente Sello del rey Salomón. Hecho esto, tío y

sobrino se elevaron por los aires con sin igual ligereza, caminando luego sobre el mar para acabar sumergiéndose en él como la cosa más natural del mundo. Ya en su reino Saleh, contó a su madre, la abuela de Beder, la fatal imprudencia cometida creyendo que éste dormía, la pasión que en el acto se había despertado en el pecho del joven y las fatales consecuencias que ésta podría tener si no se triunfaba en la empresa. De acuerdo, pues, con la anciana abuela, Saleh partió al día siguiente, con ricos presentes, para el poderoso imperio del rey Samandal, quien le recibió cordialísimamente, hasta que, al exponerle Saleb su temeraria pretensión, el rey Samandal montó en cólera, teniéndole casi por loco, pues de tal manera pretendía un hijo de gentes terrestres y marítimas, aunque fuesen reyes, alzarse hasta su celeste calidad de soberanía la mayor y más inaccesible, faltando poco para que no le mandase cortar la cabeza, como lo hubiera hecho, sin duda, a no escapar por pies el imprudente Saleh y tropezar en su huida con mil hombres de armas que, en previsión de acontecimientos, le había enviado su madre. Con ellas prendió a su vez al rey Samandal; pero al ir a apoderarse de la princesa Giauhara, se halló con que esta última se había echado de cabeza al mar y refugiado en una isla desierta.

Mientras tanto, al recibir el joven rey Beder en casa de su abuela la noticia del peligro en que se hallaba el rey su tío, se lanzó también al fondo del mar, y, no sabiendo qué camino tomar, tropezó con la misma isla desierta de la princesa Giauhara. Hacía muy poco que se había echado a descansar bajo un frondoso árbol, cuando oyó cantar allí cerca, con voz más celeste que terrestre, y al ir sin hacer ruido hacia donde la voz sonaba, percibió una hermosura que le cegó y que no dudó un punto fuese la de su princesa amada. Presentóse a ella inmediatamente, ofreciéndola sus auxilios y diciéndole quién era, después de haber revelado su condición la princesa, y el estado de prisión en que por ello había puesto a su padre el rey Saleh.

Por muy patéticas que fuesen las frases de amor del joven hacia la hermosa, esta última, indignada del tratamiento recibido por su padre a causa de Beder, por no querer que un hombre terrestre, siquier fuese el rey de Persia, contrajese enlace con una celeste princesa, no se rindió a partido; pero para asegurar el golpe le presentó la mano en señal de amistad, y, una vez apoderada de la del príncipe, le dijo escupiéndole a la cara, a falta de agua para el conjuro:

–Temerario loco: por la virtud de mis hechizos, deja tu forma humana y toma la de un ave blanca con patas y pico encarnados.

Y una vez que surtió su instantáneo efecto el conjuro, Giauhara entregó el ave a una de sus doncellas con encargo de que le llevase a la Isla Seca, espantoso peñasco sin agua ni plantas.

Pero la doncella, compadecida y esperando que algún día depusiese su cólera la señora, llevóle a una hermosa y fértil isla, donde le abandonó a su suerte.

Entre tanto que esto ocurría, el rey Saleh siguió manteniendo en prisiones al celeste rey Samandal, aunque con toda clase de respetos; pero cuando supo la desaparición de su sobrino, creyó perder el juicio, lleno de remordimientos por toda aquella catástrofe causada sólo por sus palabras imprudentes de antaño con su hermana acerca de Giauhara, cuando creían que no las oía el príncipe Beder. Dicha hermana, alarmadísima por la desaparición de su hijo, había venido también en su busca a la corte de Saleh; pero éste, contándola todo lo acaecido, la convenció de que debía volver a Persia y seguir gobernando en nombre de su hijo hasta su regreso.

No salía de su asombro el joven Beder viéndose transformado así en ave y forzado a alimentarse en la isla como las demás aves de su especie. Además, pronto llegó un hábil cazador a la isla, quien, al ver un ave tan singularmente hermosa, tendió sus redes y la cazó, poniéndola en una jaula, y la llevó al mercado, donde alguien quiso comprarla para comérsela. Pero él prefirió regalársela al propio rey, quien la recibió con gran estimación, y más cuando advirtió asombrado que no comía el ordinario alimento de las aves, sino que se puso a comer con él en la mesa de cuantos platos sacaron, como si realmente fuese una persona humana. Esto maravilló de tal modo al rey, que mandó llamar a su hija la princesa y que lo viese. No bien llegó ésta, que era bruja, cuando se echó el velo a la cara, exclamando:

–Señor, no toméis a mal esta mi acción. Sin duda bromeáis conmigo o no sabéis que ese ave que me mostráis no es tal ave, sino un hombre en figura de tal, y nada menos que el joven Beder, rey de Persia, hijo de la famosísima princesa Gulnara, sobrino del rey Saleh y nieto de la reina Faraschea, transformado en ave por obra mágica de la celeste princesa Giauhara, hija del rey Samandal, como ahora mismo vais a ver.

Y diciendo esto la princesa, se hizo servir un tazón con agua, sobre la que pronunció ciertas palabras misteriosas e ininteligibles. Cuando el agua empezó como a hervir, roció con ella la supuesta ave, que al punto tornó a su hermosa figura de hombre, bajo el poder de la consabida fórmula de "en nombre del Creador de cielos y tierra, si eres realmente un ave, sigue siéndolo, pero si eres hombre, vuelve a tu primitivo sér".

El rey aquel, indignado ante la excesiva crueldad de la princesa Giauhara, se compadeció de Beder y le proporcionó un navío para que se restituyese a Persia. El navío se hizo a la vela con buen tiempo, pero a poco le asaltó una tempestad tal que le deshizo, anegándose con todos sus tripulantes, excepto Beder, que, a nado, pudo ganar la orilla. Ya en ésta vióse

sorprendido el joven al verse rodeado de caballos, camellos, bueyes, jumentos, mulos, monos, perros y demás animales que parecían interesados en cerrarle el paso, convenciéndole de que no debería seguir. Pronto comprendió el príncipe de lo que pretendían disuadirle aquellos animales, pues se vió en una ciudad enorme, cuyas calles estaban desiertas en absoluto. Sólo acertó a ver en una de las abandonadas tiendas a un viejo vendedor de frutas, que, por las trazas, parecía ser el único hombre vivo en aquella sepulcral urbe, y que no bien le divisó, le hizo señas para que entrase en seguida en la tienda como si le amenazase un inminente daño.

Dentro, pues, de la verdulería y una vez que Beder hubo hecho al buen viejo Abdallah el relato de sus desventuras, éste le dijo:

–Hijo mío, bien puede dar gracias al Señor de todo lo criado por haberle conducido incólume hasta aquí, porque esta es y se llama la Ciudad de los Encantos, y está gobernada no por un rey, sino por una perversa reina hechicera la más peligrosa que cabe hallar. Bástele saber, en efecto, que cuantos animales le han querido cerrar el paso son otros tantos infelices hombres faltos ya de otro lenguaje y a quienes ha encantado, después de hacer lo que os diré: Hospedarlos magníficamente; tratarlos a cada uno como un tierno y único amante durante cuarenta días, y al cabo de ellos, transformarles irremisiblemente en el animal que les place, en medio de las mayores burlas y aun tormentos[49]. Por fortuna, mientras esté en mi casa, confío en que nada le sucederá, a menos que la reina averigüe su retiro y le arrebate para pábulo de su pasión. Sabed, sin embargo, que su poder no llega hasta mí.

No sabía el joven Beder cómo mostrar su gratitud a aquel anciano que desde entonces se presentaba como hermano de su padre. Pero lo que entrambos se temían sucedió; es a saber, que la reina Laba le vió, se prendó de más que de nadie, mandó por él, al fin, haciéndole llevar a su lado y tratándole desde el primer día con honores singulares, en su palacio, en su mesa y en su lecho, que con él compartió día tras día, en medio de una magnificencia y un lujo fastuosos.

Pero Beder cuidaba mucho, siguiendo las instrucciones de su maestro Abdallah, de no dejarse cegar por aquellas engañosas apariencias y estaba en guardia siempre contra el peligro de aquella pérfida hechicera, quien, entusiasmada con la varonil belleza del joven, no le llamaba por su nombre de Beder *(Luna-llena),* sino por el de Schems *(el Sol).* Así siguieron ambos en sus transportes pasionales, hasta que llegó el temible día cuarenta de semejante vida y en el que tan aciago fin habían ido teniendo sucesivamente todas las anteriores víctimas de la infame, por ella transformados en bestias.

–Es preciso tratar a este monstruo en figura de mujer como merece –le había dicho el día anterior Abdallah al joven–. Al efecto, toma estas dos tortas que acabo de preparar. La maga ha hecho otras dos también para hacértelas comer en su compañía. Cuida muy bien de fingir que comes de ellas, sin probarlas siquiera, y cuando ella se figure que estás ya bajo su acción perturbadora, oblígala tú a comer de las tuyas, y así que las haya probado, échala con el hueco de la mano un poco de agua al rostro, diciéndola: en nombre del Señor de todo lo criado que deje su forma de mujer y tome la del animal que se te antoje. El conjuro surtirá inmediatamente su efecto, y aquélla quedará castigada como merece.

Punto por punto ocurrió como Abdallah había previsto. La cruel Laba lo dispuso todo con la mayor perfidia. Tras una noche de locos transportes pasionales de ambos, y cuando creyó llegado el momento de obrar sacó sus tortas e invitó a comerlas al joven. Éste, con disimulo, sustituyó la torta de la reina por una de las suyas, comiendo como si tal cosa. Entonces la maga se fue hacia el surtidor vecino y echóle un poco de agua al rostro, diciendo:

–¡Infeliz estúpido, deja tu forma humana y toma la de un mal rocín, cojo y tuerto!

Pero Beder siguió impasible, y entonces la hechicera, fingiendo que sólo le había querido dar una broma, le rodeó de más y más amorosos transportes. Invitada, a su vez, por Beder para que probase de las tortas que él había hecho, no se atrevió a negarse para no despertar en él sospechas, y no bien hubo probado el primer bocado, Beder, con un rápido movimiento la arrojó un poco de agua a la cara, al par que la decía:

–¡Infame hechicera, deja esa forma humana en la que tantos daños llevas hechos, y conviértete en yegua!

Instantáneamente se operó la transformación. Laba, transformada en hermosa yegua, quiso hablar para moverle a compasión, pero le fue imposible. Además no estaba ya en manos de Beder el deshacer lo hecho, así que llamó a un palafrenero para que ensillase a la yegua y la pusiese un freno, sin encontrar ningún freno que bien la viniese, hasta que Abdallah le dió uno que le cuadraba perfectamente, montando seguidamente en ella camino de su reino, pero no sin que el sabio viejo dijese a Beder al despedirle:

–Hijo mío, monta en la yegua, vete y no te detengas más en este impío reino, y no entregues a nadie las riendas de la yegua, porque te vendría grave daño con ello.

Tres días después de la partida de Beder, se encontró en el camino con un viejo, que le detuvo con diversas preguntas, y mientras tanto se presentó otra astrosa vieja, que comenzó a llorar inconsolable a la vista de la yegua.

–Es, señor, esta yegua la que mi hijo perdiera hace algún tiempo y por lo que está inconsolable. Me daría la vida, pues, si accediese a vendérmela por el precio que quiera.

–Vale mil monedas de oro, y vos no tenéis trazas de poder dar por ella ni una sola –replicó el joven, por evadirse de la vieja. Pero se encontró con que la vieja, sacando una bolsa, se puso a contarle las mil monedas de oro.

Alarmado entonces el joven, pretendió oponer que había hablado sólo por broma, mas se interpuso el otro anciano, diciéndole:

–Como sois extranjero, señor, ignoráis la ley de este reino, que prohíbe mentir bajo pena de muerte, así que si no queréis que os suceda algo peor entregad inmediatamente la yegua a su compradora.

Le fue inútil a Beder el insistir, y desmontando la yegua se la entregó de malísimas ganas a la vieja, quien, quitándole al punto las riendas de aquélla, echó un poco de agua sobre su cabeza y, con el acostumbrado conjuro, la tornó a su antiguo sér y estado de reina. Ésta, no bien se vió así desencantada, lanzó un estridente silbido y en el mismo instante apareció un horroroso genio que, cogiendo a los tres en los brazos, en menos que se dice los transportó de nuevo al antiguo palacio de la reina Laba en la Isla de los Encantos. Su primer cuidado fue el de apelar a sus acostumbrados medios y transformar al hermoso Beder en un feo mochuelo con orden de que no le diesen ni agua ni comida.

Pero la doncella encargada era gran amiga de Abdallah, quien, decidido a no tolerar ya más aquel estado de cosas, fuese a palacio; silbó a su vez del modo más vigoroso, haciendo aparecer a un alado querub llamado *Relámpago* y le dijo: “Lleva a esta doncella al palacio de la reina Gulnara de Persia, para que la informe del peligro en que su hijo se encuentra.” Ella y Saleh, su hermano, reunieron en seguida un poderoso ejército marítimo, salido del fondo de las aguas, otro terrestre y otro de alados genios del aire, cayendo sobre el palacio de Laba sin dejar de él piedra sobre piedra, después de haber sacado de él la jaula con el encantado Beder, y desencantándole.

Después de tamaño triunfo se decretaron grandes fiestas: Abdallah, apadrinado por la reina Gulnara en persona, casó con la doncella que había salvado la vida a Beder.

–Falta aún otra boda –dijo Saleh, y apelando a sus evocaciones mágicas, llamó e hizo llegar a sí al rey Samandal con todo su palacio y a quien tenía desde hacía tiempo encerrado, como ya sabemos, por oponerse obstinadamente al matrimonio de Beder con Giauhara, su hija. Contóle con toda suerte de detalles a cuántas y cuán peligrosas aventuras se había expuesto el

joven por causa de su amor a la princesa y, contrajo que aún podía temerse de su terquedad orgullosa, con gran contento de todos, accedió al fin a otorgar la ansiada licencia.

De allí a pocos días, y en el mismo palacio de la Ciudad de los Encantos, por mágico modo reconstruido, se celebraron con nunca vista pompa los desposorios de la celeste princesa Giauhara, hija del excelso rey Samandal, con el joven Beder, heredero por línea paterna del reino de Persia, el mayor de todos los de la tierra, y heredero también por línea materna del más dilatado reino del mar, desposorios que venían a significar, por tanto, la feliz unión, siglos de siglos deseada, entre el mar, la tierra y los cielos… El nuevo pueblo de aquellos sublimes consortes no fué otro que el de los millares y millones de infelices humanos que, como antes viésemos, habían sido transformados en bestias por la mala magia de una nefasta hechicera.

* * *

Ya apuntamos, en la nota del comienzo, que cuantos nombres propios juegan en este hermoso mito encierran su correspondiente simbolismo ocultista. Beder, Bedred o Bedreddhín, más bien que el significado de "luna-llena", que le asignan las traducciones árabes, merece el de "sol" y "hombre solar", es decir, el de un hombre lo suficientemente adelantado en la senda de lo Oculto para merecer ser hijo de un rey de la tierra y una princesa del mar y desposarse nada menos que con Giauhara, hija a su vez del rey de los genios aéreos, tan superiores a los genios marítimos como éstos lo son a los hombres y demás habitantes de la tierra.

Comienza, pues, aquí, en este cuento, lo que llamar podemos también *El libro de los hombres héroes,* o conquistadores por sí mismos de la Iniciación, que tan hermosos desarrollos ha de recibir en próximos capítulos.

La Gul-i-anar, Guli-anas o "Juliana", que al rey persa es entregada como esclava, es, en efecto, de otra raza que las demás mujeres, no sólo por su marítima procedencia y su alto linaje, sino también por su silencio, su altivo carácter, "que no tolera rivales", y el sacrificio que de si hace uniéndose a un miserable hombre terrestre, siquier este hombre sea rey del más poderoso de los imperios conocidos. Es, en una palabra, el símbolo y el prototipo del alma divina que a todas nuestras míseras personalidades cobija y que, como dicen los tratados de mística, no tolera por rivales a ninguna de cuantas pasiones nos avasallan a nosotros los mortales, anublando el celeste brillo de aquélla. Por eso es, sí, "flor de granada", flor capaz de contener en cada uno de los granos de su fruto un vástago nuevo de una futura y regenerada humanidad. Para entronque de este mito con el general de toda la obra de *Las mil y una*

noches, al rey persa en cuestión se le vuelve a asignar el nombre tan característico de Schashaman o "Shah-shamán", o sea la etimología que varias veces llevamos dada de "hombre solar", "hombre divino" o *shamano,* es decir, partidario de la "Religión del Espíritu", y no de otra alguna positiva, y por ello se le hace "señor de la *Ciudad Blanca* del Korasán" o región central de donde luego se dispersaron los arios por el mundo, único capaz de alzar sin impiedad el "Velo de Isis" o velo azul y oro bajo el que se ocultaba la gentil Gulnara, en cuyo mismo nombre iban ocultos los dos nombres isiacos de la luna.

Beder, al ser sumergido al nacer en el seno de las aguas, sin ahogarse, por su propio tío el rey Saleh, es ese mismo conde Olinos de la leyenda parsi de Asturias, al que se refiere el conocido romance que canta:

Conde Olinos, conde Olinos
fue niño, y pasó la mar.

y su dicho tío Saleh, rey de Shaman-dal, nos muestra asimismo en este nombre que le asignan invariablemente los textos, a una especie de Melquisedec parsi, prototipo del Melquisedec bíblico o rey de los *Melchas* o "bárbaros occidentales" del que con tanto elogio nos habla el *Génesis*[50]*,* donde además aparece el nombre de Salé o Saleh, como padre de toda la tribu hebrea, al figurar *(Gén.* X, 22-25) este Saleh como nieto de Sem, hijo de Arphasad, padre Heber y remoto antecesor de Abrabam…, una de las mil pruebas del abolengo parsi del "pueblo elegido", del pueblo "hijo de la tierra y del mar" como Beder, es decir, de gentes parsis y aun brahmánicas, y de gentes atlantes, melchas u occidentales, por otro. En cuanto al reino de Shamandal o de "los shamanos", regentado por Saleh, poco podríamos añadir que no fueran repeticiones de lo anteriormente expuesto.

Pero hay otro detalle bien curioso respecto de la reina *Laba* o *Labana* que figura en el relato parsi como sometiendo a durísima prueba a Beder, y es la concordancia de su nombre femenino con el nombre masculino de *Labán,* tío de Jacob (el "Iacho" o "Inacho" griego), hombre que engaña repetidas veces a este último y se hace servir de él durante siete años para obtener la mano de Rachel[51], dándole meramente la de Lais o Lía. La doctrina interna, pues, lo mismo del mito parsi que del mito hebreo, es la de que el neófito, después de sus rudos esfuerzos de discipulado, más bien suele obtener al cabo de ellos los necromantes conocimientos de los "lais" occidentales (Lía), que los puros y genuinos de Oriente ("Chela" o "Ra-chel"). De aquí que veamos al joven Beder, antes y después de la aventura de Laba, transformado, primero en ibis, flamenco u otra de las consabidas "aves blancas", y luego a punto de transformarse, como el héroe del *Asno de Oro* de Apuleyo, en miserable jumento,

cual transformados yacen, ¡ay!, por causa de sus vicios tantos y tantos desgraciados hombres en nuestros tiempos y en todos…

Por cierto que la extraña yegua en que, merced a los consejos del anciano gurú o iniciador Abdallah[52], queda transformada la reina Laba bajo el conjuro del joven, es la misma hechicera o maga negra que ya vimos aparecer en la introducción de *Las mil y una noches,* en el relato de los viejos jeiques de barba blanca, bajo la forma de yegua, corza o ternera. Beder pudo estar seguro, ni más ni menos que estarlo podemos los demás mortales en tanto, ¡mito admirable!, que no abandonemos ni un solo instante las riendas de nuestra bestia, porque, de lo contrario, por momentáneo que sea aquel abandono, jamás podremos alcanzar a medir las consecuencias… ¡La Ciudad de los Encantos o de la reina Laba no es, en efecto, sino este peligrosísimo mundo en el que durante nuestra triste encarnación nos debatimos!

Quien lo dude que tienda una mirada por el mundo y vea: aquí a unos hombres frívolos, payasos eternos que no son bajo el conjuro de la reina Laba sino otros tantos libidinosos simios; allá, a otros hombres viviendo, como la hiena o el tigre, de los despojos de la sangre de sus semejantes, a quienes sacrifican en guerras crueles, de las que ellos obtienen *saneadas* ganancias –¡saneadas, oh ludibrio, cuando son de lo más insano e inmoral que darse puede!–; acullá, hombres hipócritas, deslizándose como sierpes y demás sabandijas por entre las sombras del hogar ajeno, para sembrar en él, ora la desunión de los celos, ora la ruina, de la que ellos se aprovechan… ¡Como, que todo acto nuestro no inspirado en la efectiva virtud es siempre un acto animal, acto que, como tal, siempre encuentra su reflejo en el mundo inferior de esos seres que, lejos de ser anteriores al hombre en esta Ronda, como universalmente se cree, no son sino *posteriores*[53] e hijos de nuestra misma degeneración o caída, como se enseña al comienzo del tomo II de *La Doctrina Secreta,* pues sus psiquis, sobre todo la de los mamíferos, no parece sino que está hecha con retazos, despojos y miserias de la psiquis nuestra, psiquis llamada también a experimentar una segunda muerte en la región astral del *Kamaloka,* según nos dice Plutarco, en conocido texto de *Isis* y *Ossiris,* que no vamos a repetir. Los "fragmentos" o "cascarones" de esta psiquis, después de la segunda muerte, son, según el Ocultismo, las que vienen a constituir las psiquis de los animales, por ser ley de la Naturaleza la del utilizamiento por organismos inferiores de los elementos desechados por otros superiores, cosa con la cual no hay que añadir que nos encontramos frente a frente del misterio de la Metempsicosis pitagórica y aun frente a otro misterio más pavoroso aún: el de la Muerte del Alma o caída en esos mundos no humanos del *Avitchi* y de *La octava esfera,* a los que se refiere aquel consejo ocultista de Psellus, que reza: –¡No desciendas, hijo mío, no desciendas, que la escala de la caída tiene siete peldaños, al final de los cuales está el ciclo de

la terrible Necesidad…!" La "muerte del alma" o caída en "La Ciudad del Dite", que el Dante diría.

CAPÍTULO IX

Comienza el libro de los "genn" terrestres con el gran mito de "aladino, o la lámpara maravillosa"

El verdadero significado del nombre de Karim o Mirak, que figura en las versiones anteriores de *El libro del Pescador,* y su relación con el nombre de Alad-dhín o Aladino.–Los dos buceadores, por tierra y por mar, del gran Misterio de lo oculto.–El Anillo salomónico y la Lámpara maravillosa.–El hijo de Mustafá el de "los shastras" iniciáticos.–La Piedra Cúbica que cierra el paso al mundo de los jinas.–El palacio y el jardin encantados, su Lámpara y su Anillo.–Seducciones de la astral.–El genio encerrado en el Anillo.– Vése Aladdin transformado en el sér más poderoso del mundo.–La celeste princesa Badrul-Budur y el ciego amor de Aladdín.– Escena de amor y de magia.– Un tema ya tratado en otros pasajes del gran libro.–La espada de la castidad.– Las cuarenta bandejas de oro, llenas de joyas.–Construcción del Palacio de las Maravillas.–Se desposan la princesa y Aladdín.–Las doce nuevas lámparas de cobre y la vieja Lámpara.–Mágica desaparición del Palacio.–Prisión y condena a muerte de Aladdín.–El joven vaga errante en busca de su esposa.–Es transportado mágicamente desde la China al Mogreb.–Aladdín disfrazado de pastor.–Envenenamiento del mago africano.–La vieja Fátima y el hermano de este gran perverso.–La sala de las 24 ventanas y el huevo de Ave-roc.–Comentarios históricos y ocultistas acerca de todos estos extremos del admirable mito.

Comparando entre sí las doce versiones principales que hemos dado acerca de *El Pescador,* surge pujante un nombre excelso para este notabilísimo personaje que inicia la gran obra de *Las mil y una noches* en todas cuantas traducciones de ésta conocemos. Dicho excelso nombre dado al Pescador que saca a luz los grandes misterios sepultados o sumergidos es siempre el mismo en el fondo, aunque sus variantes resulten infinitas, según la variedad misma de las versiones, razón por la cual se nos impone el hacer una previa investigación acerca de semejante nombre, para enlazar el ya dicho "Libro del Pescador" con los que han de seguirle en el curso de estos comentarios.

La versión primera de las que llevamos dadas, llama al pescador "Kerim" o "Karim", palabra aria que, leída en bustréfodo, o sea a la inversa y al modo semítico, nos da la de "Mirak" o "Al-Mirak", anteponiéndole el consabido artículo árabe, con su consiguiente equivalencia en castellano de "hombre prodigioso, hombre admirable". Tan admirable, que la versión segunda le llama "Califa", por antonomasia, o sea, el nombre adecuado a su excelsitud, nombre que en la versión tercera ya es el de "Mohamad" o "Mahatma", el de alma grande, significación, por supuesto, idéntica a la del nombre de Mahoma. Asimismo el héroe bíblico del que nos hemos ocupado al dar la versión cuarta, es el típico de "Tobías" o

"Tobíos", acerca de cuya posible procedencia griega primitiva y siempre excelsa había no poco que decir.

Continuando en nuestra investigación vimos también que en la versión quinta del notable cuento, el Pescador es un sér tan excelso y perspicaz que es capaz de advertir la falla de una simple escudilla de agua en el Mar de Esmeralda, y en la sexta, un sér tan idealista y tan enamorado de la divina princesa Jazmina que, por un solo y casto beso de esta última, símbolo siempre del Espíritu Inmortal del hombre, se muestra desafiando a las más horribles torturas y hasta la muerte misma. En la versión séptima, a su vez, surgen tres hombres superiores de los tres mundos, tres "Abdalah" o "Aladinos", como el que vamos pronto a ver, y en la versión octava otros tres de análoga etimología fundamental: Abd-Salam, Abd-Mahad y Abd-el-Shamad, tres shamanos o cultivadores de la Religión del Espíritu, hijos los tres de Omar o "Amar", que es "Rama" en bustréfodo o leído a la inversa, gentes elevadísimas también, como lo es, pese a sus pobres apariencias, el "Juan" "Io-agnes", o literalmente "Cordero de Io", que es otro de los nombres de "Rama", "Ares" o "el divino Cordero" de la versión novena.

Finalmente, para no cansar más, en la versión décima, bajo pretexto de la pesca del misterioso cadáver del Tigris y del cuento por el visir relatado para salvar la vida al modo de Scheherazada, aparecen nuevos personajes, también de no menos excelsos nombres, a saber: Schemseddhín-Mohamed, su hermano Nureddhín–Alí, su sobrino Bedreddhín (esposo de Beldad, Isabeau, o Isabel que hoy diríamos) y el hijo de éstos, "Ajib" o "Bija"[54], aparte de que Bergelmir es el Noé de los celtas.

Por todo esto, que se podría ampliar si tuviésomos que buscar un nombre simbólico y comprensivo de todos los relacionados con el Pescador, bien podríamos también llamarle *Alad-dhin* o "Alah-djin", "el jina bueno", "el hombre de Alah", o sea el hombre protegido por Dios, como se ha visto, y protegido hasta tal punto que, gracias a él, se descubre el gran secreto del fondo de los mares, como ahora, en sucesivos capítulos, vamos a ver a otro Alahddjín Aladdhín o Aladino descubrir análogamente el gran secreto de las entrañas de la tierra.

Y es tan notable el paralelo entre estos dos buceadores del Misterio Oculto, que así como el *ladino* pescador que pesca los Vasos Salomónicos del saber, es tronco de toda una serie de mitos que distamos mucho de haber agotado con nuestras doce versiones, el *Aladino* que viene ahora a servir de tronco de otra serie no menos admirable de cuentos "pesca" nada menos que el Anillo Mágico Salomónico y la inextinguible lámpara Maravillosa, es decir, el secreto del Poder que hace luz en el misterio pavoroso de esas grutas iniciáticas aún no

investigadas y cuya red inmensa se extiende bajo la corteza terrestre y se interna hasta la entraña misma del planeta y de su "Fuego".

Pero, para guardar en ello el debido orden, detengamos aquí el comentario, y demos en esencia el clásico relato aladinesco, que es uno de los que más grabados han quedado en la mente de niños y de pueblos.

HISTORÍA DE ALADDÍN, O LA LÁMPARA MARAVILLOSA

En la capital de un poderoso reino de la China vivía un pobre sastre, llamado Mustafá, con un hijo muy travieso llamado Aladdín, a quien dejó huérfano a los pocos años. Cierto día, en que el chico jugaba en la plaza con sus camaradas, acertó a pasar por allí un poderoso mago africano, quien, fingiéndose su tío y colmándole de atenciones y dinero, se le llevó consigo lejos de la ciudad hasta un extraño valle entre dos montañas. Una vez allí el fingido hermano de su padre, le dijo:

–He venido aquí, a China, desde África para ejecutar un gran designio por encima de cuanto pueden soñar los mortales, y te quiero hacer testigo de maravillas tales, que nadie haya visto sino tú. Enciende lumbre con este pedernal.

Y como el chico obedeciese, el mago echó sobre la lumbre cierto perfume que levantó densos humos negros, mientras que el viejo recitaba en voz baja fórmulas y conjuros que Aladdín, naturalmente, no entendió. No bien resonaron las tales palabras mágicas, cuando tembló la tierra y quedó al descubierto una cuadrada losa de mármol como de media vara con un anillo de bronce. Luego con halagos y promesas seductoras le dijo:

–Bajo esta piedra que ves yace un tesoro oculto, destinado a hacerte más rico que todos los reyes del mundo, pero a nadie más que a ti le es dado tocar a esta piedra y poner mano en el tesoro del subterráneo cuya entrada cierra. Para poder lograr tu intento es preciso que ejecutes lo que yo te diga, sin faltar un ápice, porque lo contrario tendría pavorosas consecuencias para ti y para mí. Tira, pues, de ese anillo, levanta esa piedra y métete dentro, pronunciando al par los santos nombres de tu padre y tu abuelo. Al final de la escalera oculta bajo la piedra, encontrarás, una tras otra, tres espaciosas salas llenas de oro y preciosidades, que te librarás muy bien de tocar, como tampoco a las paredes, porque de lo contrario te sobrevendría un gran mal. Al otro lado de la tercera sala abrirás una puerta que conduce a un espléndido jardín, y más allá a un templete en el que luce eternamente una maravillosa lámpara que cuidarás de apagar, trayéndomela al punto.

Al mismo tiempo que tal hablaba, el mago se quitó y puso en el dedo del joven Aladdín un misterioso anillo que le preservase, decía, de cuantos males le amenazaban, asegurándole, una vez más, que si cumplía rigurosamente sus órdenes, serían ricos para siempre.

Aladdín obedeció; atravesó rápido las tres salas sucesivas; cruzó el jardín, sin hacer caso de las mil seducciones que sobre él ejercieran los tesoros inauditos que veía y se apoderó de la maravillosa lámpara, llegando con ella a la boca del subterráneo, donde el mago le esperaba impaciente.

–¡Dame la lámpara, hijo mío! –exclamó el viejo, antes de que Aladdín remontase a la superficie–. ¡Luego te daré la mano para salir!

–No –opuso el joven, guiado por secreto instinto–, se la daré tan pronto como me vea fuera.

Entablóse entonces entre ambos una gran porfía, que acabó por revelar al joven la perversa intención que animaba al africano mago, tanto que este último, exasperado ya, tornó a sus conjuros, y al punto la piedra, girando sobre sí misma, cerró de nuevo la entrada, dejando dentro al infeliz Aladdín, porque conviene saber que el infame viejo no era tal hermano de Mustafá, el difunto sastre padre de Aladdín, como, para seducirle y arrastrarle a la empresa había fingido, sino un hombre tenaz e inteligente, aunque perverso, que llevaba consagrados más de cuarenta años a la mala magia africana y con sus necromancias había conseguido descubrir los increíbles poderes de la maravillosa lámpara y el lugar remoto en que yacía oculta, realizando el viaje desde el Mogreb a la China sólo para apoderarse de ella, por la mediación de un inocente joven, como lo era Aladdín, ya que para la virtud de la inocencia todos los imposibles son posibles. Cuando el hechicero vió, al fin, frustradas sus esperanzas, precisamente al irlas así a realizar, no halló mejor partido que el de volverse a su guarida africana, para allí madurar su nuevo plan, olvidando que, para su desgracia, había dejado su anillo mágico en manos de Aladdín.

Volviendo, pues, a este último, diremos que, al verse así enterrado en vida, gimió, lloró y llamó inútilmente a su falso tío, hasta que, convencido de su tristísima situación, bajó a tientas la escalera y siguió hasta el jardín, pero el muro del jardín, que sólo se había abierto al conjuro mágico hecho arriba por el viejo, aparecía ahora liso e impenetrable como el diamante.

–¡No hay más poder que el supremo poder del Señor! –exclamó Aladdín juntando las manos en actitud de súplica, en medio de aquellas cimerianas tinieblas; pero, al rozar inadvertido con el anillo, apareció un poderoso genio, al anillo sometido y que le dijo, tocando su cabeza al techo:

–¿Qué me ordenas? ¿Qué quieres de mí?

–Quiero –replicó Aladdín, sacando fuerzas de flaqueza ante aquel pavoroso monstruo– que me saques en seguida de este encierro, donde voy a morir.

Aquello fue tan pronto dicho como hecho, con lo que el joven se vió transportado en el acto fuera de la cueva, en el mismo lugar donde le había acaecido su aventura con el mago. La lámpara, oculta en su seno, no le había abandonado, ni caído tampoco de su dedo el prodigioso anillo, con lo que no hay que decir las maravillas realizadas por el joven luego que se vió al lado de su santa madre, quien ya le lloraba como a muerto.

Después de los primeros transportes de alegría el hijo refirió a su madre la increíble aventura, y para probarle su verdad, sacó de sus bolsillos las frutas cogidas en el jardín y que se habían transformado en otras tantas piedras preciosas. Luego le dió la lámpara en cuestión para que la fregase, pues que estaba muy sucia. ¡Cuál no sería la sorpresa de la pobre madre cuándo, al frotar la lámpara para restituida a su prístino brillo, se le presentó otro genio semejante al del anillo, dispuesto a obedecerle!

Aladdín, que ya sabía a qué atenerse sobre tales cosas, cortó el espanto de la madre pidiendo al genio, y obteniendo de él, los manjares más exquisitos, que el genio les sirvió al punto en opíparo banquete.

–¿De dónde viene tanta abundancia, hijo mío? –preguntó la madre volviendo del desmayo en que había caído a la espantosa aparición del genio, y poniéndose ambos a comer con el mayor apetito.

Pero la pobre madre, cobarde y supersticiosa, tuvo miedo de la lámpara, como de cosa del otro mundo, y, a pesar de los prodigios que había visto, se propuso venderla en seguida a un judío vecino, quien, por ínfimo precio, prevaliéndose de la ignorancia de madre e hijo, le fue comprando también las bandejas de plata en las que el genio le sirviera aquella vez y otras varias sus mágicos y opíparos banquetes. Entrambos eran frugales y sencillos, por lo que, no obstante la protección del genio de la lámpara, continuaron su tranquila vida antigua.

Pero sucedió que cierta vez se pregonó por toda la ciudad, de orden del sultán, que todo el mundo se encerrase en sus casas al punto del mediodía, para que nadie viese al salir del baño a la sin par princesa Badrul-Budur. Aladdín, curioso como nadie, se propuso ver la cara a la princesa escondiéndose a la entrada del hammam. Así lo hizo, en efecto, para su daño, porque no bien hubo contemplado el celeste rostro de Badrul-Budur cuando quedó de ella perdidamente enamorado, tanto que, con temeridad notoria, exigió de su madre que pidiese para él la mano de la princesa. Conocedor ya, por el trato con mercaderes, del valor de las

piedras preciosas, en que se habían transformado, como vimos, las frutas cogidas por él en el jardín encantado, hizo que su madre se las ofreciese como rico presente al sultán. Éste, al ver las piedras, quedó pasmado ante su pureza, tamaño y hermosura, y al escuchar la petición de la mano de la princesa que la anciana le hizo para su hijo, en lugar de incomodarse, pensó que joven que enviaba por delante de su petición un tan regio obsequio tenía que ser un poderoso príncipe. Sin embargo, el astuto visir, que anhelaba casar a la princesa con su hijo, se dió trazas a que se aplazase la contestación por tres meses, y, entretanto consiguió que el sultán autorizase los desposorios, con la natural desesperación de Aladdín, el cual, viéndose perdido, se acordó de la omnipotencia del genio de la lámpara, al que evocó al punto frotando fuertemente ésta, y ordenándole:

–¡Esta misma noche, cuando la princesa Badrul-Budur vaya a acostarse con su esposo el hijo del visir, me los traerás a entrambos por los aires, dejándolos a mi completo arbitrio!

El genio obedeció con la mayor puntualidad, porque es sabido que para tales gentes los mayores imposibles se tornan posibles, y, al tiempo de ir a acostarse los recién casados, los trasladó en su lecho al cuarto de Aladdín, sin que se hubiesen hecho aún la menor caricia. Éste, al punto, mandó al genio que encerrase en el retrete al sorprendido hijo del visir, que estaba como petrificado ante aquello, mientras que Aladdín, poniendo entre él y la princesa su sable desenvainado como garantía de respeto a su castidad, se acostó tranquilamente a su lado en espera del nuevo día. Antes de amanecer, el genio, por su orden, volvió a tomar a los recién casados, retornándolos por los aires a la alcoba nupcial, sin que éstos, para quienes el genio operador fuera siempre invisible, acertaran a explicarse poco ni mucho lo que les había acaecido.

La singular aventura se repitió igual los dos siguientes días, con lo que se produjo al fin gran revuelo en la corte del sultán, acabando por anularse el matrimonio aquel que a tan funestos extremos conducía. Más tarde, al expirar el plazo de los tres meses que el sultán se había tomado para contestar a la petición de mano hecha para Aladdín por su madre al regalar las joyas, plazo que habían ya olvidado tanto el sultán como el visir, Aladdín insistió en su pretensión: pero el sultán no se prestaba, como era natural, a conceder la mano, sin antes conocer las cualidades y la condición social del candidato; por lo que exigió para ello que éste le enviase de regalo cuarenta grandes fuentes macizas de oro llenas de las mismas clases de joyas que su buena madre le había presentado antaño y conducidas por cuarenta esclavos negros y otros tantos esclavos blancos.

Aladdín no tuvo que esforzarse mucho para lograr semejante bagatela. Le bastó estregar la lámpara y ordenar al sumiso genio de ella que al punto le preparase todo lo pedido. El sultán,

experimentando el consiguiente asombro, se apresuró a concederle la mano de su hija, después que se le hubo presentado, gracias a la magia del genio de la lámpara, con un boato y una magnificencia no igualada por sultán alguno. Las dotes de cultura adquiridas por Aladdín en el trato con elevadas gentes, hizo el resto cerca del sultán, quien llegó a amarle tanto como a su propia hija. Pero él, astuto y previsor, se negó a celebrar los desposorios con Badrul-Budur hasta tanto que su genio protector no le hubo hecho un palacio más maravilloso que el del propio sultán. El genio, por su parte, como gozaba de un poder sobrehumano, en el intervalo de aquella misma noche alzó el palacio pedido, sin que le faltase absolutamente nada en decorado exterior e interior, amén de toda clase de servidores que son de rigor en tales palacios[55]. Las riquezas del mismo en telas, oro, joyas, libros, muebles, etc., no son para descritas, como tampoco el pasmo del sultán cuando desde las ventanas de su palacio se extasió ante semejante prodigio de ensueño, y más cuando visitó la tesorería del mismo, en la que había acumuladas riquezas como para cien reyes. El entusiasmo de la multitud ante el palacio no tuvo tampoco limites, y las bodas se celebraron con pompa, como ninguna otra en el mundo, siendo los esposos muy felices.

Pasaron así los años, y Aladdín llegó a ser el ídolo del reino por sus generosidades, su valor en una lejana guerra, su cultura y sus desvelos por los súbditos del sultán, hasta el extremo que éstos se acostumbraron a no jurar sino por su cabeza. En cuanto al mago africano, no se volvió a acordar de él, creyendo fundadamente que habría muerto de hambre o de miedo en el subterráneo; pero un día se le ocurrió, para saberlo con certeza, recurrir a su ciencia geomántica, trazando el correspondiente horóscopo, por el que vino a conocer que Aladdín, lejos de haber muerto, vivía poderoso, rico y feliz al lado de su princesa. Ciego de ira, exclamó:

–¡Ese miserable hijo del sastre ha descubierto el secreto de la lámpara; pero yo le haré perder todo ello, o pereceré en la empresa!

Volvió, pues, desde el Mogreb a la China el funesto mago, abrigando las más negras intenciones. Ya en la capital de Aladdín, fuese a una de las más distinguidas casas del té, donde oyó ponderar las magnificencias de Aladdín y el modo verdaderamente mágico e inexplicable que había tenido de alcanzar la mano de la hija del sultán. Mezclándose en la conversación, hizo que le enseñasen el camino del palacio, y una vez frente de él, comprendiendo que todas aquellas grandezas se debían al genio de la lámpara, concibió su funesto plan; es a saber: aprovechar una de las ausencias de Aladdín con motivo de sus cacerías; proveerse de una banasta con doce preciosas lámparas nuevas de cobre y fingirse

cambiante de ellas por las lámparas viejas inservibles, hasta conseguir así poseer la codiciada lámpara.

En efecto, el viejo mogrebín de allí a pocos días empezó a pregonar por las calles su comercio entre las burlas de los chiquillos y aun de los mayores, quienes le creían loco de remate al cambiar sus hermosas lámparas nuevas por las antiguas. Así llegó a las puertas mismas del palacio, y la princesa, al oírle, se acordó de la enmohecida y vieja lámpara que Aladdín, al partir para la caza, había dejado arrinconada en su estancia, cambiándola, incauta, por otra de las doce del taimado, el cual se apresuró, así que la echó la garra, a meterse la lámpara en su seno abandonando sus mercancías. Una vez en las afueras de la ciudad, le faltó tiempo para frotar la lámpara y exigir del genio que inmediatamente le fuese trasladado, el palacio con todos sus habitantes y objetos, desde la China hasta el África, dejando vacío el lugar que hacía años ocupaba frontero al palacio del sultán, como al instante fué hecho.

Cuando el sultán se levantó al día siguiente y vió vacío el sitio del palacio, creyó volverse loco de extrañeza, y, no dando crédito a sus ojos, hizo llamar inmediatamente a su visir, quien, a la vista del increíble suceso, le repitió:

–¡Ya le dije, señor, antaño, sin que me hiciese caso, que todo ello era cosa de magia y que había de acabar como tal!

El sultán entonces concibió tal rabia contra el engañador Aladdín, que mandó le trajesen prisionero y con una gran cadena al cuello al regresar de la cacería, condenándole inmediatamente a ser decapitado en la plaza pública. Pero eran tan grandes el cariño y la admiración que éste se había granjeado entre todos por sus liberalidades y su justicia, que el pueblo se alzó en su favor impidiendo la venganza fatal, consiguiendo del sultán que le concediese un plazo de cuarenta días para recobrar a su esposa y al palacio y libertándole provisionalmente de su prisión. El desgraciado vióse así en las afueras de la ciudad, sin poder soportar la enorme carga de sus penas ni saber adónde dirigirse, por lo que caminó a la ventura, y al llegar a un río caudaloso, se arrojó sin vacilar a él para poner término a su desventura. Al caer, el instinto de conservación le hizo asirse a la punta de una roca, rozando inadvertidamente el mágico anillo que siempre llevaba en su dedo, pero cuyas salvadoras virtudes había llegado a olvidar, y al momento se le presentó el sumiso genio del anillo dispuesto a obedecer en lo que su dueño le ordenase.

–¡Trae otra vez a su sitio, sin demora, mi palacio con todo cuanto él alberga! –le dijo Aladdín al genio del anillo.

–¡No te puedo complacer, señor, porque es asunto reservado al genio de la lámpara! –respondió el del anillo–. Pero sí puedo llevarte donde el palacio se halla ahora.

Y así lo hizo en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de los miles de leguas que separan al Mogreb de la China.

Aprovechando la obscuridad de la noche, Aladdín, después de haberse puesto a meditar al pie de un árbol acerca de sus planes, se llegó a la puerta secreta del palacio, donde llamó del modo que habitualmente solía hacerlo, viéndose al fin en los brazos de su amada, quien, anegada en lágrimas, le informó de cuanto en su ausencia le había ocurrido, a saber: la llegada del disfrazado mago, el cambio de la lámpara vieja por otra nueva, el traslado por los aires del palacio y su gente a aquel remoto rincón africano donde a la sazón se encontraban y las diarias visitas, seducciones y amenazas del mago encaminadas a vencer la fidelidad de la princesa. El joven no necesitó más, y, poniendo en práctica los sabios consejos de su amada, cambió su traje regio por una burda zamarra de pastor y fuese a la tienda de un droguero, donde compró un veneno con el fin de que Badrul-Budur, fingiendo acceder, al fin, a las seducciones del mago, se le hiciese tomar en el banquete nupcial.

El mago cae así en la red que se le había tendido, y muere precisamente en el momento en que iba a dar cima a su plan; Aladdín se apresura a entrar en la cámara, a sacarle del seno la lámpara maravillosa que allí tenía ocultada y a evocar al genio de ella, ordenándole la traslación inmediata del palacio con todos ellos dentro, hasta restituirle a su asiento en la capital china, no lejos del sultán, quien no salía de su asombro al ver al otro día el palacio en su antiguo lugar y estrechar entre sus brazos a su idolatrada hija, a quien ya lloraba como perdida. El sultán pidió mil perdones a Aladdín por su conducta pasada para con él; pero este último le disculpó echando toda la culpa a las malas artes del mago africano, felizmente muerto ya.

Pero aún quedaba en pie otro hechicero quizá peor, y era un hermano suyo, si cabe más perverso y solapado, codiciador también de la maravillosa lámpara y dispuesto igualmente a dar al traste con toda la felicidad de Aladdín y los suyos para poseerla. Este grandísimo hipócrita manejaba como nadie el arte de la simulación; así que vió muerto a su hermano, apeló a su cuadrado geomántico para averiguar cuanto deseaba saber, y desde el confín del mundo en que vivía se puso en marcha hacia la China, donde tuvo noticias acerca de una santa mujer, llamada Fátima, célebre en todo el país por sus virtudes cuanto por sus milagros, especialmente en la curación instantánea de los dolores de cabeza. No necesitó más el funesto hechicero; fuese al agreste retiro de la santa aquella, y, amenazándola de muerte si no callaba, la obligó a que cambiase con él sus vestidos y le embijase todo el rostro hasta el punto de que,

sin gran esfuerzo, pudiera tomársele por ella misma. Luego, el malvado la asesinó y se presentó lleno de falsa piedad en la Corte, donde chicos y grandes la rodeaban con sus aclamaciones y súplicas creyéndole verdaderamente la asesinada Fátima, y así, en ausencia de Aladdín, pudo ser introducido cerca de la princesa Badrul-Badur, gran admiradora de los méritos de Fátima. La princesa llevóla, a la falsa Fátima, a la gran sala de las 24 ventanas, célebre por sus adornos prodigiosos, que los artífices de todo el reino no habían sabido antaño imitar en lo más mínimo.

–¡Es verdaderamente admirable el salón éste! –dijo la fingida, alzando por única vez hacia el techo su vista, siempre baja y solapada bajo su hipócrita pietismo–. ¡Es, sí, muy hermoso; pero para que estuviese completo le falta colgar en la cúpula un buen huevo de Ave-roc! ¡Con sólo esto último, el salón sería una de las maravillas del mundo, porque no tendría rival en salón alguno!

–¿Qué huevo y qué pájaro son esos, mi buena madre? –interrogó Badrul-Badur.

–El ave-roc, princesa, es un pájaro de tamaño portentoso que habita en las nevadas cimas del monte Cáucaso. El misterioso arquitecto de este palacio podrá proporcionaros, sin duda, uno –respondió el infame hechicero.

Convencida de ello la princesa, con esa eterna credulidad que la inocencia tiene hacia la piedad fingida de los perversos, se apresuró a pedir a Aladdín, al regreso de su cacería, que obtuviese del genio de la lámpara el huevo en cuestión, cosa que el complaciente marido solicitó a su vez del genio. Este último, al escuchar tamaña pretensión, dió un espantoso grito que hizo estremecerse al palacio hasta sus cimientos, añadiendo:

–¿Estáis loco, señor? ¿Queréis, por ventura, que traiga a mi amo y maestro y le cuelgue de esa cúpula para la desgracia de todos? ¡Bien se conoce que ignoráis la procedencia de tan absurdo consejo, hijo de un funesto hechicero disfrazado bajo el manto de la piedad!

Y el genio completó su revelación dando a Aladdín toda clase de detalles acerca de lo que contra él se tramaba por el hermano del mago disfrazado de Fátima. Aladdín, por su parte, fingiendo acceder a los deseos de éste, le mandó llamar y cogiéndola por la mano le hundió su puñal en el corazón, con gran espanto de su esposa, quien creía que al hacerlo asesinaba a una santa mujer, no a un enemigo del humano linaje.

De tal modo se vió libre Aladdín de aquellos dos funestos embaucadores, y heredando de allí a poco el reino, por muerte de su suegro el sultán, vivió feliz largos años al lado de su esposa la sin par Badrul-Badur, en medio del amor de todos sus súbditos.

* * *

Poco esfuerzo tendremos que hacer en este comentario para probar que, al igual del mito de "El Pescador", su mito gemelo el de Aladdín o "Alah-ddhín" (el "jina" bueno o "jina de Alah", como otras veces hemos dicho) es de los más fundamentales del gran libro de *Las mil y una noches.*

En efecto, un comentario lo debidamente extenso acerca de dicho mito podría dar a este capítulo proporciones de libro.

Por de pronto la historia de Chamseddhín, de Nureddhín y de Bedred-dhín que dimos a guisa de versión del cuento de "El Pescador", en el capítulo V, puede pasar por una mera variante de este mito aladinesco, como lo prueban los nombres mismos de aquéllos que no son los de "sol de la religión", "luz de la religión" y "luna de la religión", respectivamente, sino de *sol, luna* y *luz* del mundo superior y ultrarreligióso: en una palabra, DEL OCULTO MUNDO DE LOS DJINS O JINAS, al tenor de la sublime sentencia que se lee en el texto de Mardrús, y que dice: "cuando tus ojos vean y tus oídos oigan que una persona lleva un sobrenombre, ten presente que, si indagas como es debido, siempre acabará por surgir a tu asombrada mente el oculto sentido del sobrenombre…" Una prueba más, dicho sea de paso, respecto del profundo sentido ocultista que campea en todas las páginas del gran libro[56].

Además, la escena fundamental relativa a que entrambos sustituyen al esposo de su amada en la misma cámara nupcial, en los dos cuentos de Nureddín y del de Aladdín es la misma, y ambas se operan por medio de la magia del héroe, magia que no es, por supuesto, la ordinaria de sustitución de un esposo feo y odiado, impuesto por la maldad ajena, por un amante hermoso, noble y apasionadísimo, sino la simbólica de la sustitución de los vicios que acosan a nuestra casta y pura alma, por el único Soberano de ella, que es el Espíritu que al Alma cobija, según llevamos visto en múltiples pasajes teosóficos de esta obra y de otras[57], cosas todas que sólo pueden ser logradas por los verdaderos y legítimos poseedores de la *Lámpara maravillosa* y el prodigioso *Anillo,* o sea, en términos de simbología, "la lámpara", que nos da el Conocimiento y "el Anillo", que nos otorga los tesoros del deseo, o mejor dicho, del Amor.

Pero, ¿dónde obtener esa "Lámpara" y ese "Anillo"?, nos preguntaremos con el lector. Y el mito contestará por nosotros, diciéndonos: –¡En la "cueva" de la Iniciación, en el "antro" de Aladdín!"

Sí. Quien haya hojeado no más nuestra obra *De gentes del otro mundo* y su apéndice *El libro que mata a la Muerte o libro de los Jinas,* habrá podido advertir que toda ella no es efectivamente otra cosa que un amplísimo comentario al mito de Aladdín. Allí se ven la famosa "piedra cúbica", "patera" o losa que cierra, en un relato apasionadamente interesante

del coronel Olcott, la entrada al mundo de los jinas, mundo al que un bondadoso maestro de escuela es llevado por un "jina", discípulo suyo, previo juramento de silencio que luego no cumple y que le cuesta la vista[58]; los subterráneos misteriosos con tesoros a los que nadie, "que no posea la lámpara del verdadero Conocimiento", puede tocar, por estar ellos defendidos por elementales tremebundos, los clásicos "dragones" de todas las leyendas y que son, en efecto, algo más que "monstruos de pesadilla", monstruos, Fafner, a quien sólo puede vencer sin peligro la inocencia del candidato a héroe, el Aladdín, el Sigfredo, el Olinos, el Hércules y demás excelsos protagonistas de este drama, siempre el mismo a través de la leyenda universal.

Y en los eternos jardines encantados de tamaño mito siempre aguardan también, como a Parsifal en el del negro mago Klingsor, las más peligrosas seducciones de oro y de pasión, seducciones contra las que sólo está capacitado para resistir quien lleva en sus venas sangre de héroes, ora sea la de Sigmundo y Siglinda de La Walkyria; ora la del "sastre" Mustafá, sastre, por supuesto, que no es tal "sastre", sino un iniciado también, es decir, un conocedor de los sagrados "shastras" o cánticos mágicos, tanto en su significación simbólica cuanto en el ritmo o *mantram* con el que hay que cantar sus estrofas, en los Vedas y en los demás libros sagrados de la veneranda antigüedad, escritos para poesía, canto y música.

Y que la "lámpara" y el "anillo" en cuestión tienen a su servicio un genio obrador de maravillas, no cabe la menor duda. Si no bastasen, en efecto, a demostrarlo los prodigiosos frutos de la lámpara del conocimiento, o sea la mera Ciencia, que dicen los orientales, "la Doctrina del Ojo", ahí están bien patentes sus poderes en forma de otros tantos descubrimientos con los que la ciencia de los modernos Aladinos han esclavizado las fuerzas naturales a su albedrío. Pero, ¡ay!, que por grandes que ellos sean, aún son más sorprendentes los que lograrse pueden con el Anillo del Amor, desposándose mediante él con el Hada misma poseedora de tales fuerzas, o sea con la Naturaleza, porque, como se ha dicho más de una vez, "quien logra conocer a la Naturaleza por la magia del amor", identificarse con sus leyes soberanas, logra también, ipso-facto, que la Naturaleza misma le preste obediencia y se le rinda a su albedrío… La negra magia del egoísmo y del vicio, "en los primeros momentos", pueden conseguir aparentemente lo mismo, cual el perverso mago africano del cuento aladinesco consigue con los "humos negros" de su necromancia, hallar, sí, el camino del subterráneo, y hasta descubrir la piedra blanca que le recubre, pero de ningún modo penetrar en él, porque, si penetrase por su desgracia, le costaría la vida, ya que tales "humos negros" de las evocaciones de los magas perversos tienen siempre limitados sus poderes: "el mal no prevalecerá", que siempre se ha dicho[59].

¡Cuán admirable filosofía la del cuento de Aladino!: el joven, como cuantos desdichados hermanos suyos nos debatimos en las miserias de este mundo, puede perder "la lámpara del conocimiento"; olvidar la virtud del "anillo del místico amor", pero, si se sienta un sólo momento como el Buddha a la sombra del "Arbol sagrado" de la tradición, puede recordar de nuevo lo que olvidara –"dioses sois y lo habéis olvidado", dijeron Platón y Jesús– y recordándolo, volver a obtener el Conocimiento perdido, o sea "recobrar la lámpara robada", al tenor del sublime simbolismo del mito.

Otra ventaja no menor logra el hombre así despertado de nuevo a la inefable "Luz" de la consabida "lámpara", y es la de poder con ella desenmascarar infaliblemente a las hipócritas y nefastas "Fátimas" que pululan impías y con máscara de religiosidad por el mundo, Fátimas que nunca aconsejan bajo sus embustes de falsa piedad sino que colguemos de la cúpula del palacio de nuestra Mente el Huevo-Roc, o divina "Semilla" de la enseñanza de nuestros Maestros, cual aquellos hipócritas fariseos del Evangelio que, bajo pretexto de mayor luz, la escondían bajo el celemín, dejando en tinieblas espirituales y mentales a los humanos infelices…

Aladdín logra el poder, la riqueza, la fama, todo, en fin, cuanto puede ser ansiado en el mundo, hasta la mano misma de Badrul-Budur, la princesa lunar de sus ensueños, paseada, como en el mito de Lady Govira, por toda la población, sin que nadie pueda, quiera o deba verla, pero esta posesión no es permanente, porque se debe en parte a ajeno poder: el de la lámpara y el del anillo, pero no ha sido lo bastante merecida, ya que no ha mediado para ello "el dolor" y "el sacrificio". Por esta razón, el Destino o Karma, quiere en el cuento, bajo la forma de un descuido materno que hace cambiar la *fea* lámpara maravillosa por otra aparentemente más hermosa, que Aladino, como la Psiquis de la leyenda de Apuleyo, tenga que vagar errante por el mundo en demanda de su amor y que, tras mil eventos desgraciados, consiga el verse de nuevo al lado de su amada, gracias a que, aunque había perdido la "lámpara" o sea "el Conocimiento iniciático", conservaba felizmente el "Anillo de la Virtud o del Amor", con el que todo, en efecto, puede recobrarse y se recobra, pues que decirse puede, parafraseando a Rafles en cierto drama policiaco que ha hecho furor en nuestros días: "dinero perdido, ¡nada perdido!;" ciencia perdida, ¡mucho perdido!; corazón perdido, ¡todo perdido!, cosa que la historia además se encarga de demostrárnoslo mil veces, haciendo resurgir a pueblos que, como Aladdín, supieron conservar en sus desgracias el tesoro de su espiritualidad, mientras se sepultaron todos aquellos otros que no quisieron o no pudieron conservar un tesoro semejante, que vale por todos los demás del mundo.

Y ¡cosa admirable!, los dos momentos más típicos de la Iniciación aparecen claramente consignados en el cuento; Aladdín logra, sí, mediante su anillo, el verse transportado al Palacio de las Maravillas y colocado en el lecho nupcial al lado mismo de su amada en sustitución del odioso esposo que a ésta le había designado su padre, pero entre ambos jóvenes aparece, como en todo el simbolismo del caso, la espada flamígera de la castidad, sin la cual aquel gran Misterio de misterios no puede operarse.

Pero este asunto, así como otros que derivan, merece tratarse en otro lugar con toda la detención debida, como habremos de hacerlo al ocuparnos de los numerosos cuentos derivados del mito de Aladino.

CAPÍTULO X

El anillo prodigioso de Aladino

Enlace de este capitulo con el anterior.–Cuál era, en efecto, el verdadero anillo de Aladino.–Un notable "Pliego de cordel" español.–Historias del príncipe Selim de Balsora y del príncipe Zeín Alasmán con el rey de los genios terrestres.–¡Cava, cava en tu propio *huerto!*"–La leyenda de la esterilidad.–El subterráneo misterioso.–Una cripta iniciática.–Las seis estatuas simbólicas de otras tantas virtudes humanas.–¡El séptimo pedestal está aún vacío!–El constante Enemigo en el Sendero.–Tentaciones de lo astral.–El eterno "Jardín encantado".–La "Venusberg" de los persas.–El "anillo" de la Conciencia, como "mágico y único espejo fiel" a lo largo de la vida.–Peligros de todas las inercias.–El Anciano de la "Isla de los Genios", o sea el Maestro Iniciador.–La terrible ley de la Renunciación y del sacrificio.–Una adaptación de la leyenda de "El anillo prodigioso" a la literatura del medioevo.–"El anillo de Záfira" –Comentarios y correlaciones de este típico mito.

El anillo de Aladino, según insinuamos en el capítulo precedente, no es un anillo cualquiera, sino el Lazo Misterioso que une a la Espiritualidad con el Conocimiento, a la Ciencia seca o "Doctrina del Ojo", con el Amor Inefable o "Doctrina del Corazón".

Ello podría muy bien dudarse si cosa nuestra fuese únicamente, pero resultará indudable para el lector conspicuo a poco que repare en el sentido íntimo de este otro cuento de "El anillo prodigioso", cuento que, a bien decir, constituye la *Versión segunda del cuento de Aladino,* y que, al igual de lo que ya vimos con el de "El Pescador", va acompañada de otras versiones no menos simbólicas e interesantes que iremos dando en sucesivos capítulos.

Y es lo curioso que algunas de estas versiones que nos han llegado a España por la vía Galland-Mardrús las teníamos ya muy de antiguo entre nosotros y con rasgos árabes más hermosos aún.

En efecto, en el tomó I de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur,* al hablar de los *Mitos Persas e hindúes de España,* decimos una vez más que el delicioso libro oriental de *Las mil* y *una noches,* la Biblia más accesible al corazón del hombre como al del niño, contiene multitud de leyendas que en gran parte han sido mantenidas por la tradición oral española y publicadas luego en *pliegos de cordel.* Tanto por esto como por su singular belleza no podemos resistir a la tentación de ocuparnos de tres de las más sugestivas. Es una de ellas *El príncipe Selim de Balsora,* o *El Anillo prodigioso*[60].

El "Pliego" dice así:

"En los tiempos más florecientes de Oriente reinaba en Balsora el gran Ceilán, príncipe que, por sus virtudes, supo granjearse las protecciones celestes. Para su felicidad conyugal le faltaba, sin embargo, un hijo, en vano mendigado con oraciones por todo su pueblo desde hacía seis años.

Al séptimo mandó el rey hacer una rogativa general por todos sus dominios, implorando el sucesor tan deseado. Los templos se llenaron de inciensos, oraciones y luces, y en el principal de la ciudad se prosternaron los dos esposos, orando largo rato. Los detalles de este fausto suceso recuerdan, por supuesto, los que cuenta la tradición acerca del nacimiento de D. Jaime el Conquistador y tantos otros gloriosos nacimientos.

Al levantarse, ocurrió una cosa singular. El recinto apareció iluminado por una luz *sui generis* que eclipsaba a todas las otras, cual si el templo estuviese cuajado de pedrería que era imposible mirar.

El príncipe elevó sus brazos al cielo en acción de gracias y entonces todo el mundo pudo ver que el foco de luz tan esplendorosa no era otro que la piedra del anillo real rutilando como purísima estrella. "El cielo ha escuchado nuestras súplicas", exclamó lleno de santa unción.

Solos luego los esposos, la reina preguntó a su consorte el motivo que tuviera para expresarse así, y éste le dijo: "¡Oh hermosa mía, es un secreto que habrá de acompañarme a la tumba; porque, si infiel a mi promesa, lo revelara, la cólera celeste descargaría sobre nuestras cabezas." Mientras así hablaba, la dió el príncipe a besar el anillo y al punto la reina concibió en sus entrañas un hijo, cuyo horóscopo, hecho al nacer por los mejores astrólogos del reino, fué que el deseado infante sería valeroso, prudente, sabio y feliz, si sabía aprovecharse de un precioso talismán que le serviría de norte en todas sus acciones; pero, si por desgracia o mala estrella, desdeñaba el camino que el talismán le trazase, sería condenado a vivir errante toda su vida como ingrato a los beneficios del Destino.

Selim, hermoso como un ángel, risueño como las flores en alborada de primavera, dulce y amable como los dioses del Olimpo, crecía, siendo el encanto de sus padres y la esperanza de todo el pueblo. Sabios maestros cultivaron sus sentimientos e inteligencia, y a los diez y ocho años el saber del príncipe eclipsaba al de los hombres más encanecidos en el estudio.

Por esta época el gigante Orón, de Siberia, después de asolar todos los reinos circunvecinos, invadió los Estados del viejo Ceilán, quien no pudo sobrevivir a tantas desgracias como la invasión acarreó a su pueblo. Un accidente le privó del habla y sucumbió al tercer día sin dejar disposición testamentaria alguna. Su cuerpo fue sepultado en el mausoleo ae sus mayores.

Orón había penetrado ya en Egipto y su poder era invencible. Los diminutos Estados heredados por Selim no podían resistirle.

Vacilaba el joven príncipe acerca del partido que debería seguir, cuando se llegó a él en sueños un anciano, de imponente majestad, diciéndole cumpliese como bueno en pro de la independencia de su patria, sin calcular el número ni poder de sus enemigos. "Vuelve –añadió–, hijo mío, al panteón de tus mayores, y levantando la tapa de la urna que encierra el cadáver de tu padre, sácale de su dedo la hermosísima sortija que en él ostenta, y, en cuantos accidentes te ocurran, guíate sólo por ella. Si al ejecutar tus acciones ves brillante y pura su piedra, nada temas, porque estás en el camino del bien. ¡Guárdate mucho de dar motivo a que el diamante se te empañe, porque estarás perdido!"[61].

La dulce visión desapareció. Selim, obedeció fielmente bajando a la tumba de sus mayores, y, reverente, despojó del anillo al autor de sus días, quien, fresco como si durmiese, parecía alargarle la mano complacido. Salió de la estancia, y el príncipe se fue a la cámara reservada de su padre, donde, al fulgor del diamante, reconoció un gran cuadro representando la Abundancia. Oprimiendo inadvertidamente un resorte de él, giró el cuadro y dejó al descubierto espaciosa galería que conducía a diversas piezas secretas cuajadas de armas, pertrechos de guerra y grandes urnas de pórfido repletas de oro. Sobrado tenía el joven con aquello para emprender la campaña que temía. A la luz de innumerables lámparas, encendidas por el efluvio del diamante, aquellos subterráneos reverberaban como un encantado paraíso.

Preparado así de todo lo necesario, salió a campaña el ejército de Selim, y al séptimo día toparon con las avanzadas de Orón, trabándose reñido combate, al final del cual Selim derrotó por completo a la hueste del gigante temible.

Lanzóse Selim en persecución de los restos del ejército enemigo, internándose tanto, que cuando acordó se halló frente a un bellísimo castillo, que en letras de oro decía: "Templo de las delicias del Amor."

Hizo el príncipe resonar su bocina, y bajaron a recibirle seis preciosas doncellas, vestidas de blancas túnicas, quienes le llevaron en triunfo a la presencia de la dueña de aquel edén: la princesa Eusina, mujer de seductora e incomparable hermosura, que le recibió con todos los honores de un semidiós y todos los atractivos sensuales del amor.

Trastornado de pasión, iba el príncipe a caer en sus brazos, cuando, al mirar a la piedra de su anillo para cambiarle con el de la maga, viole a aquél empañado de negruras. Iba a sucumbir el ciego mancebo; pero pudo más la voz secreta de su conciencia, y haciendo el más

sobrehumano de los esfuerzos, huyó precipitadamente de aquellos peligrosos hechizos, con lo que, ya fuera, el diamante brilló con destellos más puros que nunca.

Encaminóse luego el triunfador de Orón y heroico triunfador de sí mismo hacia la ciudad de las Pirámides, en cuyas cercanías trabó nuevo y más recio combate con otro cuerpo de ejército del gigante, venciéndole también en lucha desigual y cuerpo a cuerpo tras horrible carnicería. Selim cercenó la cabeza del monstruo y libertó al Egipto de su tiranía cruel, siendo recibido en triunfo por sacerdotes, guerreros y pueblo.

Entregadas sus huestes al descanso, Selim olvidóse un momento de sus deberes como general y como hombre, gustando de los peligrosos encantos de la molicie entre banquetes y fiestas. Todas las jóvenes más nobles y más hermosas se disputaban los favores del joven caudillo, quien, por su parte, también no dejaba de ansiar una compañera con quien compartir sus destinos. Pero sus diligencias eran en vano, porque más y más se le empañaba su alhaja protectora.

Desesperado Selim, se decidió a no reprimir por más tiempo sus deseos, y hallando demasiado propicia a la princesa de Circasia, la pidió para aquella noche una cita, que le fue inmediatamente concedida. Mientras la hora llegaba, el placer y el sobresalto rindieron al joven, quien se quedó dormido.

No tardó entonces en presentársele en su sueño el mismo anciano venerable de antaño, afeándole su proceder y diciéndole: “No se halla aquí, ¡oh Selim, hijo de Ceilán!, la séptima estatua que te hace falta.” Conviene advertir al lector que en la visita a los subterráneos de la Abundancia, la cámara más admirable de todo aquel encantado laberinto era cierta rotonda con seis pedestales, coronados por singulares estatuas de la Ciencia, la Justicia, la Renunciación, la Modestia, la Fortaleza y la Templanza. Otro pedestal, más hermoso aún, se veía vacío.

Selim despertó sobresaltado, y conocedor por experiencia de la verdad de tales ensueños, se armó a toda prisa, levantó a su gente, y huyendo de aquellos encantos malditos, se dedicó con energía a libertar más y más ciudades del poder de los restos que quedaran del ejército invasor.

Pocos días después asaltaba la última ciudadela de éste, cuando se lanzó Selim en persecución de un guerrero contrario que huía. El confiado príncipe cayó así en la celada que le tendiera, y muerto su caballo, deshechas sus armas, cayó herido por aquel traidor, que se vino sobre Selim dispuesto a rematarle. Era el tal guerrero la propia princesa Eusina, que así se vengaba de su imperdonable desdén.

Pero en aquel mismo momento la proterva encantadora se vió asida por un poder superior: una purísima doncella de quince años, seguida de victoriosa hueste, hundióle en el pecho su puñal, dejándola sin vida.

El anillo prodigioso brilló entonces con fulgores celestes. El Destino expresaba así su voluntad suprema de unir en matrimonio a Selim con su divina libertadora Alina, la hija única de Amer, el rey legítimo de aquel reino, que había sido destronado por Orón.

Curado Selim, celebráronse las bodas con gran fausto, y la misma noche aquella en que debía hallar el joven príncipe amante reposo en los brazos de su compañera, Selim se quedó un momento dormido y tornó a aparecérsele el anciano de la barba blanca, diciéndole: "Hijo mío, estoy satisfecho de ti porque has correspondido dignamente a mis esperanzas. Como tu gran padre Ceilán, eres sabio, bueno y valeroso. ¿Qué te falta? Ser feliz."

"Yo protegí a tus mayores –continuó el anciano–, colmándoles de dichas verdaderas; yo di a tu padre ese prodigioso anillo, que luego pasó a ti por mis consejos. Te hice con él el sér más poderoso del Universo, y, por su virtud, pude preservarte de que fueses muerto por Eusina, la querida de Orón, en el mentido Templo de las Delicias. Yo te saqué de los peligros de Egipto y de sus amores lascivos. Te he deparado brillantísimas victorias que te colocan en los anales de los héroes, y aún pienso hacer más por ti si te muestras con el debido reconocimiento… La tierna esposa que acabas de recibir debe permanecer pura, como lo está hoy día, y habrás de conducirla a la Isla del Rey de los Genios, tú solo y sin tu gente, guiado siempre por el anillo misterioso."

Asombrado quedó Selim, al despertar, ante los mandatos de su fantástico protector; pero, agradecido a sus constantes favores, le obedeció sumiso, poniéndose con su esposa en camino inmediatamente, bajo la divina, guía de su sortija.

A los tres días de penosa marcha, los caballos se negaron a seguir, pero un gracioso geniecillo de la selva les presentó otros incansables con músculos de acero, y, montándolos los esposos, siguieron con la celeridad del rayo su camino hasta llegar a la orilla de un anchuroso lago de aguas apestosas, tan negras como el betún, lago que cruzaron en la barquilla de un fúnebre viejo.

Al desembarcar en la orilla opuesta, salieron al encuentro de los amantes dos enormes cocodrilos con cabezas de dragón, forcejeando con Selim y con Alina para sepultarlos en las negras aguas; pero los briosos caballos que los conducían los destrozaron con sus dientes. Horrorizados los dos jóvenes, vieron entonces que los dos monstruos eran ya los cadáveres de Eusina y de la princesa Circasia, vomitados por las ondas.

Una hermosísima floresta, embalsamada de perfumes de azahar y animada por los nocturnos trinos de los ruiseñores, les proporcionó aquella tarde descanso en sus fatigas. La hora, el sitio y la oportunidad convidaban al placer, pero Selim se contuvo en sus naturales ímpetus, recordando la profecía, y a la mañana siguiente se vieron los esposos a las puertas de un maravilloso palacio en la Isla de los Genios.

Describir las magnificencias aquellas resultaría temeridad insigne para la torpe pluma. Sólo sí diremos que en el centro de una ideal estancia los fatigados esposos hallaron sobre su trono al Genio de los Genios, al anciano venerable que en sueños se había mostrado a Selim hasta tres veces.

El príncipe y su compañera cayeron prosternados de respeto y de amor.

Tendióles el anciano sus bondadosos y amantes brazos, estrechándolos contra su corazón, y dirigiéndose a Selim le dijo: "Has terminado victorioso tus concatenadas pruebas. Vete, pues, a tu palacio y sobre el séptimo pedestal vacío de la sala de la Abundancia que te mostrara antaño hallarás la séptima estatua que faltaba: la Felicidad. Tu esposa quedará conmigo en mi alcázar, en recompensa de los singulares favores que te presté, en el caso de que te prestes voluntario a tamaño sacrificio y no en otro caso: elige."

La exigencia del Rey de los Genios traspasó el enamorado corazón del Príncipe. Un momento no más fluctuó entre la pasión y la gratitud, pero pudiendo aún más ésta en su corazón hermoso, que recordaba que hasta su propia esposa la debía a la protección invisible del que así se lo exigía, se resignó con su triste destino, emprendiendo solo y sin ningún contratiempo el camino de su reino, en el que entró con todos los honores de un libertador.

Luego que quedó solo en su palacio, se dirigió presuroso a la galería de las estatuas y su asombro rayó en delirio cuando sobre el séptimo pedestal, basta entonces vacío, vió se alzaba su idolatrada Alina, abriéndole los brazos. La joven doncella se había sentido transportada en sueños a aquel sitio por un carro de fuego, según el mandato del Rey de los Genios, que de tal manera sublime coronaba su obra protectora de guiar por la noble senda del bien al más admirable de los Príncipes.

***

La preciosísima fábula que antecede es una completa guía de conducta para la alocada juventud. Diríase que se trata de un primitivo y anónimo Telémaco, escrito en los países babilónicos hace miles de años y transmitido por la tradición oral que le ha hecho llegar hasta nosotros pasando de labio a labio basta cristalizar con sus congéneres en esa deliciosa Biblia que se llama *Las mil y una noches,* y pasar desde ella a nuestros pliegos de cordel.

El sello semita aparece estampado en su frontispicio: el fantasma de la esterilidad, la temida amenaza del pueblo de Israel desde Sahara hasta la Madre del Bautista, y desde la esposa del príncipe Selim de Balsora hasta la madre de aquel tan deseado y luego tan glorioso príncipe Jaime I de Aragón, sobre cuya concepción y nacimiento nos transmite tan bellísimas leyendas nuestro querido historiador Lafuente. Pero el "pueblo elegido", el pueblo israelita de la dura cerviz que fracasara por carnalizar todo lo más ideal y más santo, temía esa esterilidad de la carne que niega hijos al cuerpo, confundiéndola grosero con esotra esterilidad de los espíritus infecundos, de la que tan frecuentes pruebas dieran ellos y damos nosotros los nietos de su fe, con nuestros positivismos cretinos que marchitan en flor nuestros ideales más sublimes.

La luz de que se inunda el templo es la llamada "luz astral" por los cabalistas, "gloria del Señor" por la Biblia, luz que nimba de gloriosa aureola las cabezas de los santos en todas las religiones y pueblos. Esta luz parece emanar de la mágica piedra del anillo real o del hierofante, porque geométricamente el anillo es el símbolo del dominio sobre la "cuarta dimensión o mundo del astral", que diría el matemático Zölner, como engendrado por la traslación en el espacio de una esfera girando en torno de un centro exterior a ella, y de aquí el poder mágico de los infinitos anillos: el de Salomón, el de Gitges, el de los Nibelungos, el de Záfira[62], el de los Patriarcas y Pontífices de las múltiples religiones, el de los Dux venecianos, el de los esponsales legítimos, etc. Este anillo, en un simbolismo más alto, lleva engastada en su masa la piedra de la conciencia, cuyo brillo esplendente, nacido de su celeste origen, jamás debiera ser empañado por las nubes pasionales de lo astral o emotivo inferior, sino bañarse siempre en las serenas placideces de lo ultraterreno.

La reina concibe un hijo al besar el anillo, como las infinitas diosas del Panteón grecorromano conciben al contacto ora de una flor como la que generase a Hebe, diosa de la hermosura, ora de una palmada enérgica sobre la frente de un dios en *yoga* o en duda, ora de la espuma del mar como Venus afrodisia. El hijo que por modo tan maravilloso nace, viene al mundo nimbado con las más dulces y excelsas promesas del Destino.

Aquella criatura celeste, niño aún, es un portento de innata sabiduría que arrolla los carnales saberes de los más encanecidos en el estudio de una letra que en su sentido pedestre mata todos los celestes vuelos del espíritu. Igual aconteciese en su infancia a dos grandes Instructores: a Buddha y a Jesús.

El gigante Otón, Orón u Orión (Briareo) es, como todos sus congéneres, el prototipo del mal: Arimanes, Tifón, Satán, la Serpiente, el ogro, en fin, de todos los mitos arcaicos, personificación física del mayor y mas temible de los seres astrales que someten a prueba a todo candidato para la iniciación, el temible "Habitante del Umbral", el monstruo de cien

tentáculos, el proteo de la mirada de fuego y de ponzoña, esfinge que plantea al neófito el jeroglífico fatal con el problema integral de la muerte y de la vida. Vencido el candidato, queda a sus órdenes como hombre, que diría el sublime autor de *Zannoni,* vencedor, el candidato entra en el rango de los héroes, que es simplemente el camino de los dioses inmortales.

Pero el hombre no lucha sólo con el "Habitante del Umbral", sino que, aunque aquél no le vea, le protege bajo su manto regio el Maestro de la Compasión, el Gurú, que le dice aquellas hermosas palabras iniciáticas: "Vuelve, hijo mío, al Panteón de tus mayores…"; esto es, "vuelve tus ojos hacia las olvidadas verdades arcaicas", y levantando la tapa que encierra el sepulcro de su progenitor, recibe de él el talismán precioso, la regla de conducta, la enseñanza científico-religiosa que le ha de guiar a lo largo del sendero de espinas que la vida simboliza. Todo cuanto ocurre a Selim allí abajo, en la cripta, alude a la "Cueva o Pirámide de la Iniciación", como más al detalle se ve en otros muchos mitos que llevamos ya estudiados.

Las luces superhumanas que el dominio de lo astral proporciona permiten al hombre, entre otros dones, el don de la adivinación y la clarividencia. Con ellas, pues, no es extraño que se descubra la senda de la Abundancia, los poderes sorprendentes del Mago, tenidos por milagrosos, como si hombres y dioses pudieran nunca contradecir las leyes naturales, cuando basta tener de ellas un conocimiento superior para obtener de las mismas aparentes imposibles, como empieza ya a demostrarlo la historia de nuestros descubrimientos científicos. Así es como el conocimiento del astral da poderes para combatir con éxito a los habitantes enemigos del astral mismo, simbolizados en Orón y toda su cohorte.

Selim, Solimán o Salomón vence en la ruda pelea, combatiendo frente a frente al enemigo; mas, a no ser por el aviso de su anillo, el príncipe habría sucumbido sin duda en otra pelea infinitamente más ruda, como que la solapan las dulces seducciones mágicas del amor. El "Templo de las delicias pasionales" es capitulo obligado de todos los mitos, como también ¡ay! de todas las historias, que siempre hay una Helena para Menelao, una Cleopatra para Marco Antonio, una Dalila para Sansón, una Circe y una Calipso para Ulises, una esposa de Ulías para David, una Teresa para Espronceda… No pocos mitos llaman Melisa o Melis a esta Mujer-Símbolo, con las letras mismas de Selim el guerrero; pero trastrocadas como para mejor expresar el estrago horrendo que operan ellas con sus seducciones de mal sobre la persona misma del Caballero Andante, que busca en la Iniciación a la Dama Blanca de su Esencia Superior, ingente chispa de la Divinidad que no tolera rivales. Con triunfar en esta más gloriosa prueba, Selim puede dirigirse con paso seguro a la "Ciudad de las Pirámides", "las pirámides de la Iniciación". El astral, que se interpone como siempre, ya no puede resistir

sus bríos. Selim vence al monstruo, al "Habitante del Umbral"; y con ello queda en libertad todo un pueblo…, el pueblo de sus facultades superiores que luengos siglos y vidas yaciese aherrojado bajo sus poderes fatídicos.

Pero aquello de "mis arreos son mis armas, mi descanso el pelear", de nuestro Romancero es precepto religioso, porque en el descanso que sigue a las victorias hay más peligro que en todas las luchas. El que venciese del Tesino a Canas, fue vencido por la deliciosa inanición de Capua, y esto que siglos después aconteciese al héroe cartaginés, acaeció también al héroe de nuestro mito. La hermosura de una pérfida princesa de Circasia habría dado al traste con las glorias del héroe a no haberle auxiliado en sueños el Maestro.

En la leyenda del príncipe de Balsora se marcan con perfecta claridad las dos principales clases de pruebas del neófito; las primeras y más elementales siempre consisten, como en el mito de Blanca-flor, en luchas con el exterior; pero el mérito de las segundas o superiores no estriba precisamente ya en vencer a nadie, sino en vencerse el candidato a sí mismo. No se trata, no, de luchar con un ejército ni resistir a una pasión exterior, sino que hay que ir más lejos, hollando un sendero aridísimo, el "Sendero de la Renunciación", porque el Universo mismo en sí y en cada una de sus partes ha sido emanado de lo Incognoscible por el Divino Sacrificio de la Seidad Abstracta y sin límites en las propias limitaciones del Sér o Logos que al Universo vivifica, lo que se ha simbolizado por el "sacrificio de Daksha" en todas las Teogonías. De aquí que el príncipe Selim sufra una desgraciada aventura con su caballo, su propia bestia humana, su cuerpo físico, en fin, que quiera o no es siempre presa del enemigo. Ya la hechicera Eusina iba a vengarse de sus desdenes, cuando empezó a revelarse un poder trascendente, hasta entonces oculto, poder que ya no era el simplemente tuitivo y docente del Maestro, sino el propio Ego Superior del hombre y que se ha cantado en tantos tonos por todos los mitos como Egeria, Numen, Heros, etc., y con las que el Ego inferior del hombre, tras el calvario de su peregrinación de aquí abajo, contrae místicas bodas celestes… No hay que añadir por todo esto que el mito en cuestión de "El anillo prodigioso" tiene menos amplitud que el de Aladino, del que viene a ser un fragmento o capítulo –el capítulo del subterráneo, que podríamos decir–, pero, en cambio, es infinitamente más profundo.

En efecto, mientras que en aquél sólo se ve en el subterráneo de los tesoros la acostumbrada riqueza en oro y pedrerías, en este último, se habla al pormenor de "cámaras iniciáticas", veladas a los ojos del profano, pero fáciles de escalar para todo aquel que, como Aladino, va ya provisto del prodigioso "Anillo" de la Intuición para cuya fulgurante luz nada puede permanecer oculto. Además en el subterráneo el príncipe Selim, Solimán o Salomón

encuentra todo el tesoro iniciático, la regla fiel de conducta que ha de seguir si quiere verse vencedor de las pruebas astral es que le aguardan en su sendero, como a todos los neófitos.

Estas pruebas astrales, son las consabidas: lucha con el "Habitante del Umbral", e inmediato vencimiento de él; lucha con las seducciones femeninas, como las de Parsifal, el puro, en el Jardín encantado de Klingsor (ya que, sin duda, Wagner debió inspirarse en uno de estos cuentos para trazar la escena tan de mano maestra como lo hizo); lucha, en fin, contra sí mismo, que es la peor de las luchas, porque en ella el enemigo invisible ya no se halla fuera y al alcance de la mano, sino dentro de nosotros, llamándose EGOÍSMO… Tras todas estas luchas, el héroe triunfador acaba por encontrar a su anciano y sabio Maestro, el "habitante *jina* de la *Isla de los genios",* quien completa amorosamente su iniciación haciéndole al joven hallar, al fin, a su "esposa", no mujer alguna de carne y hueso, por supuesto, sino a su Tríada Superior, única Diosa digna de ser alzada en el más alto pedestal del santuario iniciático. La prueba final y más dura de todas se cifra en la suprema renunciación que el héroe tiene que hacer de ella precisamente en el momento mismo en que la ha tan gloriosamente conquistado con sus heroísmos, para encontrársela más tarde al terminar su carrera de concatenados esfuerzos, símbolo augusto de la terrible, de la pavorosa Carrera de la Vida.

El simbolismo de esta leyenda, pues, es uno de los más diáfanos que existir pueda acerca del proceso iniciático, a lo largo del cual y a costa de penalidades, el alma del hombre logra descubrir a "Isis" o Espíritu Supremo, con la que se desposa místicamente, al fin, cuando el crisol del dolor le ha purificado por completo de todas sus pasiones animales, realizando así el ideal supremo de esa evolución humana que conduce al mundo de los superhombres y de los dioses. Pero este simbolismo es, además, genuinamente matemático, como es fácil de comprender a poco que reflexionemos.

En efecto, sabemos por la Geometría que cuando un segmento rectilíneo (primera dimensión) gira sobre uno de sus extremos, el segmento describe un círculo (segunda dimensión o "plano"); cuando, a su vez, este círculo gira en torno de uno de sus diámetros, el círculo engendra una esfera (tercera dimensión o "volumen"). Por último, cuando una esfera gira en torno de un centro exterior –cual sucede en el caso de los astros–, la esfera describe, a su vez, UN ANILLO. De aquí el simbolismo de todos los anillos, como representantes, en nuestro mundo de las tres "dimensiones", de esotra cuarta "dimensión", que, gráficamente, es irrepresentable, como todos sabemos.

El "anillo", considerado así, simbólicamente, es, por otra parte, la expresión adecuada de la "huella astral" que los satélites dejan en el espacio celeste "girando en torno de su respectivo planeta", como otras tantas *anilladas* serpientes; la "huella astral" que, asimismo, dejan los

planetas al girar en torno del sol y que aún demarcan en los espacios los soles mismos girando en torno de otros centros de cuarta o ulteriores "dimensiones", como ya empieza a sospecharlo nuestra propia Astronomía.

Y, sin hablar de los astros, la idea del tal "anillo" resulta también "astralmente" para todos los seres a lo largo de su vida: así, cuando regresamos diariamente a nuestro hogar, tras las duras tareas diurnas, si a mirar fuésemos "astralmente" la huella que hemos dejado en el espacio, con nuestro cuerpo veríamos que no es sino otro, más o menos desfigurado "anillo", otra más o menos desfigurada "serpiente" que se muerde la cola como la egipcia, pues que del lecho salimos y al lecho retornamos diariamente después de nuestras físicas correrías, correrías tras las cuales, a bien decir, hemos dejado una efectiva "serpiente astral" de emotividades, placeres y dolores de todo género, y que, por no sabemos qué clase de "sentido astral o etéreo" harto comprobable, rastreando habría podido seguir el olfato de nuestro perro doméstico…

Porque, repitámoslo una vez más, la cuarta y ulteriores "dimensiones" del espacio son, en el orden del movimiento vital, *el tiempo;* en el orden psicológico, *la razón y la imaginación creadora;* en el orden general humano, *la Historia;* en el orden fenoménico, la fenomenología espiritista de todas las épocas, fenomenología que permitiese a Tölner el ensartar "astralmente", o sea haciendo pasar la materia a través de la materia y ensartando, "por cuarta dimensión", varios anillos en el pie de un velador, como en otras de nuestras obras llevamos dicho (capítulo I de *El libro de los Jinas),* y no continuemos por este camino, ya que a nuestro actual objeto basta lo indicado para que nos formemos un claro concepto teosófico de la importantísima simbología de "el anillo" de Selim y de Aladino.

¿Y cómo dudar ya de que, en efecto, es más que prodigioso este Anillo? Si la "joya" en cuestión es el tiempo, la imaginación creadora, la Historia, etc., ¿qué de prodigios no logra el hombre, qué superioridad aplastante no posee sobre los animales, con tamaño secreto de "su anillo"? ¿Qué de prodigios, aun mayores, no ha de lograr en lo futuro, cuando domine la misteriosa teoría de "las *ene* dimensiones del espacio", que ya ha empezado a aplicarse en Astronomía, por ejemplo, con la obra de nuestro amigo el sabio aviador don Emilio Herrera acerca de la *Aplicación de la Hipergeometria a la Mecánica Celeste,* y también nos sirve ya para explicarnos ciertas reacciones eléctricas?

Si a esto se agrega que en lenguaje simbólico "anillo" y "anillada serpiente" son una cosa misma (capítulo VII de nuestra *Simbología Arcaica),* el más positivista de nuestros lectores no podrá menos de convenir en que el mito en cuestión, que nos lleva por la mano hacia los inexplicados misterios de la Religión ofita, no es "mera fantasía literaria", sino fidelísima

expresión de algo muy hondo, algo que puede transformarnos en dioses omnipotentes, y este algo no es sino el dominio mágico de las fuerzas naturales por esos anillos de "tiempo", "imaginación", "Historia", etcétera, a los que arriba aludimos.

Por eso el pasado sabio, en cuyo libro apenas si sabemos deletrear como chicos, nos presenta un pueblo de iniciados, un pueblo de "Aladinos y Selines" en ese extraño pueblo de los "nagas", "nahoas" u "hombres-serpientes", "hombres-anillos" o *jinas,* entre este y el otro mundo a los que enlaza el pasado con su anillo, como en la interna trabazón de los siete principios humanos la *Mente* enlaza en nosotros y en todo el universo a la *Materia* con el *espíritu,* que éste sí que es el Anillo de los anillos en la interminable cadena de nuestras vidas sucesivas.

CAPÍTULO XI

Continúa el gran mito de Aladino

Historia de Yamlika, princesa subterránea.–Assib o Ajib, el eterno "Bija" iniciático.–La Isla de los siete mares y el Anillo de Salomón.–La planta y el circulo mágico.–Los errores fatales en la magia práctica.–Cosmogonía parsi.–Yamlika y Belukis, verdaderos prototipos de Calipso y Ulises.–La historia del hermoso joven triste.–La leyenda del dictamo.–Historia de Grano de Belleza.–El tesoro sin fondo.–Las cuatro cosas mágicas por excelencia según el mito.–Los árboles sagrados.–Juanillo el Oso.–Los viajes iniciáticos del héroe y su lucha con los entes de lo astral o "ladrones de la parábola eterna".–La "media naranja" del héroe y "el Reino del padre", de la leyenda.–Historia del pastel hilado con miel de abejas y la esposa calamitosa del zapatero remendón o "El anillo del pastor del Nilo".–¡Siempre y por siempre la leyenda de la cripta iniciática llena de inauditos tesoros para el espíritu!

El gran mito de Aladino, como tronco de lo que llamar podemos "El libro de los genios terrestres", parangonándole con "El Libro del Pescador" o de "los genios marítimos", presenta versiones no menos numerosas que este último, según vamos a ver.

Una de las más completas y sugestivas es la que, en el texto de Mardrús, lleva por título *Historia de Yamlika, princesa subterránea,* con detalles filosóficos de inestimable valor. Démosla, pues, aquí, como

VERSIÓN TERCERA DEL MITO DE ALADINO

(Yamlika, la princesa subterránea)

Esta deliciosa "historia" dice, en esencia, así[63]:

El sabio Danial, sintiéndose morir cuando le iba a nacer un hijo, extractó toda la ciencia de los cinco mil manuscritos de su prodigiosa biblioteca en meras cinco hojitas, y luego éstas en una sola, tirando todos aquellos al mar. Al nacer Assib, el hijo esperado, los astrólogos dedujeron de su horóscopo que viviría largos años si lograba escapar a un grandísimo peligro que le asaltaría en su juventud.

Pero el joven resultó torpísimo, y torpísimo siguió hasta después que le casaron; tanto que sólo servía para acompañar a los toscos leñadores en sus prosaicas tareas. Cansados de sus necedades los leñadores, un día de tempestad en que se habían refugiado en una gran caverna,

le dejaron allí. Internándose el pobre Assib en el subterráneo aquel, halló una gran estancia llena de vasijas de miel, pero un terrible escorpión le quiso cerrar el paso, viéndose precisado a matarle después de luchar rudamente con él. Por uno de los intersticios de las paredes de roca divisó al punto una luz que se filtraba desde muy adentro, y Assib, maniobrando aquí y allá, logró encontrar cierto resorte que hizo girar sobre sus goznes a una enorme piedra, por donde halló paso a gatas, hasta llegar, a lo largo de mil angosturas, a una encantada planicie con un lago incomparable, y en él un regio sillón rodeado de otros doce mil. En semejante trono aparecía sentada la hermosa princesa Yamlika, quien tenía allí dentro su residencia de invierno, siendo las montañas del Cáucaso su habitual retiro veraniego. La reina, encantada de Assib, le hace sentar a su lado y, tras opíparo banquete, le cuenta la siguiente historia:

"El rey Bani-Israil, al morir dejó, entre sus muchos tesoros, una arquilla de oro, y dentro de ella un pergamino que decía: "Quien desee ser señor absoluto de hombres, genios, cuadrúpedos, aves y cuanto existe sobre la tierra, que vaya a la gran isla de los Siete Mares, donde se halla el anillo del rey Soleimán, que es el mismo anillo llevado por nuestro padre Adán antes de su pecado, y del que, al delinquir, le despojó el ángel Gobrail, pero sólo podrá encontrarle aquel que se frote previamente los pies con cierta planta que se cría en el mundo subterráneo de Yamlika, para poder caminar sin hundirse sobre las aguas del mar. Una vez en posesión de la preciada joya, con ella podrá penetrar también en el reino de las tinieblas y allí beber el Elixir de la Inmortalidad en la fuente misma de la Vida."

–Pero era lo peor del caso –continuó Yamlika– que nadie sabía cómo reconocer la tal planta, ni menos el hacer de ella el debido uso, por lo que los más sabios ancianos del reino le aconsejaron a Belukis, el hijo del rey Bani Israil, que buscase al venerable Offan para que este último le condujera al reino subterráneo, como, después de hacer el circulo mágico, lo realizaron ambos presentándose ante mi. Yo les agasajé durante tres días y les ofrecí la planta de la juventud, que era mejor que la que deseaban previniéndoles contra la temeraria aventura ique intentaban realizar, más propia de héroes que de simples mortales. También les enseñé todo mi imperio de "El Sakhrat del Cáucaso", en el que se halla el valle de los Diamantes, morada del Ave Rokh y de inmortales campeones con célebre ciudad del Gennistán, capital del rey Jan-ben-Jan el poderoso.

–Parten juntos Belukis y su maestro Offan –prosiguió narrando Yamlika– hasta llegar a la orilla del primer mar, frente a la primera isla, cuyo paso estaba defendido por toda clase de monstruos terrestres y marinos, a quienes vencen, y luego, pisando con igual facilidad en el suelo que en las aguas, recorren sucesivamente una montaña, allende el segundo mar, que era toda de imán y estaba defendida por el más sanguinario de los tigres; una región

absolutamente tenebrosa por la que tienen que caminar a tientas todo un día; una isla de arena, infestada de reptiles venenosos que se les enroscaban para no dejarles caminar; una escurridiza montaña de cristal y de oro en la que el polen de las flores se cambiaba en oro así que caía de estas últimas; otra isla cuyos árboles por todo fruto estaban cuajados de cabezas humanas que del modo más siniestro gritaban, lloraban o reían, tardando luego dos largos meses hasta arribar a la isla séptima, sin hacer caso de las irresistibles seducciones de las doce hermosas hijas del mar que pretendían retenerles con sus encantos, y teniendo que comer peces crudos como único alimento, no obstante los millares de manzanos que parecían invitarles a pecar con sus ramas llenas de fruta, fruta en la que se leía: "Si me comieseis, al punto os veríais partido cada uno en dos"[64]. En la séptima y última isla encontraron, en efecto, la sublime gruta de Soleimán, pero al recitar el "mantran" o "fórmula mágica" necesaria para poder penetrar sin riesgo, Offan le recita del revés y una gota de diamante líquido le abrasó, por lo que aterrado emprendió el camino de regreso. No por eso se acobardó el heroico Belukis, sino que siguió con más denuedo que nunca en su empresa, encontrándose con Sakhr, el omnipotente rey de la Tierra Blanca, sucesor de Scheddad, hijo de Aad, a la cabeza de un prodigioso ejército de genios y de héroes. Conviene saber que la Tierra Blanca es una celeste región en los confines del mundo hiperbóreo mucho más allá del Monte Cáucaso y adonde se tardan setenta y cinco meses en llegar. Con supremo dominio del asunto el rey Sakhr, después de relatarle a Assib el excelso Origen de todos sus antecesores y su propia historia, le describió minuciosamente las siete Regiones Cósmicas, a saber: el *Gehannam,* o zona del Fuego; el *Lazy,* o Abismo sin fondo; el hirviente *Jalim*, entre el Gog y el Magog bíblicos; el *Sair,* vivienda de Eblis; el *Saghar,* donde van a parar después de su muerte todos los impíos; el *Hitmat,* para los judíos y cristianos, y el *Hawya,* para los malos creyentes en general. Luego le informa acerca de cómo, en el origen de los tiempos, el Señor creó del fuego a los dos genios macho y hembra llamados *Khallit* (el león) y *Mallit* (la loba), de los que nació una inmensa progenie de mil diferentes monstruos. Más tarde formó asimismo siete parejas de genni obedientes, entre ellos el rebelde Eblis, cada uno de los cuales se come al día diez camellos y veinte carneros, bebiéndose cuarenta calderos de caldo. En cuanto a nuestra Tierra, está refrescada contra el fuego por las nieves del Cáucaso y consta de siete pisos gravitando sobre las espaldas de un genni maravilloso sentado sobre una roca, ésta apoyada sobre un toro, y el toro, a su vez, sobre un pez que nada en las aguas del Mar de la Eternidad sobré el piso superior del infierno, infierno formado por las terribles fauces de una serpiente que hasta el Día del Juicio yace amarrada allí sin poder escapar. Conviene advertir también que ninguno de estos seres envejece ni muere, gracias a que beben todas las aguas de la Fuente de la Vida en, la región de las Tinieblas, que está guardada por el poderoso genio

Khizr, que es el encargado de normalizar las estaciones, y con ello el curso entero de la Naturaleza… Una vez recibida por el joven esta completa lección acerca de lo que hay más allá del mundo que conocen les mortales, el anciano Sakhr le dejó, poniéndole en el camino de regreso hacia el mundo, regreso en el que también hubieron de acaecerle no pocas aventuras dignas de particular mención[65]. Desde entonces –terminó Yamlika–, y esto hace cinco años, nada he vuelto a saber de mi amado Belukis, por lo cual he decidido, si quieres, amarte a ti y conservarte eternamente a mi lado, o bien ponerte en el camino adecuado para que puedas realizar las mismas o mayores proezas que el joven hijo de Bani Israel."

–¡Oh, hermosísima reina Yamlika –replicó lleno de ingenua sinceridad el joven Assib–, tú me ofreces mantenerme eternamente aquí, en tu encantado reino, en medio de una vida llena de delicias, y aun prepararme aventuras mayores, mientras que en mi pobre casa me esperan llorosas, temiendo por mi vida, una madre y una esposa amantes, a las que honradamente yo no puedo ni debo abandonar! ¡Déjame, pues, gran reina, que vuelva al mundo del que vine, y no labres mi perdición…!

Conmovida ante aquella nobleza de Assib, la gentil Yamlika accedió a la solicitud de éste, ordenando inmediatamente a una de las mujeres-serpientes de su corte que le acompañase como guía hasta el mundo de los mortales, pero no sin antes exigirle juramento de que no habría de volver a visitar el hammam, o casa de baños, durante el resto de sus días. La salida del encantado reino de Yamlika la hubo de realizar Assib por una abertura escondida entre los arbustos que brotaban junto a las paredes de un arruinado edificio muy distante de la ciudad, y así tuvo la dicha de encontrar a sus seres queridos, que ya le lloraban muerto. Días más tarde sus convecinos, extrañados de que no visitase ni una sola vez el hammam, le cogieron por la fuerza y le obligaron a que se bañase. Al desnudarle, advirtieron que tenía todo el vientre negro, señal evidente de sus tratos con la princesa subterránea, y entonces, con gran júbilo y algazara, le prendieron, llevándole ante el califa gritando: "¡Oh, tú, el hijo del sapientísimo Dania!, tú eres sólo quien puedes curar de su inveterada lepra al rey Karazdán, pues que indudablemente, aunque lo niegues, has conocido a la princesa Yamlika, cuya leche virginal, tomada en ayunas como díctamo, puede curar las más rebeldes enfermedades!". Aterrado Assib, pretendió seguir en sus negativas; pero todos le decían: "¡Vano es que lo niegues, pues que cuantos fueron a la caverna de Yamlika en los tiempos antiguos, todos volvieron con la piel del vientre negra, según reza el libro que tengo a la vista, fenómeno, añade el texto, que sólo se hace visible cuando ellos entran en el hammam!" Resuelto el joven a no traicionar su juramento, es sometido a tormento tal, que al fin tiene que revelar su secreto y el camino de la casa ruinosa, por donde regresara, como ya vimos, hasta llegar de nuevo ante Yamlika,

suplicándola humildemente perdón por su involuntaria falta, al par que solicitando de ella para su rey la prodigiosa medicina. Yamlika, en efecto, llena de compasión, le da dos frascos: uno para el rey, y otro para su visir, autor de la encerrona. El rey curó en el acto, pero el visir reventó en medio de los más atroces dolores, y el joven Assib, como premio a su servicio, fue nombrado visir en su lugar. Una vez que hubo aprendido a leer para bien desempeñar su cargo, fuése derecho al pergamino supremo que había dejado escrito su padre, y en él leyó esta sola sentencia que decía: "¡Toda ciencia es vana, porque han llegado los tiempos del Elegido…!

VERSIÓN CUARTA DEL MITO DE ALADINO

(El tesoro sin fondo)

A propósito de la notabilísima escena del subterráneo de Aladino[66] entre las mil variantes del consabido mito, hay, en la colección de Mardrús, una que lleva el título que encabeza este capítulo y que, no obstante la pobreza de su trama, revela claramente que "el tesoro del subterráneo aladinesco" no consiste tanto en oro y plata, cuanto en el descubrimiento por el candidato, lo bastante heroico para sufrir la prueba, del verdadero tesoro de la iniciación, iniciación a la que es llevado, cual suele acaecer en todas, con los ojos vendados y bajo amenaza de muerte si comete la más pequeña de las indiscreciones.

La variante en cuestión, y de sabor mucho más moderno, dice en esencia así:

–¡Oh, Comendador de los Creyentes! –le dijo cierto día el visir a su califa–, ¡tu generosidad es grande, pero en tu mismo reino hay alguien que te supera, y éste es Abulcassen de Basra!

El califa, resistiéndose a creerlo, se irrita de manera que le dice al visir: –Vamos inmediatamente a ver a ese hombre, y tu cabeza rodará bien pronto por los suelos si veo que me has mentido.

Parten, en efecto, disfrazados de viajeros del lrak y son recibidos con verdadera magnificencia en el suntuoso palacio de Abulcassen, quien le da el más exquisito banquete, al final del cual le presenta dos obras que posee hechas por un mágico artífice, a saber: una copa tallada en un rubí de una sola pieza; un arbolito de plata con ramas de esmeraldas y frutos de rubíes, y en la copa, un pavo real de extraña calidad; luego le muestra a una tañedora sin igual de laúd, la esclava más hermosa del mundo, de la que el califa queda al instante prendado; sin que, ni por cortesía siquiera, le ofrezca aquél a su huésped ninguna de las tres cosas, como es uso entre hombres generosos. El califa entonces se retiró disgustadísimo y dispuesto a castigar al visir que le había pintado como generoso a hombre tan ruin. Sin embargo, su

sorpresa fue grande al encontrarse al regreso lleno el patio de su palacio por un gran cortejo de esclavos negros y blancos portadores de las tres cosas como preciado regalo.

Asombrado ante la discreta manera empleada por Abulcassen para hacer tales obsequios sin herir la delicadeza del califa, éste torna a visitar al generoso donante, quien le dice que todos los días puede hacer, no importa a quién, regalos semejantes, porque tiene a su disposición un tesoro sin fondo, cuya historia cuenta al califa de esta manera:

–Hijo de un joyero del Cairo, vine a Basra a la sombra de los Bani-Abbas para no despertar envidias del sultán. Allí casé can la hija del mercader más rico; pero en menos de diez años quedé sin nada, partiendo para Mossul y Damasco, luego para la Meca y El Cairo, donde me enamoré perdidamente de Sett Labiba, una de das esclavas del sultán. Con ella vime sorprendido un día por éste, quien nos hizo echar al Nilo a los dos. Salvéme yo solo, y huí a Bagdad con un solo dinar, con el que compré una canastilla de fruta para revenderla. Un jeique coge una de mis manzanas, por la que me da diez dinares y después me adopta, llevándome con él a Basra. Al año muere mi protector, dejándome indicaciones acerca de un tesoro antiguo que yo me apresto a encontrar. Los celosos entes guardadores del tesoro, para encontrarle me obligan a entregarme a ellos sin armas, con los ojos vendados y prestos a decapitarme a la menor indiscreción o vacilación. Así, removiendo una gran piedra, me hicieron penetrar en un subterráneo que conducía a una maravillosa sala con un estanque de alabastro de cien pies de circunferencia, lleno de joyas y monedas de oro y en derredor doce columnas de oro con estatuas de gemas de diferentes colores. Más adentro, una segunda sala con árboles como el que os he regalado y otras varias más por este tenor. Para colmo de la sorpresa, cuando ya estaba convencido de que no podría amar en lo sucesivo a ninguna mujer, he aquí que me encuentro a mi amada Labiba en la sala del trono, amada que había sido salvada también por un pescador y vendida luego a un mercader, quien se la cedió más tarde a la esposa del emir.

* * *

La pobreza de la "historia" anterior es indicio de que se trata de un eco de mitos mejores y más antiguos. Esa "Copa" de rubí que Tegala Abulcassen al califa es un débil eco de la célebre del Santo Grial wagneriano; el "Árbol plateado con abundante fruto rojo" es, a su vez, el famosísimo "Árbol de la leche" de los Códices mexicanos del Anahuac, verdadero árbol paradísico de "la Ciencia del Bien y del Mal", cuyo fruto es comido por "los niños", o sea por los Adeptos iniciados, según la significación ocultista que ha tenido doquiera semejante árbol. La enorme piedra, en fin, que cierra el consabido subterráneo de los tesoros, es la misma de siempre en estos cuentos aladinescos, cuentos de los cuales ya, en otra parte *(Conferencias*

Teosóficas), hemos dado el preciosísimo cuento hispano-parsi de *Juanillo el Oso,* y que debemos, por tanto, reproducir aquí como

VERSIÓN QUINTA DEL MITO DE ALADINO

La aludida versión dice así:

María era una viuda pobre y hermosa. Cierto día en que recogía un haz de leña, se vió sorprendida por un extraño oso, quien, enamorado de ella, se la llevó forzada a su cueva. De unión tan desigual nació un robusto niño, a quien se puso por nombre Juanillo.

Crióse el niño fuera de todo contacto con las gentes, y llegado a la edad de tres años mostró deseos de conocer a otros niños, sus semejantes, para lo que había cierta terrible dificultad, a saber: una enorme piedra que no bastaran a mover cien hombres, cerrando la única salida de la cueva. Pero tamaño obstáculo resultó baladí para las sobrehumanas fuerzas que desde tan tierna edad comenzó a revelar Juanillo. Cual si fuese la mole una pedrezuela del camino, y con gran asombro de su madre, la quitó de su lugar el chiquillo.

Ya en la escuela el rapaz, comenzó a ser molestado por la turba de sus compañeros, quienes le vejaban a la continua, llamándole *Juanillo el Oso,* en recuerdo de su origen, hasta que un día, no pudiendo sufrirlos, cogió a uno y le arrojó, como quien no hace nada, al tejado del campanario de la aldea.

Cansado más tarde de vagar por el mundo a la ventura, y sintiéndose ya joven y animoso; se presentó en la corte precedido de la fama de sus hercúleas fuerzas. Conducido a la presencia del rey, éste le preguntó qué comía, a lo que él repuso que siete bueyes y siete fanegas de pan en cada comida. Rióse el monarca de semejante fantasía y decretó que se le sirviesen en pequeños pedazos los bueyes, a lo que añadió Juanillo que se los cociesen enteros, aunque sin cuernos ni pezuñas, comiéndoselos como si tal cosa, con gran asombro de la corte toda.

Prendado quedó el rey de joven de tan excepcionales energías, y se mostró dispuesto a complacerle en cuanto le pidiese, contentándose, sin embargo, *Juanillo el Oso* con que se le hiciese una maza o porra de hierro de 100 quintales, porra que nadie pudo conducir a palacio, hasta que él mismo fue por ella, manejándola como una pluma.

Juanillo se despidió de la corte para emprender nuevas correrías por todo lo descubierto de la tierra, y el rey se comprometió a pagarle cuantos gastos hiciese en sus empresas. En la primera encrucijada del camino topó con tres arrieros que llevaban diez mulos de recua, cargados con grandes pellejos de vino. Noticioso nuestro héroe de la clase de, mercancía, retó

a sus conductores diciéndoles que era capaz de beberse todo el vino sin descansar un punto. Aceptada la apuesta por aquéllos, no tardaron en ver, llenos de espanto, que no sólo cumplió su promesa, sino que, uno tras otro, se bebió bonitamente cuantos pellejos llevaban. Después, consoló a los arrieros mandándoles fuesen a cobrar a palacio su importe.

Anda que te andarás, tropezó con un hombrezuelo que desde lo alto de un cerro le daba voces, diciéndole que se echase al llano, porque de un *guantazo* iba a derribar aquel cerro. "Quiero verlo", opuso Juanillo; y, en efecto, el desconocido, con un solo revés de su mano, dió con todo el cerro estrepitosamente en tierra. "Yo soy capaz de hacer más –añadió nuestro héroe–, pues que de otro golpe puedo levantarlo"; y blandiendo su clava, le restituyó a su puesto, con lo que *Juanillo el Oso* y el bizarro *Vuelca Cerros* quedaron hechos grandes amigos y juntos siguieron su camino.

Unos días más tarde los dos amigos se encontraron con otro hombre singular, que se entretenía en jugar a las chapas con dos enormes piedras de molino. Entre él y los dos viajeros se entabló el consiguiente pugilato, que terminó por hacerse todos compadres y marchar juntos los tres por el mundo.

No tardaron en topar más adelante con un *arrapiezo* minúsculo que, no obstante su estatura de pigmeo, distraía sus ocios en arrancar pinos con igual facilidad que si fuesen cañas de trigo. Tentó *Juanillo el Oso* la aventurá, realizando la azaña de volverlos a poner con tanta o más facilidad que *Arranca Pinos* los descuajaba, con lo que no hay que añadir que entró por derecho propio el enano *Arranca Pinos* a formar parte de la cuadrilla de héroes que componía la escolta del sin par Juanillo.

Los cuatro compañeros de aventuras siguieron su camino. Llenos de fatiga se aproximaron a una gran ciudad, encontrándose con una casita de campo abandonada, donde decidieron pasar la noche; pero al entrar se cruzaron con un misterioso caminante, quien les previno contra los grandes riesgos que podrían correr en ella, pues era fama que el que allí entraba no volvía a salir, gracias a cierto duende tremebundo que campaba por sus respetos allí dentro, haciendo mil tropelías a los incautos.

Decir tal cosa era excitar más y más el sobrehumao valor de *Juanillo el Oso* y su sed insaciable de aventuras, por peligrosas que fuesen; de modo que no vaciló un punto en entrar con su cuadrilla. Ya instalados en su inesperado domicilio, se fueron todos por unos haces de leña, menos *Vuelca Cerros,* que se quedó guisando la cena en la cocina.

A poco de encontrarse solo *Vuelca Cerros* sintió un escalofrío que le heló la sangre. Desde lo alto del cañón de la chimenea una voz sorda, honda y como venida del otro mundo, decía con acento pavoroso: "¡Que me caigo, que me caigo…!"

Por grande que fuese el valor de *Vuelca Cerros,* aquello excedía a toda humana medida. Buena era cualquier aventura aquí en la tierra, y harto acreditada tenía el hombre su entereza; pero con las cosas del otro mundo… Así, que nuestro bravo huyó despavorido como un chiquillo, buscando a voces en el monte a sus compañeros.

Reprendióle *Juanillo el Oso* tamaña cobardía y tornó a su tarea de leñador; pero dejando esta vez de guardia y guisandero a *Piedra de Molino.* Echábaselas éste de mayor valor que *Vuelca Cerros,* pero al repetirse punto por punto la aventura todo fue en vano, y tampoco pudo resistir el terror que le produjo el fatídico "¡que me caigo, que me caigo!" del duende de la chimenea. Así que, más listo que Cardona, escapó dando alaridos hasta unirse a sus compañeros.

Esta vez tocó el turno de guardia a *Arranca Pinos,* que parecía un bicho capaz de asustar al miedo mismo; pero ¡que si quieres! Bajo la voz irresistible del duende corrió más pronto y mucho más que sus compañeros.

Decidido entonces *Juanillo el Oso* a no aguantar más tales abusos y cobardías, los despidió a todos y con la mayor tranquilidad se puso a ultimar los menesteres de la cena. Poco se hizo esperar el duende, en efecto, pero esta vez sin fruto. Su fatídico "¡que me caigo, que me caigo!. fué contestado con suprema entereza por el héroe: "¡Si te has de tirar abajo, que sea pronto, pues te espero!"

Un golpe fuerte fue toda la respuesta, y un mutilado brazo sin cuerpo rodó con estrépito por el suelo, como si estuviese vivo. Juanillo, con la mayor sangre fría, le cogió con las tenazas, le puso de leño en la lumbre y siguió guisando la cena como si tal cosa.

El duende, sin embargo, no se daba a partido, y tornó a su estribillo pavoroso: "¡Que me caigo, que me caigo!" A lo que Juanillo, en lugar de acobardarse, respondía: "¡Tírate cuanto antes, que te espero!"

Otro golpe seco, otro brazo sangriento y otro leño para la lumbre, como la vez primera.

Así, unos tras otros, fueron cayendo estrepitosamente los brazos, las piernas, el tronco, y hasta la cabeza, una horrenda cabeza de monstruo, que el gran Juanillo cogió con la mayor sangre fría, diciendo: "¡Buenos leños trashogueros han caído y buen asiento es para mí esta cabeza!"; y se sentó tranquilamente sobre ella.

Entonces ocurrió una cosa estupenda: aquellos miembros sangrientos se buscaron unos a otros, y se recompusieron en un instante, formando la persona más fea, repugnante y raquítica que se puede imaginar, con una pipa más grande tres veces que su persona y pidiéndole lumbre a Juanillo con una sonrisa sarcástica, encubridora de las más protervas intenciones del mundo, como fiera que acecha la agonía de su víctima.

Jamás estuvo más heroico Juanillo. Como un águila, cayó sobre aquel engendro del abismo, y, arrancándole la pipa, empezó a descargar sobre él golpes de muerte. El espectro empezó a batirse en retirada y fue esfumándose poco a poco, dejando un rastro de sangre, que Juanillo siguió hasta advertir que se encaminaba al pozo de la casa, en cuyas profundidades tenebrosas acabó por desvanecerse.

Llegados los compañeros, se quedaron espantados de cuanto les relató Juanillo, y decidieron en seguida explorar aquel hondo pozo, a lo que opuso Juanillo que lo primero era cenar con calma. Provisto después de una campanilla, descendió primero *Vuelca Cerros,* luego *Piedra de Molino,* y, por último, *Arranca Pinos,* valiéndose por toda soga de las barbas de los cuatro, sin dar más razón a la vuelta sino la de que allí abajo había una plaga de mosquitos.

Reprendióles con acritud *Juanillo el Oso* su torpeza y cobardía, resuelto a bajar él en persona a aclararlo todo, como lo hizo, encontrándose a muchos cientos de varas allá abajo una galería inmensa que abocaba a un hermoso palacio de mármol y pedrería, donde se encontró una admirable joven que se arrojó en sus brazos, arrasada en lágrimas y llamándole su libertador, si accedía a luchar y vencer a una terrible serpiente que había de venir a las diez de aquella noche a probarle las fuerzas[67].

No otra cosa deseaba el mancebo. Esperó tranquilamente la hora prefijada; saltó sobre los lomos de la horrible sierpe, así que ella se mostró entre la maleza con aparato tremebundo, y en un momento la ahogó entre sus manos, libertando de su encanto a la doncella, que era nada menos que la diosa de la Fortuna. Al despedirse del mancebo, le rogó libertase de igual modo a otra hermana suya que yacía encantada también en aquel antro, mucho más abajo, para lo cual, a las once de la noche, tuvo que luchar con un toro salvaje. La diosa de la Hermosura tornó de esta manera al mundo.

De igual manera aconteció, en fin, con la diosa del Amor; mas para libertarla, tuvo que luchar a las doce con el duende verdadero, esto es, con el Diablo en persona, en el fondo de la sima. Prevenido por la diosa, rechazó toda espada de entre las hermosísimas de la sala de armas del Demonio, contentándose con su famosa maza. Los dos rivales, como buenos caballeros, decidieron comer antes de pelearse; pero Juanillo tuvo la precaución de comer sólo

del mismo plato del Demonio y fumar de su mismo tabaco. Luego en la pelea le derriba una oreja con la maza, cae aquélla con estruendo y un minúsculo gnomo surge dispuesto a servirle. Pide Juanillo tornar entre los vivos, e inmediatamente le traen a él los genios de la cueva. Llegado a la corte, se encuentra con que las mujeres o diosas salvadas por él se han casado con sus compañeros de aventuras, menos la última, quien, fiel a la promesa que había hecho a Juanillo, guardaba la mitad de la manzana de oro que con él partiera a guisa de contraseña. Efectivamente; el rey de aquel reino y padre de la bellísima joven había hecho proclamar por todo el país que su hija daría su mano a aquel que presentase la media manzana de oro compañera de la guardada por ésta. Centenares de esforzados adalides se disputan tamaño tesoro; pero es en vano, porque la princesa no logra hallar su "media manzana" complementaria hasta que se presenta Juanillo, caballero en su alazán y mostrándola con aire de triunfo. Es reconocido así por todos y proclamado heredero del reino al casarse con la hermosa doncella[68].

VERSIÓN SEXTA DEL MITO DE ALADINO

Bajo el pintoresco título de *Historia del pastel hilado con miel de abejas y la esposa calamitosa del zapatero remendón* nos da el texto de Mardrús el curioso relato aladinesco de Maruf caminando errante entre míseros felah, uno de los cuales se va al pueblo dejando en poder de Maruf sus bueyes para que are. Arando fervoroso, la reja tropieza en una gruesa anilla fija a una losa de mármol ocultando la entrada a cuatro salas atestadas de tesoros, entre ellos un anillo mágico tal que, con sólo frotarle al azar, hizo aparecer a un genio solícito llamado "Padre de la Dicha", quien se pone como esclavo a la voluntad de Muruf, informándole de cómo aquél era el Tesoro de Scheddad, hijo de Aad, el sublime constructor del Irem de las Columnas, y el mismo genio estaba esclavizado a la piedra mágica del anillo en cuestión. Así, se vió, pues, el pobre zapatero Muruf entroncado con la posteridad de Nemrod y Scheddad, que vivieron la edad de siete águilas, y pudo premiar su protección al felah de los bueyes enviándole por delante camino del reino de Schatán, con docenas de camellos cargados con parte del tesoro, con el que se hubieron de llenar numerosas salas del palacio, con gran contento de la princesa y de su padre.

CAPÍTULO XII

Culmina el gran mito de Aladino y con él el de los "genni" terrestres

Ahukir el tintorero y el barbero Abusir.–Egoísmo y altruismo.–La pureza primitiva del blanco y el azul.–Los colores y el sensualismo.–La desgracia ahuyenta a los malvados todo cuanto les atrae la fortuna.–El hamman y sus delicias.–¡Otra vez y siempre los mitos del Pescador y del mágico anillo!–El príncipe y la Esfinge.–Alquimia y ocultismo.–Los dos eternos enemigos.–El símbolo eterno de Brahmâ y de Siva.–El ansia insaciable del rey Kendamir por saber lo que no se sabe y ver lo que nunca se ha visto.–El consabido viaje a Damasco.–A qué cinco clases de personas no debe darse el conocimiento oculto.–Historia del príncipe Hassán al Basori.–Caída en la necromancia.–Viaje aéreo hacia la isla de Wak-Wak en alas de los efrites.–El tamborcito mágico.–Las musas parsis y el palacio de las cuarenta llaves.–La puerta infranqueable.–El lago de las mujeres-cisnes.–Botón de Rosa.–La Virgen y la Madre.–Esenios y curadores o terapeutas.–"Esplendor" ha volado a los cielos, como Astrea, después de dar a luz los dos gemelos Sol y Luna, o sea los grandes y pequeños Misterios.

El mágico anillo a quien en los capítulos anteriores vimos operar toda clase de maravillas, dando el tesoro de la omnipotencia a su afortunado poseedor, tiene su eco también en la hermosa historieta de Abukir y de Ausir, los dos prototipos de la Magia blanca y de la negra en el mundo, los dos habitantes de la gran Iskandaria, o sea la ciudad mítica y astral, así llamada en honor de *Iscandar el de los dos Cuernos,* célebre iniciado, especie de Moisés bíblico, que figura en tantas leyendas árabes y persas, y cuyo nombre tiene con el *Ishakar* bíblico muy probables conexiones. Veámosla:

VERSIÓN SÉPTIMA DEL MITO DE ALADINO

(Historia de Abukir y de Abusir, *de Iskandaria)*

"En la ciudad de Iskandaria vivían, pared por medio, Abu-kir el tintorero y el barbero Abu-sir. Aquél, que era un perfecto canalla, a fuerza de engañar a cuantos acudían a su tienda, quedándose hasta con los géneros, se vió sin medios de vida, acogiéndose a la protección de Abu-sir, que era todo un santo. Entrambos deciden emigrar en demanda de tierras mejores, después de haber hecho pacto de recíproca hermandad y auxilio, embarcándose para lejanas tierras.

El hábil barbero, con su arte, bien pronto hallo en el barco lo necesario para su sustento y el de su amigo, quien, bajo pretexto del mareo no salía de su camarote, comiendo y bebiendo cuanto le llevara su compañero.

Al cabo de las tres semanas arribaron a un país singular en el que el barbero cayó enfermo, viéndose al punto robado y desamparado por el infame Abu-kir, el cual, al advertir que en todo aquel país los cuarenta tintoreros de su gremio sólo sabían teñir de azul y blanco las telas, ni había en parte alguna sino estos dos colores, únicos conocidos, se presentó al rey diciéndole que él podía teñir hasta de cuarenta colores diferentes, si le otorgaba la necesaria protección para ello. El rey, por ensayar la propuesta contra la general oposición que despertase el proyecto, accedió a la demanda del tintorero, instalándole en la parte mejor de la ciudad con sus cuarenta grandes tinas y otras cuarenta pequeñas, siendo enorme su impresión y la de todos sus súbditos al ver de allí a pocos días, tendidas a secar, vistosísimas telas de cuarenta colores distintos, que, agitadas por el viento, formaban el más delicioso y allí nunca visto de los contrastes: el rojo, en sus diversos tonos de fuego, granate, carmín y púrpura; el amarillo crema, el amarillo rey, el amarillo toronja y el amarillo oro; el verde mar, el alfónsigo, los verdes de aceituna y de cotorra; el rosa, el coral, el salmón, el de azufaifa, los diversos azules distintos del cielo, que era allí el único conocido por los tintoreros, como va dicho, y, en fin, las diversas tonalidades del gris y del negro. ¡Aquello era un derroche de policromía que volvió literalmente locos a todos, incluso al rey!, y este último le colmó de esclavos y mujeres y otros presentes, haciendo del astuto Abu-kir uno de los primeros personajes del reino.

Pasada su enfermedad y creyendo el pobre barbero Abu-sir que su compañero le habría abandonado por atenciones superiores, corrió a abrazarle, lleno de alegría, así que le divisó muellemente reclinado sobre los almohadones de su lujosa tienda, hecho todo un señor. Pero el malvado Abu-kir, no sólo negó impasible que le conocía, sino que hasta le hizo prender y apalear, con inaudita extrañeza por parte del buen barbero, que no podía explicarse aquello.

Repuesto el barbero de la paliza decretada por su amigo, quiso descansar y lavarse, como es uso entre los buenos muslimes, mas se encontró con la sorpresa de que al preguntar por el hammam más próximo nadie supo encaminarle, porque en todo el Imperio, según trazas, nadie se bañaba sino de tarde en tarde, y eso en el mar, y las delicias del hammam les eran absolutamente desconocidas. Tan de nuevas había cogido aquello a las gentes, que habían llevado ante el rey al rapista, según eran de inmensas las dulzuras que asignaba a su soñada "casa de baños". "Tu ciudad –le había dicho el barbero al rey– no será verdaderamente perfecta hasta que no cuente con un hammam por lo menos."

Efectivamente, con la protección y la impaciencia regia por probar aquel prometido paraíso del hamnian, la cosa fué obra de pocos días. El rey, primero; la reina, después; luego los altos dignatarios, y, en fin, el pueblo entero desfilaron por el establecimiento de baños, sabiéndole a

mieles el temple de las aguas, las cámaras de tepidarios, caldarios y frigidarios, de alabastro y jaspe; el dulce masaje de los expertos, productor de éxtasis inefables, el depilado primoroso, el pintado de ojos y mejillas con el koll de adecuados colores, los perfumes, las músicas, los lechos de descanso y demás cosas que son de rigor en semejantes recintos de higiene… Todos, al abandonar el establecimiento se sentían ágiles como pájaros, rejuvenecidos y felices.

La fama del barbero, director de todo aquello y de las delicias de su establecimiento, acabaron por atraer también a él al zorro de Abu-kir, quien, al reconocer en él a su fraternal amigo y víctima, corrió a estrecharle hipócritamente entre sus brazos, pretextando, ante sus quejas por el trato anteriormente recibido de él, que todo había sido hijo de una confusión, hija de sus preocupaciones aquel día. El tintorero, después de haberse hecho servir por el propio Abu-kir en el baño, en el depilado, en el masaje y en la sala del perfumado y el descanso, quiso pagarle tamaño bien allí recibido recomendándole como el mejor de los depilatorios una mezcla por iguales partes de arsénico amarillo y de cal viva. Luego se fué sigilosamente al rey, diciéndole:

–Señor: Abu-sir, el dueño del hamman, no es sino un traidor que, aprovechando las fingidas delicias del sitio, no quiere sino envenenarte con cierta pasta depilatoria que tiene preparada y que, al efecto, puedes hacer que ensaye en tu visir.

El crédulo rey montó en cólera contra el barbero, y, en efecto, precedido por su visir, le entregó una vez más en las manos del experto, y el visir murió al momento mismo de ser tocado por la terrible pasta, en medio de atroces convulsiones. Abu-sir fué mandado prender, y condenado a ser introducido en un gran saco de cal viva y arrojado al mar, para que muriese ahogado y abrasado a un mismo tiempo. Pero al ir a dar la orden fatal el rey con su dedo, hubo de caérsele al agua el anillo mágico y al que, por lo visto, debía todo su poderío. Conviene añadir también que el capitán del puerto, agradecido a los inestimables beneficios recibidos por el hamman, le había llevado a tiempo la noticia y puesto a buen recaudo al barbero de las iras del rey en una isla desierta, en la que se hizo pescador, pescando de buenas a primeras, ¡oh ironía del Destinó que se burla siempre de los planes de los mortales!, el propio omnipotente anillo perdido por el rey.

Para el santo barbero Abu-sir, sin embargo, el mejor de los anillos mágicos era la pureza de su condición y la alteza de sus miras, por lo cual, tan luego como halló en el vientre del pez el anillo regio se apresuró a devolvérselo a su dueño, quien asombrado ante tanto altruismo hizo abrir una detenida información acerca de lo ocurrido, la cual puso en claro la perfidia de Abu-

kir, el cual fué condenado, no obstante la intervención de Abu-sir, a sufrir el mismo género de muerte destinado a este último, de ser echado al mar en un saco de cal viva…

Las olas del mar arrojaron más tarde a la orilla el cadáver de Abu-kir en la hermosa bahía que lleva desde entonces el nombre del tintorero, y frente a la cual la historia ha sabido escribir otra página sangrienta de las guerras napoleónicas: ¡la derrota de las naves del césar francés, también llamada de Abu-kir!

***

¡Cuánta filosofía se encierra en la fabulita de Abu-kir y de Abu-sir! ¡No en vano eran entrambos, el bueno y el perverso, ciudadanos de la gran Iskandaria, por otro nombre "el otro mundo"!

En esta pelota sideral de cieno a la que llamarnos Tierra, parece ley que siempre haya de vivir el perverso a costa del bueno, y que este último haya de verse fatalmente solo en la desgracia o mal acompañado en la dicha. ¡Acompañado por todos aquellos malvados aduladores que únicamente sueñan con perderle!

Pero, además de estas consideraciones generales, propias de la moral de toda buena fábula, hay en la linda historieta detalles simbólicos muy dignos de admiración.

Es el primero el relativo a la industria tintórea del malvado Abu-kir, quien, en su angustioso éxodo por el camino de la vida o "Sendero de la Iniciación y de la Liberación", hubo de tropezar con la inocencia de un pueblo que, en su candor prístino, no conocía, por su suerte, más colores que el celeste azul de los cielos y el blanco de su pureza originaria. Todos los demás: el rollo de la cólera o de la sangre vertida en fratricidios, el amarillo de la envidia, el gris de la tristeza, el negruzco del cieno pasional, etc., etc., les eran perfectamente desconocidos aún.

Mas llegó la miseria humana tanto del bueno como del mal peregrino, y he aquí, ¡oh ciegos!, que conocieron y se entusiasmaron locamente por aquella gamma inmensa de todos los demás colores hijos de la pasión y del deseo, sintiéndose felices con aquello mismo que iba a labrar su ruina, y diríase más: acaso presentían las falsas delicias de toda caída, hasta esta que pudiéramos llamar caída de la luz blanca del sol y la azul de la atmósfera en esos mil colores, encanto, sí, de nuestros torpes ojos, pero que en el fondo no son, según nuestra moderna física, sino la muerte de aquella luz blanca prístina en el seno de la inerte materia y su devolución ya falsificada en forma de color, color al que ya ha de faltarle inevitablemente su color complementario, que ha quedado latente y escondido en el cuerpo que recibiera aquella luz. ¡La industria era bien digna de un malvado como Abu-kir, único capaz de teñir de negro

lo blanco y de sustituir con la falsedad de la pintura –no hablo de las coquetas que se pintan– la Verdad de una pureza sin mancha y azul!… De aquí también la noble oposición que despertase el proyecto entre los sabios consejeros de aquel rey estúpido que así se dejó engañar por las arteras pinturas del perverso embustero.

Es el segundo simbolismo de la historieta el recíproco de la labor del bondadoso Abu-sir, barbero de profesión, es decir, depurador de toda humana inmundicia, lavador de todo defecto físico, de todo error intelectual y de toda lacra moral en ese hamman por él descubierto con su vida santa, que no era, no, la simple casa de baños árabe, sino el lago iniciático oriental, testigo de la vieja celebración de los Misterios; la "piscina probática" del Evangelio, cuyas aguas, removidas por los ángeles, curaban las tres clases de enfermedades del cuerpo, el alma y el espíritu, y donde no tuvo necesidad de entrar el paralítico, bastándole aquella palabra de "¡Vete, y no peques más!" con que Jesús le despidió, como también despidiese a la adúltera. ¡Y también el falsificador tintorero se dió trazas a envenenar la piscina, como tantos otros "hipócritas tintoreros" de la mentira en verdad, y viceversa, envenenan las puras aguas de la Vida!

Nada tiene, pues, de particular que al decretar el engañado rey la prisión de Abu-sir el justo se le cayese al agua su mágico anillo, ya que el verdadero poder, que es el del bien, cae o desaparece así que comete la injusticia. Tampoco nada más lógico que, con particularidades que enlazan al mito aladinesco por esta parte con el básico de "El Pescador", este anillo sea pescado por Abu-sir el perseguido, y con él recabe la mayor de las soberanías de la Tierra: EL DE LA VIRTUD, Y SU MÁGICO ANILLO.

VERSIÓN OCTAVA DEL MITO DE ALADINO

(Las aventuras del príncipe de los Rums)

"Un rey y una reina de la dinastía de los antiquísimos Rums vinieron a la desgracia y a la pobreza, teniendo, por toda ilusión, a un hermosísimo hijo, sobre quien el Destino había parecido volcar todos sus dones, y que era así el báculo de su vejez.

–Padres míos –les dijo un día el joven–, con razón escribió el sabio: "La penuria nos hace extranjeros en nuestra propia morada, así como el dinero nos da en el extranjero una patria." Partamos, pues, de aquí en busca de nuevas tierras. El Destino quizá nos ha hecho pobres para probarnos en la virtud, ya que también el sabio dijo que la miseria endurece el corazón del hombre de alma baja, otro tanto de lo que ennoblece al hombre de alma elevada y pura.

Los tres infelices dejan así el pueblo de sus mayores; cruzan llanuras, montañas, torrentes y desiertos, hasta llegar a una hermosa ciudad, en la que el joven, dejando en rehenes a su padre y a su madre, se provee, a cambio, de un caballo y un regio vestido, con el que parte en demanda de aventuras. Anda que te andarás, pronto tropezó con un anciano en las puertas mismas de otra ciudad aún más grandiosa. El anciano le previno no entrase en ella si estimaba en algo su vida, porque allí reinaba una princesa cruel que, desde lo alto del torreón del homenaje, hacía al viajero temerario tres preguntas, mandándole cortar la cabeza al punto si no respondía a ellas a su satisfacción, como ya llevaba hecho con las de 999 infelices que, para escarmiento, había ido clavando en la torre.

Las prevenciones del prudente anciano no hicieron sino espolearle más al joven en su ansia de aventuras; así que, con gentil continente, paro el caballo a los pies de la torre y aguardo sereno las tres preguntas tremebundas. La cruel reina no se hizo esperar, y desde la altura le dijo:

–Joven temerario, que así profanas esta sagrada curiosidad, sin temor al tristísimo fin que te aguarda, como a tantos otros cuyas cabezas ves aquí, ¿podrías decirme el verdadero significado de estas palabras que he hallado escritas en un libro tan profético como antiguo? Las palabras son: "¡Da a la joven virgen de Occidente el bello hijo del rey de Oriente y nacerá de este feliz consorcio un niño que será rey de reyes y señor de las caras hermosas como soles!"

–Reina, eres muy imprudente en tu pregunta, pues que con ella no haces sino repetir las clásicas palabras que encierran todo el secreto de la Piedra Filosofal, y equivalen a decir: "mezcla la húmeda tierra de Occidente con la sana tierra adámica de Oriente y tendrás como hijo al "Mercurio filosófico", mediante el que podrás transmutar el cobre en oro y en sol, el plomo en luna y en plata, y en diamantes las piedras de ese muro y también los más toscos guijarros del suelo". ¿Qué más tienes que preguntar?

–Quiero también que me digas, ¿a qué es a lo que deben los talismanes su virtud? –insistió la reina.

–Las sublimes virtudes de los talismanes se deben a las letras que en ellos están escritas, porque las letras son sagradas, están respectivamente relacionadas con los espíritus naturales y cada una tiene el suyo respectivo. Un espíritu, además, es un Rayo o Emanación de las virtudes de la Omnipotencia. De entre ellos, los que residen en el mundo inteligible mandan a los que habitan en el mundo celeste, como éstos, a su vez, son los soberanos de cuantos viven en el mundo sublunar. Las letras, en fin, forman las palabras, éstas las oraciones, y las

oraciones gramaticales son las operadoras de los prodigios que asombran a los hombres vulgares, pero que no turban jamás a los sabios, porque estos últimos conocen el mágico poder de las palabras y no ignoran que las palabras gobiernan al mundo, pues frases escritas o proferidas pueden sepultar a los reyes bajo las ruinas de sus palacios y transformar en desiertos los países más florecientes.

–Mucho sabes, noble joven –replicó la reina–; pero seguramente no me sabrás decir, ¿cuáles son los dos enemigos eternos?

–Los dos eternos enemigos ¡oh, reina! –respondió con firmeza el joven, no son el cielo y la tierra, por cuanto la tierra es también parte del cielo, y no es tampoco real la distancia que parece separarlos, distancia que puede ser llenada en un abrir y cerrar de ojos; que llena está, en efecto, de toda clase de seres, y que, en todo caso, podría ser llenada toda ella, no con ejércitos de guerreros, ni bandadas de aves, o nubes de insectos, sino con algo que es capaz de alcanzar a cielos y tierra, es, a saber, con LA PLEGARIA. Tampoco son contrarios la noche y el día, puesto que están entre ellos los dos crepúsculos; ni el sol y la luna, ni la luz y las tinieblas, ni, en fin, tantas otras cosas complementarias y contrapuestas, sino la Muerte y la Vida, que se sirven alternativamente de los seres creados como de juguetes, ya que la Vida nace de la Muerte, como nace también recíprocamente la Muerte de la Vida.

Asombrada la reina de tanta sagacidad, aunada en un joven a un tan firme y honrado saber, no quiso preguntar más[69], prestándose, en cambio, a que el príncipe de los Rums le hiciese, a su vez, su pregunta respectiva, al tenor de lo convenido. Y la pregunta era sencillamente ésta:

–¿Cómo es posible que mientras yo estoy a caballo, lo estoy sobre mi propio padre, y sean las ropas de mi madre estos vestidos con los que, ¡oh, reina!, me estás viendo?

La reina no supo, naturalmente, qué contestar, por lo que el joven se apresuro a sacarla de su duda contándole toda su triste historia. Aquélla quedó tan conmovida con el relato y tan enamorada del narrador, que hizo anunciar públicamente que desde aquel momento se consideraba la esposa de aquel príncipe que de tan heroica manera había salvado la vida y restituido todos sus antiguos esplendores a los dos santos ancianos que le habían dado el ser y educado con tantísimo provecho.

***

El cuento trascrito parece el original parsi del famoso griego de Edipo y la Esfinge, y como más primitivo que éste resulta más elevado y puro, puesto que bajo la apariencia de una respuesta alquímica se hace la entera profecía mágica acerca del futuro, a saber: la de ligar o desposar la joven ciencia de Occidente, con el bello hijo de la Magia Oriental, o sea el Saber

Tradicional Perdido, que sólo en Oriente se conserva a guisa de preciadísima herencia de nuestros Padres o Pitris, los hombres que ya triunfaron en el decurso de una humanidad, ciclo o manvántara que precediese a nuestra humanidad adánica o "de rojo barro" sobre la superficie del planeta.

Las demás preguntas hechas al joven son meras secuelas de ésta, y como tales no necesitan explicación, fuera de la que por si propio habrá de hacerse el lector. ¿Qué no podría escribirse, por otra parte, acerca de esos dos contrarios absolutos y siempre alternados de la Vida y de la Muerte, o sea de Brahma y de Siva?

VERSIÓN NOVENA DEL MITO DE ALADINO

(Historia de Hassán al Basil)

"Cuentan las viejas crónicas de los sassanios que el rey Kendamir, señor de toda la Persia de mar a mar y del Khorassán, hasta más allá del Oxus, era un soberano sabio, prudente y amantísimo de los poetas, a quienes trataba mejor que a sus propios visires. En las continuas enseñanzas de ellos nada le quedaba ya que aprender ni que escuchar, por lo que, cierto día, mandó al jefe de los eunucos que fuese a buscar al visir Abu-Alí, a quien dijo:

–¡Padre de la Elocuencia! Yo necesito saber lo que no se sabe y ver lo que nunca se ha visto. Si no aprendes y me cuentas, pues, un cuento nuevo y maravilloso en el término de un año, te haré decapitar, y si logras contármelo, tú serás mi sucesor en el trono[70].

Aterrado el visir Padre de la Elocuencia, y sabedor por tradición de que toda la ciencia del Universo estaba encerrada en el libro de *Las aventuras de Hassan al Basri* (el gran esenio o "curador" de Balsora, como si dijéramos), envió al punto a cinco intrépidos mamalik para que se informasen acerca del pasmoso libro, yendo, respectivamente, el uno a la India y a Sindla, el otro a China y los otros al Khorasán, al Moghreb, a Egipto, a Siria, Armenia y el país de Mobarak. Cuatro de ellos volvieron desencantados antes de finar el año del plazo, diciendo que nadie podía ya informarles acerca de aquella joya perdida de la edad de oro.

En cuanto al quinto emisario, él había tomado el camino de Damasco[71], y no tardó en unirse a diversos sabios que, llenos de filial fervor, caminaban a beber ciencia sublime de labios del anciano jeique Ishahak Al-Monnabbi. Al prosternarse todos sumisos a sus pies, vieron a otros muchos discípulos que, en el límite del éxtasis, se adoctrinaban con las enseñanzas de aquella Gran Alma, que, como música de aves canoras, declamaba las glorias del remoto pasado. Al preguntarle luego el Maestro Ishahak al mamalik qué era lo que allí iba buscando para hacer

tan penoso viaje, éste le dijo humildemente que deseaba adornar su espíritu con lo que el hombre no conoce, aunque siempre vanamente lo busca.

–Te lo diré –respondió el santo jeique; pero antes me habrás de jurar que no comunicarás mi enseñanza a ninguna de estas cinco clases de personas[72]: a los ignorantes, porque su grosero y dormido espíritu no lo sabría estimar; a los hipócritas y mojigatos, que se asustan de todo; a los pedantes, que se tienen por maestros del bien, siendo sólo maestros de perdición; a los idiotas y a los descreídos, porque ninguno de ellos sabrían sacar de aquélla nada provechoso ni práctico.

Y diciendo esto, le enseñó el ansiado libro que buscaba y se puso a dictársele palabra por palabra durante siete días y siete noches, sin interrupción.

El mamalik, sintiéndose ya un hombre completamente nuevo, besó los pies del Maestro Ishahak, tomó su bendición y beneplácito, y se puso en camino de regreso hacia la corte, llegando a ella en mucho tiempo menos que lo empleado a la ida, y cuando sólo faltaban diez días para el terrible plazo[73], tras el cual había de ser decapitado el visir.

Excusarnos decir cuál sería la alegría de éste al verse salvado por su mamalik, a quien colmó de regalos y de honores, y cuánta prisa no se dió a copiar esmeradamente, en nueve días y en letras de oro, el libro sin pararse a dormir y comiendo un dátil únicamente cada día. Al día décimo, último del plazo, se le llevó solemnemente en arquilla de oro y pedrería al rey, quien escuchó su lectura, sin interrupción, de la noche a la mañana. Lo que de tan portentosa historia ha llegado hasta nosotros dice así:

"Al nacer Hassan, el hermoso, de padres llenos de virtudes, pero que desesperaban ya de tener sucesión, el horóscopo de los astrólogos le anuncio un excelso porvenir si no la erraba en su camino, pues llegaría, decía, a dominar a la gran serpiente del rey Solimán ben Daul. Muerto el padre, y habiéndose arruinado por sus dilapidaciones, su madre le puso una tienda de orfebre, que al punto se vió la más concurrida de la ciudad, pues que todos venían a ella más que a comprar a admirar la hermosura y las extraordinarias dotes del joven Hassan.

Cierto día hubo de presentársele al joven un anciano persa de luenga barba y ojos de fuego, portador de un libro antiguo, preguntándole, ante todo, si era casado, y como le respondiese el joven que aún era célibe, añadió:

–Entonces puedo adoptarte y enseñarte toda mi ciencia alquímica, mientras que, si fueses casado, nunca habrías podido entrar en la intimidad de mis conocimientos.

Y diciendo esto, se hizo aportar gran cantidad de objetos de cobre, que al punto transformó en oro mediante unos polvos amarillos que sacó de la cajita que traía, al par que recitaba

ciertas fórmulas mágicas de su libro, tales como la clásica de "¡Hakh, Makh, Bakh!", de tan ilimitada trascendencia transmutadora[74].

Entusiasmado con aquello el joven, ya no pensó en nada en este mundo, sino en adquirir la portentosa arte, convirtiendo en oro, bajo la dirección del persa, todos cuantos utensilios metálicos tenía en su casa, aunque no sin las protestas de su anciana madre, que no veía en ello sino la definitiva perdición de su amado hijo.

Una vez celebrado entre maestro y discípulo el lazo de compartir el pan y la sal, aquél, bajo pretexto de explicarle la obtención del "elixir quintaesenciado de la larga vida", le dió un narcótico de bang, le dobló los muslos sobre el tronco como se hace con las momias, le metió en una gran arca con todo el oro obtenido, y echándose el arca a cuestas, se embarcó en la nave que le esperaba en la playa, haciéndose a la vela ésta con rumbo desconocido. ¡Se trataba, en efecto, nada menos que del terrible mago negro Babram el Gauro, adorador del fuego y de la alquimia, quien cada año escogía a un "joven perro, hijo de perro y nieto de perro y con perros y perros por todo antepasado", según él decía de los verdaderos creyentes, para llevársele a una lejanísima playa y hacerle servir a sus fines de perdición. Llegado el barco a la desierta playa, cuyos rollos y arenas eran de diversos colores, siempre bajo la vigilancia del terrible parsi, que dormía con un ojo abierto y otro cerrado, éste habló al joven en los términos más entusiásticos acerca del culto del fuego, la chispa, la llama, el sol y la luz, añadiendo para hacerle abjurar de su religión:

–Igual que a ti, llevo raptados a otros novecientos noventa y nueve mancebos; pero ¡tú eres el más hermoso de todos! Abjurarás de tus falsas ideas y te llevaré por los aires hasta la cima de la Montaña de las Nubes, y allí cogeremos los tallos de las plantas misteriosa de las que se extrae el divino elixir de vida.

Y diciendo esto, sacó un tamborcito forrado con piel de gallo y lleno de signos mágicos, en el que se puso a tocar con sus propios dedos. Al punto surgió de la tierra un gigantesco caballo negro, dotado de enormes alas y echando fuego por cascos y hocico[75], sobre el que subieron entrambos, y ya en él, a tiempo de arrancar por los aires, el hechicero parsi soltó una formidable carcajada satánica diciéndole:

–¡Oh, infeliz, estás ya a merced de todos mis caprichos, sin que nadie en el mundo pueda valerte contra mi poder!

Pero no contó el malvado con la fe inquebrantable del joven, quien, armándose de valor, recitó la fórmula de la fe, quitándole el tambor funesto y despeñándole, mientras que el alado caballo seguía volando y volando por encima de las nubes, hasta cernerse sobre una ciudad

inmensa, en la que había un palacio con una cúpula de oro que fulguraba como un astro bajo los rayos del sol. El joven, colgándose el tambor en el cinto, descendió suavemente junto a la puerta del palacio para pedir agua y pan. Avanzando resueltamente a través de los patios abiertos, penetró en una regia estancia donde dos hermosísimas jóvenes jugaban al ajedrez. Al verle, le recibieron cariñosas jurándole fraternal amistad, y le obsequiaron con el más opíparo de los banquetes en platos de oro y copas talladas con enormes piedras preciosas, diciéndole:

–¡Tu llegada feliz hace bailar de alegría hasta a las piedras de este tu palacio!

Luego le cuentan su historia y la de las otras cinco hermanas y la razón de sus poéticos nombres, a saber: "Estrella matutina", "Estrella vespertina", "Cornalina", "Esmeralda", "Anémona", "Botón de Rosa" y "Grano de Mirto"; estas dos últimas, quienes le hablaban, eran sólo hermanas de padre de las otras cinco, y todas siete resultaban ser hijas de uno de los más poderosos genios y mareds, el cual, en odio a la humanidad, había jurado no casarlas nunca, llevándoselas confinadas hasta aquel inaccesible palacio de los efrites rebeldes al rey Soleimán, donde ni noticias tuvieran nunca de los hijos de Adán[76].

Llegan de allí a poco las otras cinco hermanas, y todas, con el mayor placer, hacen al joven iguales promesas que Botón de Rosa y Grano de Mirto, celebrando con él idéntico pacto de hermandad, con lo que no hay que ponderar la felicidad de nuestro héroe entre aquellas celestiales criaturas, cazando en unión de ellas, durante el día, por los paradisíacos campos vecinos e instruyéndose recíprocamente durante las noches en veladas interminables, con música, versos y banquetes. Aquel idilio, sin embargo, fué interrumpido por la llegada del padre, el terrible rey del Gennistán, quien se llevó consigo a las siete hijas, no sin que Botón de Rosa, antes de partir, y sacando a Hassán del escondite en que le había ocultado a la llegada del padre, le dijese:

–Toma estas cuarenta llaves, de otras tantas estancias del palacio, y donde hallarás cuanto necesites, pero no abras por nada del mundo la que tiene esta llave con una turquesa incrustada, porque si lo haces te acontecerá un gran mal.

Desde aquel instante Hassán, solo en aquel inmenso palacio, encontró en este último cuanto bueno y hermoso se puede ensoñar. Los tesoros, las comodidades de las 39 estancias eran dignas del más opulento de los reyes de la tierra; pero la condición humana, que es insaciable y que está espoleada siempre por la más insana curiosidad, le movía tantas veces como pasaba frente a la cerrada puerta número 40 a desear el esclarecer el misterio que la envolvía, no obstante la terminante prohibición de Botón de Rosa. Por fin, el incauto cedió a la tentación y abrió la puerta fatal, hallando primero una obscuridad cimeriana, luego una escalera negrísima

por la que subió a una terraza-pensil cuajada de laureles, mirtos, almendros y glicinas festoneando a un palacio de diáfanas cúpulas donde el cristal, el oro, la plata y la pedrería rivalizaban a porfía, y al lado del palacio un lago verdaderamente celeste, como Khosroes y Kaissar no le viesen jamás.

Embebecido Hassán en la contemplación extática de tales maravillas, vióse sorprendido de allí a poco con la llegada de una bandada compuesta por diez cisnes más blancos que la nieve y que se abatían sobre el lago, mientras que otro cisne mayor, el guión de la banda, se sentaba en un áureo trono junto a la orilla. Un instante después, y sin que el pobre Hassán acertase a explicarse la mudanza, aquellas divinas aves echaron lejos de sí sus mantos de pluma, transformándose en otras tantas mujeres como huríes que bañaron sus cuerpos prodigiosos en las aguas del lago, volviéndose luego a revestir de sus plumajes y a volar hasta desaparecer en el horizonte azul.

Aquello fué un golpe de muerte para el desventurado joven, porque en tal instante, a la vista de la soberana de la banda de cisnes, quedó traspasado su corazón por la flecha invisible del amor. ¡Un amor imposible y absurdo, que, al tenor de la profecía de Botón de Rosa, no podría menos de acarrearle su perdición!

¡Tú, que despreciaste, necio, a las bellas de tu patria terrestre –se dijo, llorando–, tendrás que debatirte inerme con tu corazón hecho vano juguete de las hijas de los genni!

Y, entre lloros, suspiros e inútiles imprecaciones, se le pasó la noche entera hasta la salida del sol. Todo el día siguiente se le pasó también esperando en vano la llegada de la noche y de las mujeres-cisnes, por lo que le sobrevino tal congoja que enfermo, prefiriendo la muerte a tener que dejar aquellos lugares sublimizados un instante por la presencia de su inasequible amor.

En semejante estado y sin que hubiese tomado alimento alguno le encontró al cabo de diez días Botón de Rosa, su protectora, la cual, movida a una compasión sin límites, trató de consolarle diciéndole:

–Si me juras guardar secreto, yo te ayudaré, pero si violas luego tu juramento los dos nos veremos perdidos sin remisión. ¡Haste enamorado nada menos que de la inalcanzable hija del rey de los genni, llamada “Esplendor”, quien, corno sus otras hermanas, viene a bañarse en este lago sagrado de la inmortalidad una vez en cada novilunio, pasando el resto del tiempo bajo su apariencia de blanco cisne, custodiada por un feroz ejército de cinco mil amazonas! ¡Escrita estaba tu perdición! El estado en que te hallas puede costarte, en efecto, la vida, si no te das trazas durante el baño a apoderarte de sus vestidos de ave. Cójelos, pues, con la mayor

celeridad y luego cógela a ella por los cabellos de oro, sin hacer caso de sus amenazas, lamentaciones ni súplicas; bésala pies, manos y frente, y yo cuidaré de haceros conducir a entrambos por los aires hasta tu propia ciudad de Bagdad.

Hassán creyó inacabables los días que mediaron hasta el otro novilunio, día en el cual realizó fielmente el encargo del hada Botón de Rosa, apoderándose de los alados vestidos de "Esplendor", la reina de las mujeres-cisnes, y luego de ella misma. "¡Hassán, el hijo de los hijos de Adán, ama a un ave y es por ella correspondido!", cantaron de allí a poco, a coro, las seis hermanas de Botón de Rosa, celebrando, gozosas, los desposorios de aquélla, la más bella de las diosas, con Hassán, el más gallardo de los mortales.

Esplendor, contrariadísima primero por verse así aprisionada e impotente contra el tan limitado espíritu de aquel adamita osado, había cambiado bien pronto de opinión al oírle recitar versos por él improvisados.

–Pero ¿es poeta? –se preguntaba extasiada–. Pero ¿un mortal puede ser poeta y hablar así el divino lenguaje de los seres inmortales?

No hay por qué describir los cuarenta días así pasados por los dos amantes en aquel palacio de encantos, servidos hasta en sus menores pensamientos por las siete princesas hijas del Gennistán. Al cabo de ellos Hassán tuvo un sueño en el que vió la aflicción de su pobre madre ante la larga ausencia de su hijo, sin saber su paradero ni aun siquiera si vivía o no, por lo cual, comunicando el caso su esposa con las princesas, estas le dijeron que podrían llevarlos a entrambos al lado de su madre, y en efecto, Botón de Rosa, tocando fuertemente el tambor mágico, hizo surgir del suelo toda una potente recua de dromedarios, caballos y mulas, a la que cargó con preciosos fardos y un palanquín para los esposos, con orden de ir por los aires en derechura hacia Bagdad, donde los amantes brazos de la anciana aguardaban ansiosos a su hijo.

Al año justo, Esplendor, que constituía con Hassán todas las delicias de la anciana, dió a luz dos gemelos tan hermosos como el sol y la luna, y Hassán, agradecido siempre hacia sus protectoras, no quiso demorar un instante más el hacerlas la prometida visita, aun valiéndose del consabido tambor, pero no sin encargar muchísimo a su madre que bajo ningún pretexto entregase a Esplendor su manto de plumas, que él le diese a guardar a la anciana, porque en el punto en que tal hiciera podría ella caer en la tentación de volar con sus hermanas-cisnes como antaño.

Por desgracia, sirvieron de poco las prevenciones de Hassán, porque Esplendor, aprovechando un descuido de su suegra, se dio trazas a apoderarse de su caparazón de plumas

de cisne, y cobijando bajo sus alas a sus dos niños, de un vuelo abandonó la ciudad de Bagdad con rumbo hacia la inaccesible isla de Wak-wak, donde dijo podría encontrarla su esposo cuando regresase.

***

El resto del delicioso cuento guarda cierto paralelismo con el que vendrá en el capítulo próximo relativo a la isla de Wak-wak, por lo que le interrumpimos aquí, aunque no sin apuntar que en él se ve la filiación de cuantas leyendas europeas relativas al Caballero del Cisne, Helios o Lohengrin corren por la literatura, incluso la poesía inmortal de Rubén Darío y la gran obra musical de Wagner con este título, obra apoyada (cap. VII, tomo III de nuestra *Biblioteca de las Maravillas)* en la leyenda del Brabante que estudia el sabio Bonilla y San Martín en su *Mito de Psiquis*[77]. ¡Sólo en la isla de Wak-wak, Isla Blanca, Aroma de las Columnas de "La Ciudad de Bronce", o Isla hiperbórea e imperecedera del primero y más sagrado Continente, o sea el Continente Polar, puede, en efecto, según *La Doctrina Secreta,* "averiguarse lo que no se sabe", y encontrarse el gran "Libro de la Palabra Perdida", de tantos y tan augustos mitos!

En cuanto a la alquimia física y moral que fluye del cuento, ella es digna de un Paracelso o de un Lascaris[78], porque el Arte hermético tiene en *Las mil y una noches* más precedentes de los que a primera vista pudiera creerse, desde que "Esplendor", la Divina Luz de la justicia, volara al cielo como Astrea, después de haber dado a luz en este mundo a los dos gemelos inmortales del Sol y de la Luna, o sean los grandes y los pequeños Misterios iniciáticos. No hay que olvidar, en efecto, que el sublime "Esplendor" de la esposa de Hassán al Basri (prototipo Curador, este último, de los esenios del Líbano, a los que perteneciera Jesús) es algo que Hassán recibe donado en cierto modo, como hemos recibido nosotros antaño los tesoros de nuestras facultades todas en el "Palacio de las 40 puertas" de nuestros padres, pero que llegados ya al periodo de la razón, nos vuela al cielo o "isla de Wak-wak", adonde tenemos que subir penosamente para encontrarla con todo el complicado y heroico esfuerzo que se verá descrito a su tiempo en el *Libro de las Iniciaciones.*

CAPÍTULO XIII

Termina el gran mito de Aladino y comienza el libro de los efrites o genios aéreos

Historia espléndida del príncipe Diamante y de la isla de Wak-Wak.–El gran enigma.–Seif-Almuluk y la hija del rey de los genios.–La *Yatshini-Vidya* oriental o dominio sobre los elementales.–El príncipe Schamshah y el gamo fugitivo.–E1 rey Kamús bajo el árbol de la Sabiduría.–El tamborcito mágico y la princesa Mohra.–El derviche necromante y los tres caminos para la blanca ciudad.–Los gamos de Latifa la hechicera.–"Las cuatro cosas heredadas".–Al-Gimurg, el gigante volador.–Los reyes consortes Piña y Ciprés y su tragedia amorosa.–Las viejas y la Vaca astral cuyo excremento produce la clarividencia.–Brujas y vampiros.–Correlaciones del cuento, entre otros, con el de "Yamlika, princesa subterránea".–Siempre el problema de la Esfinge.–La montaña de Kaf, el Kafaristan y el Ladakh o Pequeño Tíbet en los tiempos modernos y en las leyendas antiguas.–La isla de Wak-Wak, en su sentido simbólico, es la "Logia Blanca".–La *Rosa Marina* y la joven princesa de China.–Tohfa Alkulub, lugarteniente de los pájaros.

La *Historia espléndida del príncipe Diamante,* muy enlazada con la del anterior capítulo, puede considerarse como una décima versión del mito aladinesco (siquiera sea por el tesoro mágico que el héroe encuentra camino de la isla suprema de Wak-Wak, *kaba* o *kawa* misteriosa más relacionada de lo que parece con la *Vaca* ocultista que llevamos largamente estudiada en *De gentes del otro mundo),* hasta el punto de que en la historia que seguidamente vamos a dar en extracto, tomándola de las admirables e "inéditas" de la traducción Mardrús, aparece la heroína *Piña* como hija de un rey de la primera o más excelsa región de los *efrites* o *gennis* del aire, siendo aquélla tan invisible, como tal *gennia,* que para poder verla y gozar de sus encantos, el fúnebre rey *Ciprés,* saltando la barrera que desde la Caída separa al mundo de aquéllos del mísero de los hombres, ha precisado antes darse bien los ojos con el "colirio astral" del excremento de la "sagrada Vaca", que produce, al decir del texto, la clarividencia.

De otros seis tesoros se habla también en "la espléndida Historia", a saber: la Espada y la Flecha o Lanza mágica del rey Saleb o "Melkisedec"; el Escorpión de Soleimán o Salomón; el hacha de piedra de Tammur ben Kadmur; la gran Perla Roja de Gamila, y la "ciprianesca" Boñiga de la Vaca, con más el Aceite de la Serpiente faraónica, sentando así el precedente de los más poderosos talismanes que después de los parsis primitivos han jugado en todas las mitologías, tales como la Lanza, Espada, Piedra y Aceite del caldero de los Tuatha de Damand (cap. VII de *De gentes del otro mundo);* la Lanza de los Pactos de Wottan, la Espada

de Sigfredo, el Anillo y el Oro de los nibelungos y el bebedizo de Hagen *(Wagner, mitólogo y ocultista);* el Anillo de los Ducs y la Espada florentina, etc., etc.

Todos estos tesoros y muchos más, son débiles recuerdos de los infinitos que la Magia, tanto buena como mala, puede obtener de la *Yatshini-Vidya*, comercio con los genios del aire o bien su dominio sobre ellos, que dicen los orientales.

Pero no anticipemos los comentarios sin antes dar el precioso texto, un tanto confuso en sí por su excesiva extensión en el texto de Mardrús como por las manos sucesivas que ha recorrido de pueblo en pueblo hasta llegar a nosotros, el antiguo mito, mito que, con sus derivados, cierra en esta nuestra obra el *Libro de los entes de lo astral* (habitantes de las aguas, la tierra, el fuego y el aire, como llevamos visto), para abrir el *Libro de las iniciaciones,* que viene después.

He aquí el extracto del complicado y simbólico mito:

VERSIÓN DÉCIMA DEL MITO DE ALADINO[79].

(Historia espléndida del príncipe Diamante)

El joven príncipe Schams, o *Sahamssah,* superaba al propio Khosroes Anuschirwam en su ideal supremo de justicia, y al gran Halim-Tai[80] en generosidad, tanto que se le llamaba por sus prendas el príncipe Diamante. Cierto día en que distraía sus ocios cazando en lejana selva vió un gallardo gamo que no parecía sino burlarse con su ligereza de su pericia sin igual de cazador. Éste, ciego por poseer animal tan bellísimo, se lanzó en su seguimiento a todo correr de su caballo, y corrió tanto, que le sorprendió la noche y todo el día siguiente y otro más sin poder alcanzarle, hasta que, llegados perseguidor y perseguido a un delicioso jardín mil veces más hermoso que el de Rizwán, le detuvo el paso un alado guardián de aquel lugar paradísico nunca soñado por la imaginación del hombre, y que le condujo, cuando supo quién era, a la presencia venerable de un anciano que, con su manto y corona real tirados a un lado despreciativamente, estaba medio desnudo y meditando bajo un prodigioso árbol.

–Yo –le dijo el anciano al extraviado príncipe– reinaba antaño, como tú hoy, en la tierra de Babil. Tengo siete hijos que también son actualmente otros tantos reyes, y has de saber que existe además en las lejanas comarcas de Sinor y de Ma-sinn una princesa de mi sangre, hija del rey Kamús, hijo de Tamur, llamada Mohra, que quiere decir "la única", por sus dotes personales como por su sabiduría, y que a todo el que alcanza a llegar hasta ella le propone este enigma: "¿Qué relaciones hay entre *Piña* y *Ciprés?* Al que responda bien le otorga todo

su amor, pero al que no contesta le hace decapitar. Yo, hace ya muchos años, medito aquí, en vano, acerca del enigma, y feliz tú si al fin logras averiguarlo un día.

Así habló el regio anciano, y el príncipe Schams, loco de amor ya por sólo lo que acababa de escuchar acerca de la princesa Mohra, besó los pies del anciano y abandonó aquel paraíso. Al salir le encontraron sus servidores, que ya le lloraban perdido. "¡Iré yo mismo hasta la princesa, solo y sin previas embajadas, e intentaré, para obtener su amor, el resolver el enigma! –se dijo.

Anda que te andarás el solitario y regio viajero siguió no se sabe cuántos meses el camino que le trazara el anciano, hasta que ya un día en que estaba a punto de caer exhausto alcanzó a ver una ciudad y un palacio más alto que una montaña, palacio almenado por los millares de cabezas de reyes y de príncipes que fracasaran en la loca aventura. Sobre la cerrada puerta de oro de la ciudad lucía un tamborcito exornado de pedrería, igual que sus palillos, y una inscripción: "¡Toque, si sabe, este tambor el hombre de sangre real que desee ver a la princesa Mohra, reina de estos dominios"[81]. Al mismo tiempo halló a su lado al anciano rey Kamús, que había llegado solícito para ver si con sus consejos podía salvar a Schams de una muerte segura. El noble anciano, antes de que Schams se lanzase a la aventura temeraria, le aconsejó que, para prepararse y purificarse, aguardase al menos tres días. Después Diamante se lanzó a tocar el tambor de un modo tal que hizo retemblar hasta sus cimientos al castillo y a toda la ciudad, cuyas puertas se abrieron por sí mismas dejando paso franco al héroe. Pero éste no por eso vió a la princesa Mohra, pues que entre la ciudad y su ciudadela corría bajo jardines deliciosos un canal profundísimo, en el que el rey se arrojó sin titubeos para ganar a nado la otra orilla[82], donde, en efecto, pudo ver sin ser visto a la princesa rodeada de sus ninfas y en todo el esplendor de su hermosura, hermosura que le cegó los ojos y se le clavó en el corazón.

Dispuesto a jugarse el todo por el todo y fingiéndose loco salió de su escondite el príncipe, y fue tal la sorpresa que produjo en Mohra y en sus ninfas su hermosura, que exclamaron a porfía: "¡Es un ángel, es un ser caído del otro mundo!" Y *Rama de Coral,* la nodriza de Mohra, le acogió compasiva diciendo: "¡Sí, es un loco, es decir, un santo!"[83]. Como tal loco-santo se le dejó vagar a su plena libertad por el jardín.

Rendida de amor por el joven *Rama de Coral,* le hizo bien pronto su confidente, y así pudo saber éste cuanto podía interesarle para sus planes futuros, esto es, que bajo el lecho de marfil de la princesa dormía todas las noches, guardándola o más bien vampirizándola, un negrazo descomunal y sombrío, huido de la ciudad de Wak-Wak, y para que nunca lograse el amor de un príncipe digno de ella había inventado, para alejarlos a todos, el famoso enigma. "¡Tienes –le dijo–, pues, que ir, si quieres conquistar a la princesa, hasta dicha ciudad de Wak-Wak!"

Inútil es añadir que al saber esto, el joven se puso inmediatamente en camino de la ciudad remota.

No tardó Diamante en tropezar en sus ciegas andanzas con un hipócrita derviche de verdes vestiduras, que le salió al encuentro y a quien aquél, engañado de sus virtudes por su traje, le suplicó le condujese si sabía hasta Wak-Wak, como Khizr, el guardián, lo hiciera antaño con otros viajeros heroicos.

En el centro de la montaña de Kaf, del Kafaristân, allí donde por dentro y por fuera habitan los genn, los mareds y los efrites –le dijo el derviche–, se halla la ciudad que buscas y para la que, después de viajar un día y una noche, hay tres únicos caminos. Si tomas el camino de la izquierda, que es el mejor, sufrirás grandes molestias y vejaciones; si el de la derecha, te arrepentirás acaso de seguirle, y si el del centro, algo muy espantoso te acontecerá. –Y cogiendo un puñado de polvo añadió: –¡Que me vea yo reducido a polvo si tú llegas a la meta ansiada!

El joven creyó, sin embargo, mejor tomar el camino del medio, donde bien pronto vió que reinaba siempre un viento huracanado imposible de contrarrestar. Para huir de tal angustia, trató el príncipe Diamante de penetrar en un jardín cuya puerta estaba cerrada por un enorme bloque de granito que a duras penas logra remover, venciendo al negrazo que le custodiaba. Allí ya en el jardín le sorprendió el ver manadas enteras de gamos con cuernos de oro incrustados de piedras preciosas, con ricos ropajes bordados sobre los lomos y con brocados de tisú al cuello, haciéndole extrañas e inteligentes señas de que no siguiese. A pesar de ello el intrépido sigue y se encuentra con la joven Latifa[84], seductora hechicera que, después de contarle su larga historia, aquí omitida, le invita en sus seducciones a que renuncie a su empresa y se quede con ella feliz. En un momento de ofuscación pasional el joven la sigue; pero ella, empuñando pérfida un báculo en forma de serpiente, pronuncia sobre él ciertas palabras mágicas que al punto le convierten en un gamo más de los del jardín. Consciente el joven, aunque tarde, de su desgracia, gamo ya, y todo, salta la tapia para huir; pero se vuelve a encontrar mágicamente siempre incorporado a su rebaño en el encantado jardín.

Por fin se escapa el metamorfoseado joven por unos bancales, cayendo en un segundo jardín: el de Gamula, hermana menor de Latifa, quien, compadecida de su estado, le da a comer cierta hierba seca de su electuario mágico, y tirando del áureo cordón o collar que del cuello del cérvido pende, logra restituirle a su primitivo sér. "¡Quédate a mi lado, oh hermoso joven!", le suplica con apasionadas lágrimas la ninfa; pero el joven, consciente de su misión errática, se niega, y entonces ella le da siete trajes de lino y "las cuatro cosas heredadas", quiero decir, el *Arco de oro,* del profeta Salch, cuya flecha traspasa la coraza más fuerte; la

Espada de acero, capaz de hender hasta las rocas; el *Escorpión de Soleimán,* cuya picadura es mortal e instantánea; y, en fin, el *Puñal de jade de Tammuz,* que preserva a su poseedor de todo ataque, por la virtud oculta de su hoja. Gamila añadió estas palabras: "¡No podrás, a pesar de todo, llegar a Wak-Wak si no te ayuda en tu empresa mi tío Al-Simurg, ni a este último tampoco podrás acercarte siquiera a menos que estés congraciado con Tak-Tak, el negro custodio de mi tío, regalándole las cuatro cosas dichas!"

Aquí vienen luego en la historia las mil peripecias, tales como el encuentro con los 40 negros, a quienes vence merced a la espada, y con Mak-Mak, otro negro a quien despacha gracias al puñal, y hasta con Tak-Tak mismo, jefe de todos, al que remata con las flechas del Arco, extrayéndole luego su corazón malvado la propia reina Aziza, a la que tenía esclavizada, y quien, libertada, hace profesión de fe y de amor al joven príncipe.

Después siguen las aventuras del jardín de Al-Simurg el volador, gigante que, según su sobrina, le habrá de mostrar su agrado si al despertar abría el ojo derecho y su temible odio si abría antes el izquierdo, pero que despertó abriendo los dos a la par y tratando de humillarle. Sin embargo, al ver las armas invencibles de Diamante, el gigante aéreo se le prosterna como siervo: "Qué vienes a buscar aquí?", le dice humildísimamente, e informado, se decide a servirle de guía hasta Wak-Wak, a través de desiertos y peligros, añadiendo: "Buscaré algunos asnos *(kababs)* para mi merienda, y yo mismo te llevaré sobre mis hombros a nado sobre los siete océanos que habremos de atravesar." Y diciendo esto, tomó viento por sus deformes narices, e inflándose como un globo, hizo buque de su propio vientre, emprendiendo, con su carga, la ruta de Occidente.

Llegan así los dos viajeros, a los siete días, a la Ciudad de Wak-Wak, patria del sombrío negro de cabe el lecho de marfil de la princesa, y allí el gigante Al-Simurg le deposita blandamente, entregándole como talismán un mechón de pelos de su barba para que pueda evocarle en momentos de angustia. Diamante encuentra a Faraz, gallardo joven con quien hace recíproco pacto de sangre, y por él averigua también, espantado, que allí está ordenado por el rey el que sea matado en el acto quien pronuncie las dos palabras: *Piña* y *Ciprés,* nombres respectivos del rey y de la reina. Diamante va hasta el rey, a quien regala la enorme perla roja, quinto de los talismanes de Garnila, y después de contarle su vida de viajes y peligros le hace la terrible pregunta consabida, a lo que el rey monta en cólera y le condena a muerte, no sin obligarle a presenciar una escena necromante de su esposa *Piña* ante la cabeza cortada de un negro. Pero constreñido por la magia del talismán, al fin le cuenta toda la historia, que se reduce, en compendio, a que *Piña* era la hija de un rey y había sido regalada al rey Ciprés por dos viejas ciegas a quienes éste había sacado de una cisterna donde las entraran

los genns de la Primera Región del aire. Las viejas, en efecto, le habían revelado que en tal sitio de no sé qué río pastaba una vaca roja y blanca, cuya boñiga, pasada por los ojos de cualquiera, le producía la clarividencia[85]. Gracias a esta inapreciable facultad pudo encontrar Ciprés a la oculta *Partícula de Belleza,* por otro nombre *Piña,* hija de un gran rey de aquellos *genus* prodigiosos, con quien vive feliz una luna entera[86], al cabo de la cual el padre los sorprende y condena a la hoguera; pero ungidos ellos por el aceite de la serpiente faraónica, se encuentran en medio de las llamas tan frescos como en un jardín de Irem. Respetados así por los genni, sus súbditos, desde entonces, son llevados triunfalmente por los aires en carro de oro a Wak-Wak.

–Una noche, después de esto –añadió el rey Ciprés–, advertí por la frialdad de las manos y pies de mi esposa Piña, que ella, sin duda, era bruja, y como tal viajaba de noche en su doble a larguísimas distancias, cosa que corroboré al pasar y ver en mis cuadras flacos y extenuados a mis caballos del viento"[87]. Escupiendo la siguiente noche el narcótico de *bruz* que me daba, pude seguirla hasta una derruida casa en medio de un desierto espantoso, donde siete negros genios le aguardaban para gozar de sus favores, con no poco placer de ella. Ciprés mató a cinco de ellos y se llevó vivo al sexto para decapitarle en presencia misma de la infiel, pero se le escapó el séptimo, que en las comarcas de Sinn y Masinn del rey Tammur ben Kadmús se ocultó, y oculta hasta hoy, bajo el lecho de la princesa Mohra.

Sabido ya esto el joven, que era todo cuanto necesitaba saber, se despide de Farah, su hermano de armas; quemando pelo del gigante, retorna a través de los siete océanos como había venido, y luego a las moradas de Aziza, Gamila y Latifa hasta la ciudad y castillo de Mohra, el de los millares de cabezas cortadas; repica el tambor de la entrada como antaño, y da la respuesta del enigma de las relaciones entre *Piña* y *Ciprés*, o sea que no podían ser peores que lo que eran porque eran las de un hombre y una gennia hija de gennia, habiendo merecido aquélla ya su justo castigo. "Quién te ha enterado de lo que no debe saber una virgen?", le dice su padre el rey, encolerizado, y entonces el sexto negro es descubierto y decapitado, mientras que el príncipe Diamante con sus cinco esposas se presentó triunfal en la corte de su padre, que ya le creía muerto muchos años ha. La descendencia de Diamante fué luego la más maravillosa de todas las de la tierra…

***

El entronque del cuento del príncipe Diamante está por un lado en el de la princesa subterránea Yamlika y por otro con los demás del capítulo XI[88]. En uno como en otro se ofrecen a la perplejidad del héroe los "tres Caminos únicos de la vida", a saber: el de la Izquierda o de la Magia negra, aconsejado por el hipócrita derviche como el mejor, pese a sus

crueles resultados postreros; el de la Derecha o de la Magia blanca, en el que tantos retroceden aterrados, y "el de la Vulgaridad" o del centro, camino ancho y espacioso seguido por la inmensa mayoría de los humanos, camino que les expone, como a Diamante, o como a Apuleyo del *Asno de Oro,* a verse transformados en bestias por las Labas o Lalifas del mundo, como también viésemos en la Ciudad muerta del mito del Príncipe Beder, al tratar de los mareds en el capítulo VIII. Del mismo modo en entrambos cuentos aparece "el escorpión, el anillo salomónico y las demás joyas mágicas consabidas"; el enigma de "quién?", "cuándo" y "dónde", característico de todas las Esfinges del Misterio; la gran isla de Wak-Wak, o de los siete Mares, por otro nombre la Isla Blanca, que sólo puede ser abordada por quien sea "señor ya de hombres, genios, aves y cuadrúpedos"; el venerabilísimo Offan o Kanúm, meditando como el Buddha bajo el Árbol de Bodhi o de la Sabiduría inalcanzable; los miles de monstruos de los cuatro reinos que oponen resistencia al respectiva héroe; el poderoso genio Khizr o Al Simurg, verdadero señor del Viento; los tratos de aquéllos con hijas de los genios y sus peligros consiguientes, hasta obtener por la Yatshini Vidya, como se ha dicho, el poder sobre ellos; el bloque que cierra la entrada, como en el cuento también de *Juanillo el Oso,* etc., etc. Pero sobre tales concordancias tiene varios detalles de inestimable valor que conviene puntualizar.

Es el primero de estos detalles la presentación, al comienzo, del consabido gamo (o *damas* en latín), símbolo de la insana curiosidad del candidato a la iniciación y también del culto lunar de Diana (la Luna). Gracias a ello, tropieza al fin el héroe, bajo el árbol de Bodhi, al Maestro de Sabiduría, de quien recibe los informes o enseñanzas de Ocultismo para su camino. Su desprecio hacia las pompas del mundo está expresado por el cetro y corona dejados a un lado, cual las despreció Sakyamuni. Al empezar el candidato a recorrer el sendero, se le opone en el acto el formidable enigma de esta vida, pues que, como luego se ve, la relación entre *Piña* y *Ciprés* es sencillamente la de este con esotro mundo de lo astral y de sus genios, que es este mundo mismo, aunque invisible, a menos de que purifiquemos nuestros ciegos ojos, logrando la clarividencia, con la "boñiga" de la Vaca, es decir, con lo más inferior y pobre de la Doctrina Lunar o de Io, precedente de la Solar, que sólo se obtiene con el trato y asimilación perfecta de la Sabiduría Perdida.

"En el centro de la montaña de Kaf (o sea en el Kafaristân y el Ladak o Pequeño Tíbet)[89] está la ciudad blanca o del Wak-Wak" (la verdadera *Kaba* o clásico centro iniciático parsi e hindú), le dice al héroe el derviche; y, en efecto, allí está para nosotros los teósofos modernos, pues que allí viven, retirados del mundo y entregados tan sólo a velar por la desvalida Humanidad, algunos Adeptos sublimes de la Logia Blanca –que es la blanca y simbólica

Wak-Wak de la tradición aria y seguirá siéndolo mientras aliente la raza augusta de nuestros progenitores–. Una atenta lectura de la vida de H. P. Blavatsky en el capítulo VII, que a su viaje al Ladakh consagramos en el libro *Una mártir del siglo XIX,* nos dispensará aquí de más explicaciones acerca de esta asombrosa enseñanza, más que "simple coincidencia" al uso, de algo tan consolador y sublime como la indudable existencia, ayer, hoy y siempre, de esos Maestros o Mahatmas, "protectores muros de diamante de la Humanidad" contra las insidias astrales que quieren precipitarnos… ¡Qué asombrosa profundidad filosófica e histórica no encierran, pues, los pretendidos "cuentos de niños" de ese libro de *Las mil y una noches,* cuyo verdadero nombre de IOOI ("mil una" y "noche") no es sino el de VELO DE ISIS, como en la Introducción dijimos!

***

El segundo inestimable detalle del cuento de Diamante es el relativo al vampirismo necromante de la reina Piña, vampirismo que tiene su eco en la *Historia del joven de la yegua blanca,* que es como sigue:

"Sidi Nemán, gran amante de la soledad, ve en el mercado de esclavas cierto día a una blanquísima y rubia joven de las islas del Norte, a quien liberta desposándose con ella. Lo que más le sorprende pronto en la esposa es que sólo come al día cuatro granos de arroz. Preocupado, la vigila y advierte al fin que, por las noches, después de propinarle un narcótico, escapaba como un fantasma a través de las calles, y luego de los campos deshabitados, hasta el lejano cementerio segundo de la ciudad. Ya allí, presa el joven Nemán del mayor de los espantos, ve acercarse a su esposa la forma sepulcral de un terrible ghula que la ofrece un cráneo humano recién separado de su tronco, y en el que la pérfida, que aparentaba no comer más que cuatro granos de arroz, clava los dientes con fruición de hiena, royéndole entre mal comprimidos gritos de fruición. De repente advierte la presencia de su esposo, y, lanzando un terrible conjuro, le transforma en perro y le echa a puntapiés. El pobre Sidi Nemán, así metamorfoseado, no tiene otro recurso que el de refugiarse en una carnicería primero, y luego, por los malos tratos del carnicero, en la panadería de enfrente, donde el panadero se apiada de él. Días más tarde, una compradora trata de hacer pasar una moneda falsa de plata, y el inteligente perro la rechaza con su pata entre el asombro general. Para convencerse aún más el tahonero de la misteriosa virtud de su perro, hace traer todas las monedas falsas que puede, las cuales al punto fue separando éste de igual manera. Una vieja que ve el prodigio le dice: "Sígueme." Y ya en su casa, por el acostumbrado procedimiento mágico que es del caso, su hija, que es bruja, le restituye a su primitivo ser de hombre y se casa con él, no sin antes convertir en yegua a la perversa."

Por supuesto que todos los cuentos de este capítulo vienen a constituir algo así como el precedente de las necromancias que se leen en el *Conde de Gabalis,* por el funesto comercio de los hombres con los entes de lo astral, comercio que a tantos infelices ha perdido.

***

La isla de Wak-Wak, que se ve en cuentos anteriores al de *Diamante*, aparece también en el siguiente, primero de la serie de *los efrites* o sílfides aéreas, y que llevan por título *Historia de la joven Obra maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros.*

"Ishak Al Nadiun –dice el cuento– era un prodigioso maestro cantor de Mossul, encargado de aleccionar en música y canto a las mujeres del harem real y compañero de copa del califa Harún Al Raschid. Un día, en unión de Al Faze, hermano del visir Giafar y de Lunus el letrado, giró visita al mercado de mujeres, donde el anciano aprovisionador le presentó a una cantarina deslumbradora llamada Tohfa Al Kulub u "Obra maestra de los corazones", que rechazaba a los más ricos y generosos compradores de esclavas, quienes llegaron a ofrecerla hasta treinta mil dinares. Ishak al oírla se desmaya de asombro, diciendo: "¡Pero si canta infinitamente mejor que yo!", porque, en efecto, era tal su maestría, que alcanzó a producir el llamado baile extático, o éxtasis de la danza sagrada, a un jeique venerable, y –¡más aún!– hasta conseguía hacer bailar a las cosas inanimadas.

En vista de tales cualidades el califa la recibió como favorita, tomándola tal afecto, que acabó por poner en sus manos los destinos todos del reino; pero ella, viendo caer en el jardín la manzana olorosa de la antigua favorita Sett-Tobeida, exclamó: "¡No quiero que el rey pase más que una noche conmigo cada luna!" Porque conviene añadir que Tohfa Al Kulub no era una mujer propiamente dicha, sino una gennia más bien, de la innumerable cohorte de las sílfides haladas, que tenía otras tres hermanas casi tan admirables como ella: Gamza, Scharaza y Wakhima, casadas, respectivamente, dice el texto de Mardrús, con los tres jefes de los efrites aéreos: Al-Schisbán, Maimún y Eblis.

Gracias a semejante y halada condición, Tohfa Al Kulub pudo enseñar como nadie los divinos cantos del más aéreo y celestial primor, entre ellos el canto de la rosa, el de la violeta, el del narciso, la albahaca, la alhucema, la manzanilla, la anémona, el nenúfar, el jazmín, el alelí y demás plantas admirables de las que embellecen montes, valles, prados y jardines, y asimismo los cantos de la golondrina, el búho, el halcón, el cisne, el cuervo, la abubilla, la abeja y la mariposa, sin contar el de mil otras aves, insectos y cuadrúpedos, los cuales al oírlos quedaban extáticos también y como petrificados por el placer…[90] ¡El lenguaje entero de las aves podía enseñar y enseñó, en efecto, la mágica y hermosísima Tohfa Al Kulub, y la

misma misteriosa reina Kamariya, prendada de tales encantos, iba sigilosamente a verla mientras dormía.

Todos aquellos entes excelsos llevaban sobre sí una maldición –¡la terrible maldición de Eblis!– por no haber querido antaño, en los principios del mundo y del hombre, cambiar su vaporosa y de ordinario invisible figura, tomando la forma y los penosos deberes de los hombres, y desde que la sublime Tohfa era la amada del sultán el palacio entero estaba lleno de ellos, quienes invisibles penetraban por doquiera: por las chimeneas, por las ventanas y hasta por los retretes y cisternas. Un alado caballo restituía luego a la reina Kamariya por los aires a su palacio de nubes, palacio que guardaba en sus indescriptibles jardines todas las soñadas bellezas del Edén, y había regalado a Tohfa hasta la cantidad de 12 armarios llenos con las más preciosas cosas de la tierra y del cielo.

El cuento, como vemos, se detiene en el más grave problema ocultista que cabe imaginar: el de la "Maldición o La Caída", que es uno de los mitos más desnaturalizados del pasado sabio, porque, como se deduce lógicamente del gran tema de Prometeo, el caído, el rebelde, es siempre más excelso que el fiel, el sumiso y el desprovisto de voluntad titánica, "capaz de conquistar el cielo por la violencia", o sea por su esfuerzo, como dice el Evangelio, por lo que, en el mito satánico, Lucifer, "el portador de Luz" o "Phosphoros", rebelde y gallardo, aunque caído y metamorfoseado en Satán, lucha con Miguel y su hueste *(Apocalipsis),* siendo por entonces vencido, aunque haya de quedar ciertamente como vencedor en la consumación de los tiempos, en el día en que "el mandil del herrero", que dice el poeta geógrafo Elíseo Reclus, vuelva a ser el estandarte de la Persia (léase "del mundo") al tenor de este lindo mito suyo con el que cerramos el capítulo:

"El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos persas, destinados a sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido, y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión narrativa, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diez y siete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh, enarbolando su mandil de herrero en un palo, y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zoliak: el

monstruo, acobardado, huyó hacia Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años, el mandil de Kaueh fué el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirla de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los musulmanes cuando el formidable choque de Kadesich, y que los vencedores se repartieron los restos; pero "no era aquella la bandera verdadera", se dicen los persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente también lo esperamos nosotros."

CAPÍTULO XIV

Comienza el libro de los hombres héroes o de las iniciaciones

La paciencia es la base de la Ciencia de la Vida.–El herrero "Maestro Cantor", a lo Hans-Sachs.–Los cinco años del "Silencio Pitagórico".–Los "acusticoi".–La variante de la "Historia del duodécimo capitán de policía".–Mahomed, Ali y Mahmud con el maestro-derviche y su libro mágico.–La leyenda del Niño-testarudo.–Los testarudos geniales.–La eterna leyenda de los rebeldes que chocan con su medio ambiente.–La previa Noche Espiritual del candidato.–La historia del "Libro Mágico", o sea del "Libro de la Vida".

Aunque a nuestro juicio y por las razones comenzadas a apuntar en el prólogo mismo de estos comentarios, todo el gran conjunto simbólico-literario de *Las mil y una noches* es, a bien decir, un libro iniciático de los más hermosos y más antiguos, hay una parte de él –la que comenzamos con el presente capítulo– que es iniciática genuina, y que, como tal, por los supremos esfuerzos que la adquisición de sus conocimientos supone para el candidato a la tal iniciación, hemos llamado también "de los hombres héroes", hombres que, según ya hemos visto con Aladino y con otros, se salen, en su valentía, de los límites ordinarios de la Humanidad común, cual si alboraran ya ese mundo superior de los héroes, los semidioses y los dioses, que dijeron los griegos.

Cuento tras cuento, pasaje tras pasaje, pese al caótico desorden con que nos los dan nuestras versiones actuales de la magna obra, se van fijando los jalones demarcadores del camino hacia la iniciación: las condiciones *sine qua non* exigidas al heroico candidato, el cual ha de desafiar impávido, aquí la muerte, allá la locura, acullá las mil otras asechanzas de los seres de lo astral, interpuestos como otros tantos monstruos en su camino y dispuestos siempre a engañarle, devorarle o perderle…

La primera de tales condiciones, que son precisas en su empresa al candidato, es, sin duda alguna, la paciencia; pero no una paciencia cualquiera, sino la paciencia sin límites que tan acabadamente comienza mostrándonos el lindo cuentecito de Mardrús, que dice así, bajo el título de

La parábola de la verdadera ciencia de la vida[91]

Cuentan que en una ciudad entre las ciudades, donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era hermoso y estudioso. Y aunque nada faltara a la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más.

Un día, merced al relato de un mercader viajero, le fue revelado que en cierto país muy lejano existía un sabio, que era al par el hombre más santo del Islam, pues que él sólo poseía tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos. Y se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él. Cuando el joven hubo oído estas palabras entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo y abandonó inmediatamente la ciudad y a sus amigos, encaminándose al país lejano en que vivía el santo maestro, con objeto de ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Así anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y, después de muchos peligros y fatigas, gracias a la seguridad que le infundió Alah, llegó a la ciudad del herrero.

Al punto fue al zoco de los herreros y se presentó a aquel cuya tienda le habían indicado todos los transeúntes. Y luego de besarle la orla del vestido, se mantuvo de pie delante de él en actitud de respeto.

El herrero, que era un hombre de edad, con el rostro marcado por la bendición, le preguntó: "Qué deseas, hijo mío?" El otro contestó: "¡Aprender ciencia!" Y el herrero, por toda respuesta le puso entre las manos la cuerda del fuelle de fragua, y le dijo que tirase.

El nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso a estirar y a aflojar la cuerda del fuelle, sin interrupción, desde el momento de su llegada hasta la puesta del sol. Y al día siguiente se dedicó al mismo trabajo, así como los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en la fragua, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiese una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase ni siquiera murmurase de aquel duro trabajo silencioso.

De tal suerte pasaron cinco años. Y un día el discípulo se aventuró muy tímidamente a abrir la boca, diciendo: "¡Maestro!" El maestro interrumpió su trabajo y, en el límite de la ansiedad, hicieron lo mismo todos los discípulos. El herrero entonces, en medio del silencio de la fragua, se encaró con el joven, y le preguntó: "¿Qué quieres?" El otro dijo: "¡Ciencia!" Y el herrero dijo: "¡Tira de la cuerda!" Y sin pronunciar una palabra más, reanudo el trabajo de la fragua.

Transcurrieron así otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche, el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción y sin que nadie le dirigiese la palabra ni una sola vez. Pero cuando alguno de los discípulos tenía necesidad de un informe acerca de algo, le estaba permitido escribir la demanda y presentársela al maestro por la mañana al entrar en la fragua. El maestro, sin leer nunca el escrito lo arrojaba al fuego de la fragua o se lo metía entre los pliegues del turbante. Si arrojaba al fuego el escrito, significaba que la demanda no merecía respuesta; pero si colocaba el papel en el turbante, el discípulo que se le había presentado encontraba por la noche la respuesta del maestro escrita con caracteres de oro en la pared de su celda.

Cuando transcurrieron diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó en el hombro. Y por primera vez, desde hacía diez años, le hizo soltar la cuerda del fuelle de la fragua, descendiendo a él una gran alegría. Y el maestro le habló, diciendo: "Hijo mío, ya puedes volver a tu país y a tu morada, llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida. ¡Pues todo eso adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia!"

Y le dió el beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado a su país, entre sus amigos, y vió claro en la vida[92].

***

¿Qué agregar al lector conspicuo por comentario de este sublime apólogo, que es seguramente la más pura supervivencia popular del llamado "silencio pitagórico", durante cuyos cinco años el "acusticoi", u oyente, sólo podía trabajar en silencio y escribir sus peticiones al Maestro, como vemos en el relato, peticiones que éste leía telepáticamente o por doble vista, sin necesidad de mirarlas?

La fuerza de una voluntad sencilla e ilustrada –no la terquedad ignorante y animal con la que suele ésta confundirse–, aunada a divino poder de la imaginación creadora que el silencio y la soledad son los primeros en fomentar, constituyen, en efecto –como enseña la Maestra H. P. B.–, la clave mágica más poderosa que existe, porque con ellas nos hacemos dueños de nosotros mismos, dejando de ser juguetes inconscientes de las impresiones del exterior. No hay que olvidar, como dijo Newton, que "el genio es la paciencia", o, como añadió Voltaire, quien es dueño de sí, es dueño del mundo, mundo que nosotros vemos siempre como "paisajes del alma" o "maya buddhista", que diría Amiel.

Y tales categóricos textos los encontramos por docenas en el sublime libro con otros herreros forjadores como el *Sigfredo,* de Wagner, forjándose a sí propio su invencible espada, rota herencia de su padre, a la que Mimo, el despreciable nibelungo, imagen de la gente

vulgar que vive siempre "de los demás, no de sí propio", pretende meramente soldar, mientras que el joven héroe se lanza resuelto a reducirla "a polvo impalpable" para fundirla luego al fuego del crisol de su corazón…

Pero la paciencia y la testarudez del candidato a la iniciación no suele venir como quiera, ni a todos los hombres. Tiene, en efecto, que precederla un estado previo de tristeza, de desaliento, de hastío hacia las cosas de este mundo que vemos y que nos engaña siempre como "uno de los tres enemigos del alma", que diría la doctrina cristiana. El candidato, al atravesar semejante estado, sufre lo que Annie Besant ha descrito con vívidos colores, llamándole "la noche espiritual", o lo que en el simbolismo evangélico de "la oración del Huerto de las Olivas" se pinta como cáliz que el Justo ¡quisiera no beber!…

En semejante "estado crítico", que diríamos gráficamente recordando otro estado igual de los cuerpos antes llamados gases permanentes (o sea el estado que precede a su perfecta licuefacción), el hastío, la fatal inanición del candidato, tiene un remedio supremo: el del libro: ¡el libro iniciático!, al que deliciosamente se alude en el siguiente pasaje de Mardrús, diciendo:

Historia del libro mágico

"El califa Harund al Raschild, sintiéndose aburrido una noche, pidió consejo a su visir, Giafar el Baramécida, quien le dijo sentenciosamente: "Cuando nuestra alma no quiere alegrarse ni con la belleza del cielo, ni con la gloria de los jardines, ni con la dulzura de la brisa, ya sólo le queda al hombre un remedio, y es el libro, porque un armario con libros es el más hermoso de los jardines, y un paseo por sus estantes el más dulce y encantador de los paseos."

Comprendiendo el califa cuán sabio era aquel consejo de su visir, cogió un antiquísimo libro de la biblioteca, y con gran sorpresa de este último, primero se echó a reír a carcajadas, y de allí a poco se puso a llorar inconsolable. "¡Que venga un sabio capaz de averiguar el porqué de estas dos tan encontradas emociones!", exclamó el califa, dando tres meses de plazo para que le fuese buscado el sabio en cuestión. Giafar, conociendo que un hombre semejante sólo podía ser encontrado, a lo sumo en Damasco, se puso inmediatamente en camino para dicha gran ciudad, antes llamada Julag, y también "Grano de Belleza", o sea Scham.

Al décimo día de viaje llega el viajero a la verde llanura de El Marj, frente a la que se alzaba, en las puertas mismas de la ciudad, el célebre "Minarete de la Desposada". Allí le recibe un hospitalario joven, Ataf el Generoso, que le obsequia espléndidamente y le

acompaña por todo Damasco, sin olvidar la Tumba de la Dama, cerca de cuyo edificio ve a una deslumbradora joven regando las flores de su ventana, quedando tan prendado de aquella aparición fugaz, que al punto cayó gravemente enfermo de amor. ¡Era nada menos que la favorita de su huésped, quien, al saber el caso, fue tan generoso cumplidor de las leyes de la hospitalidad que, divorciándose de ella, se la entrega al visitante, entablándose con tal motivo, entre ambos, un pugilato de deferencias tal, que el visir tiene que ceder, aunque rogando a Alah que algún día se le presentase ocasión de corresponder con su amigo como merecía la magnitud de aquel sacrificio. La mujer cae en la cuenta de todo y el visir la dice: "Iremos a desposarnos en Bagdad, pero tu persona será sagrada para mí!" En Bagdad la instala como una reina y son ambos muy felices.

De allí a algún tiempo el naib de Damasco calumnia criminalmente a Ataf, y éste es condenado a muerte; pero logra escaparse, y, disfrazado de pordiosero, viene a Bagdad. Ya en la puerta del palacio del visir quiere pasar un billete a éste, dándose a conocer; pero el estúpido guardián del palacio, creyendo que es un majadero insolente le golpea del modo más cruel. Otro de los guardias, sin embargo, tomó el billete entregándosele a Ojalar, quien, al leerle, cayó desmayado. Entonces los que rodeaban a éste, echando la culpa al osado pordiosero, caen sobre él como fieras, dispuestos a matarle; pero el visir, volviendo en sí, le salva y le recibe, con los brazos abiertos, como al hermano más querido."

Hasta aquí llega la narración, que está truncada, sin duda, por cuanto nada se dice, en efecto, del mágico libro en cuestión que a Damasco fuese a buscar el visir. Hemos consignado, sin embargo, su sumario, porque en él juegan algunos conceptos preciosos.

Es uno de ellos el del libro con el que primero ríe estrepitosamente el califa, haciéndole luego llorar con amargura sin límites. Toda obra maestra de la llamada "literatura festiva", es así. Dígalo si no nuestro *Don Quijote de la Mancha,* con el que ríen los necios y los sabios lloran.

Pero el libro que al califa causaba tan encontrados sentimientos no era otro que "el Libro de los Libros", el *Libro de la Vida,* con el que reímos de jóvenes y lloramos de viejos. Por eso su misterio sólo podía ser esclarecido por el sabio iniciado, en cuya busca aquél envió a Giafar. Por eso también los nombres de *Yahia*, padre de "Grano de Belleza", *El Fadl,* su hermano, *Julag, Scham, Psiquen* y otros aplicados a la ciudad lunar de Damasco, vienen a ser otros tantos nombres frecuentísimos tratándose de iniciaciones. La supuesta renuncia, en fin, que realiza *Ataf el Generoso* –"Ataf" es Fata", el "Fatum" o Hado, latino– no significa lo que la lectura superficial puede dar a entender con cargo a los deberes de la "prostitución hospitalaria parsi", que se ha dicho, sino la transmisión del conocimiento iniciático, o sea la

entrega al Caballero Andante que persigue el Ideal, de la Dama misma que este Ideal simboliza, con arreglo a la diferenciación que llevamos establecida a propósito de la diferente y opuesta manera de interpretar el simbolismo de "La Dama" y "el Caballero", que tiene la Magia Blanca y la Negra; la una, en el sentido de "unión de la Mente humana con su Tríada superior", y la otra, en el muerto simbolismo sexual, con que viene tomándole, por desgracia, la conocida literatura de todos los pueblos.

* **

Después de apurada dócilmente la paciencia, después de hallar el candidato su "libro iniciático" –libro que por las más extrañas e inesperadas vías de la mal llamada *casualidad* viene siempre a sus manos en el momento oportuno–, comienzan para él las terribles pruebas del sendero, "las ordalías de lo astral", que diría Bulwer Litton, ordalías frecuentísimas en todos los cuentos de *Las mil y una noches,* y que de un modo especialísimo se le presentan en historietas acerca de los hombres héroes[93] cual la siguiente

Historia de Mahmud

Mahmud había nacido en ínfima familia y ejercía el humilde oficio de cargador. Cansado un día de aquella su vida de fatigas, con cinco dinares que le dieron en una boda compró un mono a un saltimbanquis, y no teniendo casa ni hogar, pues de ordinario dormía en los soportales de la plaza pública, se fué con su mono a pasar la noche en una casa derruida, encontrándose con la sorpresa de que el mono en cuestión era un lindísimo germ, quien, al punto, le hizo servir, por arte mágica, el más suntuoso de los banquetes. Luego, el supuesto mono le dijo:

Desenvuelve este paquete, que contiene unos gruesos diamantes de incalculable valor. Con uno de ellos te presentarás mañana al rey y le dirás que si no posee él otro diamante igual te tendrá que dar la mano de su hija; pero una vez que le hayas mostrado los diez diamantes y te haya concedido a la joven, te cuidarás muy bien de consumar el matrimonio hasta que yo te lo diga. Obedéceme en todo, pues de lo contrario te puede costar la vida, y me traerás también el brazalete de su nodriza.

Sorprendióse grandemente Mahmud con aquellas revelaciones, y frotándose los ojos, como aquel que no da crédito a lo que ve, se encontró de nuevo, sin saber cómo, y con el mono a su lado, durmiendo entre las ruinas. Pero, al día siguiente vióse, en efecto, con el paquetito de los diez soñados diamantes, iguales, y se encaminó con ellos hasta palacio, sucediéndole punto por punto con el rey lo que el mono le había predicho. El rey, maravillado del prodigio, le

casó con su hija y él, en la noche de bodas, obedeciendo a las indicaciones de su mono, se abstuvo de unirse con su esposa, y cogió con especial cuidado el brazalete de la nodriza de ésta, que vigilante celaba por ella en la habitación vecina, entregándoselo al mono como le había exigido. Sin darse, sin embargo, cuenta de lo que le acaecía, se encontró de nuevo el buen Mahmud durmiendo como el día antes, al lado de su mono, entre los muros derruidos del albergue consabido.

Temiendo perder la razón ante aquellas inexplicable metamorfosis, y habiendo oído decir al mono que todo hombre lleva colgado al cuello su destino, fuese a casa de un astrólogo sabio, quien, una vez tirado su horóscopo, le previno diciéndole:

–¡Infeliz! El mono que te acompaña es un genn, entre los genni rebeldes, que sólo quiere tu perdición. Prendado el infame de la hija del rey, ha querido apoderarse de ella tomándote a ti de dócil instrumento, a fin de que la despojes de su brazalete-talismán que, para preservarla de todo maleficio, le guarda su nodriza. Si quieres evitar, pues, la catástrofe que te amenaza, ve a tal y tal pasaje con este billete que te escribo y que entregarás al rey de los invisibles genios protectores de la humanidad.

Asustado el joven, obedeció al astrólogo y caminó tres noches con el billete en cuestión por los más desiertos y pavorosos lugares donde planta humana jamás halló. Al tercer día de viaje vió, en el desierto, vagar aquí y allá luminosas antorchas llevadas por seres invisibles, las que por sus acompasados movimientos le indicaron al también invisible rey, quien, tomando el billete, al momento hizo traer al mono por los aires y vomitar el brazalete que había engullido. Al volver entre los hombres, Mahmud, sin saber cómo, se vió casado, en efecto, con la hija del rey, heredando el reino de allí a poco y debiendo ser feliz con su esposa el resto de sus días.

Pero, pasadas las primeras embriagueces del trono, vió el sultán Mahmud que estaba ya aburrido de la vida, a pesar de sus magnificencias. Cierta noche en que meditaba acerca del misterio de la existencia y frívolo y pasajero de las glorias mundanas, se le presentó, surgida no se sabe de dónde, la sombra de un jeique del Mogreb lejano. Era el mogrebita un hombre como de centenares de años; su prodigiosa barba blanca le pasaba de la cintura cayendo sobre su antiquísimo cinturón de cuero, su ropaje sacerdotal se desplegaba con majestad suprema, cubriendo un acartonado cuerpo de momia que parecía surgido de una granítica mastaba egipcia. Sólo parecían vivir en aquel espectro de hombre, bajo terribles y fruncidas cejas, dos ojos de fuego en los que fulguraba la inteligencia.

–¡La paz sea contigo, sultán Mahmud! –le dijo con voz sorda el anciano–. A ti me envían mis hermanos los santones del extremo Occidente para hacer que te des cuenta de los beneficios que debes al Retribuidor.

Y sin hacer ni un gesto, avanzó hacia el rey con paso solemne, le cogió de la mano como a un niño, llevándole hacia la cerrada ventana de Lute, de las cuatro que tenía el aposento.

–¡Mira! –siguió diciendo el jaique al sultán, al par que le mostraba la llanura en la que este último percibió un inmenso ejército que se precipitaba sobre la ciudadela desde las lejanías del monte Makattam.

–¡Ha llegado la hora de mi Destino! –gimió angustiado el sultán mientras que manos invisibles cerraban la ventana, abriéndola de nuevo, con el panorama otra vez de la pacífica y opulenta ciudad.

De igual modo el jeique le fué llevando sucesivamente hacia las otras tres ventanas. En la del Este vió primero a la ciudad querida ardiendo por los cuatro costados y en seguida feliz y tranquila como antes; en la del Oeste vuelve a ver a la capital anegada bajo la más espantosa de las inundaciones y luego restituida en un instante a su anterior ser.

Por último, tras la ventana del Norte vió a su Corte raída de la faz ge la tierra, y a un desierto inmenso ocupando su lugar bajo el conjuro del anciano que le dijo lo que se referirá en un nuevo capítulo.

CAPÍTULO XV

Comienza el "Libro de las Iniciaciones" con la descripción de los viajes iniciáticos de Simbad el Marino

Ojeada general a los capítulos que preceden.–Todos ellos, en síntesis, se refieren a los seres de lo astral, es decir, a los elementales de la tierra, el agua, el aire y el fuego, a los que el héroe o candidato a la iniciación tiene que vencer sucesivamente, sometiéndolos a su dominio mágico.–Las ordalías del Sendero.–"Los últimos, los primeros".–El mito del esportillero y sus dos ramificaciones de "El libro de los calendas, con las tres princesas de Bagdad" y el de "Simbad el Marino".–Los siete viajes simbólicos de este héroe.–Primer viaje: la ballena, el anciano de la gruta, las riquezas fabulosas y los timbales invisibles.–Segundo: la Isla deleitosa, el durmiente y el Ave-roc.–Tercero: la Isla de los liliputienses, los palacios de jinas y cíclopes, el árbol de la Tau.–Cuarto: la caída, el Pozo, la vida entre los muertos, el Monstruo marino, la Isla de las campanas, la esclavitud fatal y la liberación.–Quinto: el desastre del Huevo de roc, el anciano vampiro y el Vino de la espiritualidad.–Sexto: camino de Samarcanda y de India, la Montaña inaccesible y el Vaso gigantesco de rubí.–Séptimo: la embajada a Serendib, los ladrones y el elefante del bosque.–Comentarios a todos estos viajes.

Antes de continuar en el examen ocultista del maravilloso libro iniciático de *Las mil y una noches,* conviene que, terminada lo que podríamos llamar primera parte de nuestro estudio y a punto de empezar la parte segunda del mismo, echemos una ojeada general y sintética a los capítulos que preceden.

En el capítulo primero estudiamos la tesis fundamental de la obra, que no es simbólicamente sino la propia del argumento de este terrible drama humano al que llamamos "Vida": un estado de primieval felicidad; el dolor inmenso de una gran caída; la sentencia fatal de muerte que es su consecuencia y, por último, la prolongación indefinida de tamaña fatalidad gracias a los poderes divinos del Hada-Imaginación. El capítulo segundo desenvolvió una variante hermosa de dicho tema básico, con lo que ser ha podido quizá introducción primitiva del gran libro.

En los capítulos sucesivos se ha mostrado algo así como el panorama total del mundo invisible que nos rodea y para cuya visión efectiva y real nos falta, ¡ay!, un ojo: el de la intuición, el de Dagma o el del cíclope, mundo que podemos conocer intuitivamente. Así del III al VIII ("Libro del Pescador y de los Mareds") los temas de los cuentos examinados se han referido siempre fundamentalmente a "los elementales, o espíritus de los elementos, que

habitan en el seno de las aguas", como se han ocupado siempre de los "genni" o "habitantes elementales del seno de la tierra" los capítulos IX al XII, y de los "seres elementales del aire y del fuego", en fin, los capítulos siguientes hasta el XV.

Pero, después de dársenos así el panorama, no muy agradable por cierto, de los seres más o menos perversos que invisibles nos cercan, y a los que hay que vencer si queremos conseguir la liberación de las cadenas terrestres con las que ellos nos aprisionan, viene ahora una segunda parte, más seria e importante: la relativa a "las iniciaciones", o sea a la manera única que tiene el hombre –¡sér divino, venido del espacio sidéreo y triste peregrino en este mundo, que transitoriamente le aprisiona por su cuerpo de barro–, de vencer y someter a su pleno albedrío a esta caterva de terrestres entidades, cual simbólicamente lo realizaban los caballeros andantes de la leyenda con los endriagos, vestigios y demás monstruos, estos mismos monstruos que pretendieran cortarles el camino.

De aquí el titulo de "Libro de las iniciaciones" que asignamos a esta parte segunda, libro apoyado desde el primer momento en un célebre personaje: el mozo de cuerda o el joven esportillero, el cual corre parejas con el pobre pescador Juanillo antes visto, hasta el punto de que, para nosotros, entrambos constituyen un personaje único, prototipo de todos los desheredados de aquí abajo, quienes, sin embargo, arriba, fuera ya de la Tierra, serán los privilegiados y preferidos, al tenor de la sentencia ocultista de Jesús cuando enseña que "en el reino del Padre –o sea en "el otro mundo"– los últimos son los primeros".

Y este personaje extraño, triste, solo, ignorante, despreciado y mísero, paria de la sociedad y de sí mismo porque está comenzando, a bien decir, la iniciática carrera de la vida, se halla dotado, sin embargo, de nativa espiritualidad con la que, como único bagaje, se presenta en la escena iniciática buscando al que ha de enseñarle bondadoso el camino donde le aguarda, cruel, tanta y tanta lucha. ¡Y, como le busca, le encuentra, empezando para él así la terrible ordalía del Sendero!

De este tronco único surgen al punto dos grandes ramas; al describir las andanzas iniciáticas del "esportillero-candidato": la representada por "El libro de las aventuras del esportillero con los cinco calendas y las tres princesas de Bagdad", que suele verse al comienzo de los textos y que nosotros daremos en el capítulo próximo, y el de *Simbad el Marino,* que describe los "siete viajes iniciáticos del héroe", aunque trastrocándolos y disfrazándolos, como sigue:

Historia de Sindbad, el marino[94]

Bajo el reinado del califa Harum-al-Raschild había en Bagdad un pobre esportillero llamado

Hindbad, quien cierto día, fatigado de su trabajo, se sentó frente a una magnífica casa, de la que salía un delicioso tufillo de banquete y en la que se oía gran algazara y concertadas músicas. Acercándose, le dijeron los criados que su dueño Sindbad daba una gran fiesta después de haber recorrido con su buque todos los países que el sol alumbra.

–¡Poderoso Creador de todas las cosas! –exclamó Hindbad, sin poderse contener–. ¡Que unos tengan tanto y otros tan poco! ¡Esto no es justo!

No había acabado el esportillero su frase de despecho, después de dar una gran patada en el suelo, cuando un criado llegó a hablarle, conduciéndole al banquete de parte de su señor, que le había oído. Este último, haciéndole sentar a su lado entre otros muchos comensales, le dijo:

–Quiero sacarle de su injusticia y de su error pensando que todo esto haya podido adquirirlo sin trabajo. Oíd mi historia y juzgaréis.

Entonces el anfitrión contó sus aventuras en estos términos:

"Yo había heredado de mi familia cuantiosos bienes, que disipé en mi loca juventud. Entrando luego a cuentas conmigo mismo, comprendí que las riquezas, como dijo el rey Salomón, eran perecederas, pero que era el colmo de las desgracias el llegar a verse pobre en la vejez. Temeroso de ello, junté los restos de mi fortuna y me fuí a Balsora para consagrarme al comercio, emprendiendo el derrotero hacia las Indias. En aquel mi primer viaje crucé delante de muchas islas y desafié grandes peligros, uno de ellos cuando bajamos a descansar en un islote, que resultó ser una ballena. Al sentir ésta sobre sus lomos el fuego que hiciéramos, nos arrastró a todos al mar. Yo sólo pude salvarme gracias a ser buen nadador, tomando tierra en una solitaria isla. Allí comí algunas hierbas y bebí un agua exquisita. En la llanura divisé una yegua, y al acercarme oí una cavernosa voz que me hablaba desde el interior de la tierra. El que así me hablaba era un anciano que me hizo penetrar con otros desconocidos en una gruta, donde me dijo que todos aquellos eran palafreneros del rey Mihrage, señor de la isla, quienes custodiaban la yeguada de un caballo marino. Este caballo sólo se presentaba de año en año, y las crías que así nacían eran todas consagradas al rey.

Ya en la ciudad, que resultó ser rica y hermosa, los sabios del rey Mihrage me enseñaron otras muchas cosas grandes, entre ellas la que cerca del reino había otra isla llamada Casel, residencia del genio Degial, donde todas las noches sonaban timbales invisibles. Vi también peces extraños de doscientos codos de largo y otras mil maravillas increíbles. Por último, mi sorpresa rayó en asombro cuando, al pasearme por el muelle, vi unos grandes fardos con mi nombre encima, y preguntando al capitán del buque que los acababa de desembarcar, éste me dijo que pertenecía a cierto Sindbad, que había muerto al tomar tierra sobre el lomo de una

ballena. “He comerciado –añadió– con ellos, y se los reservo a sus herederos.”

–Excuso añadir –terminó el anfitrión diciendo–, que me di a conocer a aquel honrado marino, y que el producto de mis mercancías aquellas fueron la base de mi nueva fortuna.

El rico Sindbad hizo pausa en su relato, mientras que levantados manteles, empezaron a servir los licores más excelentes y a tocar la música. Luego, al otro día, invitó de nuevo al esportillero y continuó con el relato de su segundo viaje en estos términos:

–Temiendo los peligros del ocio, me embarqué nuevamente a comerciar por mares e islas. Arribamos a una cuajada de frutales deliciosos bajo cuya sombra nos pusimos a descansar junto a un cristalino arroyuelo. Allí me quedé dormido, y cuando desperté vi que estaba solo, pues que mis compañeros todos habían levado anclas y partido. Pensé morir de dolor, y me reconvine de haberme metido sin necesidad en más aventuras; pero sacando fuerzas de flaqueza me puse a recorrer con la vista la isla desde lo alto de un árbol, sin descubrir sino agua y cielo, y allí abajo una casita blanca que, de más cerca, resultó ser una gran bola, sobre la que al llegar yo se echó de repente un pajarraco enorme. Entonces me acordé de los relatos que me pintasen antaño al Ave-roc, y comprendí que aquel que se me venía así encima era una de estas aves, y la bola blanca su huevo, sobre el que se puso. No perdí momento; me até lo mejor que pude con mi turbante a una pata del pajarraco, y aguardé buenamente a que me llevase por los aires hasta un valle remoto y profundo como un abismo sin salida, y cuyo fondo estaba materialmente sembrado de toda clase de piedras preciosas, y también, ¡ay! De unas monstruosas serpientes capaces de tragarse a un elefante y que sólo salían de noche, escondiéndose durante el día por temor al Ave-roc. Yo, a mi vez, al llegar la noche me escondí en una gruta, cerrando la entrada con una gruesa piedra. Así que fué de día, salí de mi escondite, vagué aquí y allá por entre tantas riquezas, y mientras descansaba indiferente junto a ellas, vi caer con estrépito juno a mí un gran trozo de carne fresca, y luego otros. Era el caso, tenido antes por mí como fabuloso, que con tal artificio algunos atrevidos comerciantes lograban sacar de él los diamantes y demás piedras, porque cuando las águilas tenían polluelos, venían ávidas por aquellos trozos de carne, en los que, al caer, se incrustaban las piedras preciosas, que luego recogían en los nidos los ingeniosos aventureros[95].

“Aquello fué para mí toda una revelación. En efecto, me apresuré a llenar mi saco de provisiones con los diamantes más gruesos; me até con mi turbante al trozo de carne que me pareció más adecuado y no tardé en salir del inaccesible abismo aquel en las garras de una de las águilas. Pronto también vinieron varios de los comerciantes a espantar las águilas, y su asombro fue inmenso al verme y ver mi riqueza, con la que, después de haber presenciado otras muchas maravillas del Ave-roc con elefantes y rinocerontes, regresé a Balsora y Bagdad

más rico que nunca."

Con estas palabras, Sindbad despidió al esportillero hasta el otro día, mandando darle mil cequíes de oro.

El tercero de sus viajes fue referido por Sindbad en estos términos, después del tercer banquete:

–Volví a mis viajes, pues que era incorregible, y el ocio ya me consumía, y la tempestad me echó a la isla de los enanos, donde el capitán nos dijo que estos velludos salvajes, más numerosos que la langosta, nos matarían si les hacíamos algún daño. En prodigioso número treparon por mástiles, borda y cuerdas del navío, que acabaron por arrebatarnos, y llevándosele a otra isla de más allá, nos dejaron en ella abandonados a nuestro destino. Todos teníamos nuestra muerte por segura.

"Según íbamos caminando, topamos con un gran palacio con puertas entreabiertas, de ébano, y en el que penetramos sin poder dar un paso más, según era nuestra fatiga. Súbito, se apareció un negrazo terrible, tan alto como una palmera, con un solo y llameante ojo en mitad de la frente, rojo como el fuego, de dientes y garras espantosos. Me cogió entre sus dedazos como si yo fuese una brizna de hierba; pero viéndome tan flaco y desmedrado me dejó, tomando a otro camarada que le pareciera más gordo, y atravesándole el cuerpo con un asador hizo de él la más espantosa de las cenas.

"Frente a semejante peligro deliberamos largamente los restantes acerca del partido que convenía adoptar. Entre tanto, el negrazo se almorzó lindamente a otro de los nuestros y poniéndose luego a roncar como el mayor de los monstruos. Entonces se me ocurrió el poner por obra una cosa arriesgadísima, que fue aprovechar su sueño, meter en el fuego hasta hacerla ascua la punta del asador y con ella saltarle el único y terrible ojo que tenía. Un espantoso grito del ogro conmovió el palacio hasta sus cimientos. Él nos buscó a tientas, pero nosotros nos escondimos aquí y allá en los rincones, pudiendo escapar mal que bien hasta nuestras balsas, a tiempo que otros muchos gigantes como el muerto se lanzaban a perseguirnos, tirando contra nuestras frágiles embarcaciones piedras como casas que sepultaron a todas ellas, excepto a la mía.

"Día y noche pasamos mar adentro en la mayor incertidumbre, refugiándonos al fin los tres que quedábamos en una isla contra la que se estrelló nuestra balsa; pero una serpiente monstruosa, del largo de una palmera, pronto vino por uno de los tres triturándole los huesos y tragándosele como un gazapo.

"Mi compañero y yo apenas si pudimos refugiamos en la copa de un grueso árbol, donde de

allí a poco la serpiente arrebató también a aquél como al otro. Más muerto que vivo, corrí a echarme de cabeza al mar, cuando divisé a un navío, que no tardó en recogerme.

"En el barco libertador abordé a la isla de Salahat, donde se extrae el sándalo. Ya en el puerto uno de aquellos mercaderes, viendo mi desgracia, me invitó a que, para comerciar a mi vez, me incautase de los géneros de otro de sus compañeros, a quien inadvertidamente habían dejado olvidado en una isla, y no hay que decir la alegría que sentí ante aquel milagro. Dándome a conocer, me abrazó tiernamente, pidiéndome perdón por la involuntaria falta y entregándome una verdadera fortuna."

Terminó el rico Sindbad su tercer relato, no sin mandar entregar otros cien cequíes de oro al esportillero, quien, en las cuatro noches sucesivas, no dejó de volver puntualmente a escuchar de labios de aquéllos relatos de los otros cuatro viajes suyos siguientes:

–Por cuarta vez salí a comerciar, camino de Persia –continuó diciendo Sindbad–; pero en pleno mar, la tempestad nos hizo zozobrar, perdiendo yo todos mis géneros, y apenas si, abrazado a una tabla, pude ganar la costa de una isla, mientras se ahogaban todos mis compañeros, menos cinco. Unos negrazos de la isla nos repartieron entre sí como esclavos y nos dieron cierta hierba que al punto nos trastornó la razón, y luego nos dejaron comer brutalmente todo cuanto nos venía en gana. Yo, que aún conservaba un destello de razón, comí poco, mientras mis perturbados compañeros un día y otro se atracaban y cebaban, que es lo que deseaban aquellos malvados antropófagos para con ellos hacer sus festines. Luego los negrazos se fueron comiendo a mis compañeros, dejándome a mí por flaco y desmedrado.

"Aprovechando una de las frecuentes borracheras de mis carceleros pude escapar a la ventura, hasta que al octavo día de huída tropecé con gentes blancas que hablaban mi lengua y se ocupaban en recolectar pimienta. Túvelo por buen agüero y les conté mi historia, notando que se desvivían por obsequiarme y complacerme, hasta el punto de que pronto me obligaron a casarme con la hija de su rey, prendados de que yo les había enseñado el uso de los estribos para montar a caballo, cosa allí desconocida. Viví varios meses en unión de mi mujer, pero soñaba siempre con escaparme, cosa en la que me confirmé aún más cuando supe que aquellas raras gentes tenían la mala costumbre de enterrar vivo a uno de los cónyuges cuando moría el otro, y no hay para qué decir que me. temblaban los huesos cada vez que mi mujer se ponía enferma. Mis tristes presentimientos se confirmaron al fin, porque en una de dichas enfermedades ésta se agravó en términos que murió.

La perspectiva de ir a ser enterrado vivo me seducía tan poco, como antes la de ser devorado por los antropófagos, así que me dispuse a resistir. Pero todo fué en vano. El rey en persona,

seguido de toda su corte, vino a honrarme con su presencia camino del fúnebre viaje. La comitiva, con el cadáver de mi esposa delante y yo detrás, nos acompañó hasta lo alto de una montaña, donde se abría el pozo que les servía para los sepelios. A pesar de que invoqué mi calidad de extranjero, no se me hizo caso, antes bien, luego que bajaron con gran ceremonia el féretro de mi mujer al pozo, me metieron a mí en otro descubierto, con un jarro de agua al lado y siete panecillos, y me fueron descolgando pozo adentro, a pesar de mis gritos e imprecaciones, cerrando, en fin, la entrada con una enorme piedra.

"Aquel subterráneo era una gruta muy espaciosa, donde me angustiaba más que el hedor de los cadáveres los gritos de los enterrados vivos que, una vez agotadas sus provisiones, agonizaban hambrientos. Al principio me hube de entregar a la más impotente desesperación; pero luego, considerando que el hombre digno debe luchar hasta el fin, saqué fuerzas de flaqueza y, echándome a un lado, comí y bebí de mis provisiones de pan y agua durante algunos días. Ya se habían agotado éstas y me disponía a morir, cuando vi que el pozo se abría y que bajaban detrás de otro muerto a un vivo, a quien yo me apresuré a matar con un hueso de aquellos, para poder prolongar mi vida otros cuantos días más con sus provisiones. Así, aprovechando otras coyunturas análogas, pasé varias semanas sin acertar a otra cosa que me libertase de mi horrible prisión, hasta que cierto día en que acababa de despachar a una mujer viva enterrada tras su esposo, sentí resoplar a lo lejos de la galería aquella un como monstruo marino, que sin duda subía allí de tiempo en tiempo para devorar los cadáveres. Seguí, pues, a ciegas aquella especie de sombra, a pesar de los obstáculos que se iban interponiendo, hasta que divisé a lo lejos una como luciente estrella, que era la de una bocana de la cueva que, abierta en la escarpa de la montaña, caía a pico sobre el mar. Hecho este precioso descubrimiento, volví donde los cadáveres; los despojé a todos de sus turbantes y demás telas para hacer de ellos una soga con la que descolgarme y tuve, además, la precaución de hacer un gran fardo con todas las joyas y alhajas de los muertos, porque es de advertir que eran con ellas enterrados.

"Ya en la playa, esperé tranquilamente a que la suerte tuviese a bien depararme y que no podría ser peor, sin duda, que lo que hasta allí me había afligido, y, en efecto, al cabo de tres días divisé un navío, que me recogió. Pasamos luego por varias islas, entre otras la de las Campanas, a diez jornadas de la de Serendib, con habitantes tan bárbaros como los antropófagos, y seis de la isla de Kela, en la que hay minas de plomo, caña de Indias y alcanfor, y abordamos a ella, encontrándonos con un monarca rico y poderoso, donde coloqué todas mis preciosas mercancías, volviendo, al fin, a mi casa rico y feliz tras tantísimas amarguras.

–Los placeres del descanso –continuó otro día Simdbad– no pudieron curarme de tentar nuevas aventuras, así queme embarque otra vez, y el primer sitio donde abordamos en este mi quinto viaje fue a una isla desierta, en la que encontramos un huevo de roc son un polluelo a punto de salir a luz. Los comerciantes, mis compañeros, rompieron el huevo a hachazos y sacaron la cría para asarla, no sin que yo les advirtiese la imprudencia que con ello cometían. En efecto, no bien le habían comido cuando se presentaron en el horizonte dos como negros nubarrones, que no eran sino los padres del pájaro muerto que venían a vengarle y que pronto, sin darnos tiempo a nada, dejaron caer dos grandes rocas que traían en sus garras, haciendo astillas nuestro navío. Todos mis compañeros se ahogaron menos yo, que, nadando, pude llegar a la escarpada costa de otra isla. Era esta isla un prodigioso jardín como no le había visto en mi vida; pero mi espanto era grande al ver su silenciosa soledad. Por último, recorriendo aquí y allá la isla vi a la orilla de un río a un anciano que apenas podía tenerse en pie y quien, por señas, me dijo que hiciese el favor de pasarle al otro lado, como lo verifiqué montándole sobre mis hombros. ¡Horrible desengaño!, pues no bien el viejo me tuvo así sujeto, apretó a más no poder sus velludas piernas en torno de mi cuello y pecho y me obligó a servirle de triste cabalgadura, llevándome de aquí para allá a su capricho, sin poderme desprender de él. De día no abandonaba jamás su presa, y de noche se echaba siempre conmigo, agarrado a mi cuello como una lapa, y así seguí esclavizado largo tiempo.

"No sabiendo ya qué expediente inventar para verme libre de aquel vampiro, se me ocurrió coger una calabaza seca, exprimir en ella varios racimos de uva y días después me di trazas a llevar hasta allí al viejo y beberme rápidamente el vino así elaborado, con lo que, olvidando mis penas, llegué, bajo sus vapores, hasta a regocijarme y cantar. Al ver aquel prodigio el viejo quiso hacer otro tanto, y, efectivamente, tomó la gran borrachera, que yo supe aprovechar para desprenderme de él, machacándole la cabeza. Luego caminé hacia la playa, donde encontré las gentes de un navío allí anclado, y cuando les conté mi aventura, me dijeron espantados:

–No ha sido floja, suerte la suya, pues que ha caído entre las manos del *Viejo lobo de mar,* y usted es el primero a quien no ha ahogado, por ser de una perversidad tan grande que jamás suelta su presa hasta concluir con ella, habiendo sus crueldades con mil y mil infelices dado la más triste nombradía a esta isla, dónde nadie se atreve a desembarcar sino con inauditas precauciones.

"El navío tocó más tarde en una bella ciudad, y uno de sus comerciantes me dió un gran saco, diciéndome que me fuese con él a coger cocos en compañía de los habitantes de la ciudad, pero que, bajo ningún pretexto, dejase de estar siempre con ellos y hacer lo que ellos

hiciesen, pues de otro modo peligraría mi vida.

"Llegamos a una gran selva de cocoteros, que era guarida de multitud de monos, a los que tirábamos piedras, y ellos nos respondían tirándonos las nueces de los cocos, con las que llenábamos después los sacos sin la molestia de trepar a los árboles. Luego, con la venta de mis cocos, compré pimienta en Ceilán, madera de áloe en Comorín y perlas en las costas de Malabar, volviendo a casa más rico que nunca.

–Pero, repito, yo no me avenía con la ociosidad –dijo Simbad, continuando con el relato de su sexto viaje–, y en lugar de emprender mi ruta por el Golfo Pérsico me interné por las altas provincias de Samarcanda y de la India, y en éstas me embarqué para una larga navegación, en la que acabamos por perder el rumbo, sin saber ya dónde nos encontrábamos. Una rápida corriente marítima empujaba fatalmente al buque contra una montaña inaccesible, a cuyo pie flotaban restos de mil naufragios, y por cuyas playas se veían abandonados multitud de objetos preciosos y mucho ámbar gris. Perdido el navío, el hambre fue matando poco a poco a nuestra gente, hasta que yo me quedé solo no sé por qué milagro. Di sepultura a los últimos muertos y me dediqué con los restos de los barcos allí perdidos, incluso el nuestro, a construir una balsa a la que confiarme río adentro de una extraña corriente que, al revés de los demás ríos; salía del mar y se despeñaba tierra adentro por una obscura gruta. Hecha la balsa, carguéla, cuanto pude de rubíes, diamantes, esmeraldas y ámbar, tan abundantes en la isla, abandonándome en ella a la voluntad de Dios.

"Pronto la corriente me metió bóveda adentro de la gruta, cuyos peñascos a veces me rozaban la cabeza; perdí toda luz, y en las lobregueces aquellas bogué y bogué no sé cuánto tiempo, hasta que agoté mis provisiones y me quedé profundamente, dormido. Al despertar me hallé en medio de una florida campiña, con mi balsa atada a la orilla de un río y rodeado por gran número de negros, cuyo lenguaje no entendí. Uno de los negros que me oyó invocar a Dios en mi propia lengua me entendió, sin duda y me rogó le relatase mis aventuras lo más al pormenor que pudiese, como lo hice, después de haberme dado de comer. Asombrado de mi relato, me hizo conducir ante su rey, Serendib, así llamado por su isla, que cae justamente en la línea equinoccial. Él me colmó de atenciones, no consintió tocar a ninguna de las riquezas de mi carga, que le ofrecí, sino que a ellas agregó muchas, otras de esmeril y perlas, permitiéndome volver a mi patria con una atenta carta de amistad para el califa Harund-al-Raschild, acompañada por especial regalo de un gran vaso ahondado en un solo rubí de medio palmo de altura y lleno de perlas[96], una piel de serpiente con escamas del tamaño de una onza de oro; cincuenta mil dracmas de áloe, alcanfor y sándalo y una esclava extraordinariamente hermosa, cuajados de pedrería sus vestidos, acreditando la magnificencia de aquel poderoso

Sultán de las Indias, en cuya corte había caído de una manera tan feliz como extraordinaria, después de mis amarguras…

–Descansaba una vez más de mis viajes, en medio de la opulencia –continuó diciendo Sindbad el marino a su convidado el esportillero–, no pensando en realizar ya más viajes, cuando recibí recado de que me presentase inmediatamente ante el califa, quien, en justa correspondencia al obsequio y carta del Sultán de las Indias, quería que yo le llevase también sus regalos y su respuesta.

"Me embarqué obediente, y llegué sin contratiempos a la isla de Serendib, donde se me deparó un recibimiento de príncipe, agradecidos a los obsequios de mi califa, consistentes en una cama completa de paño de oro, cincuenta vestido del brocado más rico del Cairo, Suez, Alejandría y Damasco, un vaso de ágata, cuya boca medía medio pie de ancho, representando a un sagitario disparando contra un león, y una espléndida mesa que se decía perteneció al poderoso rey Salomón. De vuelta ya de mi viaje, nos asaltaron en alta mar unos corsarios, que mataron a casi todos después de robarlos y a mí me tomaron como esclavo. El rico comerciante que me compró después me dijo si sabía tirar al arco, y diciéndole que sí me ordenó le cazase algún elefante, como lo hice durante varios meses, hasta que cierto día uno de estos animales me cogió con la trompa, me sentó sobre sus lomos y a todo correr me llevó muy lejos hasta una clara del bosque cuajada de huesos de sus congéneres, como queriendo significarme con ello que, pues sólo deseábamos el marfil de sus colmillos, cesásemos de destruirlos. Al contarle a mi amo lo ocurrido, me quedó tan agradecido al descubrimiento y consejo, que no sólo decretó mi emancipación, sino que me puso al frente de sus caravaneros y me otorgó la mitad de los productos de aquel tesoro, después de haberme proporcionado una nave que me volviese a mi país. El califa Harund-al-Raschild, por su parte, quedó también tan agradecido a mi embajada, que me colmó de honores y riquezas, tal como ahora me veo…"

Confundido el esportillero por haber murmurado antaño del bienestar de un hombre que tan bien ganado tenía su descanso y sus riquezas, le pidió perdón a Sindbad, quien no sólo se le otorgó sino que le dió otros mil cequíes y siguió sentándole a su mesa.

* * *

Si fuésemos a desarrollar en toda su amplitud el comentario ocultista a los siete viajes de Simbad, tomaría este capítulo proporciones de libro, pues que habríamos de traer aquí docenas de capítulos de los tomos de esta *Biblioteca de las Maravillas.* Basten, pues, a la intuición del lector algunas de las más fundamentales referencias.

La primera es la de la ballena dormida que toma Simbad por una isla, a la manera de ese otro mito medioeval relativo a la "non trubada isla de San Balandrán" *(De Sevilla al Yucatán,* II, Parte 2, cap. XIX), en la que los compañeros del santo irlandés también toman por isla una ballena y en ella celebran la Pascua varios años seguidos. Porque esta "ballena de Jonás, o de Ioagnes" que en el mito bíblico se traga al candidato y le devuelve en la desolada costa de este mundo, al cabo de tres días, no es sino "el antro iniciático", la "cámara de reflexiones", "el desierto" en que Jesús es tentado tres veces antes de comenzar su predicación, etc., etc. Allí, según relatan tantos viajeros, cerca de las solitarias y desoladas regiones del Desierto del Gobbi, oye el candidato que las "campanas astrales" y la armonía de las "arenas musicales", de las que habla en su obra de viajes el coronel Jule *(De gentes del otro mundo,* cap. I).

En el segundo viaje torna a aparecer la célebre Ave-roc que ya vimos en el mito de Aladino y con idéntica significación ocultista, sobre la que no habremos de insistir. La posesión de innumerables y aladinescas riquezas es la consecuencia; pero el héroe no se da por satisfecho –¿quién, jamás, puso límites a la ansiedad humana?–, y emprende el tercer viaje, en el que, por vez primera, a los "enanos", o sea a los gnómos terrestres, que de todos los entes del mundo astral, o mejor dicho etéreo, son los menos invisibles, por hallarse casi en el limite de nuestra percepción visual ordinaria, como saben los ocultistas, y nos lo hubo de decir simbólicamente en sus "Viajes de Gulliver" la musa novelesca de Swiff. Para llegar hasta semejante "mundo de los jinas" encuentra antes el héroe "a la serpiente enroscada al árbol", es decir, ve y aprende la "ciencia del Bien y del Mal", o sea el prohibido "Arbol del Paraíso", simbolizado en la Tau con sus dos serpientes (Agathodemon y Kakodemon), formando el emblemático caduceo de Mercurio, que se ostenta en el sello de la Sociedad Teosófica. Tras los "enanos" de este tercer viaje vienen lógicamente los "gigantes o cíclopes", sobre cuyos detalles no tenemos por qué insistir, ya que Homero, inspirándose en *Las mil y una noches,* o más bien en los cuentos primievales de los que éstas tomaron origen[97], nos describe maravillosamente las aventuras de Simbad-Ulises con el cíclope Polifemo en su *Odisea.* Estos cícoples, por otra parte, no son sino los "terribles-hombres-monstruos" de las tres primeras Rondas, los de que nos habla el tomo II de *La Doctrina Secreta,* y el Árbol en el que Simbad se refugia no es sino el de Bodhi o de la Sabiduría hermética antedicho. Por eso "Salta", la isla en que se salva, es la "Talasa" de ciertas iniciaciones.

El viaje cuarto, a su vez, simboliza la caída o "descenso a los infiernos" (lugares inferiores) de todos los candidatos, antes de su iniciación, descenso operado por Orfeo para salvar a Euridice, Perseo para rescatar a Andrómeda, Pitágoras, Jesús, etc., etc. En semejantes "caídas" a lo Lucifer-Satán, triunfa un momento la materia, para de aquélla surgir triunfante y

"resucitado" el espíritu. La "Éuridice" de este Simbad, por supuesto, es aquella hija del rey "a quien enseñara el uso de los estribos", o sea la firmeza y equilibrio de la Justicia, justicia sin la cual no se puede alcanzar a esa "Dama" trascendente simbolizadora de la Divinidad en el hombre; como veremos pronto en el "Libro de los caballeros andantes". La residencia temporal en el "mundo infernal de la caída" está representada asimismo en el enterrado vivo de Sindbad "con el cadáver de su esposa", o sea el adormecido espíritu de todo hombre mientras permanece en este nuestro mundo físico. Con todo ello, una vez más, retorna el subterráneo de Aladino y aumentan más y más las riquezas del héroe, no ya vanas riquezas materiales, sino las infinitamente más valiosas que suponen los nuevos conocimientos adquiridos.

El terrible viejo-vampiro, cabalgando eternamente sobre los hombros del cuitado Sindbad, por haber éste roto a destiempo el "huevo" o "Velo" de la espiritualidad, es la representación genuina de esotro hombre bestial que todos llevamos sobre nuestros hombros, a la manera de la valva del molusco o bien del espantoso peñasco de Sísifo. Este "Habitante del Umbral", con tan vivos colores descrito en el *Zanoni,* de Bulwer Litton, es el "ángel" hijo de nuestro Karma que nos sale siempre al paso cuando queremos realizar cualquier empresa redentora, al modo de aquel que se le opone a Moisés antes de conducir a su pueblo hacia la tierra prometida, o esotro que tienta a Jesús en el desierto antes de que comenzara su predicación. El único medio de librarse de tamaño "enemigo íntimo" es el Vino Eucarístico de la espiritualidad, vino cuyos efectos no puede soportar el malvado vampiro, prototipo de cuantos elementales nos tientan, nos obsesionan y nos posesionan en forma de otros tantos vicios, y es un hecho ocultista que semejantes perversos, en los casos extremos de posesión o locura, no sueltan su presa –el alma humana– hasta mucho después de libertada ésta del cuerpo con la muerte física.

Por su parte, el sexto viaje del héroe es una alusión clara a los sitios de Samarcanda, Ladakh, India, etc., donde puede adquirirse el Conocimiento iniciático desde los comienzos de la raza aria. Allí está, en efecto, el único "'paso" para la "Montaña inaccesible" tibetana, en cuya demanda espiritual tantos candidatos fracasasen naufragando en las playas de la Magia negra, ya que no en las humanas del vicio. La salvación del héroe se cifra en la balsa o "nave" que él mismo se construye con su esfuerzo titánico para no ser sumergido y arrebatado en la corriente de la "Luz Astral", cuyas aguas son el propio y temido "torrente de la vida". El despertar de tamañas tenebrosidades peligrosas se opera al fin en los "Campos Elíseos" o de "Helios", el Sol –Devachán, Cielo, Amenti, etc., de otras teogonías–, con lo que el héroe queda ceñido por los laureles de la inmortalidad, y ya en su séptimo y último viaje triunfal

puede "ir de embajador a Serendib", no sin que le salgan al encuentro, ya como verdadero "maestro iránico" que está constituido desde el viaje anterior, "los tres ladrones y los tres asesinos" que quieren arrebatarle su sagrado Tesoro, con arreglo a un conocidísimo y sublime mito que también se ve en Hillel y en los Evangelios, tesoro espiritual mil veces más valioso que todos los de Aladino y Sindbad y que cuantos lega el famoso Abate Faria a Edmundo Dantés en la conocida obra de A. Dúmas *El Conde de Montecristo.* De la casta de tales "ladrones" es, en fin, aquel otro del comerciante "Ali-Cogia y su barril de aceitunas", que vemos en los textos y sobre el que, por su escasa importancia ocultista, no nos habremos de detener.

Los viajes iniciáticos de Sindbad, en fin, tienen su equivalente ocultista en el lindísimo cuento que sigue:

El príncipe Ahmed y el hada Peri-Banú

Tres príncipes hermanos se enamoraron de la misma princesa, y para fallar su pleito el sultán les envió a los tres por el mundo para que volviesen al cabo del año con alguna cosa extraña y rara. El que aportase la cosa más admirable y valiosa recibiría en galardón la mano de la princesa. Al cabo del año cada cual volvió con su preciosidad, es a saber: el segundo hermano con una alfombra –¿aeroplano?–, con la que bastaba colocarse sobre ella y pronunciar cierto conjuro para ser arrebatado por los aires y llegar al sitio que se quisiera; el hermano mayor traía un espejo mágico, adquirido en Persia, en el que bastaba mirar para ver las cosas más remotas en el espacio o en el tiempo, y el tercero, que era Ahmed, una manzana, como las famosas de la Freya escandinava o las no menos célebres del jardín de las Hespérides, cogida en el valle del Sogda[98], uno de los cuatro ríos del Paraíso, que bastaba darla a cualquier enfermo para que al punto recobrase la salud. Los tres hermanos, al finar el año, se reunieron en una ciudad muy distante aún de la Corte y se comunicaron sus adquisiciones respectivas; pero cuál no sería su dolor cuando, al ensayar el espejo mágico del mayor, vieron con él que agonizaba por momentos la princesa tan codiciada por los tres. Al punto vuelan los hermanos rápidos como el rayo en la alfombra del segundo y gracias a la manzana del tercero logran restituir la salud a la princesa.

Perplejo el sultán, porque sin cualquiera de las tres cosas su hija había muerto, remite el otorgar su mano a la prueba del arco, tan común entre todos los pueblos antiguos. La princesa casaría con aquel que arrojase más lejos su flecha[99]. La del primer hermano va lejísimos; pero la sobrepuja aún el segundo. La del tercero, sin embargo, va tan lejos que llega a perderse en

la lontananza, sin que nadie alcanzase a encontrarla. El sultán concede, pues, la princesa al segundo, y mientras el primero se retira a un cenobio, el tercero, creyéndose injustamente preterido, se aleja de la Corte, errante a la aventura.

Aquí llega una nueva historia de los consabidos subterráneos de los *jinas.* El príncipe Ahmed, en efecto, a vueltas de mil penalidades por todo lo descubierto de la tierra, marchando *siempre adelante,* como marcharse debe por el camino de la perfección, cayó exhausto, al fin, junto a unas enhiestas y retiradas rocas, a cuyo pie vió caída la flecha de su esfuerzo. Ella había dado ciertamente en el blanco, pues que había abierto de par en par una estrecha puerta de hierro sin cerradura en lo más raso de aquellas rocas ocultas a las miradas del mundo… Penetra el príncipe lleno de resolución a lo largo de aquellos maravillosos subterráneos, y sin detenerse en sus riquezas infinitas descubre al Hada de su Amor; a la incomparable *Peri-Banú,* a cuyo lado conoce por vez primera el verdadero Amor trascendente que inspirar no puede ninguna mujer en el mundo, y pasa una existencia feliz al lado de su Adorada.

La voz del deber y de la sangre recuerda al fin al príncipe que ha dejado a su padre y a sus parientes en este bajo mundo, y recaba del hada permiso para volverlos a ver, a condición, sin embargo, de que no hable al sultán de su casamiento, ni del retiro en que ambos viven tan ricos y felices. Poco a poco menudean las visitas del príncipe al reino de su padre, hasta que la envidia cortesana, excitada por un fausto como el del príncipe de tan ignorado origen, apeló a la necromancia y violó el secreto del retiro de los dos superhumanos amantes. El padre comienza entonces a pedir a su hijo verdaderos imposibles, que mágicamente, sin embargo, son realizados al instante por los genios servidores de la inmortal pareja y, por último, solicita nada menos que el conocer a uno de estos genios, a su rey, Schaibar o *Kabir,* hermano del Hada, quien cae entonces sobre el reino y realiza sobre todos los delincuentes aquellos una justicia cual la de la Atlántida, o su émula Sodoma.

Hasta aquí el mito. Su explicación en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XVI

Prosigue el gran "Libro de las Iniciaciones" con la Historia de Alí Baba

Enlace con el capitulo anterior.–El leñador y los ladrones.–"¡Abrete, sésamo!"–Un subterráneo aladinesco.–El eterno tema de la envidia fraternal y el de la eterna indiscreción.– El mito de los "salvados de las aguas".–El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla misteriosa.–Farizada la heroína.–Una precursora del Ulises griego.–Conexiones de este cuento con multitud de leyendas iniciáticas.–Ctesias de Guido y su "fuente de oro líquido", según la Historia.–Continúa el relato de las hazañas de Alí Baba y de Margiana, su hada protectora.–Los pellejos "mágicos" o un recuerdo de Apuleyo.–Cuál es el verdadero "sésamo" que abre las puertas de todos los misterios.–Los poderes mentales no son para ejercitados por todos.–Los "ladrones" y los "asesinos" de Hillel, del Evangelio y de Eleuises.–El cuento del Buey morito.–Otro Ahmed Hassan memorable, o sea "el durmiente despierto" y su simbolismo.–Relación, con este cuento, de *La vida es sueño,* de Calderón de la Barca.–Las ilusiones mágicas del jeique mogrebino con el sultán Mahmud del capítulo XIV.– La "Historia de los tres locos".–Comienza el gran libro del esportillero y las tres princesas de Bagdad.

En el texto de Mardrús los tres príncipes del final del capítulo anterior se llaman Hussaín, Alí y Ahmed, y la princesa Nurunnihar, que son otros tantos nombres simbólicos, a saber: "Hassan" o "Assan" –puesto por Ahmed en algunos textos– es "el curador", es decir, el que da la vida y la juventud con su clásica "manzana", como Freya a los dioses en el mito escandinavo; Ahmed o "Meda", es uno de tantos "príncipes medos y bactrianos" que, para los persas, representaron siempre el saber primitivo e iniciático o Sod, de las comarcas orientales del Oxus y el Iaxartes; Alí, "ila" o "ilus", es, acaso, el hombre vulgar, quien como tal se lleva premio siempre en este mundo. En cuanto a las tres cosas que aportan el "espejo mágico" es un "tubo", o sea un "anteojo astronómico", y la flecha un dardo análogo a aquel otro que en *La Luz de Asia* dispara el joven Sidharta o Sakya-Muni, es decir, el Buddha, asombrando a sus contradictores, por lo que se ve el origen común, de tales leyendas en el Viejo mito ario. Además la flecha de Ahamed aparece clavada en una piedra, "la piedra iniciática" que oculta "el subterráneo de Aladino", formando el It, Ith o Id mágico, del que se habla extensamente en el capítulo último de *De gentes del otro mundo* con cargo al sublime mito de "la espada quebrada" de D. Galván, de Sigmundo, de Sigfrido y de ciertos altos grados iniciáticos de instituciones modernas, continuadoras efectivas de la antiquísima tradición caballeresca.

Respecto al poético nombre de la princesa Nurennahar o Nurunnihar, su carácter "lunar" es demasiado evidente para que en él nos detengamos, y por eso en otros textos se la llama "el hada" o "peri" "Banú", "Lanú" o "Luna", más bien.

Por último, la manzana misma, émula de las de las Hespérides en las bodas griegas de Thetis o Atalanta y de Peleo, era sin duda la mejor de las tres cosas aportadas por los tres candidatos; porque ¿de qué le sirve al hombre el volar, o el ver las cosas a distancia, si carece del divino don de la inmortalidad asignado por aquella misteriosa "fruta", fruta equivalente al "elixir de vida" de los alquimistas? La vulgaridad de los jueces no vió esto, ni tampoco alcanzó a ver cuánto más vale "la flecha que parece se pierde", es decir, la idea trascendente y ocultista que se clava en el It o "piedra que cierra el misterio aladinesco", que no la vulgar que queda más o menos lejos pero "al alcance de los profanos" al fin…

En el cuento aparecen además unos verdaderos facinerosos, ya antes aludidos, sultán, visir, cortesanos, etc., quienes, al ver que Ahmed aparece investido de dones mágicos, se deciden a perderle. Estos "tres facinerosos" contra el héroe son, por otra parte, los jefes de la "legión" de protervo a que alude estotro hermosísimo cuento con el que abrimos nuevo capítulo así:

Historia de Ali Baba y de los cuarenta ladrones, exterminados por una esclava

En los confines del reino de Persia vivían dos hermanos: Cassim y Alí-Baba. El primero se hizo un acaudalado comerciante, pero el segundo vivía en una casita miserable practicando el oficio de leñador.

Estando este último en el bosque vió venir una gran polvareda levantada por un tropel de cuarenta ladrones. El jefe de la cuadrilla, bien ajeno a que le observaba el leñador desde lo alto de un árbol, se llegó al talud de la tajada roca frontera, donde no había ni la menor señal de puerta alguna, y, pronunciando las misteriosas palabras de "¡abrete, sésamo!", al punto giró una roca sobre sus visibles goznes, dejando pasar adentro toda la cuadrilla y cerrándose silenciosamente después, sin que al exterior se advirtiese la menor señal de juntura alguna.

Largo rato permanecieron dentro los ladrones. Luego salieron todos a continuar sus fechorías, y así que se hubieron alejado hasta perderse de vista, Alí-Baba se acercó a la misteriosa roca, que se había cerrado tras el capitán al conjuro de "¡ciérrate, sésamo!", y pronunciando el "¡ábrete, sésamo!" consabido, tuvo la osadía de meterse dentro, hallando un admirable subterráneo que de muy arriba recibía la luz y lleno de toda clase de riquezas fabulosas en oro, plata y pedrería, de las que el buen Alí hizo enorme provisión, que cargó sobre su jumento, tornando alegre el camino de la ciudad, donde su mujer le aguardaba ansiosa, bien ajena a la fortuna que así se le entraba por las puertas.

Como las monedas de oro robadas por Alí a los ladrones eran tantas, los consortes renunciaron a contarlas, prefiriendo el medirlas como el trigo, valiéndose de una medida que

una vecina, su cuñada, la esposa de Cassim, les prestó. La vecina, llena de curiosidad por averiguar qué clase de cereales podría tener que medir un matrimonio tan miserable, tuvo la astucia de untar con sebo el fondo de la medida, advirtiendo con asombro, cuando ésta le fue devuelta, que llevaba adherida en su fondo una monedita de oro. Grandísima fue la envidia y la desesperación de Cassim, el envidioso hermano de Alí, cuando supo por su mujer que su hermano y su cuñada no sólo contaban el oro, sino que le medían como trigo[100]. fuese, pues, inmediatamente a casa de Alí, donde, por desprecio hacia su pobreza, no había puesto los pies años hacía; y le conminó a que no ya le diese parte de su tesoro, sino que le enseñase el modo mejor de ir él, por sí propio, a ver de dónde lo había tomado, bajo la amenaza, si no lo hacía, de dar parte del hecho a la justicia.

El desgraciado Alí, ante tales amenazas, se vió precisado a ceder y a revelar a Cassim el modo que había de tener para penetrar en el escondrijo de los ladrones. No necesitó más el envidioso hermano para ir al día siguiente, antes de amanecer, con diez fuertes mulos afín de cargarlos con el oro y joyas que halló en el inagotable tesoro del subterráneo, mediante la consabida fórmula mágica de "¡ábrete, sésamo!", que el malvado acertó a pronunciar al entrar, pero que olvidó lamentablemente al salir, por lo cual quedó encerrado dentro de la cripta y sin posibilidad de escapar por parte alguna, con lo que no hay que añadir que cayó bajo la venganza de los ladrones, quienes, creyéndole el único despojador de sus bienes, no tardaron en quitarle la vida, descuartizándole y poniendo sus destrozados miembros detrás de la puerta por si llegaba alguno, poseedor de la palabra secreta con la que se abría, cosa, después de todo, que ellos no acertaban a concebir fuese posible.

Entre tanto, Alí, que aquel día no se había atrevido a perturbar a su codicioso hermano en la faena que presumía iba a realizar, fue al día siguiente a la cueva, encontrándose, horrorizado, con el destrozado cuerpo de su hermano, que se apresuró a recoger y ocultar entre su carga de leña, dándole a la viuda la noticia fatal y ofreciéndola, en cambio, para consolarla y que todo aquel secreto se quedase entre ellos, tomarla como segunda mujer con la aquiescencia de la suya propia. La viuda de Cassim, en medio de su desconsuelo, y comprendiendo que era el partido más acertado que había que tomar, auxiliada por su criada Margiana, cuya astucia no conocía límites, se dió trazas a fingir que su marido había muerto de muerte natural y en su lecho, dándole piadosa sepultura y casándose de allí a varios meses con su cuñado Alí, como éste le había propuesto. Nadie en la ciudad llegó a percatarse de lo que efectivamente había acaecido, y Alí, con sus dos esposas, vivió feliz a costa de su tesoro.

En cuanto a los ladrones, al cabo de mucho tiempo, volvieron al subterráneo de su escondite, sorprendiéndose grandemente de no hallar los restos del cadáver de Cassim, y más

al notar que habían disminuido de un modo alarmante sus sacos de oro, por lo que no dudaron ya de que alguien más conocía su secreto, y a quien era de todo punto necesario el exterminar. Al efecto, los cuarenta ladrones celebraron consejo, acordando que uno de ellos, convenientemente disfrazado, averiguase en la ciudad vecina cuál era la casa del presunto despojador de los tesoros del subterráneo.

En efecto, uno de los ladrones, que tomó a su cargo la difícil empresa, averiguó bien pronto lo que buscaba, es a saber: que tropezó en las mismas puertas de la ciudad con el zapatero remendón y borracho que había cosido convenientemente antaño los descuartizados restos de Cassim para que su viuda pudiese llevar a cabo su farsa relativa a la supuesta muerte natural de este último. Aunque el pícaro zapatero había sido llevado a la casa con los ojos vendados, se dió trazas por tanteos a encontrar la casa, mediante algunas monedas de oro que le diera el ladrón, y éste, una vez así informado, cuidó de señalar con tiza la puerta de dicha casa para poder caer sobre ella en tiempo oportuno con toda su cuadrilla tenebrosa.

Pero el malvado no contaba con la proverbial astucia de Margiana, quien, extrañándose al otro día al ver así señalada su puerta, por si ello pudiese significar algún siniestro propósito, como así era en efecto, al punto hizo una porción de señales idénticas en todas las casas de la vecindad, por lo que al llegar al día siguiente la cuadrilla no pudo acertar con la casa de Alí-Baba. El ladrón-guía fue muerto por los suyos.

No tardaron, sin embargo los ladrones de intentar segunda vez la aventura como la vez anterior; pero Margiana con su vigilancia les frustro de nuevo su perverso intento. Entonces el capitán, exasperado, decidió dar el golpe de gracia yendo él en persona, e informándose por sí mismo del sitio como los otros, pero sin hacer señal alguna, y una vez que vió podía irse a ella sin titubear, discurrió de comprar treinta y ocho grandes cueros de los que sirven para el envase del aceite, metiendo en cada uno a uno de los ladrones de su cuadrilla, salvo en el último, que llenó de aceite, y, fingiéndose vendedor de este caldo, pidió y obtuvo hospitalidad en la casa de Alí-Baba, bien ajeno éste a lo que contra él tramaba el fingido vendedor.

La noche pasó tranquila en medio de los leales obsequios con los que Alí-Baba agasajó a su huésped; pero la suspicaz Margiana, siempre alerta y desconfiando por instinto del viajero, no le perdía de vista. El convenio de los ladrones, por su parte, era el romper simultáneamente con sus cuchillos los cueros y lanzarse todos contra los descuidados moradores así que el capitán diese la señal del ataque tirando unas piedrezuelas sobre los cueros.

Hay siempre un algo inexplicable que vela sobre el inocente contra los siniestros planes del malvado, y así sucedió en la presente ocasión, pues que, como Alí-Baba había anunciado a

Margiana su propósito de ir al otro día muy de mañana al hammam, ésta se levantó de noche aún a prepararle una taza de caldo para el regreso, y como se le apagase el candil por falta de aceite, fuese a uno de los cueros para obtenerle, escuchando, con asombro, en el interior de cuero una voz de hombre que muy quedito decía: "¿Qué, es ya tiempo?"; con lo que no necesitó más la serena mujer para percatarse de lo que se trataba, por lo que, sin gritar, ni darse siquiera por enterada, llenó una caldera grande con el aceite del último cuero, y, una vez que le hizo hervir, fué echándole uno a uno sobre los ladrones, dándoles la más horrible y merecida de las muertes. En cuanto al capitán de los bandidos, así que se llegó luego a los cueros para dar la señal y se percató de la catástrofe, escapó solo al monte, sin que pudiera detenérsele.

Cuando Alí-Baba, al levantarse, se enteró del heroísmo de Margiana, al que todos debían la vida, no halló medio mejor de recompensarla que el de darle la libertad, después que hubieron enterrado secretamente en una zanja del jardín los cadáveres de los bandidos.

El fugitivo capitán, por su parte, aunque se veía solo, después de la muerte de todos los de su cuadrilla, no cejaba en sus deseos de venganza, además de irle en ello su futura seguridad; así que, de allí a algún tiempo, se presentó de nuevo en la ciudad, disfrazado de rico mercader de telas, trabando amistad con el hijo de Alí-Baba, quien acabó un día por invitarle a cenar en su casa, que era la que aquél deseaba para darles de puñaladas una vez que se hubiesen embriagado. La vigilante Margiana, extrañada de que el huésped, no comiese sal (lo que implicaba, al tenor del uso oriental, que no quería sellar con la toma de la sal el pacto de amistad con los que de allí a un instante trataba de asesinar), se trazó su plan, y con heroísmo singular lo cumplió en el momento preciso; es a saber: a los postres del convite, cuando bailó ante los comensales "la danza del puñal", danza ejecutada tan a lo vivo que, con el natural espanto del padre y del hijo, rindió a sus pies, traspasado de parte a parte, al inanimado cuerpo del bandido, en el que, mirándole despacio, acabaron reconociendo al aceitero de marras.

No hay para qué pintar el asombro, la admiración y la gratitud de Alí-Baba hacia Margiana, a quien recompensó, como era justo, nada menos que con la mano de su hijo, a quien hizo muy feliz durante largos años, tanto más cuanto que, libre ya de bandidos el escondite cuyo secreto nadie sino los tres conocían, pudieron disfrutar espléndidamente de su tesoro, haciendo de él el mejor uso como hombres discretos y temerosos del Señor.

* * *

El conjunto del cuento que precede nos muestra un subterráneo aladinesco, pero con la variante preciosa de que su rocosa puerta se abre al conjuro mágico de la palabra "sésamo", y

lo primero que se ocurre a cualquiera, por tanto, es el preguntar qué puede significar en sí la tal palabra.

En el lenguaje simbólico oriental siempre se ha considerado al sistema nervioso consciente o cerebro-espinal cual un loto de mil pétalos, a sea como un verdadero "sésamo". El ¡"abrete, sésamo"!, pues, no significa otra cosa que el mágico poder del pensamiento o de la imaginación creadora, y de aquí que la consabida frase no sea en el fondo sino el dominio absoluto que la ciencia bien dirigida del candidato ejerce sobre todos los misterios de lo oculto al tenor del aforismo de que la magia de hoy no es sino la ciencia del mañana. Por eso también al héroe se le llama Alí-bad, o "bab", el señor, el "dominador".

Con el dominio del secreto del subterráneo por el héroe viene también la eterna debilidad de la indiscreción o "violación del secreto iniciático", que pone en peligro la vida de aquél, a no ser por la salvadora intervención de la esclava-hada Margiana, la de las astutas trazas, o sea de la Intuición, facultad la más excelsa de las tres de la mente, dotada como Margiana de un verdadero don de adivinación o de "doble vista". La lucha entre los poderes de ésta y las "astucias astrales de los ladrones" constituye a bien decir la trama entera del cuenta en cuya escena de los cuers la crítica acaso puede ver un precedente a otra análoga del Asno de Oro, de Apuleyo.

Pero el "poder de la mente" no es para ejercitado por todos, y de aquí el que, cuando el envidioso Cassin quiere, a su vez, intentar la aventura, yerra en el empleo de la palabra mágica, quedando preso en el subterráneo, donde es muerto por los ladrones.

Digamos, también, que la doctrina de este cuento de los ladrones, que es un como reflejo de otras parábolas de Hillel y del Evangelio, según la Maestra H. P. B., resulta idéntica a la de los misterios eleusinos cuando se preguntaba al candidato acerca de los ladrones y asesinos que le perseguían y también a la de los asesinos de Hirán en un conocidísimo grado de cierta institución iniciática moderna. Y tan universal es aquélla, repetimos, que aun hemos oído en nuestra infancia el cuento de "El buey mogino o morito", en el que el niño de un matrimonio pobre, cual verdadero Aladino, tocando un tambor mágico hecho de la piel de aquel buey, consigue espantar a la cuadrilla de ladrones del subterráneo y verse dueño de sus tesoros.

***

No terminaremos estos asuntos relacionados con Ahmed-Hassan y sus hermanos, con el que empezamos el capítulo, sin hacer sumaria mención de otro Hassan, "el disipador" héroe de la conocida *Historia del durmiente despierto,* base sin duda de una de las obras maestras de la literatura española: *La vida es sueño,* de Calderón.

Abu Hassan, hija y heredero de un acaudalado comerciante, disipó en poco tiempo toda su fortuna, quedándose, como siempre acontece en la desgracia, sin uno solo de sus antes numerosos amigos, por lo que jura no convidar ya sino a extranjeros despidiéndolos al otro día para no trabar nuevas amistades. En uno de los puentes de la ciudad entabla conversación Hassan con el propio califa disfrazado de extranjero, a quien convida a cenar. Durante la cena, cuenta Hassan a su huésped las malicias y crímenes de la ciudad y el cómo los castigaría él si fuese que el Califa.

El disfrazado Califa entonces leda un narcótico y le hace llevar dormido a palacio, donde, al despertar, se ve tratado por todos como tal califa, al tenor de las órdenes dadas por aquél de que así se hiciese; y son, tantas, en efecto, las pruebas que recibe acerca de su nuevo estado, que ya llega a creerse; ¡oh poder de la ilusión humana!, soberano efectivo, y como tal pone en obra todos sus propósitos de justicia, pero de un modo tan loco y desaforado, que el Califa verdadero, como el rey con el príncipe Segismundo, tiene que volverle a dar el narcótico, restituyéndole a su condición prístina, condición en la que ya no se resigna a creer, por lo que todos le toman por loco, y como loco es encerrado en un manicomio. Allí recobra la razón y vuelve a su antigua costumbre de convidar extranjeros. Reprodúcese de nuevo la escena de marras con el disfrazado Califa; pero esta vez, al verse en palacio, y a pesar de cuantos homenajes cortesanos se le tributan, no se rinde a partido, y entonces, compadecido o admirado el Califa, le nombra "su hermano". y le casa con la bella princesa Nuzhatul-Anadad, nombre que recuerda al de otras princesas "lunares" con las que ya hemos trabado conocimiento en el curso de este libro, siendo dignas de mención las tretas de las que el nuevo matrimonio se vale para sacarle dinero al califa fingiéndose muertos alternativamente el uno y el otro, como Castor y Pólux en la leyenda griega…[101]

* * *

Esta historieta, glosada también en la que lleva el título de "Historia del ciego Abdallah en el puente de Bagdad", se enlaza asimismo con la de Mahmud, que, para continuarla aquí, dejamos interrumpida en el capítulo XIV, cuando el jeique del Mogreb lejano le quiso hacer sensato y agradecido a los beneficios de Alah, el gran Retribuidor, y, después de haberle mostrado por las cuatro ventanas de su cuadrado minarete cuatro terribles panoramas mágicos de otras tantas calamidades destructoras de la ciudad hasta sus cimientos, le dijo:

–¡Mañana el desierto se unirá con el desierto a través de las llanuras!

Y un instante después volvió a presentarse el panorama alegre de la ciudad pletórica.

Hecho esto, el jeique le llevó al sultán, sin resistencia, hacia un pequeño estanque, donde le

sumergió la cabeza, haciéndole ver durante el par de segundos que a lo sumo duró la inmersión, una larga escena de horrores de la que él mismo se sentía protagonista, a saber, que yendo en su nave de recreo había naufragado al pie de una montaña altísima que dominaba a todo el mar. Único sobreviviente del naufragio, se ve rodeado de bárbaros felahs que le miran como a un objeto extraño y despreciable, del que se ríen sin piedad. "¿Para qué llevas tanto hierro inútil encima?", le dicen despojándole de todas sus joyas y atributos reales, "ven a trabajar, y pues que ni para esto nos sirves, al menos te utilizaremos como a bestia de carga"; y diciendo esto le ponen a tirar de una rueda de molino, dándole continuamente de palos y con un puñado de habas por todo alimentó durante cinco años. Al cabo de este tiempo se derrumba el molino y vuelve a sentirse hombre, huyendo a una lejana ciudad extranjera, donde le reciben tan bien que le obligan a desposarse con arreglo a las costumbres del país, o sea con la primera mujer, vieja o joven, que acertase a salir aquel día la primera por la puerta del hammam y que resultó ser la más horrible mujer que jamás se viera en el mundo… ¡Todo ello, repetimos, durante el brevísimo instante de la inmersión!

–¡No ha sido, por fortuna, sino una pesadilla! –exclamó el sultán–, y es grato volverse a ver señor de señores después de haber naufragado, servido del ludibrio de unos bárbaros y, en fin, jumento miserable y mártir.

Entonces el jeique, esfumándose como neblina de la mañana, le dijo:

–¡Sultán Mahmud, adiós! ¡Ya he cumplido cerca de ti el encargo de mis hermanos los santos hermanos moghrebinos, para que te des mejor cuenta que hasta aquí lo has hecho de los beneficios que debes al Retribuidor y que parecías no comprender ni agradecer!

Mahmud sintió un escalofrío de muerte desde los pies hasta la cabeza, y se prometió de allí en adelante ser menos descontentadizo con su suerte, suerte que tan fácil podía tornarse en serie de inauditas desgracias, si así lo hubiese decretado el Destino que hace juguete de sus decretos inescrutables a la dormida Humanidad…[102]

Comienza la gran historia del esportillero y las tres princesas de Bagdad

El cuento inmortal del esportillero dice así:

Bajo el reinado del califa Harun-al-Raschild había en Bagdad un mandadero que, a pesar de su miserable y despreciado oficio, no dejaba de ser un hombre de talento. Cierta mañana, mientras realizaba sus penosos menesteres, se le acercó una dama joven y hermosa, cubierta por un tupido velo, que, llegándose a él, le dijo:

–Trapero, ¡sígueme!

Encantado el buen hombre ante tan gallardo continente de la tapada, la siguió sin vacilar, y así entrambos recorrieron diversas tiendas comprando vino, gran cantidad de flores, frutas y perfumes, o carnes, pescados y, en fin, cuanto es necesario para un gran banquete; Ya con todos estos elementos llegaron ambos a una casa-palacio, con hermosísimo pórtico y puertas de marfil. De buena gana el mandadero, lleno de curiosidad ante lo que veía, habría preguntado acerca de ello a la dama; pero fiel a su promesa, no se atrevió.

No pasó inadvertida para la dama esta natural curiosidad del mandadero, y hasta advirtió en él rasgos de meritoria dignidad que la produjeron gran deleite, tanto que ni siquiera se dió cuenta de que la regia puerta se abría, y que otra dama no menos hermosa la decía:

-¿Qué haces, hermana mía, que estás como embobada sin entrar?

Atravesando seguidamente un vasto peristilo, unos corredores fresquísimos de puro jaspe, y estancias cada vez más suntuosas, llegaron a un magnífico patio rodeado de lujosa galería y, en medio, con una fuente y un sin igual jardín. En el fondo del patio había un reclinatorio verdaderamente regio, todo de ámbar, sostenido por cuatro columnas de ébano, las cuales a su vez estaban empedradas de diamantes, rubíes, jacintos, esmeraldas y otras piedras de extraordinario tamaño. El diván estaba guarnecido de raso rojo, recamado por oro de las Indias, de una factura prodigiosa.

El pobre mandadero, a pesar de abrumarle la carga, no cesaba de admirar embobado la magnificencia de aquella casa y su aseo. Pero lo que más le sorprendió fue el ver a una tercera dama, sentada sobre aquel trono, y que le pareció aún más hermosa que las dos anteriores. Por los miramientos con que le trataban éstas, juzgó que sería la más principal. Pronto supo que se llamaba Zobeida, y las otras dos Safia y Amina, esta última la que le había hecho cargar con las provisiones. Amina sacó unas monedas de oro y con ellas pagó espléndidamente al mandadero. Inútil es añadir que a todo esto las tres se habían quitado sus velos, deslumbrando con sus caras de soles a este desdichado, quien, saludándolas respetuosamente, cogió su canasto; pero sintiéndose como fascinado, no acertaba a arrancar de allí, hasta que Zobeida, con autoritario tono, le dijo:

–¿A qué aguarda ya? ¿No está lo bastante recompensado por su trabajo? –Y dirigiéndose a Amina, añadió: –¡Dale alguna cosa más y que salga al punto de aquí!

Como el mandadero, pese a las apariencias de su bajo oficio, era el donaire y el talento en persona, se atrevió a decir a la hermosa:

–No atribuyáis mi demora en marchar a que no me considere más que recompensado, no

con el dinero que me habéis dado, sino con haber contemplado dichoso vuestra imponderable hermosura. Me voy, pues, al punto, aunque con la curiosidad de no haber visto a vuestro lado hombre alguno, siendo así que la compañía de mujeres sin hombres es cosa tan triste como la de los hombres sin mujeres.

Y añadió a esto tales lindezas y gracias, que las damas no pudieron menos de sonreír hasta que Zobeida, con ademán solemne, le dijo:

–Amigo mío, sois demasiado indiscreto; yo nada debo decirle sino que somos tres damas que hacemos nuestros negocios con tal sigilo, que nadie tiene por qué saber ni inmiscuirse en ellos, máxime temiendo como tememos tanto a los indiscretos, por aquello que en un sabio autor tenemos leído de "guarda tu secreto y no se le descubras a nadie, porque el que lo revela, ya no es dueño de él". Si tu seno no puede contener tu secreto, ¿cómo va a contenerle aquel a quien se lo confías?

–Señora –replicó con donaire el mandadero–. Por vuestro talante os había juzgado personas de un mérito excepcional, y por lo que acabo de escuchar veo que no me había engañado. Aunque la fortuna no me haya permitido con sus rigores el elevarme a profesión más alta que la mísera que ejerzo, no por eso he descuidado el cultivar mi espíritu cuanto me ha sido dable con la lectura de los libros de historia y de ciencia, y en ellos he leído también: "No ocultes tu secreto sino a personas reconocidas por todo el mundo como indiscretas y capaces de abusar de tu confianza"; pero no tengas dificultad alguna en descubrirle a los prudentes, que seguramente le sabrán guardar." El secreto en mí está tan seguro como el de una mansión cerrada y sellada cuya llave se hubiese perdido.

Con este y otros discreteos acabó de comprender Zobeida que el mandadero tenía más talento que muchos que figuran ser sabios, por lo que le dijo sonriendo:

–Podrás haber comprendido ante estos preparativos que nos disponemos a regalarnos con un buen banquete; pero para que pudieses participar de él, tú no has traído nada.

–¿No has oído decir –confirmó Safia–, que quien nada pone, nada puede recibir?

El desdichado mandadero, no obstante sus retóricas, se dispuso a retirarse, vencido; pero entonces Amina, tomando su partido, dijo a sus dos hermanas:

–Os suplico encarecidamente que no os le dejéis marchar. Tiene excelentes disposiciones naturales; nos ha ayudado a hacer nuestras compras con la mejor voluntad del mundo, y no os extrañaréis de que yo, agradecida, le otorgue mi protección.

Conmovido entonces el mandadero, se prosternó a sus pies y, con desesperado ademán,

quiso hasta devolver generosamente cuanto dinero había recibido; pero ellas se opusieron a esto último; diciendo que lo que daban como recompensa jamás lo volvían a recoger, añadiendo:

–Consentimos gustosas que sigas, pues, entre nosotras; pero a condición de que nos guardes el secreto de cuanto has visto o veas, y guardes el debido decoro en tu cuerpo como en tu espíritu.

Con esto el banquete empezó. Amina escanciaba el vino, cantando y coronándoles de rosas. Con el banquete finalizaba también el día, y el mandadero fue conminado de nuevo por Zobeida y Safia para marchar.

–Hermanas queridas –opuso Amina, interponiéndose–. No somos justas con este infeliz. ¿Cómo vamos a despedirle en el estado en que se encuentra, dándole tan mal pago de lo mucho que nos ha divertido con sus donosas ocurrencias? Si le amáis tanto como yo le amo, dadme el placer de que pase la noche en nuestra compañía.

–Nada podemos negarte –respondieron las otras–. Quédese, pues, en buena hora el cuitado; pero a condición de que vea lo que vea y oiga lo que oiga, no diga "esta boca es mía".

Y dirigiéndose a este último, añadió Zobeida:

–Vaya a ver lo que hay escrito a la entrada de este aposento, donde dice: "El que pregunta cosas que no le atañen, oye lo que no desearía oír."

La velada acabó del modo más feliz entre música, versos, luces, fragancias y discreteos. Las damas le embriagaban a porfía al embobado mandadero, con sus bellezas irresistibles ante las que quizá iba a sucumbir.

CAPÍTULO XVII

Culmina el gran “Libro de las Iniciaciones” con la Historia de los tres calendas

La sorpresa del esportillero y las tres damas de Bagdad.–El significado constante de la palabra “calenda”.–Las “calendas” y el “calendario”.–Llegada del califa, su ministro y su eunuco.–Las dos perras negras.–El vapuleo de las perras y las lágrimas de conmiseración.–El canto de Amina y sus horribles cicatrices.–La indiscreción del califa y su castigo.–Historia del primer calenda.–La dama sepultada.–El triste amor de dos príncipes hermanos.–Historia del segundo calenda.–El leñador y el genio de los bosques.–La princesa robada.–Historia del tercer calenda.–Otra vez la estatua ecuestre de la Atlántida.–El barquero de bronce.–El príncipe del subterráneo.–El fallo del astrólogo.–Un émulo de Edipo.–El cuchillo y el melón fatales.–¡Fugitivo!–Los diez discípulos misteriosos.–Otra vez el Ave Roc de Sindbad el Marino.–Comentarios a las historias de los Calendas.

Cuando el célebre esportillero y las tres damas de Bagdad estaban solazándose como en el cuento anterior va dicho[103], alguien llamó discreto a la puerta. Safia, que era la portera, se asomó y volvió de allí a un rato diciendo:

–Han llegado a la puerta tres calendas, todos tres tuertos del ojo derecho y completamente afeitados de barba, cejas y cabeza. Dicen que vienen de Bagdad y, no encontrando hospedaje en parte alguna, demandan nuestra hospitalidad. Los tres son jóvenes, gallardos y con muestras de gran talento. No creo nos sirvan de gran carga, pues sólo piden les acojamos hasta el amanecer.

–Hazlos entrar –contestó Zobeida, aunque no sin repugnancia–, pero que lean antes lo que en el frontispicio se dice respecto del secreto que tendrán que guardar sobre cuanto vean aquí.

Los tres calendas penetraron en la estancia y no supieron qué admirar más, si la hermosura de las tres damas o la extraña presencia del mandadero:

–He aquí uno de nuestros hermanos árabes disidentes de nuestro credo, pues que no va vestido ni afeitado como nosotros.

Mas como el mandadero estaba medio dormido y con los vapores de las libaciones algo subidos a la cabeza, hubo de replicarles con arrogancia:

–¿Pues qué, no han leído la inscripción que reza no se mezclen en lo que no les incumbe?

Las damas, previendo el choque, se interpusieron. Dieron de comer y de beber opíparamente a los calendas, y luego trajeron diversos instrumentos de música para que se acompañasen en

su canto, al par que ellas por su parte les hacían coro. Estaban en lo más divertido del concierto cuando de nuevo se oyó llamar a la puerta, viendo Safia que quien así llamaba era nada menos que el propio califa Harun-al-Raschid, quien tenía por costumbre recorrer de incógnito toda la ciudad para vigilarla, acompañado por su visir Giafar[104] y de Mesrur, el jefe de sus eunucos, todos tres disfrazados de mercaderes. Sin duda les había llamado la atención aquellos ruidos tan a deshora de la noche, y venían a inquirir su origen, aunque pretextando que precisaban hospitalidad. Fueron introducidos igualmente y saludaron con mucha urbanidad a los caballeros y a las damas. Éstas les dieron la bienvenida, añadiendo:

–No llevarán a mal, señores comerciantes, que en premio de nuestra hospitalidad les pidamos una gracia: la de que tengan más ojos para ver que lengua para preguntar.

A lo que el visir prometió en nombre de todos que serían puntualmente obedecidas. Con esto no hay que decir que se reanudó el banquete y el concierto. Mientras que el astuto visir daba conversación a las damas, el califa no cesaba de admirar la hermosura, la jovialidad y el talento de éstas, que deputó por lo más extraordinario que en mujeres había visto nunca. Sintió comezón por preguntarlas acerca de quiénes eran; pero, fiel a la consigna, permaneció mudo. Los calendas danzaban sus mejores danzas, con grandísima complacencia del califa y de sus acompañantes. Terminadas las danzas, Zobeida dijo a Amina:

–Hermana mía, levantemos manteles y hagamos lo que tenemos por costumbre, que estos buenos señores no habrán de llevárnoslo a mal, según lo prometido.

Amina obedeció al punto. Puso una silla en medio del recinto, y, ayudada por el mandadero, se adelantó conduciendo dos perras negras, cada una de las cuales tenía un collar con una cadena de sujeción. Zobeida, remangándose el brazo, dió un gran suspiro y dijo:

–¡Cumplamos con nuestra diaria obligación! –y tomando ella y su hermana Safia sendos látigos, se pusieron a vapulear sin piedad a las dos perras, hasta que las hizo llorar como si fuesen personas humanas. Entonces sacó Zobeida su pañuelo, enjugó maternalmente las lágrimas de las perras, las besó y las mandó retirar por mano del mandadero.

Los tres calendas, el sultán y sus dos acompañantes estaban pasmados de curiosidad y de asombro por la rareza de lo que acababan de ver, porque no acertaban a explicarse el cómo Zobeida, tras de maltratar tan durísimamente a las dos perras, las trataba luego con muestras de tan infalsificable piedad. El califa, sobre todo, rabiaba por saberlo; pero como habían prometido no hablar, viesen lo que viesen, se limitó a hacer señas al visir para que viese el modo de satisfacer su curiosidad.

–Ahora me toca a mí representar mi papel –dijo Safia–. Tráeme, hermana Amina, lo que tú sabes.

Amina, obediente a la indicación, salió al punto y trajo una extraña caja guarnecida de raso amarillo con incrustaciones de nácar y oro. De allí sacó un laúd y cogiéndole y templándole Safia, después de preludiar del modo más primoroso cantó los tormentos de la ausencia con tal gracia, que todos los oyentes quedaron encantados. Luego tornó a su vez Amina, y cantó tan bien o mejor sobre el mismo asunto, con tal vehemencia que acabó cayendo desfallecida en brazos de su hermana Zobeida.

–Hermana mía –le dijo ésta–, bien se conoce el mal que te aqueja.

En efecto, tanto ahínco puso en su canto Amina que se desmayó, y al desabrocharla sus hermanas el pecho para darla aire, se dejó ver ante los asombrados circunstantes que todo él estaba lleno de cicatrices que causaban verdadero horror.

–Antes que ver esto hubiéramos preferido pasar la noche al raso –exclamó uno de los calendas, con el asentimiento de los otros dos, y el califa les preguntó al oído:

–¿Qué significan tales heridas?

–Señor –le respondieron–, sabemos de ello tanto como vos. No somos de la casa tampoco, sino peregrinos acogidos en ella para pernoctar.

El califa dirigió entonces igual pregunta al mandadero.

–¡Por el Señor clemente y misericordioso que nada tampoco sé! –respondió, no menos espantado, este último.

El califa entonces, dispuesto a deshacer tantos enigmas a cualquier precio, propuso a los demás que, pues eran siete hombres contra tres indefensas mujeres, las obligasen por la fuerza a aclararlos, si a ello no se prestaban de su propia voluntad; pero a semejante atropellado parecer se opuso el visir Giafar haciéndole ver las funestas consecuencias que ello les podría acarrear.

–¿En qué reputación quedaríamos, señor, ante estas tres señoras, a quienes hemos prometido silencio y que nos han dado la más generosa hospitalidad? –replicó Giafar–. La noche no durará mucho y yo mañana haré prenderlas y conducirlas a presencia de Vuestra Majestad, hasta que le informen acerca de cuanto anhelamos saber.

Pero el sultán no se resignó a tan larga espera y obligó al mandadero a que las preguntara. Zobeida, al oír aquello, montó en cólera y gritó:

–¡A mí, mis fieles servidores!

No bien había lanzado Zobeida tal grito, cuando se abrió una puerta y, por ella aparecieron siete formidables negros que sable en mano se apoderaron al punto de los siete hombres, dispuestos a degollarlos a una simple indicación de su dueña. Estos, viendo que había llegado el último momento de sus vidas, iban a pedir piedad , cuando vieron que Zobeida les preguntaba:

–Sepan que van a morir si no nos enteran de quiénes son uno por uno, porque no puedo persuadirme de que seáis gentes honradas procediendo del modo que habéis procedido –Y dirigiéndose a los calendas les dijo: –¿Por qué sois tuertos y vais igualmente rapados todos tres?

–Señora –respondió uno de ellos–, nuestra historia es muy peregrina, casi increíble. No somos hermanos por la sangre, pero sí por la religión. Sepa, además, que los tres somos hijos de reyes que han gozado de alguna fama en el mundo.

Llena de curiosidad entonces a su vez Zobeida, dijo a los esclavos que les dejasen pies y manos libres para que pudiesen contar su historia, que, por las muestras, no podía menos de ser tan digna de ser sabida como la de ellas mismas.

Historia del primer calenda. –Habéis de saber, señoras –dijo el primer calenda–, que nací príncipe, y que el rey mi padre tenía un hermano, rey también en otro país vecino, a quien todos los años iba a visitar. Cierto día, mi primo, hijo de aquel rey, me dijo:

–Querría hacerte una gran confidencia si me juras guardar el secreto. He hecho alzar un gran edificio, y quiero llevar una hermosa dama a él. Tú me harás el favor de conducir a la dama hasta una de sus dependencias vecinas, construida en forma de túmulo. Allí me esperaréis los dos, que yo no tardaré en juntarme con vosotros.

Fiel a mi juramento, no pretendí saber más. A poco mi primo trajo consigo una esbelta dama, de hermosísimo semblante y muy ricamente vestida. Aquella noche, bajo la luz de la luna, conduje a la dama al sitio de la tumba; alcé las losas de ésta, viendo que estaba vacía, y hallé en el fondo una trampa que dejóme ver una escalera de caracol. El príncipe, de allí a poco, llegó provisto de elementos de albañilería, tomó entonces la mano de la dama, y despidiéndose de mí, me dijo:

–Primo mío, te estoy infinitamente agradecido por el favor que me acabas de prestar. Adiós, pues; no quieras saber más; antes bien, vuélvete por el camino que hasta aquí has traído.

Regresé, en efecto, a palacio, aturdido y confuso, conciliando difícilmente el sueño.

Al despertarme al día siguiente me puse a reflexionar sobre los extraños acontecimientos de la víspera, y no dándome crédito a mí mismo envié a mi ayuda de cámara a que fuese y preguntase por el príncipe mi primo. Pronto regresó el criado, diciéndome que su alteza no había dormido en palacio, y que nadie sabía acerca de su paradero, lo cual tenía afligidísima a la corte toda. Conviene advertir que a la sazón se hallaba ausente, de cacería, el rey mi tío. Entonces me fuí secretamente hacia el cementerio, por si entre sus tumbas se encontraba la consabida, pero mi diligencia fue inútil. Entonces me restituí al reino de mi padre, encontrándome que la guardia de palacio me cerraba las puertas, diciéndome su jefe:

–Príncipe: vuestro padre ha muerto, y vista vuestra ausencia, el pueblo ha nombrado rey al gran visir. En nombre del nuevo rey os hago prisionero.

A estas palabras se apoderaron de mí los guardias y me condujeron delante del tirano, que guardaba contra mí gran encono porque de niño yo le había saltado inadvertidamente un ojo al disparar una flecha contra un pajarillo. Tan luego como el tirano me vió, fué su primer cuidado sacarme a su vez un ojo, dejándome como me veis. Luego ordenó fuese decapitado, depositado en una caja y llevado lejos del palacio para ser pasto de las aves de rapiña.

El verdugo me condujo a solas al sitio de la ejecución, pero compadecido de mi juventud y de mis lágrimas, me dejó escapar a condición de que saliese inmediatamente del reino para jamás a él volver. Escondíme, pues, y llegada la noche, caminé tanto que me vi en seguridad, pudiendo restituirme a la corte del rey mi tío, a quien relaté todas mis desventuras.

–¡Ay! –dijo el pobre anciano–. No era bastante la pérdida de mi hijo, sino que viene también la muerte de un hermano a quien tanto amaba y la desgracia tuya, sobrino mío. –Y diciendo esto lloraba a mares.

Tanto pudo en mí el dolor de mi tío que me creí relevado del juramento de silencio prestado a mi primo.

–Sobrino mío –me dijo el anciano rey–. La relación que acabas de hacerme me da alguna esperanza acerca de la posibilidad de que aún viva mi hijo. Recuerdo, en efecto, que últimamente estaba preocupado con la erección de un mausoleo, y, pues has jurado guardar secreto, seamos reservados y vayamos a buscarle nosotros solos.

En efecto, nos disfrazamos los dos, y saliendo de palacio al campo por una puerta secreta del jardín, pronto nos hallamos frente a la tumba que en vano había yo buscado tanto tiempo. Con gran trabajo levantamos la losa, que el príncipe, sin duda, había asegurado por dentro. Bajamos como cincuenta escalones, y al final, en el fondo, nos encontramos en una antesala

saturada de un negro y pestilente humo. Una débil luz caía sobre la estancia de una araña lujosísima.

De la antesala pasamos a un salón muy espacioso, iluminado profusamente y sostenido por poderosas columnas. En el centro se abría un aljibe con provisiones en su borde, y en frente un gran estrado con un lecho suntuoso, cuyas cortinas estaban corridas. Subió el rey, y, abriéndolas halló durmiendo en el lecho a la dama y al príncipe su hijo, pero abrasados y hechos carbón los dos. Lo que me causó más horror fue que el rey mi tío, en lugar de afligirse por aquel horrendo espectáculo que se le ofrecía a sus ojos de padre, llenóse de ira, y escupiéndole en la cara con rabia le dijo:

–Este es el castigo que has llevado en este mundo, pero el que llevarás en el otro jamás acabará. –Y pegándole en el rostro con una de sus chinelas, salió de la estancia sin volver la vista, siguiéndole yo con la mayor pesadumbre.

–Tío, tío queridísimo –hube de decirle al rey de regreso a palacio–, ¿pecaría yo contra los respetos que os debo si os interrogase acerca de lo que acabo de ver y que tanto me asombra?

–Sobrino mío –respondió el rey–, sabe que desde su niñez, mi hijo, indigno de este nombre, amó entrañablemente a su hermana, y que ésta le correspondía. Yo no me opuse al principio, porque no previa el mal que ello podría producir. Cuando caí en la cuenta ya era tarde para remediar el mal, a pesar de que les separé convenientemente. El indigno entonces, bajo pretexto de alzar un mausoleo, hizo construir este recinto secreto y en donde acaba de recibir con su cómplice el castigo que has visto.

Hacía ya tiempo que estábamos de vuelta en palacio, sin que nadie notara la ausencia, cuando un ruido ensordecedor y una densa polvareda nos puso en autos de que se acercaba contra la ciudad un poderoso ejército: el del visir usurpador de mis Estados, que venía también a despojar a mi tío de los suyos. La pelea fué ruda, pero fuimos vencidos, perdiendo en ella la vida mi tío, y escapando yo, verdadero milagro, en el traje y forma de calenda en que me veis, no sin encontrar en mi camino hacia el reino del poderoso Comendador de los Creyentes, Harún-al-Raschid, a estos dos ,calendas mis compañeros.

Historia del segundo calenda. –Por obedecer vuestro mandato, señora –dijo a su vez el segundo calenda–, os responderé que también nací príncipe, y con tan felices disposiciones para el estudio, que el rey mi padre no perdonó medio de instruirme. Aprendí el libro sagrado de nuestra religión; consulté todos sus comentarios y recogí de labios de los ancianos intérpretes de la ley todas las tradiciones gloriosas de nuestros sabios y profetas. También estudié a fondo la historia, la geografía, las ciencias y las bellas artes, con más todo cuanto le

es necesario conocer a un buen príncipe. Así que pronto la fama, haciéndome más honores del que merecía, llevó mi nombre hasta el emperador de las Indias, quien rogó a mi padre me permitiese visitar aquellos poderosos Estados. Un mes llevábamos ya de marcha cuando nos vimos asaltados por una cuadrilla de forajidos que nos despojó de los ricos presentes que llevábamos en nombre de mi padre al emperador y mató a todos los de mi séquito, pudiendo yo apenas escapar mal herido.

Viéndome, pues, solo y sin amparo de nadie, saqué fuerzas de flaqueza y me refugié en una gruta, mal alimentado por unas frutas silvestres que encontrase en mi huída. Así vagué cerca de un mes, a la ventura, hasta llegar a una gran ciudad regada por varios ríos y donde reinaba perpetua primavera, y quiso la fortuna que tropezase en ella con un sastre, quien, prendado de mi talento juvenil, cuanto compadecido por mi desgracia, me deparó paternal acogida, añadiendo, una vez informado:

–Guárdate bien de confiar a nadie lo que acabas de referirme, porque has de saber que el rey de estos Estados es el enemigo mayor de tu padre y no lo pasarías nada bien. ¿Qué es lo que sabes hacer para poderte ganar la vida?

Yo le respondí que conocía la religión, las ciencias y las bellas letras, a lo que me respondió:

–Nada de eso, qué tanto vale, se estima aquí. Toma, pues, un traje de gente baja y vete al bosque a guisa de leñador, hasta que la fortuna se apiade de ti.

Obedecí el sano consejo. Me pertreché de cuerda, hacha de leñador y una pobre ropa, como el sastre me había dicho, y así fuí viviendo con lo que me daban por las cargas un año entero. Cierto día en que me internase en el bosque más que lo de costumbre, me puse a cortar un árbol que crecía en un delicioso paraje solitario, y al arrancar sus raíces divisé con sorpresa un argollón de hierro sujeto a una tapa del mismo metal. Quité la tierra, levanté la tapa y vi una escalera que pronto me condujo a un gran palacio subterráneo que me llenó de asombro y donde reinaba una claridad que competía con la del día. Por una galería de opulentas columnas de jaspe con capiteles de oro vi venir hacia mí una dama de belleza tan extraordinaria que me cegó. Al yo hacerla una profunda reverencia, ella me interrogó:

–¿Quién sois? ¿Sois hombre o sois un genio de estos parajes? Hace veinticinco años que aquí me encuentro, y en todo este tiempo a nadie he visto, sino a vos.

Contéle entonces a la dama a grandes rasgos toda la historia de mis desventuras, que ella escuchó encantada, diciéndome a su vez:

–¡Ah, príncipe!; esta mansión no es sino una prisión para mí, porque los sitios más encantadores nos fastidian cuando se está en ellos contra la propia voluntad. No es posible

que no hayáis oído hablar de Epitimaro, rey de la gran Isla de Ébano, así llamada a causa de la preciada madera que produce[105]. Yo soy hija del rey. Mi padre me había destinado para esposa de un príncipe hijo de su hermano, pero en la tarde misma de boda, en medio del regocijo de la fiesta nupcial, un genio me arrebató, y cuando recobré el conocimiento, me encontré sola aquí, donde el tiempo y la necesidad me han acostumbrado ya a sufrir las tiranías del genio. Es verdad que nada me falta de cuanto puede soñar la mujer más exigente, pero de diez en diez días viene el genio una vez a pasar la noche conmigo, pretextando que no viene con más frecuencia por estar casado con otra. No obstante, siempre que tengo necesidad de su socorro puedo evocarle mediante un talismán que de él poseo y que le obliga a presentarse al punto. Cuatro días hace que me hizo la última visita, y no le espero hasta dentro de seis, por cuya razón podéis, si gustáis, hacerme compañía durante cinco días, que yo os obsequiaré según merece vuestro mérito y alcurnia.

Acepté, dichoso, la oferta de la dama. Ella me hizo entrar en un salón de baño, el más limpio y cómodo que se podría imaginar, y cuando salí de él, en lugar de mi vestido hallé otro preciosísimo. Luego me hizo sentar en un mullido y regio sofá con cojines del mejor brocado de las Indias; me presentó los más exquisitos manjares, y comimos y dormimos juntos.

–Hermosa princesa –le dije–, ya es demasiado tiempo el que lleváis enterrada en vida. Seguidme; huyamos juntos y venid a gozar bajo los rayos del sol la verdadera luz, de la que estáis privada tantos años.

–Príncipe –replicó la enamorada dama–, no paséis adelante en vuestro discurso. Cuento por nada los más hermosos días de allá arriba con tal que en ausencia del genio me concedáis nueve días de cada diez.

–El miedo que tenéis al genio es lo que os hace hablar así, pero yo le temo tan poco que voy a hacer ahora mismo pedazos a su talismán, para que venga y experimente el valor de mi brazo –la dije.

–¡No hagáis tal, que ello sería nuestra ruina! –replicó la dama–. No sabéis lo que los genios son.

No obstante tan prudentes advertencias, los vapores del vino me impulsaron a desoírlas. De un puntapié hice trizas el talismán, con lo que no hay que añadir que retembló todo el palacio en medio de relámpagos deslumbradores.

–¡Estáis perdido si no os ponéis en salvo! –exclamó la dama, presintiendo la llegada del genio, obligándome a escapar escalera arriba, a tiempo que el iracundo genio aparecía.

–¿Por qué me llamáis tan a deshora y con tal violencia? –rugió.

Y como viese las chinelas y el hacha que había dejado olvidadas en mi huída, añadió, echando fuego por los ojos y maltratando bárbaramente a la princesa:

–Si no te amase como te amo, hoy te haría morir…

Reflexioné entonces que podría ser yo la causa de tamaña desgracia. Me resigné, pues, con mi suerte, y tomando mi antiguo vestido, salí de allí con cautela y retorné al lado del sastre mi protector, que ya estaba inquieto por mi ausencia temiendo me hubiesen descubierto los vasallos del rey enemigo. Me retiré a mi cuarto, reconviniéndome por mi imprudencia, cuando el sastre entró de allí a poco, llevando mis chinelas y mi cinto, y diciéndome:

–Un anciano a quien no conozco acaba de llegar con tu hacha y tus chinelas, que dice haber encontrado en su camino; pero insiste en entregártelas en propia mano.

Ante semejante noticia, casi me desmayé, cuando, sin más, vi abrirse el suelo mismo de mi alcoba y reconocí en el supuesto viejo al genio robador de la princesa de la Isla de Ébano, que había tomado aquella forma después de maltratarla.

–Yo soy un genio, hijo de la hija de Eblis –nos dijo a entrambos–. ¿No es esta tu hacha? Tus chinelas, ¿no son estas?

Y mientras tal decía, me tomó por la cintura como si fuese una brizna de hierba, me arrastró fuera de mi cuarto, y lanzóse a los aires hasta una altura inverosímil, de la que descendió aún más rápido hasta la tierra. Después dió en ésta una gran patada, y, abriéndose al momento, me encontré de nuevo en el palacio encantado, delante de mi amada princesa de la Isla de Ébano, pero toda desnuda, ensangrentada, bañada en lágrimas y más muerta que viva.

–Pérfida –le dijo el genio–. ¿No es éste tu amante?

–Jamás le he visto –replicó ella con entereza.

–Para que te crea –añadió el genio entregándola su sable–, y pues que no le conoces, córtale la cabeza. .

–¡Ay! –dijo la princesa–. ¿Cómo careciendo ahora de fuerzas voy a poderlo hacer? Además, ¿cómo voy a quitar la vida a un inocente?

–En tal caso –añadió el genio–, si no la conoces tú tampoco, no tendrás inconveniente en cortarla la cabeza. Sólo a este precio te daré la libertad.

–Con mucho gusto –le dije, sacando fuerzas de flaqueza, y tomando el sable como si me dispusiese a obrar.

Luego, haciendo mi papel a maravilla, arrojé el sable al suelo con despecho, protestando de ejecutar sobre una mujer indefensa semejante villanía, que acarrearía sobre mi conciencia eterna maldición.

–Bien veo –añadió gruñendo el genio– que os proponéis insultarme con mis celos; pero, por el tratamiento que voy a daros, conoceréis de lo que soy capaz.

Al decir esto, cortó a cercén, impasible, la mano de la princesa, diciéndome:

–Esto hago sólo por sospechas, ¿qué no haría si me convenciese del ultraje? Ella, de todos modos, te ha recibido aquí, y voy a convertirte, a tu elección, en perro, asno, león o pájaro.

–¡Oh genio! –le dije entonces con algún vislumbre de esperanza–. Doquiera pregonaré vuestra clemencia si me perdonáis como aquel hombre de mundo perdonó a un envidioso que con sus envidias no le dejaba vivir.

La curiosidad del genio, por saber aquello, pudo más que su barbarie rencorosa, y, aunque de mal grado, accedió; y yo le conté entonces la historia en cuestión, logrando así escapar con vida, aunque no sin que el perverso me sacase un ojo, dejándome tuerto, como veis.

Historia del tercer calenda. –Señora –dijo el tercer calenda a Zobeida–, estos dos compañeros míos han perdido un ojo por efecto del Destino; pero yo le perdí por mi propia culpa. Oídme.

Me llamo Ajib y soy hijo del rey Casib. A la muerte de mi padre me posesioné del reino, compuesto de hermosas provincias y de un número considerable de islas, casi todas a la vista de la capital. Después de reconocer estas islas me aficioné a la navegación; armé diez navíos y navegué con toda felicidad durante cuarenta días. Luego nos asaltó una tempestad, y mi piloto no sabía dónde nos hallábamos, y como viésemos, al cabo de diez días de vagar sin rumbo, un objeto muy negro en lontananza, el piloto exclamó:

–¡Estamos perdidos sin remedio! Esa montaña negra que divisamos enfrente es toda de piedra imán que, atrayendo hacia ella a los navíos por causa de los clavos y demás herrajes de ellos, irán a pegarse contra la mole y nos harán zozobrar. En lo alto de ésta se alza un caballo de bronce, con su jinete, que ostenta en su pecho una gran plancha de plomo con una inscripción mágica terrible, que alude a la tradición de que allí naufragarán cuantos navíos pasen cerca, hasta que la estatua sea destruída.

Acabado este discurso, el piloto echó a llorar como un niño.

Pronto, en efecto, sentimos saltar uno a uno los clavos de nuestros navíos y demás metales con un ruido espantoso… Todos los míos perecieron. Sólo yo me salvé en una tabla, y, ya en

tierra, comencé a subir por una larga escalera hasta la cima, porque era lo único abordable de toda la isla. Pasé la noche bajo la estatua de la cúpula, y, mientras dormía, se me apareció un venerable anciano que me dijo:

–Escucha bien, Ajib. Cuando despiertes, cavarás la tierra bajo tus pies y encontrarás un arca de bronce con tres flechas de plomo, flechas fabricadas bajo ciertas constelaciones para poder librar al género humano de tantos males como le amenazan. Si tiras las flechas contra la estatua, ella caerá al mar. Se hinchará éste embravecido, subiendo hasta el pie de la montaña. Entonces verás venir hacia ti un hombre de bronce con un remo en cada mano. Embárcate con él, sin pronunciar el nombre del Señor, y déjate conducir, pues que habrá de llevarte a otro mar en el que encontrarás el medio de restituirte sin tropiezo a tu casa:

Me desperté sobresaltado; hice lo que en sueños me ordenase el anciano y todo acaeció como él había dicho. Me embarqué con el hombre de bronce, y bogando día y noche, al cabo de nueve días divisé unas islas, a cuya vista no pude menos de exclamar:

¡Loado sea Alah!

No bien había pronunciado estas palabras, cuando el hombre de bronce y su lancha se sepultaron en el mar. Aterrado nadé a la ventura hasta que las fuerzas empezaron a faltarme, pero una ola me arrojó contra la playa de una isla solitaria llena de todo género de árboles. De allí a poco vi llegarse a la playa una embarcación de la que saltaron a tierra diez esclavos armados de palas y azadas, y provisiones, quienes se detuvieron a excavar la tierra, hasta levantar una trampa, que sin duda ocultaba algún subterráneo, y luego que se hubieron alejado todos los de la embarcación. Entonces me dirigí al subterráneo, en el que encontré a un gallardo joven, quien me dijo: :

–Príncipe, no os extrañe verme donde me veis. Mi padre es un riquísimo comerciante en joyas, con muchos esclavos y navíos. Hacía mucho tiempo que estaba casado sin tener sucesión, hasta que un sueño le anunció que tendría un hijo cuya vida no sería muy larga. En efecto, de allí a nueve meses justos nací, y aunque todos me recibieron con el natural regocijo, los astrólogos dijeron a mi padre y a mi madre, que también habían soñado lo mismo:

–Vuestro hijo vivirá sin accidente alguno hasta los quince años, a cuya edad correrá grandísimo riesgo su vida. Si se salva entonces, tendrá dilatada vejez. En aquel tiempo –añadieron– la estatua ecuestre que se alza en la cima de la montaña magnética será derribada al mar por el príncipe Ajib, hijo del rey Casib, y los astros anuncian que cincuenta días después vuestro hijo deberá ser muerto por este príncipe. Han pasado así los quince años desde entonces y hace diez días que la montaña fatídica se hundió. Para tratar de eludir de

algún modo la predicción de los astrólogos, hace mucho tiempo que mi padre tomó la precaución de hacer construir este retiro para en él tenerme oculto hasta que transcurran los cincuenta días del vaticinio de mi horóscopo, y que vuelvan a recogerme los míos, porque dudo mucho que el príncipe Ajib venga a buscarme aquí bajo la tierra de una isla solitaria. Esto es todo cuanto le tengo que contar.

Mientras que me contaba tan peregrina historia el hijo del joyero, yo me estaba burlando en mi interior de la necedad de los astrólogos, creyéndome tan distante de ser el cruel instrumento de la predicción que hube de decirle gozoso:

–Nada tema, joven ilustre, y confíe en la bondad del Señor. Hágase la cuenta de que esa era una deuda que tenía que pagar, y que desde ahora queda satisfecha, pues heme aquí dispuesto a acompañarle y defenderle la vida sin apartarme de su lado en los cuarenta días que del plazo restan, y su padre luego será tan bondadoso que me haga restituir a mi país.

Cuidé muy mucho, sin embargo, de decirle que yo era en persona aquel Ajib que mencionaba el horóscopo. Luego cenamos de sus abundantes provisiones y continuamos la conversación, advirtiendo en ella el gran talento del joven. Así fueron transcurriendo felizmente los días y estrechando nuestra amistad.

Llegó por fin el día número cuarenta, y al despertarse el joven me dijo lleno de júbilo:

–Este es, príncipe, el cuadragésimo día, y heme aquí sano y feliz. –Y diciendo esto nos dispusimos a comer.

A los postres, sacamos un hermoso melón, y no hallando a mano cuchillo para cortarlo, el joven me indicó que había uno encima de la cornisa. Subí a cogerle, pero, sin saber cómo, se me enredaron los pies, y cuando ya tenía el cuchillo en la mano me escurrí, cayendo con tal desgracia sobre el joven que le clavé el cuchillo en el corazón, dejándole muerto en el acto. En vista de tan horrible espectáculo me mesé el cabello, me golpeé desesperado contra las paredes, penetrado del más fiero e impotente dolor por mi involuntaria acción. Al cabo de un tiempo y reflexionando que mi desesperación inútil no habría de resucitar al desdichado amigo, sino que, antes bien, vendrían los suyos a buscarme y no creyendo el caso me matarían, salí del subterráneo, le cerré con la losa y eché tierra encima de él; transido de dolor, me oculté entre el ramaje de un árbol vecino, porque no me dieron tiempo para más la llegada del padre y de los servidores del príncipe, que venían a restituirle al seno de su hogar.

Excuso describir la escena que al punto se desarrolló, porque hay cosas que no son para referidas. Baste decir que loco de dolor el padre dió sepultura a su hijo amado y se dió a la vela con los suyos, perdiéndose en la lontananza del mar. Yo, como otra cosa no podía hacer

por el pronto, pasaba la noche en el subterráneo y el día recorriendo la isla y arbitrando el medio de escapar, llevando vida tan fastidiosa por espacio de un inacabable mes, pasado el cual las aguas fueron bajando tanto, que acabé por poder pasar a tierra firme con el agua no más que a la rodilla.

Anda que te andarás, acabé al cabo de algún tiempo por divisar a lo lejos algo así como un gran fuego; pero al acercarme más advertí que no había tal, sino que era el resplandor de los rayos del sol reflejándose en la cúpula de un bruñido palacio de cobre que aquéllos parecían inflamar. Del palacio salieron a mi encuentro hasta diez jóvenes gallardos que, por extraña coincidencia, eran todos tuertos del ojo derecho. Parecían dirigidos por un alto y venerable anciano. Se llegaron a mí con gran deferencia y, a su instancia, les conté todas mis desventuras, una vez que nos introdujimos en un gran salón bajo la presidencia del viejo, que nos sirvió uno a uno comida y vino. A los postres comentaron todos las extraordinarias peripecias que me habían acontecido, pero imponiéndome la consigna de que no les preguntase el porqué todos eran tuertos del ojo derecho.

Antes de retirarnos a dormir vi que el venerable aportaba a cada uno un candelero y recipiente cubierto con un lienzo azul. En el recipiente había ceniza y un unto negro, con el que se fueron embijando las caras de tal modo que era espanto el verlos, al par que se golpeaban y lamentaban gritando a coro:

–¡Este es el fruto de nuestra ociosidad y de nuestros excesos!

En semejante inexplicable ocupación pasaron casi toda la noche, y al romper el alba, el anciano les trajo agua clara, con la que se lavaron las caras, y lujosos vestidos, con los que sustituyeron a los ya sucios por el unto.

Al levantarnos al otro día no pude menos de decirles:

–Nobles señores, yo no me considero capaz de cumplir vuestra ley, ni persuadirme de que hombres del talento que mostráis realicen acciones como las que acabo de ver, más propias de cerebros enfermos, a menos que me explicasen el porqué de ellas.

Viendo, pues, los diez jóvenes lo inquebrantable de mi resolución, trajeron un cordero; le degollaron y desollaron ante mí, y me dijeron:

–Tome este cuchillo y advierta que se le va a coser dentro de este pellejo, en el que le abandonaremos en medio de un descampado, donde pronto, creyéndole un cordero, vendrá para arrebatarle el *Ave-roc,* que le remontará hasta las nubes, dejándole luego sobre la cima de una montaña. Una vez que allí se vea solo, abrirá las costuras con el cuchillo, que, al verle, el *Ave-roc* escapará espantada, volando. A momento echaréis a caminar hasta llegar a un colosal

palacio, todo cubierto de planchas de oro y pedrería, y por su puerta entreabierta penetre sin temor en él. Todos cuantos aquí nos encontramos hemos pasado por semejante palacio, pero nada le diremos hasta que lo sepa por sí mismo, limitándonos a prevenirle de que el saberlo nos ha costado a todos el ojo derecho. La penitencia que a diario nos veis hacer es consecuencia también de haber pasado por el tal palacio, y la historia de cada uno de nosotros está tan llena de aventuras extraordinarias con las que se podría formar un grueso infolio.

Acepté la propuesta; se realizó todo según el programa trazado, y cuando el *Ave-roc* hubo huido después de arrebatarme hasta la montaña, caminé tan rápido que en menos de media hora penetré en el gran palacio. Entré en un gran patio cuadrado, con noventa y nueve puertas de sándalo y áloe y otra más de oro. Por cada una de las cien puertas se entraba a otros tantos recintos llenos de las más sorprendentes riquezas y las más increíbles maravillas. En otro gran salón había sentadas en lujosos triclinios hasta cantidad de cuarenta hermosísimas jóvenes que parecían otras tantas diosas, y que al verme entrar clamaron a porfía.

Excuso decir cuán feliz fuí allí en el baño, en la mesa, en los conciertos y danzas y hasta en el lecho, que me obligaron a compartir las cuarenta, una tras otra, en los cuarenta días primeros que allí estuve.

Así continué un año entero, sin que en mi ininterrumpida felicidad se interpusiese la más tenue nube de un disgusto; pero al finalizar el año las cuarenta damas se me presentaron una mañana todo anegadas en lágrimas diciéndome a coro: .

–¡Adiós, amado príncipe! Nos es inevitable el abandonarle, porque así lo exige el Destino. – Y, a mis insistentes ruegos para que me dieran más explicaciones acabaron por decirme que todas ellas eran princesas; que tenían que ausentarse para ciertos secretos menesteres cuarenta días, y que, mientras, era forzoso me quedase solo en el palacio de las cien puertas, donde encontraría hartas cosas para hacer llevadera mi soledad, a condición, no más, de que no abriese, bajo pretexto alguno, la puerta de oro, en cuyo caso fatal ya nunca las podría volver a ver, y yo quedaría hecho un desgraciado el resto de mis días.

Marcharon y quedé solo, entregado a mis reflexiones. Era reprensible, en verdad, que, embobado por aquella deliciosa compañía, no me había preocupado poco ni mucho por explorar el misterio de los noventa y nueve recintos.

Abrí, pues, la primera puerta y vime en el jardín más florido y más hermoso que imaginarse puede, teniendo que renunciar a describirle. Tras la segunda vi otro día el huerto más ameno y de mejores frutas del mundo; tras la tercera puerta vi un verdadero paraíso con toda suerte de aves canoras y multicolores, cuyo lenguaje podía entender perfectamente. La cuarta puerta me

permitió penetrar en un verdadero tesoro de arquitectura y de deslumbradora pedrería. Así, por este tenor siguieron las revelaciones de los otros noventa y cinco recintos que cerraban las otras puertas. Con todo ello transcurrieron, sin sentir, los treinta y nueve días de los cuarenta prefijados para el regreso de las princesas, mas, por una imbécil debilidad que lloraré lo que me quede de vida, sucumbí a la tentación de abrir la puerta de oro, contra lo solemnemente prometido. Al echar el pie para entrar, un olor enervante me hizo caer desvanecido, como si me avisase contra mi imprudencia, pero el aviso de nada me valió. Penetré resueltamente en el vedado recinto, donde en suntuosa cuadra de mármoles multicolores encontré un hermoso caballo negro con silla y bridas de oro y piedras preciosas, que parecía puesto allí para invitarme a montar. Púseme sobre él de un salto y el animal, como si en vez de patas tuviese alas, echó a volar conmigo encima; me arrebató hasta las nubes, dejándome caer violentamente sobre el terrado del mismo palacio de donde había sido arrebatado por el *Ave-roc* de antaño. Dióme un rabotazo con la cola, que me dejó tuerto como me veis. Los otros diez jóvenes tuertos, mis antiguos compañeros, llegaron con el viejo y me dijeron solemnemente:

–Si el mal de muchos puede servir de consuelo en las desgracias, nuestro ejemplo se le podría suministrar. Cuanto a vos os ha acontecido, otro tanto nos sucediera a nosotros. Todos, durante un año entero, disfrutamos los mismos placeres que habéis disfrutado vos y continuaríamos gozando la misma dicha si no hubiésemos abierto también la puerta de oro en ausencia de las princesas. No habiendo sido vos más cuerdo que nosotros, experimentasteis el mismo castigo.

Así dió fin el calenda a su historia, y la irritada Zobeida, en gracia a lo peregrino de ella, le hubo de perdonar generosamente la vida.

CAPÍTULO XVIII

Termina el "Libro de las Iniciaciones" y la historia del esportillero, los calendas y la princesa de Bagdad

La historia de las tres hermanas Safia, Amina y Zobeida, símbolos de los tres elementos humanos de espíritu, alma y cuerpo.–Las "perras negras" y sus perfidias.–Nardún, el gigante rebelde.–Una leyenda parsí precursora de la de "Psiquis y Heros", de Apuleyo.–Amína y el "Velo de Isis".–Las relaciones de estas tres historias de las damas de Bagdad con una notabilísima leyenda española.–Los relatos de los tres calendas.–Los eternos "ladrones" y "asesinos" de todas las iniciaciones ocultistas.–El hombre mono o "Hanumán", parsi.–El "sastre" y los "shastras".–La ceguedad humana y el ojo de la intuición o de Dagma.–Ajib-Bija.–Síntesis del cuento del esportillero.–"Zobeida", el cuerpo; "Amina", el alma; "Sophia", el espíritu.

Una vez que los tres consabidos calendas refirieron sus extraordinarias historias, y el disfrazado califa la suya fingida de que él y sus compañeros eran simples comerciantes que se habían refugiado en casa de las tres damas huyendo de una pendencia nocturna en la que se habían encontrado al azar, salieron todos por orden de las damas, que les habían perdonado la vida. El primer cuidado del califa, al día siguiente, fué el de hacerlas llamar ante sí, sus compañeros y los tres calendas, suplicándolas les refiriesen su historia; el misterio de las dos perras negras maltratadas al par que mimadas y, sobre todo, el de las cicatrices horribles de Amina. Zobeida entonces tomó la palabra y dijo así:

Historia de Zobeida. –Comendador de los creyentes, mi historia es de las más extraordinarias que se pueden imaginar. Las dos perras negras y yo somos tres hermanas de padre y madre. Las dos damas que conmigo visteis son hermanas mías de padre tan sólo. Al morir éste nos repartimos la herencia[106] y se casaron mis dos hermanas aquellas con muy mala fortuna, por cuanto el marido de la una, luego que la hubo derrochado su hacienda, la abandonó, y el otro hizo tanto y más que el primero. Las repudiadas hermanas se acogieron a mi amparo, y entre las tres nos dimos al comercio, comprando un buque y llegando con él a Balsora, tomando luego el camino de las Indias. A los veinte días de navegación avistamos una tierra montañosa con una ciudad espléndida, en la que, al desembarcar, advertí con espanto que todos los habitantes de ella estaban petrificados: cuáles en pie en las calles, cuáles sentados a las puertas de sus tiendas o acostados hieráticamente en sus lechos respectivos. Aquello ponía pavor en el ánimo mejor templado.

Dejando a bordo a mis dos hermanas penetré resueltamente hasta la gran plaza de la hermosa ciudad y me interné por el palacio central, cuyas puertas eran de oro y de preciosos

mármoles su ornamentación. Allí se veían doquiera servidores, cortesanos y guardias en diversas actitudes, como si la muerte, mejor dicho la petrificación, les hubiese sorprendido de un modo tan instantáneo como imprevisto. En un salón soberbiamente adornado reconocí a la petrificada reina por su corona y por un collar de perlas más gruesas que avellanas, que ostentaba. Por último, recorriendo más y más habitaciones muertas, tropecé con un enorme salón y un trono de oro macizo y un lecho suntuoso con una luz deslumbradora sobre la cabecera, luz reflejada por un diamante del tamaño de un huevo de avestruz, sin el más leve defecto. Una lámpara de las llamadas inextinguibles esparcía sus destellos por la regia cámara.

Renuncio a continuar, por no ser enojosa, la descripción de aquellas inacabables maravillas. Fatigada, me acosté en aquel lecho suntuoso, y a cosa de media noche oí el murmullo de un hombre que parecía leer a media voz una sura del Corán. Levantéme sin hacer ruido y vi, en efecto, que un joven de buena traza estaba sobre una alfombra, rodeado de blandones y entregado a la oración. Era verdaderamente admirable hallar así un sér vivo en medio de aquella petrificada desolación universal.

Deseosa de esclarecer tamaño misterio, empujé la entreabierta puerta y me puse también a orar. El joven, entonces, me preguntó quién era y qué iba a buscar allí. Yo le relaté sumariamente mis aventuras, y él, cerrando reverente el sagrado libro, me dijo:

–Sabed, señora, que esta es la capital del reino de mi padre, el poderoso mago adorador de Nardún, el gigante rebelde contra Alab. Yo, aunque hijo de idólatras, recibí, por mi aya, la verdadera luz. Hace cosa de tres años se oyó de improviso por toda la ciudad una voz espantosa que gritaba: "¡Abandonad, desgraciados, vuestro falso culto y reconoced a Alah, el dios verdadero!" La voz aquella resonó durante tres años consecutivos, al cabo de los cuales, como nadie la hiciese caso, todos los habitantes, salvo el que os habla, fueron transformados en piedras, cada cual en la postura en que tamaño castigo le sorprendió.

Pasmada ante lo que me revelase el joven, le ofrecí libertarle con mi navío de tamaña desolación, y aceptó el embarcarse con nosotras tres. Cargamos, pues, con cuantas riquezas pudimos, y nos dimos a la vela para Bagdad. Llegábamos ya casi a la vista de Balsora, pero mis hermanas, celosas de la recíproca pasión que al joven y a mí ya nos unía, me sorprendieron en sueños y me arrojaron al mar. Yo luché cuanto pude con las olas y arribé a una isla desierta, a veinte millas de dicha ciudad. Rendida de fatiga me quedé dormida en aquel islote inhospitalario, pero desperté de improviso, viendo cerca de mí a una serpiente que venía huyendo de otra mayor y parecía solicitar mi auxilio. Cogí una piedra y la tiré contra la serpiente grande, con tal acierto que la maté. La otra, libre de la persecución de su enemiga,

desplegó sus alas, porque era sin duda una extraña serpiente voladora, y se perdió en el horizonte. Yo seguí durmiendo, y al despertar de allí a mucho rato, vi reclinada junto a mí a una mujer negra, de vivo y agradable semblante, que tenía atadas con una cadena dos antipáticas perras negras, que no eran sino mis dos hermanas, así metamorfoseadas en castigo de su crimen, por la magia de la mujer aquella a quien, estando en figura de serpiente halada, yo acababa de salvar como va referido. La maga, luego me abrazó estrechamente y, merced a su gran arte, me transportó por los aires hasta mi casa de Bagdad, donde me encontré además todas las riquezas que cargásemos en el navío. Antes de entregarme a las dos perras, o sea a mis hermanas, me exigió de parte de Aquel que todo lo sabe y cuyos designios son inescrutables, que todas las noches diese de castigo cien latigazos a cada perra por el delito cometido de haber ahogado al joven príncipe y pretendido hacer otro tanto conmigo. Yo, obedeciendo con gran pena aquella orden, así lo vengo practicando desde entonces, como habéis visto[107].

Historia de Amina. –"Comendador de los creyentes –dijo la joven Amina cuando le tocó su turno–, para no repetir lo ya referido por mi hermana, os diré que nuestra madre me casó con uno de los más ricos de esta ciudad; pero en el primer año de mi matrimonio me quedé viuda, sin hijos y en posesión de la fortuna de entrambos. Pasados los seis meses de mi luto, me hice hacer diez magníficos vestidos distintos de a mil cequíes cada uno.

Cierto día se me presentó una pobre madre, diciéndome que tenía una hija huérfana, a quien iba a casar con un joven de numerosa parentela, mientras que ella carecía de todo conocimiento en la ciudad, por lo que me rogaba apadrinase a la prometida con mi prestigio, cosa a la que de buen grado accedí.

Aquella noche de los desposorios la madre vino por mí, llevándome hasta una calle muy ancha frente a una gran puerta, en cuyo frontispicio se leía: "Esta es la eterna mansión de la felicidad." La anciana llamó y penetramos, recibiéndonos una hermosísima joven que me abrazó e hizo sentar a su lado en un trono de maderas preciosas exornadas de diamantes, diciéndome:

–Las bodas a que va a asistir pueden, si consentís en ello, ser de más consecuencias de lo que se cree, pues tengo un sobrino que, conocedor de vuestras prendas y vuestro retrato, tendría a muy gran honra en enlazarse también con vos. –Y llamando a su hermano resultó ser un bellísimo joven, con el que acabé por casarme de allí a poco. Lo único que me hizo jurar fue que no hablaría ni me dejaría ver de otro hombre que de él.

De allí a varios meses, salí, acompañada por la anciana, a comprar a una tienda cierta tela de vestido; pero el comerciante, que era también joven, se prendó tanto de mí, sin verme el rostro ni oirme la voz, que se prestó a regalarme la tela si consentia solamente en descubrirme el rostro, cosa a la que, fiel a mi juramento, me negué. Pero era tal el ansía que tenía por poseer la tela que hasta me dejé besar de él, quien, en vez de besarme, me mordió en la mejilla, haciéndome una herida, y me desmayé. Al verme así luego mi marido montó en cólera, quiso maldecirme y acabó por amenazarme con que no dejaría mi falta impune. En efecto, me maltrató tanto que me dejó como me veis, y habría muerto a no haberse mi hermana Zobeida apiadado de mí… Finalmente, os doy la noticia de que, por mediación del Comendador de los creyentes, mi hermana ha conseguido al fin el perdón de las culpables, y que el hada que las transformase en perras las restituya a su primitivo sér.

* * *

El extenso cuento que antecede es el símbolo de todos los misterios de lo astral. Un pobre mozo de cuerda, a estilo del Domicio de *La Oreja del Diablo*[108], se ve llevado al encantado palacio de tres damas: Zobeida, Amina y Sophia, la Riqueza, la Hermosura y el Amor, que dicho mito español diría. Allí llegan disfrazados el califa Arund-al-Raschid, su visir Giafar y su eunuco mayor, y después tres calendas, es decir, tres grandes viajeros con cabeza, barba y cejas completamente rapadas, y además tuertos todos tres del ojo derecho.

Después de cenar todos juntos, los tres calendas narran sus aventuras. Del primero se redujeron a relatar una leyenda simbólica relativa a la catástrofe acaecida a un hermano suyo por haberse entregado a una dama, perversa maga. Ofreciendo gran analogía con la del príncipe de las Islas Negras, renunciamos a transcribirla, como tampoco la del segundo.

Respecto al tercer calenda, después de haber adquirido, como hijo también de rey, una instrucción nada común, quiso completarla dirigiéndose a la India. Sorprendido por unos malhechores que le despojaron de cuanto tenía, se refugió en cierta ciudad desconocida, yendo a dar a casa de un sastre, quien le advirtió que estaba en una perversa ciudad, gran enemiga de su padre, y le aconsejó que para disfrazarse y vivir se hiciese leñador. El príncipe se conformó con su desdicha, pero cierto día en que se había internado con exceso en el bosque, descubrió bajo la raíz de un árbol un anillo de hierro; tiró de él y arrancó una chapa que ocultaba la entrada de un prodigioso subterráneo. Allí dentro halló también una dama hermosísima, con quien al punto se sintió ligado de amor; era una dama víctima de la tiranía de cierto genio perverso que la visitaba una sola vez cada diez días[109].

Por espacio de algún tiempo siguieron los dos amantes entregados a su pasión hasta que el príncipe, temerario, pisoteó el talismán de que la princesa solía valerse para evocar al genio a deshora, con lo cual él surgió tremebundo de las entrañas de la tierra, y maltratando horriblemente a la princesa, la cortó una mano, y tomándome después y remontándose a considerable altura me dejó, al fin, sobre la cima de una montaña, me arrojó un puñado de tierra a la cara y me transformó en mono.

Tras mil peripecias interesantes, el hombre-mono, que, como tal, no podía hablar, conservó, sin embargo, el don de la escritura, y recogido por un barco fue llevado al sultán, cuya hija, que era maga buena, se dió trazas a volverle a su primer estado, dándole a comer una granada, no sin antes reñir aquélla una tremenda batalla con el genio maléfico, en la que los dos rivales perdieron la vida. El sultán, exasperado por la muerte de su hija, expulsó al príncipe de su reino, y de él salió disfrazado de calenda, como hemos visto.

Dicho calenda, como los dos anteriores del cuento, había perdido un ojo en sus inquietas aventuras de investigación. Esto exotéricamente, pues en sentido esotérico lo que antes bien había logrado, como logra todo calenda o *discípulo,* es desarrollar el tercer ojo *de la intuición.*

Se llamaba *Ajib,* hijo de Casib[110], ha llegado en sus temerarias expediciones marítimas de Ultra-mar *(Ultra-mare-vitae)* nada menos que a aquella isla misteriosa del Polo tantas veces nombrada, cuyo magnetismo moral se simboliza con la leyenda de que en sus costas todos los barcos se perdían atraídos por aquella fascinación magnética de que gozaba la isla.

El navío perece, en efecto, con toda su gente, salvándose sólo el príncipe en una tabla, y éste consigue llegar hasta la cumbre de una montaña bajo una gran cúpula de hierro coronada por broncínea estatua ecuestre, y allí se queda profundamente dormido.

En sueños se aparece un venerable anciano al príncipe y le dice que excave en la tierra, busque en ella un arco sepultado con sus flechas y dispare éstas contra la estatua de la cúpula. Al así desplomarse todo aquel artefacto mágico, las aguas lo anegarían todo, pero él podría salvarse en una barca que se le acercaría, siempre que cuidase de no pronunciar el nombre de Dios, es decir, de no revelar la palabra sagrada[111].

Ejecuta el príncipe punto por punto lo mandado; pero al desembarcar, después de la catástrofe, viéndose cerca ya de la otra orilla, dejó escapar la palabra sagrada, y la barca se hundió en las aguas repentinamente, pudiendo apenas salvarse a nado el príncipe.

A poco descubre el joven el consabido subterráneo encantado de todas las leyendas, donde conoce a un príncipe al estilo del de las Islas Negras, y a quien involuntariamente mata. Luego pasa a un palacio encantado, donde advierte multitud de jóvenes como él, *tuertos* todos

del ojo derecho, es decir, como él calendas. El príncipe trata de saber la causa de aquella extrañeza y también del por qué los calendas se untaban todas las noches de pez y ceniza, lavándose después[112]. Los calendas se resisten a revelárselo, pero él insiste en *iniciarse* en sus misterios. Entonces le recubren con una piel de carnero y le hacen arrebatar así por un *roc*[113] hasta un palacio encantado, verdadero paraíso de deleites, que la imaginación árabe transmisora ha rodeado de todos los encantos de sus célebres e incomprendidas *hurtes*[114]. Allí pasa embobado un año el príncipe. Al cabo de él le dejan solo, con permisión de abrir las 99 puertas de los tesoros y jardines del palacio y prohibición de penetrar en el centésimo recinto[115]. El príncipe viola, imprudente, este secreto y cae en la infelicidad de todos los demás calendas, teniendo que perder un ojo y afeitarse cabeza, barba y cejas, como los demás calendas que en el antro encantado habla conocido.

Tras de los calendas Zobeida contó su historia a su vez. Eran tres hermanas de padre y de madre. Zobeida, la mayor, colmó de bienes a sus dos hermanas y hasta las hizo conocer, como Psiquis a las suyas, el tesoro de amor que había descubierto con hallar en cierto palacio encantado al prototipo de la varonil hermosura. Las hermanas, envidiosas, sepultaron al príncipe en el fondo del mar; pero un hada vengadora las transformó a su vez en sendas perras negras, cual las que vimos en el primer cuento de la serie que nos ocupa, obligándola a Zobeida a que las apalease diariamente, bajo amenaza, si no lo hacía, de sufrir idéntica pena, que tal es el destino del alma humana cuando por sus crímenes en vidas anteriores tiene que sufrir en nuevas encarnaciones los rigores de sus viejas culpas.

Amina y Safia, las otras dos damas que estaban con Zobeida, eran sólo hermanas paternas de ella. Amina o Anima –el alma humana latina– estaba cubierta toda de cicatrices. Procedían las tales cicatrices de que antaño había casado con un príncipe hermosísimo –nueva alusión a la leyenda de Psiquis–, el cual la había puesto por única condición de matrimonio que no se dejase ver ni hablar de nadie, condición a la que había contravenido bajo las sugestiones de una pérfida vieja, con lo que se hizo acreedora a que el príncipe la llenase de heridas, las cuales cicatrizaron después merced a los cuidados de un hada, casándose, al fin, con *Amin,* el primogénito del sultán y hermano de Mnum o *Astumman,* símbolo de toda la humanidad vulgar.

En cuanto a Safia, la tercera hermana paterna de Zobeida –la Sofía humana o Safia Achadmon de los cabalistas– *Las mil y una noches* omiten su historia, al modo de cómo, por ser demasiado maravillosa y relacionada con el secreto de la Iniciación, también omiten la historia del tercer viajero que, en el primer cuento de la serie, logra con él el perdón completo del genio para el comerciante que iba a ser sacrificado por éste, porque a bien decir, el gran

cuento que precede no es sino una variante más moderna del mito troncal de *Las mil y una noches:* "la caída, por el crimen" y la "redención por el Amor y por el sacrificio".

No terminaremos estos asuntos sin hacer una pequeña síntesis acerca de los tres capítulos precedentes relativos a lo que viese el célebre niño esportillero, émulo de Aladino.

Este prototipo de cuantos "niños" sufren la iniciación se ve llevado al encantado palacio de las tres damas, respectivas representantes del cuerpo, el alma y el espíritu. Allí ve al vivo la historia de todas ellas, la de Safia, callada por el texto; la de Amina, la atormentada alma humana, llena de cicatrices y dolores por haberse dejado ver de los profanos, tales como aquel que en la mejilla la mordiese cuando alzó Amina una punta de su velo, y, en fin, la de Zobeida[116], la de las dos serpientes, la buena y la mala, de las dos respectivas ramas en que la Magia se divide, ramas que acaban siempre reuniéndose al fin en el Tronco misterioso que está ya por encima del Bien y del Mal, y que no es otro que "el Logos" de los gnósticos, o aquel Krishna del "Mahabharata", suma y compendio de todos los contrarios que en el mundo existen.

CAPÍTULO XIX

Transición al "Libro de los caballeros andantes" o de Ramaralzamán y Badura

El "Libro de las Iniciaciones" y los sucesivos renacimientos persas.–Otra vez el tema de las "perras negras" de la introducción a *Las mil y una noches.* –La sublime época del califa Harun-al-Raschild y las magnificencias de Bagdad, su capital.–Historia de Ganem, "el Esclavo del Amor".–Tormento o "Fuerza-Corazones" y el clásico Velo de Isis.–La sepultada Verdad.–Ganem, el héroe libertador de su propia alma.–Conexiones e interpretaciones del cuento.–Otra prueba más de los "renacimientos" operados en los primitivos cuentos de *Las mil y una noches*.–Historia del rey Ornar Al-Nemán y de sus dos maravillosos hijos Scharkán y Daul'Makán.–Un mito solar primitivo metamorfoseado en la época de las Cruzadas.–Variantes del mito de Edipo y del robo de Helena.–Aventuras de Kanmakán y de "Fuerza del Destino".–El mito asiático de Cástor y de Pólux.

El magnífico "Libro del esportillero, los calendas y las princesas de Bagdad" no es, en el fondo, sino otra variante más de la Introducción a *Las mil y una noches,* por cuanto en las historias de dichas tres princesas "Sophia", "Amina" y "Zoo-beida", aparecen simbolizados, respectivamente, como ya vimos, los tres principios fundamentales del hombre, a saber: el espíritu, el alma y el cuerpo. Ellas, en efecto, resultan traicionadas, vendidas por sus falsas hermanas y amigas, las "perras negras", a las que diariamente tienen que infligir durísimos castigos, perras negras así metamorfoseadas a la manera de como en la "Historia del comerciante, el efrite y los tres jeiques" del capítulo II, aparecen transformados en "perros", emulas", etc., otros tantos perversos traidores enemigos del héroe.

Y esto es muy natural, porque como *Las mil y una noches* son, bajo su velo poético, un admirable libro iniciático, a cada renacimiento cultural en Persia a través de los siglos ha debido operarse una como refundición, glosa y comentario de su cultísimo pasado reflejado en ellas, ya que la característica histórica de todos los renacimientos es la vuelta a cosas tradiciones y demás riquezas pretéritas, que la decadencia intermediaria sepultó según puede apreciarse, por ejemplo, en el Renacimiento del siglo XV resucitando a las dos culturas precedentes de Roma y de Grecia, o en el Renacimiento griego de tiempos de Pericles volviendo los ojos a la cultura persa, egipcia e hindú.

Por eso en la presente refundición de cuentos anteriores que el del esportillero simboliza y en otras, sus análogas, aparece el admirable califa Harum-al-Raschild, personaje circunstancial intercalado en la tradición refundida para darla nuevo vigor y modernidad con cargo a la esplendorosa magnificencia de aquella Atenas asiática de los siglos medios que se

llamó Bagdad[117]. Por eso también se habla de la iniciación oriental y de sus "fracasados" los calendas, bajo el velo novelesco en un estilo muy suelto y que revela todo el influjo de la época, como sigue hablando de los hombres héroes la siguiente

Historia de Ganem, hijo de Abu-Aibu, el esclavo del Amor

Abu-Aibu, rico comerciante de Damasco, dejó al morir dos hijos de extraordinario mérito y hermosura. Ganem, por sobrenombre "El Esclavo del Amor" y Tormento, denominada también "fuerza-Corazones" por sus irresistibles atractivos. Asimismo dejó gran cantidad de preciosas mercancías rotuladas todas "Para Bagdad", donde iba, sin duda, a expedirlas.

El joven Ganem, pasado el mes del luto, tomó las mercancías y se fué con su caravana a esta gran ciudad, emporio del califa Harum al-Raschild, alquilando una linda quinta en las afueras, donde en uno de sus paseos se extravió cierta vez en términos que tuvo que pasar la noche en un cementerio vecino. Desde su escondite advirtió, de allí a poco, a tres esclavos que conducían con gran sigilo un féretro misterioso, que enterraron a flor de tierra como temiendo ser vistos por alguien, cosa que despertó la curiosidad del joven pensando si el cofre encerraría objetos preciosos robados. Su estupor fué inmenso cuando, removiendo luego la tierra y alzando la abierta tapa del féretro, advirtió en él a una joven de maravillosa hermosura, quien, al sentir el fresco de la noche, estornudó y se movió como si despertase del sueño provocado por algún narcótico, como así era en efecto. Los tiernos cuidados de Ganem acabaron haciendo volver en sí a la hermosa, que, con espanto, preguntó dónde se hallaba, y llamando a sus criadas "flor de Jardín., "Rama de Coral", "Caña de Azúcar", "Luz del Día", "Estrella de la Mañana" y "Delicias del Siglo".

La infeliz que así acababa de salvarse de ser enterrada viva contó a Ganem la causa de aquella su desventura, resultando que era "Tormento", la favorita más preciada del califa y víctima, en ausencia de éste, de los celos de Zobeida la sultana, quien, para deshacerse de ella, la había mandado propinar un narcótico y hacerla así enterrar. Todo esto lo reveló la joven a su salvador, alzando su velo, una vez que éste la hubo llevado a su casa dentro de su ataúd para no despertar sospechas de las gentes que conocían sus relaciones con el sultán.

No hay que añadir que salvador y salvada se vieron al punto presos en las redes de fuerte y recíproca pasión; pero Ganem, haciendo el debido honor a la favorita del califa, la respetó en todo y por todo, conformándose con servirla bajo el justo sobrenombre que llevaba de "El Esclavo del Amor", aunque semejante proceder le condenase a ser eternamente desgraciado ya el resto de sus días. Así vivieron muriendo no poco tiempo.

Entre tanto Zobeida, sin poder desechar los naturales remordimientos por su crimen, discurría el medio de sincerarse ante el califa a su regreso. Como era de esperar, este último, cuando volviese querría ver por última vez a la difunta y descubrirse todo. Por consejo, pues, de su vieja y perversa aya, hizo construir de madera una estatua, perfecto remedo de la rival a quien creía ya muerta, enterrarla y hacerla alzar un soberbio mausoleo. En efecto, cuando volvió el califa y supo toda la horrible desgracia, ciego de amor se hizo conducir al mausoleo, y por su propia mano alzó la tapa del féretro; pero, respetuoso con la majestad de la muerte, no se atrevió a más y se retiró a llorarla en su palacio, bien ajeno a pensar la enorme mixtificación de que había sido objeto por la infame Zobeida. Rendido, al fin, por la fatiga quedóse adormilado un momento, y la esclava "Aurora del Día., que en unión de "Estrella de la Mañana" velaban su sueño, dijo a esta última:

–¡Si nuestro rey y señor supiese que Tormento no sólo no ha muerto, sino que disfruta excelente salud, lejos de su enemiga!

–¿Cómo es eso? –exclamó el califa, despertando de improviso–. ¡Hablad pronto si queréis conservar vosotras la vida!

Por toda respuesta "Aurora del Día" puso en manos de su amo un billete anónimo acabado de recibir, y que relataba punto por punto toda la aventura. No puede pintarse la rabia y los celos que levantaron el pecho del califa al saber por el anónimo que Tormento y el joven comerciante Ganem llevaban ya dos meses viviendo juntos en su retiro sin pensar en la venganza del sultán así que lo descubriese. En efecto, éste dió órdenes inmediatas de que se prendiese y trajese en el acto a los dos culpables y fuese arrasada hasta los cimientos la quinta de Ganem.

La orden fué cruelmente ejecutada; presa y encerrada Tormento en inaccesible torre, y arrasada hasta no dejar piedra sobre piedra la casa de Ganem. En cuanto a este último, prevenido a tiempo por Tormento al percatarse del peligro que entrañaba la llegada de la fuerza del visir, se untó de negro toda la cara, y sacando la vajilla del servicio como si fuese un esclavo etíope, se puso en seguro pasando inadvertido entre las mismas fuerzas que a prenderle venían por orden del sultán.

La impotente ira de éste no tuvo límites cuando supo la fuga de Ganem, e hizo expedir cartas-órdenes a todos los reyes, sus tributarios, para que le hiciesen azotar, cargar de cadenas y pasear afrentosamente por todas las calles de la ciudad en que se le prendiera, como igualmente todos los individuos de su familia, después de saquearles sus viviendas.

La madre de Ganem entre tanto, al no saber de él meses y meses, le tuvo por muerto y, en unión de "Fuerza-Corazones", su hija, le lloraban a diario en el mausoleo que habían hecho alzar a su memoria. Allí fueron presas, pues, y luego vergonzosamente castigadas según la orden del califa, aunque con gran pena por parte de todos los habitantes de Damasco, quienes, para evitar la afrenta consiguiente de entrambas, se encerraron, sin excepción, en sus casas cuando el verdugo las paseó desnudas y encadenadas por toda la ciudad. La propia reina luego las socorrió secretamente, aunque no pudo evitar el que su esposo, Mohamed el Zinebi, las desterrase de todo el reino con prohibición de que nadie, bajo pena de muerte, las diese ni siquiera agua ni pan. Gracias, sin embargo, a la bondad de algunas fieles aldeanas, madre e hija fueron socorridas, auxiliadas, calzadas y vestidas con toscas camisas de crin. Así pasaron a Alepo, luego hasta Mosul y por fin a Bagdad, con la esperanza de hallar allí a Ganem.

Entre tanto seguía cada vez más rigurosa la prisión de Tormento en la torre obscura. Cierta noche en que pasaba disfrazado, según costumbre, por junto a la torre, oyó a Tormento que decía, plañendo sus desgracias:

–¿Dónde te hallarás hoy, amor mío, desdichadísimo Ganem? ¿Por qué no me dejaste perecer en el cementerio, en lugar de prestarme tu auxilio caballeresco y generoso cuando ya me habían enterrado viva? ¿Y qué fruto has recogido además de todos tus cuidados y respetos a la favorita de un irreflexivo califa? Y tú, oh ciego mortal, ¿qué es lo que podrás alegar en tu defensa así en el tribunal del soberano Juez te encuentres acusado por Ganem, tu inocente víctima?

Aquello fué para el califa algo así como un rayo de luz en medio de negra tempestad. Hizo comparecer al punto a Tormento a su presencia. Esta, con firmeza que revelaba la verdad de sus palabras, le contó todas sus aventuras desde el día del narcótico, y el extraordinario respeto de que la había hecho objeto Ganem diciendo siempre, no obstante su amor: "Lo que pertenece al amo, le está vedado al esclavo." Entonces, volviendo en sí de su ceguera, el califa ordenó:

–¡Que pongan inmediatamente en libertad a Tormento y a todas sus esclavas; que se la restituyan sus palacios y tesoros; que se busque en seguida a Ganem por todos mis Estados, haciéndole saber que no sólo le perdona el califa sino que piensa desposarle con su favorita y colmarle de tantas y más riquezas como se le arrebataron!

Pero como, a pesar de ello, pasaban días y más días sin que pareciese Ganem, Tormento se decidió a buscarle por sí misma, acompañada de dos eunucos negros, yendo de mezquita en mezquita implorando el socorro del cielo y repartiendo limosnas entre todos los extranjeros en

memoria de Ganem. Después de mucho peregrinar en semejante forma, tropezó, al fin, en casa de un rico joyero, con dos pobres extranjeras a quienes éste había dado auxilio, y que no eran sino la madre y la hermana de Ganem. Aún no habían acabado de contar su historia y de ser por ésta reconocidas como tales por Tormento en medio de la consiguiente escena de ternura, cuando el administrador del joyero se llegó a éste diciéndole:

–Señor, acabo de tropezar con un camellero quien conducía hacia Bagdad a un joven atado y enfermo; tan enfermo, que apenas si se podía tener en pie. Yo le he albergado, seguro de vuestro aplauso, en lugar de dejarle conducir al hospital.

Tormento, por no sé qué secreto movimiento, que nunca engaña, en nuestro corazón, interrumpió:

–Llévenme en seguida al cuarto del enfermo para verlo.

En efecto, el cuitado no era otro que su adorado Ganem. Dama y enfermo, al reconocerse mutuamente, cayeron uno en brazos del otro, y la emoción del último no tuvo límites cuando supo que también estaban a salvo sus hermanas, y que ya, por la clemencia del califa, tenía libre el camino para desposarse, tras tan horribles torturas, con el objeto de su antes imposible amor.

Todo fué fiesta de allí a cortos días en Bagdad, con motivo de los dobles desposorios de Ganem con Tormento y de Fuerza-Corazones con el propio y poderoso califa, el Comendador de los Creyentes Harum-al-Raschild…

* * *

Transparente resulta el simbolismo del cuente cito de Ganem.

Este héroe, en efecto, émulo de todos los candidatos a la iniciación, descubre "sepultada y bajo velos" por la malicia de una rival a "Tormento" o "Fuerza-Corazones", es decir, a la Isis de su propia Alma, avasallada, muerta, sepultada en y por Zoo-beida, "nuestro cuerpo". Ganem consigue resucitarla, desencantarla o tornarla a la vida, al igual de los demás héroes sus congéneres: "Perseo", "Orfeo", "Sigfredo", etc., que tal es la labor de los verdaderos "esclavos del amor celeste y trascendente", simbolizados en él. En este sentido el cuento es una variante del cuento de "El jorobadito y los siete barberos", que vendrá después, y se enlaza también con muchos otros, tales como los que siguen, relativos a Kamaralzamán y Badura, y que daremos sumariamente en sucesivos capítulos.

Entre las numerosas reminiscencias que *Las mil y una noches* tienen de esa antiquísima obra maestra de la literatura oriental que se llama el poema del *Mahabharata* o *Diálogo entre el*

Maestro Krishna y su discípulo Arjuna, es una de las más notables la que se refiere en el texto de Mardrús a los relatos hechos por el visir Dandán al rey Daul' Makán durante el sitio de Costantinia, y que viene a constituir otra prueba más de lo que llevamos dicho acerca de los renacimientos operados a lo largo de la historia del Asia Menor con los primitivos y perdidos cuentos o leyendas de la remota Persia. Estos relatos, por otra parte, constituyen la transición del cuento de Safia, Armina y Zobeida, del capítulo anterior, notabilísimo al de Kamaralzamán y Badura, que había de ser objeto del capítulo siguiente y están también bastante relacionados con los de Sindbad el Marino, que ya conocemos.

Historia del rey Omar Al-Nemán y de sus dos maravillosos hijos Scharkán y Daul'Makán

El poderío del rey Omar Al-Nemán[118] era formidable y único en el mundo. Tan ardiente el rey era, que el fuego no le quemaba, y cuando se enfurecía despedía llamitas centelleantes por las ventanas de la nariz. Había sometido ya a todas las criaturas y llevado hasta las tierras más apartadas sus ejércitos victoriosos.

El rey contaba con cuatro mujeres legítimas, de las cuales sólo una había sido fecunda, dándole un hijo llamado Scharkán que, en punto a dotes de valor, resultó ser un verdadero prodigio con el tiempo. Tenía, además, el rey trescientas sesenta concubinas, número igual al de los días del año copto, y cada una era de su raza y tenía distinto aposento en el palacio. Estos aposentos estaban agrupados en doce edificios, que es el número de los meses del año, y el rey Ornar visitaba cada noche a una de sus concubinas, a la que luego no volvía a ver hasta el año siguiente. Una de estas concubinas, llamada Safia, regalo del rey griego de Kaissaria, concibió también, dando a luz en un solo parto, primero a una niña, a la que se llamó Nozhatú'zamán ("Luz del Tiempo", y luego un niño, a quien se le puso por nombre Daul'Makán ("Luz de la Ciudad")[119].

Cierto día llegaron a la corte los emisarios de Afridonios, rey de Costantinia, pidiéndole auxilio contra el rey Hardobios de Kaissaria. La causa de la guerra era que se había encontrado un tesoro de la remota época de El Iskandar el de los Dos Cuernos, consistente, entre otras maravillas, en tres gemas como huevos de avestruz con inscripciones jónicas capaces de preservar, a quien las poseyese, de todo peligro y todo mal. El jefe árabe que se encontró el tesoro se lo remitió al rey Afridonios en una nave que fue saqueada por los soldados del rey Hardobios de Kaissaria, por lo que aquél declaró a éste una guerra a sangre y fuego y solicitó el auxilio de Ornar.

El visir Dandán aprobó la resolución y fue enviado con un fuerte ejército, en cuya retaguardia iba el príncipe Scharkán. Así marcharon uno y otro día, hasta que cierta noche llegaron a un valle delicioso donde se acordó acampar durante tres para dar descanso a las tropas. Scharkán siguió después recorriendo el valle hasta que se quedó dormido sobre su caballo. Este se detuvo en medio de una selva impenetrable, en la que oyó una voz dulcísima cantar a la luz de la luna. La voz procedía de un monasterio vecino, a la orilla de cuyo río cantaban y danzaban diez esclavas blancas en torno de una joven maravillosa llamada Abriza, de la que al punto quedó prendado Scharkán, obteniendo de ella hospitalidad en el monasterio, donde le honró y agasajó como a un efectivo príncipe.

Tras el banquete con que le obsequiara Abriza a Scharkán, la joven contó a éste su historia. Era la hija única del rey Hardobios de Kaissaria, bajo la terrible enemiga de la vieja Madre de todas las Calamidades, nodriza que fuera de su padre, y que residía en aquel monasterio con sus ninfas. En el monasterio se celebraba una gran fiesta anual, y al ir a ella por mar cierto año Safia, la hija de Afridonios de Costantinia, había sido robada por los soldados de Hardobios, aconsejados por la Madre de todas las Calamidades, y vendida como concubina al rey Ornar Al-Nemán. El rey Afridonios, para vengarse, había fingido estar en guerra con el rey Hardobios para solicitar y obtener, como lo había hecho, la ayuda del sultán Al-Nemán y apoderarse así de su hijo Scharkán, sometiéndole a la misma suerte. Felizmente, al encontrarse el príncipe Scharkán y la joven Abriza todo quedaba aclarado, y ambos en disposición de escapar de aquel peligro, volviéndose Scharkán con sus padres y Abriza tras él. Así se puso por obra, pero como el príncipe quedase a retaguardia, fue alcanzado en un desfiladero por las huestes de Hardobios, trabándose fiero combate, en el que, cosa extraña, no hubo ni un herido siquiera por parte de los musulmanes, hasta venir al combate personal del príncipe Scharkán con su agresor, que resultó ser la misma Abriza, disfrazada de guerrero como sus doncellas para mostrarle sus energías de amazona.

Recibida Abriza con admiración en toda la corte, para pagar su hospitalidad regaló al rey Omar dos de las tres gemas maravillosas y la otra a Scharkán. El sultán, a su vez, se las donó a sus otros dos hijos, Nozhatú y Daul'Makán. Al informarse Scharkán de que tenía otro hermano, cosa que ignoraba, se llenó de despecho huyendo de palacio, al par que el sultán por medio de un narcótico hacia concubina suya a Ariza. Esta última, al despertar, vió horrorizada lo ocurrido y huyó, dando a luz en medio del desierto, asistida sólo por Rama de Coral, su esclava, Y muriendo a manos del negro Moroso, que las había querido robar. Su padre, el rey Hardobios, aún llegó con tiempo de ver horrorizado lo acaecido y recoger de la ninfa el último suspiro.

–Yo te vengaré –dijo la terrible Madre de todas las Calamidades–, si, después de los funerales, sigues mi consejo.

Este consejo consistía en enviar al sultán Omar a las cinco jóvenes más bellas y mejor educadas y sabias de Kaissaria para que ganasen ascendiente sobre él y le hiciesen perecer, como se verá después.

Entre tanto, apenadísimo Scharkán, tanto por la enormidad de su padre con Abriza como por ver que éste casi prefería al hijo de la concubina Safia, se retiró a la gobernación de Damasco, mientras que sus dos hermanos paternos, Nozhatú y Daul'Makán, se escapaban a una peregrinación a la Meca y a Jerusalén, donde se vieron él atacado de una cruel enfermedad que le puso al borde del sepulcro, y ella robada por unos beduínos, que la vendieron luego como esclava al propio Scharkán. Éste, sin saber que se trataba de su propia hermana de padre, tuvo de ella una hija, y a quien se llamó *Fuerza del Destino;* pero, al enterarse más tarde de semejante desgracia, la desposó con su guardasellos[120]. En esto le llegó la noticia del envenenamiento de su padre el rey Ornar, como justo castigo a su sensualidad desenfrenada, ya manos mismas de aquellas cinco jóvenes del reino de Afridonio, que *La Madre de todas las Calamidades* había introducido astutamente en la corte, como ya dijimos[121]. La perversa se llevó consigo también a Safia. Indignados del hecho Scharkán, su hermano Daul'Makán, sucesor del sultán, el esposo de Nozhatú, y el visir Dandán, alzaron cuatro poderosos ejércitos que lanzaron contra el rey Afridonios de Constantinia, padre de Safia, y contra el rey Hardobios, padre de Abriza. Las peripecias de este combate ocupan largas páginas en la traducción francesa del médico sirio y allí puede verlas el lector. Las huestes cristianas, capitaneadas por el famoso guerrero Lucas, hijo de Camlutos, tuvieron un encuentro con las de Scharkán y los suyos, no sin que le precediese la lucha singular de estos dos caudillos y en la que pereció aquél. Entonces la perversa "Madre de las Calamidades" se disfrazó de asceta, y con cincuenta guerreros escogidos, disfrazados a su vez de comerciantes, se dió trazas a meterse entre los del ejército musulmán para perder a Scharkán, como lo consigue también; pero éste antes ha tenido una hija llamada "fuerza del Destino., verdadero Edipo femenino que acaba desposándose con su primo Kanmakán …

* * *

La complicada y obscura "historia" que antecede es, a nuestro juicio, todo un mito solar primitivo, remozado con lamentables adiciones de la época de las Cruzadas.

El rey Omar Al-Nemam es el prototipo del Tiempo, que tiene "cuatro mujeres legítimas" (las cuatro estaciones), mujeres de las cuales sólo una (la primavera) es la fecunda, porque en

ella parece renacer Scha arkán, el Sol. Contaba además Omar con trescientas sesenta concubinas, número igual al de los días del año, pues sabido es que los otros cinco días restantes o "anomalísticos" no entraban en la cuenta. Vivían dichas concubinas en doce distintos "aposentos" (meses o lunaciones) y no eran visitadas por el señor sino una vez por año. La concubina Safia dió a luz en un solo parto a la niña "Luz del Tiempo" y al niño "Luz de la Ciudad".

El argumento novelesco y confuso, muy del gusto de la época, y que hay que leer al detalle en el extensísimo texto de Mardrús, se reduce en el fondo a que la intervención nefasta de esa mujer, extraña e incomprensible en su simbolismo, a la que denomina "La Madre de todas las Calamidades", complica a los tres reyes Omar, Afridonios de Constantinia y Hardobios de Kaissaria en una verdadera tragedia al estilo de las de Edipo o la de los Atridas[122], porque primero hace robar durante una fiesta en cierto monasterio a Safia, hija de Afridonios, para que ella, como hemos visto, caiga de concubina del sultán Omar; luego hace que Scharkán, el hijo legítimo de Omar, se vea postergado por Daul'Makán, su hermano de padre, pero no de madre, y privado por este mismo padre, sin él saberlo, de su amada Abriza, hija, a su vez, de Hardobios de Kaissaria, para morir, en fin, a manos de las cinco jóvenes espías que, por consejo de "La Madre de las Calamidades", hace introducir el dolorido Hardobios en la corte de Omar. Con ello y con llevarse además raptada a Safia consigue al fin la perversa que el poderoso ejército de los fieles musulmanes, dividido en cuatro grandes cuerpos, caiga fieramente sobre Kaissaria y Constantinia y a que siga la tragedia con incidentes tan complicados que hay que renunciar a seguirlos, máxime cuando el lector curioso puede verlos en el texto de Mardrús.

Lo apuntado, en efecto, basta para ver en Safia, Abriza y Nozhatú algo así como a las tres desgraciadas hermanas Safia, Amina y Zoobeida, del cuento del esportillero, por un lado, y en los robos y atropellos de que son víctimas, por otro lado, por parte de Omar, una de las mil variantes orientales del mito griego de los Argonautas y el de la guerra de Troya que en la *Ilíada* se canta, y se reproduce en otros poemas, y esto sí que merece alguna atención especial.

Véase si no el paralelo: así como los argonautas de Jasson roban en la Cólquida el mágico Vellocino de Oro, los argonautas de Hardobios de Kaissaria roban el tesoro de Iscandar, el de los dos Cuernos. Por uno y por otro, "La Madre de todas las Calamidades", que no es sino la ambición, la hipocresía o la ignorancia humana, logra desatar la más cruel de las guerras.

Del mismo modo también, así como todo el argumento simbólico al par que histórico de la *Iliada* se apoya en el robo de Helena (Selena o Amina), esposa de Menelao (o Meneslaio), rey

de Esparta, por Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, Safia, la hija amada de Afridonios de Constantinia es robada por los soldados del rey Hardobios de Kaissaria y vendida como concubina al rey Omar Al-Nemán, por lo que en uno y otro caso se enciende también guerra sangrienta.

No es esto solo, sino que en la literatura greco-asiática hay otras varias obras del corte y factura del confuso y pesadote novelón que nos ocupa, y de ello ya nos ocupamos extensamente en dos de nuestras anteriores obras[123], porque esto del robo de Helena, que sirviese de base a Homero para su magna epopeya es cosa corrientísima en el mito archisecular de aquellos países y, a bien decir, no significa el rapto de mujer alguna de carne y hueso, sino de "la sabiduría iniciática"; el pleito eterno de las hegemonías espirituales, como el que aun hoy perdura entre Oriente y Occidente, diciendo los europeos, por ejemplo (principalmente si son catedráticos como Sayce, Tailor o Max-Müller) que "todo el saber hindú o brahmánico está robado a los griegos" y afirmando todo lo contrario, y a nuestro juicio con más verdad, las ideas e iniciaciones orientales en las que se apoyan los estudios teosóficos.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la "historia" que nos ocupa es un efectivo nexo entre la que sigue de Kamaral-zamán y la que antecede del "esportillero, los calendas y las princesas", y una prueba más de lo que respecto al fenómeno de los renacimientos literarios apuntamos al principio.

No abandonaremos, sin embargo, la complicada novela sin dar el extracto al menos de uno de sus episodios más notables y que puede ser considerado como una de las mil variantes del gran mito de Kamaral-zamán y Badura, que vendrá después, y es el relativo al príncipe Kanmakán, hijo de Daul'Makán y de Safia y nieto, por tanto, de Omar, bajo la tutela del viejo visir Dandán y del esposo de Nozhatú, llamado por los hados a vengar en "La Madre de las Calamidades" la muerte de su abuelo y de su tío.

El pasaje es como sigue:

Aventuras de Kanmakán y de su prima Fuerza del Destino

Los dos jóvenes primos, nietos del sultán Omar, o sean el hijo de Scharkán y la hija de Nozhatú, crecieron juntos, y al llegar a la pubertad su cariño infantil se transformó en puro y noble amor. Mas he aquí que el chambelán del Imperio, mediante una conspiración usurpa el trono, y Kanmakán se ve precisado a huir disfrazado de saaluk.

Caminando solo, hambriento y entristecido, el joven Kanmakán, a los cuarenta días de penosa marcha, llega a un valle paradisíaco, y faltándole ya las fuerzas cae dormido bajo un frondoso árbol. Del sueño le despierta, no sabe cuánto tiempo después, una voz extrahumana, que en el silencio nocturno entona el "Canto de la Primavera" y el de "La media noche". El joven, para protegerse contra cualquier sorpresa, sube entonces a la cúspide de un monte y allí oye la misma voz admirable que invisible le canta: "¡Si eres genio, sigue, pero si eres tan sólo hombre, aguarda prudente a la llegada de la luz! ¡La noche siempre estuvo llena de traiciones y emboscadas!"

En efecto, gracias al aviso pudo mantenerse en guardia el fugitivo joven, cuando de allí a poco se arroja sobre él un beduino, a quien vence en la lucha cuerpo a cuerpo. El vencido entonces le dice: "¿Por qué, si eres príncipe, no te acompaña escolta alguna?", a lo que el joven responde como cualquier buen filósofo: "Porque mi mejor escolta soy yo mismo." Entonces el fugitivo beduino le dice: "Yo soy Sabah-ben Rumah-ben Hemann, de la tribu de Taim en el desierto de Scham. Huérfano, me recogió mi tío, criándome al par que su hija Nejina, a quien amo y por cuya causa he huido en busca de la fortuna que como dote me exige mi tío. Por eso me dedico a ladrón. Combatamos, pues, noblemente y cuerpo a cuerpo."

En esto llega moribundo sobre un caballo otro beduino, Y cuenta que aquel caballo le ha robado al rey Afridonios, pues, fingiendo querer comprarle, le montó y escapó con él. Dicho caballo se llama "El-katul-el Majmín", y es el mejor de toda la admirable raza de El Ajur. "He recorrido todo el mundo al galope de mi caballo –dijo al expirar–, he franqueado con él torrentes, montañas y precipicios. Muero como viví, errante a lo largo del camino, herido por aquellos mismos a quienes acabo de vencer, y sobre la orilla de este torrente, lejos, muy lejos de mi tierra natal, abandonó todo el fruto de mis trabajos. ¡Recoged vosotros mi noble herencia!" –dijo, y ambos se aprestan a suceder al que acaba de morir, empezando el caballero Sabah-ben Rumah y su escudero el joven Kammakán una vida de aventuras por todo lo descubierto de la tierra, y que es muy larga de contar. En ellas chocan primero con el gigantesco Kahrudash, a quien vencen; sufren las persecuciones e insidiosas asechanzas de una negra y vieja hechicera, que amenaza perderles como Circe a Ulises; oyen luego la descripción de cuantos paraísos artificiales se describen en la "Historia del aficionado al haschisch", y estando con éste último reciben correos enviados por el anciano visir Dandán participándole el triunfo logrado al fin sobre Constantinia por los ejércitos mahometanos; la muerte de los dos reyes Hardobios y Afridonios y por el entronizamiento en el solio del Imperio a su tío Rumzán, quien quiere al fin abdicar en él la corona, cosa a la que, filial y

generoso, se opone Ranmakán, aviniéndose entrambos, como Cástor y Pólux, griegos, a reinar alternativamente, con gran felicidad de sus numerosos súbditos…

Sólo faltaba el dar su condigno castigo a la perversa "Madre de las Calamidades" por sus crímenes. Ella ha sido presa en unión de los otros tres malvados, a saber: el negro que asesinó a la infeliz Abriza; el kurdo que abandonó a la muerte al rey Daul'Makán, y el beduino que vendió a unos mercaderes a la hermosa Nozhatú. Este último es perdonado en galardón por las bellas historias que refiere, en especial las relativas a su vida de años con las brujas y efrites del desierto; a su persecución misteriosa del avestruz encantado; a su caída en el funesto Valle de la Desolación, donde convive heroico con genios perversos del aire y de la tierra, perseguido y atormentado por toda suerte de vampiros crueles; y especialmente cuando, a punto de morir de hambre y de sed, ve a lo lejos una acuática línea de verduras, bordeada de palmeras, donde tienen su retiro dos jóvenes hermanos ascéticos: ella llamada Hamad ben-el Fezari, y él Ebad-ben-Tamim-ben Thalabha, de la tribu de los Bani-Thalabha o Thulassa, quienes se encargaron, cual a nuevo Sindbad, de colmarle de riquezas…

***

Dos palabras no más acerca de esta extraña mujer llamada "La Madre de todas las Calamidades". Para nosotros es indudable que, tratándose, como se trata en el cuento que antecede, de una historieta musulmana del siglo de las Cruzadas refundiendo otras más antiguas, la "mujer" en cuestión no es sino un simbolismo de la mala magia, causante de cuantas calamidades llueven sobre el mundo, una especie de "Diosa siria" perversa, como aquella contra la que se truena también en "El Asno de Oro", de Apuleyo. Por eso se la hace residir en un monasterio y provocar toda clase de discordias y guerras con arreglo a la eterna táctica necromante del "divide y vencerás", que es la característica de todos los sacerdocios explotadores …

CAPÍTULO XX

Comienza el "Libro de los caballeros andantes" o de los amores de Kamaralzamán y Badura

El más hermoso cuento de *Las mil y una noches*.–¿La novela primitiva?–El mito español de Flores y Blanca-Flor en semejanza con el de Kamaralzamán y Badura.–El eterno ogro o "Habitante del Umbral".–La obra de un sabio catedrático de Madrid.–La isla de los hijos de Kalendán o "de los calendos" de capítulos anteriores.–El hada Maimuna y el genio Danhach.–Idilio de soñado amor.–Intervienen la Magia y las pruebas del sendero.–El humano cometa o "peregrino".–La isla de Ebabo.–La Montaña del fuego.–Badura y Haitalnefus.– El santo jardinero.–Kamaralzamán bajo el Árbol de la Sabiduría.–El tesoro del anciano maestro.–Historia de los dos príncipes Amgiad y Assad, viejos Cástor y Pólux parsis.–La fuga.–La montaña inaccesible.

El cuento más hermoso quizá de *Las mil y una noches* es el que sigue. Lo que podríamos llamar "novela primitiva" aparece ya en él con todo su esplendor. Antes de comentar nada, daremos su texto, que dice así en todas las versiones[124]:

En el vasto mar que baña las costas de Persia hay una isla que se llama de los hijos de Khalendan, poblada de ciudades florecientes y antiguamente gobernada por el rey Schahzamán, quien tenia cuatro mujeres legítimas y sesenta concubinas. Lo único que turbaba la felicidad de este anciano monarca era el no tener hijos de ninguna de sus mujeres.

Cierto día en que se lamentaba de ello con su visir, éste le dijo:

–Señor, cuando las reglas naturales fallan es cuando suele venir de Dios el oportuno auxilio. Sed, pues, piadoso y esperad.

En efecto, de allí a poco, una de sus mujeres concibió y le dió un hijo hermosísimo, que el rey se apresuró, a su tiempo, en darle la más esmerada de las educaciones.

Creció así el joven Camaralzamán, o "la luna del siglo", mostrando a las claras hallarse dotado de un genio superior. Desgraciadamente, aunque alcanzara ya la edad nubil, se mostró siempre refractario a toda idea de matrimonio que asegurase al anciano rey la continuación de su dinastía. Siempre decía que las mujeres son pérfidas y no dan sino disgustos, según había leído en los libros de los sabios. Exasperado, el rey, amenazóle con sus iras; pero el príncipe siguió resistiéndose, y por todo conseguir. sólo logró de su padre que le diese un año de plazo para resolverse. Con tal motivo entre padre e hijo mediaron grandes discusiones acerca de si

el hombre debería casarse para continuar así los dolores de la Humanidad, o era preferible el ascetismo absoluto.

Pasado el plazo y continuando el príncipe en su resistencia, el padre le mandó encerrar en una vetusta torre, abandonada hacía siglos, bajo la custodia de un solo esclavo para que le sirviese. Allí respiró el joven con más libertad, lejos de las inoportunidades paternas, y consagrándose al estudio se le hizo muy llevadero su aislamiento.

Conviene saber, además, que en aquel antiguo retiro había una cisterna, morada, desde hacía tiempo, del hada Maimuna, hija del poderoso genio Danriat. Cierta noche en que el hada se echaba al mundo, según costumbre, hubo de quedarse pasmada ante la hermosura y gallardía del dormido príncipe Camaralzamán. Tanto que, luego de haberle besado en ambas mejillas, voló al encuentro del rebelde genio Danhasch, quien le dijo:

–Vengo de los confines de la China, donde su rey Gaiur tiene por hija a la más hermosa doncella que el mundo ha visto, y para guardarla la ha encerrado en un palacio espléndido rodeado de siete muros: el uno de cristal de roca, el otro de bronce, el tercero de finísimo acero, el cuarto de oricalco, el quinto de piedra imán, el sexto de plata y el séptimo de oro. Los reyes más poderosos solicitan casarse con la joven; pero ella se resiste obstinadamente al matrimonio, por lo cual el padre, creyéndola loca, la tiene encerrada en el palacio con su ama de leche y otras nueve sirvientas, habiendo hecho pregonar por todo el reino y los vecinos que a quien acierte a curarla de su locura le sería dada por esposa. Ven a verla, buen hada, y te convencerás de que no exagero nada en mi pintura sobre la maravillosa belleza de la prisionera.

–Pues yo –replico ésta– iba a hablarte de que nada hay de más bello en el mundo que el príncipe persa que acabo yo de ver. Seguramente es él más hermoso que tu tan ponderada princesa.

Con esto se entabló fiera discusión entre hada y genio, hasta que convinieron en poner juntos, para mejor compararlos, al príncipe y a la princesa mientras dormían. Al efecto, el genio arrebató a la princesa por los aires y, sin despertarla, la llevó a la torre y la depositó en el mismo lecho del dormido joven. Pero entrambos eran, en verdad, tan hermosos que la discusión entre hada y genio continuó más enconada aún. Para ponerla término hicieron juez de ella a Caschach, jefe de los genios, quien, perplejo ante el problema, no halló solución mejor que la de que se los despertase alternativamente, para ver cuál era de mayor belleza moral; ya que en la física era imposible decidir. Se convino en que sería deputado por más hermoso el que, al despertar, diese al otro mayores muestras de ternura y de cariño.

Aceptado el consejo, Maimuna se convirtió en pulga, y saltando al cuello del príncipe, le picó con tal viveza que le hubo de despertar. Al ver a su lado aquel prodigio de hermosura, sintió nacer en su pecho un ardiente anhelo, para él hasta entonces desconocido, y que no era sino el amor. Temerosa de despertarla, la besó suavísimamente en la frente, en las dos mejillas y en la boca, dirigiéndola las más dulces y apasionadas frases como si le oyese. Luego pensó que, sin duda, el sultán había ordenado todo aquello, y le pesó grandemente haberle ofendido con su desobediencia. En previsión de tal supuesto, se contentó con sacar cuidadosamente el anillo que la hermosa llevaba en su dedo, cambiándole por el suyo. No tardó en caer de nuevo en el sueño más profundo.

Llegado este momento, el genio Danhasch se transformó en. pulga, a su vez, despertando a la princesa, la cual hubo de quedarse asombrada al verse acostada con un hombre. Del asombro pasó, al punto, a la admiración y al amor.

–¿Cómo? –exclamó–. Si éste es el esposo que me destina mi padre, yo he sido una mentecata en excitar su cólera, cuando tan feliz me empiezo a sentir con él–. Y comenzó a rodear de las más tiernas solicitudes al dormido, temiendo despertarle. Al irle a besar la mano, advirtió con sorpresa y con dicha que lucía en su dedo, sin saber cómo, el anillo de ella. Al poco rato se quedó dormida. El genio, entonces, la retornó a su palacio de la China como si nada hubiese pasado.

Al despertar Camaralzamán al otro día y verse solo, llamó a su esclavo, a quien preguntó cómo era que una dama hermosísima había venido a visitarle mientras dormía. Como el esclavo sabía bien que nadie había entrado en el aposento durante la noche, corrió a dar cuenta al rey del estado del príncipe. El rey envió al punto, para que se informase, a su propio visir, el cual, una vez oída la minuciosa relación del príncipe, no sabía qué pensar, y más cuando éste, por remate, le decía, después de haberle maltratado:

–Ve a decir al rey mi padre que al punto me quiero desposar con la dama que me ha visitado esta– noche misma.

El buen rey se llenó de pena al escuchar el recado de su visir, pensando por todo aquello que su hijo había perdido el juicio. Quiso convencerse por sí mismo, y fué a ver a este último. Oyóle el puntual relato y se quedó espantado al ver que, del modo más inexplicable, brillaba en su dedo el anillo de la desconocida cambiado por el suyo.

–No alcanzo a comprender nada de cuanto aquí ocurre –dijo el rey–, y si el Cielo no se apiada de nosotros esclareciéndolo, temo que ello nos conducirá al sepulcro a los dos. Ven y que de ambos disponga el Destino.

Con esto le sacó de la torre y le llevó a palacio consigo.

En tanto acaecía lo dicho en la corte de los Khalendanos, ocurría otro tanto en la capital de la China. La joven princesa, al despertar, llamó a gritos a sus sirvientas preguntándolas por el príncipe a cuyo lado había dormido, y como no acertasen a explicarse el hecho ni a contestarla, las maltrató. El ama de leche de la joven refirió aterrada al rey el estado en que se hallaba esta última, temiendo por su razón. Gran espantó sufrió también el rey al informarse de ello, y más al ver lucir en el dedo de la joven el inexplicable anillo del príncipe. Reunió su Consejo y ordenó se pregonase que casaría a la princesa con aquel que lograse curarla de su locura.

Con el incentivo de la doble oferta del reino y la corona, acudieron de las cuatro partes del reino infinidad de curadores, sin acertar la causa del mal. Ciento cincuenta astrólogos, mágicos y médicos que pretendieron lograrlo y fracasaron sucesivamente, fueron fracasando y él rey los hizo cortar a todos la cabeza.

Pero el ama de leche tenía un hijo peritísimo en todas las ciencias y llamado Marzaván, quien, informado del caso, se hizo conducir secretamente por su madre a la presencia de la princesa, deseoso de hallar cura para su mal. Cuando esta última le hube contado ce por be la triste historia de su imposible amor, se informó bien de las señas del príncipe, y despidiéndose de ella, no sin encargarla se armase de gran paciencia, se puso a recorrer uno por uno los reinos todos, sin oír hablar en ellos de otra cosa que de la hermosura de Badura, la princesa de la China, hasta que, al cabo de largos meses, arribó a Torf, populosa ciudad marítima, donde ya no se oyó hablar de la princesa Badura y sí del príncipe Camaralzamán, de quien se decía que estaba muy enfermo y se contaba una soñada historia de amor idéntica a la de la princesa de la China. Al escucharlo se llenó de gozo, informándose de que para llegar a la corte del príncipe había dos caminos: uno más largo, por tierra, y otro más corto, por mar.

Marzaván eligió este último, embarcándose; pero, antes de llegar a la capital, se estrelló su barco por impericia del piloto, y apenas si pudo ganar a nado la costa, siendo luego llevado al visir, quien, al ver la distinción de su porte y su mucha sabiduría, le contó la historia y le preguntó si sabría de algún medio para devolver al príncipe su salud. No necesitó más Marzaván para poner por obra su designio, y se hizo conducir ante el desdichado príncipe. Grandísima fue su sorpresa al ver cuán enorme parecido mediaba entre éste y la princesa, tanto que, sin cuidarse de la presencia del rey y del visir, no pudo menos de exclamar:

–¡Cielos! ¡Si son idénticos!

Estas palabras asombraron tanto al príncipe que salió de su letargo, en el que llevaba días y días. Entonces, aprovechando la ocasión, el sabio Marzaván se apresuró con su imaginación vivísima a contarle al príncipe, en versos alegóricos, ininteligibles para los presentes, todo cuanto pasaba por el alma de la princesa desde el día de su ensueño de amor. Cuando hubo acabado Marzaván sus versos, el joven rogó a su padre por señas que cediese su asiento al desconocido. El rey, animadísimo ante el inopinado reaccionar del hijo, no sólo le dió gusto, sino que le dejó a solas con el desconocido para que tuviesen mayor libertad.

–Príncipe –le dijo Marzaván al enfermo, en voz muy baja–. Cesad desde hoy en vuestra desesperación. Yo conozco a la mujer causante de vuestras penas, que es la princesa Badura, hija de Gaiur, emperador de la China. Ella misma me ha contado vuestra aventura, y también, como vos, languidece de amor. Vuestra alteza es el único que puede curarla si vuela a su lado; pero antes de partir para tamaño viaje, tenéis que restableceros.

El efecto curativo de estas palabras fué tal, que en pocos días el príncipe se vió sano y en disposición de emprender el viaje proyectado. Para vencer la resistencia probable del rey hacia tamaña aventura, Marzaván y el hijo fingieron partir sólo para una cacería de tres días. Partieron, y al anochecer del día primero, aprovechando el que sus dos palafreneros dormían, Camaralzamán y Marzaván tomaron los trajes de los palafreneros, y montando en caballos de repuesto y llevando éste otro del diestro, escaparon a carrera tendida hasta que, al rayar el día, se encontraron en una encrucijada de cuatro caminos. Allí Marzaván se entró en el bosque; mató al caballo del palafrenero y rasgó el vestido que se había quitado el príncipe después de haberle teñido en sangre para hacer creer cuando les buscasen que una fiera había devorado a éste.

Anda que te andarás, después de largos meses de viaje los dos audaces arribaron a la capital de la China. Ya en ella, en vez de llevar Marzaván al príncipe a su casa le ocultó en una posada, donde permanecieron hasta reponerse de las fatigas del camino. Al par mandó hacer un vestido de astrólogo para poder presentar este último al rey y así llegar hasta el retiro de la princesa enferma. Cuando el flamante astrólogo fue presentado al rey y a la Corte todos se compadecían de él, tan joven y gallardo, teniendo por cosa segura su fracaso y su consiguiente muerte, como tantos otros temerarios que intentaran la empresa de curar a la incurable princesita.

Llevado Camaralzamán a la presencia del rey, éste se compadeció de él viendo el peligro que iba a arrostrar; pero ante la imposibilidad de disuadirle le hizo llevar ante la princesa. El, sin embargo, juzgó preferible el enviarla antes un billete, en el que, con los más vivos colores, le pintaba su amor con claras alusiones a la escena de la torre, y acompañándole de su anillo

como prueba de autenticidad, y no bien lo hubo visto la joven Badura cuando, fuera de sí, rompió la cadena que la sujetaba y fue a echarse enloquecida en los brazos de su príncipe, devolviéndole el anillo, porque aquel cambio que de las joyas hiciesen en la noche memorable era la prenda más segura de su unión ante los hombres y ante Dios. El rey, loco también de alegría al ver curada tan mágicamente a su hija, abrazó al supuesto astrólogo, colmándole de atenciones, y le preguntó que quién era. El joven dijo:

–No soy, señor, ningún astrólogo. He tomado el traje de tal para conseguir más fácilmente mi santo objeto. Soy el príncipe Camaralzamán, hijo de Schahzamán, rey de las islas de Khalendan, en el mar de la Persia.

El asombro del rey al oír esto no tuvo límites, y al punto ordenó que se escribiese tamaña historia para ser transmitida a la posteridad. Al mismo tiempo se celebraron con gran pompa los desposorios. Marzaván también recibió un alto empleo por sus méritos.

–En medio de estos placeres una noche tuvo Camaralzamán un triste sueño, en el que viera a su anciano padre a punto de morir, abandonado del único hijo que había tenido y que iba a ser la causa de su muerte. Informando luego del sueño a su esposa Badura, ambos convinieron en solicitar del rey de China permiso para ir a visitar al anciano. Una vez conseguido aquél, se pusieron en camino.

Al cabo de cuarenta días dé marcha, los esposos llegaron a un ameno prado rodeado de árboles, donde decidieron acampar. Una vez armada la tienda, Badura penetró en ella ínterin el príncipe daba órdenes fuera. Para más comodidad se quitó el cinturón y se quedó dormida. Al entrar luego el príncipe se puso a examinar detenidamente las múltiples piedras preciosas que lo guarnecían. De pronto reparó en una bolsita cosida en el cinto con gran primor, conteniendo una hermosa piedra cornerina con letras y grabados ininteligibles, talismán protector que le legara su madre, la reina de la China. El príncipe, para examinarla mejor, quiso contemplarla a la luz del día; pero, según la estaba mirando y admirando, se precipitó sobre él un pájaro y se la arrebató, posándose un poco más allá en otro arbusto. Camaralzamán, aterrado, persiguió al pájaro, quien dió otro vuelo y se puso más allá. Así poco a poco le fué engañando al príncipe hasta sacarle del campamento y hacerle extraviarse en la espesura. Exasperado la siguió así inútilmente durante diez días, comiendo y bebiendo lo poco que acertaba a hallar en el camino. Al undécimo día; vuela que te vuela, el ave se aposentó cerca de una gran ciudad marítima, y allí desapareció.

Muerto de pena y de cansancio, el joven príncipe penetró por las calles a la ventura, hasta topar con un jardín cuya puerta entreabierta parecía invitarle a entrar y descansar. Al punto tropezó con el jardinero, quien le recibió cordialmente, diciéndole:

–Yo mismo le he abierto la puerta, como a extranjero y fiel a la Buena Ley, porque ha de saber que esta ciudad está habitada por idólatras impíos.

Dióle rendidas gracias Camaralzamán, y luego que hubo comido y descansado, refirió al venerable anciano su historia toda. Al acabar de oírla, este último respondióle que desde la ciudad en que se encontraban hasta el país de los verdaderos creyentes había un año entero de camino, pero que por mar se llegaba en muchísimo menos tiempo a la isla de Ébano, y de allí no había sino un paso a la de los hijos de Khalendan.

–Por desgracia –añadió–, de aquí a tales países sólo sale un buque cada año, y el último hace pocos días que partió.

Por felicísimo deputó Camaralzamán aquel providencial encuentro con el buen viejo, y a su lado, trabajando con el jardinero y pensando siempre en su desgraciada princesa Badura, se decidió a aguardar pacientemente el tiempo aquel del plazo. Entre tanto, veamos lo que le aconteciese a ésta desde el día en que se vió separada de su esposo.

Tan luego como despertó Badura de su sueño y se vió abierto el cinturón, falta de la piedra y sin el príncipe su esposo, comprendió que la desgracia se cernía sobre ambos y que se verían perdidos si ella no apelaba a toda su serenidad. Como de la ausencia de éste nadie estaba enterado, salvo las doncellas, prohibió a éstas que dijesen nada; se quitó su traje, vistiendo uno de Camaralzamán, a quien tanto se parecía, y como si fuese él en persona, dió órdenes de levantar el campamento, hizo entrar a una de las doncellas en la litera, montó a caballo y prosiguió su camino.

Después de un recorrido de muchos meses abordó en la isla de Ébano, haciendo anunciar al rey Armanos que quien llegaba era el príncipe Camaralzamán. Armanos recibió al supuesto príncipe con los honores debidos a su rango, decretando festejos en su obsequio durante tres días. Luego, prendado del mismo, le propuso el casarle con su hija. Badura, temiendo las iras del rey si se descubría su embuste, tuvo que seguir representando su papel de príncipe y desposarse con la princesa Haiatalnefus, que así se llamaba la hija del rey de Ébano.

Ya en la cámara nupcial, Badura no tuvo más remedio que confesar su sexo a Haiatalnefus, pidiéndola perdón y protección, después de haberle contado su increíble historia. Haiatalnefus, que era también un alma grande y compasiva, se llenó de piedad ante tamañas desgracias, y, abrazando a Badura, la prometió secreto y protección. De esta suerte continuó

la princesa Badura gobernando tranquilamente su reino a satisfacción del rey y de toda la nación, y en espera de días mejores, que relataremos luego que hayamos dicho lo que, entre tanto, aconteciese al verdadero príncipe Camaralzamán en el jardín de la ciudad. de los perversos idólatras.

El santo jardinero dijo cierto día, al cabo de muchos meses, a su huésped:

–Los idólatras celebran hoy una gran fiesta, y se irritarían si nos viesen trabajar. Yo voy, pues, a la ciudad para preparar su embarque próximo, y tú entre tanto descansarás.

Y se alejó.

Camaralzamán se recostó bajo un árbol pensando en su felicidad pasada y en su desgracia presente, aunque sin desesperar para lo futuro. Súbito advirtió que entre las ramas del árbol reñían dos aves, cayendo de allí a poco muerta una de ellas a sus propios pies. Luego llegaron otras dos aves más grandes, y con muestras de gran dolor la enterraron junto al árbol, y trayendo apresada al ave matadora, la sacrificaron también a picotazos sobre la tumba misma de la víctima, abriéndola el vientre y dejándola insepulta para pasto de los gusanos. Asombrado el joven de cuanto veía, sin podérselo explicar, se llegó a esta última ave, advirtiendo con alegría que por entre sus entrañas desgarradas aparecía una cosa encarnada, que no era sino la piedra cornerina, talismán de su inolvidable Badura.

No hay palabras con que expresar la alegría de Camaralzamán y más cuando, después de haber besado y bañado en lágrimas de ternura la preciosa piedra, que se ató cuidadosamente al brazo, vió entrar a su protector con la más grata noticia, acerca de su próxima y probable partida.

Al día siguiente, sin haber podido pegar los ojos de alegría, Camaralzamán marchó con su hacha a derribar cierto árbol que quería eliminar el jardinero por sus malos frutos. Al cortar una de sus grandes raíces sonó el suelo a hueco y saltó un objeto metálico, que resultó ser una gran plancha de cobre cubriendo una escalera de diez peldaños que conducía hasta una espaciosa estancia llena de vasijas de bronce con polvos de oro. En esto llegó el jardinero, anunciándole que el barco para la isla de Ébano saldría de allí a tres días y que ya dejaba arreglado su embarque en él. Entonces el príncipe le cogió por la mano y le dijo, llevándole ante el tesoro:

–¡Vea! ¡Dios ha querido recompensarle con este tesoro su noble acción al darme hospitalidad! ¡Todo es vuestro!

Pero el anciano se resistió a admitirle, diciéndole:

–¡Hijo mío, yo, a mis ochenta años y vecino ya al sepulcro, para nada le necesito a un tesoro que no he encontrado, sino tú. Le cargarás, pues, como equipaje y que él no te depare sino venturas!

Viendo el príncipe que no podría vencer la obstinación del viejo, cargó todo el tesoro fingiendo que eran barriles de aceitunas, en las que comerciaba con la isla de Ébano aquella ciudad. En uno de los barriles, bajo contraseña, ocultó, para que no se le perdiese, su talismán, y una vez embarcados los barriles se retiró a pasar la última noche con su protector. Mas éste se sintió inopinadamente enfermo, de mucha gravedad, tanto que el joven se vió ante el dilema terrible de renunciar a la partida durante otro año y no seguir la suerte de su equipaje-tesoro para quedarse a cuidar al anciano en sus momentos últimos, o bien cometer con él la negra ingratitud de dejarle sólo en el trance supremo. Como era noble y generoso. no vaciló un momento; antes bien dejó marchar el barco, y al punto que su protector expiraba, y después de llorarle y amortajarle, le dió piadosa sepultura en el jardín. Cuando luego fue al puerto, el barco había ya partido y él condenado a otro nuevo año de espera y de peligro, con más el dolor de que su talismán le hubiese de nuevo abandonado oculto en el barril de las aceitunas… No tuvo otro partido que arrendar el jardín a su dueño y tomar un criado que le auxiliara.

Mientras que el príncipe Camaralzamán comenzaba su segundo año de trabajos, dolores e impaciencia, el navío de sus barriles llegaba a la capital de la isla de Ébano.

El rey de la isla, o más bien la disfrazada princesa Badura, preguntó qué navío era el que llegaba y le dijeron que era el de todos los años con cargamento de ricas mercancías, salido del país de los idólatras. La princesa, pensando siempre en su Camaralzamán y en que acaso pudiese él venir en el barco, se dispuso a salir al encuentro del mismo pensando que si venía no la reconocería. Llegó al puerto e hizo comparecer ante sí al capitán, llenándole de preguntas, y como por él supiese que entre otros ricos cargamentos venían cincuenta barriles de aceitunas, que a la princesa le gustaban extraordinariamente, se los quiso comprar todos, pero el capitán hubo de negarse a venderlos, diciéndola:

–Señor: las aceitunas no me pertenecen, por ser de un pobre comerciante que se quedó sin embarcar por un accidente fortuito.

–Sin embargo, yo os libro de toda responsabilidad y os doy por ellas, no ya lo que valen sino hasta mil monedas de oro –replicó la princesa, ordenando llevasen a palacio los cincuenta barriles.

Ya en palacio y en compañía de Haiatalnefus, abrió aquella noche una de las vasijas, encontrándose con la sorpresa de que las aceitunas de todas ellas estaban mezcladas con polvos de oro, y cuando en una de ellas encontró a más su talismán de cornerina, fue tanta su emoción que cayó desmayada.

Haiatalnefus y sus doncellas socorrieron a Badura, y cuando ésta volvió en sí, fue su primer cuidado llamar al capitán del barco y hacerle zarpar al punto hacia la capital de los idólatras, con orden terminante, y bajo pena de confiscación de toda la carga, de traerle en seguida al dueño de los barriles. El capitán obedeció y se hizo de nuevo a la vela, trayendo consigo, de allí a pocas semanas, al verdadero príncipe Camaralzamán como a un prisionero deudor de no se sabe qué imaginaria deuda con el rey de la isla de Ebano. Ya en presencia de éste ni siquiera le pasó por las mientes que se hallaba ante su propia esposa, la llorada princesa Badura. Ésta regaló al capitán del barco un riquísimo diamante, dejándole en libertad de que dispusiese de su barco, sus mercancías y su persona, y se concertó con Haiatalnefus, la princesa de Ébano, acerca del modo mejor de darse a conocer a Camaralzamán. Lo primero fue hacerle introducir en el Consejo de la Corte y designarle, por su propio nombre, como consejero, cosa que llenó de asombro a Camaralzamán, no sabiendo cómo podría conocerle el supuesto rey, quien le hizo instalar en un lujosísimo palacio, nombrándole tesorero general. Conviene advertir que al desposarse con Haiatalnefus, la princesa Badura había adoptado el mismo nombre de Armanos, que llevara su antecesor y suegro.

Renunciamos a narrar, por feliz y maravilloso, lo que ocurrió después. Baste decir que Badura fue preparando poco a poco el ánimo de Camaralzamán para que la alegría no le perjudicase con su emoción demasiada fuerte, hasta que cierta noche le llevó a su propio palacio, y, despojándose de sus vestidos de hombre, se arrojó en sus brazos, después de mostrarle el perdido talismán. Ya en el lecho le informó punto por punto de sus aventuras increíbles y le hizo narrar a Camaralzamán las no menos increíbles suyas con el ave y con el jardinero de la ciudad de los idólatras. Al otro día Badua se reveló con su verdadero nombre y sexo al viejo rey Armanos, quien tanto se sorprendió con la historia, que la hizo perpetuar por sus escribas. Como además la ley del reino permitía y aun aconsejaba que el sucesor del trono pudiese tener dos mujeres legítimas, no hubo dificultad ninguna en que Camaralzamán se casase también con Haiatalnefus como antes lo había hecho con Badura, la princesa china, sintiéndose muy felices ambas mujeres, porque con el trato y las recíprocas pruebas de abnegación que se habían dado, se había desarrollado entre ellas grandísima amistad. Cada una de las esposas le dió a Camaralzamán de allí a un año un hermoso hijo en medio de la alegría del reino todo. Al hijo de Badura se le llamó Amgiad, y Assad al hijo de Haiatalnefus.

Criáronse los dos príncipes hermanos, Amgiad y Assad, con el mayor esmero en la corte de su padre, Camaralzamán, dándose les los mismos ayos e iguales preceptores, con lo cual se sintieron unidos por un cariño inmenso, hasta el extremo de que nada sabía hacer el uno sin el otro, viviendo siempre juntos. Las dos reinas, sus madres respectivas, los querían tanto que hasta preferían a su propio hijo respectivo el hijo de la otra. Así Badura prefería a Assad, el hijo de Haiatalnefus, mientras que el predilecto de esta última era Amgiad, con tal extremo que, siendo ya adolescentes, concibieron tal pasión amorosa cada una por el hijo de la otra que fué el escándalo de todo el reino. Viéndose descubiertas entrambas reinas en su infamia decidieron perder a los dos jóvenes, aunque fuesen sus hijos, porque cada una de ellas era cómplice de la pasión de la otra; pasión sobrepuesta, por desgracia, a cualquier otra consideración y noble afecto. En efecto, los calumniaron ante el propio rey, diciéndole que los dos jóvenes habían pretendido atentar contra su pudor. Irritadísimo el rey iba a quitarles con sus propias manos la vida, cuando se interpuso el sabio y anciano rey Armanos conteniéndole. Entonces ordenó al emir Giondar que los decapitase en las afueras de la ciudad, y para prueba de que lo había hecho le trajese sus vestidos. Obediente el emir tomó respetuosamente por la mano a los dos príncipes, y pidiéndoles perdón por lo que en él no era sino el doloroso cumplimiento de un mandato de su soberano, se dispuso a decapitarlos.

Pero acaeció una cosa muy singular: como era tan hondo y sincero el fraternal afecto que entrambos hermanos se profesaban, hubo de entablarse entre ellos un conmovedor pugilato, porque cada uno quería morir antes que ver morir al otro. Emocionadísimo el emir ante la pureza y la inocencia que se revelaba en aquellos juveniles semblantes, tuvo como una secreta intuición de que no eran culpables, pero como tenía que obedecer cortó el pugilato atándolos juntos para cortarles las dos cabezas de un solo tajo.

La inocencia tiene siempre una protección desconocida e invisible, así que ocurrió lo que menos podía pensarse, y es que al sacar Giondar el sable, su reflejo hirió inopinadamente la vista del caballo del emir, haciéndole espantarse, romper las riendas y escapar a galope selva adentro. El emir, que le tenía en gran estima, temiendo perderle corrió tras de él, dejando abandonados a los dos infantes, quienes, al sentir los tormentos de la sed, se desataron y se fueron para la fuente vecina. En esto, junto a ella oyeron los rugidos de un león, a quien pronto vieron abalanzarse sobre el emir. Éste habría sido destrozado a no interponerse Amgiad, que, cogiendo del suelo el sable del emir, de un sablazo se deshizo de la fiera.

Al levantarse Giondar y ver que debía la vida a los dos príncipes, les dijo, besándoles las manos:

–¡Dios me libre de mataros después de haberme salvado la vida! Acomodaos, pues, con lo poco que puedo daros de mis vestidos y escapad a un país remoto donde no sepa nada de vosotros vuestro padre.

Pundonorosos los dos jóvenes, le instaban a que cumpliese su cometido, decapitándolos, pero ante la rotunda negativa del emir, no tuvieron más remedio que acceder. Giondar empapó los vestidos de los jóvenes en la sangre del león y se los presentó al rey, diciéndole que los dos habían muerto perdonándole y protestando de su inocencia. Conmovido Camaralzamán registró los bolsillos de los vestidos, encontrando en ellos los dos billetes en los que las dos reinas les revelaban a los jóvenes su pasión. El rey se desmayó. Luego que volvió en sí pensó castigar fieramente a las dos culpables, pero prefirió dejarlas entregadas a su destino.

Entre tanto los dos príncipes vagaron por bosques y desiertos, alimentándose de yerbas y evitando la vecindad de las ciudades, tanto o más que la de las fieras. Al cabo de una luna llegaron al pie de una montaña horrorosa e inaccesible, toda de piedra negra. La rodearon toda sin hallar practicable más que un estrechísimo sendero, por el que empezaron a subir penosamente temiendo morir de hambre, sed y fatiga antes de escalar la altura, en la cual vieron al pie de una fresca fuente un granado hermosísimo cargado de fruta. Comieron y bebieron, quedándose dormidos. Al día siguiente comenzaron el descenso, tardando cinco días en llegar a la altura, a cuyo límite se alzaba una opulenta ciudad, a la que se dirigió Assad para exploraría, quedando entre tanto Amgiad bajo la sombra de uno de los últimos árboles de la montaña para reponerse de su enorme fatiga, sucediéndole allí la aventura que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXI

Más versiones del primitivo mito caballeresco de Camaralzamán y Badura

Termina el mito de Camaralzamán.–La pérfida ciudad del Fuego.–Bostana, Cavama y Oazbán.–En la casa del escudero Bahader.–Salvación milagrosa.–Behram y la fiesta de los parsis.–Camino de la Montaña del Sacrificio.–La corte de Margiana.–Las astucias criminales de Behram y la Fatalidad.–La salvación de Assad.–Las cuatro milicias libertadoras.–Comentario sobre el simbolismo de Camaralzamán y Badura.–Siempre la falsa doctrina de las almas gemelas.–Otro recuerdo del mito de Psiquis y los tres motivos básicos del mismo.–Otras variantes de Camaralzamán.–Nureddin y la hermosa persa.–Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar y Schem-Sel-Nihar.–La bella Zumurrud y Alischar, el hijo de la Gloria.–El joven amarillo.–Sarta de perlas.–Sett-Donia y el príncipe Diadema.

Prosiguiendo el cuento del capítulo anterior, diremos que Assad, al penetrar por la primera calle de la población tropezó con un viejo, muy viejo, que comenzó a sonreírle de un modo raro, advirtiendo que era extranjero y que le ofreció hospitalidad, añadiendo con sin igual falsía:

–Bien puedes darte por feliz de haberme encontrado, pues de no ser así lo habrías pasado mal entre estos perversos.

Y en sumaria relación le informó el viejo de que aquella era la ciudad de los adoradores del fuego. En efecto, desde su refugio pudo ver a otros cuarenta viejos que danzaban en torno de una gran hoguera, adorándola. Luego el viejo aquel dió un gran grito llamando a Gazbán, un negrazo terrible, quien empezó derribando al joven Assad de una tremenda bofetada, atándole fuertemente, mientras que el perverso le decía:

–Llévate a este buen mozo abajo y que mis hijas Bostana y Cavama le den una buena paliza a diario, con pan y agua por todo sustento, hasta que llegue el día de nuestra gran fiesta en la Montaña del Fuego, más allá del mar azul, donde le inmolaremos en honor de nuestra deidad.

Las dos harpías lo hicieron como se les había mandado, y Assad lloró su desamparo, pensando asimismo en el triste destino que temía para su hermano Amgiad, quien, cansado de esperarle en vano, se presentó también en la ciudad, teniendo la suerte de que uno de los escasos fieles de ella le previniese a tiempo. Era un sastre, quien le dió hospitalidad, no dejándole salir sino en su compañía, para que nada malo le acaeciese con aquellos magos perversos. Pero un día que se aventuró a ir solo hasta el baño tropezó con una hermosa dama,

quien le cegó en términos que no pudo menos que irse tras de ella cual un manso cordero. Ella parecía mostrársele placentera, aunque se negaba a llevarle a su casa, y como, por otra parte, él no quería llevarla a ella a la casa del sastre, se detuvieron ante una gran puerta cerrada, diciendo ella que aquella era su casa, pero que le había dejado la llave a su esclavo y había que esperar hasta su vuelta. Cuál no sería su sorpresa cuando la dama, para no esperar, se puso a hacer saltar con piedras la cerradura y se metió como en casa propia patio adelante de aquel palacio, donde toparon con un salón espléndido y en él una mesa admirablemente cubierta por bebidas y manjares exquisitos. Amgiad, al verlo, se dió por perdido, mientras que entusiasmada la dama por aquel recibimiento, se ponía a comer y a beber con el mayor apetito.

En esto, como era de temer, llegó disfrazado el verdadero amo de la casa, el gran escudero del rey de los Magos, llamado Bahader, quien, asombrado de la frescura de aquella pareja, lo tomó por el lado jocoso y no pensó sino divertirse. Amgiad, entre tanto, al verse sorprendido, se deshizo en gentiles excusas, rogándole suspendiese todo disgusto hasta que le oyese luego la verdadera causa de su insolente inoportunidad. Su apariencia gentil y distinguidos modales hicieron mella en Bahader, quien, con la mayor finura, les notició que era el escudero del rey y les rogó que no se marchasen sino que antes bien siguieran sin preocuparse lo más mínimo.

–Sólo le pido –dijo Bahader a Amgiad– que pues habéis dicho a la dama que tenéis un esclavo, sin tenerle, me dejéis hacer el papel de ese esclavo. Ya sabréis a su tiempo la razón. Os serviré hasta la noche y vos me trataréis como a tal esclavo, riñéndome y aun maltratándome.

Después de esto, Bahader despidió con cualquier pretexto a sus convidados, que iban llegando; se disfrazó de esclavo, y la dama, creyéndole tal, le reprendió agriamente por sus tardanzas y hasta le apaleó cruel. Luego, no contenta con esto, le dió el sable a Amgiad para que le cortase la cabeza, y como éste se resistiese, salió ella misma a cortársela; pero entonces Arngiad, horrorizado, le cercenó a ella la suya para que el mundo no siguiese alimentando más a semejante monstruo de maldad. Bahader no quiso exponer a su huésped con que sacase fuera sigilosamente el cadáver de la dama, sino que lo hizo él por sí; mas el rey le sorprendió en la faena y le mandó ahorcar. Amgiad, noticioso de todo ello, voló ante los jueces, confesándose único autor de la muerte de la perversa. Además, aprovechó la ocasión al contar su historia de la triste pérdida de su hermano Assad en la ciudad, con lo que el rey no sólo le perdonó la vida, sino que le dió orden y medios para que le buscase, nombrándole gran visir. Nadie, sin embargo, daba la menor noticia de aquél.

Mientras tanto, este desdichadísimo príncipe gemía día tras día en su mazmorra bajo los malos tratos de Cavama y de Bostana, hasta que llegó el momento de la fiesta solemne de los magos y fue metido en un navío cargado de géneros, comandado por Behram, fanático cumplidor de la religión de éstos, y camino de la Montaña del Fuego, donde se le había de inmolar. Sospechando el visir Amgiad que tal vez su hermano habría caído en poder de los perversos magos, se presentó de improviso a visitar el navío antes de que zarpase; pero Behram le había escondido en uno de los fardos, dejándole apenas sitio por donde respirar; así que el joven no fué hallado y el navío salió del puerto sin novedad.

Después de algunos días de navegación, el viento se volvió contrario, con una furiosa tempestad, y el barco perdió el rumbo, quedando a merced de las olas y abordando al fin a la capital de la piadosa reina Margiana, enemiga mortal de los adoradores del fuego, a quienes tenía prohibido desembarcar en sus Estados. A Behram no se le ocurrió entonces sino hacer libertar a Assad de sus cadenas, presentarle como esclavo, y como la reina vería en él un creyente fiel de su religión a más de un hombre sabio y gentil, no podría menos de tratarlos bien a todos y dejarles continuar su viaje.

Sucedió como Behram había pensado. La reina se prendó de Assad y quiso comprarle a cualquier precio, al ver cuán maravillosamente escribía, lo mismo en prosa que en verso, y como aquél se resistiese a entregarle, la reina decretó su prisión y la confiscación del navío, hasta que se vió precisado a ceder. La reina se llevó consigo a Assad, le hizo bañar, perfumar y vestir regiamente, e informada luego de su historia le sentó a su mesa y le dió de comer de un modo opíparo, hasta el punto de que, sintiéndose el joven algo indispuesto, salió a tomar un poco de aire al jardín, al lado de una fuente deliciosa, donde se quedó dormido.

La fortuna, sin embargo, seguía siéndole adversa a Assad, porque mientras dormía tranquilamente, hete aquí que Behram y sus gentes, antes de partir, se les ocurrió al pasar por el jardín, camino del puerto, entrar a hacer aguada en aquella fuente. Al ver dormido junto a ella al mancebo se echaron sobre él, le amarraron sin dejarle gritar y se le llevaron, volviéndole inmediatamente a su mazmorra en el navío, que al punto levó anclas y escapó camino de la Montaña del Fuego.

Nunca queda impune el delito, que tarde o temprano se descubre. Así pasó en aquella ocasión, pues la reina, impaciente por la tardanza de Assad, le hizo buscar en vano por todo el palacio; vió entreabierta la puerta del jardín; siguió, y junto a la fuente, topó con una de las babuchas del príncipe. En fin, de deducción en deducción, pronto vino a caer en la cuenta de lo acaecido, y al punto hizo salir diez navíos de guerra en caza de los malvados, conminándoles a sus capitanes que, si no les traían, les quitaría la vida. Al amanecer del tercer

día éstos dieron alcance al barco fugitivo, y percatándose de su ruina Behram se quiso deshacer del príncipe, haciéndole arrojar al mar.

Assad era excelente nadador y, tras largas ansias, pudo abordar a la costa, viendo con sorpresa que era otra vez la de la ciudad de los magos, de donde había salido y en la que su hermano seguía de visir; pero, temiendo que los magos le jugasen otra como la pasada, se escondió entre las tumbas del cementerio para allí pasar la noche y resolverlo mejor. En cuanto al navío de Behram, fue apresado; pero como no se le pudo probar el delito, la reina Margiana se contentó con confiscarle, dejando un mal bote a Behram para que se volviese a su ciudad. Quisieron aún los hados crueles que también se refugiase, como Assad, en el mismo cementerio, y sorprendiendo igualmente dormido a Assad, de nuevo le echó mano, llevándosele otra vez a su antiguo encierro en la casa de marras, donde Bostana y Cavana tornaron a apalearle a diario, como antes y aun con mayor crueldad, hasta que un día Bostana, movida a compasión, empezó a admirar la resistencia del príncipe y más a las ideas religiosas que un tal heroísmo le inspiraran.

Días más farde oyó Bostana pregonar por la ciudad la orden del visir Amgiad acerca de que se buscase y presentase a Assad, cosa que inmediatamente puso por obra, desarrollándose entre los dos hermanos la tierna escena que era de esperar, después de tantos meses de separación y de dolores. El rey, conmovido, mandó prender y decapitar tanto al viejo torturador del príncipe como al infame Behram; pero el príncipe obtuvo clemencia para ambos, y Behram, agradecido, se ofreció a transportar a Amgiad y a Assad al reino de su padre, Camaralzamán .

Al tiempo que ambos se despedían del rey, se vió venir sobre la ciudad por la parte del Norte un poderosísimo ejército, que no era sino el de la reina Margiana, quien llegaba en persona a reclamar a su esclavo Assad. El rey la acogió con gran júbilo, decretando fiestas en su honor y en el de su ejército; pero en medio de las fiestas se vió venir por el otro lado de Oriente otro ejército mucho más lucido y numeroso que el primero, mandado por el propio Gaiur, el soberano de la China, que, cansado de esperar largos años la vuelta de su hija Badura, casada con Camaralzamán, rey de las islas de Khalendan, había pasado a este reino, donde el rey su yerno le había informado de la desgracia de su nieto Amgiad, y venía a rescatarle por la fuerza, si era preciso. El príncipe Amgiad, así que reconoció a su abuelo, se prosternó a sus pies, presentándose como su nieto que era y llenando de júbilo al buen anciano.

Mientras que dicho segundo ejército del rey de la China acampaba junto al primero de la reina Margiana, hete aquí que del lado del Sur se presentó inopinadamente un tercer ejército,

doble que los otros dos juntos y en el que bien pronto hubo de verse al mismísimo rey Camaralzamán en persona, acompañado de su emir Giondar, quien había acabado por confesarle que no había matado a los príncipes, sino que éstos vagaban errantes por reinos desconocidos, y por ellos los buscaba.

Pero no bien había ocurrido esto y acampado el ejército de los de Khalendan, como los dos anteriores, del lado del Poniente se divisó espesa polvareda producida por un cuarto ejército igual al mayor de los anteriores, y que era nada menos que el del viejo rey de Persia Schahzamán, en busca de su hijo Camaralzamán, del que no había vuelto a saber desde el día en que este último partiese para curar a la princesa Badura, de la China, y después casarse con ella.

Ante aquel inaudito suceso de los cuatro ejércitos[125], la ciudad de los malos magos quedó pasmada, y volvió al fin los ojos a la verdadera luz, después de haber celebrado con fiestas excepcionalmente suntuosas la concurrencia de los cuatro ejércitos desde los cuatro puntos cardinales y las dobles bodas del príncipe Assad con la reina Margiana y del príncipe Amgiad con Bostana, en premio a que, con peligro de su vida, había salvado a aquél.

El culto idolátrico del fuego quedó así para siempre abolido, imperando sólo desde entonces la única y primitiva Religión de la Verdad, tanto tiempo hacía destronada de aquellos países…

* * *

Lo muchísimo que podría escribirse acerca del simbolismo de la leyenda de Camaralzamán y Badura, como de sus similares que vendrán después, está resumido en estas tres interpretaciones[126]:

a) La interpretación vulgar, constante en todas las obras literarias y artísticas, interpretación de las que surge el eterno símbolo del recíproco amor entre el hombre y la mujer, amor sobre el que la Naturaleza ha cimentado su suprema "Ley de la continuidad de la Especie".

b) La interpretación necromante de las "almas gemelas", por la que a cada ser se le asigna una contraparte conjugada del opuesto sexo, en un sentido de "nuestra unión sexual", que difiere poco de la anterior, pero que es de más peligrosa amplitud, tocando al campo del Ocultismo. En semejante interpretación, a la que hemos consagrado "novelescamente" los últimos capítulos de la parte 3ª y los primeros de la 4ª de *El tesoro de los lagos de Somiedo,* cada iniciado tiene su "Helena", Paris, la de Troya (Ilíada); Apolonio de Tiana, la mujer, decían, recogida en cierto sitio de desgracia; Fausto (el héroe del poema de Goethe), la Helena que Mefistófeles le aporta, y hasta la Magdalena o "maga Helena", que lava y unge

los pies de Jesús, después de abandonar su vida licenciosa, con mil correlaciones y prolongaciones míticas, tales como la Kala-yoni de Krishna y la Kundry del Parsifal wagneriano. En la imposibilidad de dar aquí más detalles, remitimos encarecidamente al lector a los pasajes aquellos.

c) La interpretación de Magia Blanca –para nosotros la única verdadera– y por la que no se trata ya de sexo alguno, sino la contraposición sublime, inefable y mística entre el Raciocinio humano y la divina Hada Inspiración que le fecunda y consagra en verdadero Sacramento Eucarístico, tomando esta forma de "el caballero andante y su dama" el mito entre los pueblos de viejo abolengo atlante, y la recíproca de Psiquis y Heros, entre los pueblos arios genuinos[127].

Todo lo demás que pudiéramos agregar sería cosa de detalle, y que la necesidad de dar aquellas variantes en el poco espacio de que ya disponemos nos obliga a omitir, dejándolo a la intuición del lector, a quien suponemos ya habituado, por cuantos capítulos anteceden, a esta nuestra manera simbólica de interpretar.

Vayan, pues, sin más comentarios, las lindísimas versiones a que aludimos y que no son las únicas en el gran libro, como llevamos visto con cuantos cuentos interviene el simbólico argumento amoroso de "príncipes y princesas sublimes".

Historia de Nureddin y de la hermosa persa. –Zineby, rey de Balsora, tenía dos visires: Khacán y Sauy. Este último sentía gran envidia hacia su compañero por sus brillantes méritos, y pretendía que las esclavas del rey bastaba con que fueran físicamente hermosas, mientras que Khacán pretendía que la mayor hermosura apetecible en toda mujer era no sólo la del cuerpo, sino la del talento, la discreción, la cultura, etc., del espíritu.

–¡Yo daría por una esclava así, si se encontrase, hasta diez mil monedas de oro! –dijo el rey–. Pero el hallar una mujer tal es casi imposible.

Khacán, por toda contestación hizo llamar a todos los corredores que comerciaban en esclavas, encargándoles una tal y como él la había pintado al soberano. No tardó en llegar uno de éstos conduciendo a una hermosísima persa, adornada de dotes como Khacán no podía ni soñar, así que este último la retuvo unos días junto a sí para prepararla a ser presentada a su majestad. Dióla una cámara junto a la de su esposa y mandó comprar para ella los más valiosos trajes y joyas.

Pero Khacán tenía un gallardo hijo llamado Nureddin, el cual, así que vió a la esclava quedó perdido de amor por ella, viendo con alegría que, a hurto del padre, ésta mostraba señales de que correspondía a su pasión. Un día, con gran escándalo de la casa, hasta se atrevió Nureddin

a entrar en el baño de la bella, y el padre de aquél montó en cólera viendo así comprometido su prestigio para con el rey, a quien esta última iba a ser destinada. Su mujer le calmó invitándole a que buscase cualquier pretexto cerca del soberano y se la dejase a su hijo, bajo juramento de que no la tomaría por esclava sino por su legítima mujer, como se hizo: De allí a poco murió Khacán, y el joven Nureddin, falto de experiencia, se entregó a la disolución y las francachelas con gentes de su edad, aunque no sin que se lo afease su bella persa con razones que delataban su grandísimo talento.

Al fin sucedió lo que era de esperar. El joven Nureddin acabó por arruinarse en términos tales que su dignidad comprometida, después de malbaratar todos sus bienes y de verse abandonado por los amigos que él creía más fieles, tuvo que acceder a los ruegos de la bella para que la llevase al mercado de esclavas y la vendiese por una gruesa suma con que salir de sus apuros.

Por duro que le pareciese el expediente al pobre Nureddin, acabó convenciéndose de que no había otra solución posible y consumó el sacrificio de su amada, poniéndola en manos del corredor Hagí Hassan. De allí a poco llegó a la tienda de éste el visir Sauy, quien, prendándose de la esclava persa, quiso comprarla en miserables cuatro mil monedas de oro. Sabedor del caso Nureddin, sintióse avergonzado y, dispuesto ya a todo, trató de impedir se consumase la venta viniendo a las manos con el propio visir. Este, viendo así luego la ocasión de vengarse del hijo de su antiguo rival Khacán, se fué en seguida al rey contándole a su manera el caso de la esclava y consiguiendo arrancar al monarca la orden de prisión contra Nureddin. Pero advertido éste a tiempo por Sangiar, antiguo capitán de su padre, pudo escapar con su amada y embarcarse ambos en el Eufrates, en un barco que estaba a punto de salir para Bagdad. El visir, exasperado, puso a precio la cabeza de los fugitivos, sin que se les encontrase.

Llegados así los amantes a la soberbia ciudad del Tigris, y no sabiendo dónde refugiarse, vagaron largamente por toda ella hasta que toparon con la entreabierta puerta de un regio jardín, al lado de cuya fuente, por no poder ya más, se tiraron a descansar. En el jardín había un palacio al estilo persa, donde el califa solía retirarse en las noches de calor. El viejo conserje del mismo se llamaba Ibraim, quien al volver y encontrarse allí durmiendo a la gentil pareja, notó que eran extranjeros y los llevó por todo el jardín, dándoles luego de cenar espléndidamente, pero sin vino, porque Ibraim, como buen musulmán, decía no beberlo, no obstante lo cual se prestó a traérsele a sus convidados, quienes después se pusieron a cantar y a tocar de un modo tan maravilloso que hubieron de atraer hasta allí, asombrado, al propio sultán, que, en unión de su visir, Giafar, y de Mesnur, el jefe de los eunucos, vigilaban la

población disfrazados de aldeanos. Los tres se acercaron a la puerta del salón de donde aquella música y canto partían.

–¿Qué desorden es éste –exclamó el califa, enojadísimo contra Ibraim, ya borracho– que penetran en los pabellones de mi retiro gentes sólo venidas a él para divertirse?

Pero al mismo tiempo se quedó asombrado al notar a la hermosa persa y a su no menos distinguido acompañante, por lo que decidió penetrar sin romper su incógnito y averiguar mejor así quiénes ellos fueran.

–Soy el pescador Kerín –dijo a Ibraim el disfrazado califa– y vengo a ofrecerle estos dos hermosos peces para el convite con que obsequia a estos extranjeros. Yo mismo os los prepararé. –Y de allí a poco rato se los presentó en la mesa admirablemente aderezados. Luego cayó como en éxtasis al oír de nuevo tocar y cantar a la hermosa. No pudo resistir por más tiempo su curiosidad, y le rogó a Nureddin que le narrase su historia, sin duda maravillosa, cosa que éste hizo muy gustoso sin omitir particular alguno por adverso que te fuese.

–¿Y ahora, dónde iréis? –le preguntó–. Si os place volver a vuestro país , yo mismo os puedo dar una carta para el propio rey en persona, porque somos él y yo amigos desde la infancia.

En esto penetró en la estancia, completamente borracho por las libaciones del banquete, el pícaro de Ibraim, dispuesto a dar una buena paliza al que él creía ser un atrevido pescador. Cuál sería, pues, su sorpresa al verse frente a frente del sultán, quien, saliendo un momento, había vuelto dejando su disfraz y vestido con su pompa regia. El cuitado se arrojó a los pies del sultán pidiendo clemencia, que éste de buen grado le otorgó, añadiendo:

–Bella persa: Pues que ya sabéis quién soy, seguidme, y ya que mi calidad no me permite aceptar el regalo que de vuestra persona me ha hecho, con generosidad sin ejemplo, el enamorado Nureddin, yo le remitiré a Balsora para que allí sea rey, y vos su reina, conforme a vuestros méritos.

El sultán cumplió su palabra, y Nureddin y su amada pronto se vieron de vuelta en Balsora, portadores de la carta imperial cerca del entonces rey de Balsora. Pero la fatalidad intervino una vez más, y el rey, sin leer la carta, se la entregó al malvado visir Nureddin, quien, ciego de envidia, cuidó mucho de comunicar a su soberano su contenido, después de haber arrancado de ella la fórmula-clave de la parte superior que indicaba que el sultán quería ser absolutamente obedecido.

–Señor –dijo luego al rey el infame visir–, no hay duda que el sultán habrá dado esta carta a Nureddin por virtud de las quejas que él le haya formulado contra vuestra majestad y contra mí. Pero esto lo ha hecho sólo para desembarazarse de él, por cuanto no tiene la clave convenida ni ha enviado aparte un correo con ella, como es uso. Dejad, pues, en mis manos el asunto.

Luego, con celeridad grande, hizo prender y condenar a muerte a Nureddin, después de haberle hecho atormentar. La real sentencia se pregonó por toda la ciudad, que aún recordaba las virtudes y obras del padre de Nureddin. Este último se limitó a decirle a Sauy:

–Tú triunfas; pero yo confío en las palabras de nuestro libro sagrado, que dicen: "Juzgáis injustamente, olvidando que pronto habréis de ser juzgados también y medidos con la misma medida." –Con ello, Sauy apresuró aún más la ejecución del desdichado, que se decretó para aquel mismo día.

Ya en el patíbulo, Nureddin pidió un vaso de agua, y al ir a pasar éste de mano en mano de la multitud, hubo de notarse en ella un movimiento inusitado, debido a que, a todo galope, llegaba como emisario del sultán y portador de sus órdenes nada menos que el visir Giafar. Entre las órdenes venía una en la que, caso de mediar resistencia, se hiciese ahorcar a Sauy. No hay que añadir el placer con que todos vieron este cambio y el cómo este gran perverso recibía al punto, del verdugo, la misma muerte que él preparase a Nureddin…

Después de tales sucesos, este último no quiso continuar en una Balsora para él de tan tristes recuerdos, y prefirió, con el beneplácito del sultán, residir tranquilo en la corte de Bagdad al servicio de su soberano y en la feliz compañía de su adorada beldad, la mujer persa que de tal modo le había salvado de la muerte y de la deshonra…

Historia de Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar y de Schem-Sel-Nihar. –Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar era un joven de la más antigua familia real de Persia, en tiempos del califa Harum-al-Raschild, muy protegido por el droguero Abul-Hassán-Ben-Taher porque a su carácter nobiliario unía las mayores cualidades físicas, intelectuales y morales que cabe soñar; tanto, que se enamoró de él perdidamente la bellísima favorita del califa *Schem-Sel-Nihar,* en una de las frecuentes visitas que ella hacía a la tienda del droguero. No menos perdidamente se enamoró de la hermosa el noble joven.

Las entrevistas de los dos amantes se verificaban con el mayor sigilo en el palacio que para el exclusivo uso de su favorita había hecho construir el califa, y cuya magnificencia deslumbradora es ocioso el describir. Ben-Taher las protegía; pero temiendo que tarde o temprano acabarían por ser descubiertos, huyó de Bagdad a Balsora, no sin que un joyero

amigo siguiese prestando la misma o mayor protección a los amantes. Éstos, cuando no podían verse, se escribían las cartas más tiernas y apasionadas del mundo, que han quedado como modelo de las de su clase, y que aquí no habremos de reproducir, bastando a nuestro propósito el consignar que los amores del joven y de la favorita fueron descubiertos por el califa. Abul-Hassán-Ben-Becar apenas si tuvo tiempo de escapar de noche, a uña de caballo, en dirección a Balsora, no sin que en el camino. le sorprendiera una cuadrilla de malhechores que le despojaron de cuanto llevaba encima.

De allí a poco murió de amor el desventurado, en el mismo día en que moría también de igual muerte la apasionada Schem-Sel-Nihar. Asombrado y conmovido el califa ante pasión tan sublime, en lugar de encolerizarse, como cualquier hombre celoso y vulgar, mandó se alzase inmediatamente en el sitio más alto y hermoso de su corte un soberbio mausoleo, donde hizo enterrar juntos los cuerpos de los dos amantes, para perpetuo homenaje a los incoercibles fueros del amor…

Historia de la bella Zumurrud y de Alischar, hijo de la Gloria. –El joven Alischar era hermoso, fuerte y sabio, porque era hijo de sus obras y se había educado a sí mismo en la soledad, con arreglo al precepto del Instructor que dice: "¡Oh soledad bendita: tú enseñas al que te cultiva la fuerza que jamás se desvía y el arte supremo de no fiarse uno sino de sí mismo!"

Cierto día en el mercado de esclavas quedó prendado de las dotes que adivinó en la bella Zumurrud, comprándosela al mercader; pero ella, con dignidad de reina destronada, se dió trazas secretamente a que el joven no desembolsase dinero alguno por la compra, y, ya en su hogar entrambos jóvenes, rodeados de la felicidad mayor del mundo, ella se dedicaba a su tarea favorita, que era la de tejer unos velos maravillosos capaces de asombrar a cualquiera. En medio de esta dicha, un cristiano, Barssum, esclavo del perverso mago Rachideddín, bajo pretexto de hospitalidad, penetró en la casa, adormeció con opio a Alischar y le raptó a su adorada Zumurrud.

El joven creyó enloquecer ante tamaña desgracia, y después de haber buscado inútilmente a su esposa por todas partes, acudió a los buenos oficios de una vieja vendedora de bujerías, quien solemnemente se comprometió a mostrarle el sitio en que aquélla estaba confinada. A la noche siguiente ya estaba concertado el rapto de ella; pero Alischar, en el momento de la espera, y sin saber cómo, se quedó profundamente dormido, dando lugar a que Djiwan el Kurdo, uno de los cuarenta bandidos de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf, le despojase de su albornoz y de su manto, y poseedor de la contraseña convenida, le robase, a su vez, a

Zumurrud, llevándosela a su lejana cueva, donde la dejó al cuidado de la madre de él, una vieja arpía que la dió el peor trato del mundo.

Pero Zumurrud era la mujer de los heroicos recursos; tanto, que, bajo pretexto de despiojar a la asquerosa vieja, logró dormirla y, aprovechando su sueño, escapar a caballo disfrazada de hombre. Tras diez días de huída, cayó en una populosa ciudad, donde sus habitantes la eligieron por rey, con arreglo a la inveterada costumbre que tenían, a la muerte de cada soberano, de elegir por tal al primero que se presentase por sus puertas. Generoso y sabio, el fingido rey cuidaba muy mucho de dar en palacio grandes banquetes mensuales, donde concurría libremente lo más florido del reino y de los países circunvecinos. En uno de ellos reconoce al cristiano Barssum mientras comía arroz con leche. Le prende y, para mejor disimular, pide la arena y el cálamo de cobre adivinatorio con el que trazar las líneas geománticas del horóscopo de aquel sospechoso, haciéndole, mediante tal ficción, confesar paladinamente su delito. Igualmente, en banquetes sucesivos, reconoce y prende a Djiwan el Kurdo y al propio Rachideddín. Por último, entre los extranjeros que llegaban con frecuencia a la corte encuentra a Alischar, con el que, asombrando a todos los que conocían la historia de entrambos, retornó feliz a Bagdad…

Historia del joven amarillo. –Abul Hassán el Omani visita la casa del jeique Taher-Abul-Olla, después de ser curado con oro una terrible ictericia que le hacía ser conocido con el apodo de "el joven amarillo". El jeique en cuestión se dedicaba en Balsora a comerciar con el amor de jóvenes de distintos precios, y las tenía desde diez dinares hasta quince mil. El joven queda prendadísimo de Jamila, cierta hermosa persa que, por su porte, modales y sabiduría, se distinguía de todas las demás, como el planeta Venus se distingue de todas las demás estrellas. Por sólo hablar con ella una noche el joven entrega al codicioso jeique toda su fortuna, que consistía precisamente en quince mil dinares; pero Jamila, con sus artes mágicas, tras una noche de ensueño y de ideal amor, le provee de un saco de oro para que pueda pagar más y más veladas y volver. Así, en noches sucesivas, fue gastando hasta mil millares de dinares, que era lo que encerraba el saco, y al punto fue puesto en la calle sin piedad por el jeique, teniendo que ganarse el pan miserablemente en la ciudad. En esto se llegó a él un día cierto comerciante en joyas de Oriente, quien le dió un trozo de concha, del que nadie habría hecho caso si le hubiera visto en un basurero, pero que tenía grabados unos caracteres talismánicos de patas de hormiga que le daban, según el donante, inestimable valor. En efecto, así que le tuvo en casa fueron llegándole compradores que, de oferta en oferta, alcanzaron a ofrecerle hasta treinta mil dinares, sin que el joven accediese a venderle por menos de los mil millares de dinares que había gastado con su amada, como hemos visto.

Por último, de la remota India se le presentó al cabo de un año lujosa caravana regia que venía a comprarle a cualquier precio el trozo de concha, como único instrumento capaz de restituir la salud a cierta princesa, víctima de la posesión demoníaca, y a quien sólo podía curar él talismán aquel, hecho, siglos hacía, por el sapientísimo mago Saadafah de Babilonia.

No hay que decir, en fin, que con los mil millares de dinares que por la joya le diesen el joven volvió feliz a los brazos de Jamila, de la que ya no se separó jamás…

Historia de Sarta de Perlas. –Almotazid Bi'llah, decimosexto califa de la casa de Abbas, nieto de Al-Motawakkil, nieto de Harum-al-Raschild, se vió soberano de un imperio inmenso que llegaba desde el desierto de Scham hasta los confines del Maghreb, y desde las montañas del Khorassán y el mar occidental hasta los límites recónditos del Afghanistán y la India. Recorriendo una noche su capital, disfrazado, en unión de su visir y del jefe de los eunucos, tropiezan con un palacio suntuosísimo, del que no tenían ni noticias, y del que salía un torrente de armonías. Acercándose más, oyeron que los dos jóvenes cantaban y tocaban dulces endechas de amor, por lo que se decidieron a penetrar, siendo acogidos con grandísimas deferencias, a pesar de que ignoraban los dueños la calidad de sus visitadores.

El califa se quedó absorto ante las magnificencias que veía allí; ante la majestuosa distinción de sus dueños vestidos con túnicas de seda de Nischabur y rodeados de un jardín que era toda una locura de exuberante vegetación. Sólo cuatro flores, empero, se veían en el centro: una rosa purpúrea con pétalos que habrían bastado para hacer el manto de un rey; un tulipán antiguo de la ya extinguida especie del Iram de las Columnas, que se regaba con sangre de dragones y que parecía decir al mortal que la contemplase: "¡Yo, con mi perfume, embriago sin que me toquen los labios!; ¡yo quemo, pero no me consumo!" Asimismo un jacinto purísimo, padre de todos los lirios del mundo y que podía decir al cisne del Himalaya: "¡Soy más blanco que tú!" Por último, la cuarta flor era un clavel; globo incandescente, partícula del sol poniente, cual el que el rey de los genni diese al rey Soleimán para la cabeza Balkis. Al reflejarlos en sus líquidos cristales, el agua de la fuente se estremecía de emoción.

Ya en el banquete con que los dos jóvenes obsequiaron a sus visitantes, lbu Handún, uno de aquéllos, improvisa cierta canción bajo los efluvios del vino, y el califa, al oírla, monta en cólera advirtiendo que las ropas del joven llevaban la marca de su abuelo Al-Motawakki Ala'llah, pensando en algún robo hecho por éste en el palacio de sus venerandos antepasados. El joven, entonces, cuenta su historia y cómo, en su tienda de sedas, se enamoró de una mujer de ojos babilónicos, a quien sus doncellas llamaban "Abrasa-Corazones", historia de amor que no detallaremos aquí, pues se resume en que era nada menos que "Sarta de Perlas", la tañedora del laúd, una de las favoritas del califa y que, habiéndose visto sorprendida por este

último cuando tenía en su aposento al joven, le había encerrado en un cofre, y, por su maestría en la música; aquella misma noche pidió y obtuvo del califa la libertad, con más todos los muebles del aposento, en uno de los cuales estaba escondido el objeto de su amor…

Historia de la princesa Sett Donia con el príncipe Diadema, hijo de Soleimán Schah, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán. –Aziz, el visir de Ispahán, regresa de una embajada haciéndose lenguas de la princesa Donia, hija del rey de las Islas del Alcanfor y del Cristal, por lo que Diadema, el hijo de su señor, Solimán Schah, se enamora locamente de ella; pero Donia no quiere casarse con nadie, y hasta ha amenazado, si la obligan, a matar a su marido y matarse antes de que llegue ni siquiera a verla la cara. Para evitarlo, el príncipe Diadema se disfraza de mercader, siendo el asombro del zoco por su belleza, hasta el punto de que muchos, al verle, decían: "¡Es un arcángel escapado del Paraíso aprovechando un descuido del llavero Raduán!" El joven abre su tienda llena de riquezas y recibe la visita de la nodriza de Donia, quien pregunta el precio de las más ricas telas, que el joven se apresura a regalarle. Ella, entonces, le habla de la hermosura y demás dotes de su ama Sett Donia con lo que se alegran hasta los hígados del supuesto mercader, desarrollándose después un pasaje idéntico al consabido de la célebre novela española *La Celestina o tragicomedia de Calixto y Melibea* entre los dos jóvenes y la nodriza mediadora, pasaje que no hay para qué detallar.

Renunciamos a comentar estas historietas, variantes de Camaralzamán y de los "Velos de Isis", que se ven en ellas, para no hacer interminable el asunto.

CAPÍTULO XXII

El Libro de las religiones, o del jorobadito y los siete barberos

Los cuentos más singulares de *Las mil y una noches*.–Historia del jorobadito.–El comerciante cristiano, el proveedor musulmán, el médico judío y el sastre persa.–Los relatos del barbero.–Oficiosidades salvadoras.–Historia del barbero y de sus siete hermanos.–Los nombres de éstos en el texto de Mardrús.–Los siete charlatanes y sus respectivas historias.–El califa no pierde detalle alguno de ellas.–La molinera.–El degenerado.–El ciego y los ladrones.–El viejo falsificador.–El cuento de la lechera.

Los cuentos que van a ser materia del presente capítulo son los más singulares de *Las mil y una noches,* porque todos se desarrollan a base de siete "barberos" o "limpiadores de impurezas humanas", en los tres sentidos simbólicos, a saber: en lo físico, en lo intelectual y en lo moral, como ya viésemos en las *Aventuras de Abukir y de Abusir,* en el capítulo XII. Ellos son, por otra parte, una de las pruebas más concluyentes respecto de nuestro aserto fundamental de que, lejos de ser las historietas todas de la gran obra un absurdo tejido de patrañas y fantaseos, son un modo admirable de representar, bajo frívolas apariencias para despistar al profano, las más puras enseñanzas de la primitiva Religión-Sabiduría envueltas en el ropaje de la fábula y del mito. Por eso, por contener la clave para explicarnos el origen y el alcance ocultista de las creencias dogmáticas ulteriores de sacerdotes que de ellas hiciesen necromantemente un instrumento de explotación, hemos llamado a este tratadito "el Libro de las religiones", subtítulo que la misma lectura del simbólico argumento habrá de justificar.

Veamos, ante todo, el argumento mismo, tal y como se da unánimemente en los textos:

Historia del jorobadito.–Había antaño en Casgar, en los confines de la Gran Tartaria, cierto sastre feliz que, en vísperas de un banquete íntimo con su mujer, vió llegar a la puerta de su tienda a cierto gracioso jorobadito. El sastre dijo a su mujer:

–Este es un delicioso bufón, quien, con su pandereta, nos puede divertir mucho esta noche si le invitamos a cenar.

La mujer del sastre, al efecto, aportó abundantes manjares, y en la cena, en una de tantas bromas con el bufón, le llenó la boca de comida. Por desgracia, en el bocado iba una espina de pez que, atravesándose en la garganta del jorobadillo, acabó por ahogarle con gran espanto del festivo matrimonio. No sabiendo éste qué hacer, resolvieron fingir que aquél estaba

simplemente indispuesto, y le llevaron sigilosamente a la casa del vecino, que era un médico judío, quien, al salir a la llamada, con la natural precipitación derribó al supuesto enfermo escalera abajo y vió que le había muerto. Aterrado entonces el galeno, resolvió con su mujer echar el cadáver chimenea abajo de la casa del vecino, que era un proveedor musulmán, el cual, al sentir dentro de su casa a aquel hombre, creyéndole un ladrón que le iba a hurtar sus provisiones, le empezó a apalear hasta que le dejó por muerto. Reflexionando luego acerca del disparate que acababa de hacer, no se les ocurrió otra cosa a él y a su señora sino llevar el muerto junto a la puerta de su vecino, que era cristiano o nazareno. Este, en fin, al retornar al amanecer ebrio a su casa, no hizo sino agarrarse a brazo partido con el supuesto malhechor, hasta que a fuerza de golpes creyó que le había matado. En tal instante llegó la policía, y sorprendiendo *infraganti* al nazareno, bien pronto se dispuso a ahorcarle.

Pero como aquellos tiempos, por lo que se ve, eran de mucha mayor honradez que los presentes, sabedor el comerciante musulmán de aquello, se apresuró a narrar lo sucedido para que no padeciese por causa de él aquel inocente. Iba, pues, a ser ahorcado, por su propia confesión, el musulmán, cuando el médico judío, con igual honradez, se confesó único reo, y al irle la justicia a echar el dogal al cuello, hete aquí que se interpone el buen sastre y se declara único autor del crimen, refiriendo todo lo acaecido.

Aquello era ya demasiado, y se dió noticia de ello al sultán, el cual mandó suspender la ejecución, a pesar de que el jorobadito muerto era nada menos que su bufón, que se le había escapado aquella noche, y comparecer a todos ante su presencia. Tan singular le hubo de parecer el hecho que mandó a su cronista tomase nota puntual de él para consignarle en los Anales del reino.

–¿Habéis visto ni oído nunca cosa tan notable como ésta? –preguntó el sultán.

A lo que el comerciante cristiano, adelantándose reverente, replicó:

–Señor, yo puedo contar con vuestra venia otra mucho más interesante aún, y la contaré si vuestra majestad, en cambio, me absuelve de la pena que merecer pueda.

Otro tanto dijeron los otros tres reos, y previa la autorización del sultán, cada uno de ellos relató una de las respectivas historias siguientes:

Historia contada por el comerciante cristiano. –El comerciante cristiano dijo al sultán:

–Señor, yo soy capto de nacimiento y corredor de granos. Cierto día se llegó a mi tienda un distinguido joven ofreciéndome ajonjolí, que yo tasé a cien dracmas por medida grande, con lo que me gané diez dracmas en cada una. Como las medidas eran cincuenta, obtuve una venta de 5.500 dracmas de plata y una ganancia de 500. El joven dejó su dinero todo en mi

poder, durante largo tiempo, pero yo cuidé de hacérsele producir. No hay que decir que con tamaña confianza se estableció entre nosotros buena amistad. Una noche en que le había convidado a cenar, noté que comía con la mano izquierda, y a los postres, para darme satisfacción de semejante falta de etiqueta, me mostró ser manco de la mano derecha, añadiendo:

–Como presumo su curiosidad, quiero contarle mi peregrina historia.

Soy hijo de un riquísimo comerciante de Bagdad, y de muy joven llegué con mis telas al kan de Mesrur. Al principio me ofrecieron por ellas mucho menos de su valor, por lo que decidí distribuirlas entre los detallistas. Cierto lunes llegó a la tienda de uno de mis clientes, que se llamaba Bedreddin, una dama de alta distinción envuelta en tupido velo de seda azul, pero que me dejó encantado. Pedía una rica tela de oro tasada en mil cien dracmas de plata, que yo me apresuré a ofrecerle regalada en pago sólo de que me dejase ver su rostro, que prometía ser hermosísimo, como en efecto resultó serlo. Desde entonces me enamoré tan perdidamente de la dama que ya no vivía sino para ella. Ella, correspondiéndome, me citó para la casa de Abon Schamma, por sobrenombre Bercur, antiguo jefe de los emires y que vivía en la calle de la Devoción. Yo, tomando el viernes cincuenta monedas de oro, fuí recibido en un gran pabellón de la casa de mi amada, rodeado de un incomparable jardín lleno de aves, fuentes y demás bellezas, y en el que me recibió con muestras de la mayor consideración y amor, sentándome a su mesa y disfrutando con ella toda clase de placeres. La dejé luego bajo la almohada las cincuenta monedas de oro, y así repetí la visita muchas noches seguidas, hasta que me quedé sin dinero ni esperanzas de adquirirlo. Entonces, lleno de desesperación, salí de mi casa y caí en la tentación de aprovecharme de un descuido de cierto caballero, a quien hurté de su bolsa el oro que llevaba en ella. Descubierto, la justicia me hizo cortar la mano derecha. Después de todo esto yo no sabía cómo presentarme a mi dama, pero ella se informó bien pronto del suceso y me dijo:

–Sé que por mi amor has hecho todo esto. Pues bien, la pena que ello me causa me matará bien pronto, pero antes que tal suceda te quiero donar todos mis bienes. –Y diciendo esto me mostró un gran cofre donde había ido depositando intactas cuantas cantidades yo la diese. De allí a cinco semanas, en efecto, murió, y yo entré en posesión de todos sus bienes, que eran muy cuantiosos. Fué, sin embargo, tan grande la vergüenza que me produjese el hecho, que he decidido partir, regalándole a usted el dinero que en mi poder tiene e invitándole a que se establezca conmigo en mi patria, si lo desea, como así lo hice.

El sultán de Casgar se encolerizó contra el comerciante cristiano, diciéndole:

–¿Cómo te atreves a pensar que esa aventura de un joven disoluto sea más admirable que la de mi bufón? A bien que os haré ahorcar a los cuatro.

Pero, en esto, el proveedor musulmán se interpuso, y con la venia del sultán contó, a su vez, esta historia:

Historia contada por el proveedor del sultán: –Señor –dijo el proveedor musulmán–: en un banquete de bodas de mi pueblo había cierto convidado que ante un plato condimentado con ajo se resistía a comerle, diciendo:

–¡Si supiesen lo caro que el ajo me ha costado, no me invitarían a que le comiese!

Instado por el dueño de la casa a que lo comiera y después de haberse lavado cien veces por ello, mostró faltarle el dedo pulgar de entrambas manos y de entrambos pies, y explicó la causa de tamaña desgracia, diciendo:

–Hijo de uno de los más ricos comerciantes de Bagdad, una mañana llegó a mi tienda una dama tan hermosa que al punto me prendó. Venía buscando una tela costosísima de valor de cinco mil dracmas de plata, y le entregué la tela con tal aturdimiento que ni siquiera me acordé de cobrárselos ni de preguntarla dónde vivía. Pero vi con alegría al día siguiente que la dama volvía y me entregaba el dinero y tornaba a llevarse telas por valor de mil monedas de oro, sin pagarlos ni decirme nada ni darse a conocer, y sin volver entonces durante todo un mes, cosa que me puso al borde de la desesperación y de la ruina. Ya se iban a echar sobre mí los acreedores, cuando la vi llegar con más boato que nunca y pagarme escrupulosamente. Luego su eunuco me facilitó el medio de avistarme con ella, que resultó ser nada menos que la favorita de Zobeida, esposa del califa[128]. Para ello era preciso que me dejase encerrar en un cofre y ser así transportado ocultamente al palacio del sultán.

Excuso decir –continuó el comerciante– las angustias pasadas dentro del cofre, que estuvo a punto de ser abierto por la guardia palatina y por el propio sultán. Luego de varios días de dicha en el palacio, se dispuso todo lo necesario para el matrimonio mío con la favorita, y la noche de la boda nos sirvieron a la mesa, entre otros excelentes manjares, uno condimentado con ajo y semejante al que ahora me acaban de ofrecer. Él me supo tan bien, que apenas toqué a los demás manjares, pero sin duda no debí lavarme bien las manos después de haberlo comido, porque terminada la ceremonia, al ir a entrar en la cámara nupcial, mi esposa, en lugar de acogerme amorosamente, me rechazó enloquecida, y dando gritos espantosos atrajo así a sus damas y me hizo salir diciéndome:

–Sois un indecente y un grosero. ¡Yo no puedo sufrir junto a mí a un hombre que apesta a ajo!

Y uniendo el dicho al hecho, me hizo cortar los cuatro pulgares, dejándome como me veis.

–Esta historia –replicó el sultán al oírla al proveedor musulmán– es interesante, pero no tanto como la de mi jorobadito, así que no me resuelvo a perdonaros.

Entonces se adelantó el médico judío y dijo:

–Mejor encontraréis, sin duda, la que vaya referiros– y contó la historia siguiente:

Historia contada por el médico judío. –Una vez fuí llamado para asistir a cierto gallardo joven a quien faltaba la mano derecha. Extrañado de ello le supliqué que me informase del por qué de tal desgracia, y él me dijo:

–Doctor, mi aventura es extraordinaria. Sabed que soy natural de Mosul. Mi acaudalado padre era el mayor de diez hijos, pero no tenía más hijo que a mí. Recibí de él una educación esmeradísima y me propuso que para completarla viajase por el maravilloso país de Egipto. Me dirigí, en efecto, a él, pero me detuve en Damasco, donde cierto día, sentado a la puerta de mi casa, se llegó a mí una preciosa dama que deseaba comprarme algunas ricas telas y se quedó a cenar conmigo, ofreciéndome dinero con la amenaza de que, si no lo aceptaba, no la volvería a ver.

–Espéreme de aquí a tres días –dijo al despedirse amorosamente después de una noche feliz.

A la visita siguiente me dijo que tenía una amiga, mucho más hermosa que ella, y que me iba a someter a una prueba harto difícil.

En efecto, de allí a poco se presentó con otra dama. Como mi amada había previsto, al punto quedé loco de amor por la recién venida, sin estar en mis fuerzas el evitarlo; pero noté con espanto que al percatarse de ello la primera, experimentó tal acceso de celos que la vi morir en mis brazos. Cuando pude volver en mi de mi dolor ante aquella desgracia, de la que yo sólo era el culpable, advertí aterrado que la hermosísima recién venida había desaparecido.

–¿Qué haré? –me pregunté, y temiéndolo todo hice enterrar a mi amante en el suelo de mi casa, que cerré y sellé con mi propio sello, partiendo inmediatamente para Egipto. Llegué a El Cairo, donde me encontré con mis tíos, y permanecí allí tres años seguidos, al cabo de los cuales retorné a Damasco, encontrando mi casa en el mismo estado que la había dejado.

Ya en Damasco hice una vida tan disoluta que pronto hube de quedarme sin dinero, y decidí vender el collar de perlas regalo de mi pobre muerta. Esto fué la causa de mi desgracia. El collar era único en su género y le apreciaron en dos mil scherifes; pero el corredor, pretextando que las perlas eran falsas, no me ofreció más que cincuenta, con el fin, no de comprarle, sino de sondear si yo conocía el valor de la alhaja, y como aceptase su propuesta,

sospechó de mí y me hizo llevar ante la policía, quien me prendió inmediatamente, propinándome tal paliza que me hizo confesar contra la verdad, que había robado tal alhaja, y me mandó en castigo cortar la mano derecha. Cuál no sería mi sorpresa cuando se me dijo que, en efecto, el collar pertenecía nada menos que a la hija del caid de Damasco, desaparecida hacía ya tres años juntamente con la joya. Entonces tomé mi resolución y le conté al gobernador paladinamente el caso; cuando éste me oyó, después de ordenar fuese apaleado el corredor calumniador, exclamó a grandes voces:

–¡Gran Dios, vuestros decretos son inescrutables, y acepto resignado el golpe con que me herís!– y añadió:

–Hijo mío, yo soy el padre de las dos damas que acabas de citarme. La primera niña que tuvo la desvergüenza de ir en tu busca era la mayor de mis hijas. La había casado con un primo suyo en El Cairo, y cuando enviudó se entregó a todo género de liviandades aprendidas en Egipto. Antes que de Egipto volviese aquella arpía, su hermana menor, o sea la joven que ha muerto en tus brazos de un modo tan deplorable, era muy pundonorosa y jamás me había dado el menor disgusto; pero desde que trató con su hermana se había hecho tan encanallada y perversa como ella. Al día siguiente, como no la viese en la mesa, pregunté por ella a la hermana mayor, quien me dijo, sollozando, que nada sabía, sino que había salido de casa con sus mejores vestidos y su collar de perlas. Mandé buscarla al punto por todas partes, pero mis pesquisas fueron inútiles. La hija mayor, presa de remordimientos, sin duda, se negó a comer y murió de allí a pocos días. En fin, puesto que el morir es la natural condición de los mortales, no veo otro camino sino el de que tú y yo no nos separemos ya más, casándote con mi hija la más pequeña y que es un dechado de virtudes.

No hay que añadir que me apresuré a complacer al buen padre casándome al punto con su hija pequeña, recibiendo la dote de las tres.

–He aquí, pues, comendador de los creyentes –terminó el médico judío–, toda mi verídica historia, que espero resulte del agrado de vuestra majestad.

–Está bien –respondió el sultán–; pero como tu historia no es tan interesante como la de mi jorobado, no esperéis de mí el perdón.

Entonces se adelantó el sastre, y tomando resueltamente la palabra, refirió su respectiva historia como sigue:

Historia que contó el sastre. –Comendador de los creyentes –dijo el sastre con respeto–, una vez fuí convidado a un banquete en el que estábamos unos veinte comensales. Tan sólo esperábamos a nuestro anfitrión, que llegó acompañado de un elegante joven con el solo

defecto de ser cojo. Este joven, al irse a sentar en su puesto, reparó en un barbero, que era otro de los comensales, y dando un paso atrás, trató al punto de marcharse. El dueño de la casa le detuvo, extrañado de semejante acción.

—Señor –replicó el joven–, yo no puedo sentarme donde se siente este odioso rapabarbas, que tiene el alma aún más negra que su rostro.

Y como el anfitrión le preguntase la causa de tamaña repulsa, el joven añadió:

–Caballeros, este hombre maldito es el culpable de mi cojera, por lo que he jurado huir de todos los sitios en que él se encuentre. Sabed, en efecto, que mi padre era un alto dignatario de Bagdad, sin más hijo que yo, y quien disponía de una gran fortuna que disfruto honradamente. No había aun experimentado la menor pasión amorosa, cuando, sentado un día en un banco, dirigí la mirada a la casa frontera, donde vi una joven regando sus macetas, y que al punto me cegó de amor. En aquel momento vi también llegar a la puerta una gran comitiva, por lo que me di cuenta que la joven era nada menos que la hija del caid. La enfermedad hizo presa en mí, y los médicos desconfiaban de salvarme, hasta que llegó una anciana, quien, a solas conmigo, me dijo:

–Hijo mío, yo sospecho bien la causa de tu enfermedad, que no es sino mal de amores. Dime, pues, quién es la afortunada dama objeto de tus ansias,

Y cuando yo la confesé que era la propia hija del caid, añadió:

–La empresa es, en efecto, difícil; pero yo trataré de allanarla con mi ciencia y mi experiencia.

Y, dicho esto, se partió a visitar a la joven.

Para abreviar, les diré que la buena vieja empleó inútilmente cerca de la hermosa, uno por uno, todos sus muchos recursos suasorios, aunque en vano, porque ésta se mostraba más dura e insensible que una piedra. Yo me veía morir…

–Tú serás la causa de la muerte del más gallardo mancebo de la ciudad –acabó la vieja por decirla, viendo, con júbilo, que aquel corazón se ablandaba al fin.

En efecto, la vieja acabó por conseguir la ansiada cita que me dió la vida.

En la mañana de la cita, desde bien temprano, y ya milagrosamente restablecido, empecé los preparativos que son del caso e hice llamar a un barbero para que me arreglase. Mi esclavo me trajo al punto uno de los más acreditados, quien, no bien entró, me agobió de cumplimientos y reverencias, diciéndome, parlero:

– El señor no está bueno, sin duda, y yo deseo que le libre Alah de toda clase de males, tanto espirituales como corporales. ¿Quiere usted que le afeite o que le sangre?

–Tengo gran prisa, y sólo deseo que me afeite y corte el pelo prontamente –repliqué–. Me aguardan para un asunto de gran interés en punto del mediodía.

–Si es así, vaya proceder inmediatamente.

Y diciendo esto, el rapista sacó con la mayor parsimonia sus navajas del estuche y se puso lentamente a adobarlas. Luego suspendió la operación y salió por un astrolabio, para sacar –decía– "el horóscopo del momento", y volviendo solemnemente, me dijo:

–Señor, estoy segurísimo de que sentirá la mayor satisfacción en saber que hoy es viernes, diez y ocho de la luna de Safar, del año 556, después de la retirada de nuestro gran profeta de la Meca a Medina, y del año 7320 de la era del gran Iskender de los dos cuernos. Como, además, Mercurio y Marte están en conjunción, no podría usted hallar momento más propicio y favorable ni mejor hora para afeitarse. Pero, por otro lado, esta misma conjunción es de muy mal presagio para usted. Leo en ella que hoy corre usted gran riesgo, no ciertamente de perder la vida, sino de sufrir una gran incomodidad que le durará toda la vida. Usted, al saberlo, me quedaría, sin disputa, agradecidísimo por el aviso que con esto le doy para evitar esta desgracia, que sentiría en el alma no tratase de evitar por cuantos medios su buen talento le sugiera.

Yo estaba exasperado ya, al ver la terrible lentitud del rapabarbas, odioso y charlatán como ninguno, por lo que le dije:

–Desprecio con toda mi alma sus consejos y sus presagios. Yo no le he llamado como astrólogo, sino como barbero.

–Perfectamente, señor –replicó éste, sin inmutarse–. Pero tenga calma, que para todo llega la hora de Dios. ¿No es mejor que tener un simple desuellacaras el tropezar dichosamente con un barbero como yo, que es el mejor de todo Bagdad, y, además de ello, un sabio médico, un astrólogo incapaz de engañar ni de equivocarse; un químico sapientísimo; un perfecto gramático y consumado retórico; un matemático conocedor de todos los secretos del álgebra, la geometría, la astronomía y la música, y un historiador, en fin, que tiene al dedillo todas las historias de todos los reinos del Universo?… Filósofo, poeta y arquitecto, nada hay oculto para mí en la Naturaleza ni en el hombre; tanto, que su difunto abuelo, a quien rindo el tributo de mis lágrimas cada vez que me acuerdo de él, convencido de mis méritos universales, me citaba a la continua y me deputaba como el primer sabio del mundo en cuantas reuniones asistía. Yo, movido por estas y otras mil poderosas razones, le tomo a usted bajo mi

protección augusta, y pretendo alejar de su cabeza todas cuantas desgracias le anuncian hoy los astros.

Al oír tal sarta de jactancias, a pesar de mi irritación contra él no pude menos de soltar la carcajada, añadiendo:

–¿Cuándo va a acabar, desventurado de mí? ¿Habrá charlatán mayor que usted en todo lo descubierto de la Tierra?

–Señor, usted me injuria llamándome hablador –continuó imperturbablemente el barbero–. ¡Hablador, cuando todo el mundo me llama "el silencioso"! Es cierto que tengo otros seis hermanos, a quienes con justicia se los podría llamar habladores, y a fin de que usted los conozca le diré que el mayor se llama Bakbuk, el segundo Bakbarah, el tercero Bakhak, el cuarto Alcuz, el quinto Alnasehar y el sexto Schakabak.

Yo no podía ya más, y exasperado llamé a un criado, diciendo:

–¡Que le den tres monedas de oro a este hombre y que se vaya, pues no quiero afeitarme hoy!

–Señor –continuó fríamente el perverso–: Yo he sido llamado aquí para afeitarle, y le juro, por la fe musulmana que profeso, que de aquí no saldré vivo ni muerto sin cumplir decorosamente mi cometido. Si usted no sabe estimar mis méritos, yo no tengo la culpa. Su difunto abuelo me hacía más justicia. Es usted un pozo de ciencia inagotable, y nadie puede competir con usted en sabiduría –me decía–. Cierto día que estaba embelesado por uno de mis discursos, dijo a su mayordomo: "¡Que le den en seguida uno de mis mejores trajes y a más cien monedas de oro… !

El barbero siguió así, sin parar de hablar, por otra media hora.

–¡Por amor de Dios, acabe! –supliqué–. ¡Despácheme pronto, que tengo una cita urgente, como ya le he dicho!

Al oírme se echó a reír, añadiendo:

–Si nuestra mente se mantuviese tranquila y fuésemos constantemente prudentes y comedidos nos evitaríamos cien disgustos. Nada debe hacerse sin previo dictamen de gentes ilustradas, y en mí encontrará siempre el sensato consejo que necesite…

Me levanté despechado, dando una gran patada en el suelo.

–Señor; tiene usted un genio muy vivo, o acaso se halla enfermo. A buen seguro tiene algo que le urge, y si es así, no desprecie, le repito, mi mucha sabiduría. Ciertamente no haría mal

en consultar conmigo su negocio. Le iría mejor. Y diciendo esto, soltó de nuevo la navaja, empuñando el astrolabio.

Entonces tomé un heroico partido y le dije a mi tormento:

–Acabe usted, y le daré para el banquete que dice va a dar hoya sus amigos aves, cordero, vino, frutas y cuanto necesite… Yo también estoy invitado a otro banquete.

–Me hace usted bailar de gusto con su obsequio –dijo, aparentando gratitud–, y vea que soy como de los mejores bailarines del reino…

¡Y Se puso a bailar, soltando las navajas, mientras daban el primer toque ya para el mediodía!

Acabó, y acabé rápidamente de vestirme, pudiendo llegar mal apenas al filo de la cita; pero al llegar a la casa de mi amada vi, con espanto, que el inexorable barbero me seguía. Me deslicé al punto por la puerta de mi amada, entreabierta por la vieja. No bien había comenzado a hablar con aquélla, sentí que llegaba la escolta, y mirando afuera vi que el caíd venía, y vi al barbero que permanecía impertérrito en la acera de enfrente. El caid ordenó dar de palos a uno de sus esclavos, a cuyos gritos se alborotó la calle toda, y el barbero empezó a darlos aún mayores, diciendo:

–¡Que matan a mi amo y señor!

Al punto mandó llamar a mis criados, que vinieron armados con palos y golpearon con indecible furia las puertas de la casa del caid, quien no acertaba a explicarse la causa de todo aquello ni menos las palabras del barbero, que le decía patéticamente:

–No me engaña usted con su aspecto venerable y sé bien lo que me digo. Su hija de usted, enamorada de nuestro amo, le ha citado para que aquí venga durante la oración del mediodía, usted lo ha sabido y le ha mandado apalear…

El caid, por toda respuesta, franqueó la casa a los asaltantes, y aunque yo me había escondido en un arcón, el pícaro oficioso me descubrió en mi escondite y cargó conmigo y con el cofre, y ya en la calle, escapé de éste con tal precipitación que me torcí una pierna, quedando cojo, como veis, para toda mi vida, pero sin lograr por eso que el barbero me siguiese, hasta que me hurté a sus pesquisas metiéndome de rondón en una conserjería, de donde secretamente, después de ordenar la venta de todos mis bienes, salí para establecerme aquí, para tener la desdicha de ver ahora que no he logrado nada, pues que el terrible barbero está también aquí…

Tras estas palabras se despidió el joven, y el barbero entonces, dirigiéndose a los comensales, les dijo:

–Espero de ustedes, señores, que a pesar de ser cierto punto por punto el relato hecho por el joven que acaba de dejarnos, no me juzgarán sin antes oírme… ¡He aquí lo que se gana con servir a gentes desagradecidas! Si no, oíd mi historia. De mis siete hermanos yo soy el más callado y el de mayor talento, como vais a ver.

Historia del barbero. –Señores –continuó diciendo el barbero a sus compañeros de banquete–, bajo el reinado del califa Monstanser Billad, diez salteadores merodeaban, en la campiña de Bagdad, hasta que los diez cayeron en manos de la justicia en el mismo día, resultando ser diez jóvenes muy elegantemente vestidos que venían en una barca por el Tigris y a los que yo me había incorporado creyéndolos gentes de bien. Me ataron como a los demás y me condujeron sin la menor protesta por mi parte. ¿De qué me habría servido, en efecto, el hablar ni el hacer la menor resistencia?

Como el verdugo había recibido orden de cortar las cabezas a los diez salteadores, los puso en fila y los fué decapitando uno por uno. Cuando llegó a mí se detuvo, viendo lo cual el califa le increpó:

–¿No te ordené que decapitases a los diez ladrones? ¿Por qué, pues, dejas vivo al décimo?

–Señor –replicó el ejecutor–: he aquí las diez cabezas separadas de sus diez cuerpos.

El califa vió que era así, y como advirtiese que yo no tenía cara de malhechor me preguntó el por qué iba en compañía de tales miserables. Yo entonces le conté la verdad del caso. El califa soltó la risa, y, contra el parecer del cojo a quien acabáis de oír, me deputó en justicia como el hombre más discreto y silencioso del mundo… Yo hago profesión y voto de silencio, y por eso, para diferenciarme de mis otros seis hermanos, me llaman el callado.

El califa me obligó entonces a que le narrase las historias de mis otros seis hermanos, y yo le relaté las seis historias siguientes:

Historia del primer hermano del barbero[129]. –Señor, mi hermano mayor era sastre y se llamaba Bakbuk el jorobado. Cuando acabó su aprendizaje alquiló una tienda frente a un molino y comenzó a vivir penosamente de su trabajo. Un día su mirada se cruzó con la de la molinera y quedó estúpidamente enamorado de ella. Ésta, así que se dió cuenta de la ceguera de mi hermano, la faltó tiempo para enviarle una tela para que le hiciese un costoso vestido, que mi hermano, por congraciarse con ella, no le quiso cobrar. El abuso continuó más y más, pues pronto recibió otros encargos semejantes, no sólo de ella, sino de su marido, tales como camisas, calzoncillos, etc., resistiéndose siempre a cobrar nada, aunque, por no poderse

emplear en otros trabajos remuneradores, el pobre tonto se moría de hambre. Por fin, cierta noche, el matrimonio, fingiéndose agradecido a tan impropias generosidades, le convidó a cenar, dándole de comer muy malamente y acabando el marido por exigirle que se dejase enganchar a la molineta en lugar de su mula, que se había puesto enferma, cosa a la que el tonto enamorado accedió tan neciamente que se dejó atar, recibiendo del molinero, una vez que le vió así asegurado y que había tirado del aparato toda la noche, la mayor paliza que puede recibir ningún imbécil en el mundo.

No hay que decir –terminó el narrador– que no le quedaron a mi hermano con aquello ganas de meterse en aventuras de tan funestos resultados como la de la pícara molinera.

Historia del segundo hermano del barbero. –Paseando una vez mi hermano Bakbarah, *el mellado* –continuó el barbero–, se le acercó una vieja diciéndole que, si era hombre reservado y prudente como parecía, viniese a cenar con la dama, su señora, aquella noche, en su palacio. Bakbarah aceptó entusiasmado la propuesta y fue recibido en un suntuoso palacio, donde la dueña hizo servir para los dos una espléndida cena, sin advertir en su ceguera las burlas e indirectas de que era objeto por parte de las doncellas, por su talante y por las mellas de su boca. La dama, con el mayor cariño aparente, le daba de vez en cuando bofetoncitos, algunos que le llegaron ya a doler; pero mi hermano no se mostró ofendido, permitiendo con la mayor bobera que le lavase y perfumase como a un gran señor.

–Haz lo que sabes –ordenó la dama a una de sus pícaras doncellas–, y cuando hayas concluido, vuélvemele a traer.

LIevósele, en efecto, la doncella y, en medio de las prevenciones de la vieja para que en nada se opusiese a las exigencias de la señora, que era decía, un tanto rara, se dejó afeitar barba, bigote y cejas; vestirse con enaguas de mujer y, en una palabra, ponerse en la tesitura más ridícula de mundo.

No paró aquí la broma, sino que, una vez así, las pícaras bromistas se dieron trazas a dejarle bonitamente en la calle con aquella facha y aquellas vestiduras, recibiendo, además; una formidable paliza de los curtidores del barrio, que le pasearon después en un asno, tal como estaba, por todas las calles de la ciudad. El caid, además, le expulsó, ordenándole no volviese jamás a ella bajo pena de muerte.

Historia del tercer hermano del barbero. –Señor –continuó el barbero–, mi tercer hermano, llamado Bakbak, iba de puerta en puerta pidiendo limosna, pues era ciego, aunque no precisaba lazarillo por lo bien que conocía la población. Como tuviese, para más obligar a que le diesen algo, la mala costumbre, cuando llamaba a las puertas, de no contestar hasta que a

ella bajaba el dueño, cierto día se encontró con la horma de su zapato, como vulgarmente se dice, porque al llamar a la puerta de un individuo y hacerle bajar, éste se vengó de él y de la molestia causada haciéndole subir como si le fuese a sentar a su mesa, y una vez allí dejándole a su desventura, después de decirle "que perdonase por Dios, que otra vez sería".

Al bajar el ciego así, rodando por la escalera y quejándose de la aventura, se encontró con otros dos ciegos, compañeros suyos de industria y de vivienda, a quienes les dijo, creyendo que el dueño no le escuchaba:

–Con hombres como éste pronto tendríamos que agotar nuestro tesoro. Vamos a casa a cenar y a repartírnosle, que demasiado tiempo he sido ya el depositario.

Conviene advertir que el hombre en cuestión era un ladrón redomado, quien no quiso desperdiciar la ocasión que se le presentaba y se metió sigilosamente tras los ciegos en la casa de ellos.

–Compañeros –dijo Bakbak, así que los tres se creyeron solos en su zaquizamí–. Cerremos bien la puerta y tengamos cuidado no se nos haya metido algún extraño con mal propósito. –Y se pusieron a recorrer todo el suelo con sus palos, sin que tropezasen en las piernas del ladrón, que había tenido buen cuidado de colgarse de las llaves del hogar mientras el reconocimiento.

Entonces Bakbak apartó de un escondite diez taleguitos, cada uno con mil dracmas de plata, que se pusieron a contar los tres ciegos con más esmero que si vista tuviesen. Luego, considerando que sería mejor continuar como hasta entonces, volvieron a guardarlos, tomando sólo diez dracmas cada uno y poniéndose a cenar. El ladrón, que también se sentía con apetito, comía a la par que ellos sin hacer el menor ruido; pero, a pesar de eso, Bakbak le oyó masticar y, echándole mano como con tenazas, comenzó a gritar y a pedir auxilio. Al ruido acudieron los vecinos, y luego la justicia, que se los llevó presos a todos. El ladrón, viéndose perdido, se fingió ciego también y dijo ya ante el juez:

–Señor, somos cuatro criminales; pero como nos hemos juramentado para no confesar nada sino mediante castigo, pónganos en tormento y mándenos dar cien palos, empezando por mí.

Además el pícaro tuvo la astucia y el aguante de resistir hasta quince o veinte palos, al cabo de los cuales abrió los ojos demandando clemencia, con lo que no hay que decir que el juez, que le creía ciego, quedó asombrado y, como le pidiese explicación a cambio de clemencia de lo que parecía un milagro, el ladrón dijo:

–Señor: Os confieso que yo, lo mismo que mis otros tres camaradas, vemos perfectamente, y si nos fingimos ciegos es por holgazanería y por poder penetrar más fácilmente en las casas.

Con semejantes artificios hemos llegado a reunir hasta diez mil dracmas de plata, que teníamos escondidos y de los cuales éstos se negaban a darme su parte.

¡Cuál no sería entonces la situación de los ciegos recibiendo palos y más palos sin por eso abrir los ojos como el otro pillete!

Por fin los verdugos les dejaron por lástima, y el juez se contentó con desterrarlos de la ciudad y confiscándolos su parte del dinero, no sin antes dar al ladrón las dos mil quinientas monedas que decía corresponderle. Yo me limité a recoger en secreto a mi hermano, no atreviéndome a decir nada por temor a males mayores.

Historia del cuarto hermano del barbero. –Señor, mi cuarto hermano se llamaba Alcuz y tenía una gran tablajería, a la que dió en venir para comprar carne un viejo, quien siempre le daba unas monedas tan flamantes que mi hermano las fué conservando todas. Cuál no sería un día su sorpresa al ver que las tales monedas no eran sino pedazos recortados de hoja de lata, que el viejo, con artes de mala magia, le había hecho tomar por moneda recién acuñada.

Alcuz denunció el hecho a la justicia; pero el malvado, a más de negarla, le acusó, a su vez, de que vendía carne humana, como pareció comprobarlo, haciendo con su funesto poder que a los ojos de todos pareciese un cuerpo humano el carnero que Alcuz acababa de degollar. El juez, indignado, le mandó dar quinientos palos y expulsarle del reino. Además, en tales andanzas, quedó tuerto.

El infeliz, desesperado al ver que sus pecados, sin duda, eran los que le habían puesto en trances tan injustos como dolorosos, se resignó con su negra suerte; pero, como ya recelaba, y con razón, de todo y de todos, otro día que se vió cerca de un motín no encontró mejor partido que el de refugiarse tras la primera puerta que halló entreabierta. ¡Nueva desgracia para el infeliz, porque allí le recibieron del modo más hostil, deputándole por un ladrón, y como, además, las cicatrices de la anterior paliza abonaban poco en su favor, hete aquí que el buen Alcuz se vió tratado como la vez anterior, sin que nadie se pusiese en favor suyo. Sólo yo pude socorrerle secretamente como Dios me dió a entender con mis cortos haberes.

Historia del quinto hermano del barbero. –Mi quinto hermano, Alnaschar, era el hombre más ocioso del mundo. Cuando recibió la corta herencia de nuestros padres la empleó toda en comprar una gran canasta de loza y cristal para revenderla. Como todo perezoso es iluso, una tarde se entretenía en hacer castillos en el aire diciendo:

–En la venta de esta mercancía doblaré su valor y compraré otros tantos más, que de nuevo doblaré con la reventa, y así, de progreso en progreso, pronto me veré rico; me haré joyero, las mujeres se prendarán de mí; me casaré con quien quiera, haciendo de mi mujer una

esclava que me sirva sin dilación, aunque yo la trataré así, a patadas. –Y diciendo esto dió con el pie impensadamente sobre la canasta, derribándola y rompiéndose casi todo el contenido. Un sastre que estaba viéndole y oyéndole le dijo, tras una carcajada, mientras mi hermano echaba a llorar:

–¡Cuán malo eres en tratar así a una mujer que te idolatra!

En esto pasó por allí una gran señora seguida de lucido cortejo, que, al saber la causa de su desgracia, se compadeció de él y ordenó se le diese una fuerte suma y le invitó a seguirla, cosa que no vaciló un punto el desdichado. Pero no bien entraron ambos en el suntuoso palacio de aquélla se presentó un negrazo terrible, su amante, quien, sin más dilación, la emprendió a sablazos con el triste, hasta dejarle por muerto.

Introducido así Alnaschar en una tumba, de allí a un rato volvió de su desmayo y se dió trazas a escapar por un agujero que tenía el sarcófago y tras mil amarguras, pudo volver a mi lado, ansioso de venganza. En efecto, de allí a varios meses volvió a ver a la dama, se introdujo en su palacio y logró cortar la cabeza al negrazo y a la esclava de la dama que había servido de intermediaria para sus fingidos amores. Entonces, esta última señora se echó a sus pies pidiendo clemencia y contando la historia entera de sus desventuras, a saber: que era de noble alcurnia, que había sido llevada engañada a aquel palacio y tiranizada por el negro, cuyas fabulosas riquezas allí acumuladas, una vez muerto el negro, quedaban por suyas.

Fue, en efecto, al otro día; pero se le adelantó la perversa, y cuando llegó para apoderarse del tesoro, éste y la dama habían desaparecido… Para mayor desgracia, la justicia le sorprendió en la faena de desvalijar el palacio, y sin más averiguaciones, le condenó a ser apaleado y expatriado. En el camino, en fin, cayó en manos de una cuadrilla de malhechores que le despojaron hasta de sus vestidos.

Las historias del sexto y séptimo hermanos del barbero y el final de la del jorobadito se darán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIII

Termina el Libro de los barberos y comienza y termina el de los apólogos

El mendigo Schacabac en el palacio del Baramecida.–La cena de las burlas.–¡Todo lo allana la virtud de la paciencia!–Hondísimo significado de esta historieta simbólica.–Final de la fábula del jorobadito.–El "hombre silencioso" saca la espina de la garganta del jorobado, restituyéndole la vida.–Comentarios generales al libro de los siete barberos.–El apólogo en *Las mil y una noches*.–La oca y los pavos reales.–El alción y la tortuga.–Los tres amigos.–El cuervo y el gato de Algalia.–La astucia de un visir.–Las babuchas fatídicas.–El cadi y el "buche" o jumentillo.–Ojeada general sobre el apólogo.

Hemos dejado para este capítulo los dos momentos más culminantes de la "Historia del jorobadito" por merecernos especial consideración. Entrambos tienen un sello particular que les hace destacarse con genial relieve. En el primero, o séase la famosa "Cena de las burlas", el barbero dice así:

Historia del sexto hermano del barbero. –Schacabac, mi sexto hermano, el de los labios partidos, había venido tan a menos que se vió reducido a pedir limosna de puerta en puerta. Una vez llegó así hasta el real palacio del Baramecida, quien dió orden de que le subiesen a sus propias habitaciones. Ya en ellas, el ilustre prócer le preguntó por la desgracia que le aquejaba. He aquí el relato, según el que mi hermano me hizo:

–¡Soy pobre, señor, y tengo mucha hambre, pues que desde anteayer no me he llevado nada a la boca! –le dije.

–¿Es posible que tal suceda en mi reino? –exclamó Baramecida con grandes demostraciones de asombro–. ¿Cabe que nadie en él se muera de hambre?

Y cuando yo esperaba que diese la orden de que me trajeran algo para comer, vi con espanto que decía simplemente:

–¡A ver, que le traigan en seguida a este hambriento agua y jabón para que se lave las manos!… –Y sin que nadie viniese ni trajese nada, le vi hacer todos los movimientos como del que se lava las manos antes de la comida. El caso peregrino aquel no dejaba de extrañarme.

–Y mi extrañeza subió de punto –continuó diciendo Schacabac– cuando le oyó ordenar que trajese la comida para él y para aquel buen hombre, y se puso a comer con muestras del mejor apetito, pero sin que yo viese mesa, platos, manjares ni otra cosa alguna.

–Coma usted, huésped querido, y obre con igual libertad que en su casa. Me parece que, para estar tan hambriento, come demasiado poco.

Yo, aunque temía fuese todo aquello una mera burla de las que acostumbraban a tener los grandes con los menesterosos, temiendo irritarle y que me fuese peor, seguí la broma aparentando que comía y bebía también con la mayor de las complacencias.

–¿Qué dice usted del pan? Es excelente. ¿Qué le parece este segundo vino? ¿Por qué no se sirve usted más de este exquisito pollo? –continuaba diciendo naturalísimamente Baramecida, como si realmente nos estuviésemos hartando con el mejor de los banquetes.

Pero si él hacía bien su papel, no menos bien seguía yo haciendo el mío. Así comieron sin comer platos y más platos, a cual más delicados, según las ponderaciones de Baramecida, platos, ora de sollo, ora de ganso, ora de ensalada y de carnero, que yo aparentaba engullir con el mayor deleite, como las frutas, dulces y pasteles de mil clases que vinieron *sin venir* después. Con los vinos y licores pasó otro tanto. Yo pasaba ya por el harto y el borracho sin haber probado, en verdad, el bocado más mínimo. Aquello llegaba, pues, a los límites del sacrificio y de la farsa más absurda, tanto que, como si ya, en efecto, estuviese borracho, hasta me atreví a dar un gran empellón al Baramecida, quien me dijo bondadoso:

–¡Ya hacía mucho tiempo que buscaba, sin encontrarle, a un hombre de buen humor! No tan sólo le perdono, pues, el golpe que me ha dado, sino que en adelante quiero no se separe de mí, y que este palacio sea como si fuese suyo. Así, pues, ahora, de las burlas pasaremos a las veras.

Y al decir esto llamó a sus criados y les hizo servimos un banquete efectivo tan regio o más como el anterior de las burlas.

Después de todo aquello, Schacabac quedó como favorito del Baramecida durante los veinte años más que éste viviera; mas, por desgracia, al morir sin herederos este gran príncipe, el sultán le confiscó todos los bienes, y el pobre favorito tornó a quedar en la mayor miseria, por lo que se agregó a una caravana que iba a la Meca y que fué atacada por un pelotón de beduinos, quienes le despojaron de todo, haciéndole, además, su esclavo, después de haberle partido con un cuchillo los labios. Más tarde, celoso de que fuese el amante de su mujer, a quien tiranizaba, le dió de palos, abandonándole a su desgracia en la cumbre de una montaña, donde pude encontrarle y traerle conmigo, salvándole de una muerte cierta…

–He aquí, pues, señores míos, lo que referí al califa Mostanser Billah –terminó diciendo el barbero a sus compañeros de banquete–. Ya verán con ello cuán justamente merezco el epíteto de "el silencioso o el callado", pese a las necedades que el joven cojo ha ensartado contra mí.

No éramos nosotros de semejante opinión tampoco; pero, como tanto nos había entretenido el pícaro con sus relatos, consentimos de buen grado el que nos acompañase en el banquete.

–Al regreso de dicho banquete, Comendador de los creyentes –continuó diciendo el sastre–, fué cuando se nos presentó el jorobadito, bufón de vuestra majestad, a quien convidamos a cenar mi mujer y yo, ocurriendo la desgracia de que éste se atragantase con la espina de pescado y diese lugar con su muerte a la que ahora se cierne, señor, sobre nuestras cabezas, a menos que, como yo os suplico, si es que mi relato ha hallado gracia a tus ojos, nos perdonéis, indulgente, la vida…

* * *

La precedente "Cena de las burlas" es todo un símbolo de nuestra vida sobre la Tierra. ¡Qué de ilusiones, en efecto, no nos forjamos en ella, ilusiones que la realidad impía se encarga de deshojar una a una, al tenor del célebre dicho de Espronceda:

Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son:
las ilusiones perdidas
son hojas, ¡ay!, desprendidas
del árbol del corazón.

Diríase que, en la proyectiva "enedimensional" de los mundos, aqueste nuestro mundo físico o de "tercera dimensión" es la proyección, la sombra, la "maya ilusoria" de realidades superliminales que en nuestro aún vacilante lenguaje llamamos de "cuarta y ulteriores dimensiones".

Por eso, cuando durante esta vida física buscamos las realidades superiores del espíritu, éstas se nos escapan como sombras, a la manera de como la mariposa sutil, volando en el espacio "tridimensional", se escapa del plano "bidimensional" del reptil que pretende atraparla, y ésta cruel "cena de las burlas" en que caminamos, sin andar, comemos, sin comer, y asimos ilusoriamente lo inasequible, lleva a muchos al escepticismo, y a no pocos a la locura o el suicidio, precisamente por no tener la fe y la paciencia del mísero "Shaca-bad" el barbero, de seguir impávido y optimista el desarrollo de la comedia del Baramerida que, como todas las de su clase, acaba siendo de veras. ¿Qué es ciertamente un fracaso bien explotado

sino la antecámara de un triunfo? ¿Qué es la triste "siembra" de esta vida, sino la futura cosecha de la Humanidad, cosecha en la que si de cada diez semillas perecen nueve, esta que queda, da luego ciento por uno?…

Pero faltaba algo ostensible y resonante a esta historieta de "El silencioso pordiosero", y este algo nos le da el siguiente

Final de la historia del jorobadito. –No puedo menos de convenir –dijo entonces el sultán de Casgar– en que la historia del joven cojo con su barbero, y las de los seis hermanos de éste, nos han admirado a todos tanto como la de mi bufón; pero antes de perdonaras a los cuatro, en gracia de ello y de hacer enterrar el cadáver del jorobadito, desearía conocer a ese barbero que motiva mi clemencia. ¡Traédmele, pues, que está en mi capital!

De allí a poco rato el sultán se vió complacido, siéndole traído a su presencia un hombre como de unos noventa años, con la barba y las cejas más blancas que la misma nieve, las orejas muy grandes y la mirada vivísima.

–¡Hombre silencioso! –le dijo festivamente el sultán, al verle–, puesto que dicen las gentes que cuenta usted tan maravillosas historias, ¿no podríais contarnos ahora alguna?

–Señor –replicó respetuosamente el anciano barbero–. Dejando a un lado, si gusta, cuantas historias pudiese ahora contarle, lo que sí suplico es que se me permita preguntar qué es lo que hacen aquí este cristiano, este judío, este musulmán, este sastre y este jorobadito tendido en el suelo.

–¿Qué le importa a usted? –opuso benévolamente el sultán.

–Mucho me importa, señor, a fin de que se convenza que no soy el charlatán que por ahí dicen las gentes– contestó el barbero.

Y luego de informado el viejo de la extraña historia, se puso a reconocer al jorobado y se echó a reír diciendo:

–¡Cuán cierto es aquello de que nadie se muere sin causa! –añadiendo: –Si hay en el mundo alguna historia digna de ser escrita en letras de oro, lo es esta del jorobadito, quien no está muerto, como se ha creído.

Y diciendo esto sacó del seno una redomita, con cuyo líquido frotó la garganta y las sienes del desdichado. Luego, con unas pinzas le sacó de la garganta la espina enseñándosela a los circunstantes, con lo que al punto empezó a dar señales de vida el jorobado, que de allí a pocas horas ya estaba alegrando de nuevo al sultán con sus bufonadas.

Este último, asombrado del caso, le mandó escribir en letras de oro en los Anales del Reino, para enseñanza y ejemplo de las naciones venideras.

* * *

Y en letras de oro, en efecto, debería estar escrito este momento final de la gran historia del bufón jorobadito, porque entraña todo el simbolismo de las religiones, quienes, creyendo muerto por "la espina del Pez" (o el *Ictius* cristiano) a jiboso, jorobadito *(jiba, Ajib* o *Bija* es la Religión-Sabiduría Primitiva), al tenor de la significación que a esta última palabra asignan las enseñanzas de Oriente[130], se ven, gracias al "sabio silencioso", con la sorpresa de que, cual la hija de Jairo resucitada por Jesús, "no está muerto, sino simplemente dormido".

Es decir, que *Bija,* el jorobadito, pareció muerto primero a manos de gentes parsis o hindúes ("sasthras", que no "sastres"), las cuales, aterrorizadas, echaron el muerto a gentes judías, éstas a gentes cristianas y éstas, en fin, a gentes árabes, porque es achaque general de todas las religiones positivas, desde el jainismo, el hinduismo y el parsismo antiguos hasta el judaísmo, cristianismo y mahometismo posteriores, "echar el muerto" al vecino, o sea descargar sobre él su crimen de haber muerto o "velado" y "re-velado" a aquella Enseñanza Primieval teosófica, mediante recíprocas excomuniones inútiles, hasta que llega, al fin, un gran Maestro-Barbero o Purificador y Terapeuta mágico, el cual, extrayendo la espina atravesada desde tiempo inmemorial en la "garganta de Bija", le restituye su vida y esplendores primitivos…

¿Que tal interpretación resulta algo violenta? No lo creemos así; pero sobre ello no podemos detenemos más, dejando a la intuición ocultista del lector el que juzgue por sí mismo.

Sólo nos queda, sí, pues que esto es en sí un verdadero apólogo, el ocupamos de

El apólogo en "Las mil y una noches"

No cumpliríamos debidamente, en efecto, con la misión que nos hemos trazado en el presente libro si, al terminarle, dejásemos de consagrar un capítulo a la parte notabilísima que el apólogo, al tenor de su genuino carácter griego, juega en *Las mil y una noches.*

Ya en diversos pasajes anteriores hemos visto aparecer al apólogo en toda su pureza simbólica y educadora, tales como en los relativos a las fábulas de "El caballo, el buey y el labrador"[131], de la página 24 y en "El rey griego y el médico Durbán", "El marido y el papagayo", "El halcón del rey Sindabad", "El visir castigado", etc., de las notas a las páginas 53 a la 57. Pero todos ellos son meros pasajes sueltos e incidentales, sin formar cuerpo, por sí solos, como se forman ya en el admirable texto de Mardrús, bajo diversos títulos troncales,

tales como “El diván de gentes alegres y desocupadas”, “Algunas tonterías del maestro de las risas y de las divisas”, “La escuela de los fáciles donaires”, “El jardín perfumado” y otros semejantes que por sí solos patentizan su relativa modernidad y su frívola índole, análoga ya a las literaturas picarescas de todas las lenguas en su decadencia.

Además, algunos de estos apólogos, los que tienen precisamente sabor más arcaico –no ocultan en su modernismo su raigambre lejana en las grandes obras gemelas de las de *Las mil y una noches,* tales como el “Hitopadesa” y las fábulas de Bidpai, de las que hablamos en las páginas 27 y 113 respectivamente, y esto es debido, sin duda, a que las sucesivas refundiciones sufridas por aquel texto a lo largo de los siglos y de sus renacimientos sucesivos, no pudieron menos de arrastrar consigo muchos elementos dispersos aquí y allá con cargo a estotros libros, máxime cuando la trascendencia de alguno de estos apólogos, tales como el de “El caballo, el buey y el labrador”, eran transparentes proclamas de la eterna y humana rebeldía, que hicieran, dijimos, con cargo al Barón Silvestre de Sacy, que cierto poderoso monarca hindú –el poderoso Abkkar, de quien habla la Introducción a *La Doctrina Secreta,* de H. P. B.– echase el resto de su poder y de sus tesoros para que las Fábulas de Bidpai desapareciesen de la India, donde eran conservadas secularmente con religiosa veneración.

Veamos, pues, a la ligera algunos de dichos cuentos o apólogos, base probable de los de Esopo y Fedro, como éstos a su vez lo fuesen, literalmente a veces, de los del Lafontaine, francés, el Samaniego, español, el Andersen, inglés, el Schmid, alemán, etc.

La oca y los pavos reales.

Este cuento es el elogio de la soberanía mental del hombre sobre todos los animales, para bien como para mal, y dice así:

La gallarda oca, admiración de pavos y de gansos, llega desolada a una isla huyendo de que se cumpla el terrible sueño que ha tenido tres noches seguidas, relativo a que los hombres, o sea los terribles hijos de Adán, la cogían, la desplumaban, la asaban y se la comían. Los pavos de aquella remota isla, nunca hallada por éstos, la reciben amistosamente; pero la dicen que ni aun allí se verá libre de las asechanzas de “los animales racionales de dos pies”. Viene también el leopardo rojo, víctima de otros ensueños análogos y corrobora el dicho de los pavos añadiendo que los Ibn-Adán poseen tan invencible astucia y perfidia que tienen artificios para adueñarse de todos los animales, pues que con luces y redes engañan a los habitantes de las aguas; con halagos y castigos han domesticado al perro y al caballo; con el

perro y el caballo se han enseñoreado del elefante, del toro y del lobo; con las flechas han dominado al águila, y con la invención del fuego, en fin, son señores absolutos de la vida y de la muerte de todos los animales. Llegan, en fin, el jumento, el camello y el toro contando análogos terrores. Sólo el león se ríe, fiado en sus terribles fuerzas diciendo: "¿Cómo un ser que no tiene mi piel, ni mis dientes, ni mis garras, ni mi valor, ni mi agilidad, ni mi vista penetrante, va a dominarme a mí?", y desiste de ir a la isla, para en el mundo humano desafiar cara a cara al despreciable hombre.

En el camino, el león ve venir a lo lejos a un extraño mono, viejo y de arrugada piel, con ocho grandes tablas y un canasto de herramientas extrañas sobre la cabeza. "¿Dónde vas, hermano mono?" –le dice el fiero león–. "Voy a construir en seguida una fuerte guarida al visir-leopardo, para defenderle contra las asechanzas de "Ibn-Adán" –le contestó el viejo mono–. "¡Pues constrúyeme otra a mí!" –replicó el león, y como el supuesto mono hiciese ademán de negárselo, le dió un amistoso toque con su garra que le hizo rodar maltrecho y aterrorizado, mientras el león, seguro de su fuerza, se le rió con soberbio desprecio.

El supuesto mono, humilde y sumiso ante el rey de las selvas, tomó reverente a éste las medidas de su cuerpo, y construyó un cajón al punto, invitándole respetuosamente a entrar en él, dejando fuera la cola, que el vejete enrolló, y tapando con cuidado la abertura, prendió fuego al cajón…

Esto contó el leopardo a los atribulados animales, añadiendo sentencioso: "¡Tú, oca, queriendo librarte del Destino, no haces sino tentarle inútilmente!", y, en efecto, momentos después, un barco aborda a la ignorada isla y sus marineros, de un certero flechazo, matan a la oca, y asándola, celebran alegres su primera comida en la isla donde la necia oca segura se creyó[132].

El precioso cuento que antecede, respecto de la superioridad del hombre sobre los animales, tiene su complemento en estotro pasaje del Corán (Sura II, 28 y siguientes), donde Mahoma no hace sino repetir el dicho de San Pablo de que el hombre algún día juzgaría hasta a los ángeles, pues que su destino ("Colossenses", II, 15 y "Hebreos", II, 5-8) es el de someter a su dominio a las mismas Potestades del Aire:

"Cuando Alah, en su infinita sabiduría, decidió establecer al hombre en la Tierra para que fuese en ella su símbolo y su divina semejanza, los ángeles o genios, a una, sintieron la mayor y más inexplicable de las extrañezas:

–¿Cómo? –se decían–. ¿Vais a establecer, Señor, por vicario vuestro en esa Tierra a un minúsculo, a un despreciable ser, que en ella no hará otra cosa que derramar sangre inocente y

cometer todo género de desórdenes, mientras que nos vas a dejar aquí a nosotros que continuamente celebramos tus alabanzas y te glorificamos, proclamando sin cesar tu santidad?

– Yo sé bien aquello mismo que vosotros ignoráis –les respondió el Señor.

Alah, sin hacer caso alguno de semejantes extrañezas de los ángeles, trajo al primer hombre a la Tierra y le dió una mente adecuada para que pudiese tener ideas o pensamientos, reflejo directo de aquella infinita Mente suya, con la que ha creado el Universo. Con dicha mente, que del Señor bendito recibiera, Adán aprendió bien pronto a distinguir y nombrar cuantos seres vivos pululaban inquietos sobre la faz de la Tierra. Luego Alah hizo bajar a ésta a los ángeles para que se diese cuenta de la maravilla que acababa así de producir, y mostrándoles a Adán les dijo a los tan hermosos moradores del Cielo:

–Aquí tenéis todo cuanto en la Tierra vive y alienta. Vosotros, que tan por encima de Adán os creéis, porque el cuerpo de éste está amasado de roja arcilla, mientras el vuestro es etéreo y glorioso, ¿podríais nombrarme siquiera uno de esos seres que en torno de Adán estáis viendo y que le rinden homenaje como a un soberano?

–¡Alabado sea tu nombre, Señor! ¿Cómo quieres que podamos hacer tal cosa, si nosotros no poseemos más ciencia que la que tú has infiltrado en nuestra naturaleza al crearnos?¿Cómo pretendes que demos nombre a las cosas, cuando nos es imposible conocerlas, puesto que carecemos de mente?

–Verdad es cuanto decís –respondió Alah–; pero ahora vais a ver de lo que es capaz este Adán, a quien despreciabais hace poco.

Y llamando el Señor a Adán, le ordenó sin tardanza:

–Dinos uno por uno los nombres de todos estos seres y para lo que sirven.

Adán, obediente al mandato del Señor, fue enumerando todos los seres que sucesivamente desfilaban ante su vista, con cuantas particularidades les caracterizaba.

Y cuando Adán hubo hecho así, con el más inaudito asombro por parte de la cohorte angélica, que no era capaz de tanto, replicó a estos últimos:

–¿No os dije que yo sé lo que sabéis vosotros?

Y, seguidamente, Dios hizo a todos los ángeles que adorasen a Adán, porque tenía mente, es decir, una Divina chispa de aquella infinita fuente Divina con la que ha sido creado el Universo…[133]

Otro lindísimo cuento, que testimonia elocuentemente la pequeñez de los grandes y la grandeza de los pequeños, es el siguiente de

El alción y la tortuga

"Al lado del alción trajo un día la corriente del río el cadáver de un ajusticiado. "¡Bendito sea Aquel que hace servir a los malos, después de muertos, para alimento de los buenos!", y se dispuso a comer de él; pero los buitres y las águilas que llegan se lo impiden, por lo que se ve precisado a abandonar su presa diciendo con el sabio: "Si bajo la tienda que te alberga y en tu mismo país llega a habitar un rostro desagradable, no vaciles: ¡déjale tu tienda, y huye!"

Así sigue el pobre alción su triste destino, viendo siempre que los perversos y poderosos le arrebataban su sustento dondequiera que fuese y sin justicia. Hasta que, hastiado, traba amistad con una tortuga modesta e infeliz, dura por fuera y dulce por dentro, y con cuya noble compañía aprecia, al fin, el valor de la amistad de los humildes exclamando: "¿Qué sería la vida sin amigos y sin las conversaciones con los amigos, y sin las risas y canciones con los amigos?" El sabio es el que sabe encontrar amigos conforme a su temperamento, pues no se pueden considerar tales aquellos con quienes hay que tratar por razón del oficio. –¡Tienen alas, pero no las utilizan!– "Loor al Señor, que da riquezas a unos y pobreza a otros. Sus designios son sabios y bien calculados. ¡Cuántos pobres son ricos en sonrisas y cuántos ricos pobres en alegría!"

Y no se crea que Mardrús ha agotado, ni siquiera reflejado, sino una pequeña parte del tesoro de apólogos, arrastrados desde la vieja India hasta la joven Europa por ese mezcladísimo aluvión que llamamos *Las mil y una noches.* No hay publicación europea de la índole de los llamados en Francia "Magasins pittoresque" que no tenga docenas, cientos de ellos. Sirvan de muestra los siguientes, que no tienen desperdicio, como vulgarmente se dice:

Los tres amigos.

"Un hombre tenía tres amigos. Dos de ellos le eran muy queridos, pero el tercero le era casi indiferente, aunque él le mostraba siempre la mayor adhesión. Un día el buen hombre fue llamado ante la Justicia. "¿Quién de vosotros –les dijo a sus amigos– quiere venir conmigo a deponer en mi favor? Una terrible acusación pesa sobre mí." El primero de los tres amigos, al instante se excusó de acompañarle: "¡Tengo tanto que hacer hoy!", dijo. El amigo segundo, aunque no con mucho gusto, le acompañó hasta las puertas del Tribunal, puertas que no se atrevió a trasponer. Pero el tercero, en cambio, aquel con quien nunca creyera poder contar,

entró con él ante los jueces; habló elocuentemente en su favor y testificó de su inocencia en términos tales, que el acusado fué, en el acto, absuelto…

El hombre tiene tres amigos en este mundo, que se conducen con él de bien diferente manera cuando Alah le llama a juicio. El dinero, su amigo predilecto, le abandona en el acto; sus parientes y amigos le acompañan hasta el borde de la tumba. ¡Sólo sus buenas obras son las que le acompañan allende el sepulcro, y en el otro mundo deponen salvadoras en su favor!...

El cuervo y el gato de Algalia

El cuervo y el gato, grandes y antiguos amigos, se ven sorprendidos por el más fiero tigre de la comarca. Aquél se ríe del peligro volando sobre la fiera de la selva, mientras que éste, acosado, está a punto de sucumbir. Entonces el cuervo discurre la siguiente treta para salvar a su amigo: vuela lejos, al sitio donde posan los perros del ganado, y picándolos en la cabeza, vuela delante de ellos como dejándose coger. Así va llevando a los mastines hasta el lugar donde su amigo el gato va a caer bajo las garras del tigre, quien, al ver venir ala numerosa jauría, huye espantado…

Este frívolo cuentecillo tiene de similares los mucho más perfectos siguientes que se conservan en nuestra literatura europea, a saber:

El estornino sediento, o "más vale maña que fuerza"

Un sediento estornino encuentra una botella llena de agua hasta la mitad solamente. Introduce primero su pico, sin alcanzar, por desgracia, al nivel del agua. Ante su suplicio a lo Sísifo, quiere romper el cristal de la botella, pero su débil pico no logra agujerearla; por último, trata de derribarla para que el líquido se vertiese, mas, ¡empresa vana!, porque el peso de la vasija resiste al pobre empuje de su alado cuerpecillo. Entonces recurre inspirado a este medio salvador: coger con su pico e ir depositando una a una en la botella las pedrezuelas del camino. Éstas, al caer al fondo, fueron haciendo elevarse más y más el nivel del agua en la vasija hasta que, rebosando ésta, pudo saciar su sed al fin el estornino, quien exclamó triunfal: "¡Más vale maña que fuerza!"

El segundo de los cuentos a que aludimos "es todavía más hermoso y de más oriental factura, aunque tampoco figure en la colección Mardrús y sí en la obra *Filosofía Yoga,* del Svami Vivekananda, y es como sigue:

La astucia de un visir

Cierto sabio visir, con justicia o sin ella, cayó en desgracia de su sultán, el cual le confinó en enhiesta torre de marfil. Allí, lejos de todo auxilio humano, discurrió para escapar de su prisión la siguiente treta: "Tráeme, si quieres salvarme –le dijo a su fiel esposa, que había venido a visitarle al pie de la torre–, los objetos siguientes: una maroma, una cuerda de cáñamo, otra de finaseda, las tres de la altura de esta torre, y también un escarabajo y unas gotas de miel." La amante esposa aportó al punto los objetos pedidos, aunque sin acertar a comprender su verdadera aplicación para la libertad del cautivo. Éste tornó entonces a decirla: "Pon el escarabajo sobre la pared de la torre y úntale las antenas con la gota de miel, después de haberle atado la hebra de seda a la pata trasera." La treta del visir surtió el efecto deseado, porque el animalejo, olfateando la miel, comenzó a caminar torre arriba hasta que, ya en la cúspide, cayó en manos del prisionero. Lo demás resultó facilísimo, como es de colegir, porque dueño del escarabajo, el visir lo fue también de la hebra de seda, a cuyo extremo inferior la esposa ató luego la de cáñamo y en fin la gruesa maroma que, sujeta en una de las almenas, le permitió descolgarse por ella sin ser visto y huir…

El cuentecillo podrá ser más o menos verosímil; pero ¡cuántas veces no procedemos como el pícaro visir en las más insuperables dificultades de la vida y en las que la tenue hebra de seda de un sutilísimo pensamiento va tomando poco a poco grosores de cuerda y de maroma, quiero decir, firmeza y consistencia, hasta llenar el mundo con su influjo! Un juego de chiquillos hace descubrir el paralelogramo de Watt, base de toda la maquinaria moderna; la caída de una simple manzana a los pies de Newton es la "hebra de seda", por la que asciende a la lucubración sublime de la gravitación universal; una imprudente bofetada de un oficial irascible dada a Bolívar en el puente de Toledo de Madrid, le hace a éste jurar venganza y le mueve a partir hacia las colonias americanas, donde pocos años después es proclamado "El Libertador", tras una gloriosa campaña emancipadora de aquellas hermosas tierras… ¿Quién puede dudar, después de esto, que lo grande se apoya en lo pequeño como de átomos se componen los más esplendentes mundos?

Pero volviendo a las fabulitas de *Las mil y una noches* intercaladas en el texto de Mardrús, diremos que si algunas, por su rudeza e ingenuo sensualisrno no son para leídas, otras son verdadera "escuela de donaires", como la mejor de las novelas picarescas de nuestra literatura.

Véase si no la siguiente de

Las babuchas fatídicas

Abu Cassem el Tamburí era un droguero célebre por su avaricia. A costa de mil acciones villanas había logrado reunir un considerable capital, del que el Destino burlón hubo de privarle, merced, ¿quién lo diría?, a sus babuchas…

Porque es el caso que el odioso droguero tenía unas babuchas tan viejas, remendadas y claveteadas, que pesaban un quintal, causa de su perdición, como vamos a referir.

Cierto día el buen Abu Cassem se decide a ir al hammán o casa de baños; pero como estaba tan sucio, el bañero precisó emplear en él tanto tiempo que cuando terminó la faena ya no quedaba nadie en el establecimiento sino el cadí, quien, como es costumbre, había dejado a la puerta del baño contiguo sus magníficas pantuflas de cuero amarillo-limón. "¡Alah me las envía, sin duda!", exclamó el pícaro droguero, al par que le deja las suyas al cadí. Éste, indignado, le hace dar cien palos, amén de imponerle una fuerte multa. Exasperado Abu Cassem contra sus inservibles babuchas, causa inconsciente de su daño, las tira rabioso al mar, donde se enredan en las redes de unos pescadores, los que, al descubrirlas y reconocerlas como del droguero por lo sucias, le denuncian, haciéndole multar de nuevo y castigar. Queriendo ya deshacerse de las babuchas el droguero, va sigilosamente a enterrarlas en el jardín del walí, donde es sorprendido por los guardias y castigado de nuevo por creer que buscaba algún tesoro, o maquinaba algún plan siniestro contra la autoridad. Entonces las tira al canal, pero arrastradas por las aguas hasta el próximo molino de por bajo destroza con sus clavos las muelas del artefacto, por lo cual es multado otra vez. Loco ya y sin saber qué hacer con semejantes alhajas funestas, las deja sencillamente sobre el terrado de su casa, donde un perro juguetón las deja caer desde la altura sobre una pobre vieja, a quien matan… Entonces el cuitado va solemnemente a depositarlas a los pies del cadí contándole toda su desventura, y el cadí le dice: "¡Tú, por siniestros caminos enriqueciste, ignorando que Alah, el gran Retribuidor, nos hace pobres y ricos a su arbitrio! ¡Vete, y no peques más contra él!..." El droguero, desde entonces, dando lo suyo a los pobres, fué un modelo de virtudes, muriendo en fama de santidad[134].

El cadi y *el buche o jumentillo*

Los padres de cierta linda joven, necios y codiciosos, se la dan en matrimonio, y contra la voluntad de ella, al viejo y asqueroso cadí. Como era de temer, de allí a poco la esposa burla al marido con un joven amante, a quien avisaba la presencia o ausencia del cadí poniendo

respectivamente un pañuelo blanco o un pañuelo rojo en el alféizar de la ventana. Pero un buen día, la pícara confunde los pañuelos, y al entrar el amante se da de manos a boca con el celoso cadí, el cual le encierra bonitamente en un arcón para echarle por la noche al río. Luego cambia de opinión y se lanza hacia el hammán como un loco en busca del walí. La mujer se percata de la situación, y, no pudiendo auxiliar de momento al amante, se va a la puerta del hammán, donde compra a una vendedora de garbanzos tostados su velo y su cesta vacía, con lo que se disfraza, y yendo a su casa liberta al amante al fin, poniendo en su lugar en el arcón a un buchecillo o asnito recién nacido. Vuelve luego rápidamente al hammán al encuentro del marido y llama e invoca contra él a la Justicia, lamentándose a gritos de la locura de su marido, quien, en su delirio, creyendo que se trataba de un amante, sólo ha encerrado en el arcón a un mísero jumentillo. El marido, al verse así triplemente burlado, monta en cólera y cae víctima de la congestión, con lo que no hay que decir que, libres ya de él los amantes, no tardaron en desposarse legalmente, siendo felicísimos el resto de sus días…

Renunciamos a transcribir otras fábulas más o menos infantiles y en las que se ve la mano ya de un pueblo simplón e ignorante, bien distinto del primitivo que avalorase con su saber el gran libro que nos ocupa; pero no cerraremos este capítulo sin extractar algunas sentencias admirables de las que matizan aquí y allá estos cuentecillos, compendiando parte de la ciencia oriental que en el Corán resplandece.

Es uno de estos pasajes la disertación acerca de algunos puntos fundamentales religiosos, tales como el de la razón y la plegaria, que dice así:

–¿Cómo sabes que Alah existe? Porque mi propia razón no me lo demuestra.

–Y ¿qué es la razón?

–La razón es un doble don: innato y adquirido. La razón innata (intuición) es la que puso Alah en el corazón de los servidores escogidos para hacerles que caminen por la senda de la verdad. Y la razón adquirida es, en el hombre bien dotado, el fruto de la educación y de una constante labor.

–Pero, ¿dónde reside la razón?

–¡En nuestro corazón, desde donde se elevan sus inspiraciones hacia nuestro cerebro para allí establecer su domicilio!

–¿Cómo aprendiste a conocer al Profeta?

–Por la lectura del libro de Alah, por las sentencias que contiene, por las pruebas y testimonios de su divina misión.

–¿Cuáles son los frutos de la plegaria?

–La plegaria verdaderamente hermosa no tiene utilidad terrena alguna. ¡Es sólo el lazo espiritual entre la criatura y su Señor! Puede producir diez frutos inmateriales y mucho más hermosos que los tangibles: aclara el corazón, ilumina el semblante, complace al Clementísimo, excita el furor del Maligno, atrae la misericordia, aleja los maleficios, preserva del error, resguarda contra los enemigos, fortalece al espíritu vacilante y acerca al esclavo a su Señor[135].

***

¿A qué seguir con más apólogos de los de Mardrús? El carácter más moderno y como sobrepuesta de ellos revela la acción de una mano posterior, un nexo, una caída hacia el Hitopadesa como libro hecho para gentes inferiores, capaces de comprender la fábula pero incapaces de remontarse a la abstracción del símbolo, tanto que, de cualquiera de aquellos, a simbolismos como los que acabamos de ver en "El barbero y el jorobadito", media un mundo; ese mundo que separa las castas sacerdotal o guerrera de las otras dos inferiores para las que los apólogos parecen hechos.

Muchas de las "parábolas" de Jesús y de las de Mahoma son también, históricamente, verdaderos apólogos de índole y estilo oriental, adecuados a la barbarie e inferioridad mental de los pueblos a quienes las destinaron. El género pasó, en fin, a la Grecia clásica y a Roma para llegar hasta nosotros reducido al mínimum de originalidad y de mérito.

Pero su verdadero carácter no ha sido comprendido en toda su plenitud por los pueblos europeos, pues que así como a las representaciones religiosas de sus "dioses" o "santos" las llaman "imágenes" y a las de los otros pueblos "ídolos", siguen viendo apólogos en las fábulas de Esopo y ya no ven el apólogo en parábolas como las de "Los talentos", "El hijo pródigo" y "el sembrador", que en esto de medir con una medida las cosas propias y con otra las ajenas son maestros de perfidia los infatuados pueblos nuestros, más atentos a desarrollar una cultura puramente material que a admirar esos refinamientos de la moral efectiva interior y de la justicia distributiva en los que tienen tanto que aprender de los pueblos del pasado, de los que se burlan como los chicos mal educados y de torcidas almas se burlan de los viejos, a quienes todo lo deben.

CAPÍTULO XXIV

El árbol Bodhi o de la Primieval Sabiduría y la obra de "Las mil y una noches"

Síntesis de nuestro estudio.–Las tradiciones iránicas, base de *Las mil y una noches,* son reflejos, según H. P. B., de sucesos prehistóricos de la perdida Atlántida.–Clave para la conciliación de este criterio con el opuesto por nuestros sabios actuales respecto a la verdadera edad de aquella obra.–El fenómeno de la "porfirización" natural y el de la histórica.–Algunos ejemplos de ello.–Los "Renacimientos históricos".–Por la generación, la humanidad triunfa en la especie.–Nada es nuevo bajo el sol.–La tradición y enseñanzas de nuestros "Padres" o "Pitris".–La Sabiduría Primitiva o "Verdad perdida iniciática y las Religiones positivas ulteriores".–La ceguera espiritual de la humanidad adámica.–La historia de la caída atlante encerrada en el mito de *Las mil y una noches.*–Los tesoros perdidos que se recobrarán un día.–Conclusión y resumen.

Llegado el momento de hacer punto final en este desfilar continuo de cuentos (que en los textos más completos de Mardrús-Blasco Ibáñez ocupan hasta veintitrés volúmenes), nos es preciso intentar una síntesis lo más precisa y clara posible del fruto obtenido por nosotros en los rápidos y siempre incompletos comentarios que hemos iniciado tras cada uno de aquellos cuentos, dejando al lector experto, y más aún a futuros continuadores de nuestra obra, la tarea de ampliarlos y mejorarlos, toda vez que por la necesidad de incluir en un solo tomo lo que es materia de tantos, nos hemos tenido que limitar con frecuencia a meras tónicas, a simples indicaciones, más o menos ampliadas algunas de ellas en los demás libros de nuestra BIBLIOTECA[136].

Y el punto de partida de semejante síntesis no puede ser otro que el que encabeza a esta obra, tomado de la inmortal maestra H. P. B., y que dice:

"La tradición no ha desfigurado los hechos hasta el punto de no ser ellos recognoscibles. Entre las leyendas de Egipto y Grecia, por una parte, y de la Persia por otra, hay demasiada semejanza de símbolos, figuras y números para que pueda achacarse a simple casualidad, como ha sido archiprobado por el astrónomo y orientalista Bailly. También las hazañas del rey Arthús y de sus caballeros de la Tabla Redonda son cuentos de hadas, a juzgar por las apariencias, y, sin embargo, encierran hechos muy reales de la historia de Inglaterra. ¿Por qué, pues, no ha de ser a su vez la tradición popular del Irán parte integrante de las sucesos prehistóricos de la perdida Atlántida? … Lo desfigurado de repetidas leyendas no nos impide el poder identificarlas con las caldeas, egipcias y aun hebreas, como asimismo con las

profundas enseñanzas contenidas en libros tales como el "Critias" y el "Timeo", de Platón. Nosotros, en nuestra *Doctrina Secreta,* presentamos en compendio lo que está esparcido por cientos de volúmenes en lenguas asiáticas y europeas…" (H. P. B.: *Las más antiguas tradiciones persas.* Comentarios a la Estancia XII de Dzyan, en el tomo II de *La Doctrina Secreta.)*

Mas como la opinión corriente de los doctos no es ésta, sino que, como detallamos en el prólogo, los que más apenas si asignan a *Las mil* y *una noches* una fecha de hacia el siglo IX, o el X, fundándose lógicamente en los nombres de personajes, ciudades, religiones, etc., que en ella juegan, hay necesidad, ante todo, de conciliar criterios tan opuestos en apariencia.

La clave para semejante conciliación no es otra que el eterno fenómeno histórico del pensamiento colectivo, al que nos hemos permitido denominar "porfirización histórica", en paralelo con el fenómeno que conoce con el nombre de porfirización la Geología moderna.

Por virtud de este último fenómeno es frecuentísimo en rocas y minerales el presentar ellos una masa compacta y amorfa cuajada de "cristales" "brechas", "pudingas", "venas" y "filones", o sea, en suma, de unos elementos diferentes a su contextura general de "ganga", a la manera de esos dulces secos cuyo relleno ha sido antes hecho separadamente y llevado después a incrustar la masa general envolvente con la que son servidos.

Así los viejos materiales de un terreno anterior, dislocados y fragmentados por trastornos ulteriores, se nos muestran hoy incrustando a masas más modernas que aquéllos, aunque también se den casos de simultaneidad entre la formación del cristal y de su magma, casos sobre los que no nos podemos detener. Igual acontece con la Historia, dentro de la ley universal de analogía: pasan a Italia los griegos expulsados de su viejo solar por trastornos políticos; pero en la oleada de gentes así emigradas van, en "porfirización" o arrastre, todos los elementos de su historia, literatura, costumbres, etc., y al sur de la Península italiana se forma una nueva y "Magna Grecia", con aquellos "porfirizadores" elementos viejos. Igual acontece en todo el Mediterráneo occidental con Marsella, Rosas, Ampurias, Sagunto, Denia, etc., etc., y aun hoy nuestros levantinos son "griegos porfirizados" en su pasmosa aptitud para las bellas artes de la madre-Grecia. Van, en fin, los primeros españoles a América y a Oceanía, y nuevas Córdobas, Trujillos, Cáceres, Méridas, Guadalupes, Logrosanes, etc., etc., "porfirizan" con su nombre al nuevo magma histórico que allí ha de envolver su nueva cultura … ¿Qué más? Muere no hace muchos lustras una pobre reina española en la flor de su edad, y el mito popular, al cantarla, lo hace en forma y con música de viejo romance, con aquello de

–"¿Dónde vas, Alfonso doce,
por las calles de Madrid? …
– Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi."

saltando retrospectivamente, en el más gallardo e infantil de los anacronismos, todos los muchos siglos transcurridos desde el buen Valdovinos y su tío el marqués de Mantua, los caballeros de la Tabla Redonda, los Doce Pares, etc., para cantar este hecho, históricamente trivial, con tonos y añoranzas épicas de semejantes épocas, las cuales, si se ahonda, se encuentran que no son originales tampoco, sino que, como en nuestro sublime Romancero, al cantar las hazañas del Cid Campeador en tiempos de su rey Alfonso VI, lo que se hace es resucitar, con ocasión de él, las prehistóricas hazañas de Al-Cide, el Señor, es decir, el mito de Hércules, que se encuentra en el fondo de las epopeyas de todos los países, desde la India hasta España, y desde Egipto a Noruega.

A semejante fenómeno se le puede denominar también "de los renacimientos", por el que tornan las cosas viejas todas que, por olvidadas, se creyeron muertas, con nuevas y a veces hasta con sus viejas vestiduras, y vemos resucitar la Roma cesárea en la Roma papal; la Grecia pagana, en el Vaticano de León X; la música oriental de instrumentos como el ravanastrón hindú de allá traído por los navegantes venecianos, en la música moderna, como siempre, en determinados sitios se adora a Dios desde la prehistoria, pues que vemos kármica y anacrónicamente sustituida la mezquita árabe y la sinagoga hebrea por la catedral cristiana, como ellas sustituyen allí mismo al templo pagano y éste al templo prehistórico del dolmen…

Por todas estas razones, que no hacemos sino apuntar, conocida la contextura de libros como el de *Las mil y una noches,* es infantil el decir que él date esencialmente del siglo IX o del XII o de cualquier otro. Puede y debe, sí, asegurarse que haya revestido "su forma actual" en ellos o en otros, pero creer que dicha forma es la primitiva es tan gratuito como pensar que la Teogonía de Hesiodo o la Ilíada de Homero, por ejemplo, son invenciones de los privilegiados cerebros de estos bardos, los cuales sólo glosaron e hicieron eruditos, poemas, cuentos, creencias que databan de remota antigüedad y yacían conservados por el gran conservador: la Mente colectiva, la eterna elaboradora de mitos, la gran encapsuladora y "porfirizadora" de los tesoros del pasado, cuya misma riqueza ella presiente instintivamente sin llegarlo a razonar, y cuando otra cosa ya no puede, los conserva en el nombre mismo de las palabras del mito, como en cada caso concreto hemos cuidado de apuntar con un riesgo filológico evidente y que nos deja inermes ante la crítica malévola, crítica que haciendo dogma de principios tenidos por ciertos siendo falsos, se ríe de nuestro sistema analógico-

teosófico, validos de que, para contrarrestarlos debidamente, había necesidad de escribir un tratado eminentemente revolucionador de la filología –una filología teosófica, no positivista–, lo cual no era nuestra tarea del momento… ¿No tenemos, por ejemplo, en el hermoso libro de Bonilla San Martín, *El mito de Psiquis,* la historia entera de la porfirización de la fabulita de Apuleyo, siglo tras siglo en nuestra patria, en la novela, el drama, la ópera y demás manifestaciones artísticas?

Vayan, pues, los ya desacreditados aristotélicos por el camino y con el método que les plazca. Nosotros, siguiendo el método de Platón, tomaremos las cosas desde el origen, diciendo lo que creemos historia verdad de los mitos originarios del maravilloso libro. Nuestro apoyo es firme, además; como basado en el paralelismo analógico-teosófico de la filogenia y la ontogenia. Si "lo que está arriba es como lo que está abajo", al tenor de la Clave de Hermes, el caso de cada hombre en particular es el de la Humanidad entera, y ambos tienen que guardar, y, en efecto, guardan la más estrecha analogía.

La Vida, en esencia, no es sino una continuidad serial y evolutiva cuya leyes la de la Generación, por la que, llamado todo a desaparecer, como concreto o finito, ello se hace eterno en la Especie, de la que todo ser recibe sus características esenciales, que han de devolverle a su vez más tarde por la ley que se llama de la herencia. Por la Geología sabemos ya que a esta Tierra actual la han precedido otras, y la habrán de seguir otras más. ¿Tuvieron y seguirán teniendo unas y otras, respectivamente, humanidades análogas a la nuestra? La afirmativa es lógica, de una lógica que se extiende hasta a los astros, pues que agrupa a los soles por familias y considera a los planetas como "meras provincias del gran imperio solar". Hay, por tanto, en resumen, humanidades viejas, y en éste y en otros astros humanidades jóvenes. De unas a otras, el tesoro de la Tradición (tesoro que es ciencia, religión, arte, literatura, etc.) ha pasado, sin duda, como pasan los bienes todos serialmente de abuelos a padres, hijos, nietos y biznietos. Hombre y Humanidad son traídos a la Tierra por esa ley a la que se llama en sánscrito karma, y que es "la Divinidad misma hecha ley y reencarnada" (o mejor aún, "emanada", "concretada" y "manifestada"), y de la Tierra llevados quizá a otros astros vecinos, así que terminan aquí su misión; pero antes de dejar el puesto a su progenie infantil, que habrá de sucederle, procuran hacerla el legado de cuanto amaron, supieron y poseyeron. Lo que hay es que los bienes se dividen y que la capacidad receptora de los legatarios o herederos, más jóvenes e inexpertos en la vida, suele ser siempre menor, por la edad, que la de los testadores. ¿Qué habrían recogido los salvajes de África o los indios de Oceanía del legado cultural y afectivo europeo, si la Gran Guerra hubiese sumido en ruinas y tinieblas nuestra moderna cultura? ¡Menos de un uno por mil! Pues bien, quizá sea menor aún

la proporción que existiese antaño al desaparecer con las razas atlantes "los hombres del color de la luna", que dicen las Estancias de Dzyan (II, XII), cediendo el puesto a los adamitas u "hombres del rojo barro", a los que conocemos por el nombre de arios. No olvidemos, en efecto, que de los padres nuestros y de las Humanidades primievales va derivando, eslabón tras eslabón, el tesoro del lenguaje –cuyo origen es divino, porque ellas eran de dioses–, los dones de la imaginación con sus "cuentos"; las leyes del número con sus sistemas de contabilidad, etc., etc., porque, como dicen sublimemente las primeras páginas de *Isis sin velo,* no vacilamos en admitir la afirmación de Biffé de que "lo esencial es siempre lo mismo y, ora procedamos hacia adentro, cercenando el mármol para descubrir la estatua por la imaginación encerrada en su masa, ora procedamos hacia afuera amontonando piedra sobre piedra hasta erigir el templo, nuestro "nuevo" resultado no es más que "una antigua idea". La última de las eternidades encontrará en la primera su alma gemela."

¿Cuáles fueron estos "padres" o "pitris" que para Oriente vinieron unos de la Luna, otros del Sol y otros, los más sublimes, de Venus? ¿Cuál su historia, sus hechos, sus ciencias y los lugares en donde vivieron?… Esclarézcalo la ciencia, que a nosotros sólo nos interesa hoy el consignar "que hubo tales padres", los cuales nos legaron la tradición en forma de mito, para que así pudiese pasar incólume las "noches" y los "inviernos" de inacabables edades y brotar en las ulteriores primaveras culturales e iniciáticas de hombres y pueblos, ya que la enseñanza de la Doctrina Tradicional, en gran parte aún por dar, es ésta (H. P. B., t. II de la *D. S.):* Al caer la Atlántida y sucederla los pueblos arios (que ya existían desde muchos siglos antes), los enormes conocimientos de aquella Raza Cuarta fueron empleados en el Mal y no en el Bien (como los de las ciencias y artes hoy en la Gran Guerra), y la Sabiduría primitiva, por ellos heredada de los lemures de la Raza Tercera o Paradisíaca, Ciencia que antaño era patrimonio de todos, se fue haciendo más y más secreta porque ante el avance necromante de los sacerdocios explotadores del pequeño, del ignorante y del incauto, que se habían dicho: "dividamos para vencer", hubieron de responder ellos: "¡unámonos para resistir!", creando el sigilo iniciático, que hoy nuestra mayor capacidad y la consiguiente "fábula encubridora" empieza a romper, como la yema hinchada de jugos rompe a la llegada de la primavera su férula invernal y protectora… ¡Ya es verdad harto axiomática para el teósofo, por encima siempre de las sacerdotales "religiones positivas", que toda religión es coraza protectora del débil, pero red aprisionadora y falsa de las mentes fuertes que no deben ver en ella sino sublimes mitos que "velan" y "re-velan", o "vuelven a velar" las verdades de aquella Sabiduría Primitiva, legado de nuestros Mayores! ¿Quién será el necio que desprecie la fábula, por ser fábula, si ella es el único alimento posible de las mentes infantiles?… Un dogma religioso es siempre un mito, es decir, una verdad oculta bajo el ropaje de la mentira,

al tenor de la notabilísima fabulita de Lichtwehe, que insertamos al comienzo de nuestra *Biblioteca Teosófica de las Maravillas,* y la "religión de *Las mil y una noches"* no es, como dice H. P. B., de las religiones primitivas anteriores a las religiones arias, que se han llamado jainismo, parsismo, brahmanismo y mosaísmo, sino "rosados cuentos de niños", los más propios para formar su imaginación, antes de que de tales cuentos se apoderasen los sacerdocios para explotarlos, creando las religiones todas, por sublimes que éstas nos parezcan.

¿Edad, pues, de los cuentos originales del gran libro? La de los últimos días atlantes, o sean los once mil años, como mínimo, transcurridos desde el último hundimiento de Poseidonis, la isla de Platón. ¿Edad del libro en su forma actual? La que la ciencia quiera, pues que siempre la esencia del cuento, sea el que fuere, toma un traje en cada época de cultura, y el "figurín último" que nos sirven Galland, Mardrús, etc., es el del siglo IX, como indicamos en el prólogo, sin perjuicio de que en la obra literaria, cualquiera que se haga en Occidente, como en la tienda del árabe beduino, se escribe o se vive cada noche y cada día, como se cuenta del Corán, una página nueva de una nueva versión del eterno libro[137].

Es más, y dicho sea ya en un campo de plena y franca poesía, nuestra alma se estremece bajo el dulcísimo efluvio de la narración "milnocharniega", pensando ¡ay! que santos arrullos de amor y de consuelo de unos padres con ojos espirituales –ojo de Dagma o de Cíclope–, junto a la cuna triste de un hijito que naciera ciego, porque el pecarlo de Adán –el abuso del sexo y su necromancia– le cerraba desde su nacimiento casi el ojo celeste de la espiritualidad para abrirle los dos humanos ojos de la razón. ¿Qué no haría un padre amante con un pequeñuelo en tan infaustas condiciones de inferioridad nacido?...[138]. Pues le contaría y cantaría el religioso mito de la histórica caída atlante, personificándola en la esposa infiel del sultán, Eva funesta, que acarrease la caída de todos sus congéneres noche tras noche, hasta que "María-Scheherazada" –¿me entendéis, analogistas?– se lanzase heroica a redimir a la humanidad caída del "tributo aquel de las cien doncellas" por el divino parto de los cuentos concatenados impasiblemente, bajo filo de espada, por su imaginación fecunda, cosa que es, ni más ni menos, lo que hacemos nosotros todos con la abra de nuestras manos y el parto minervino de nuestras mentes, bajo la segur siempre enarbolada sobre nuestros cuellos por la Intrusa…

Y le contaría también los celestes tesoros que con la caída perdiese, y con su redentor esfuerzo ha de volver a encontrar, metiéndole, ciego y todo, en el subterráneo de Aladino, que no es sino darle la visión astral y mental de los solares "Campos Elíseos" o Cielo, que tras la muerte nos esperan, como espera el premio al esfuerzo, y al negro Invierno triste, la divina

Primavera, y le diría con quiénes tiene que luchar a ciegas en este bajo mundo, que es cárcel y es campo de batalla (el "Kuru-shetra" del Mahabharata), haciendo de su tal ceguera psíquica acaso su mejor arma, porque así tamaño "Velo de Isis" le impide ver la horrible y la amenazadora monstruosidad del enemigo; y, en fin, le hará héroe, como Camaralzamán, como Hércules, como Sigfredo, como todos los del *Pan-theon* hindú griego o nórtico, héroe capaz de reconquistar a su Ego superior perdido en el nuevo y perdido paraíso de todas las Baduras, Dejamiras y Walkyrias simbólicas conocidas… ¿Forma? –La forma del cuento variaría, no de pueblo a pueblo, sino de momento a momento, ¡pero el cuento eternamente sería, es y será el mismo! ¿Hay nada nuevo bajo el sol, quiero decir, hay posibilidad siquiera de hallar en todas nuestras manifestaciones del Arte, algo de lo que no haya algún antecedente simbólico en aquel inagotable Libro, eco lejano de la Enseñanza de los Rishis o Pitris, conservada por el pueblo en forma de mitos y vivificada en todos los renacimientos por los eruditos?[139].

Por eso nuestra conclusión es ésta: *Las mil* y *una noches,* en sus primitivos cuentos (salvando, naturalmente, formas y detalles de su porfirización ulteriores) precedieron al fenómeno religioso ario, o sea a la substitución del "rosado juguete imaginativo del niño" por la "pesada cruz del dogma religioso", *Cruz* impuesta a la Humanidad por la necromancia de los últimos atlantes, y de la que no llegará a redimirse hasta que conozca la *Rosa* pentafolia del Pensamiento religioso elevado tras su fábula a PENSAMIENTO TEOSÓFICO, de Ciencia de religiones y Religión de las ciencias futuras …

FIN DE "EL VELO DE ISIS O LAS MIL Y UNA NOCHES OCULTISTAS" Y DEL TOMO XIX DE LA "BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS"

ESTE LIBRO, TOMO XX
DE LAS OBRAS COMPLETAS DE ROSO DE LUNA,
EMPEZÓ A ESCRIBIRSE
EN EL DÍA DE LA FIESTA DE LA RAZA ESPAÑOLA DE 1921
Y SE TERMINÓ
EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO DE 1923,
PUBLICÁNDOSE EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
DE SIERRA Y GALLEGO,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3, MADRID

[1] Con estas iniciales seguiremos designando, según costumbre de los teósofos, a Helena Petrovna Blavatsky, la incomprendida princesa rusa.

[2] Es sabido que Antonio Galland, diplomático francés en Constantinopla, hubo de tropezar, hacia fines del siglo XVII, con unos viejos manuscritos árabes conteniendo, más o menos completo, el texto de los famosos cuentos de este nombre, aunque lleno, como cuantos libros arios han pasado por la pecadora mano de los semitas, de esas crudezas imposible de ser toleradas por un oído casto y decente, que no son raras tampoco en la *Biblia.* Ya también muchos siglos antes, el contacto con los árabes, principalmente en España, había aportado a Occidente no pocos de estos cuentos que, mezclados con los de los Libros de Caballería, verdaderas "Mil y una noche occidentales", se veían doquiera y aun se ven en forma de los llamados "romances" o "pliegos de cordel". Galland, con buen deseo, expurgó de aquellas crudezas al libro, dándonosle en la forma en que, a través de infinitas traducciones y ediciones, ha llegado hasta nosotros, procedente originariamente del *Hazan Afsanad,* persa; del *Kitab Al Fihzist,* árabe; de Mohammad ben Yihak Al Nadin o del *Alf Lailah Oua Lailah,* traducido del árabe al inglés por Payne y por Burton. Sin embargo, el deseo de hacer *sin los datos ocultos necesarios* ediciones verdaderamente críticas, nos ha llevado, ora a ediciones destrozadas sin piedad, como la de los jesuítas en Beyrouh, ora la "traducción literal y completa del texto árabe al francés" por el Dr. J. C. Mardrus, en 16 volúmenes, vertidos al español por Blasco Ibáñez, y cuyas *crudezas árabes, relativamente modernas, no parsis genuinas o primitivas,* son verdaderamente intolerables, míreselas como se las mire, todo al tenor de esa triste ley, repetidísima en la Historia, de hacer sexuales los más puros simbolismos, como hemos visto con las *Helenas* de los grandes Iniciados. Otras ediciones críticas, en fin, existen, siendo de notar entre ellas la inacabada del cheikh *El Yemeni,* de Calcuta (1814); el *Habicht,* de Breslau (12 vol., 1825-43); la de Boulak (1835) y la Ezbekich, en El Cairo; la de Mac Noghten, de Calcuta (1830-42); la alemana, de Gustavo Weil, con introducción del barón Silvestre de Sacy (1858), y algunas otras, según el aludido texto de Mardrus.

[3] Convienen los editores de Mardrus en considerar como procedentes del siglo IX o el X todos o casi todos los textos conocidos y que en Galland figuran, a saber: la *Introducción* relativa a los dos reyes hermanos, de Persia y de Tartaria (o sea de la Armenia-Bactriana y del Turquestán-Tíbet), *Shahriar* (el ario) y *Shah-samam* (el shamano); las historias del mercader y el afrite o *jina* perverso; del pescador y el genio o *jina;* de los tres calendas, caldeos o calcidios y las cinco princesas de Bagdad; de Zobeida y de Amina; de Nuredin Alí o *Nur-al-jina* y Bedreddin Hassan o *Beder-jina;* del jorobadito Agib; de tos siete barberos; de Abul-hasan, Alí-ben, Becar y Schen o *Psichen-al-nihar;* de Camaralzamán y Badura o Madura; de Hin-bad o *jinbad* y *Sim-bad* el marino; de Beder y Giauhara o *Jina-shara,* de Ganem o *Ganesha,* el esclavo del amor; de Zein-Alasnam o *Jin-el-hassan,* rey de los jinas; de la princesa Deryabar; del Durmiente despierto; de Seif-al-Muluk, *Moloch* o *Melcha* y la hija del rey de los jinas; de Ali-bab y los cuarenta ladrones; de Aladín o la lámpara maravillosa; de Moames y del hada Banú, y, en resumen, de cuantos Galland consigna.

Dichos editores sitúan, sin embargo, la historia de *Kamar-al-zamán* nada menos que en el siglo XVI (en que fuera refundida en su forma actual), y la gran masa de los cuentos que Mardrus traduce de las *Alf-Lailah-ua-Lailah,* como comprendidas entre el siglo X, y en esta última época también nos dan la siguiente bibliografía: edición inacabada del cheikh *El Yemeni,* con 2 volúmenes (Calcula, 1814-18); la de *Habicht* (Breslan, 1825-43, 12 volúmenes); la de *Mac Noghten* (Calcuta, 1830-42, 4 volúmenes); la de *Boulak* y la de *Ezbekieh* (ambas publicadas en El Cairo, 1835, 2 volúmenes); la de los *Jesuitas de Beyrouth* y la de Bombay, ambas en 4 volúmenes; a más de la de Galland (1704-17), y la privada inglesa, de Payne y de Burton, todas ellas resultan menos completas que la de Mardrus, en 16 volúmenes, traducida al español por Blasco Ibáñez, en 23 pequeños tomitos.

[4] Siempre que otra cosa no digamos, se entiende que seguimos el texto constantinopolitano de Galland.

Las variaciones que en esta "introducción" nos presenta el texto sirio de Mardrus son muy escasas, pero muy importantes:

Una de ellas se refiere al nombre de *Schah-zamán,* en lugar de *Schah-ze-mán,* rey de *Samarcanda Al-Ajam,* y cuya etimología es la de "dueño del siglo, o del tiempo", mientras que la del nombre de su hermano *Schahariar* (no *Schahrirar)* equivale meramente a la de "señor de la ciudad" o *de los hombres.* Esto, que parece baladí, es importante para nuestro objeto, porque los dos hermanos son los prototipos de las dos humanidades que, a nuestro juicio, convivieran antaño sobre la Tierra, hasta el aciago día, cantado en el poema simbólico *Las Aves,* de Aristófanes, en que fueron cortadas las comunicaciones entre las dos, a saber: la humanidad *jina,* hoy invisible por la trasgresión de Adán, y la humana propiamente dicha y a quien el *Velo de Isis,* es decir, del sexo y la ilusión, ha atrofiado el tercer ojo de la glándula pineal, o sea de la intuición, impidiéndonos con su ceguera el ver a aquella otra súper humanidad y con ella convivir como en los tiempos primitivos.

Por eso un rey, un "shah", el de los *shamanos* o *zamanos,* es el "dueño del tiempo o de los siglos", mientras que el otro hermano es meramente el dueño "de las ciudades en las que habitan los hombres".

Para un positivista ello carecerá de importancia; pero no para un filósofo o un teósofo, porque precisamente en la región mogólica de Kalkas, de las alturas tiberianas y chinas del Baikal y de Urga, cuna de la raza de los *calcas, caldeos* o *celtas* invasores de Occidente *(El Libro que mata a la Muerte,* capitulo X) hacia los siglos XXVII-XXIV antes de nuestra Era, se habla constantemente del pueblo regio y misterioso de los *zamán* o

shamanos, solitarias gentes, fuera del comercio de la Humanidad, conocidas bajo nombres análogos en Europa y acerca de quienes la Maestra H. P. B. nos dice:

"Lo que el común de las gentes conoce acerca del Shamanismo es muy poco, y aun este poco ha sido adulterado, lo mismo que el resto de las religiones no cristianas. Suele llamársele "el paganismo de la Mongolia", sin razón alguna, puesto que es una de las más antiguas religiones de la India, a saber: el culto del Espíritu, la creencia en la inmortalidad de las almas y en que éstas, allende la muerte, siguen presentando las mismas características de los hombres a quienes animaran aquí en la Tierra, aunque sus cuerpos hayan perdido por la muerte su forma objetiva, cambiando el hombre su naturaleza física por la *espiritual.* Dicha creencia, en su actual forma, es un retoño de la primitiva teurgia y una fusión práctica del mundo visible con el invisible. Cuando un extranjero naturalizado en el país desea entrar en comunicación con sus invisibles hermanos, tiene que asimilarse su naturaleza, esto es, debe encontrar a estos seres andando la mitad del camino que de ellos les separa, y, enriquecido entonces por ellos con una abundante provisión de esencia espiritual, dótales él, a su vez, con una parte de su naturaleza física, para colocarles de esta suerte en condiciones de poderse mostrar algunas veces en una forma semiobjetiva, de la que de ordinario carecen. Semejante proceso es un cambio temporal de naturalezas, llamado comúnmente teurgia. La gente vulgar llama hechiceros a los shamanos, porque se dice que evocan a los "espíritus" de los muertos con el fin de ejercer la nigromancia; pero el verdadero shamaismo –cuyos rasgos más salientes prevalecieron en la India en tiempos de Megasthenes (300 años antes de J. C.)– no puede ser juzgado por sus degeneradas ramificaciones en Siberia, del mismo modo que la religión de Gautama-Buddha no puede ser confundida con el fetichismo de algunos que se dicen sus secuaces en Siam y Birmania. Actualmente tienen su asiento en las principales lamaserías de Mongolia y del Tíbet, y allí el shamanismo, si es que de este modo podemos llamarle, se practica en el sentido más amplio de comunicación que es permitido entre el hombre y el "espíritu". La religión de los lamas, en efecto, ha conservado fielmente la primitiva ciencia de la Magia, y lleva a cabo actualmente hechos tan maravillosos como los que producía en los días de Kublai-Khan y de sus barones. El *Aum-mani-padma-hum,* la mística palabra de la Trinidad sánscrita de "Oh Joya en el Loto", la antiquísima forma atlante del místico rey Srong-Chtsang-Gompo, opera hoy sus portentosas maravillas de igual modo que en el siglo VII, y Avalokita-Iswara, el más elevado de los tres Boddhisattvas y santo patrón del Tíbet, proyecta claramente su luminosa "sombra" ante los ojos de los fieles en la lamasería de *Dag-Gdan,* fundada por él, donde la resplandeciente figura de Song-Kapa, separándose de los vívidos rayos del Sol bajo la forma de una nubecilla de fuego, platica amorosa con una numerosísima comunidad de lamas, a veces de millares. La Voz que misteriosa desciende entonces de lo alto es a la manera del más dulce susurro producido por la brisa en el follaje, y pronto –dicen los tibetanos– la hermosa aparición se desvanece entre los árboles del bosque sagrado.

"Se dice asimismo que en Dharma-Khian ("claustro materno", o "lugar originario" de cuantas influencias han partido sucesivamente desde allí hacia el mundo) se hace comparecer en ciertos días a los espíritus perversos e inferiores, *forzándoles* a que den cuenta de sus fechorías, obligándoles después los Adeptos lamas a que reparen los daños que ellos han causado con su maldad a los mortales. A esta ceremonia es a la que el abate Huc llama inocentemente "la de los diablos o malos espíritus". Si a los escépticos de los países europeos se les permitiese el consultar las relaciones impresas diariamente en Morú*, y en la "Ciudad de los Espíritus", acerca de las comunicaciones que tienen lugar entre los lamas y el mundo invisible, se sentirían ciertamente mucho más interesados por los fenómenos que por modo tan ostentoso describen los periódicos espiritistas. En Buddha-lla, o mejor dicho, Foht-lla o Montaña de Buddha, en la más importante de las lamaserías que existen por millares en el país, se ve flotar en el aire, sin apoyo alguno, el cetro de Boddhisgat regulando todos los actos de la comunidad aquella…"

Como dice muy bien el cultísimo pensador vasco Don Fernando de la Quadra Salzedo, estos *samanos, shaman* u "hombres divinos" son los primitivos arios, "los hijos de los Rishis" de la *Sama-asia,* y también los *samitas* de Italia y los *amanos* o *samanos* del vascongado Nobiliario.

Esta distinción tan extraña de *shakman* ("hombre regio", "hombre solar o espiritual") y *shah-ariar* ("hombre ario" u "hombre propiamente dicho y con pasiones") sigue paralelamente en el texto con los de *Shahra-zada (Sahara,* "la reina hermosa" en lengua hebrea) y *Donia, Diana* o *Deniar-zada.* Así, el nombre de la primera, según Mardrus, equivale a "reina de la ciudad" o "de los hombres", y la segunda, a "reina de los cielos o de los mundos", en sus mil y una designaciones de Diana ("cuasi diva Anna", Calepinus), Astharté *(Isthara,* estrella), Selene, Helena, Isis, Maya, Mara, Ataecina, Proserpina, Phoebea o la Luna… Así, mientras que aquélla se une "humanamente con *Shahz-ariar* todas las noches (cual la mente inferior del hombre lo hace continuamente con los elementos pasionales que debieran estarla subordinados), la otra *Doniar-zada,* símbolo de los altos poderes intuitivos, vela, vigilante, alejada de aquella regia pasión y cuidando tan sólo de despertar a su hermana "al rayar el alba", es decir, al acercarse la salida del divino luminar de los cielos, imagen del humano Espíritu…, ese espiritu sin par que va a resplandecer al punto en el iniciático cuento de cada noche, con el que se aplaza "un día más" la terrible sentencia del Destino (o *Karma de la Humanidad),* contra las simbólicas mil doncellas u "once mil vírgenes", del terrible tributo de aquel fiero sultán prototipo parsi o ario del Sir Morold o "Mauregato" de la leyenda tristánica que detallamos en el capitulo de *Tristán e Iseo* (tomo III de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS).

Por último, el simbolismo se extiende también, como no podía menos de ser, a "las crónicas de los Sasanios", de las que se dice deducido el iniciático libro, y hasta hace en algunos textos "rey de Sassan o Assan, en las islas de la India y de la China", al gran Shahzaman *"el shamano",* porque los tales sasanios no son, como pudiera creerse, los príncipes de este nombre, sino más bien las antiguos *assanios, essenios* o "curadores" del Líbano (de Assa, curación espiritual y física), tan relacionados, como es sabido, con los orígenes "búddhicos" del Cristianismo y con los de otras sociedades iniciáticas, tales como las de las *assasinos* del *Viejo de la Montaña,* en tiempos de los Cruzados, y sus derivaciones actuales africanas de "los Hermanos de la Pureza", o las europeas de Templarios y Rosacruces. El nombre de *Samarcanda,* en fin, no es sólo el de la efectiva capital histórica de la Tartaria, sino también, "por extensión analógico-teosófica", la capital de *Sama* o *Soma,* la región de "los hombres lunares" (de *Soma,* la Luna), gentes que aún ve el viajero en la Rajaputana hindú o región de los Maharajás, que se dicen sucesores *lunares* de los hombres *solares* o *shámanos* del *Mahabharata,* ya desaparecidos de la vista de los hombres, y cuya dignidad caballeresca es tal, que no quiso desarmarlos la propia Inglaterra al colonizar "la región de las cinco ríos" o "marítima Tartaria" de otras tiempos, y que merecen todas las consideraciones también aun a los brahmanes más orgullosos.

**Morú,* "la pura", es una de las más famosas lamaserías del Lha-Ssa, emplazada precisamente en el centro de la ciudad. Allí reside el Shaberon, el Taley-Lama, durante la mayor parte de los meses del invierno, mientras que en los dos o tres meses de la estación calurosa permanece en Foht-lla. En Morú se halla también el más importante establecimiento tipográfico del país. De *Morú* deriva el nombre de un conocido Adepto)

[5] En semejante amorosa porfía del padre y de la hija, aquél, para disuadirla de su heroico intento, que presumía iba a serle tan funesto, le refiere la fábula de *El caballo, el buey y el labrador,* que, en esencia, es ésta:

"Un rico comerciante retirado tenía el don de entender el lenguaje de sus animales, pero con la condición de que a nadie revelase su secreto, so pena de perder la vida. Cierto día en que se divertía viendo jugar a sus hijos, oyó que el buey, comiendo en el mismo pesebre que el caballo, le decía:

–¡Qué envidia te tengo, amigo, viendo el descanso y regalo de que gozas! Tu mayor trabajo consiste en llevar a nuestro amo la rara vez que se le ocurre hacer algún viaje o dar un paseo. Un criado te lava, te limpia el pesebre, te da cebada bien cribada y agua fresca, mientras que a mi, antes de amanecer, me uncen al arado y me hacen tirar de él todo el día abriendo surcos y más surcos en la dura tierra, y cuando me faltan las fuerzas me aguijonea el labrador. Luego que regreso a casa, me dan por todo pienso unas habas negras sin limpiar.

–Eres muy buey, es decir, muy simple –replicolé el caballo–, porque te dejas, sumiso, llevar por donde quieren otros, en lugar de rebelarte. ¿Hace el toro igual que tú? Pues ahí tienes la diferencia…

El buey, acordándose de cuando era toro, no olvidó la lección, así que, al día siguiente, cuando fueron a uncirle como de costumbre, se puso hecho una furia. El amo, entonces, comprendiendo lo que pasaba, cogió al caballo en lugar del buey y le puso a arar como antes a éste, sufriendo el mismo duro trato de que el buey se había libertado por su consejo. Entonces el caballo se dijo:

–Me he acarreado tanto mal por mi imprudencia. Yo vivía feliz y me veo perdido por mi propia culpa, si no se me ocurre un medio de salir del atolladero.

Y el medio que discurrió fue el decirle al otro día al imbécil buey que, viendo su furia, habían decidido matarle y vender su carne en el mercado, sacando así de él algún provecho… Con lo que el buey se decidió a seguir siendo buey, sin el menor intento de rebeldía…"

En obsequio al orden y a la brevedad omitimos el detalle del otro cuento narrado también por el visir a su hija para disuadirla, cuento que, en suma, dice que la mujer del comerciante de marras, al adivinar en su marido que conocía el secreto del lenguaje de los animales, le amenazó con separarse de él si no se le comunicaba. Iba ya el marido a ceder, aun sabiendo que en ello le iba la vida; pero el gallo le salvó diciéndole que él con sus cincuenta gallinas les imponía a todas su voluntad, mientras que el rico amo no sabía imponerla a una sola. La amenaza de un buen pie de paliza administrado a tiempo bastó, en efecto, para poner en su punto la caprichosa vesania de la esposa.

Inútil es el insistir sobre la enseñanza de los dos apólogos. En esta miserable vida no hay nada sino la rebeldía; pero los ya eunucos moralmente, no pueden en modo alguno oficiar de rebeldes. De aquí la importancia de no vender, como hacen tantos, tamaña primogenitura cayendo en la esclavitud moral con daño de su virtud prístina.

El visir, padre de Scheherazada, no dejó de oponer obstáculos a la heroica resolución de su hija. Al efecto, después de mil razones le recordó la fábula del Caballo y el Buey, que es la revelación terrible de la ley del Karma a través de la historia. Sabía muy bien el visir, como sabemos nosotros, que todo aquel que trata de salvar a sus semejantes desvalidos, contrae kármicamente la responsabilidad de todo el uso bueno o malo que ellos hagan de sus enseñanzas, al modo de la llamada responsabilidad civil subsidiaria de las leyes, ora entre los hijos menores y sus padres, ora entre los deudores y sus fiadores. Así, en la fábula del visir, compadecido el caballo de los malos tratos que al buey daba su amo, le aconsejó la rebeldía; pero así que el buey se hubo rebelado, el amo cargó sobre el caballo todo el peso de aquellas cargas que, por su consejo, el buey había dejado de llevar, y así soportó el caballo su desventura hasta que le hizo al buey la segunda revelación, o sea la de que el amo le dejaba engordar en la holganza para matarle y comerle después, con lo cual el buey abrió los ojos y se sometió voluntario a su cruz antigua… La clave de las dos Magias, la Blanca y la Negra, se tiene aquí.

[6] Si no se saliese de nuestro plan actual, consagraríamos a este interesante asunto una mayor extensión, y acaso podríamos alcanzar a despertar en el lector la intuición de que muy probablemente el primitivo libro sánscrito

del *Pancha-tantra,* hoy perdido (no el que con dicho título trajo a Europa Wilson en 1827), consistía en cinco libros series o *Tantras,* y de aquí la magia tántrica al modo de los *Vedas* o del *Pentateuco,* colecciones simbólicas también; y, en fin, que dichos libros, en cierto modo independientes, se adaptaban, respectivamente, a la enseñanza de las cuatro castas y la quinta de los parias, según sus virtualidades respectivas. Lo que hoy conocemos por *Mil y una noches* serían entonces fragmentos de las enseñanzas simbólicas para *guerreros, chaltryas* o caballeros, y el libro de los *vasyas* o comerciantes serían los cuentos traducidos por Alemany y cien otros, como tal *Pancha-tantra.* Ciertos pasajes de grosera factura deslizados en *Las mil y una noches* árabes podrían muy bien constituir, como de hecho constituyen, la literatura pornográfica de todos los países, es decir, una enseñanza, cruel en verdad, por su consecuencia, para los degradados o para los parías espirituales que tanto abundan.

Por otra parte, así como el *Mahabharata* y el *Ramayana* son los precursores hindúes de los poemas homéricos, las fábulas del *Hitopadesa* son las precursoras, quizá, de *Las mil y una noches,* y en ellas el sabio shamano Visva envuelve en apólogos la moral que tiene el encargo de enseñar a los perversos hijos del radja Sudarsana, los ario-atlantes o *mlechas.* Según Langlés, en sus *Fables et contes indiens. (Calila et Dimna* o *fábulas de Bidpay, en árabe,* etc., por Silvestre de Sacy (1816) y la misma fábula, puede verse en la obra del inglés Knackbull).

Su compilación se atribuye, además, a *Glipé,* que, cuatrocientos años antes de J. C., dicen, lo compuso valiéndose de antiquísimos cuentos. Después fué traducido al pelvi en el siglo VI por orden de un rey persa; luego lo fué al árabe, al turco y a más de veinte idiomas antiguos (Cantú, *Historia Universal,* libro II, cap. XVI), arrastrando siempre, por supuesto, mil supersticiones y errores religiosos y sensuales de los decadentes pueblos por los que iba pasando.

[7] A fin de evitar toda crítica malévola respecto de nuestras sinceras y bien intencionadas interpretaciones, consignamos, de una vez para siempre, *que no las asignamos valor objetivo alguno, sino aquel naturalísimo valor subjetivo que nace de las ideas surgidas en nuestra mente con la lectura del gran libro.* Además, el dilema que con aquellas surge es satisfactorio en alto grado, mírese como se mire, porque si realmente fue como pensamos la intención ocultista de los anónimos autores del mismo, nuestras interpretaciones serían todo un efectivo y ruidoso triunfo del Ocultismo teosófico, y un triunfo literario nuestro, más o menos modesto, en el caso más desfavorable de que careciesen de tal valor objetivo.

[8] Para no dar excesivas proporciones a estos comentarios, nos hemos visto precisados a extractar, no siempre con la debida felicidad, los hermosísimos cuentos del texto, razón por la cual es obligación nuestra el advertírselo así a los lectores, quienes ganarían no poco si, después de leído cada uno de nuestros capítulos, pasasen la vista de nuevo por el texto original, ya de Galland, ya de Mardrus o de cualquiera otro, ampliando con ello seguramente las ideas ocultistas sugeridas por nuestros respectivos comentarios o acotaciones.

[9] En el texto de Mardrus se emplea la palabra *genn* como plural de *genni* (genio), y se designa al suegro del primer jeique de la corza con la palabra *tío,* o sea "hermano de su padre", en consideración a la humana Fraternidad que a todos nos liga. Igual sucede aún en diversas aldeas españolas; "la hija de su tío" era, pues, sencillamente, su mujer. También se habla de *Cheitan* o "Satán" y de *efritas,* o séanse efrites femeninos. Asimismo consigna la historia contada por el tercer jeique y que Galland sabiamente omite, pero en ella se reconoce a la legua que es una interpolación posterior, hecha con cargo a otras historietas análogas, a saber: que la mujer del jeique, en ausencia de éste, se había entregado a un su esclavo negro y, no contenta con ello, le había transformado a él, por malas artes, en perro, hasta que la hija del carnicero que le echaba huesos para que los royese, comprendió el engaño y le restituyó a su primitiva forma, ni más ni menos que en la historia del viejo primero o de la corza. A la malvada, además, la transformó en una mula, es decir, en un sér hibrido y estéril, que era la que a la sazón conducía el jeique tercero.

[10] Mardrus nos da las equivalencias filológicas de estas palabras, que nosotros nos permitimos modificar así, guiados por la declinación sánscrito-latina: *genn,* genio; *genni,* genios (plural); *genia,* genio hembra; *efrit, efrita,* genio perverso; *afarit,* plural de *efrit* o de *efrite; Cheitán,* Satán, etc.

[11] Tan cierto es esto, que en todas las escrituras primitivas (runas, caracteres ogámicos o gaedhélicos, cifras mogolas, etc., sin excluir tampoco al sánscrito), la cifra o trazo correspondiente a la respectiva letra o número va adherida a una línea recta, horizontal o vertical, verdadero renglón o pauta escrituraria en la que el número o letra aparece fijado como las barbillas en la caña de la pluma del pájaro, o las hojuelas de la palmera en el eje principal de cada hoja o rama de la que arrancan. No se olvide tampoco *(El tesoro de los lagos de Somiedo,* cap. XI) que las letras arcaicas han recibido sus nombres, entre los pueblos occidentales, cada una del de su respectivo árbol simbólico: la A, del abeto; la S, del sauce; la U, del urce, etc. Se comprende, pues, que la Humanidad, al profanar estas verdades en las épocas del mayor esplendor de la Atlántida, o sea, en el cuento, al tirar a diestro y siniestro los conocimientos iniciáticos, se hiciese acreedora a la muerte, como se lee también en aquel terrible "de muerte moriréis si coméis el fruto prohibido" que consigna el *Génesis.*

[12] Uno de los detalles en que más se aprecia el espíritu de verdadera fraternidad característico de las caballerescas costumbres antiguas, directas herederas de una *Edad de Oro* perdida, es el que estas frases, frecuentísimas en *Las mil y una noches,* se simboliza. Siempre los héroes se casan "con sus primas", o séase *con mujeres de sus mismas creencias,* hijas, por tanto, de "hermanos de su padre", no tanto en la sangre cuanto en el espíritu. Este punto, que parece baladí, nos da la clave del porqué a los hombres forasteros (vendedores, etc.), se los da aún en los pueblos el nombre de "tíos", sin por ello ofenderles, y también se denomina así a los "suegros".

En otro orden de consideraciones, se explica asimismo lo de los pretendidos incestos de las leyendas, tales como el de Sigmundo y Siglinaa en *La Walkyria,* de Wagner, o los de los reyes de los incas, *hermanos,* si, pero no por la sangre, sino por lo que vale mucho más: ¡por el espíritu!

[13] Véase en *Por las grutas y selvas del Indostán,* de H. P. B., el cap. IV, en que se habla de esto por extenso.

[14] Reservamos, para cuando en los capítulos próximos hablemos del inmenso mito de *El Pescador,* el dar, con cargo a Galland y a Mardrus, lo relativo a la primera parte de la *Historia de Juder.* Para los efectos de esta nota, basta reproducir la segunda parte de la misma, parte que, como arriba decimos, no figura en el texto de Constantinopla y sí en el de Siria.

En esta segunda parte Juder, el pescador, después que ha conseguido de su Maestro la posesión de un saco mágico, especie de "varita de virtud" con la que obtiene al punto todos cuantos imposibles desea, nos narra la aventura de sus dos malos hermanos en estos abreviados términos, extractados de la versión franco-española del texto sirio:

"Pero el maestro Al-Samad (el shamano) le dió a su discípulo Juder otra porción de cosas, y lo que valía más, los más sabios consejos para conducirse prudentemente en la vida. Después se despidió de Juder poniéndole en camino para El Cairo, donde llegó en pocas horas, gracias a su mular efrita, penetrando por la Puerta de la Victoria y abrazando él su madre, que ansiosa le aguardaba pidiendo limosna a los transeúntes porque, de nuevo, sus perversos hijos Salem y Salim le habían despojado de cuanto oro la dejase Juder al partir.

Pronto el saco prodigioso comenzó a hacer de las suyas. Gracias a él, la hambrienta anciana pudo refocilarse con una cena en platos de oro que envidiaría un sultán, y, asombradísima de aquellas maravillas, obtuvo de su hijo la explicación entera del misterio, aunque haciéndola prometer que guardaría secretas las fórmulas mágicas indispensables para conjurar a la gennia encargada de sus suministros.

Pero aconteció lo de siempre. Que vinieron los malvados hermanos de Juder, y después de refocilarse también, cual nunca en su vida, no se contentaron con eso, sino que, llenos de suspicacias y envidias, entre halagos y amenazas, consiguieron de la pobre vieja que les revelase el secreto de aquellas fórmulas, secreto que, a su vez, prometieron guardar.

Al siguiente día Salem dijo a Salim:

–¡Oh, hermano mío!, ¿hasta cuándo vamos a continuar viviendo en casa de nuestro hermano como criados suyos? ¿No sería mejor que nos quedásemos con el saco de la abundancia y apoderándonos al par de Juder le vendiésemos al Capitán mayor de la Marina? Calla y obedéceme.

Los dos malvados pusieron por obra su plan. Juder, engañado por ellos, fué apresado por dos esbirros del Capitán mayor en el momento mismo en que les obsequiaba a todos en un banquete con los cuarenta platos mágicamente obtenidos del "saco de la abundancia". Como José, el hijo de Jacob, de la Biblia, Juder pasó así un año, reducido a la triste condición de esclavo remero, al cabo de lo cual, una tempestad estrelló al navío, salvándose sólo él y llegando a un campamento de beduinos donde un bondadoso mercader del Hedjad le tomó a su servicio en una peregrinación que hizo al templo de la Kaaba. ¡Cuál no seria la sorpresa del cuitado al encontrar entre los peregrinos a su protector el propio jeique Abd Al-Samad!

El moghrebín cogióle de la mano, y llevándole a su palacio, vistióle como un príncipe, diciéndole después de consultar a los otros:

–¡La desgracia se alejó de ti ya para siempre, oh Juder! Has de saber, en efecto, que tus envidiosos hermanos acaban de ser presos y encerrados en una mazmorra, después de haber maltratado una vez más a vuestra pobre madre, apoderarse del "saco de la abundancia" y desafiar, con las riquezas por él obtenidas, al propio rey, quién les ha arrancado la verdad, quitándoles el saco y condenándoles como merecen. En cuanto a ti, toma este anillo, el propio anillo mágico que antaño tomaste del dedo de Sahamardal, y con el cual, si le frotas, todos tus anhelos se verán al punto cumplidos, porque has de saber que el tal anillo tiene por servidor a un genni llamado *Potente-Trueno,* quien estará a tus órdenes como verás.

Y diciendo esto, el jeique frotó el anillo (precedente del de Alberico), y al instante se presentó sumiso un tremendo genni, diciendo con tonante voz:

–¡Heme aquí, oh sidi! ¡Mándame, y obedeceré! ¿Quieres reconstituir una ciudad antaño destruída? ¿Quieres eliminar a un rey y acabar con todo su ejército? ¿Deseas, en fin, algo de cuanto hay en tierras, mares o cielos…? ¡Habla, pues; tu voluntad es mi ley!

Juder, emocionadísimo, pidió el volver a su hogar, y no bien hubo hablado cuando el genni, cargándole sobre sus ciclópeas espaldas, en menos que se dice lo dejó en El Cairo, al lado de su madre y de sus hermanos, a quienes, compasivo, hizo sacar de la prisión. Éstos, temiendo que fuese a matarlos para vengar su crimen, se arrojaron llorando a los pies de Juder, quien, una vez más, les perdonó, sin necesidad de apelar a la intercesión materna. No hay para qué describir tampoco el espanto que el obediente genni del anillo despertó en su corazón. Las hazañas de este último no tuvieron limites, pues que, bajo el simple mandato del dueño del anillo, construyó de la noche a la mañana un soberbio palacio, cien veces mejor que el del rey, con una de comodidades, bellezas y tesoros en oro y pedrería que no tenía fin, tanto que llegó a despertar los recelos del propio sultán de Egipto, incapaz de explicarse tamaña maravilla, y acabando por conceder a Juder la mano de su propia hija. Los hermanos de este último vieron servidos, gracias a la munificencia del genni, sus menores ostentaciones y caprichos, pero la mala planta de la envidia seguía arraigadísima en sus negros corazones…

No necesitamos dar el pormenor de cómo se realizó todo aquello de la construcción del palacio, ni de cómo el genni, transformado en portero mayor del mismo, trataba a los visitantes que, cual el visir del rey, había intentado antes apoderarse del palacio con cincuenta de su guardia, ni, en fin, cómo el propio rey se viera empequeñecido aliado del que acababa de hacer su yerno, por miedo a que se apoderase de su trono, todo por la misteriosa omnipotencia de la mágica joya salomónica arrancada del tesoro de Schamardal. Muerto de allí a poco el rey, Juder se vió sultán del Egipto y visires sus hermanos.

Pero éstos no descansaban en su envidia eterna.

–¿Hasta cuándo, hermano –se decían uno a otro–, vamos a estar siendo esclavos de ese Juder?

Y maquinaron una vez más su perdición. Para apoderarse del anillo, le envenenaron en un banquete; Salem le cortó el dedo para mejor extraerle la joya, y con el anillo se adueñó también, como era lógico, de Potente Trueno, su genni, a quien tuvo desde entonces a su arbitrio. Mas, ¡oh eterno castigo de la ambición humana!, lo primero que sobrevino a los dos traidores fue el venir a las manos por la posesión de la joya. Salem, que era quien la había arrancado con el dedo del muerto, ordenó al genni que se apoderase al momento de su hermano Salim y del cadáver de su otro hermano Juder, y los echase al río a entrambos. Después, por el poder del anillo, se hizo reconocer sultán, desposándose con la viuda de este último, continuando con una serie de tropelías inauditas por el estilo de las que se acaban de narrar.

Está escrito, sin embargo, en el Gran Libro del Destino, que no sea jamás durable el triunfo de los perversos. Así que; El Sett-Asia, la traicionada esposa del santo Juder, en la misma noche de su forzada boda con Salem le envenenó, librando al mundo de este monstruo y haciendo trizas al anillo mágico para que a nadie se le ocurriese desde entonces tentar otras aventuras mágicas que las que nacen en el hombre de sus propios esfuerzos redentores y de su propia justificación."

No hay que decir que el texto transcripto y la famosa historia base de *El Anillo del Nibelungo* o *Tetralogía de Wagner,* son una cosa misma.

[15] La crítica demasiado exigente que hoy se usa nos pedirá en el acto pruebas documentales de semejante aserto, pero nosotros responderemos simplemente que tales pruebas son los textos mismos, según los iremos presentando, y en los que el lector verá por si propio la grandísima probabilidad que tiene de ser cierta nuestra hipótesis. Sólo así, además, puede quedar expurgada la obra de multitud de pasajes que hoy la afean, rompiendo su unidad primitiva con cosas en las que se ve la inhábil mano de interpolaciones ulteriores.

[16] En el texto análogo de Mardrus se le llama "Kerim" a este pescador.

[17] Sobre este humo negro, característico de la necromancia, puede verse el notable relato de H. S. Olcott en su *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica,* tomo I, capítulo IV. En él, un mago negro, mediante ciertos conjuros pronunciados con un texto cabalístico en las manos, logra mostrar al asombrado Olcott densos humos negros salidos aparentemente del borde de la Luna. Tal vez por eso también, en el extraño lenguaje de la necromancia de los sacerdotes mayas se denomina frecuentemente a nuestro satélite "el espejo negro que humea". (Véase sobre ello a Alfredo Chavero en su *México a través de los siglos,* tomo I de la Enciclopedia Riva Palacios).

El vaso que encerraba al genio es, como se ve, una especie de "caja de Pandora", fuente de todos los males de la pobre Humanidad por haber despreciado, necia, los bienes que el genio hubiera podido otorgarla en un tiempo. La pregunta del astuto pescador al genio recuerda de lejos a las célebres que median entre el dios Wotan y Mimo el nibelungo en el primer acto de *Sigfredo.* (Véase este último epígrafe en nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista).*

[18] En el curso de la discusión entre el pescador y el gigante, cuando aquél se resistía a libertar a éste de nuevo, hubo de contarle para justificar su conducta, la leyenda de *El rey griego y el médico Dubán,* que, en esencia, es como sigue:

"Había en *Zaman,* comarca de Persia (otra vez y siempre los "Shamanes" de los capítulos anteriores), un rey cuyos súbditos eran griegos de origen. Este rey estaba lleno de lepra, y sus médicos no sabían cómo curarle, cuando se presentó en la corte un médico habilísimo, llamado Dubán, que había adquirido su ciencia en los más antiguos libros de filosofía de todos los países, y conocía todas las propiedades mágicas de las plantas y las drogas, pero que propuso al rey el curarle sin emplear ninguna. El médico, en efecto, preparó un mallo o martillo, poniendo dentro de él la medicina adecuada y diciéndole al rey que se ejercitase tan sólo en su manejo y en jugar al mallo con una bola hasta entrar en reacción, con lo cual quedaría curado. El rey obedeció y quedó curado en efecto.

Pero el visir de la corte se llenó de envidia, y, para perder al médico, le dijo al rey que éste no era sino un traidor que se habla introducido cerca de él para asesinarle.

–¿Cómo puede ser eso –replicó el rey–, cuando para matarme le habría bastado con no curarme como le ha hecho? Me acuerdo muy bien, además, de la leyenda del rey Sindbad y su visir, y de cómo este rey, después de haber matado a su papagayo, que le refirió la historia de todas las infidelidades de su esposa la reina, se arrepintió de haberle muerto.

–¡Señor! –insistió el visir–. ¿Y quién puede asegurar que el médico Dubán ha curado a vuestra majestad y que a la larga no le cause el remedio por él dado un efecto pernicioso? Yo no quiero ser tan poco celoso en los cuidados que debo hacia vuestra majestad como aquel otro visir, que, por no preocuparse lo bastante de su príncipe, dió lugar a que éste se perdiese cierto día en la selva persiguiendo a una cierva, la que resultó después

ser una dama que se llamaba falsamente la hija de un rey de las Indias, y que, en realidad, era la mujer de un terrible ogro que no pensó sino en perderle.

El rey griego, que, naturalmente, era de escaso talento, y tenia, además, la nativa propensión humana a creer menos a la verdad que a la mentira, cedió al fin ante la infame propuesta del visir y mandó decapitar al médico, quien, al tiempo de recibir el golpe fatal, y arrepentido de haber hecho tan buena acción de curar a un rey tan necio, le dijo:

–Puesto que no me ha creído ni tampoco a cuantos me abonan, pensando que quien le dió la salud pueda pretender el quitarle la vida, permitidme, al menos, que vaya a casa a despedirme de los míos y legar mis libros a personas capaces de hacer de ellos mejor uso. Uno de estos libros es tan particularmente precioso que él solo vale por todos cuantos pueda encerrar la biblioteca de vuestra majestad.

–¿Púes qué contiene el tal libro? –preguntó el rey.

–Señor –contestó el médico–, el libro contiene infinidad de cosas curiosas: tanto, que, cuando haya sido separada del tronco mi cabeza, ella puede responder a cuantas preguntas la haga vuestra majestad, con tal que leáis en la hoja sexta, línea tercera del libro, lo que allí se dice.

–Concedido –dijo el rey–; pero no pienses que por ello he de dejar de hacerte morir, siquiera sea por el ansia que siento de saber qué es lo que me responde tu cortada cabeza.

Como se ve, el rey, a más de ignorante, era egoísta e injusto, cual suelen serlo todos los ignorantes. A una simple señal suya, la cabeza del pobre médico rodó por los suelos, abrió un momento los ojos y dijo al rey que consultase el libro.

Pero con gran sorpresa, notó el monarca que el libro estaba en blanco todo él, y nada pudo encontrar, por tanto, aunque, mojando el dedo, pasó una tras otra sus hojas. Pronto, sin embargo, el activísimo veneno que éstas contenían, hizo su efecto, y el imprudente rey pagó su brutalidad e ingratitud para con el médico que le había salvado, perdiendo allí mismo la vida…

No hay que decir que en esta lindísima historieta se ve retratada una vez más la ceguera humana y su eterna ingratitud hacia sus bienhechores, a quienes crucifica, mientras que presta oídos a los malvados, que la engañan y la pierden. Por supuesto, la curación del rey no se debió a otro "mallo o martillo" que al manejo de la emblemática "tau", quiero decir, al constante empleo en la vida del arma de la justicia que en la "tau", "balanza" o Martillo de "Thor", se simboliza.

En el cuento en cuestión aparece además "la cabeza parlante" de otros mitos, cabeza caricaturizada por Cervantes durante la estancia de Don Quijote en Barcelona, en recuerdo quizá de estos cuentos.

El texto de Mardrus designa al rey Salomón del consabido sello o estrella de las seis puntas, con el nombre de Soleimán, hijo de Daud y señor de todos los genios, benéficos y maléficos, con lo cual se patentiza el carácter "solar" de semejante iniciado clásico. El nombre del genio rebelde, a su vez, es el de *Sakhr-el Genni,* o, como si dijéramos, el *sagrado* o *sacro jina.*

Los nombres del rey griego y de su médico Dubán (o Douban en las versiones francesas) son, respectivamente, *Yunán* y *Ruyán,* que parecen aludir, el uno a *Yama,* el dios o el rey de la Muerte, y *Runan,* "el hombre de las runas", o sea "el conocedor de la Sabiduría Primitiva, en las runas escritas"; tanto, que luego al país de aquél se le dice "el país de los *runan,* con su capital en *Fars",* denominaciones mal atribuidas por el traductor a Bizancio y a los griegos cristianos.

En obsequio a la brevedad, al tratar del médico Dubán omitimos la historieta de *El marido y el papagayo,* reducida a referir que cierto buen hombre se vió prevenido por su papagayo de que, en su ausencia, le había traicionado su mujer. Ésta, para defenderse de tamaña inculpación, hizo que sus esclavas estuviesen toda la noche remedando los ruidos y lluvias de la tempestad, para que el engañado loro, al otro día creyese que, en efecto, había estallado una tormenta y su mentira probase también la falsedad de la acusación de infidelidad que había lanzado contra su dueña. El señor, viendo que tal tempestad no había existido, pensó que tampoco habría acaecido lo otro, por lo que dió fiera muerte a su ave predilecta.

Pues bien; esta historieta aparece muy mejorada en el texto de Mardrus con la de *El halcón del rey Sinda-bad,* de Fars, halcón a quien pinta salvando a su amo de que bebiese cierta agua de un árbol, envenenada por una serpiente, cuando iba persiguiendo frenéticamente, como los héroes de tantas leyendas, a una hermosa gacela. No acertando a comprender la extraña oposición del ave, la dió muerte, convenciéndose de allí a poco de su error.

¡Hermosa manera la de éste, como la del otro cuento, de simbolizar nuestra eterna locura, desoyendo, ciegos nosotros como el rey de marras, los supremos y salvadores consejos de nuestra *Ave-Mágica* o Conciencia moral, que continuamente nos está previniendo contra las *mayas* o "engaños e ilusiones de este bajo mundo"! En semejante sentido alegórico, los dos insulsos cuentos se transforman en dos preciosas joyas, en dos fábulas harto dignas de ser siempre recordadas en nuestros peligros a lo largo del sendero de la vida, y por eso, sin duda, están intercaladas en el gran apólogo del rey y el médico Dubán, cuya enseñanza moral es, en el fondo, la misma.

Otra fabulita por el estilo es la de *El príncipe y la vampiresa,* dada bajo el titulo de *El visir castigado* en el texto de Galland, y que se reduce a contar de qué manera un príncipe, enamorado de esta última, a quien encuentra abandonada en el bosque solitario donde le han llevado a aquél sus cacerías, logra libertarse de ella invocando el sacrosanto nombre de Alah, o sea "el Señor de los jinas, porque Alah como Jehovah son nombres

colectivos, designadores, en otras etimologías, del mundo de los jinas", región superior al "de los hombres mortales".

[19] ¿Será el título de esta "historia" un eco lejano de la famosísima japonesa de "Las aventuras de los 49 capitanes", que es una de las obras maestras de la literatura universal? No lo sabemos; pero no deja de ser curioso el que aun a través de la novela de Tamenaga Shunsny, que se apoya en la antigua leyenda japonesa de "Los 47 capitanes" (nosotros creemos que 49), se transparente un mito atlante más de los muchos que sirvieran para *Las mil y una noches,* como se ve por este resumen:

Kira, plebeyo visir del Mikado, recibe insolentemente a los dos excelsos príncipes samuráis o samanos: "Campo-de-la-Mañana> (Venus matutino) y "Pozo-de-la-Tortuga" (Venus vespertino), por lo que ellos le matan y tienen que suicidarse luego con arreglo a la terrible ley japonesa del "bushido". Entonces todos los guerreros del clan de Ako, "oca o cisne", es decir, "los hombres-cisnes", "hombres venustos" guros o escogidos, se conciertan secretamente, y bajo las órdenes de su jefe, "el guerrero de la peña grande., "Pedro", "Peter" o "el Gran Hierofante", como si dijéramos, y se constituyen en guerreros independientes para vengar la ofensa y desterrar a los mantenedores del ambiente degradado que rodeaba al trono y al país. Sin embargo, el tiempo hace su efecto, y los 47 o 49 capitanes, así juramentados, van olvidando, unos tras otros, aquellos sus altos deberes, hasta que sus mujeres, más heroicas que ellos, se los recuerdan, moviéndolos al fin a lanzarse a la aventura contra el sultán y su visir y abriéndose el vientre después.

Como se ve, se trata en "los 47 capitanes" de una leyenda de heroísmo que ha ido corriendo en el Imperio del Sol Naciente de generación en generación, hasta acabar allí con la novela dicha de Tamenaga, y en el Occidente persa con la desnaturalizadísima "Historia de Baibars y de los doce capitanes", cuyos respectivos asuntos poco o nada recuerdan ya a aquella tradición heroica, tradición luego repetida en Roma por el puñado de estoicos que se suicidaron de igual modo, por no querer sobrevivir a la ruina de la República romana, después de asesinar al tirano Julio César.

[20] Aquí está probablemente el entronque de los célebres desposorios anuales del Duc o Señor de la República de Venecia con la mar, que discurre por los canales de aquella ciudad tan gloriosa y tan relacionada con Oriente, merced al continuo comercio que por sus naves hacia. Semejante hecho, además de recobrarse un anillo arrojado al mar por su dueño, se reproduce en la leyenda griega de Gitges, en la medioeval de "El anillo de Zafira" (Conf. teosóficas, t. I) y en algunas otras que no hay por qué detallar.

[21] He aquí ya, desde bien antiguo, la prueba medioeval del fuego; la ceremonia aria de las hogueras sagradas que aún atraviesan ciertos sacerdotes hindúes sin quemarse, como ha sido comprobado por numerosos viajeros, y, en fin, las hogueras de San Juan, como uno de tantos recuerdos druidas que aún perduran en nuestros tiempos.

[22] Vése aparecer en este "imposible" a la propia tradición relativa al Dalai Lama o gran sacerdote buddhista de Lhasa, quien se dice que, cuando muere después de una larga vida consagrada a su altísimo sacerdocio, reencarna inmediatamente en el cuerpo de un recién nacido, cosa que se aprecia en seguida porque el niño se pone a hablar de cosas de religión cuando apenas cuenta meros días de existencia. Semejante trasgresión aparente de las eternas leyes naturales, claro es que se debe a meras "mayas" sobre cuyo *modus operandi* no podemos detenernos, si es que por ventura le conocemos.

[23] Henos aquí frente a frente con un mito hebreo que tiene sus concordantes en todos los países de la Tierra, especialmente en Caldea, con el Pez Oanes o Dagón, el gran Instructor salido del mar, y cuya palabra era medicina al par para el cuerpo y para el espíritu, y en España con la leyenda de Juan el Pescador, que hemos glosado en los "Mitos" de nuestras Conferencias teosóficas. Los numerosos "peces" de *Las mil y una noches,* los del Evangelio de San Mateo (IV, 18-22) y tantos otros relacionados con el *Ictius* simbólico de los primeros cristianos, en representación del signo zodiacal de este nombre, reconocen igual origen *terapeuta* o salvador, más aún de los males del espíritu (pecados) que de los del cuerpo.

[24] En cuanto a la historia del décimo capitán, es simplemente la de cierta hermosísima tejedora hija de un jeque, de la que se prenda Mohamed, el hijo del rey. "¡No me casaré contigo si no sabes un oficio!", le dice; y deja, en efecto, asombrado al rey, su suegro, enseñándole al príncipe, en sólo una hora de tiempo, a tejer una tela maravillosa, en cuya trama se veía reproducido el jardín y el palacio con la más prodigiosa fidelidad.

En la historia del capitán undécimo se narran las maravillas de cierto caballo nacido el mismo día que el hijo del rey, y que le sirve a este hijo en los trances más apurados de su vida, al modo de como se ve en el célebre mito de Blanca Flor, por lo que nos creemos dispensados de repetirla. La duodécima y última historia de los doce capitanes va ya anteriormente referida.

[25] Los detalles de este interesante cuento pueden verse en el tomo XX de Blasco. Como en todos los de su índole, el problema que plantea el sultán al visir es de los "de vida o muerte", como lo son los de las verdaderas iniciaciones. Por eso aparece la tal amenaza de muerte en tantos cuentos anteriores, empezando por el que sirve de base a todo el libro de *Las mil y una noches.*

[26] Siempre que en esta clase de cuentos simbólicos el iniciado se casa con la hija del iniciador, el buen ocultista ha de entender que se halla adulterado el texto, porque, como dice la maestra H. P. B. en el tomo III de *La Doctrina Secreta* (páginas 389 y 410 de la edición española), "en el antiguo Egipto –y lo mismo en la antigua Persia– la mujer debía ser "la señora del señor", y su verdadera dominadora (matriarcalismo atlante), y el marido se comprometía "a obedecer a su esposa", para la producción de resultados alquímicos, tales como el "elixir de vida" y la "piedra filosofal" –o sea, en el presente cuento, para la confección del misterioso sello exigido–, pues

que los alquimistas necesitaban al efecto de la ayuda espiritual de la mujer. Pero, ¡ay del alquimista que tomase este auxilio en su muerto sentido de unión sexual! Semejante sacrilegio –que es siempre el que aparece en cuantas versiones semejantes nos han legado todos los libros de esta clase desde el de *Las mil y una noches* hasta el mismo *Mito de Psiquis,* de Apuleyo–, le arrastraría a la magia negra, y fuera irremediable su fracaso. Los verdaderos alquimistas de la antigüedad se ayudaban con mujeres *viejas,* evitando toda relación con las jóvenes, y si, por acaso, alguno de ellos fuese casado, trataba a su propia esposa como a hermana algunos meses antes de proceder a la operación alquímica y mientras la llevaba a cabo".

Por supuesto que esta nota no reza con los lectores positivistas a quienes, para no entrar aquí en más explicaciones, les permitiremos que se sonrían.

[27] ¡Cuán hermosa es esta enseñanza simbólica, de equiparar las joyas a las frutas, que son joyas más que preciosas para el hombre!

[28] ¡Otra vez, y siempre aparece el "Shamano" o cultivador de la Religión Primitiva del Espíritu!

[29] Esta metamorfosis del hombre en pez y del pez en hombre, no es propia solo de la vieja demopedia española, puesto que en tiempos tan recientes como los del siglo XVII ha tenido una vivificación en la famosísima de "El Hombre-Pez", de Liérganes (Santander), según en deliciosa crónica de *El Liberal,* nos ha narrado (agosto de 1916) el genial escritor Pedro de Répide.

La fácil pluma de este último nos refiere, en efecto, que allá por el año 1679 se presentó a unos pescadores de Cádiz un, ser humano que parecía vivir en el mar como en su elemento. Llevado al convento de los franciscanos, pronunció la palabra *Liérganes.* Entonces se escribió a D. Domingo de la Cantolla, fundador de la "Casa de los Cañones", que aún se conserva en Liérganes, y secretario de la Inquisición, quien comunicó que cuatro años antes había desaparecido un joven de aquellos lugares y que no podía ser otro sino el así transformado. Llevado luego el hombre-pez a Liérganes, realizó allí mil hazañas acuáticas, semejantes a las del "Pez Nicolao", el que en las costas de Nápoles y de Sicilia sirvió de correo marítimo, con espanto de las sencillas gentes, quienes no se vieron tranquilas hasta que la "Santa Inquisición" no hizo lo que debía en el asunto.

[30] Esta versión figura ya en nuestras *Conferencias teosóficas* .

[31] Los nombres de estos protagonistas se prestan a no pocas interpretaciones filológicas a base de ciertos nombres antiguos del Sol y de la Luna (Beder o Bedred y Nured o Nurag). La desinencia "din" o "djin" es típicamente *jina,* con todo el alcance que a ella hemos dado en nuestra obra *El libro que mata a la muerte o libro de los jinas.* La índole especial de lo que ahora nos ocupa no nos permite entrar tampoco en disertaciones acerca de los diversos nombres de Nureddin Zineby, de otros textos; de "Hassan" y "Schemseddín", de Egipto; "Nula-djin", de Balsora, y "Beldad y Agib" o "Bija", que es palabra mágica, como puede verse en el capítulo último de nuestra *Simbología arcaica,* y en algún otro.

[32] Como se ve, las simbólicas "manzanas" del cuento son en él, como en el relato genesiaco de "la caída de Adán y Eva" y en el mito griego, verdaderas "Manzanas de la Discordia".

[33] De aquí la repetición del "tema de vida o muerte" característico de las iniciaciones, y también la repetición del tema fundamental de la obra que nos ocupa, tema que surge doquiera en el gran libro.

[34] Aquí entronca el notabilísimo *Libro de Kamaralshamán* y *Bádura,* que vendrá después.

[35] Aquí entra el cuento de Galland titulado "Historia de las dos hermanas envidiosas de la otra menor" base del célebre cuento de *La Cenicienta,* como en otro lugar veremos.

[36] Hasta aquí la primera parte de la historia, reflejo fiel de la tradición que corre por el vulgo.

En la parte segunda se agregan más detalles de la vida del Marqués, los que nos orientan un tanto hacia la verdad histórica de tan notable personaje.

Don Enrique de Aragón, o de Villena, como tío del rey y descendiente en línea recta del gran Jaime I de Aragón, era respetadísimo en la corte de Castilla. Su padre D. Pedro, que había casado con doña Juana, hija bastarda de D. Enrique II, y reina después de Portugal, había muerto en la batalla de Aljubarrota. Por su generosa renuncia a su titulo de Condestable, se le compenso con los señoríos de Cangas de Tineo, y por la dote de su esposa doña María de Albornoz, con otras muchas villas castellanas.

Su afición a las letras contrastaba con la brutalidad guerrera de la época.

Desde muy pequeño adquirió una cultura de polígrafo, siguiendo la tradición de aquellos colosos árabes que poseían a la perfección los más opuestos conocimientos en Lenguas, Poesía, Historia, Medicina, Derecho, Astrología y Alquimia. De aquí que la necedad de la época atribuyese tan sobrehumana cultura a malas artes de brujería. Los Abu-Hanifa, los Albertos Magnos, los Lulios medioevales, no fueron en tales órdenes sino otros tantos marqueses de Villena, odiados por el ignaro vulgo, hasta el punto de cristalizar tales odios en la forma antedicha, que siempre la Humanidad ha sacrificado así a sus redentores augustos.

La calumnia contra él acaso tomó cuerpo con ocasión de sus justas pretensiones a la Maestranza de Calatrava, quien, dada más a fines guerreros que científicos, no podía tolerar como Gran Maestre a aquel sabio incomprendido. Don Enrique y su esposa, además, se odiaban cordialmente; pero a pesar de ello, ésta jamás se prestó al divorcio. La leyenda que tenemos a la vista cuenta que, como su calidad de casado le impedía el voto

de castidad exigido, cierta noche entraron en el aposento de la dama seis enmascarados, dispuestos a robar a la Marquesa, y añade que eran gentes pagadas por el Marqués, quien fingió defender a su esposa.

Don Enrique iba al fin a ser nombrado Maestre, en armonía con las observaciones astrológicas de los sabios de la corte. Pero fieles servidores de la Condesa, a quien se le creía muerta, se dieron trazas a encontrarla encerrada en las mazmorras de un castillo, por orden de su marido, según se decía. Entretanto se celebraba el juicio de Dios sobre si el Marqués era o no culpable de la muerte de su esposa, quedando vencedor en él.

La presentación de doña María en la corte dió al traste con el nombramiento de su esposo, quien indignado se alza en armas contra su soberano; pero es vencido y hecho prisionero. Iba a ser castigado por su ambición y rebeldía; pero fue perdonado por el Rey a instancia de la Condesa. El Marqués desde entonces vivió una vida retirada, consagrándose por entero al estudio, y dando lugar, con su alquimia incomprensible, a la singular leyenda de *La redoma encantada,* de tan exquisito sabor filosófico y mítico oriental.

En la curiosa leyenda alquimista del Marqués de Villena se adivina la influencia de la Doctrina Secreta, conocida por los cabalistas arábigo-judíos.

Desde luego resalta en ella la posibilidad del retorno a la vida, o como hoy diríamos, la doctrina de la reencarnación. El espíritu del noble castellano, separado del cuerpo por la muerte, iba, según se ve, a formarse otro cuerpo que volver a usar a guisa de dócil instrumento en el mundo de lo físico. Para ello obligó a su criado, o más bien a su discípulo, a que dividiese su cadáver en menudos pedazos, introduciéndolos en una cerrada redoma.

Detalle semejante tiende por si solo el puente hacia multitud de otros mitos; también el cuerpo de Baco o Dionisio se dividía hasta lo infinito a la muerte del dios, y se reintegraba después a su nuevo nacimiento glorioso. También el cuerpo del hada Blanca-Flor tuvo que ser hecho menudos pedazos y arrojado en una redoma al mar, antes de que el Príncipe, su protegido, pudiese extraer de su fondo el anillo de Salomón y con él la clave del saber, propia de un iniciado. La ceremonia final de la iniciación, en la que el hierofante es árbitro de morir a manos de su sucesor, o bien de poner en su lugar una victima pura, como se lee en *Isis sin Velo,* está simbolizada en aquella operación alquímica que el discípulo del Marqués de Villena practicase tan a maravilla.

así no es de extrañare que la leyenda revele tan a las claras el proteísmo físico-químico de las formas físicas bajo el hálito incesante de la vida. Reducir, en efecto, el cuerpo del prócer a menudos fragmentos equivale a simbolizar la acción destructora que se opera fatalmente en las formas cuando, cumplida su transitoria misión, las abandona la vida. De ellas se van formando, según nos enseña la química, substancias más y más sencillas, hasta acabar la larga tarea de sus desdoblamientos en agua y en anhídrido carbónico.

Pero a la vez en estos dos cuerpos comienza el fenómeno inverso, el del retorna de la vida sobre la forma. El carbono del anhídrido se fija por la clorofila vegetal y sirve de base a las infinitas transformaciones que se operan en él por síntesis, tales como la formación de los aldehidos, la de los azúcares, la de las celulosas. El oxigeno, así libertado del anhídrido, se fija a su vez por otras clorofilas animales: el pigmento, la hemoglobina, etc., y sirve de base a su vez para otras transformaciones por síntesis, con las que se forma y crece el cuerpo de todo animal, o sea en el símbolo: el Marqués torna a la vida.

Hay, pues, que convenir en la profundidad del símbolo español. Tamañas transformaciones de la materia y de la vida han de operarse de un modo oculto, lento, misterioso, cual se operaban las de la redoma del Marqués: *oculta entre el estiércol* a las imprudentes miradas del vulgo.

Otro detalle de la leyenda, establece conexiones con las prácticas religiosas de Oriente. Nos referimos al famoso gorro mágico, trasunto fiel del *gorro amarillo,* que visten cuantos pertenecen en la India al santo grupo de los ascetas, a la sagrada Orden del Manto Amarillo, cuyos individuos son allí respetados por encima de las mismas personas reales. El discípulo del Marqués, para subrogarle dignamente en vida, estaba obligado a no desprenderse nunca de la mística prenda, o lo que es igual, a no abandonar la senda de la más absoluta pureza en acción, palabra y pensamiento, porque de no hacerlo así, al perder la autoridad simbolizada en aquella prenda, podría comprometerse, y, en efecto, comprometió toda la labor alquímica del Maestro.

El final de la leyenda es un compendio de la historia de las fraternidades que durante toda la Edad Media conservaron el depósito de la Doctrina Secreta, tales como en Europa los templarios, y en España, a más de éstos, los individuos más conspicuos de las Órdenes Militares. Todos pararon en la hoguera o tuvieron que sepultar en el mayor secreto sus conocimientos taumatúrgicos, para huir de ella y de la calumnia.

[37] Por eso, como a tales "hombres-peces" u hombres sumergidos en la gran catástrofe, la Dama Blanca, prototipo de la Magia, los toca con su varita y los carboniza, al modo como en la catástrofe de la Sodoma y Gomorra del *Génesis,* queda petrificada la mujer de Lot.

Tal vez sea, asimismo, una supervivencia parsi de los dichos "peces" de *Las mil y una noches* la leyenda que aun en nuestros días subsiste respecto de los peces del río Adaja que corre por las provincias de Segovia y Ávila, de los cuales se dice que se conservan incorruptibles durante meses y años y para comerlos al cabo de tanto

tiempo basta con echarlos en agua de su propio río para que revivan, pero no si el agua es de otro origen cualquiera. De aquí que en Ávila y en Arévalo los tengan colgados en las tabernas y casas de comida.

[38] Estas ideas, aquí meramente enunciadas, tienen un desarrollo mayor en el capitulo XVI de *El libro que mata a la Muerte o libro de los jinas,* al hablar de los lagos iniciáticos. Allí, en efecto, damos extensa cuenta de que en todas las religiones conocidas juega "el lago iniciático" o "piscina" (lugar de "peces") el más importante papel, desde el jainismo y el hinduismo, cuyos sacerdotes, en determinadas épocas, proyectaban sobre el espejo de las tranquilas aguas de los lagos sagrados de los templos las diversas escenas alegóricas relativas a las iniciaciones al modo de nuestras actuales representaciones wagnerianas, hasta el Cristianismo, donde vemos desarrollarse las escenas principales de la predicación de Jesús en lagos como el de Tiberiades o Cafarnaún, con pescadores de peces a quienes Él hace "pescadores de hombres", según la típica frase de los evangelistas. Y no digamos de otras formas religiosas, tales como las americanas primitivas, con sus "pistacos" o grandes sacerdotes; la greco-romana con sus Júpiter Pístos y su Venus Pistia, y, en fin, las nórticas con su eterno "pescador" Pedro el Botero, Quetzalcoatl, Conde Olinos, Odín, los Tuatha de Danand, verdaderos "argonautas-pescadores" o "gamboinos en la noche de Navidad", del valle de Amézqueta, que diría nuestro queridísimo amigo el Sr. de la Quadra-Salcedo, con los cantos del *a-la-lá* o *lais* en honor de ese efectivo personaje del que aun se canta:

Conde Olinos, conde Olinos,

fué niño y ¡pasó la mar!,

de ese Buddha eterno o Gran Instructor de todos los tiempos, que a la sombra del Árbol Boddhi, de la Eterna Sabiduría, da a sus discípulos predilectos (Mateo, XIII, 28) "los verdaderos Misterios del Reino de los Cielos", árbol, en fin, del que tenemos también esta preciosa página en Mardrús que dice:

"Veo la rama del árbol Ban balanceándose sobre un tallo de azafrán a la luz de la luna del Ramadán y le pregunto: –¿Cómo es tu nombre? ¿Cómo es tu nombre? Y ella contesta: *–Lu-lu.* Entonces exclamo: –¡Li-li! Pero él me dice: *–La-la*...

Traducción que da Mardrús:

–¿Cómo es tu nombre? –Perla. Y yo exclamo: –¡Para mi, para mí! Pero ella me dice: –¡Ah, eso no!

(Traducción de *Las mil y una noches,* por Mardrús-Blasco Ibáñez, t. XVI, página 160. "Historia de Kamar y de Halima")

…Porque el Mar es la Gran Madre de donde todo ha nacido y adonde todo ha de volver en el fin de los tiempos; porque el mar es el vehiculo de toda la Vida cósmica y terrestre y el gran libertador para el "Peregrino Efímero", del que también en dicho texto se canta:

"¡Marcha, amigo mío! ¡Abandónalo todo, y marcha! ¡Otros amigos encontrarás en vez de los que dejas! ¡Marcha! ¡Deja la ciudad, arma tu tienda de campaña y vive en ella! ¡Allí, y nada más que allí, encontrarás las delicias verdaderas!…

…¡En las moradas civilizadas y estables, no hay fervor ni hay amistad! ¡Créeme! ¡Huye de tu patria! ¡Arráncate de su suelo e intérnate en países extranjeros!…

…¡Escucha! He comprobado que el agua que se estanca se corrompe. Corriendo nuevamente podría librarse de su podredumbre. ¡Pero de otro modo no!…

…¿Y el león? ¿Cazarías al león si a salir no te arriesgases…? ¿Y la flecha? ¿Mataría la flecha, si no se escapase violentamente del tenso arco que la dispara?…

…¿Y el oro y la plata? ¿Serían otra cosa que polvo vil si no hubiesen salido de los senos obscuros de la tierra? ¿Y el armonioso laúd? ¿Seria otra cosa que un pedazo de leño si el artífice no hubiese desgajado del tronco arbóreo la madera en que le labró? …

….Vete y alcanzarás las cumbres, mientras que si sigues solo conseguirás el vegetar como las plantas…

[39] De aquí el "Aabam", nombre alquimista del metal plomo y también de su espíritu o "elemental Aabam". Todavía este nombre, con cargo a las épocas de una primitiva cultura perdida, es pronunciado a guisa de mágica evocación por algunos salvajes, y de aquí la exclamación "¡Mac-Abam!", que aun hoy reaparece en el "Jaz-bam" o baile de los negros de los salones.

[40] Lo relativo a estos "katunes" puede verse más al detalle en nuestra *Ciencia hierática de los Mayas* o *estudios de los códices del Anahuac.*

[41] No olvidemos nunca que este mítico personaje hebreo-árabe de Salomón o Soleimán no es sino el prototipo de los "hombres solares" o "jinas", conocedores de los secretos de la Gran Ciencia. Como se ve, en este notable

cuento, además, retornan "los humos negros", que viésemos en la versión primera como símbolo de la negra magia. En el jeique o Maestro Abdos-samad, volvemos a ver, asimismo, a uno de nuestros conocidos "shamanos" u "hombres divinos", de capítulos anteriores, es decir, "cultivadores de la Religión del Espíritu".

Como los vasos en cuestión son propios del genuino mito atlante, por eso hay que buscarlos, y Abdalmalek los busca, en la zona marroquí del Atlas y del mar occidental que sepultase al consabido continente.

[42] Este singular jinete guarda relación con otra historieta del texto de Mardrus, que lleva por titulo "Las llaves del Destino", y que no podemos menos de extractar así:

El califa Mohammad ben Theilún, sultán de Egipto, era tan bueno corno fuese de pésimo su padre Theilún. Con los tesoros de éste protegía a los poetas y a los sabios, aumentaba los sueldos a sus empleados y hacía bien a todo el mundo. Cierto día se le presentó un viejo jeique, portador de un cofrecito de oro encerrando un pergamino que nadie podía leer. Un anciano servidor de su padre dice entonces que sólo podría leerle el jeique Hassán Abdalah, hijo de Al-Achar, quien yacía olvidado en una mazmorra hacía ya cuarenta años, porque el difunto quería obligarle a leer precisamente aquel mismo manuscrito después que le desposeyó de él. Al punto el sultán manda traer al sabio que, por milagro del Destino, vivía aún, y que, entre el asombro de todos, cuenta su historia en estos términos:

–Nací en una de las más ilustres familias, recibiendo esmeradísima instrucción, y, desposado, viví feliz durante diez años, al cabo de los cuales todo se volvió en contra mía. La peste se llevó a mis padres, el fuego destruyó mi casa, el mar se tragó mis navíos y quedé reducido a la condición de mendigo. Un beduino extraño se presentó un día preguntando por mí; yo quise ocultarme, pero él me reconoció y me compró corno esclavo, para que con los mil dinares de mi venta (que es el precio de un hombre según el sagrado Libro), pudiese vivir mi mujer. "¡Sólo quiero en ti un compañero para el viaje que voy a emprender!", me dijo el beduino, y me llevó caminando diez días a través del desierto. Al día undécimo divisamos, en medio de una inmensa llanura sembrada de pepitas de oro, una alta columna de granito rojo con un jinete de cobre rojo todo él, llevando en su mano derecha extendida cinco llaves, una en cada uno de sus dedos. Las llaves eran: la primera de oro, talismán que abría la puerta de la Miseria; la segunda de plata, que era la que abría la puerta del Sufrimiento; la tercera de cobre, que era la de la Muerte; la cuarta de hierro, o sea de la Gloria, y la quinta de plomo, para la puerta de la Dicha y de la Sabiduría, como después supe. Mi amo el beduino sacó al punto una flecha, asestándola contra el jinete rojo, pero erraba siempre el tiro. –¡Sólo tú puedes acertar, y si aciertas, eres libre!" –me dijo. El arco era de fabricación india y con él fuí tirando al suelo unas tras otras cuatro de las cinco llaves, rechazando mi amo la de oro y la de plata, que yo, insensato, me apresuré a guardar, mientras que él se quedaba con la de hierro y la de plomo. Por fortuna no derribé la de cobre, que era la de la muerte; pero la flecha, al caérseme, me hirió en un pie, dejándome huella para toda mi vida. De regreso ya, pasé mil penalidades, merced a las dos llaves que, imprudente, guardase, y al cabo de mucho caminar nos encontramos frente a una alta montaña, a la que me hizo el beduino subir de noche así que salió la luna, y allí esperar sin dormirme la salida del sol, para servirse de mí como de un gnomón y calcular, trazando signos en la arena, el emplazamiento exacto de un sepulcro de mármol blanco, ocultado bajo la arena con un esqueleto y un pergamino de piel de gacela teñido de púrpura y escrito en caracteres de oro. "Ahora conozco, dijo lleno de satisfacción el beduino, el verdadero camino que conduce a *El Arana de las Columnas,* la ciudad misteriosa donde jamás ha hollado la planta de ningún adamita, y donde está el azufre rojo, germen de todos los metales preciosos." Y, mientras hablaba, hizo gran provisión de pulpa de cierta planta que crecía por allí cerca. Bordeando la montaña nos cortó el camino un río todo de mercurio, que sólo podía cruzarse por un estrechísimo puente de cristal, sin pasamanos, y que pudimos atravesar mediante babuchas de lana, sin mirar el abismo a derecha e izquierda. Luego seguimos por un tenebroso valle cuajado de árboles todos negros y erizado de pavorosas serpientes de cuernos negros que tuve que matar a flechazos, para traer a mi amo su cabeza y su corazón. Allí enciende lumbre éste mediante un diamante tallado y un rayo de sol; saca de su ropa un vasito de hierro y una redoma labrada de un solo rubí y cuyo rojo contenido dijo ser sangre del Ave Fénix, elaborando así una tintura mágica sin dejar de seguir las fórmulas del manuscrito. Haciéndose frotar con aquel líquido espeso, le nacieron alas de pájaro, con las que echó a volar, y yo con él agarrado a su cinturón. Bajo nuestros pies fueron desfilando raudos, azules horizontes, llanuras de polvo de oro, ciudades, palacios y jardines, hasta llegar a El Arana de las Columnas con sus murallas de plata y oro, sus ocho puertas de piedras preciosas de una sola pieza, sus palacios pletóricos de arte y de tesoros, sus jardines de ensueño, sus cuatro ríos de vino, leche, agua de rosas y miel, y, en fin, su acrópolis de esmeralda, donde, bajo una cúpula diamantina y en rojo trono de púrpura, yacía el áureo cofrecito misterioso conteniendo el azufre rojo o piedra filosofal, la Kimia de los sabios. Ebrio de gozo el beduino, se decía: "¡Fundaré palacios, mejores que los de los mejores soberanos de la tierra, compraré las vidas y las conciencias, seduciré a la virtud y el mundo entero se prosternará a mis pies!" Dueño ya del ansiado tesoro y despreciando en absoluto cuantas tentadoras riquezas había por aquí y allí esparcidas, salimos por la puerta de rubí.

El cristalino horizonte azul se abrió de par en par, dejándonos pasar, y cuando nos volvimos para mirar, la ciudad entera había desaparecido. Cruzando de nuevo por el puente agudo como filo de cuchillo el río de azogue, regresamos, al fin, a Egipto, bien ignorante yo de que llevaba conmigo las llaves de la miseria y del sufrimiento, mientras que mi amo se ufanaba con la posesión de la gloria y la sabiduría, y me obligaba a vivir con él en un

palacio estudiando ciencias ocultas; hasta que cierto día quedó muerto sobre el regazo de su joven concubina. Una vez cumplidos por mi todos los deberes fúnebres para con mi amo, encontréme poseedor del cofrecillo y del manuscrito, leyendo en este último la explicación de las llaves fastas y nefastas del Destino. ¡El beduino me había comprado sólo para sustraerse al maleficio de las llaves de oro y de plata! Pero no bien me hube, señor, enterado de esto, terminó diciendo el anciano jeique, me vi preso por orden de vuestro padre, creyendo poder arrancarme así las llaves de la alquimia."

Asombrado el sultán de aquella tan peregrina historia, le hace curar al anciano y le nombra su visir; manda escribir la en letras de oro sobre el mejor papel incombustible de pergamino a los cronistas del reino, y, con los polvos que aun quedaban en el cofrecillo, transmuta en oro siete mil quinientos quintales de plomo, y con ellos y otras muchas riquezas igualmente obtenidas, se alzó la célebre mezquita de Mohammad ben Theilún, asombro de los siglos.

No cerraremos esta nota acerca del famoso jinete de bronce indicador del camino de la Atlántida, sin recordar que, según las Crónicas de Portugal, cuando el rey Alfonso V permitió que sus gentes fueran a poblar el archipiélago de las islas Azores, estas últimas se vieron sorprendidas en la isla más occidental, o sea en la del Cuervo, por la presencia de una enorme estatua ecuestre que señalaba el camino hacia Occidente. Semejante relato coincide con otro análogo de D. Domingo Bello y Espinosa, en su obra: "Un Jardín Canario", donde se menciona otra estatua cuajada de inscripciones que se halló en la playa de Güimar, y que maravilló a aquellos isleños, desconocedores de la escritura. Por supuesto que el autor, con el escepticismo de siempre, opina que se trataría de un mascaron de proa de algún barco fenicio sumergido. Como se ve, la leyenda de *Las mil y una noches* tiene más raigambre histórica de lo que pudiera creerse en punto a los problemas de la Atlántida, como irán demostrando poco a poco los tiempos futuros. *(De Sevilla al Yucatán, viaje a través de la Atlántida,* tomo VI de la BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, pág. 421).

[43] Las supuestas "leyendas" de *Las mil y una noches* resurgen más o menos en todas las grandes apoteosis de los pueblos, antes de iniciar su decadencia, "abriendo con llave de oro la puerta de la miseria", que diría el cuento de la nota anterior.

No hablemos de las locuras fastuosas de griegos y romanos, ni tampoco de las riquezas de los Imperios azteca e inca, momentos antes de que les destruyesen los españoles. Baste a nuestro propósito el extractar hoy unos pasajes del interesantísimo artículo de D. Víctor G. Saravia en *La Correspondencia de España* (diciembre de 1921), en el que se dice acerca de "La mujer más cara del mundo" lo que sigue:

"Es cosa corriente que en el Extranjero los millonarios se casen con las artistas. Especialmente en los Estados Unidos, estos matrimonios han sido como una enfermedad contagiosa. Los acaparadores de oro acaparaban también las bellezas y con ellas su nombre, su prestigio, su gloria. Influía en estos matrimonios seguramente el deseo de los hombres de atraer la atención, de recibir aunque sólo fuese el reflejo de la gloria que circundaba a ciertas mujeres. Había, pues, mucho de externo, de exhibición, de aparato escenográfico, y un poco también de egoísmo por parte de las mujeres. Luego, cuando terminada la representación quedaban a solas las dos personas, sin espectadores, o el cariño los ganaba o venía otro espectáculo más gracioso, más regocijante que el anterior: sobreviene el divorcio con todos sus pintorescos incidentes, con todas las sabrosas escenas de un matrimonio a base de un artista y un millonario…

"Pero con haberse repetido tantísimo el caso, nunca se había dado otro como este que acaba de apasionar al público neoyorkino, que ocupa hoy las columnas de la Prensa y está siendo objeto de todos los comentarios. Se trata de la mujer más cara del mundo, de una mujer que ha costado a su esposo más de tres millones de duros en tres meses. Se trata de una verdadera vampiresa, de una insaciable de oro, de una formidable derrochadora, que no concibe más gloria que la de tener millones.

"Esta mujer es Peggy, artista cómica antes de su matrimonio, joven de veinte años y divorciada tres veces. Tres. El rey de la madera, el millonario J. Spanle y Joyee, que acaba de separarse de ella, era su tercer marido.

"La historia de esta mujer, como la de casi todas las triunfadoras, apenas si se conoce. Inició su vida de gloriosa en un pueblo, donde contrajo matrimonio con un barbero; pero pronto sus sueños de grandeza pusieron alas a su breve cuerpo de diosa triunfal y se lanzó a las turbulencias de la gran ciudad neoyorkina. Y fué artista, tiple cómica de diversos teatros. Su belleza deslumbradora y su gracia la hicieron soberana y pronto la ex esposa de un barbero contrajo nuevo matrimonio, que, aunque más ventajoso, tampoco satisfacía sus anhelos de derrochadora.

"Y se divorció nuevamente. Y se interpuso en su camino James Spanle Lyee, rey de la madera, millonario y joven. Ella desplegó todas sus galas, empleó todos sus ardides y Lyee fué su esposo. La tiple cómica se transformó en millonaria y dió principio a su vida fantástica. Vida de pecadora, vida sin freno ni respetos, vida sin sentimiento moral, porque en ella el oro lo es todo y el hombre nada…

"Cuando james Stanley Loyce, enterado de las locuras de su mujer, pidió el divorcio, redujo la cuota para el sustento de su mujer a 1.250 duros al mes hasta tanto que el Tribunal diese su fallo. Al saberlo la ansiosa de oro,

le acusó de ridículo en sus economías, y presentó una queja al juez diciendo que su tercer marido, Stanley Lorce, era exigente y cruel.

"Pero no hubo nada de eso. Los criados declararon que en los primeros tiempos Loyce estaba locamente enamorado de Peggy, y que ella, cuando deseaba una joya, se enfadaba con él y le arañaba brutalmente, dejándole en la cara señales difíciles de ocultar. Cuando los arañazos habían cicatrizado, salía a la calle, y volvía con un gran regalo, que era el ramo de olivo… Una de estas veces le regaló un collar de perlas que valía 325.000 duros.

"El mismo marido, tan castigado, ha dicho durante la vista de la causa que los tres meses de vida matrimonial le han costado 1.380.000 duros, y el joven rey de la madera no contaba la verdad, porque sentía vergüenza. Sólo conquistar a su mujer le costó un millón de duros en alhajas. A esto hay que añadir lo que le ha costado separarse de ella, pues el proceso le ha costado 80.000 duros, lo que hace una suma de dos millones y pico, o sea más de 700.000 duros mensuales. Es decir, unos 2.500 duros diarios, sin contar los gastos de casa.

Y después de estos terribles datos, el articulista continúa con este pasaje típico de los faustos de *Las mil y una noches:*

"Cuando el juez declaró a Peggy culpable de mal comportamiento, en grado tal que daba derecho a Loyce para recobrar su libertad, el millonario dejaba en poder de su ex esposa los siguientes recuerdos:
"Un automóvil Rollsroyce, dos Renault y una casa en Nueva York, por valor de 210.000 duros; capas de pieles exquisitas, que valen 40.000; un reloj de pulsera, 2.700; un solitario con perlas, 1.250; un oráculo de diamantes y zafiros, 3.800; un collar de piedras preciosas, 3.650; distintas joyas, 6.911; un reloj de pulsera con diamantes, 3.800; un brazalete de esmeraldas y brillantes, 35.000; un collar con 55 perlas grandes, 325.000 –este es el regalo que le hizo un día que le arañó–; una sortija de diamantes, 54.100; otra de 17 quilates, 64.600; un brazalete de brillantes, 31.500; otro, 19.500; una sortija de brillantes, 86.000; un brazalete con reloj y brillantes, 1.100; otro de zafiros. y diamantes, 4.800; otro de esmeraldas, 4.400; una sortija de esmeralda, 25.900; cadena de oro y diamantes, 6.400; collar de perlas, 78.500; sortija de esmeralda, 17.000; un alfiler, 3.000; una hebilla, 4.000; otro collar de perlas, 200.500; un brazalete de zafiro, 4.800. Un total de 1.188.211 duros. El millonario entabló demanda para recuperar estos "pequeños objetos", que sólo constituyen una parte de la colección de Peggi; pero luego la retiró porque hubiera dado lugar a un pleito de años. Pero antes de retirarla, su esposa prometió devolverle algunas joyas, que representan un valor de 150.000 duros, y acerca de las cuales tiene el millonario cierta inclinación sentimental. Pero entre esas joyas, ni en la cuenta de lo que gastó Loyce con su esposa, no está incluida una tiara de diamantes que ella compró durante su estancia en París, y por cuenta de su marido, en la Casa de Carpier. Corno el marido se negó a pagarla, la Casa sostiene un pleito contra él, reclamándole 1.347.000 francos."

[44] *Isis sin Velo* nos habla en dos lugares del tomo I acerca de estos "pasajes subterráneos" que llevan, dice la tradición, por bajo del Atlántico, desde el interior de África al interior de América, pero que sólo son accesibles a los Iniciados, por cuanto se guarda y oculta su entrada a los profanos con toda clase de terrores y de mayas hipnóticas. La versión universal ocultista de la secreta comunicación que guardan entre sí todas las grandes oquedades de la Tierra, se relaciona también con esto.

[45] Este pasaje de los peces de colores del lago Karún es uno de tantos del admirable libro que destruyen la tendenciosa opinión del Barón Silvestre de Sacy en la introducción al texto alemán de Gustavo Well, que aparece, entre otras, en la edición española de Pons y Compañía (1867), donde aquél dice no creer en que el anónimo autor de *Las mil y una noches* fuese hindú, persa, ni menos chino, sino un próximo antecesor del árabe Masudi, (año 947 antes de J. C.), añadiendo:

"La India era indiscutiblemente la patria de las Fábulas de Bidpai. Esta verdad corría autorizada al arrimo de tradiciones históricas que la crítica atinada no debía desechar, y de un cúmulo de pensamientos estampados en aquella obra. Quizá este fue el primer motivo de buscar también por la India el origen de *Las mil y una noches,* atribuyéndolas, de igual modo que a aquella colección de apólogos, una remota antigüedad. Sin embargo, tal opinión es muy reciente, y no se le ocurrió ni a Galland, que fué el primero en dar a conocer *Las mil y una noches* en Europa, ni al individuo de aquella Academia, quien, para descansar de más graves tareas, realzó con dos tomos de cuentos nuevos la edición que publicó en 1806. El primer traductor, al dedicarlo a la marquesa de O, hija del señor de Guillezague, había atribuido sencillamente esta colección "a un autor árabe desconocido". El señor Caussín de Perceval, no queriendo indagar su origen por siglos remotos, se consideró autorizado para asignarlas tres o cuatro siglos de antigüedad cuando más, y aunque se pueden suscitar dudas discretas sobre el hecho en que apoya su opinión de estar escritas en estilo vulgar y necesariamente moderno. Sólo hace veinte años que dos sabios, uno francés y otro austriaco, aseveraron haber hallado pruebas irrecusables acerca de la remota antigüedad del tal libro creyéndose autorizados para afirmar que su primera cuna fue la India, o al menos la Persia antes de que los sucesores de Mahoma hubiesen avasallado a aquel imperio. Mr. Langles, cuyos afanes casi se han vinculado en la India, sus monumentos, artes y literatura, fue el primero en lanzar tal opinión. Desde entonces el doctor Hammer, conocido por sus obras relativas a la historia y poesía de persas, árabes y turcos, se dedicó también al mismo propósito, desenvolviendo las ideas de Langles."

En efecto, las ideas de Langles y de Hammer y Purgstall no dejan lugar a dudas acerca de su remotísimo origen ario-hindú, sin hablar de los trabajos de G. Maspero, F. Petrie, Gorster, Krimski, Spiegelherg, etc., y las respectivas coloraciones de los tales "peces" no son sino los de otras tantas razas sepultadas hoy en el fondo del mar. El propio San Agustín en su tiempo, en medio de su afán en favor del Cristianismo, al explicar el famoso acróstico de ΙΧΘΥΟ o "pez", nos da por muy cierta la versión del anónimo autor de los *Nuevos libros sibilinos* y de las que los cristianos derivaron cinco versículos para aplicarlos a la venida de "El Salvador", cual opinan también San Próspero y San Isidoro. No pocos pasajes del texto de Mardrus también aluden al Egipto, pero no "al país de Mesr", que es el nombre dado a éste por los árabes, sino a un egipto faraónico, mucho más antiguo.

En lo que afecta a nuestra patria, también aparecen contradichas las gratuitas apreciaciones de Sacy respecto de que la obra en cuestión "no fue conocida en Europa hasta el siglo XVIII", pues que en Pliegos de cordel y con cargo sin duda a traducciones árabes de la época del Califato cordobés, aparecen ya casi todos sus cuentos, y hasta con mayor belleza que la de los Mardrus, informando luego a todo el período de los trovadores y a toda nuestra literatura del siglo de oro, no sin quedar también estereotipados en la demopedia popular con frases como estas: "pescador que pesca un pez, pescador es"; "algo se pesca", "a río revuelto, ganancia de pescadores"; "ríete de los peces de colores", etc., etc.

No queremos terminar esta larga nota sin consignar los brillantes conceptos que entraña la *Disertación sobre Las mil y una noches,* por el Barón Silvestre de Sacy, cuando dice, respecto de los dos antes citados libros: "Las Fábulas de Bidpai y los cuentos de *Las mil y una noches,* son los partos de la literatura oriental que han merecido más aceptación en Europa. ¿Qué obra, en efecto, se ha traducido a más idiomas ni ha logrado tantos lectores como estas colecciones de cuentos que, después de haber sido grato embeleso de la niñez, nos están ofreciendo en la edad madura alivio y entretenimiento halagüeño? Decántense enhorabuena la antigüedad y la sabiduría de las leyes de Manú, la circunspecta y sentenciosa obscuridad de los libros sagrados de la China, la elocuencia majestuosa y sobrehumana del Corán, la divina epopeya de Valmiki, los cantos sublimes de Homero o las celestes meditaciones de Platón. Ninguno de estos monumentos de la inventiva humana pueden competir, bajo aquel concepto, con las dos producciones citadas, que, por otra parte, no han acarreado revoluciones, derramado sangre, ni armado secta contra secta o nación contra nación…

"La suerte de entrambos libros –las Fábulas de Bidpai y los cuentos de *Las mil y una noches,* aunque una misma–, por punto general, ofrece, no obstante, notables diferencias. El primero, a semejanza de las Pirámides de Egipto, parece que está burlando los embates destructores de los siglos; su patria primitiva no es conocida, y pudiera pensarse que tuvo origen en los primeros tiempos históricos. Doce siglos atrás, un poderoso monarca persa echó el resto de sus tesoros para que desapareciese de la India, en donde lo conservaban con religioso afán, como una de las más preciosas y antiquísimas joyas de su corona. Y desde entonces, doquiera ha llegado a conocerse, igual ha sido, así en Asia como en Europa, la aceptación que ha merecido entre los doctos y el vulgo, y entre los hombres de todas las creencias, hebreos, cristianos o musulmanes. En las épocas más esclarecidas de la literatura europea, muchos célebres escritores no se han desdeñado de tomarle algunos apólogos o engalanarse con sus despojos. En suma, las Fábulas de Bidpai son dignas, por muchas circunstancias, de la atención del filósofo, el moralista y aun el legislador.

"Las mil y una noches, en cambio, no han ocupado el mismo lugar en la literatura oriental. Desconocidas entre nosotros hasta el siglo XVIII, ningún objeto moral o filosófico presentan, y, con todo, aunque atenidas al deleite de novelar, han ido abarcando en pocos años toda Europa con su nombradía. Su éxito, más y más aventajado cada día, ningún menoscabo ha padecido con los caprichos de la moda o la variación de nuestras costumbres. El drama de Schiller ha podido desbancar a la rancia tragedia de Sófocles y de Corneille; una nube de indigestos recuerdos frívolos, por no decir más, o recopilados y redactados bajo el ímpetu de las pasiones, ha podido imponer silencio a la musa imparcial y entonada de la Historia. La ciencia de los Bodinos y de Montesquieu, el arte de los Cully y de los Colberts, libre patrimonio de todos, y en adelante sin misterios, han logrado desterrar de nuestros salones y de nuestra literatura la jovialidad y el bullicio, mas no por eso han dejado de tener *Las mil y una noches* numerosos y apasionados editores, acudiendo de continuo al Oriente en pos de lo que faltaba en esta larga serie de cuentos, y aunque su nombre mágico ha favorecido la introducción de infinitos géneros ilícitos, con todo nada ha perdido de su popularidad ni de su privanza."

[46] El príncipe éste, hombre vivo de cintura arriba y muerto y marmóreo de cintura abajo, que es ¡ay! como a todos nos tiene el sexo, es así un precursor del Durandarte caballeresco que aparece en el admirable capítulo "La Cueva de Montesinos", del *Quijote.*

[47] No se crea que con las versiones transcritas hemos agotado todo lo concerniente al magno cuento del pescador. En los textos ricos, corno el de Mardrus, no sería difícil hallar algunos otros, tales como el de Cogia Hassan, que para muestra vamos a resumir.

Dos viejos filósofos, Saad y Saadi, discuten cierto día acerca de si muchos hombres son pobres porque quieren, es decir, porque nada hacen para elevarse y salir de su triste estado, o bien el Destino (Karma, que decimos los teósofos) los tiene así bajo la losa de plomo de una fatalidad contra la que son impotentes todos los esfuerzos de la víctima, aunque más tarde, sea aquende o allende la tumba, ese mismo Destino le otorgue a su vieja víctima la

merecida recompensa.

Para resolver tamaña duda, que es la eterna duda de la libertad y la predestinación, acuerdan entrambos sabios hacer una experiencia con Cogia Hassan, miserable cordelero que nunca tuvo ni donde caerse muerto, dándole una gruesa suma en joyas para que saliese de una vez de su miseria, mas ¡oh fatalidad!, el buen hombre, que para que no se la roben ha puesto las joyas en su turbante, se ve al despertar que un cuervo le ha arrebatado el turbante con toda su riqueza, por lo que vuelve a visitar a sus dos amigos tan pobre como antes.

Segunda vez se intenta la prueba por los dos filósofos con nueva y más fuerte cantidad a metálico, que, para que no se la roben, es introducida por el cuitado en uno de los sacos de salvado que guarda en su casa; pero la mujer del cordelero, en una breve ausencia suya, vende el saco de salvado a unos viajeros que no encontraban cebada para sus caballos. ¡Nuevo desengaño del infeliz y nueva visita a Saad y a Saadi, que aguardaban con impaciencia el fruto de su ensayo…!

Entonces Saad, el hombre de la gran fe, le dice al escéptico Saadi: "Esta vez será muy de otro modo", y le entrega al cordelero, por todo lote, un pedazo de plomo, en medio de las burlas de su amigo, quien estaba bien lejos de sospechar que en semejante pedazo de plomo iba envuelta una más segura fortuna.

En efecto, al llegar a su casa el cordelero, su vecino el pescador se le llega pidiéndole si tiene algún pedazo de metal con el que sustituir a uno de los plomos de su red y, diligente, Cogia Hassan le entrega el suyo, no sin que, agradecido, le prometa el pescador regalarle el primer pez que caiga en sus recompuestas redes, como lo realiza. Y, ¡sarcasmo del Destino!, al ir a guisar el pobre matrimonio el pez así regalado a cambio del pedazo de plomo, advierten con sorpresa que llevaba dentro un enorme diamante, diamante que, vendido a un mercader judío, les da el dinero bastante para comprar unos cuantos sacos de salvado, en uno de los cuales aparece, ¡oh, sorpresa!, el dinero intacto que en aquél dejó antaño. Con el dinero, en fin, compra el matrimonio una casita de campo, y el mismo día que recibe en ella la visita de sus favorecedores, su niño mayor trae un nido de cuervos, en cuyo fondo ven todos asombrados el turbante con las joyas que el ave arrebató.

El sentido ocultista de este cuento, sentido idéntico al de la casi totalidad de los del sublime libro, o sea el del triunfo definitivo de la justicia y del esfuerzo honrado, es demasiado evidente para que nos detengamos a comentarle.

[48] Son muy notables y sugestivas las variantes que nos ofrece el texto de Mardrus en el presente cuento. La gentil y marítima esposa del rey se llama *Gul-i-anar,* que significa *Flor-de-Granada,* y el mismo reyes *Schahramán,* acaso *Schashamán,* como el que vimos en la introducción del libro, y su Corte no era la de Persia, sino la *Ciudad Blanca* del Khorassan o región central de la *Ariana.* Es, además, dicha esposa un símbolo de *Isis,* por cuanto se la describe en estos términos: "El rey la comparó en su alma con una fina lanza de un solo cuento, y como la envolvía la cabeza y rostro un velo de seda azul listado en oro –Velo de Isis– el mercader se lo quitó, y al punto iluminóse con su belleza la sala, y su cabellera rodó por su espalda en siete trenzas macizas que la llegaron a la pulsera de los tobillos… y era de continente regio y tenía curvas maravillosas y desafiaba en flexibilidad de movimientos al delicado tallo del árbol ban. Sus ojos, negros y naturalmente alargados, estaban repletos de relámpagos destinados a atravesar los corazones; y sólo con mirarla curaríanse los enfermos y dolientes… Cubrianla siete trajes de colores y telas diferentes."

Al hijo de Schahraman o *Schah-zamán* y de Guliana, Juliana, Juana o *Ioanas,* se le denominó Sonrisa de Luna y al rey, abuelo de Giauhara, se le denomina *Salamandra,* es decir "Señor de los Espiritus del Fuego", y a su hija Gema o Gemma, "la región del Fuego". Mirta es la servidora de Gema. La perversa reina maga que aparece después en la maldita "Ciudad de los Encantos" se la denomina "Almanakh", nombre equivalente a nuestro juicio al de "Espíritu de corrupción" o "Espíritu de los tiempos o del siglo". De todo ello se sacará en el comentario el debido partido.

[49] Estas escenas hechiceriles del palacio encantado de la reina Laba han sido puestas a contribución modernamente por el inglés Rider Hogard en su novelita *She,* novela que, a su vez, ha tenido cierta resonancia con motivo de una discusión literaria por si ella había sido o no plagiada por otra obra francesa, *L'Atlantide,* premiada en 1919 con el Gran Premio de literatura que anualmente otorga la Academia, "merced a su extraña originalidad".

De esta última novela dice en una de sus crónicas Gómez Carrillo:

"La novela me ha gustado por su mezcla de ciencia y de fantasía, por sus espejismos lunares, por su olor a tierras lejanas, por su sequedad algo ruda, por su misterio, por sus paisajes de sol y de arena, por su gracia legendaria. Dos oficiales franceses encargados de una misión arqueológica en el Sahara, se apartan de la ruta de las caravanas y se dejan llevar por un gula diabólico hasta la capital sagrada de los tuaregs. Ahí se encuentran, de pronto, prisioneros en un palacio encantado, entre seres grotescos y fantasmales que parecen escapados del manicomio del Doctor Pluma. En ese palacio hay una inmensa sala de pesadilla, en la cual se ven, momificados, los cadáveres de todos aquellos a quienes la reina Antinea se ha dignado amar durante una noche. Hay ahí ingleses, italianos, españoles, franceses, pobres exploradores perdidos en el desierto y recogidos por la soberana voraz e inconstante.

–El que penetra aquí –dice a los oficiales una vieja con rostro de bruja–, no vuelve nunca a salir… Además, cuando ven a la reina, ya no desean marcharse… Es la más bella de las mujeres… Y la más voluptuosa de las amantes…

–¿Cuánto tiempo los conserva vivos?

–Eso depende del placer que le proporcionan… Un mes, una semana, un año… A un jovencillo inglés que parecía tísico, lo guardó un año… A un coloso belga, lo mató en ocho días… Mueren todos de amor… Sí… de amor… de voluptuosidad… Los hay que sucumben suavemente, con el rostro lleno de lágrimas… Otros se vuelven locos y cantan al agonizar… Uno, un español, el único español, sucumbió de rabia, mordiéndose a si mismo.

–¿Cómo es esa reina?

–Miradla…

Ante los oficiales aparece entonces la terrible devoradora de amantes, bella y misteriosa cual la reina de Saba. "Ni un brazalete –dice– ni una sortija. Como traje, una simple túnica transparente. Sus cabellos negros, sueltos, caían sobre sus frágiles hombros. Sus párpados estaban profundamente azulados, y en su divina boca había una sonrisa de supremo cansancio. De pronto se puso de pie y la vi desnuda. ¡Espectáculo amargo y espléndido!"

Toda la novela, copto se ve, es un sueño de haschich.

[50] En efecto, el capitulo XI, v. 29 del *Génesis,* nos habla del desposorio de su hermano Nachor con Melcha (o más bien con una de las hijas de los dichos mlechas occidentales, y en el capítulo XX aparece otro hijo de los mlechas: Abimelech, rey de Gerara o "Gian-hara", quien pretende arrebatarle a Abraham a Sara, su mujer, a quien él había presentado como "su hermana". Por último, en el capítulo XXI, vs. 22 al 34, se habla del pacto hecho entre ambos por causa del "pozo de agua viva", o sea de "la pura Fuente de la Iniciación" y de sus doctrinas salvadoras, a cuyo lado también aparece Rebeca, la nieta de *Melcha,* para ser destinada como esposa de Isaac (ib. XXV).

[51] Por supuesto que como todo esto es puro mito o simbolismo, la R'achel del *Génesis* es, en clave filológica, el ansiado titulo de *Chela* o "discípulo" ansiado por el candidato, quien, después de siete años de servicios, no obtiene la "mano" de Raquel, sino la de Lía, es decir, no la Doctrina de Oriente, sino la del "Lía–fail" o de Occidente.

[52] El nombre dado al anciano iniciador de Beder contra los peligros de Laba es árabe y posterior, significando simplemente "el hombre bueno" u "hombre de Dios", es decir, "el Iniciador". Siempre este Gurú o Maestro se presenta en todos los cuentos de *Las mil y una noches* instruyendo al discípulo antes de acometer la aventura peligrosa en la que se juega, no sólo su vida, sino el destino post-morten de su alma, que así ha de salvarse o de condenarse.

[53] Esto no implica nada contra el principio evolutivo por el cual el organismo del hombre procede del reino animal. Del reino animal, sí, pero no de los animales terrestres, sino de otros prototipos desarrollados en la Luna como planeta antecesor de la Tierra, según enseñanzas orientales que mal podríamos desarrollar en una simple nota.

[54] Para la significación mágica de esta palabra *bija,* véase el último capitulo de nuestra *Simbología Arcaica* (tomo XXII de nuestras "Obras completas").

[55] Todos estos "palacios" no son sino reflejos de las hermosísimas *realidades* astrales que nos aguardan allende la tumba o "Campos Elíseos" (de Helios, el Sol), de los que se habla en el lindo librito *El Despertar,* de Mabel Collins, y en varios capitulas de *El libro que mata a la muerte,* o *libro de los Jinas.*

[56] Las principales variantes que hallamos en el texto de Mardrus son las de *Chamseddín,* "Sol de la Religión", y *Nureddín* (con dos *des,* no con una, como lo escribe Gallard) o "Luna llena de la Religión". Por las masoras, sin duda, Bedreddin aparece escrito Badréddin. En cuanto a Beldad, la esposa de Bedreddin, se la denomina Sett-el-Hosn, que viene a significar lo mismo. En el banquete nupcial de ésta se desarrolla una escena entre las damas y Bedreddin Hassan que recuerda no poco la wagneriana del jardín encantado de Klingsor, el mago negro del *Parsifal.* El nombre de *Ajib* se da con su acepción de "maravilloso", correspondiéndose con su inverso de *Bija* en su alta significación mágica de "germen", "embrión", "semilla" de algo superior, invisible para los ojos de los hombres.

[57] Por ejemplo, en los capítulos finales de la tercera parte y primeros de la cuarta en *El tesoro de los lagos de Somiedo;* en el epígrafe de "La religión caballeresca" (capítulo de "Religión, leyenda y mito") de *Conferencias teosóficas,* etc.

[58] Para los que no conozcan dicho relato, le transcribiremos también aquí *(De gentes del otro mundo,* cap. I, pág. 8):

"Un sabio y pobre mulví vivía en Gharipur, hace algunos años y, falto de recursos, tenia una escuela de niños. Entre sus alumnos se encontraba un chicuelo muy inteligente, respetuoso con su profesor, a quien, de cuando en cuando, solía traer obsequios. Cierto día le trajo el chico al profesor una dulcera preciosa, de parte de su madre. El maestro le dijo entonces que desearía ofrecer sus respetos de gratitud a su familia, y el chico respondió que se lo diría a sus padres y le traería la respuesta. A la mañana siguiente, habiendo recibido una contestación favorable, se vistió el maestro con sus mejores galas y acompañó al alumno hacia su casa. Este último salió de la ciudad guiando y caminó algún tiempo por la campiña, pero como, al cabo de mucho caminar, no se divisara casa alguna, el maestro comenzó a inquietarse y le pidió explicaciones al chico, quien le dijo que estaban

llegando a su casa, pero que antes de introducirle en ella, tenía un secreto que confiarle; es a saber, que él, el chico, era de la raza de los *djinns (los jinas* o *jainos)* y que iba a ser para el maestro un gran honor el ser recibido en la ciudad oculta de sus mayores. En el acto hizo jurar el chico a su maestro que por nada ni a nadie revelaría el camino que conducía hasta allí, porque si faltaba a su promesa quedaría irremisiblemente ciego. El mulví prestó el juramento pedido por su discípulo, y éste, levantando una tapa o piedra que había pasado inadvertida en el suelo hasta entonces, mostró una escalera que se internaba en las entrañas de la tierra y que conducía a la ciudad de los *djinns.* A los ojos del mulví todo era en ella semejante al mundo superior; calles, almacenes, carruajes, danzas, músicas. El padre del chicuelo recibió cordialmente al invitado, y la intimidad, comenzada así, continuó por muchos años con gran satisfacción y provecho del profesor. Los amigos de éste se admiraban de su prosperidad y acabaron por persuadir al pobre badulaque del mulví a que les enseñase el camino que conducía a la ciudad misteriosa. Sin embargo, en el momento mismo en que él maestro iba a revelar el secreto, a pesar de su juramento, quedó repentinamente ciego". Esta ciudad subterránea de los *djinns* trae a la memoria el relato de Bulwer-Litton, en su *Raza Futura,* mostrando con ella un origen legendario común.

[59] Todos los detalles del acto del africano con Aladdín son de la necromancia más perfecta: primero al encender el fuego con pedernal y eslabón, no por el rayo de sol sobre la gema, o por el frote de los dos maderos consabidos; después al producir los tales "humos negros", o "lunares", ya que, como dicen los primitivos mexicanos, la luna en menguante es "el espejo negro que humea". Curiosísimo es sobre este particular de los "humos negros de la Luna" el pasaje que nos relata Olcott al final del capitulo IV, Serie I, de su *Historia auténtica de la S. T.,* pasaje bien digno de ser muy leído por los teósofos.

[60] Bajo el título de "El espejo de las vírgenes", nos da el texto de Mardrus otra versión de "El anillo prodigioso", versión que en esencia dice así:

"El joven hijo del sultán Zein, a la muerte de este último dilapidó todas sus riquezas; pero, arrepentido, se acordó de la frase de su padre que le había dicho: "Si alguna vez el Destino se vuelve contra ti, ve a tal y tal sitio, donde encontrarás un cofrecillo de cobre rojo, y en él un pergamino que te indicará lo que has de hacer." En efecto, fuese al lugar indicado, y en el pergamino en cuestión sólo encontró escritas estas frases: "¡Cava, cava en tu huerto!" Cavó más y más el joven, un día tras otro, sin encontrar nada. Cuando, exhausto ya, iba a arrojar la azada, ésta tropezó con una losa blanca, bajo la cual, haciendo saltar el candado de acero que la sujetaba, descubrió una escalera que le condujo a un maravilloso subterráneo y a una sala cuadrada de porcelana y cristal, con techo y columnas de lápiz-lázuli, y varias ánforas llenas de polvos de oro. Más allá vió otro cofrecillo igual que el anterior que sólo contenía una llavecita. Buscando luego aquí y allá por las lisas paredes de la estancia, tropezó, al fin, con una puerta secreta que abrió con la llavecita y que daba acceso a otra estancia, aún más suntuosa, donde había seis estatuas de otras tantas jóvenes sobre diamantinos pedestales. Otro pedestal, mayor, yacía sin su estatua correspondiente.

Al llegar aquí el cuento en cuestión toma análogos derroteros que los de la versión española, y en los que el joven príncipe, con su criado Mubarak, realiza primero el viaje a Egipto y después a la Montaña inaccesible, aislada de todo ataque por un impetuoso torrente, que el joven logra cruzar gracias a un barquero con enormes orejas y trompa de elefante que le pasa a la otra orilla, enseñándole además el conjuro indispensable para llamar al Anciano de las tres islas, sin salirse de la alfombra mágica con la que había de ir provisto el joven, sino quería morir fulminado. Ya a la presencia del Anciano, con detalles semejantes a los que referiremos, el joven obtiene de aquél, el medio para encontrar la virgen esposa que ha de ocupar en su día el séptimo pedestal de diamante, a saber, un mágico espejo tal que se empañaba en sólo que se mirase en él toda mujer capaz de inspirar amor al príncipe. Así, por último, el joven, después de ensayar el espejo con cientos de mujeres seductoras, logra encontrar a la hija del rey de Persia, con la que se enlaza dichoso, como premio a tantas tribulaciones.

Notemos, en fin, que el presente cuento de "El anillo prodigioso", y con mucha menor belleza, figura también en Galland, bajo el título de "Historia del príncipe Zeín Alasnam y del Rey de los genios terrestres", o *Man-Alah-Djin* (el jina bueno de Alah), que viene circulando por España desde tiempos de Alfonso el Sabio, como va indicado.

[61] En otras versiones el tal "anillo" viene a ser un "Espejo Mágico" donde se puede ver retratado al fiel la virtud y el vicio. Semejante espejo mágico, que ya vimos aparecer en el cuento de la nota anterior y que es bien distinto de aquel otro espejo mágico del que se habla en *Páginas ocultistas y cuentos macabros* (epígrafe de "Una vida encantada"), no es otro que nuestra Conciencia moral y psicológica, que es el Espejo de los espejos, cuyo testimonio es el único verdaderamente infalible con que cuenta el hombre a lo largo de las obscuridades y peligros del Sendero.

[62] *El anillo de Záfira* es una de las leyendas precursoras de la Religión Caballeresca. Su contenido es como sigue:

El invicto emperador Carlomagno, después del bautismo general de los sajones, quiso visitar la Ciudad Eterna. En ella quedó preso por las redes de una hermosa llamada Záfira.

Deseosa ésta de conservar siempre el amor del caudillo de los francos, fuese a consultar a la pitonisa más famosa de Roma, quien, a cambio de todo cuanto poseía, la dió el talismán más preciado que conociesen los siglos; es a saber: el anillo del gran rey Salomón, sortija singular con una piedra que en la obscuridad lanzaba tan vivos destellos como el más refulgente lucero.

Aquel anillo, arrojado al mar a la muerte del más sabio de los nacidos, era eficaz para la dicha, y preservaba a su poseedor contra las asechanzas de los malos espíritus y contra toda suerte de desventuras. Después de Canas le había poseído Aníbal, y la estrella del cartaginés se eclipsó así que le hubo perdido. Con él, la fea, negra y repugnante Cleopatra se transfiguró en una semidiosa, para esclavizar a los más ilustres capitanes de Roma. Su precioso zafir valía, en fin, por si solo, tanto como una estrella del cielo, y con él podría disfrutar Záfira en vida el cariño del Emperador, y aun después de muerta, si le sepultaba consigo.

Carlomagno sintió bien pronto los influjos del anillo. Al regresar a sus estados, cuidó muy mucho de llevarse a Záfira, y su desvío hacia su legítima esposa Hildebranda contrastaba con su ciega pasión por la romana Záfira.

Cierta tarde en que cazaba el Emperador, vióse acometido en el bosque por una sangrienta fiera. Todos sus monteros le desampararon ante el peligro, y habría sucumbido si, interponiéndose Záfira con su anillo, no hubiese dado muerte al animal. Záfira fue desde entonces intima confidenta de Hidelbranda, que estaba muy lejos de sospechar fuese su rival en el corazón del César.

Además del anillo salomónico, poseía Záfira otro anillo de bastante parecido externo; pero que, lejos de poseer las excelencias del primero, su virulencia era tal, que el menor rasguño hecho con su piedra causaba instantánea la muerte. Un nigromante, tío de Záfira, se le había legado al morir.

Hildebranda sintió un día curiosidad por conocer las virtudes de aquellos anillos secretos, que Záfira le reveló, pero trocando intencionadamente sus virtudes. La reina tomó el anillo funesto, que, a pesar de las prevenciones de Záfira, ensayó en cierto imprudente oficial que la requería de amores.

El oficial cayó herido como por un rayo, y su cadáver fué arrojado por la propia reina desde una ventana de su palacio, sin que nadie supiese jamás las causas de la tragedia.

Desde aquel día, Hildebranda misma fue una esclava moral de Záfira, quien, conocedora del crimen de aquélla, imperó en palacio con toda la dulce tiranía de su amor. Záfira, sin embargo, no era mala para nadie, ni empleó. nunca su talismán sino en ligar más y más con sus redes al enamorado guerrero.

Pero como todo acaba en el mundo, tocó a su ocaso al fin la influencia de Záfira. Un día, en cierto convite dado por el Emperador, la maga se distrajo, perdiendo su anillo, para cuyo encuentro no fueron bastantes cuantas diligencias puso en práctica la desolada mujer.

A poco tropezó con el anillo Gaulo, confidente de la reina, que hacia tiempo ambicionaba la silla arzobispal de Rimberg. De sus ambiciones le había curado a tiempo el sabio monje Alcuino, la más preclara de las inteligencias de aquel tiempo.

Por aquellos días se había provisto la vacante de Rimberg en el disipado clérigo Hettón; pero mientras éste pasaba la noche en locas orgías, indignas de un prelado, el Emperador vió desierto el culto divino, sin que nadie se atreviera a contestar los salmos cantados en el templo. A todos, pues, hubo de sorprender mucho el ver que Carlomagno destituyó a Hettón y alzó en su lugar al humildísimo Gaulo, cual si a éste le sonriera, desde el hallazgo del anillo, la fortuna prodigiosa que la mágica joya deparara siempre a sus poseedores.

Záfira, perdido el talismán, empezó rápidamente a descender en sus gracias y en los favores del Emperador, mientras que Hildebranda conseguía al fin que su esposo la desterrase a un bosque solitario, donde sólo podía verla secretamente, y menos cada día. Llena de dolor y de rabia, se sentía Záfira morir.

Para que se reconciliara con Dios, la fué enviado el propio Gaulo, obispo de Rimberg, llevando en sus manos, a guisa de anillo episcopal que nunca desamparara, la joya por quien lloraba sin consuelo Záfira. Cuando entraba el prelado, Záfira se disponía a beber el veneno de su otro fatídico anillo.

Chocó a Gaulo el anillo fatal, al mismo tiempo que Záfira advertía, luciendo en la mano del prelado, su perdido anillo. Con la rapidez de la intuición femenina, en el acto concibió un modo de recobrarle. Así, cuando Gaulo la preguntó si el anillo que lucia en su dedo era la causa de tantos males como habían caído sobre el reino por sus amores con el Emperador, dijo que si; pero que no le cedería sino a cambio del prelado que, como suyo, seria prenda bendita de eterna salvación.

El prelado cayó en la red de la romana. Trocó su anillo salomónico con el otro funesto, que se apresuró a entregar a Hildebranda, sin calcular el buen padre que con ello le acarreara la muerte que de allí a pocos días le sobrevino.

De nuevo, y como por encanto, recobró Záfira sobre el corazón del monarca todo el terreno perdido, y así se deslizaron mansos varios años, hasta que la bella extranjera sintió cercano el término de sus días. Carlomagno no se separó un punto de su amada en la agonía, y ya cadáver no quería que se la arrebatasen de sus brazos, porque Záfira tuvo buen cuidado, antes de morir, de introducirse en la boca el mágico anillo, como en tiempos le recomendó la sibila, para que el cariño del César la acompañara en muerte como en vida.

Pero el prudente y sagaz Alcuino había espiado sus momentos últimos, y con santo celo abrió la boca de la muerta y se le extrajo sin ser advertido.

A partir de aquel día, y contra todos los humildes propósitos del monje, la fama, el poder y la ciencia de Alcuino crecieron en grado sumo; el Emperador no veía sino por los ojos de su consejero; pero el santo varón comprendió bien pronto que todo aquello no se debía a su esfuerzo, sino a las virtudes de su anillo, por lo que, para no caer en la tentación de los fuertes y los soberbios, arrojó heroico el anillo a un profundo estanque de la quinta del Emperador.

La joya, al caer en las aguas, produjo mágicas irisaciones, ondas de sin igual belleza, que no parecía sino que el mismo sol se había en el estanque inmergido. El César, desde una de las ventanas, contemplaba embebido tamañas hermosuras del lago, que, sin explicárselo, determinaban sobre él seducción invencible.

Desde entonces, su afición favorita fue la pesca entre sus ondas. Celebróse de allí a poco un gran banquete en la corte, en honor de los embajadores del sultán Abdalá, y el plato de preferencia fue una murena pescada en el lago por el propio Emperador, quien, al partirla, hubo de tropezar con el anillo prodigioso que el animal había engullido.

Desde entonces, dataron los mayores esplendores del reinado del César. El talismán de la cabaña del Tíber fue todo el secreto y el alma del gran imperio de los francos bajo el cetro de Carlomagno, sucesor de las glorias salomónicas en el imperio de Occidente.

La leyenda transcrita, cuyo origen franco es indiscutible, debió ser introducida en España por los días de la reconquista catalana, y desde allí se extendió por toda la Península, como *Los doce Pares, El Conde de Partinoples, Oliveros y Artús,* y tantas otras que, cual aquélla, corren en los pliegos de cordel publicados por la casa Hernando, de Madrid, con refundiciones de trabajos anónimos mucho más antiguos. Desde este punto de vista, carecería de importancia para nosotros, si no fuese por los elementos de influencia oriental que sirven de núcleo a la leyenda, o sean los dos anillos mágicos: uno que, da amor o vida y otro que acarrea la muerte; símbolos respectivos de la mágica influencia del bien y del mal sobre la Tierra.

De aquí data, en efecto, todo su profundo interés.

[63] La leyenda de la princesa Yamlika tiene un eco hasta en la demopedia. de los archipiélagos atlánticos.

En efecto, la revista *A Semana,* de las islas Azores, de 26 de enero de 1902, nos da, bajo la firma de C. de Miranda, la hermosa leyenda de "La princesa de la Isla de las Siete Ciudades", de la que entresacamos los pasajes siguientes:

"Fernando Denis, en su *Historia de Portugal,* habla de ciertos marineros que, partiendo para el tenebroso mar en la flor de la juventud, volvieron después de algunos meses envejecidos y con el cabello completamente blanco… Algunos dijeron haber encontrado islas desiertas en parajes desconocidos, islas con habitaciones subterráneas llenas de oro, plata y otras riquezas que nadie osara tocar. El encantamiento de "la Isla de las Siete Ciudades" pertenece a lo maravilloso de distintas épocas, mas la tradición de las misteriosas islas es de origen céltico. Esta tradición revistió después forma cristiana. La isla entonces resultó tener, según el mito, un arzobispo y seis obispos, por lo que fué denominada "de las siete ciudades", y la creencia en su realidad fue tan viva, hasta en los espiritus más reflexivos, que el rey D. Juan II, por edicto de 3 de marzo de 1486, confió a Juan Dulmo, capitán de la Armada en la isla Tercera, el descubrimiento y ocupación de semejante "isla", isla de la que había hasta mapas que la representaban con un área de 87 leguas de latitud por 28 de longitud, en el paralelo del Estrecho de Gibraltar. Algunos marineros han afirmado que lograron verla de lejos, pero que, al acercarse, desaparecía. Es curioso también el testimonio de ciertos frailes que juraron, "in verbo sacerdotis", haber visto la misteriosa isla el día 30 de julio de 1636, según consta en un interesante documento, hoy ya publicado, que perteneció al convento de San Antonio de los Capuchinos, de Lisboa. Venían dichos frailes de Marañón, cuando les sorprendió una gran tempestad. Su navío se llamaba "Nuestra Señora de la Peña de Francia", y era su maestre Antonio de Souza. Estaban no lejos de Madera, y los dos religiosos desembarcaron en la maravillosa isla, permaneciendo en ella tres días, visitando sus jardines opulentos y sus palacios suntuosos, donde encontraron tipos venerables, que les hablaron en portugués arcaico y les mostraron un amplio lienzo en el que estaba representado un ejército cristiano vencido por otro mauritano. La ciudad, en sus emblemas, armas y leyendas, tenía todo el aspecto de ser portuguesa. Había en ella dos leones domesticados, y doquiera se manifestaba el arte y la industria más florecientes. El rey de la isla mostróles dos cuadros en los que los dos visitantes quedaron al punto retratados, pidiéndoles asimismo a entrambos que los firmasen con sus nombres respectivos. Después de agasajados hasta más no poder, partieron en una lancha para su navío, el cual estuvo fondeado allí hasta el día siguiente, en que pensaban costear la isla para mejor reconocerla, pero al irlo a verificar se encontraron con que la isla había desaparecido."

Luego el articulista nos habla de Eufemia, hija del rey Atlas y nieta de Júpiter, como de la más bella entre sus quince prodigiosas hermanas, con detalles que recuerdan la fábula de las Hyadas, que con los demás detalles acerca de "la non trubada isla de San Baldrán", consignamos en nuestro libro *De Sevilla al Yucatán, viaje ocultista a través de la Atlántida de Platón,* obra adonde remitimos al lector deseoso de más detalles, así como a la página 151, tomo de 1902, de la extinguida revista *Sophia,* donde puede encontrarlos más completos.

[64] Alusión a la separación de sexos, fácilmente concordable con el mito bíblico de la "manzana" o fruta del Arbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

[65] En la curiosa "historia" de la princesa Yamlika (que, cuál todas, recomendamos sea leída en su texto original de Mardrús), la acción se complica aún más con el relato que se intercala en este punto del regreso de Belukis, bajo el titulo de *Historia del hermoso joven triste,* que extractamos así:

"Cuando Belukis regresaba de *La Tierra Verde,* donde le había conducido el sabio anciano Sakhr, tropezó en el camino con otro joven como él, pero que parecía sumido en la más desesperada tristeza. A las preguntas y cariñosas solicitudes de Belukis, dijo llamarse janschad, hijo del sabio rey Tignos, de los poderosos Bani-Schalán, del Afghanistán, y bajo cuyo cetro estaban sometidos como tributarios otros siete reinos, cada uno con cien ciudades. La madre de Janschad era hija, a su vez, del rey Bahrawán del Khorasán. Cierto día en que,

cazando, se había alejado el joven de su servidumbre, vió a una hermosa gacela, en cuya persecución se lanzó ciegamente, primero con su caballo, y después nadando por el río hasta que la dió alcance, resultando ser una joven hermosísima. Así siguieron tres días con sus noches hasta arribar juntos a un amenísimo lugar donde columbraron a un hombre extraño lavándose los pies en las claras linfas y que graznaba cual una agorera ave de rapiña. El ente aquel, así que advirtió la presencia de la gentil pareja, se levantó y corrió hacia ellos, partido por gala en dos, e igual aconteció a otros muchos que le siguieron. Los amantes, al ver venir a semejantes engendros de calentura se echaron de cabeza al mar y, huyendo, arribaron a otra tierra aún más hermosa, en la que descollaba un magno palacio de cristal rodeado de jardines de ensueño. El palacio estaba ocupado por una multitud de hombres-monos que, al ver a la pareja fugitiva, se apresuraron a rendirles pleito homenaje como a sus soberanos naturales. En efecto, preparaban un ejército contra los "ghuls", que diezmaban a diario a sus gentes devorándolas sin piedad. La pareja de los nuevos soberanos Janschad y su compañera se presta gustosa a capitanear al ejército de los monos contra el de los ghuls, montando en enormes perros, a guisa en dóciles caballos. Una vez frente a la Montaña Negra se trabó fiero combate, en el que la mayor parte de los terribles ghuls, gracias a la pericia de aquellos improvisados capitanes de los monos, sucumbieron, y el resto escapó hacia el desierto. Al retirarse los dos amantes, después de la victoria, hallaron en el camino una gran roca con la siguiente inscripción: "¡Si queréis continuar vuestra peregrinación renunciando a seguir siendo reyes del reino de los simios tenéis abiertos ante vosotros dos caminos: el de la derecha, que conduce al Océano que rodea al mundo, después de atravesar por desiertos poblados de monstruos tremebundos, y el de la izquierda, que puede ser recorrido en sólo cuatro meses, atravesando el Valle de las Hormigas, que, una vez salvado, te permitirá llegar a la Montaña de Fuego, al pie de la cual se encuentra la Ciudad de los judíos! Yo el rey Soleimán ben Daul escribí esto para vuestra salud."

Los jóvenes, al leer aquello –siguió narrando Yamlika–, tomaron por el camino de la izquierda perseguidos por los monos, que no querían los abandonasen, pero los hombres-hormigas les cortaron el paso y con su enorme tamaño, que era semejante al de los perros, los rechazaron a aquéllos. En la revuelta sólo pudo escapar con vida Janschad atravesando a nado un torrente impetuoso, hasta llegar a la vista de una ciudad cercada también por otro río que tenía la particularidad de dejar paso sólo un día de cada siete. Al presentarse en la ciudad el joven es llevado ante una asamblea de ancianos que le dicen por señas que no despliegue los labios, vea lo que viere, y el respetabilísimo jeique que los presidía únicamente se permitió pronunciar estas tres palabras: "¿Quién?, "¿de dónde? y "¿adónde?, despidiéndose con soberano ademán.

Al salir Janschad de la asamblea aquella oye que un pregonero está ofreciendo a cierta hermosa esclava al que quiera llevársela regalada, por lo que va a ver a su padre, quien no sólo se la da de balde, sino que hasta le da dinero encima. Después de tres noches felicísimas con ella, el joven Janschad se vió conducido por el viejo padre de aquella su nueva amada frente a una tajada montaña, encima de la cual me hace matar a la mula que me había llevado hasta allí, desollarla y revestirme con su pellejo, que él cuidó de coser cuidadosamente por fuera, dejándome dentro. Luego me abandonó en el picacho, sin duda para que las aves rapaces me devoraran; pero las tres hijas del rey Nassr, Anciano gobernador de las Aves que venia una vez cada año a recibir desde el picacho el homenaje de todo el reino alado, le salvan, y una de ellas, Schamsa, se le lleva al palacio de su padre, dejándole allí, con facultad de poder recorrer treinta y nueve de las cuarenta habitaciones del mismo, pero no la última si no quiere le acaezca una gran calamidad, como le sucedió, en efecto, al tenor de como se narra en otra historia, o sea la que lleva el título de *Historia de la ciudad de bronce* (cap. VI).

[66] Varios relatos de Mardrús dan otros pormenores acerca del nacimiento del héroe Aladino. Uno de ellos se ve en el cuento denominado *Historia de Grano de Belleza,* donde se nos dice que desesperado Schamseddhin el comerciante buscando en vano entre los drogueros más expertos quien llegase a darle un buen remedio contra la impotencia, tropezó al fin con el borracho Sésamo, quien le deparó generoso una fórmula infalible, compuesta, dice la "historia", de una onza de copaiba, una de cáñamo jónico, una de cariofilina, una de cinamomo rojo, 10 dracmas de cardamomo blanco de Malabaar, cinco de jengibre, cinco de pimienta blanca, cinco de pimentón, una onza de bayas de badión y media de tomillo de sierra machacado en miel pura con cinco gramos de almizcle y una onza de huevas de pescado.

La fórmula surtió su efecto y al tiempo debido nació Aladdhin, a quien el padre, para salvarle del mal de ojo –quiere decir, sin duda, que para alejarle de los peligros del mundo–, le hubo de criar en un subterráneo. Al tener los catorce años el joven se escapa del subterráneo y se lanza a correr por el mundo, igual que la tradición cuenta del Buddha cuando dejó las delicias del palacio paterno para convivir con las penas y pasiones de la mísera Humanidad y que Juanillo el Oso de la leyenda castellana.

Tras peripecias nada decorosas y harto realistas del texto de Mardrús, que no ha de consignar aquí nuestra pluma, el hermoso joven encuentra protección contra las persecuciones de los perversos al lado de un santo y anciano asceta, el Jeique Kamal –nombre, añadimos nosotros, de gran importancia iniciática, como veremos al ocupamos del gran mito de Kamaral-Shamán y la princesa Badura–. El maestro se le lleva lejos, huyendo de aquella cáfila de perversos degenerados, y caen ambos en el lejano Valle de los Perros, donde hordas enteras de necromantes individuos se ocupan en amontonar, aportados de aquí y de allá, infinitos volúmenes sagrados, a la manera de como en la Introducción de *La Doctrina Secreta* siguiendo a Badaoní nos enseña que acaeciese también con los libros secretos de la India durante el reinado del mahometano Akbar. Fuera de sí maestro y discípulo ante semejante profanación, que a la larga forzosamente causaría la ruina moral y mental de la pobre

Humanidad, caen como fieras sobre la descuidada horda, acabando con ellos, sin duda por especial protección del cielo, que no podía consentir tamaña catástrofe.

Luego entrambos conquistan, escondidos en un subterráneo –el consabido subterráneo iniciático–, los cuatro objetos más preciosos del mundo, a saber: el magno sello de Salomón o Solimán (el Hombre-Solar); la Espada flamígera o Alfanje encantado, contra el que no hay resistencia posible en cosa alguna; la consabida lámpara maravillosa ("luz de la intuición" o lámpara mental de la verdadera e iniciática) y, en fin, un rosario mágico, joya, no tan importante, sin duda, corno instrumento de oración o *puja,* cuanto como aparato básico e insustituible para poseer la gran ciencia del contar, ciencia con la que se descubren hasta los secretos de los cielos… Pero todas estas cosas, en un momento de descuido del maestro, le fueron robadas a Aladdhin por Ahmed-laTiña, el más experto de los ladrones…

Las demás peripecias del picante cuentecito no merecen nuestra atención, ni tampoco descenderemos a comentar lo transcrito para no hacer demasiado extensa esta nota, una de las mil que sobre Aladino y sus cosas puede encontrar todo aquel que investigue al detalle en los textos. Lo más importante, como vemos, de tal cuento, es el pasaje relativo a los "cuatro objetos preciosos" por antonomasia: Sello, Espada, Lámpara y Rosario (de contabilidad, más que de oración, como ha sido después en manos de buddhistas y de cristianos), por significar una extraña concordancia harto digna de estudio con las "cuatro" supremas cosas mágicas del notable pueblo occidental gaedhélico-irlandés de los Tuatha de Danand (capítulo VII de *De gentes del otro mundo)* y también, sin que hoy podamos detenernos en ello, con los cuatro palos simbólicos de la baraja, de los que hay también un profundo simbolismo en la obra de Wagner *El anillo del Nibelungo.* Por eso otros textos nos dicen asimismo que la "lámpara en cuestión", símbolo del alto conocimiento iniciático, se hallaba en el célebre subterráneo de la ciudad china de *Ko-lo-ka-tsé.*

[67] Desde este pasaje, la narración coincide en lo fundamental con la leyenda de *La Oreja del Diablo* en lo referente a la *Cueva de la Zampoña,* bajo la ermita de San Saturio, que puede verse en citadas *Conferencias.*

[68] El anterior relato bien puede titularse *La leyenda de Hércules en Extremadura.* Por encima de las evidentes analogías con multitud de mitos arcaicos, resaltan, en efecto, las que guarda con el héroe griego y los trabajos que a Hércules impusiese su hermano Euristeo por decreto del Destino.

[69] La redacción de esta última frase es nuestra. El texto de referencia de Mardrus se extiende, por el contrario, en otra serie de preguntas cada vez más triviales y evidentemente interpoladas por autores posteriores en el texto sirio que sirviese a éste para su valiosa traducción. Dichas preguntas, además, pueden verse allí, tales como la relativa al árbol de 12 ramas (el ano y los meses), cada una con 30 racimos (los días), unos blancos y otros negros; a la pobreza, como la cosa que se debe tener más oculta, porque de ella se ríen hasta los amigos y convecinos; a la salud y a la amistad, como las joyas más preciosas; al carácter, como el árbol más difícil de enderezar; a la inutilidad de las lamentaciones, que sólo desprecio traen consigo, etc., etc.

[70] En estas terribles frases se encierra todo el misterio de la Iniciación ocultista, que se resume en el dilema de "o vencido, o vencedor".

[71] Nótese que Pablo, el gran Iniciado cristiano, también "tomó el camino de Damasco" (la clásica ciudad de *Damas*, o la ciudad lunar) y en él vió a su Maestro Jesús, según el lejano eco de ello conservado en *Los hechos de los Apóstoles.*

[72] Aquí surge, como siempre, el juramento de sigilo, preliminar de toda iniciación.

[73] Aquí la tónica fundamental de todos los grandes relatos de *Las mil y una noches,* o sea la amenaza de muerte que ya vimos al comenzar, simbólica muerte que se evita siempre con la Magia de la Idea, o sea, allá, la luminosa imaginación de Schaharazada, y aquí, la encerrada en el viejo libro en cuestión.

[74] Estas palabras recuerdan ciertas fórmulas mágicas de la alquimia medioeval, tomadas sin duda de aquí, y el *Macca-bak,* o "Macaban" de ciertas danzas gitanescas.

[75] Este es el tamborcito que nunca falta a los hechiceros siberianos para sus necromancias y evocaciones. Véase en PÁGINAS OCULTISTAS Y CUENTOS MACABROS, la historieta de *La cueva de los Ecos,* de H. P. B.

[76] Estas son, podríamos decir, algo así como las primitivas Musas parsis.

[77] Por haberlo hecho ya extensamente en el tomo primero, capitulo del *Mito*, de nuestras *Conferencias teosóficas,* no descendemos a más detalles sobre el asunto.

[78] *"Lascaris* fue un misterioso personaje alemán, de origen oriental, a principios del siglo XVIII. Una de sus más célebres obras de alquimia fué la de trocar en oro purísimo toda la vajilla de plata que poseía la condesa de Erbach en su castillo, hecho completamente auténtico, por cuanto la vajilla en cuestión llegó a ser objeto de litigio, a causa de haberse separado la condesa de su esposo, que reclamaba la mitad de su valor. El químico Dippel pretendió demostrar que la tintura de que se servia Lascaris era una simple solución de cloruro de oro. El maestro tuvo una porción de discípulos que recorrieron Europa propagando el arte hermético, tales como Böttticher, Braun, Martín y Schmolz de Dierbach. (H. P. B., *Glosario Teosófico).*

[79] La versión novena es el cuento de "Grano de belleza", que se consignó por nota en el capitulo anterior.

[80] Este Hatim-Tai, o más bien "Latín-tag", no es sino el nombre simbólico de un adepto de la cordillera de este nombre, de la que habla la introducción a *La Doctrina Secreta*.

[81] Acerca de este tamborcito mágico repetimos la cita del capítulo anterior relativa al shamano de *La cueva de los ecos,* de H. P. B., en "Páginas ocultistas".

[82] Así se arrojaban siempre en los hirvientes Lagos iniciáticos todos los héroes de los libros de Caballería, libros que bebieron toda su inspiración en estos antiquísimos relatos parsis transmitidos por los árabes a Europa, como es sabido.

[83] Es continua tradición y uso oriental el considerar a los locos como santos, en lo que se revela mayor cultura moral que la de cuantos pueblos de Occidente los han menospreciado y maltratado. Sin duda, como entre los elementos superiores y los inferiores del *perturbado* se ha metido por medio el espíritu elementario obsesor, aquéllos están más elevados que de ordinario, otro tanto que éstos están envilecidos. Además la irresponsabilidad del *alienado* ("que tiene otro amo que el suyo") es gemela de la perfección del santo, como de la infantil imperfección del niño. *Los mentecatos* ("mens-captos" o "cogidos por la mente") son otras tantas víctimas de lo astral, a la manera de las mil que vamos viendo en diversos cuentos del gran libro.

La princesa *Mohra* es simplemente "una princesa *mora* o atlante".

[84] Latifa es nombre que se lee también en el cuento de *Albu Bekr, el derviche de Damasco* que comerciaba con su propia hija de este nombre (Mardrús). Asimismo es la infame reina Laba de otros cuentos que llevamos ya transcriptos.

[85] *La Historia de Rosa en el Cáliz y de Delicia del Mundo* de Mardrús, es otro caso de desposorios de gennia y hombre. La hija del visir, viendo la destreza mostrada en los juegos públicos por el joven Delicia del Mundo, se enamora de él y le tira una manzana, que el joven se apresura a recoger. El visir se opone a tales amores y destierra a este último a "la Montaña-marina de la madre que perdió a su hijo", emplazada lejos de todo país habitado en medio del mar Bahr-Alkonur, y cuya leyenda era la siguiente, según un ermitaño le cuenta al joven: "Has de saber que en los tiempos antiguos bajó a esta montaña una gennia de la raza de los gentil chinos, y de sus amores con un hombre mortal tuvo a varios hijos, a los que ocultó en esta montaña desconocida. Los marineros, al oír el llanto de ellos, decían: "En esta montaña debe haber alguna pobre madre que perdió a sus hijos y que los llora aún".

Rosa en el Cáliz escapa de la casa paterna y va a buscar a su amado, siguiendo su rastro por los versos que va dejando escritos, guiada por un león y luego por el ermitaño.

[86] "Luna de miel", o sea un periodo tan fugaz como engañoso, como cuantas dichas mentidas proporciona la necromancia.

[87] Aquí se habla del jinete Balkis y del caballo "Schirin".

[88] Por eso en dicho capítulo dejamos truncado el relato correspondiente de la princesa *Yamlika,* o más bien *Ayamlika,* que es *Kal-imaya,* la vieja ilusión leído a la inversa, y que, como tal "maya", puede si dar la juventud, la dicha efímera, pero no el medio de llegar por el asperísimo sendero de la Virtud a la sublime isla de Wak-Wak. Lo que del relato resta es poca cosa ya, aunque no desprovista de interés, a saber: que cuando Bija, Ajib o Assib se ve forzado en el hammam a descubrir sus secretas relaciones mágicas con la princesa, esta última vuela, abandonándole y yéndose a la isla de Wak-Wak, dejándole dicho que sólo allí podría volver a encontrarla. El mito entonces se liga con otro semejante, que es el de la bella *Esplendor,* quien de igual modo, por otra indiscreción semejante del dichoso héroe Hassán otra variante de Assib) con su madre, en el hammam, vuela a la inaccesible isla con sus hijos, dejando en poder de la suegra el célebre manto de plumas con que la viese hecha cisne en el Lago de la Inmortalidad, tras la siempre cerrada puerta número 40 del Palacio de los Encantos. El héroe, entonces, cual la princesa Psiquis del cuento de Apuleyo (que de aquí tomó su origen), merced al apoyo mágico de su tío o Maestro Abd Al Kaddus (el caballero Kadosh o Kadessin de ciertas iniciaciones), monta en el caballo, o más bien el elefante blanco, surgido al conjuro de este sabio, y, atravesando las islas de las amazonas vírgenes del Gennistán o "reino de los elementales", deja atrás los siete mares, los siete abismos y las siete montañas inaccesibles; camina siete años hasta llegar al Mundo Azul (el mundo de la absoluta pureza), donde todo es de azul purísimo, sin mezcla de otro color alguno, hasta llegar a la Isla Blanca e Imperecedera, más allá del mundo conocido, o sea en la Isla Sagrada del Polo Norte, isla inaccesible y desconocida hoy para la ciencia, merced al viejo velo de Maya o de Ayamlika, del que han hablado todos los místicos y al que se refiere en múltiples pasajes el tomo II de *La Doctrina Secreta,* todo con detalles extensísimos que no cabe reproducir aquí, pero que el lector curioso puede deducir analizando la *Historia de Esplendor,* inserta en la gran enciclopedia mítica de Mardrus-Blasco, tales como el Logogrifo de Koss (el "kussos" camita-griego), allí insertado; los manuscritos de Balkis "jaína", esposa del rey Soleimán, copiados por sabios ancianos como los de la subterránea ciudad egipcia de Ismodia; el efrite volador Dahnasch ben Forkstach, del más perfecto y mítico abolengo vasco; los blancos pájaros que sólo dicen "wak-wak" en su canto iniciático; cantos contra el atrevido adamita (hijo de Adam, o de la roja raza de barro, sucesora de las viejas razas dotadas del tercer ojo, "hombres alados" de Platón, "ruedas" de Ezequiel, cuya vista y poderes eran ilimitados, etc.)

Digamos, en fin y remate de la complicadísima cadena de mitos más o menos aladinescos aquí acumulados, que en ellos está la base de los del "Caballero del Cisne" y de los de "Lohengrin", "Parsifal", "Psiquis", y, en suma, los más fundamentales de toda la demopedia occidental, que es esencialmente parsi en sus orígenes, como basta a demostrarlo el simple examen de este libro y de sus breves y siempre cohibidos comentarios. Estos Lohengrines no siempre revisten hermosa apariencia, sino que en los orígenes más bien tienen la horrible del

"macho cabrío o Balphomet templario", como se ve en la siguiente *Historia del macho cabrío y de la hija del rey,* con el que cerramos la nota:

"Cierto poderoso sultán de la India, para casar a sus tres hijas decide que estas, en la asamblea de todo el reino, tiren cada una su pañuelo sobre la multitud y que se casen, respectivamente, con aquellos sobre los que caigan los pañuelos. Dos de estos últimos caen sobre sendos príncipes hermosos; pero el pañuelo de la tercera y más hermosa fue a caer por tres veces consecutivas sobre un fuerte macho cabrio. Las tres bodas se realizan en el mismo día con gran contento de las dos hijas mayores, tanto porque se llevaban dos gallardos jóvenes por esposos, cuanto porque a la menor, a quien envidiaban por valer mucho más que ellas, le había tocado desposarse nada menos que con un macho cabrio. Pero no contaban las taimadas con que el supuesto macho cabrio era el más maravilloso de los hombres, y que estaba dotado del poder mágico de metamorfosearse en toda clase de seres, a su capricho, pero que no quería revelarse como tal hombre hasta el momento oportuno de mostrar al mundo su oculta valía.

La ocasión para ello no tardó en presentársele, pues de allí a poco hubo de celebrarse en la Corte un torneo, al que concurrieron justadores de diversos países del reino y aun del extranjero, a todos los cuales venció por tres veces. La joven esposa le arroja en recompensa una rosa, un jazmín y un tamarindo, con gran escándalo de las hermanas mayores, que quieren que aquel funesto macho cabrío sea inmolado al punto.

Llevado ante el rey el difícil caso, y a la presencia de todo el pueblo, el supuesto macho cabrío revela su verdadera y mágica condición desapareciendo. La desventurada esposa decide entonces buscarle por doquiera y recorre inútilmente, sin encontrarle, los más remotos países, hasta que, viéndose frustrada en sus anhelos, hace construir a sus expensas un hammam gratuito o casa de baños femeninos, pero a condición de que cada una le cuente la desdicha mayor de su vida, para así ver sí alguna llegaba a superarla en sus desgracias y le pudiese servir el caso de lenitivo. Pero en vano transcurrió así un año sin que aquélla encontrase a otra mujer víctima de un dolor semejante al suyo. Por fin, llega penosísimamente al hammam una viejecita, que apenas si podía ya tenerse en pie, y la cuenta su triste historia en estos términos:

"Cierto día, hace ya muchos años, estaba yo lavando en el río mi camisa azul, única que poseía, cuando vi venir hacia el sitio en que me encontraba una mula cargada con dos odres y sin nadie que la guiase y llegando hasta un montículo vecino la vi golpear tres veces el suelo con su casco y dejando al descubierto una galería, por la que yo, llena de curiosidad, me atreví a penetrar, descubriendo un palacio en medio de un país desconocido y con un lago maravilloso de agua viva, en torno del cual había cuarenta tronos iguales, ocupados por otros tantos machos cabrios, quienes de allí a poco, dejando su falsa apariencia de tales animales, se bañaban gozosos en el estanque aquel, volviendo luego a su disfraz de antaño, y poniéndose a deplorar la pérdida de la joven esposa de su príncipe, que también la llamaba diciendo. "¡Ven tú, que yo no puedo salir de aquí!" Tal es –terminó diciendo la ancianita– la mayor desdicha que yo he visto en mi larguísima vida."

Fuera de sí la enamorada princesa, se echó a los pies de la anciana rogándola desesperadamente que la llevase al sitio en cuestión, a lo que ella se apresta solícita. Parten y, llegando al sitio referido, ven otra vez la mula que les franquea la entrada. Los jóvenes del lago reciben con júbilo a su reina y señora, sentándola con su esposo en el trono del lago."

[89] Otro lugar análogo a este de Kaf es aquel al que se refiere la *Historia de la Rosa Marina y la joven de China,* de Mardrús, que dice:

"Al nacer el príncipe Zein Al-Muluk, su padre el sultán le hizo sacar el horóscopo por los astrólogos del reino. Los astrólogos le dijeron: "Será tu hijo un sér bien singular y bien glorioso; pero si en su adolescencia le miras una vez tan sólo, al punto quedarás ciego." La triste predicción del horóscopo se cumplió, en efecto, pues que, aunque el sultán aisló a su hijo en un hermoso palacio solitario, al venir a la adolescencia, cierto día, sin conocerle, se tropezó con él cazando, y al punto quedó ciego. "¡Sólo puede restituirte la vista que has perdido Rosa Marina, la joven princesa de la China!", le dijo un sabio jeique consultado.

El amante hijo Al-Muluk no vaciló un momento, y, desafiando toda clase de peligros y penalidades, emprendió el viaje hacia la China, llegando al cabo de dos años al Scharkistán, donde era famoso el jardín de la princesa Firuz Schah, rodeado por una selva sin límites, con aves de ojos de oro, y que en su centro lucía un maravilloso rosal cuidado celosamente por la joven Cara de Lirio bajo la protección de los genios aéreos.

Arrancado de cuajo el rosal, y sin ceder a las seducciones de aquel lugar paradisíaco, el amante hijo emprendió veloz el camino de regreso, y con el agua perfumada que destilaba el rosal trasplantado al jardín de palacio logró restituir la vista al anciano padre. El padre entonces cuenta a su hijo la maravillosa historia del rey Budia, que es la siguiente: El poderoso rey Budia tenía hasta cien mujeres de diferentes países en su harem, y todas ciento le resultaron estériles. Entonces le trajeron a una maravillosa esclava persa, quien al año justo le dió una niña, que las comadronas dijeron ser un niño para evitar el natural disgusto del reino, y acerca de la que los astrólogos añadieron que, si el rey quería evitar una gran desgracia, no le viese hasta que contase los diez años. Acordado en consejo de visires dar una esposa al supuesto niño, un genio de la selva se ofrece solicito a cambiar al efecto

su sexo por el de la niña, para que pudiese así llenar su papel de sucesor del reino, pero con la cláusula fatal de la devolución del sexo una vez que se hubiese asegurado dicha sucesión, encontrándose con que la tal devolución era ya imposible, aunque nada hay verdaderamente imposible para Alah.

El resto de la "Historia de Rosa Marina" carece para nosotros de interés; cuando Cara de Lirio, la princesa china despojada de su rosal, se pone en camino de Bagdad para castigar al ladrón, llega al Scharkistán, y luego, disfrazada de hombre, va a la fiesta decretada para celebrar la curación de la ceguera del anciano, pues que la historia, como tantas otras, acaba casándose Cara de Lirio con el heroico príncipe, que de tal modo lo había pospuesto todo a la curación del autor de sus días, cumpliendo con ello el más religioso de los deberes del hombre para con sus antecesores."

La versión de Galand difiere respecto de *Zeim* o *Self-A Imuluk* en algunos detalles, que pueden verse en el tomo I de nuestras *Conferencias Teosóficas.* Los más importantes son el del "vestido con alas de mariposa" (la imaginación); el "velo de Daulet Chatún" o de "Isis", la diosa de la Matemática; el de las "siete cajitas encerradas en otra caja", y ésta en otra, con arreglo al sistema septesimal.

[90] De todos estos cantos hay versiones en el texto consabido de Mardrús.

[91] Mardrús, tomo XVI de la edición española de Blasco Ibáñez.

[92] Una variante de la sapientísima parábola anterior nos la da el cuento de Mardrús, que lleva por titulo *Historia de Baibars y del duodécimo capitán de policía,* y que, en extracto, dice así:

"Viendo el sultán la esterilidad de su esposa predilecta, mandó llamar a un famoso maghrebin para consultarle. Este dióle a comer ciertos confites rojos y verdes, con los que de allí a nueve meses tuvo a un hijo llamado Mahomed, y en los años después, otros dos: Alí y Mahmud. Como los padres habían prometido entregar al derviche como siervo y discípulo uno de los hijos que tuviesen, cuando ya estaban crecidos le dieron a escoger a aquél entre los tres. Llevóse el derviche a los dos primeros a través del desierto, preguntándoles después de varias horas de camino: "¿Tenéis sed?", y como ellos le dijesen que si, que ya no podían caminar más por ella, el derviche se los devolvió a sus padres, diciéndoles: "¡No me sirven!" Pero al llevarse al tercero, o sea a Mahmud, y hacerle la misma pregunta que a los otros, él se limitó a contestar, con la más absoluta indiferencia: "La tendré cuando la tengáis vos, Maestro", a lo que, conmovido el derviche, exclamó, abrazándole: Tú eres el sólo digno de leer en el libro mágico que te daré", y le puso en las manos un misterioso libro sagrado que tenía obligación de aprender de memoria en el intervalo de una luna, cosa que el joven se puso a hacer en el acto, acaeciéndole durante el penoso aprendizaje dicho varias absurdas aventuras con una joven que se le aparece colgada por los cabellos, aventuras que no son de este lugar, por entroncar más o menos con el consabido cuento de Blanca-Flor, tales como la del caballo o camello en que huyen los dos amantes, y cuya rienda no debe soltar jamás el joven bajo pena de perdición; la casita encantada con el hombrecillo o gnomo, "que barría el suelo con la barba", etc., etc.

Otra deliciosa variante del tema anterior, de la paciencia del candidato, nos la da la que lleva el titulo de *La joven del pie pequeño y su hermano el testarudo.*

La variante dice así:

"Cierto niño, hijo de un pobre matrimonio, mostró desde sus primeros días una testarudez tan extraordinaria, que ni su madre ni su hermana mayor podían hacer humanamente carrera de él, como vulgarmente se dice, por lo que se quejaban al padre, quien invariablemente contestaba sonriendo: "¡No le contrariéis!"

Y no se contentaba con decirles siempre lo mismo, sino que, al morir, se lo hizo jurar así a la madre y a la hermana, y como la madre también muriese de allí a poco, he aquí que la pobre hermana, por no contrariar la voluntad paterna, le dejaba hacer al chicuelo cuantas atrocidades le venían en gana, tales como matar a todas las gallinas del corral, desparramar por el suelo la harina y hasta prender fuego a la casa un buen día.

Echado al fin del pueblo por sus funestas travesuras, en la misma era por donde cruzaron los dos hermanos, y por una trivialidad de juegos, dió muerte el testarudo a tres chiquillos. Los padres de éstos emprenden su persecución, y él, huyendo, se refugia con su hermana entre las altas ramas de un árbol, que los perseguidores se ponen inmediatamente a derribar.

Pero he aquí que una gigantesca Ave-Rok, cogiendo a cada uno de los hermanos con una de sus patas los remonta por los aires hasta una isla desierta y tenebrosa, morada de una gigantesca *ghula,* que reinaba soberana en la isla. El travieso chiquillo entonces empezó a sacudir los guijarros contra un pedazo de hierro hasta encender una gran hoguera, y cogiendo las brasas, las fue echando por las fauces de la *ghula* hasta hacerla reventar. Como, además, la *ghula,* con su sombra gigante, era la causante de aquellas tinieblas desde hacía largos años, he aquí que volvió a lucir el sol sobre la isla, por lo que el rey de ella, agradecido a tamaño favor, casó al joven con su hija, y a la paciente hermana con el príncipe heredero del reino, siendo todos, de allí en adelante, felicísimos…

La variante transcripta es muy frecuente en la demopedia de todos los países, y tiende sólo a presentar al futuro candidato a héroe como un chiquillo raro, diferente de los demás, y que empieza su carrera de obstáculos estrellándose contra la vulgaridad de un ambiente que pretende cerrarle el pasa desde el primer día.

En otros libros nuestros, principalmente en el de la biografía de H. P. B., hemos visto un elocuente ejemplo de nuestro aserto. Esta mujer, que ha revolucionado al pensamiento filosófico con sus obras inmortales, fue un ente así, como el chicuelo del cuento transcripto, en su niñez y juventud, cual puede verse en aquella biografía. Díscola, insoportable, incoercible, su anormalidad notoria era nuncio del complejo destino de sacrificio que más tarde le aguardaba.

Tal resultaba también a los ojos del perverso Mimo, el voluntarioso chicuelo Sigfredo; tal el Viracocha inca, desterrado por su padre, al modo de Narada por Brahmâ y de Mercurio por Júpiter, sin embargo de cuya sentencia, "a lo Prometeo", los tres resultan luego otros tantos salvadores de los suyos en el supremo momento del peligro, que escrito está aun en el Evangelio, aquello de que "en el Reino de Dios, o sea del Ideal, siempre serán primeros los últimos", con arreglo a la característica esencial del Ocultismo, que saca el bien del mal, la luz de las tinieblas y lo excelso de lo ínfimo.

Lo relativo al Ave-Rok, enlaza con los relatos de Simbad y de Aladino, y la Luz que enciende el joven no es sino la Luz del verdadero Conocimiento, con el que pueden ser ahuyentados todos los elementos del mal: los *ghulas* de maldición.

[93] Al lado de cada uno de los cuentos relativos a "los hombres héroes" se podrían poner otros tantos relativos a su contraparte "los hombres fracasados". Los más notables de estos últimos en *Las mil y una noches* son los que siguen, y que son otros tantos apólogos sabios:

La *Historia de Baba Abdalá* es la del *fracasado por ambición,* y no puede hacerse retrato más perfecto que el que hace de la insaciable codicia humana, que, saltando por sobre los más elementales principios de justicia retributiva, todo lo quiere para sí.

El califa Harund al Raschild, en sus inspecciones nocturnas por la ciudad para velar por sus vasallos, tropieza con el ciego Baba Abdalá, quien le ruega qua, antes de recibir la limosna, le humille y le abofetee. Extrañando el califa semejante petición del ciego, este le cuenta lo merecido que lo tiene por sus necedades pasadas; a saber: Antaño el entonces joven y rico Abdalá se acerca cierto día a un derviche, quien le propone que le ayude a sacar con sus camellos el inmenso tesoro que éste conoce y que habrán de partir por mitad. Van ambos a una lejana comarca, donde encuentran, en efecto, el tesoro –¡80 cargas dé oro!–, que el derviche con sus conjuros mágicos hace aparecer en el seno de alta montaña donde yacía hacía cien siglos. Ya se alejaba el asceta con la mitad correspondiente de los camellos y las cargas, cuando le da voces el joven rogándole que, pues él empieza a vivir mientras al viejo sólo le espera la tumba, le ceda al menos otros diez camellos más, contentándose el derviche con meros treinta. Accede éste sin violencia, y el joven, creyendo que aún puede sacar más partido, le va proponiendo sucesivamente que le deje más y más camellos de los suyos, a lo que gustoso y sonriente se sigue prestando el derviche. "¡Sólo te pido –le dijo por fin–, a cambio de que te lleves íntegro el tesoro, que me dejes esa pequeña cajita con ungüento que estaba con el tesoro!" "Pues ¿qué es lo que contiene la redoma para que así la estimes?", preguntó el joven. "Un colirio tal que, si uno se frota con él el ojo izquierdo, se logra ver el sitio preciso donde están cuantos tesoros se ocultan bajo la tierra; pero si después se unta también el ojo derecho, el que tal hace queda al punto irremisiblemente ciego", respondió el derviche. Ya se llevaba Baba Abdalá sus 80 camellos, cuando volvió nuevamente atrás a rogar al derviche que le dejase untarse el ojo izquierdo con el colirio. ¡Nueva tolerancia del derviche y nueva impertinencia del insensato, el cual, después de frotarse bien con el colirio de la redoma el ojo izquierdo, empezando a ver tesoros y más tesoros, cree acabar de verlos todos untándose seguidamente el ojo derecho, contra las reiteradas prevenciones de aquél, y queda en el acto ciego, como le había dicho! "Mi necedad –acabó diciéndole al califa– bien me hace acreedor a sufrir el castigo de la humillación que de mis favorecedores solicito…"

Sidi Numan y la gulha Amina es otro cuento de *fracaso por perfidia,* que su víctima cuenta asimismo al califa; pero omitimos su detalle, porque es muy parecido al del jeique de la yegua que vimos en la introducción. Baste decir que Amina (el alma, o ánima en latín) es transformada en yegua en castigo a su ingratitud con el príncipe Numan (Pneuma, espíritu), su esposo, que le había salvado, y a quien, por malas artes, envilece hasta transformarle en perro. Desencantado Numan, azota a diario a su mujer-yegua, como le había ordenado la joven princesa desencantadora, con la que se casa al fin por gratitud.

El fracaso por envidia, que es el peor y más humano de todos, tiene hermoso documento, en fin, en el cuento que subsigue y que lleva por título

Historia de Codadad y de sus hermanos

En Harran, capital de Dyarbekiv, reinaba un poderoso rey, lleno de virtudes, a quien el Cielo no había concedido sucesión. Cierta noche en que yacía apenado por ello, se le apareció en sueños un venerable anciano que le dijo:

–Tus súplicas han sido oídas; cómete una granada de las del jardín y verás colmados tus deseos.

En efecto, de allí a pocos meses, todas sus cincuenta mujeres se sintieron embarazadas, salvo la reina Piruza, a quien el esposo, indignado, mandó desterrar a Samaria; pero no bien ésta llegó allí, dió a luz un hermoso niño, a quien se puso por nombre Codadad ya quien el príncipe de Samaria fue dando luego excelente educación, tanto que a los veinte años era un verdadero prodigio. Ya hombre, y deseoso de gloria, partió a ofrecer sus servicios al rey su padre, sin dársele a conocer sino como hijo de un emir de El Cairo. Pronto los otros príncipes, sus hermanos paternos, concibieron gran envidia contra él por las hazañas guerreras que en seguida llevó a cabo, y se concertaron para perderle. Al efecto se le llevaron como de caza y le dejaron abandonado en medio del bosque.

Codadad, después de vagar perdido buscando a los suyos durante tres días, llegó a una prodigiosa llanura en medio de la que se alzaba un colosal palacio de mármol negro, en uno de cuyos ajimeces vió asomada a la dama más hermosa del mundo y quien, con grandes ansias, le decía:

–¡Oh, príncipe gallardo, aléjate al punto de este edificio siniestro si no quieres caer bajo la crueldad del monstruo que en él habita! Yo soy una joven egipcia, a quien el monstruoso negro, después de asesinar a todos mis criados, me ha encerrado aquí esperando rendir mi virtud.

No había acabado de hablar cuando se presentó el negrazo y, con su pesada cimitarra de gigante, se abalanzó con su caballo sobre el príncipe; pero este último, veloz como el rayo, se lanzó sobre él y le atravesó de parte a parte, aunque no sin que el negro le hiciese perder uno de los brazos. Luego fue libertando uno a uno a todos los prisioneros de la mazmorra, que no aguardaban sino el turno de ser devorados por el monstruo. ¡Cuál no seria la sorpresa del príncipe al advertir que todos aquellos infelices no eran otros que sus envidiosos hermanos, a los que así venía a libertar en premio de sus perfidias!

No hay que añadir que los 49 príncipes, con Codadad a la cabeza, después de haber gozado fabulosamente con las riquezas encerradas en el Palacio Negro, trataron de regresar, triunfantes y felices, a los brazos del Padre-Rey, pero antes quisieron saber la historia de la dama, que ésta les refirió en los siguientes términos:

–Yo soy una infeliz princesa de la ciudad de Deryabar, en una isla ha tiempo gobernada por un rey espléndido. Mi nacimiento fue para mi padre el rey motivo más de pena que de gozo, pero no por eso dejó de darme la más esmerada educación. Cierto día en que mi padre cazaba por la selva se extravió y, engañado por una lejana lucecita, fue a dar en una cabaña, donde un espantoso gigante se merendaba tranquilamente un buey, aliado de una pobre mujer encadenada y con un niño de tres años en su regazo, a quienes maltrataba. Mi padre mató al perverso y se llevó a palacio al niño, en quien, según fue creciendo, todos veían un futuro esposo para mí. En efecto, llegó a tanto la insolencia del joven, que a la muerte de mi padre llegó a pretender imponérseme, a mi que era la heredera legítima, y como contaba con la adulación de todos los cortesanos, no tuve más partido que el de huir, cayendo en esta situación aún peor, en la que me habéis visto, después de mil peligros, naufragios, etc., cuya relación omito, hasta que he venido a parar en manos de este negro y recibir de vos la salvación.

Emocionado Codadad por relato tan patético, la ofreció su mano a la infeliz princesa de Deryabar, cosa que ella aceptó con júbilo, pero ni uno ni otra contaban con la ingratitud de los príncipes sus hermanos, quienes, llamándose aparte, acordaron asesinar a Codadad, no fuese que el Padre-Rey, al volverle a ver y saber sus aventuras, y que era además hijo de la repudiada Piruza, acabase por nombrarle heredero del reino con perjuicio de ellos. Al punto pusieron por obra sus siniestros propósitos, y cosieron a puñaladas a Codadad en los brazos mismos de su esposa, escapando hacia la corte, y diciendo al Padre-Rey que su ausencia se había debido a que se detuvieron visitando algunas ciudades vecinas.

–A mi sola debo imputarme tu muerte, ¡oh príncipe! –clamaba desolada la joven–. Tú has querido juntar tu Destino con el mío infeliz. ¡Son ya muchos, oh cielos, los esposos que me habéis arrebatado así!

Codadad no había muerto, sin embargo, y bajo los solícitos cuidados de la princesa de Deryabar, aunque muy lentamente, acabó por recobrar la salud y se ofreció a llevarle con ella a su país; pero antes, por consejo del cirujano que asistiera al herido, acordaron los tres presentarse a la reina Piruza y luego al rey Harrán, una vez que el príncipe confesó a entrambos su verdadera condición. Conviene advertir que el tal cirujano era un calenda de los más sabios, merced al cual la madre tuvo pronto la dicha de volver a abrazar a su hijo, al que consideraba perdido, y presentarse con él ante el rey Harrán, quien, con el asombro y la alegría que era de esperar, se informó de la historia de la pobre repudiada Piruza y de las increíbles aventuras de su hijo, juntamente con la perfidia de los hermanos de éste, a quien condenó a muerte, encerrándolos antes en obscura torre, al par que recibía por sus

hijos y herederos al príncipe Codadad y a la princesa de Deryabar; pero, no queriendo hacer las cosas sin que el pueblo se enterase bien de lo acaecido, fingió haber tenido noticias de la muerte de su hijo Codadad y mandó erigirle un sepulcro suntuosisimo. Cien solitarios ancianos que pasaban su vida consagrados al silencio y al estudio, y que sólo en muy contadas y solemnes ocasiones se venían a la corte, se presentaron montados en sendas mulas negras, sosteniendo sobre sus cabezas otros tantos gruesos libros, dando tres vueltas silenciosas en torno de la cúpula. Luego dieron otras tres vueltas análogas cien hermosas jóvenes, clamando por el príncipe.

No hay que añadir que el pueblo, indignado por la desgracia, pedía a gritos que se apresurase el castigo de los asesinos, sus hermanos, y ya el verdugo iba a iniciar su penosa tarea, cuando llegaron apremiantes nuevas de que el ejército de los reyes vecinos venía otra vez con mayor empuje sobre el reino.

Todos quedaron aterrados. Se improvisaron guerreros; pero no tenían caudillo que les condujese a la victoria, lamentándose aún más con ello de la muerte de aquél; pero el caudillo no tardó en presentarse: ¡era el propio Codadad, por el calenda resucitado, como va dicho!…

No hay necesidad de apuntar las conexiones ocultistas de este mito con tantos otros, por ejemplo con el bíblico de José y sus hermanos, de aquí tomado acaso; con la clásica obra japonesa de "Los 49 capitanes", con la fábula de los cíclopes, de la Odisea; con el cuento español de "La gata cenicienta"; con el mito de Irám; con el de los calendas, que vendrá después; con el de Mardrús titulado "La pulsera en el tobillo", base de este último, y, en fin, con el siguiente, que es todo un tratado acerca de la envidia de los suyos, que es el mayor obstáculo del héroe en su empresa:

Historia del envidioso y el envidiado

En cierta ciudad vivían contiguos dos hombres. Uno de ellos tomó al otro tal envidia, que este último, a pesar de haberle hecho al primero toda suerte de pequeños favores, decidió dejarle el campo libre, vendiendo todos sus bienes y retirándose a hacer la vida de los derviches en una cómoda granja que compró cerca de la capital. Su virtud se hizo célebre bien pronto y otros muchos hombres se le incorporaron para hacer la misma santa vida.

Pero ni aun allí pudo verse libre del envidioso, que no tardó en presentarse también allí, y con engaños, se dió trazas a arrojar al envidiado en el aljibe de la casa, marchando lleno de alegría por su infame acción.

Sin embargo, el viejo aljibe estaba habitado por hadas y genios, que recibieron a la víctima en palmas sin que se hiciese daño alguno. Luego, como era santo, le llevaron para que curase a la princesa de aquel lugar, que estaba poseída por el genio de Mainum, el demoníaco hijo de Dindin, que de ella estaba enamorado. Se trataba nada menos que de arrancar, para curarla, siete pelos blancos de la cola a cierto gato negro, del convento de los derviches, quemarlos y, con su humo, perfumar la cabeza de la princesa, quien de este modo se vería libre de su obsesor.

El derviche escuchó atento y se dispuso a buscar al gato, escapando sin dificultad por los desportillados que el aljibe tenía. Cogió el gato, le arrancó los siete pelos y fue a palacio a curar con ellos a la princesa. El demonio obsesor, al sentir el perfume de la quema, rugió estentóreamente, pero tuvo que soltar su presa, y la princesa, libre ya de su desgracia, se levantó el velo que la cubría, dejando ver su incomparable hermosura.

Inútil es añadir que el sultán, agradecido, le casó con la princesa, y muerto de allí a poco aquél, sin varones, el derviche se vió, de manos a boca, rey del dilatado reino.

Cierto día que el nuevo sultán vió en medio de la multitud al envidioso, causante indirecto de su dicha, le hizo traer por su visir, diciendo:

–¡Dénsele inmediatamente mil cequíes de oro; veinte mil cargas de los géneros que escoja y escolta para que regrese a su pueblo!

–He aquí, ¡oh genio! –terminó el calenda–, lo que hizo con su enemigo aquel hombre de bien. Te ruego, pues, que le imites.

–Todo cuanto puedo hacer por ti –replicó éste–, es dejarte con vida; pero no me puedo resignar a dejarte ir sin más ni más. Quiero que experimentes todo el poder de mis encantos.

Y diciendo esto me cogió con violencia y a través de la bóveda del subterráneo me elevó por los aires hasta perder la tierra de vista. Luego se dejó caer conmigo sobre la cima de un alto monte, y, arrojándome a la cara un puñado de tierra, me conjuro:

–¡Deja tu figura de hombre y toma la de un mono! –Y desapareció, dejándome transformado en efectivo mono y en una selva desconocida.

Con forma, pues, de mono, aunque con inteligencia de hombre, bajé a la llanura. Al cabo de un mes llegué a la orilla del mar. Corté una gruesa rama de árbol, cabalgué sobre ella, y con dos palos por remos, alcancé hasta un

barco que se hallaba cerca de la costa. Ante espectáculo tan extraordinario la marinería me izó a bordo, y temiendo fuese cosa de mal agüero me querían matar. Entonces me prosterné ante el capitán en una actitud tan suplicante que le conmoví, tomándome bajo su protección. De allí a pocos días entramos en el puerto de una gran ciudad.

En la ciudad reinaba un sultán, quien, por la muerte de su visir, deseaba nombrar otro en su puesto, exigiendo que el nombrado supiese escribir aún mejor que el difunto. Los muchos comerciantes que iban a bordo tentaron la aventura, pero yo, arrebatándoles la pluma, escribí un rollo con los seis tipos de letras usados por los árabes, agregando a cada uno disticos y otras poesías en alabanza del sultán. Jamás nadie había visto letra parecida, y menos en un mono como yo. Cuando el sultán vió mi trabajo quedó tan prendado que ordenó:

–Tómese de mis caballerizas el caballo más hermoso y más ricamente enjaezado y venga sobre él con los mejores vestidos de mi guardarropa la persona que tal ha escrito.

Todos los oficiales de la guardia se echaron a reír, añadiendo:

–Señor, el que escribiera esto, no es un hombre sino un mono extraordinario.

Al momento me vistieron una riquísima ropa de brocado y con gran aparato fuí conducido a la presencia del sultán, poniendo en conmoción a mi paso a toda la ciudad, maravillada de que a un mono se le hubiese nombrado gran visir.

El sultán, al ver mi presentación elegante y respetuosa, quedó pasmado de admiración. Despidió a sus cortesanos, y a solas conmigo y con el jefe de los eunucos me hizo comer con él. Antes de alzarse los manteles pedí por señas recado de escribir, y a la vista del sultán tracé unos versos compuestos en su loor. Luego que bebimos escribí sobre aquel vino nuevos versos que explicaban el estado en que, después de enormes sufrimientos, me encontraba a la sazón. Por fin, hizo el sultán traer un juego de ajedrez, y le gané dos de las tres partidas que con él eché.

El sultán tenia una, hija llamada Beldad, quien al verme dijo al punto, echándose el velo sobre el rostro:

–Señor: el mono que estáis viendo no es sino un príncipe joven, hijo de un gran rey que yace así a causa de un encantamiento que le ha hecho cierto hijo de la hija de Eblis, después de haber quitado cruelmente la vida a la princesa de la Isla de Ébano, hija del rey Epitilamo.

–¿Cómo lo sabes? –replicó el sultán.

–Por las sesenta reglas de su ciencia, que el aya vieja mía, maga poderosa, me enseñó, y es más, puedo restituirle con ellas a su primitiva forma.

Como el sultán no desease otra cosa, la princesa fue a su habitación; trajo cierto pergamino cuajado de símbolos y jeroglíficos; describió el circulo mágico y recitó abjuraciones y versículos del Corán. Insensiblemente fuese obscureciendo el ambiente y todo crujía espantosamente en nuestro derredor, hasta que se presentó el genio en forma de un león de enorme magnitud, dispuesto a devoramos a todos, empezando por la princesa. Pero ésta dió un salto atrás; se arrancó un cabello que transformó al punto, mediante dos o tres, palabras de ensalmo, en un cortante yagatán, con el que, de un solo tajo, dividió en dos el cuerpo de la fiera. Del león quedó únicamente la cabeza, que se convirtió en un venenoso y deforme escorpión, que hubiera picado de muerte a la princesa, si ésta con un nuevo ensalmo no se hubiese transformado en serpiente. El escorpión, así vencido, se metamorfoseó en águila negra, pero ella, cambiándose a su vez en otra águila blanca más poderosa, la persiguió hasta que volando ambas se perdieron de vista.

La terrible lucha no terminó aquí: el genio, perseguido, se transformó en gato, y la princesa en lobo que no cesaba de perseguirle; el gato se cambió en gusano y se metió dentro de una granada, pero el lobo se volvió gallo y grano a grano la picoteó. El último grano de la granada se transformó en un pececillo, pero el gallo se convirtió en un sollo muy grande que después de pelear bajo las aguas, se le tragó. Por fin, el genio y la princesa acabaron haciéndose como dos ardientes llamas que luchaban una con otra, amenazando abrasarlo todo en su titánica lucha. Bajo el fuero del irritado genio, se chamuscaron las barbas del sultán, el jefe de los eunucos quedó abrasado, y yo, con una de las chispas que saltaron, quedé tuerto como hoy me veis… El genio acabó siendo un montón de cenizas.

Rápidamente la princesa pidió una taza con agua; pronunció sobre ella ciertas palabras mágicas, y rociándome con ella me tornó a mi antiguo sér, aunque con el ojo de menos que veis. Luego añadió:

–Señor: la victoria me cuesta harto cara, porque cuando era gallo contra el genio transformado en grano de granada dejé de comer el último grano, y tuve que apelar al fuego para vencerle, pero este fuego también me consume a mi y voy a morir.

En efecto, pronto la princesa quedó reducida también, como aquél, a un montoncito de cenizas, y yo, temiendo ser objeto de las iras del sultán, como causante involuntario de tamaña desgracia, huí; me hice calenda y he llegado aquí en el triste estado en que me veis…

[94] Los nombres de "Sind-bad" y de "Hind-bad" que emplea el texto de Mardrús para los dos personajes de este cuento inmortal revelan claramente el primitivo abolengo ario-hindú del mismo. "Sind", en efecto, es el nombre antiguo del Ganges, e "Hind", el antiguo nombre del Indo, por manera que la riqueza actual de aquel personaje Sindbad y la pobreza presente del esportillero Hindbad no son sino el contraste ocultista entre los tesoros de la India Gupta u oculta gangética y la inopia ocultista de los parsis, cuyas cunas del Paropamiso, la Sodgiana y el Penjab están ligadas, Como es sabido, con el río Hind o Indo. Una variante, en suma, del contraste entre el Brahmâ ario y el Abraham (o no brahmán) semita, o la de los Suras (ángeles) y los Asuras (o demonios), etc.

Sind-bad es, además, la contracción del Sind-abad árabe, o sea líteralmente "el abuelo, el maestro del Ganges", por cuanto la palabra "aba" o "ava", de la que deriva la de "abad" o "maestro espiritual y jefe", equívale a la de "taarabuelo" o "antepasado". *(El Libro que mata a la muerte,*'cap. XXVIII).

[95] Aquí no hay sino un símil expresando el efectivo hecho de que para que el hombre pueda obtener los tesoros de la inmortalidad ha de "atarse" o ligarse a la carne, con las reencarnaciones sucesivas, para que el Ave-roc del espirltu pueda arrebatarle luego a las excelsas regiones donde yacen los "tesoros inmortales".

[96] Este vaso, por supuesto, es el del Santo Grial, la joya más preciada de todos los subterráneos aladinescos y que ya llevamos vista en diversos cuentos anteriores, tales como el de Yamlika con su joya, el de "El joven holgazán Basra Abu-Moham", cuando busca una gema grande para la corona de Set Zobeida; el de "El jeique Muzafar", camino de la China, y en otros muchos del completisimo texto de Mardrús.

[97] Este aparente anacronismo, análogo a otros que cometemos en este libro, queda explicado teniendo en cuenta la remotísima antigüedad que, apartándonos del criterio corriente, asignamos a este gran libro.

[98] Sod. Misterio, Iniciación, Soddales, sacerdotes.

[99] En la Odisea este fue el medio por el que se dió a conocer Ulises; ganando la mano de Penélope. El pasaje es idéntico al que se lee también en *La Luz de Asia de* Arturo Arnould, acerca del príncipe Siddartha cuando quiso tomar esposa. La flecha del primer príncipe de nuestro cuento alcanza a la perfección monacal; la segunda a la perfección humana, mayor sin disputa cuando merece la mano de una simbólica princesa. La flecha que va más lejos, flecha aparentemente perdida es la sola capaz de llevara al supermundo de los dioses.

[100] Surge aquí, de nuevo, el consabido tema de la envidia fraternal, al estilo de la de Cain hacia Abel y de los hijos de Jacob contra José, tema representado en los textos también por el de "La Cenicienta" o "Las dos hermanas envidiosas de la otra menor", del que sólo podemos dar somera indicación aquí, de este modo:

"Durante sus inspecciones nocturnas por su capital, el príncipe Khosruschah, de Persia, oye que tres hermanas discutían, diciendo la una: "Yo anhelaría casarme con el panadero del rey para comer ricos pasteles". "Yo –decía la segunda– me casaría gustosa con el cocinero del rey." "Pues yo –añadía rotundamente la tercera– no me casaría sino con el rey mismo."

El rey se presenta y, deslumbrado ante el donaire y la hermosura de esta última, se desposa con ella, después de haber hecho casarse a su panadero y a su cocinero respectivamente con las otras dos, al tenor de sus deseos.

Pero, ¡oh terrible condición, la envidiosa e insaciable condición humana!, la envidia clava su dardo emponzoñado en el corazón de las malvadas y, cuando la esposa del rey da a luz, en sucesivos partos, a dos hermosos niños (Brahmán y Pervir) y a una incomparable niña (Farisada), se dan trazas a echarlos al canal en sendas canastillas, diciendo al rey que su mujer sólo daba a luz monstruos espantosos, por lo que el soberano se ve forzado a exponerla a público ludibrio en la puerta de la mezquita. Un jardinero recoge a los niños y, lejos del mundo, hace de ellos tres jóvenes portentosos, quienes, deseosos de realizar proezas dignas de ellos, van, por consejo de cierta viejecita del bosque, a conquistar, para completo adorno de su admirable palacio campestre, "el pájaro que habla", "el árbol que canta" y "el agua amarilla que brota permanentemente en inagotable manantial". Un anciano derviche quiere disuadirles de su empeño diciéndoles que tienen que escalar para ello una montaña casi inaccesible cuajada de piedras negras que son otros tantos desgraciados caballeros que antes fracasaran en la empresa y que, si vuelven siquiera la cabeza atrás, quedarán como ellos. Así sucede, en efecto, a los dos varones; pero Farisada, "la de sonrisa de rosa", de otro cuento de Mardrús, poniéndose, como Ulises, borra en los oídos y velo en los ojos, no se da ni cuenta de las amenazas de aquellos "elementales" guardadores de los tres tesoros, y se apodera de éstos, desencantando de paso con "el agua amarilla" a todos los caballeros, incluso a sus dos hermanos, quienes la dan triunfal escolta hasta su palacio del bosque. Allí, en fin, llega cazando un día el padre-rey, y admirado de cuanto veía, sobre todo de "las tres cosas" consabidas, cae en la cuenta de su engaño, merced a la revelación del "pájaro", del "árbol" y de "la fuente"; restituye sus honores a la infeliz madre, y se lleva triunfalmente a la corte a sus maravillosos hijos…

¿Quién no ve en este precioso cuento mil cosas a cual más admirables, a saber: mitos de Quetzalcoalt; Xisusthros, Noé, Moisés y demás "salvados de las aguas"; la maternal y perdida Magia, la Raja-Yoga, de siempre hermosos hijos, del la que se dice, sin embargo, que sólo monstruos produce; el pastor o jardinero, sempiterno educador de los infantes, tales como el Amulío romano, el de los "hijos de Isomberta", del mito

nórtico de "el Caballero del Cisne", etc., etc.? Deteniéndonos, pues, en ello haríamos interminable esta nota con "el Ave-mágica" de Sigfrido, "el Árbol Boddhi, de la Sabiduría que *habla*", y el de la "Fuente de Vida", que mana de la inmortalidad, única capaz de desencantar a las "piedras negras" de esta petrificada y yerta humanidad sin mente y sin intuición.

Pero no cerraremos la nota sin consignar una prueba más entre mil de la influencia universal de la leyenda persa que tenemos en el siguiente pasaje de César Cantú:

"Ctesias, de Gnido, acompañó a Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes Mnemon, y vivió diez y siete años en la corte de los reyes de Persia. Escribió una *Historia* de este país, en 27 libros, y otra análoga de la India.

Esta última obra la conocemos sólo por un extracto de Focio en su *Biblioteca*... En ella vemos una fuente que cada año se llenaba de oro líquido, el cual era recogido en vasijas de barro, para poderlas romper así que el oro se endurecía. "Allí –dice el extracto de Fodo– se encuentra un monstruo, el Masthi-gora" (¿Masthi-gaura, *Masti-avatar* hindú o "el avatar-tortuga"), que tiene la cara de hombre, el tamaño del león y la piel roja como el cinabrio. En fin, allí se cuenta la maravillosa historia siguiente: En las montañas de la India, donde crecen las cañas, hay una nación de cerca de 30 mil hombres, cuyas mujeres paren una sola vez en la vida. En esta nación los hijos nacen con bellísimos dientes; los varones y las hembras tienen desde su nacimiento blancos los cabellos y las cejas; hasta la edad de treinta años los hombres tienen blancos los pelos de todo el cuerpo, pero a esta edad comienzan a ennegrecerse, y cuando están próximos a los sesenta sus cabellos son enteramente negros. Los mismos tienen ocho dedos en cada mano y otros tantos en cada pie. Son pequeñísimos, y el rey de los hindúes en sus correrías militares va siempre acompañado de cinco mil de éstos, arqueros y ballesteros. Tienen, en fin –como los famosos "orejones" de Pizarro–, tan largas las orejas que se tocan una con otra, de modo que con ellas se cubren la espalda y brazos hasta los codos."

Ctesias, imperturbable en su tarea de contar tales fábulas, protesta haber visto por sus propios ojos hechos iguales a los que refiere, y asegura que si no temiese ser tachado de falso hubiera contado historias aún más maravillosas.

Ctesias fue gran médico y hace trizas a Herodoto. Se asemeja a Hecateo de Mileto, Ferecides de Lero y Caron de Lamsaco. Como Harpócrates, luego, escribió acerca de las mentiras de la *Historia* de Herodoto, en la que cimentamos la historia antigua. (César Cantú, *Historia Universal).*

[101] Omitimos comentarios respecto a esta "doble vida del durmiente despierto", símbolo de las respectivas vidas terrestres y de ultratumba que lleva el hombre alternando ante su conciencia como el día y la noche en la Naturaleza. Cuando, en efecto, nacemos, un sorbo del "agua del Leteo" nos hace olvidar la vida trascendente pre-natal y las otras existencias físicas que a ésta precedieran. Cuando morimos, en cambio, vemos, asombrados, que dicha nuestra vida física no fue sino "un vano sueño", que otra cosa no quiso simbolizar el cuento en cuestión ni tampoco el famoso drama calderoniano.

[102] El texto de Mardrús, al darnos hermosamente descrito el cuento anterior, le enlaza con las tres "Historias de los tres locos", añadiendo que durante el reinado de Mahmud, cierto día éste dijo a su visir que quería visitar el maristán, o sea la casa de los locos.

-Señor –le replicó el visir–, como tan sabias disposiciones venís dictando desde hace años para bien de vuestros súbditos, el maristán está, puede decirse, vacío. Sólo quedan en él tres desdichados; indignos de vuestra real atención.

–Quiero verlos, no obstante –insistió el rey, y ambos pasaron al maristán donde, en efecto, hallan a los tres locos, quienes cuentan sus respectivas historias al rey. La historia del primer loco, en esencia, es la siguiente:

Yo era en mi juventud, un hermoso mercader de telas, tan hermoso, pese a mi modestia, que las damas más encumbradas, bajo pretexto de hacer compras, venían a mi tienda sólo por verme. Entre las damas, llegó un día cierta vieja nodriza de una señora muy principal, comprándome, sin regatear, las telas indias más costosas de mis almacenes, y así siguió viniendo y comprándome durante varios días. Por fin, me reveló el amor que, sólo por oídas, me profesaba la señora, quien, no pudiendo soportar por más tiempo su pasión, me invitaba a que pasase a verla aquella noche misma, para lo cual era preciso me dejase vendar los ojos por la nodriza. A todo me presté solicito, y al despojarme de la venda, me hallé en el más opulento palacio que puede soñar la imaginación, y vime agasajado sin tasa por aquella dama, celeste criatura con la que pasé felicísimo toda aquella noche y otras veinte más, después de haberme desposado legalmente con ella. En medio de mi inenarrable dicha, al vigésimo día me acordé de mi madre y pedí permiso a mi dueña para regresar a mi tienda por poco tiempo, al lado de la ancianita. Estando así en la tienda se me presentó de improviso una dama tapada, portadora de un gallo de oro y de diamantes, que yo, al instante, deseé comprar; pero ella me dijo, resentida, que no me la vendería por ningún precio, porque no necesitaba dinero alguno, y sí se prestaba a regalármele si yo consentía en que me diese un simple beso de amor en la mejilla. Consentí, y cuando esperaba recibir el simple beso, vime mordido sin piedad en la mejilla por aquella harpía. Al volver así herido al lado de mi esposa, halléla vestida toda de escarlata y roja de ira, y al querer justificarme por el suceso me dió un bofetón tal, que me hizo rodar por el suelo sin sentido. Al volver en mí, me encontré encadenado en el maristán, como veis, y así llevo encadenado años y años, purgando

mi delito…

La historia que seguidamente refirió el segundo loco, era semejante a la del primero, a saber: Que era también mercader de joyas y alhajas; que cierto día se le presentó una negra acompañando a una joven bellísima que deseaba comprar un brazalete para sus tobillos, pero eran ellos tales, que todos le venían grandes. "Ante criatura semejante, siguió diciendo el segundo loco, yo quedé preso de amor y me apresuré a pedírsela a su padre, el jeique Al-Islam, quien acogió mi pretensión con una estrepitosa carcajada, diciéndome que sólo un hombre sin juicio podía prendarse de su hija, criatura la más horrenda y deforme que había bajo el manto de las estrellas. Como yo había visto todo lo contrario, insistí en mi pretensión, ante la que cedió al fin el viejo jeique, aunque exigiéndome una fuerte suma para el caso de divorcio, que él deputaba inevitable desde la primera noche. En efecto, al acostarme con mi esposa, vi que era una deforme y monstruosa criatura, de cuyo lado huí volviéndome a mi tienda y divorciándome de ella al otro día. Pero, no bien torné a mis habituales tareas, la dama de marras, que yo había tomado por mujer, se me presentó de nuevo mil veces más hermosa que en sus anteriores visitas, diciéndome: "¡Yo te metí en mis redes, y yo te sacaré de ellas, y esta vez, si insistes en casarte conmigo, la boda se celebrará en tu casa, no en la mía!". Así lo hicimos, y, en efecto, no tuve entonces por qué arrepentirme, pues que me hizo feliz aquella noche y las treinta sucesivas; pero, cuando más embebecido me hallaba en mi dicha, hete aquí que la bella, en uno de sus continuos transportes de amor me hizo perder el sentido, encontrándome, sin saber cómo, al recobrarle, encadenado en el maristán y ansiando llegue el día de verme de nuevo en el palacio de la que fue mi esposa.

En cuanto al tercer loco, su historia se reducía a narrar que, de niño, siendo huérfano y pobre se fue un día a buscar nidos de cernícalos en los paredones de una casa arruinada, donde se encontró a un anciano venerable que le dijo: "Tu serás mi discípulo", y le retuvo a su lado como tal discípulo días y días, dándole, sin separarse de él las más altas enseñanzas. Una vez, sin embargo, se cruzó en el camino con la hija del sultán, cayendo presa del más insensato e imposible amor. "¡Quiero volver a verla –le dijo a su maestro–, aunque muera después". Vano fue que este último tratase de disuadirle de su insensata pasión, tanto que, compadecido al fin, con un misterioso ungüento llamado khol, le untó los párpados, haciéndole invisible y trasladándole, por arte mágico, hasta el mismo dormitorio de la princesa. El enamorado discípulo, entonces, cegado por la pasión y sin saber bien lo que hacía, estampó un apasionado beso en la mejilla de la joven, quien, al notar aquel contacto, dió un grito de espanto que puso en conmoción al palacio entero, pero como los servidores a nadie viesen, se pusieron a gritar a coro: "¡Es un innombrable entre los innombrables; es un genn maléfico!" Entonces la nodriza, cerrando las puertas, hizo traer y quemar estiércol de camello, pronunciando los ensalmos del caso contra los invisibles. El humo del estiércol quemado irritó, en efecto, mis ojos, y al frotarme los párpados quitéme el kohl que los hacía invisibles, y fue por ello delatada mi presencia, recibiendo tal paliza que me dejaron por muerto y volviendo al cabo de muchas horas a recobrar el sentido, encadenado, como veis, en el maristán.

Asombrado el rey de los relatos de los locos, tan semejantes a su propia historia, les hace despojar de sus cadenas, los lleva a palacio, y allí, advierte con tanto asombro como júbilo que las tres damas de los respectivos locos no eran sino las tres hermanas menores de su propia esposa, osean las otras tres hijas del difunto sultán…

[103] El titulo que lleva este cuento en la obra de Mardrús es el de *Historia del mandadero y las tres doncellas.* Su texto es, sustancialmente, el mismo, salvo los intolerables sensualismos de que está cuajado, por lo que sólo apuntaremos la palabra como mexicana de *ratl,* plural de *artal* o peso de dos a doce onzas que figura en él, y la de *ahjam* y su plural *ajamí,* al referirse a los calendas, con el apelativo empleado por los árabes para designar a los extranjeros, sobre todo a los persas, quienes. son los que denominan *calendos* a los monjes mendicantes o *saalik,* en plural *saaluk.*

El nombre de "calendas" es por demás simbólico y expresivo, ora se le haga derivar del "Kali" sánscrito como el de la diosa "Kalayoni" tentadora de Krishna, ora de la raíz "call", gritar, nombrar ("kalo" griego y latín antiguo, "call" inglés, "galw", bajo bretón, etc.). Nosotros creemos que aquellos eran "gentes lunares, no solares", "ocultistas fracasados" como si dijéramos, como de sus relatos mismos se deduce, porque "calendae" era el nombre romano de las Neomemias o novilunios, de donde luego derivó el nombre de "calendario", siendo fama que los pueblos arios primitivos no contaron por lunas, como los semitas posteriores, tanto que los mismos griegos no contaron por calendas y de aquí la frase popular de remitir a uno a "las calendas grecas", para expresar que ello no ha de verse nunca realizado.

[104] Giafar-al Barmaki o el "Barmecida", le denomina el texto de Mardrús.

[105] El texto de Mardrús dice *"Aknamus,* el último rey de la India, señor de la Isla de Ébano", y al efrit raptor de la doncella le denomina *Georgirus,* hijo de *Rajmus* y nieto del propio *Eblis.*

[106] El texto de Mardrús llama a la una *Amina,* como el de Gallard, ya la otra *Fahima.* Ni uno ni otro texto dan la historia particular de esta última. "Zohal" es el nombre del planeta Saturno, como "Mirrikh" es el de Marte y "Hutared" el de Mercurio. "Zobeida" es nombre relacionado con el de Zohal. Las tres "hermanas de padre", tan sólo, son en suma los simbolismos de los tres elementos distintos y fundamentales del hombre, a saber: "Safia", "Sophia" o "Sabiduría", es el *Nous* o Espíritu griego; "Amina" o "Anima" es la *Psyque,* el "Alma", y Zobeida el

elemento inferior o "el Cuerpo" o *Soma.* Las "perras negras" son las humanidades precitas o envilecidas, de donde viene el "perro cristiano" de los moros.

[107] El comentario de esta historia está hecho con sólo decir que es una efectiva precursora de la célebre "Leyenda de Psiquis y Heros", de Apuleyo, leyenda ya dada en otro lugar.

[108] Esta deliciosa leyenda castellana es de lo más sugestivo que darse puede, porque, a vueltas de ser todo un curso mitopeico de la comarca de Soria, contiene enseñanzas morales tan puras como las de cualquier religión, a través de su símbolo.

Vivía en Almazán, hace muchísimos años, un infeliz muchacho, huérfano de todo. Carecía de parientes, de hogar y de medios de vida, y era, además, jorobado, contrahecho, cetrino y raquítico. Su joroba le impedía los trabajos de carga; su mala figura le imposibilitaba para otros oficios, y así vivía refugiado en la iglesia, a cuyas puertas vendía rosarios, estampas y bujerías.

Acaeció que a un herrero de la villa de Barahona le acometieron sin saber cómo ensueños extraordinarios y espantosos. El desgraciado se sentía morir, cual si estuviese influenciado por espíritus malignos; pero cierta noche le visitó en sueños una visión indicándole los medios de vencer al enemigo, a saber: que un sábado por la noche, después de las fiestas de Santo Polo, en Soria, se fuese en compañía de Domicio –así se llamaba el jorobadito– a la Cueva de la Zampoña, al pie del Duero, bajo el ermitorio de San Saturio, y en ella penetrase Domicio a luchar con Satán y vencerle en el propio antro de sus fechorías.

El herrero buscó al jorobadito, le explicó su revelación, y aunque éste se resistiese a servirle de instrumento curativo, aceptó al fin, movido de sus sentimientos compasivos, ocultos bajo su miserable encanijamiento.

Aquella noche era sábado, y después de los oficios divinos en los templarios de Santo Polo, entrambos se constituyeron en la cueva, y despidiéndose con lágrimas en los ojos, Domicio se internó en la sima por una escala que desde arriba sostenía el herrero; mas con tal desgracia, que ésta se escapó de las manos del de Barahona, y el cuitado Domicio desapareció, sumiendo en la desesperación al herrero, quien en vano le esperó fuera tres días, orando al santo anacoreta.

Al volver en sí Domicio, después de la caída, se sintió asido por una mano invisible que, a través de un bosque amenísimo, le condujo hacia un palacio de jaspe, tan extraño que la pluma no le puede describir. Deliciosa música recibió al joven y hasta creyó él notar en su cara el roce de contactos finísimos que esparcían en torno suyo nubes de aromas. Entre el concierto descollaba una voz lastimera cantando aquella mansión como cárcel en la que gemían tres hermanas por el delito de haber abandonado en el mundo a un muchacho bueno e inteligente, llamado Domicio, digno de suerte mejor.

Asombrado Domicio, se dió a conocer a las invisibles cantoras y al instante se sintió abrazar por ellas, clamando por que las libertase de su encantamiento. Tan maravillado quedó el joven con semejantes transportes y razonamientos, que juró luchar hasta con el Demonio en persona, a trueque de redimirlas.

No bien lo hubo así jurado, cuando se le presentó delante una mesa servida con manjares y vinos exquisitos, de los que se puso a gozar Domicio, notando que en los otros tres costados de la mesa manos admirables de tres mujeres invisibles se servían también, comiendo en su compañía. Luego una de ellas le condujo a espléndido lecho de gasas, donde se acostó el mancebo, quien, al besar agradecido aquella mano protectora, vió aparecer una joven incomparable, de voluptuosas formas y luenga cabellera, dama que, amorosa, se extasiaba mirándole, con lo que no hay que decir que el mozo cayó presa de ardiente pasión.

–Domicio –le dijo la hermosa–, tú eres bueno y puro, y yo te amo. Veleidosa, te abandoné en el mundo; pero es preciso que me libres del maléfico poder que me encadena aquí impidiéndome derramar por la tierra todos mis beneficios. Él se te mostrará en forma de toro, y es preciso que le mates; ¿tendrás valor?

Domicio, ciego de amor, armado de un puñalito que le dió la bella, se apostó en sitio adecuado, esperó a la misteriosa fiera y le clavó el puñal en su testuz. En seguida se fué a buscar a su amada a tiempo en que ésta, con galas de reina, subía en un carro triunfal tirado por alazanes soberbios.

–Me voy –le dijo.

–¡Llévame contigo! –clamó el mancebo.

–Imposible –replicó la ingrata–; mis dos hermanas necesitan aún de tu auxilio.

–¡Dime al menos cómo te llamas, oh cruel, que así me abandonas!

Y ella, agitando su manto de púrpura, exclamó:

–¡Soy *La Fortuna!*

Abatido por demás quedó Domicio ante aquella ingratitud; pero cuando más lloraba su desventura, una voz de mujer invisible vino a decirle:

–¡Oh, Domicio, el más grande de los mortales, tu poder es extraordinario! Serás fuerte y feliz, tendrás esclavos, poseerás incalculables riquezas y todo humano obstáculo será arrollado por tu esfuerzo. Yo soy la hermana de la Fortuna, te amo y quiero ser correspondida.

Dicho esto, le cogió suavemente, llevándole por su mano a una fuente maravillosa, en medio de perfumado bosquecillo. Allí le lavó manos y pies, con lo que el deforme muchacho vió transfigurarse su mísero cuerpecillo en el del Adonis más irresistible. Después el hada le peinó con sus propios dedos y le infundió tal lucidez mental, que alcanzó a ver su propia y verdadera naturaleza, hasta entonces aprisionada bajo cáscara grosera. Luego se internaron en el bosquecillo. Allí le informó acerca de la batalla que tenía que reñir con su secuestrador, el *hombre de un solo ojo,* para el que nada había oculto.

Domicio esperó el paso del gigantazo y, dejándose caer sobre sus hombros, le vació el ojo con su puñalito, cortándole luego la cabeza.

Cuando Domicio quiso buscar en brazos de su compañera el premio prometido, vió con espanto que, ingrata también, emprendía fugaz su retorno al mundo de los vivos.

–¡Aguarda, aguarda, dulce visión! –imploró desesperadamente el mancebo–. ¡Quiero volar contigo!

–Imposible –le opuso la ingrata diosa–. Aún no has cumplido tu misión libertadora.

Y desapareciendo en las nubes, añadió:

–¡Soy *La Hermosura!*

Por segunda vez yació burlado el infeliz Domicio. Erró a la ventura hasta tropezar con una nueva aparición, más extraña aún que las anteriores, y que gemía bajo acerbo dolor.

Domicio, siempre más condolido de la desdicha ajena que de la propia, se ofreció a consolarla en su desgracia, que resultó datar también de que había abandonado en el mundo a un sér bueno e inteligente llamado Domicio.

–Yo soy ese que decís –replicó él con gallardía–. Quiero redimiros aunque tenga que vérmelas con el Diablo mismo.

–¡Con él en persona os tenéis que batir –respondió solemnemente la hermosa–, si queréis tornarme a mi sér! Otras os han prometido en premio fortuna y hermosura. Yo os daré algo mucho mejor y que jamás se marchita.

La dulce sugestión de aquella deidad extraordinaria pudo más que sus recelos en el corazón de Domicio, quién sintió el fuego de una pasión como no la había sentido nunca. Los dos jóvenes quedaron unidos en dulces deliquios de amor, y ante tan poético momento quedó suspensa la naturaleza toda; el céfiro confundió sus cabelleras, se estremecieron de placer las hojas de los árboles, entonaron sus mejores gorjeos los pajarillos, y el más augusto de los silencios reinó luego sobre aquel indescriptible cuadro de celeste poesía, jamás imaginada sobre la Tierra.

No duró mucho, sin embargo, el dulce idilio. Satán, el enemigo de la felicidad humana, se mostró en encendida nube.

–¡Desventurado, cual débil gusanillo te aplastaré! –dijo furioso a Domicio.

–No te temo, precito –le contestó el valeroso mancebo.

Y entrambos se fueron a una sala de armas donde el Diablo le dió a elegir entre infinitas; pero él, lejos de coger las más preciadas y damasquinas, fuese hacia la espada más vieja que arrinconada yacía, llena de orín.

La lucha fué tremenda; pero Domicio era tan invencible como el Diablo mismo. Infinitos fueron los encuentros, los tajos y las acometidas. En una de éstas, en que Satán se arrojó confiado, Domicio le dió un corte feroz que, con estrépito, le derribó una oreja. El enemigo desapareció avergonzado, dejándose sobre el suelo el singular trofeo.

Cuando Domicio volvió hacia su compañera, apenas si pudo verla de lejos, volando hacia el mundo de los vivos, sin llevarle, a pesar de sus súplicas.

–No me puedes acompañar aún, Domicio –le dijo–; pero al menos toma en prenda mi anillo, que en más dichoso día nos permitirá reconocernos…

–¡Soy *La Diosa del Amor!* –añadió cuando desaparecía.

Domicio alzó del suelo la satánica oreja y se le apareció un hombrecillo de tres pulgadas escasas, quien, paseándose por la palma de la mano del héroe, le dijo que pidiese lo que quisiera, porque Satán, vencido, era ya esclavo suyo. Pidió el joven retornar entre los vivos, y al punto se vió trasladado al camino de Almazán a Soria.

Buscó al herrero de marras, que, perseguido por el vulgo que le achacara la muerte del jorobadito para hacer untos de brujería con su cuerpo, había desaparecido. La puerta de la fragua no se había vuelto a abrir desde entonces, cosa que hizo Domicio entre el terror y las maldiciones de las gentes de Barahona, las que le tenían en zozobra continua; pero tales cosas le debieron de acaecer allí dentro, que el mancebo decidió romper todo lazo con el Diablo, clavando en la puerta la fatídica oreja, con lo cual volvió el infeliz Domicio a su triste deformidad prístina, cosa que le infundió menos pesar que la compañía de la presea maldita.

Para poder comer entró el cuitado de oficial de escultor, y tales progresos realizó en su arte, que con el puñalito de la Fortuna modeló una estatua prodigiosa de la diosa Diana, que llenó de asombro al rey Osmán, quien, adivinando los superiores destinos del pobrete, se le llevó por favorito.

La felicidad más completa sonrió desde aquel punto en el reino. La Fortuna, la Hermosura y el Amor parecieron verter sobre el imperio el cuerno de la abundancia. Todo fue a maravilla, despertando la envidia de los Estados vecinos, quienes, ansiosos de compartir aquellos divinos tesoros, invadieron el reino a la muerte de Osmán, quien había legado la corona al feo Domicio.

El Diablo, sin su apéndice, estaba entre tanto reducido a la inacción; pero, como él decía, bastaba la ingénita malicia humana para, sin necesidad de él, llenar el Averno y hacer otro no mejor de la propia Tierra. Domicio, acaso compadecido hasta del Diablo, fué a Barahona, y desclavándola, le restituyó su oreja, con cuya generosidad, sin reciprocidades peligrosas, aún quedó más y más humillado por Domicio, quien ni siquiera consintió en recibir de él el retorno dé su belleza.

A esto, en su ausencia, se amotinó todo el reino, guiado por cierto monje con negro sayal y cara siempre cubierta por su capucha, que surgió no se sabe de dónde. La guerra civil era inminente; pero Domicio la hizo imposible, llamando al monje negro a los supremos consejos del reino. El tal monje no era sino Satán con los más protervos designios. Pero el poder de Domicio, basado sólo en la virtud, en la paz, en el amor y en la mente vigorosa e ilustrada, era superior al suyo, y aquel primer ministro jamás pudo hacer cosa que buena no fuese.

Domicio arrolló fácilmente a sus enemigos. Al volver victorioso, su caballo le dejó caer en las lagunas de Urbión, con lo que contrajo unas fiebres malignas que le pusieron al borde del sepulcro.

El monje negro no se separaba de él un punto. Le arropó bien, y cierta noche le dió un bebedizo que le hizo sudar un sudor negro y apestoso. Lo más maravilloso del caso fue que el enfermo quedó bueno por encanto y totalmente hermoso y sin deformidades, como el día que saliese de la fuente milagrosa. La nueva del prodigio arrebató a todos, y desde entonces data la romería anual a las milagrosas aguas de las lagunas de Urbión, que dan nacimiento al río Duero.

Transformado así el rey en el más gallardo mancebo, los súbditos le obligaron a tomar esposa entre las infinitas beldades que acudieron a las fiestas. Domicio, ignorante de que el monje negro fuese el Diablo en persona, le consultó sobre tan arduo negocio, y de él obtuvo una categórica afirmativa, tal vez porque en los matrimonios suelen tener más cabida las tretas de Satanás.

Pero éste no contaba con que entre las hermosas del concurso se presentaron tres singulares doncellas, dotadas de prendas tan sobrehumanas, que, más que criaturas terrestres, las Tres Gracias parecían.

Al verlas el monje negro palideció. No se ocultaba a su despecho que aquellas tres criaturas no eran sino la Fortuna, la Hermosura y la Diosa del Amor, antaño libertadas por el heroísmo de Domicio.

El rey vaciló un punto en la dificilísima elección: el pueblo comenzaba a murmurar por la tardanza y, al fin, contra lo que pudiera esperarse, eligió la más modesta y más arrebatadora por la dulce seducción de sus castos atractivos. El Hada del Amor fue coronada reina.

Renunciamos a describir la magnificencia de aquella boda. Sólo añadiremos que, enojadas la Fortuna y la Hermosura, se pusieron de acuerdo con el Diablo para tomar venganza. Éste, con el propósito de esclavizarlas de nuevo en daño de la Humanidad, aceptó el pacto, y comenzaron a llover desórdenes y desgracias sobre todo el Imperio.

Aleccionado Domicio por su esposa acerca del misterio de todo aquéllo, se aprestó una vez más a desbaratar los planes del Averno. El Monje Negro fué destituido y marchó a casa del herrero de Barahona a madurar sus protervos designios. Toda la ciudad se alzó en armas por sus excitaciones, y Domicio fué destronado. Para colmo de su desventura, su ideal consorte murió de unas fiebres malignas.

Domicio sepultó su dolor en la soledad, la meditación y el silencio, retirándose a la ermita del Santo Cristo de Olmedillo, cerca de Renieblas, donde, en olor de santidad, acabó sus días.

El anónimo historiador de este relato fantástico añade, en descargo de su conciencia, que lo referido no fue real, sino mero ensueño de color de rosa del pobre jorobadito de Almazán, cierta noche en que dormía en un

pajar, al calorcillo del heno, y que, antes bien, a la mañana siguiente tornó, como de costumbre, a la puerta del templo a vender rosarios, estampas y bujerias.

Domicio, con sus deformidades físicas, representa a esos humildes que el Evangelio coloca a su diestra en el Gran Día: los compasivos, los abnegados, los hermosos de espíritu, o como un budhista diría: "los renunciadores", "los redentores", los superhombres bajo pobres aspectos ocultos, quienes, yendo más allá aún del precepto de Cristo, aman a su prójimo y a la Humanidad más que a sí mismos… "El verbo habitó entre los hombres, pero los hombres no le conocieron", que dice San Juan; "Dioses sois y lo habéis olvidado", que Platón dijo.

No por codicia ni por curiosidad, sino por remediar los males de un infeliz a quien no conocía, se presta a bajar a la sima, donde traba con el Genio del Mal desiguales batallas, al modo de los caballeros andantes o de los demás héroes mitológicos, en pro del ideal y sin otra arma que la sencillez, la virtud y la generosidad altruista de sus motivos, nada comunes en la Tierra.

Su esfuerzo rescata del poder infernal cuanto hay de hermoso y de bueno al juzgar de los mortales: fortuna, hermosura, pasión. Ingratas ellas, empero, le abandonan, porque es ley de las renunciaciones redentoras la de no guardarse el redentor nada de los tesoros que para los demás conquista.

El vencimiento del Genio del Mal concede al héroe el mágico poder sobre todas las cosas; pero Domicio no cae en la tentación, como no cayera en ella Jesús en medio del Desierto, que es nota diferencial entre las dos magias, la del que los arcanos del Cosmos y sus innúmeros prodigios pueden abrirse para el Bien, con la clave única de la virtud de una mente desarrollada y libre, y para el Mal con la ganzúa de los anhelos egoístas que a la larga acarrean la ruina de tales profanadores del Templo.

Hay en la Tierra lugares favoritos del misterio, de la honda poesía, de eso que hoy llaman *superliminal* o *hiperfísico* los investigadores, y fantástico, ideal, dulcísimo, todos los poetas, y uno de tales sitios de Walpurgis es la mansa curva del Duero en Soria. Aquellas aguas lamen los muros del romántico San Juan de los Reyes, el de los capiteles fantásticos como agua fuerte de Goya o delirio de calentura; se deslizan entre sauces y pimentales, llenos de topos, esos troglodíticos filósofos del mundo animal; parecen detenerse intrigadas frente al secreto masónico-templario de Santo Polo; contornean toda la falda del Monte Oria, nombre que recuerda el Moriah, del Calvario, el Orio u Orión griego, y el Moria de no sé qué seres del Tíbet, y viene a romper sus aguas frente a las cuevas santificadas por las penitencias de San Saturio, que algún mal creyente querría llevar al mito de Saturio o Saturno como prueba de un abolengo judaico de adoradores de Ieovah, Saturno o Sabaoth. Entre sus mundiales lejanías, envuelto en el mágico efluvio de aquella sin igual grandeza, ese hombre exquisito que se llamara Bécquer encuadró, ¡no podía menos!, la espeluznante leyenda de su "Noche de Ánimas", pues sus ojos de vate bien pudieron ver allí, mejor que en parte alguna, cual en nuevo campo de Maratón, a los esqueletos de los caballeros de lejanas matanzas, cabalgando aún sobre las osamentas de sus corceles, en persecución de enemigos no menos invisibles que ellos.

Sobre lugar tan pintoresco, tan típico en la orografía e hidrografía de la Península, la tradición ha acumulado, como va expuesto, tesoros de mitos los más heterogéneos. La Cueva de la Zampoña y el descenso de Domicio bien pudo inspirar a Cervantes su aventura de la de Montesinos. El toro muerto por Domicio, el de los misterios de Mithra, el de la metamorfosis de Júpiter y el Buey Blanco de varios mitos orientales guardan parentesco, igualmente que el talismán dado en prenda por el Hada del Amor, el de los infinitos talismanes de la leyenda universal calcada sobre el anillo salomónico o hexágono geométrico, símbolo de la mayor importancia cabalística, como ha demostrado en *Sophia* D. Rafael Urbano. El *homunculus* de las evocaciones diabólicas también tiene precedentes en todo este género de literatura, igual que los gigantes o cíclopes que aparecen en el presente mito. Olvidad los personajes de él, abstrayendo sus cualidades, y de él, como de cualquier otro, podéis hacer todo un código de moral salvadora para usos prácticos de una vida ¡ay! harto separada siempre de ella.

Luchando, en efecto, contra el Genio del Mal, que nunca fuera para los antiguos nada real sino personificación de nuestras pasiones y vicios egoístas, conseguiremos restablecer la Ley Natural, fuente única de las verdaderas riquezas, hermosuras y amor, con la edad de oro desterrados de este bajo mundo, y al que pueden volver, como cuando las libertó Domicio en la Cueva de la Zampoña, por el esfuerzo de esos caballeros andantes de la virtud o redentores de las razas, quienes reciben por toda recompensa aquí el escarnio y el martirio, guardado para los que en nombre del progreso humano vencen a la gran madrastra, la hostil Naturaleza.

Este y no otro es el símbolo de las temerarias empresas de los caballeros andantes medioevales, luchadores contra los vestiglos y endriagos de nuestras morales miserias; esta la lucha a la que Chrisna empujaba a Arjuna en el Bhagavad-Gita, y Cristo en el hombre en el Evangelio y aun Mahoma al árabe idólatra, que luego falseó su Corán, prostituyéndole de arma de lucha moral que era contra los propios vicios nuestros, en arma de guerra material entre los hombres. Esta es, en fin, la lucha contra el Misterio de nuestra débil y semianimal condición, que el estudio de las religiones comparadas nos presenta como la más pura fórmula de un triple progreso intelectual, moral y físico.

Ya que la Historia está cuajada de fábulas, acaso no sea demasiado loco, *a sensu contrario,* buscar entre la trama de las fábulas la más excelsa de las historias: la del Destino humano en el pasado, en el presente y en el futuro.

[109] ¿Por qué la coincidencia curiosa de que haya de ser con tanta frecuencia un *sastre* el protector y Maestro de todos estos príncipes viajeros de las leyendas que nos ocupan? –Porque se trata sencillamente de una corrupción de la palabra sánscrita *sastra,* que equivale a *iniciado* o *adepto.* Los *Sastras* son también los seis grandes cuerpos que constituyen la enciclopedia oficial de los Indos. El primer *Sastra* lo constituyen los cuatro Vedas: *Rig Veda, Iayur Veda, Sama Veda* y *Atarva Veda.* El segundo son comentarios científicos y brahmanas, de dichos Vedas; el tercer Sastra se consagra a la lingüística; el cuarto abarca los 18 Puranas, y el quinto es el célebre *Manava-Dharma-Sastra,* y el sexto el Dersana, que abarca las seis grandes escuelas filosóficas. Del séptimo Sastra, si existe, no hablan los autores. (César Cantú, *Historia Universal,* lib. 2, cap. 13)

[110] Ajib, leído al modo ario, es *bija,* máscara, vestidura. Cuando los sacerdotes aztecas se untaban con el negro *ulli* sacramental para sus ceremonias de magia, nuestros conquistadores de América decían que se *embijaban* o pintaban de *bija. Ajib,* leído de otro modo, es *giba,* y por este trastrueque se ha considerado siempre al jorobado o *giboso* como símbolo de las venturas que estas historietas asignan a quien llegaba al estado de *calenda,* o sea de especie de monje mendicante o faquir del exterior del templo; en suma, un discípulo del ocultismo. Por eso, en la leyenda española de *La Oreja del Diablo,* un jorobado es quien desciende al palacio de la Fortuna, la Hermosura y el Amor.

[111] Aquí viene en la leyenda un completo simbolismo de la inmersión de la Atlántida y del *Arca* salvadora.

[112] Otra vez tenemos aquí el *ulli* sacramental de los mexicanos y de otros pueblos. Los calendas como el Wotan nórtico, son "tuertos" porque ven con el tercer ojo de la intuición ya dicho.

[113] El nombre de esta famosa ave de todas las leyendas de magia no es sino el de *cor-cordis,* el corazón, en latín, porque la verdadera *doctrina del corazón, no la del ojo,* o vana ciencia, es la que salva al mundo. Por eso, como contra el *ave-roc,* no valen contra ella las supersticiones de lo astral.

[114] Huríes que no son sino las nórticas Walkyrias.

[115] Aquí la consabida prohibición del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, mosaico, prueba clara de la comunidad de origen legendario.

[116] Zobeida, es más bien "Zoo-beth", la "hermana inferior", la de "condición animal", o, en suma, la dama representativa del elemento corpóreo, como ya hemos dicho. En tal concepto figura como esposa del califa en muchos otros cuentos del libro que nos ocupa, y en todos ellos se caracteriza por ser terriblemente celosa y egoísta, con otras muchas más pasiones propias de su condición inferior. Por eso sólo puede levantar el vuelo cuando muerta la serpiente ladrona, o de la mala magia (Kako-daimon), es llevada por la buena (Agatho-daimon) a las alturas más excelsas. La ciudad petrificada que descubre de "Nardun", o más bien "Nardin", es la ciudad del "Dinar", el mundo miserable y muerto nuestro, donde el dinar o dinero es el único rey.

La ciudad petrificada, de Zobeida, descripta ya en tantos otros cuentos, preséntase a los ojos del lector iluminada, sin embargo, por lámparas inextinguibles, de las que tan encomiásticamente habla en *Isis sin Velo* la maestra H. P. B. *(El Tesoro de los lagos de Somiedo,* parte primera, final), o más bien las inextinguibles luces de la iniciación, únicas que subsisten en las "ciudades muertas", en las "ciudades de la desolación", ciudades malditas como la Sodoma y Gomorra bíblicas, que en los espantos de su gran catástrofe hasta convierte en "estatuas de sal" a quienes, como la mujer de Lot, se vuelven tan sólo para mirarlas, ciudades que habrían sido perdonadas, según dicho del Ángel exterminador, si hubiese habido en ellas siquiera cinco justos…

Los calendas, por su parte, son el símbolo de cuantos fracasados existen en el mundo. "Tuertos" y todo, como el Wotan nórtico, no lo están del ojo izquierdo, sino del derecho, porque aquel ojo es el "ojo del canon", que dicen los católicos, el ojo que incapacita para la celebración de los misterios religiosos, y sobre el que se podía escribir largamente si no prefiriésemos dejarlo a la discreta intuición del lector. El "árbol", "piedra" y "subterráneo" están ya sobrado conocidos por nosotros para que de ellos añadamos nada. Todos ellos están de tal manera repetidísimos en diferentes cuentos, que hacen admirar una vez más la grandeza del mito troncal que les diera origen, y que no es sino el del "Arbol del mundo", norso, con su raíz en la eternidad, su tronco en este mundo y sus hojas en el celeste Ideal, árbol en el cual está clavada por Wotan *(Wagner, mitólogo y ocultista,* "La Walkyria") la "Espada del Conocimiento" en espera de que la arranque hercúleo el héroe, "el Deseado", que ha de esgrimirla contra los monstruos del Dolor, de la Noche y del Crimen.

[117] Bagdad, la ciudad turca conquistada recientemente por los ingleses en la Gran Guerra, fue en dichos tiempos un emporio de riqueza y poderío. Su nombre mismo, que equivale a "Jardín de Justicia", o "Jardín de las Hespérides", alcanzó el apogeo de su esplendor en la época de este califa y de su hijo y sucesor Mamun, cuyo califato se extendió desde los años 813 a 833. Tenia entonces una población de un millón de almas, con treinta mil mezquitas, diez mil baños y novecientos médicos. Bajo este último reinado florecieron los estudios hasta un grado inconcebible, en todas las ramas del arte y de la ciencia, pues que eran verdaderos polígrafos sus cultivadores. Calculose el tamaño de la Tierra, se conoció el telescopio y se tradujeron todas las obras de la sabia antigüedad. Por eso, en fin, se traen a los textos que actualmente conocemos y que son más o menos del siglo IX, como vimos en el prólogo, multitud de otras historietas sueltas, en que se aprecia mejor el significado inferior y

"corpóreo" de Zobeida, como que lleva el título de "Historia de las seis jóvenes de distintos colores": (la blanca y la negra, la rubia y la morena, la delgada y la gruesa) y que pueden verse en Mardrús.

[118] Este cuento es el primero de los que Mardrús dice inéditos hasta la aparición de su obra. Con él empieza el tomo que el autor dedicó al gran poeta americano José Maria de Heredia. Al dar el nombre del rey usa, dice, el artículo "al" en vez de "en", para no confundir al lector europeo con el trastrueque tan frecuente de las "letras solazares" con las "solares" del abujed (alfabeto árabe). Damos tan sólo aquí lo más esencial del cuento, remitiendo al lector curioso al texto de Mardrús si en él quiere profundizar.

[119] Aquí se ve la misma diferencia que entre la Sophia celeste y la Sophia Achadmod, o inferior, de los gnósticos.

[120] Aquí el texto pone en boca de Nozhatú la doctrina de *los tres portales,* a saber: *El arte de bien conducirse, El de los buenos modales* y de *la cultura del Espíritu,* y, en fin, la mayor de todas o *Puerta de las virtudes.* Todas ellas son una especie de tratado del bien obrar, que recuerdan las enseñanzas, también semíticas, del Eclesiástico, los Proverbios y aun los Salmos.

[121] Las doctrinas de estas cinco jóvenes capitaneadas por la perversa vieja forman un cuento aparte, que en la colección de Mardrús se titula *Historia de la muerte del rey Omar Al-Nemán.* Merecen extractarse algunas de aquéllas, tales como las siguientes:

"–La vida no existiría sin el instinto de ella, y ha sido dada al hombre para que desarrolle la belleza, poniéndose por cima del error. El hombre cuerdo, de espíritu cultivado, debe proceder siempre en el camino de la virtud y del desinterés, hablar con dulzura y juzgar con equidad, guardarse prudentemente de sus enemigos y escoger cuidadosamente los amigos, sin herirlos en sus intereses, ni contradecir sus palabras, ni contrariar sus costumbres, pues la contradicción enajena hasta el afecto del padre y de la madre, porque el amigo no es como la mujer, de la que se puede uno divorciar sustituyéndola por otra. ¡Y es el amigo una cosa tan preciosa! La herida hecha a un amigo no se cicatriza nunca. El corazón de un amigo, una vez herido, es como el cristal, que, una vez roto, ya no se puede componer.

–La justicia es el primero de los deberes, y volver hacia ella cuando se ha sido injusto es mucho más noble que haber sido justo siempre, y mucho más meritorio ante el Altísimo, quien, habiendo puesto a los jueces para juzgar las cosas aparentes, se ha reservado para Él el juicio de las cosas secretas… Tres cosas denigran a una autoridad: el temor a perder el cargo, el amar la lisonja y el condescender con los culpables de alta categoría. "¿Por qué me has destituido?, preguntaba un caid al califa. Y éste le respondió: "¡Porque tus palabras sobrepasan a tus acciones!" Y el gran Al-Iskandar, el de los Dos Cuernos, dijo a su caid: "Te he confiado la más alta de mis regias prerrogativas. ¡Ten, pues, alma regia!" Y luego dijo a su cocinero: "Te he confiado el cuidado de mi cuerpo. ¡Todo mi gobierno depende, pues, de tu cocina!" Y después dijo al secretario: "En cuanto a ti, ¡oh hermano de la pluma!, te he hecho depositario de lo mejor de mi inteligencia. ¡Te conjuro a que transmitas su fruto integro a las generaciones futuras!"

–Hay, según el sabio Locman, tres cosas que sólo se pueden comprobar en tres circunstancias: la bondad, en las iras; el valor, en el combate, y la resistencia, en la adversidad. Toda acción humana ha de ser juzgada sólo por la intención. El único tesoro verdad es el corazón del hombre; pero ¡cuán difícil es el hallar el camino que conduce hasta él! El verdadero sabio es el que prefiere las cosas inmortales a las cosas perecederas. La acción más hermosa es siempre la más desinteresada. Dos hermanos de Israel se preguntaban qué acción más espantosa era la que uno y otro habían cometido en su vida. El uno dijo que haber estrangulado a una gallina y vuelto a echarla en el gallinero, porque quien maltrata a un animal que no puede defenderse y que Alah ha puesto bajo nuestra custodia es más cobarde que el que maltrata a un hombre, porque la ley le protege y puede además devolver el mal que se le infiera. Y el otro añadió: "Mi peor acción fué haber rezado a Alah para pedirle una merced, porque la plegaria sólo es hermosa y justa cuando pide para toda la humanidad y encamina el alma a las alturas del ideal."

–Hay dos cosas que debes evitar siempre: el hacer mal a tu prójimo y el caer en idolatría hacia Alah. Si el alma habitase verdaderamente en el corazón del hombre, el hombre tendría alas y con ellas volaría libre al Paraíso, sin ayuda de nada ni de nadie. El simple hecho de mirar cara a cara a una persona fea constituye el pecado más grande contra el espíritu.

–¿Cuál es la cosa más abominable del mundo? El alardear de piedad. Cuando Alah quiere bien a uno de sus servidores, abre ante él la puerta de la inspiración.

–Se cuenta de Ibn-Bitar que un día preguntó a uno de sus amigos: "¿Dónde has estado tanto tiempo que no te he visto?" –He estado con Ibn-Scheab, mi vecino, desde hace treinta años, pero nunca le he dirigido la palabra." E Ibn-Bitar le respondió: "¡Desventurado! ¿No sabes que aquel que no quiere a sus vecinos no le quiere Alah?" Un día Ibn-Adham dijo a uno de sus amigos que volvía de la Meca: "¿Cuál es tu vida?" Y el otro contestó: "Cuando tengo qué comer, como, y cuando tengo hambre y no cuento con dinero, lo tomo con paciencia." Y aquél replicó: "¡Igual que tú hacen los perros del país de Balkh! En cuanto a nosotros, cuando Alah nos da pan,

le glorificamos, y cuando no tenemos qué comer, le damos las gracias, no obstante." "Tú eres mi Maestro", contestó asombrado el amigo peregrino de la Meca.

–"Aprende a conocerte y obra después según tu conciencia, sin perjudicar al vecino." Esta es la sabia enseñanza del imán Mohammad ben Edrís Al-Schafi.

–Abí Halifa recibió una gran suma de dinero remitida a él por un rey perverso, y él la devolvió diciendo: "¡Quien sirve a los tiranos por dinero es más tirano que ellos, pues que a estos últimos les guía una pasión.

[122] En efecto, Omar, tomando por concubinas a la amada de su hijo, sin conocerla, y a la robada Safia, es algo monstruoso que recuerda por un lado a la conocida fábula griega del hijo de Laio y de Io-casta, y por otro a obras muy posteriores como la célebre de Lope de Vega *La serrana bandolera,* y otras como *La Walkyria,* de Wagner, pródigas en supuestos incestos místicos, y digo supuestos porque semejantes uniones, tomadas desgraciadamente en su muerto significado sensual, no son sino otros tantos símbolos, en cierto modo análogos a aquel conocidísimo símbolo cristiano que hace de la Virgen Maria hija de Dios-Padre, madre de Dios-Hijo y esposa de Dios-Espíritu-Santo, cosa sobre la que, para no herir respetables sentimientos cristianos, no nos permitimos hacer comentario alguno.

[123] Principalmente en *Conferencias Teosóficas* (1, 278) y en *Wagner, mitólogo y ocultista* (cap. IX, pág. 222), se habla de la "Historia de Teágenes y Clariclea", etíope; de la similar griega y posterior del obispo Heliodoro de Emeso, en diez libros; y de la "Historia de los amores de Clareo y Florisea, con los trabajos de Isea", escrita en 1552 por Alonso Núñez de Reinoso, celebrado poeta valenciano, "glosando, dice el autor, cierto libro toscano mutilado, el cual, a su vez, está tomado de otro escrito en lengua latina y antes en lengua griega" ("Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del. lenguaje hasta nuestros días", coleccionada por D. Buenaventura C. Aribau, 1849, 2.ª edic., pág. 439-468). En esta última obra se inspiró Cervantes, a su vez, para escribir su también complicada y obscurísima novela *Trabajos de Persiles y Sigismunda,* pues no parece que es el destino de esta clase de obras el ir de obscuridad en obscuridad, estando sólo conformes en un hecho: el del "robo de la Helena, Selena, Safia o Abriza de la Sabiduría", pero sin puntualizarse jamás qué pueblo fuese el "robado" y cuál "el ladrón", ya que si en la *Ilíada* aquél es griego y éste asiático, en la obra toscana sobre la que se apoyara Núñez de Reinoso, acontece al revés.

Todo ello, en suma, no demuestra otra cosa sino lo necesitados que están estos asuntos de una critica teosófica e imparcial más especializada y concreta que la que podemos hacer aquí hoy.

[124] La versión española de "Camaralzamán y Badura es el mito de Flores y Blanca-Flor, que es el siguiente:

"El hijo de cierto rey era un sér completamente pervertido, que, confinado por su padre en cierto solitario paraje y no teniendo con quién saciar su pasión por el juego, evocó al diablo mismo, quien le ganó hasta la vida, quedando constituido desde entonces el joven en esclavo del Genio del Mal. Aterrado ante el triste fin que le aguardaba, emprendió una loca huida sin rumbo conocido, y en una alquería abandonada encontró un caballo de incansables músculos de acero –un ferrocarril, o una bicicleta, quizá hoy diríamos–, dotado además de rara inteligencia: "Mira bien lo que haces antes de montarme –le habla dicho éste–; igual te puedo llevar a tu dicha que a tu ruina."

El Príncipe, sin hacer caso, continuó su alocado camino, encontrando, a la luz de la luna, una herradura de oro, luego una pluma y, en fin, una chinela de oro también, de cuyos objetos se apoderó, contra el consejo de su caballo. Después de muchos días, divisaron un monte rodeado de una gran laguna y en su cumbre una casita blanca. El caballo le dice que le está vedado pasar de allí; pero que en la laguna, monte y casita aquella podría encontrar un objeto digno de sus anhelos: Blanca-Flor, su Hada, su Egeria, su *media naranja,* para lo cual tenia que menospreciar los encantos de cuantas flores hermosas trataran de atraerle a su paso y arrojarse sin titubear y de cabeza a la laguna. "Tuya seré –le dijo Blanca-Flor, apareciendo radiante de hermosura y envolviéndole en nube de ambrosía, así que se hubo arrojado en las ondas el Príncipe–; pero antes de poseerme –añadió aquélla– te tiene que someter mi padre a duras pruebas, pues así está escrito que ha de acontecer con aquel que haya de ser mi esposo. Llámame en la aflicción y persevera hasta el fin."

Momentos después se presentó el padre de la joven, que era un terrible ogro, quien encontrándole uno tras otro los objetos de oro que había guardado, le sometió por ellos a otras tantas pruebas; a saber: traer el caballo a quien perteneciese la herradura, sacándole de un establo encantado cuyas puertas sólo se abrían mientras sonaban las campanadas de las doce de la noche; aportarle el *ave de los prodigios* a quien pertenecía la pluma de oro, sacándola sin pérdida de momento de un maravilloso jardín de delicias capaces todas de perderle entre sus seducciones; y, en fin, arrancar de su ebúrnea torre, donde yaciese encantada hacia siglos, a la dueña de la chinela de oro, que no era otra que su adorada Blanca-Flor. Para esto último había de salvar a un pobre pez, acosado por los demás, a una infeliz hormiga y a una avecilla huyendo de un águila rapaz, actos de compasión que eran los únicos capaces de abrirle el camino según el consejo de su Egeria.

El príncipe dió cima a las dos primeras pruebas, con peligro inaudito; pero para la tercera tuvo que vencer además las astucias de una repugnante hechicera, ocultándose a su persecución en las aguas, en los aires y en la tierra, merced al poder mágico de aquellos mismos animalitos a quienes había compadecido. Blanca-Flor cae en

sus brazos, vencidas estas pruebas; pero no puede ser suya por completo sin que venza antes otras pruebas aún más imposibles, como lo fueron el plantar en un día una inmensa viña en la falda de cierto árido monte, de tal modo, que a la tarde misma pudiese comer de ella uvas el ogro; buscar bajo las ondas de proceloso mar un anillo nupcial; matar a su adorada, hacer diminutos pedazos de su cuerpo, sin perder ni una gota de sangre; arrojarla al mar, siguiéndola después para encontrar el anillo y reconocer por último a Blanca-Flor entre cien otras, sólo por la vista de uno de sus dedos.

Vencidas todas estas pruebas y otras muchas, tales como domar potros cerriles, limpiar en tres días un establo inmenso habitado por cientos de bueyes durante siglos, tejer una tela irrompible, invisible e incombustible, etc., los amantes emprenden la fuga; pero han equivocado el caballo por fiarse de las apariencias, y el del ogro, que despreciaron por débil, es veloz como el propio viento. Los fugitivos pronto se verían perdidos a no ser por la precaución de Blanca-Flor, quien habla tomado al huir un poco de agua, un peine y un puñado de ceniza, que al arrojarlos detrás se transformaron respectivamente en un gran río, una selva espesa y una opaca niebla. Alcánzalos el ogro, sin embargo, pero se ve engañado por la metamorfosis del caballo en huerto, el príncipe en hortelano y la doncella en frondosa lechuga. Otra vez es engañado también con la transformación de éstos en ermita, ermitaño e imagen bendita. Por fin, el ogro es sepultado en el abismo, bajo un conjuro mágico, y los dos amantes llegan así a las cercanías de la Gran Ciudad de las Puertas de Oro, donde tiene que adelantarse el príncipe para dar al Padre-Rey entera noticia de sus aventuras, quedando encantada Blanca-Flor en un pozo en tanto aquél volviese. El príncipe pierde al objeto de su amor, dejándose abrazar por alguien contra la terminante prohibición de su dama, a quien en aquel punto, sin poderlo evitar, olvida, y cuando ya va después a casarse con otra, se presenta aquélla disfrazada de ancianita y cuenta al príncipe una dulce historia de amor. El joven despierta entonces como de un sueño, bajo aquella misteriosa armonía del relato; reconoce a Blanca-Flor, se desposa con ella entre grandes fiestas por todo el reino, y, años más tarde, hereda el cetro de su padre, gobernando con felicidad durante muy dilatados días.

En esta sugestiva leyenda va envuelto un simbolismo asombroso que recuerda al mito de Thor, a Odín, a Fausto y a la tierna fábula de Psiquis y Heros, de la que luego nos Ocuparemos. Rompiendo la vulgaridad de la vida, el príncipe, como el celebérrimo doctor, busca lo ignorado, lo extraordinario, por no bastar a nuestro sér lo conocido. Como él, firma con el diablo un pacto de sangre; como él, va preparando la unión definitiva entre el *ego* inferior, representado por el príncipe veleidoso, y el *Ego* superior simbolizado en las dulzuras de Blanca-Flor, su Minerva protectora, con la que se desposa en definitiva, después de haber triunfado de cuantos obstáculos interpone el mundo astral, representado por el ogro, que tan repetidamente pone a prueba la fe, la perseverancia y el vigor del neófito.

Este sigue primero los estímulos de la curiosidad, "el deseo de la ciencia del bien y del mal", que diría el Génesis; cambia su caballo corpóreo por otro de férreas resistencias; halla el oro simbólico en diversas formas, y con él un riesgo extraordinario de perdición que le impone las primeras pruebas, las cuales exigen audacia y rapidez en el obrar, prescindiendo de las apariencias exteriores. En la de recabar a Blanca-Flor surge ya el divino elemento de la compasión universal hacia todo lo pequeño y abandonado, hacia todos los seres que sufren, homenaje al dolor universal que destierra de nuestro pecho el egoísmo dándonos la llave del Misterio. En ésta y en las demás odiseas del príncipe se ve la fuente donde se inspirasen muchos cantos fantásticos de Espronceda y no pocas leyendas de Bécquer y de Zorrilla.

Vencida la prueba de los cuatro elementos, viene luego la realización de los humanos imposibles. La viña de la verdad, surge del matorral, mágicamente, cual los muros de Atenas al conjuro de Minerva. El recabar el anillo nupcial exige la renuncia de lo más querido, un heroísmo sin igual para una operación de verdadera alquimia. La tela invisible que se ha de tejer, recuerda a la de Penélope, como los potros cerriles domados por el príncipe son similares de las fieras domeñadas por Hércules y los famosos bueyes de Gerión. Por su parte el jardín del Ave de los prodigios, verdadera ave fénix, se relaciona con el Dédalo de Ariadna o el jardín de las Hespérides, y la gota de sangre vertida por inadvertencia, la gota de leche desprendida del pecho de Juno para formar la Vía Láctea en la teogonía griega, o el grano de granada de las leyendas orientales comido en la noche del solsticio.

Como a Odín, como a Rha, como a Júpiter, como a Dino, como a jesús, como a Mahoma, como a todos los genios de las religiones, en fin, la fuga se impone a la gentil pareja, para escapar a las herodianas persecuciones del ogro, y acercarse así a la Gran Ciudad, al Amenti, al Devachán, al Empíreo, al Elíseo, que han de conquistar los héroes legendarios, a la ciudad del *Padre-Rey,* el Padre Común, Dios, y por cierto que tal curiosa desinencia es general en los romances populares.

El error de última hora del príncipe está a punto de costarle un completo fracaso por fiarse de las apariencias exteriores –ilusión, Maya– desoyendo el consejo de su numen. Esto acarrea nuevas y dolorosas pruebas, en las que se dominan los elementos por la magia blanca de los rectos propósitos. En la transmutación de la huerta y de la ermita se advierte ya la superioridad de los elementos del Bien sobre los Inferiores, o del Mal –ceguedad de Herodes, transfiguraciones de Jesús, Apolonio de Tiana, y, en general, de todos los Adeptos–. La prohibición de que no abrazase a nadie el príncipe a su entrada en la Corte concuerda con aquellas bellísimas frases de Harmann

sobre el *Ego Superior del Hombre,* el del Amor santo y exclusivo que, cual casta esposa, no tolera rivales. Este olvido de última hora es característico de multitud de cuentos orientales.

El plácido mito de Blanca-Flor es, en fin, uno de los más típicos de nuestro *Folk-lore,* como lo comprueban las mil variantes con que aquí y allá le ha exornado la musa del pueblo, siempre fecunda y prodigiosa, esa misma musa que ha conservado los elementos originarios de dos de las mayores epopeyas de la Humanidad: la *Ilíada* y el *Poema del Cid,* gala de nuestro Romancero.

Hay en Occidente un monumento literario sin rival en cuanto al elemento legendario antropológico: la divina leyenda de Apuleyo en su *Asno de oro.* Este gran hombre del África romana, que viajó, como Blavatsky, por la India y quizá por el Tíbet, dió al siglo IV todo un mundo de verdad y belleza con su fábula de Psiquis y de Heros.

Para que los oyentes que aún no son miembros de la Sociedad Teosófica no se imaginen que puede mediar por nuestra parte algún prejuicio en este asunto, citaremos aquí al más hermoso de los trabajos del ilustre catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, el que lleva por título *El mito de Psiquis. Un cuento de niños: una leyenda simbólica y un tratado de Filosofía.* Nada más elocuente ni más teosófico que el precioso librito, porque se encamina a demostrar, tras una brillante exposición histórica de cuantos sistemas filosóficos se han sucedido en Occidente, que toda la ciencia de los Aristóteles, los Kant o los Schopenhauer, *no enseña ni un átomo más que lo compendiado en el mito cosmogónico de* El Caballero del Cisne *y en el antropológico recogido por Apuleyo en su* "Asno de Oro", *o sea* La Leyenda de Heros y Psiquis.

Empieza, pura y simplemente, por el cuento de aquel príncipe brillante que se perdió en un bosque y, disfrazado, llegó a una cabaña, donde se enamoró de la hija del pastor, con la cual se quiso casar, ocultando sus insignias reales en un zurrón. Se convino que se casarían, con la condición de que la desposada jamás trataría de conocer el pasado del joven. Efectivamente, así fué durante algún tiempo; pero, al final, la curiosidad femenina acabó por vencer, como de costumbre, y la joven, después de casada, deseando conocer lo que contenía el zurrón, le abrió, encontrando las insignias del príncipe y perdiéndole para siempre.

Esta es la base del mito de Eva; la curiosidad de la mujer perdiendo al mundo, que se ve en *El mito de Psiquis.*

[125] Estos cuatro ejércitos verdaderamente apocalípticos realizan la teatral apoteosis de esta lindísima fábula, en la que también vemos aparecer los tres ladrones y los tres asesinos contra el héroe "de todos" los mitos iniciáticos.

[126] "Camaralzamán" es literalmente "Kamar-al-shamán", o sea "el antiguo shamano" o "primitivo caballero andante" como si dijéramos. El nombre de Badura o Matura está relacionado con varias ciudades mágicas de este nombre *(De gentes del otro mundo,* cap. VII) en la India y en Europa. En muchos textos se hace aquél "rey de las islas de Khalendan", es decir, de los "calendas", de los que ya se habló en capítulos anteriores, y los autores árabes le llaman también "luna del siglo", o más bien "el hombre lunar o inferior" contrapuesto a la "Dama-Solar" de la suprema dríada humana de "atmâbuddhi".

[127] El Mito de Psíquis, en "El asno de oro", de Apuleyo, dice, en esencia, así:

"En apartada región, un soberano tenía tres hijas. La menor era de una hermosura tan rara y portentosa que todos creían que era la misma diosa Venus que había encarnado en la Tierra, por lo que se vieron desiertos desde entonces los altares de Afrodita, con gran enojo de la diosa, así suplantada por una simple mortal. Temerosos todos de hermosura tan sobrehumana, nadie se atrevía a casarse con ella, por lo que sus padres consultaron al oráculo de Apolo en Delfos, quien les dijo que el marido que a Psiquis destinaran los dioses era de la clase de los inmortales, Y que él se posesionaría de la doncella allá en la cumbre de escarpado monte, donde en triste fiesta nupcial fue conducida y abandonada a su destino. Rendida Psiquis por el terror más que por el sueño, es llevada en el seno de misteriosa nube que la deposita blandamente en una pradera deliciosa, a las puertas de un palacio cristalino, el Palacio del Amor, donde se vió rodeada de cuanto puede apetecer la fantasía, y servida en el baño, en la mesa y en todas partes por seres invisibles. Llegada la noche y apagada la lámpara, se siente Psiquis aliado de su amante divino en casto lecho de flores. Pasados los amorosos transportes, éste, Heros, le previene contra toda indiscreta curiosidad respecto de su persona, a quien dice no podrá ver hasta que nazca el fruto de sus amores, fruto que será del linaje de los dioses si Psiquis contiene hasta entonces su curiosidad indiscreta, y del linaje de los hombres mortales si comete la imprudencia de pretender ver al Amado, antes de tiempo, con los ojos de la carne. Al siguiente día siente Psiquis la nostalgia del mundo que abandonó y desea ver a sus pérfidas hermanas contra el consejo de Heros, que veía en ello el más inaudito de los peligros. En efecto, aquéllas son conducidas por el Céfiro hasta el palacio por expreso mandato de Psiquis, y ya en él intrigan envidiosas contra el feliz misterio que rodea a aquel paraíso. A vuelta de interesantes peripecias, excitan a Psiquis para que, a pesar de la terminante prohibición, trate de ver al incógnito Amado, que acaso sea un monstruo como el oráculo predijo. La malaconsejada doncella cede, al fin, a su curiosidad y, aprovechando el sueño de Heros, enciende la lámpara de sus indiscreciones. Hállase entonces con un doncel alado, hermosísimo sobre toda ponderación, y cuando en un transporte de amor va a besarle, deja caer inadvertidamente una gota de aceite, que le quema y despierta. Heros, sorprendido, pronuncia la sentencia del Destino, y como el Lohengrin de *El Caballero del*

Cisne, se aleja para siempre, entre la inútil desesperación de la doncella. Esta vaga después errante, como Ceres y como Penélope, buscando a aquel que es señor de su ser todo y a quien no halla en parte alguna. Desciende al Averno, merced al mandato de su terrible suegra Venus, para buscar allí el tesoro de la belleza perdida que Plutón la entrega en misteriosa cajita, después de haber corrido la cuitada cuantos peligros relatan las demás leyendas y mitos. La curiosidad de abrir la caja fatal vuelve a vencerla, los males se escapan, como a Pandora, por la Tierra, quedando sólo dentro el último, "La Esperanza"; y tras inauditos sufrimientos y peligros, vencidos unos tras otros por el sobrehumano heroísmo de Psiquis, ésta remonta hasta el cielo, donde el padre de los dioses, Júpiter (Zeus-Pithar), la hace justicia, y después de triunfar sobre la oposición de Venus, decreta las bodas de Psiquis y Heros, ascendiendo aquélla a la categoría de los inmortales. El Olimpo entero celebró la fiesta, y de aquella sublime unión nació Voluspa, diosa de la Voluptuosidad, según unos, y del más puro y celeste Amor, según los otros."

Puntualizar las conexiones de este gigantesco mito, desde el Génesis hasta el Edda, y los libros védicos y herméticos, es poco menos que imposible. Toda leyenda por la que el género humano cae en el dolor, la miseria y la muerte, desde estados felicísimos, hace relación con la fábula de Apuleyo.

Larga y difícil tarea sería la de detallar más y más concordancias entre esta leyenda y los demás mitos arcaicos de los diferentes países. La persistencia con que, a vueltas de mil variantes, se vienen a repetir los mismos motivos maravillosos, hace pensar, como dice Bonilla, en algo que aquéllas han querido solapar, algo extrañamente profundo y que quizás pueda resumirse en estos epígrafes:

1.º *Un estado primitivo de inocencia, pobreza, pequeñez, orfandad o abandono.* El más propio de todas las razas humanas cuando empiezan su terrestre carrera evolutiva y también de todos los humanos paladines del ideal, al emprender, aparentemente solos, pero en realidad protegidos por Guías celestes o Ángeles custodios de todas las religiones, la senda de la virtud, de la ciencia y del misterio. Este estado primitivo es la *edad de oro,* el paraíso original de todas las religiones.

2.° *Un segundo estado pasional, de peligro, de sufrimiento y de lucha,* en la que el paladín ha de dar cima a los más disparatados imposibles de las fábulas caballerescas y mitopeicas. La lucha con el misterio, que entraña toda ciencia; la lucha con el vicio, que supone el desarrollo de toda virtud; la lucha, en fin, con nosotros mismos, con nuestro *ego* animal, que nos ahoga y aprisiona. Hombres y pueblos sostienen eternamente esta lucha, que es acaso la propia razón de nuestra vida misma sobre el planeta.

3.° *Un estado final, extraordinario, felicísimo, corona excelsa de todo triunfador,* que en la terrestre literatura se simboliza siempre por una boda dichosa, largamente ansiada, entre el paladín y su Egeria, o sea entre el hombre pensador, tras el triunfo sobre todas sus imperfecciones animales, y el *pneuma* impersonal, *augeoides, nous* o *espíritu divino* del hombre, quien le cobijase o protegiese de un modo prodigioso a lo largo de la senda de espinas, relatada de un modo u otro por la leyenda.

Todos los demás detalles de curiosidad que lanza al hombre a lo largo de la senda de peligros, de triunfos parciales y de caídas, de trabajos hercúleos, etcétera, etc., son el más hermoso de los marcos que representa en sí el tejido inextricable de placeres y dolores, valor y cobardía, luz y sombras, que compone nuestra vida.

Psiquis es la representación del alma humana, sedienta siempre de un ideal que jamás llega a alcanzar. Como Prometeo, quiere robar el fuego celeste en alas del amor; como los Titanes, quiere escalar el cielo mismo, y como Tántalo, tiene hambre y sed inextinguibles; pero, ¡ay!, que, como Sísifo, lleva sobre sus hombros el pesado peñasco de su carne mortal que otras tantas veces le hace rodar de la altura que escalase su espíritu.

Quien desee más detalles y correlaciones puede consultar el capítulo de "Lohengrin" de *Wagner mitólogo y ocultista,* o bien la preciosa obra del Dr. Bonilla San Martín: "El mito de Psiquis: Un cuento de niños, una leyenda simbólica y un tratado de filosofía". Por supuesto, que hermosa y todo la leyenda de Apuleyo, puede recibir una interpretación sexual o de Magia negra (que es la que viene recibiendo desde entonces en la enorme literatura desarrollada sobre el dicho mito), a menos que se le asigne la que damos nosotros a todos los mitos amorosos de su índole, y que es la que se ve también a través del Códice de la Abadía de San Hermancío en Iliría, uno de tantos apoyados en "El asno de oro" dicho.

[128] En el texto de Mardrús esta Zobeida es llamada Sett-Zobeida. Al proveedor se le llama "proveedor del rey de la China", con notorio anacronismo, pues que la escena pasa entre musulmanes.

[129] El texto de Mardrús presenta ciertas discrepancias en cuanto a los nombres de los hermanos del barbero, puesto que dice este último: "Sabed, ¡oh, señor!, que mi hermano mayor se llama *Bacbuk,* nombre que quiere decir "el que al hablar hace un ruido como el de un cántaro que se vacía" –¿el tartamudo?–; el segundo se llama *El Haddar,* o sea "el que rebuzna o muge como un camello"; el tercero, *Bacbac,* "el petulante", el cuarto, *El Kuz-el-Assuani,* o "el botijo irrompible de Assuán"; el quinto, *El Aschiâ,* "el gran caldero", "la camella preñada"; el sexto, *Schakalik,* o "el Jarro mellón", y yo me llamo *El-Samet,* o "el Silencioso"; *Montasser Billah,* significa "el victorioso con la ayuda de Alah." Todos estos nombres se recuerdan grandemente en el humorismo de las instituciones populares medioevales, tales como la de "los Maestros cantores", inmortalizada por Wagner.

[130] Este significado, repetimos, se da, al tenor de las enseñanzas de H. P. B., en las págs. 368 a 372, capítulo último de nuestra *Simbología Arcaica,* adonde, para ahorramos explicaciones, remitimos al lector.

[131] Esta fábula es la "Fábula de la rebeldía", y nos enseña el peligro que hay en todas ellas si el rebelde es "buey" y no "toro", es decir, si no sabe arrostrar las consecuencias que hay que vencer al rebelarse, porque en el acto de toda rebelión, se renuncia al estado de tranquilidad anterior, ora para bien, si se triunfa, ora para mal si la derrota sobreviene. La propia vulgaridad de este mísero mundo no es sino el inestable y siempre cambiante equilibrio entre las fuerzas rebeldes y progresivas del Bien (o Magia Blanca) y las retardatrices y tiranizadoras del Mal (o Magia Negra).

[132] Conviene precaverse contra el fatalismo del Destino, no olvidando que éste puede ser pagado por partes, o bien compensado al tenor de la sentencia astrológica de que el hombre es o puede hacerse siempre superior a su Destino, al tenor del aforismo de que "los astros inclinan, pero no obligan".

[133] Otra variante del cuento de la oca está contenida en el de "El lobo, el perro de lbn Adán", la cual dice que el zorro propuso cierto día al lobo una estrecha alianza contra lbn Adán, a lo que el lobo contesta con desprecio, fiado en su astucia y su poder; pero el zorro, resentido y más astuto aún, se venga de él haciéndole caer en un cepo que en su villa había puesto Ibn Adán. Allí, para distraerle, le refiere varios admirables apólogos, tales como el de "El halcón y la perdiz", "El hombre y la serpiente", "El aldeano cobarde" y otros, donde se hallan sentencias como éstas: –Nada cuentes si no te lo piden, ni contestes sin que te pregunten. No prodigues consejos a quienes no han de comprenderlos, ni se los des a los malos poda ojeriza que te tomarían por el bien que quisieras hacerles." "Siembra generosamente los granos de tu bondad, hasta en los terrenos que te parezcan estériles. El sembrador tarde o temprano recogerá frutos que superen a sus esperanzas." "Todo tiene remedio, menos la muerte; todo puede corromperse, menos el diamante; y de todo puede uno librarse, menos del Destino."

[134] Notable es lo que se cuenta de otro renunciador semejante: Ab-del-Kader, el Chilali, de Bagdad. Este santo asceta repartió todos sus bienes a los pobres, limitándose a mendigar a la puerta de la Mezquita. Alguien que le conociese en su antigua magnificencia, le ofrece, compadecido, 400 monedas de oro, las cuales son rechazadas por el santo, diciendo: "¿Has visto tú a alguien que venda por menos precio del que compró?"

[135] Los últimos tomos de Mardrús-Blasco Ibáñez están consagrados en su mayoría al "apólogo", pero nosotros no podemos descender al detalle de estos apólogos, que, por otra parte, carecen de interés, y hasta alboran la ulterior literatura picaresca de los demás países, tales como los que llevan los títulos insulsos de "La malicia de las esposas"; "El maestro de escuela lisiado"; "El jinete chino"; "Wardán, el carnicero"; "El califa en el cesto"; "¿Mujeres, o jovenzuelos?"; "El falso califa"; "Pierna de carnero"; "Las agujetas"; "El adulterino simpático"; "El reparto"; "El cadí avisado"; "El felah de hijos blancos"; "Flor de granada"; "Kadí, padre del cuesco"; "La hija del vendedor de garbanzos"; "El desligador"; "El barbero emasculado"; "Fairur y su esposa"; "El poeta Doreib"; "La venganza del rey Hojjz"; "El parásito"; "La favorita del Destino"; "El collar fúnebre"; "Omar el separador"; "Wahba la cantarina"; "La joven de la fuente"; "La tentación del pastor", y algunas otras bajo los nombres genéricos de "Los tragaluces del saber"; "El libro de las divisas y de las risas"; "Los consejos de la generosidad y de la experiencia".

[136] Aunque resulte un tanto paradójico, es lo cierto que para la redacción del presente volumen se han tenido en cuenta, uno por uno, comentándolos más o menos, los cuentos de dichos veintitrés volúmenes de Mardrús-Blasco Ibáñez, con las solas excepciones siguientes, por tratarse ya de verdaderas novelitas mágicas al estilo de la de "Kamaralzamán y la princesa Badura", de la que sólo son variantes posteriores:

Las historias del príncipe Jamin y la princesa Almendra; de Alí-ben-Bekar y la bella Schamsennahar; de Feliz-Bello y Feliz-Bella; de la princesa Sett-Donia y el príncipe Diadema, hijo de Soleimam Schah de las montañas de Ispahán y de la Ciudad-Verde; de Hayat Alnufa y Ardchir; de Azir y Aziza; de Kuzair e Izzat; de Hayat Alnufa y Ardchir; de Zeín-Alasnam y la princesa Deryabar; de Otbah y Ríya o la tumba de los amantes ansaritas; de Firuz Schah y la princesa de Bengala o "El caballo encantado", verdadero aeroplano de aquellos sabios y remotos tiempos; de El príncipe Karm-al-Akmar y la princesa Schems Vinahar, variante de la anterior; de Seif Almuluk y la hija del rey de los genios; de Zeín-al-Mawassíf y Anís o de la mujer transformada en paloma blanca, versión "cruzada" de la Cenicienta; de Farizada, la de la sonrisa de rosa; de El príncipe Uns o Unus Alwujud (el único) y de Ward-fil-Akmán, la hija del visir, y, en fin, de la Historia del joven Nuz y de Francaheroína, todas ellas llenas de efectivas preciosidades, pero que no añaden nada esencial al hermoso mito de los Amantes, o sea de los precursores de Psiquis y Heros, de Apuleyo.

Sin embargo, en todas ellas el investigador atento puede encontrar aquí y allá preciosos detalles ocultistas, tales como el de la Edad de Oro de "Farizada", en que el león y la oveja caminaban juntos, bebiendo en el mismo arroyo, y el de nuestra triste edad del hierro, en la que la heroína, tapándose los oídos como luego Ulises al atravesar por entre Scila Caribdis, roba "el árbol que canta" (el Fresno del Mundo; de las leyendas nórticas), "el ave que habla" (el Ave-Fénix de la Inmortalidad) y "el agua amarilla" (o Elixir de Vida), después de redimir a millares de caballeros encantados allí transformados en "piedras negras", como encantados están tantos desdichados mortales en el fondo cenagoso de este bajo mundo. El alcázar inaccesible del monte Thakla de Schahmech-al-amed en la solitaria isla del "Mar Cano" o Mar Polar, rodeado de astrales y monstruosos

animales, a los que como Pan, Orfeo y Apolo, domestica con la música de su habla (o Palabra Sagrada); la Tela mágica que teje, para hacerse invisible e invulnerable, el ermitaño conductor del joven héroe Unus Alwujud; las aves mágicas que anuncian al osado émulo de Sigfredo mítico las glorias de Ward-fil-Akmán que yace en el castillo inaccesible como la walkyría Brunhilda rodeada de llamas, son otros tantos detalles sugestivos de aquellas historietas a los que no podemos descender.

[137] Para los que encuentren absurdo este aserto de que la edad de los cuentos que de aluvión en aluvión han ido formando lo que llamamos hoy "Las mil y una noches", sea la de los últimos tiempos atlantes, remitimos al lector hacia los varios capítulos de *De gentes del otro mundo,* en los que repetidamente se habla del éxodo operado por la Gran Logia Blanca depositaria de los misterios de la Primieval Sabiduría, desde el Atlas en donde se hallase por los tiempos de los atlantes, bajo el poético nombre de "El jardín de las Hespérides", hasta el Tíbet y el Desierto de Gobbi, en que hoy se encuentra. Es, en otro sentido, el terrible éxodo contado en los libros semitas, tales como el Pentateuco, ya que la pretendida "liberación de Egipto", acaudillada por Moisés, no es sino la historia "velada" y "revelada" de tamaño éxodo, del que se habla en *La Doctrina Secreta,* en el poema de Verdaguer y en docenas de pasajes de nuestros libros, "puente del Arco-iris wagneriano" por el que los dioses se trasladan hacia el palacio del Wahalla. El prehistórico "itinerario de IO", o "de la Vaca", desde la Atlántida hasta la Persia y la Ario-India, está escrito en toda la toponimia europea, sobre todo en el estrecho paso entre la península balkánica y el Asia Menor, que viene llamándose desde entonces "Bosphoro", el "Gauthama occidental" o "Conductor de la Vaca", como si dijéramos, Vaca inmortalizada también en cierta obra maestra del Vaticano, que la pinta amamantando con su leche o "maná de la Sabiduría" a todos los seres terrestres.

[138] Este cruel momento del niño ciego y el padre con vista, ha sido sublimemente intuido por el rebelde vate ocultista gallego Curros Enríquez, en su desgarradora poesía titulada "Las viruelas negras", y en la que llora jeremiaco ante la escena de aquel pobre padre que, llamado a deshora de sus negocios, se encuentra en la cunita a su hijo, víctima de las viruelas, que le han dejado ciego… ¡El niño, al sentirle, le conoce por la voz y los pasos, tendiendo hacia él sus bracitos de ángel, ya que no ha de volverle a ver más con la vista! … Juro, como padre, que jamás he leído en lengua alguna una poesía más trágica, ni que más simbólicamente refleje nuestro tristísimo momento actual de ceguedad espiritual, ni la compasión sin limites de Ellos, de los Pitris y Renunciadores, o sea de los *Nirmanakayas* del Ocultismo oriental, o sea de aquellos hombres excelsos que, con derecho ya al Descanso Supremo del nirvana (que es algo más que el Devachán o Cielo), renuncian a él, como el joven Buddha, Maestro de la Compasión, cuando dejó el paraíso y el reino de su padre para consagrarse de lleno a la liberación de una Humanidad ciega, enferma, sujeta a la muerte y harto digna, por tanto, de que los Renunciadores bajasen, no para redimirla, sino para darles piadosos los medios de que se redimiese… ¿Qué drama es comparable al Drama de la Caída, que en todas las religiones se nombra y en todas también ¡ay! se desnaturaliza?

Todas las *Estancias* comentadas en el segundo tomo de *La Doctrina Secreta* aluden sublimemente a nuestra filiación evolutiva, a través de las edades sin cuento de las Teogonías. Nosotros, ante la imposibilidad de otra cosa, las resumiremos diciendo: 1.°, que de las siete "Cadenas" o series de planetas ligados con la Tierra (véase nuestra *Evolución solar y series astroquímicas),* nuestro planeta hace el número cuarto de los Globos, estando íntimamente ligado, a más de con el Sol como centro y corazón de su vida toda, con la Luna como astro anterior, y con Venus como astro ulterior en la sucesión evolutiva. Añaden las Estancias, en armonía con la Sabiduría primitiva; 2.°, que la Humanidad que antaño evolucionase en la Luna, inauguró la Humanidad terrestre en la presente Ronda o Ciclo (después de haberse empleado las tres Rondas anteriores en desarrollar criaturas exclusivamente terrestres, llamadas "los hombres del agua terribles y malos", que fueron otros tantos fracasos evolutivos), ocupando aquellos "Padres" en la región boreal del astro, entonces en toda su tropical belleza, la que se llamó Isla Sagrada e Imperecedera, destinada a perdurar durante el presente Manvantara; 3.°, que proyectando esta Raza Primera su sombra al modo quizá de como el médium proyecta fuera de su cuerpo físico su doble en las sesiones espiritistas, formó en el continente llamado Septentrional a los hombres de la Raza Segunda "los del Ala y la sombra del Ala" que dicen las Estancias; 4.°, que la Raza Segunda a su vez, primero por una especie de esporulación análoga a la de las plantas criptógamas, y luego por generación ovípara, cual la de los peces, emanó de sí, sin sexo propiamente dicho al principio y con un remedo de él después, a la Raza Tercera del continente lemuriano hacia la región hoy ocupada por el Pacifico y el Mar de las Indias, primera raza física propiamente dicha que empezó ya a tener el "polo positivo" de la Mente, el "polo negativo del sexo" y el "ecuador o fiel de la balanza", de la responsabilidad y la ponderación de entrambos; 5.°, que de esta raza infantil y paradisíaca derivó el esplendor vital y la física apoteosis de la Raza Cuarta o Atlante y luego la Quinta o Aria actual. Ahora bien; los hombres de la Primera Raza recibieron de los "pitris lunares o Bharishad" la existencia física; sobre los de la segunda cayó después la altísima espiritualidad de los "pitris solares o Agniswatha", y sobre la tercera, en fin, cayó además (complicando enormemente la evolución en los dramáticos términos en que hoy la vemos) la protección y el sacrificio renunciador de los "pitris venustos o Makaras", "los Prometeos y Titanes de Venus", que nos dieron de sí propios la Mente. Estas tres clases de "pitris" o padres constituyeron los "reyes divinos de la Lemuria y de la Atlántida", reyes que en el mito "milnocharniego" constituyen la base de todos los argumentos de la leyenda respectiva, la cual siempre empieza en los textos: '"Una vez hubo un rey…", como cuenta

inspirado Rabindranath-Tagore. El rey atlante (al que vanamente han querido imitar los demás reyes "por la Gracia de Dios"; el príncipe héroe y la "dama de los pensamientos", o sean el Ego inferior y el superior del hombre, forman la parte esencial de aquellas leyendas, y las mentes colectivas de los pueblos sucesores por los que el mito va pasando ponen todo lo demás con su imaginación creadora, aunque siempre degradándolo de su ocultismo primitivo. De aquí que "los ases" o "ash" escandinavos sean, a la inversa leídos, aquellos "shahes o reyes" parsis; o las "sha-gas" femeninas druídas y griegas o las "aghash" de todos los nórticos: los ases, los solos, los ascetas, los únicos dignos de llamarse hombres, ya que nosotros aún somos, por nuestra retrasada evolución, más bien irracionales que seres de razón, facultad a la que, como dijo E. Faguet, venimos a considerar siempre como una especie de "enemigo intimo…"

[139] El mismo final de la obra corrobora lo que decimos. En ella, la Humanidad, representada por la heroína, triunfa del Mal y de la Muerte, y al terminar sus cuentos ésta, en la noche número mil uno, en lugar de ser sacrificada como las demás mujeres por el bárbaro sultán, le hace caer rendido y amante a sus pies, al conocer el sultán los frutos de bendición –o sea en lenguaje vulgar, sus hijos, y en lenguaje elevado las ideas– que durante los cuatro años de narración han tenido. Esto es, en suma, lo predicado después por todas las religiones: la reconciliación de Ormuz y de Arimanes persa, la muerte del Tifón egipcio a manos de Osiris, o la apoteosis del Juicio final de los cristianos, es decir, la sustitución de la lucha entre la luz y las tinieblas por la refulgencia inefable de la Eterna Luz…